Maggiorino Borgatello

EN LA TIERRA DEL FUEGO

Memorias de un misionero salesiano

Traducción de Claudio Galli



Editora Cultural
Tierra del Fuego

Editora Cultural
Tierra del Fuego



Sacerdote Maggiorino Borgatello

EN LA
TIERRA DEL FUEGO

MEMORIAS DE UN MISIONERO SALESIANO

Traducción de Claudio Galli

Editora Cultural
Tierra del Fuego

Autoridades

Gobernador
Gustavo Melella

Vicegobernadora
Mónica Urquiza

Comité Ejecutivo de la Editora Cultural Tierra del Fuego

Presidente
María E. Lucía Rossi

Representante de la Editora Cultural Tierra del Fuego
Florencia Lobo

Representante de la Municipalidad de Ushuaia
María Belén Molina

Representante del Municipio de Tolhuin
Lourdes Soledad Gorostegui

Representante de la disciplina Letras
María Victoria Lerario Sánchez Menú

Representante de la disciplina Artes Visuales
Gabriela Sais

Representante de la disciplina Música
Juan Ignacio Sueyro

Nella Terra del Fuoco. Memorie di un missionario salesiano

Sacerdote Maggiorino Borgatello

Traducción: Claudio Galli

Editor: Editora Cultural Tierra del Fuego

Corrección: Eliana Sabrina Nieto y Editora Cultural Tierra del Fuego

Diseño y diagramación: edit.ar - Lucila Schonfeld

Imagen de tapa: Fotografía de autor desconocido, Cementerio de La Candelaria, circa 1900. Archivo Museo Salesiano Maggiorino Borgatello, Punta Arenas, Chile.

Cantidad de ejemplares: 500 / Primera edición en español: julio de 2021

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.
No se permite la reproducción parcial o total sin el permiso del traductor y del editor.

-

Impreso en Altuna Impresores
Doblas 1968, Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Julio de 2021

Borgatello, Maggiorino
En la Tierra del Fuego : memorias de un misionero salesiano / Maggiorino Borgatello. - 1a ed. - Ushuaia : Editora Cultural Tierra del Fuego, 2021.
544 p. ; 24 x 17 cm.

Traducción de: Claudio Galli.
ISBN 978-987-3642-58-6

1. Pueblos Originarios. 2. Antropología. 3. Historia de la Provincia de Tierra del Fuego. I. Galli, Claudio, trad. II. Título.
CDD 305.898

Celebro la iniciativa del Dr. Claudio Galli, quien durante años se dedicó a la monumental tarea de visitar archivos y museos patagónicos y europeos para reconstruir y traducir este libro, y la generosidad de Margarita Maldonado, cuarta generación selknam-haus, por su invalorable aporte que dio origen a este trabajo.

La obra del padre Maggiorino Borgatello, que se publica por primera vez en castellano a casi cien años de su primera edición, prestigia a la Editora Cultural Tierra del Fuego pues desde la editora estatal se pone a disposición información sobre los orígenes de las misiones de San Rafael en la isla Dawson y La Candelaria en Río Grande, sobre valiosos aspectos geográficos, históricos y etnográficos de la región y una mirada de contexto que nos sitúa en la particular relación de la época entre estancieros, pueblos originarios, salesianos y autoridades gubernamentales argentinas y chilenas.

Aunque muchos pasajes puedan resultar ofensivos o incómodos a la luz de nuestros días, conocer a partir de fuentes primarias las distintas narraciones de la historia nos permite reflexionar sobre el pasado y fomentar la memoria crítica, tan necesaria para el crecimiento de los pueblos y para pensar un futuro en el que no se reproduzcan los errores e injusticias de otros tiempos.

En este proceso reflexivo, de construcción de una provincia conocedora de las diversas miradas de su historia, el acompañamiento del Estado es fundamental, convencidos de que esta publicación se transformará en un texto útil para investigadores, docentes y lectores amantes de nuestra historia.



Analía Cubino
Ministra de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología
Provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur

Prólogo

El destino suele provocar coincidencias de las que derivan acciones con alcances inesperados. La llegada a mis manos de una copia casi completa del libro de Maggiorino Borgatello en su idioma original es un ejemplo.

Hace unos años, recién llegado a Tierra del Fuego, tuve la oportunidad de conocer a Margarita Maldonado, cuarta generación selknam-haus, como ella misma se define. Una persona ávida de conocimientos sobre la historia de sus antepasados, quien, sin vacilar, me confió estas páginas escritas en italiano, para que a través de la traducción al castellano comenzara a revelarse el contenido de una obra que involucra a su pueblo y que fue escrita hace cien años.

Aceptado el desafío, comencé la búsqueda del centenar de páginas faltantes por numerosos lugares: el Museo del Hombre de París, la Biblioteca Británica de Londres, la Sociedad Editora Internacional de Turín, hasta dar finalmente con el Centro Teológico de los Jesuitas en Turín, que me ofreció de forma desinteresada la copia del material buscado. Esta labor quedó en manos del bibliotecario Claudio Guizzo quien, con meticulosidad y paciencia, me permitió reconstruir el testimonio de un misionero salesiano que vivió y trabajó veinticinco años en la Patagonia Meridional y volcó en esas páginas sus vivencias, desde la óptica de un sacerdote católico enviado a estas latitudes con el objetivo de cristianizar a los pueblos originarios.

Esta obra consta de tres partes. Una primera, en la que se describen las características geográficas de un sector de la Patagonia Meridional y de la isla grande de Tierra del Fuego y los archipiélagos que la rodean, y sus habitantes originarios, nombrando sus costumbres, creencias, medios de subsistencia y otros aspectos que consideró relevantes. La segunda parte aborda específicamente la labor de cristianización de los pueblos originarios llevada a cabo por los misioneros salesianos, la creación de las dos misiones permanentes: San Rafael, en la isla Dawson, y Nuestra Señora de la Candelaria, en las cercanías de la actual ciudad de Río Grande. Los conflictos de relaciones entre los indígenas y el hombre blanco, que comienza a desplazarlos de su territorio de manera sistemática y transforma su hábitat de tal manera que los empuja a choques cruentos, con una desigualdad de poder que diezma progresivamente a los primeros. También describe las relaciones, muchas veces tensas y adversas, de los misioneros con estancieros y autoridades, tanto de Argentina como de Chile.

La tercera y última parte de su relato se centra en la obra realizada por los misioneros entre los inmigrantes llegados a estas tierras lejanas. En especial, en la ciudad de Punta Arenas, la cual experimenta un rápido desarrollo y adquiere relevancia por el creciente tráfico marítimo entre los océanos Atlántico y Pacífico. Las misiones realizadas en el territorio de

la Patagonia Meridional también forman parte de estas páginas, además de la descripción de la obra desarrollada en las Islas Malvinas, en convivencia con los anglicanos. Borgatello expresa, también, su opinión acerca de los protestantes y la metodología que aplican para inculcar su ideología.

El autor recorre la historia de esta región, intercalando relatos descarnados, con otros de importante peso documental, desde la mirada de un religioso católico, cuyo objetivo era cristianizar a los indígenas y «civilizarlos» desde una mirada eurocéntrica.

A medida que comencé a traducir lo escrito por este sacerdote, se me fue revelando una historia llena de incógnitas y particularidades que, obligadamente, me llevaron a consultar escritos de otros autores con diferentes miradas, buscar documentación e investigar. Ante cada interrogante, surgía un desafío que me llevaba a recorrer lugares de la isla grande de Tierra del Fuego descriptos por el autor y a compartir charlas con referentes y personas estudiosas del tema.

Algunas visitas enriquecedoras involucraron a la misión Nuestra Señora de la Candelaria, hoy monumento histórico nacional, y su museo; la ciudad de Punta Arenas donde, claramente, los rastros de la historia se reflejan en los lujosos palacios de las familias Braun, Menéndez y Nogueira, o en el monumento dedicado a Hernando de Magallanes en la plaza Muñoz Gamero, donde se desarrolló parte del cruento Motín de Cambiaso, o el tristemente célebre remate de nativos. Fue muy importante conocer el Museo Maggiorino Borgatello de esa ciudad, y gracias a la amable y valiosa colaboración de su director, el señor Salvatore Cirillo, pude acceder por primera vez a una edición del libro y a alguna documentación del autor. Además recorrí el Museo del Instituto de la Patagonia, perteneciente a la Universidad de Magallanes, y visité el histórico diario *El Magallanes*, donde el señor Néstor Güichapani Legüe, me permitió buscar artículos publicados en ediciones del siglo pasado, mencionadas en el escrito. Todo esto fue gracias a la gestión del señor Alejandro Núñez Guerrero, director del Centro Universitario de la Universidad de Magallanes, de la ciudad de Porvenir.

Por sugerencia del director del Archivo Salesiano de Buenos Aires, P. Alejandro León, fui al Archivo Salesiano Central de la ciudad de Roma, que funciona en la Universidad Pontificia Salesiana y donde se encuentran los documentos más importantes del autor. La consulta de la valiosa documentación, entre la cual se hallan los manuscritos originales del libro, fue posible gracias al director del Archivo, el señor Petr Zelinka, y el integrante estable del Instituto Histórico Salesiano, don Francesco Motto.

En el proceso de traducción, he respetado la redacción original, pero se ha adaptado a la escritura actual según las modificaciones introducidas en la lengua escrita. En el caso de algunas toponimias o nombres científicos que han variado o han sido reemplazados con el tiempo, se introducen aclaraciones sobre la denominación según la cartografía vigente o la nomenclatura científica actual. El texto completo ha sido sometido a una corrección de estilo realizada por la traductora Sabrina Eliana Nieto (para Abrapalabra, Cooperativa de Servicios Lingüísticos).

En conocimiento de que este texto será de consulta para investigadores, historiadores, antropólogos y estudiosos de la historia de Tierra del Fuego, me siento en la necesidad de explicar que mi formación profesional dista de las arriba mencionadas. Pero a pesar de esto, durante el interesante camino recorrido, he recurrido a muchos textos referidos al tema para ilustrarme y, en la medida de lo posible, enriquecer la obra con explicaciones adicionales. Muchos fueron los colaboradores silenciosos, como Martín Gusinde, Anne Chapman, J. M. Beauvoir, Antonio Coiazzi o autores contemporáneos con miradas diversas y críticos de un pasado no tan lejano, tales como José L. Alonso Marchante, Joaquín Bascopé Julio, Diana Lenton, Valeria Mapelman, entre otros. Estos, a través de sus escritos, me ilustraron,

me aclararon dudas y me allanaron el camino para darle cuerpo en el idioma español a estas memorias de un misionero salesiano que, hace cien años, dejaba su país de origen con el fin de cristianizar a los pueblos que habitaban el extremo más austral del continente americano, por más de 10 000 años.

CLAUDIO GALLI

Agradecimientos del traductor

No quisiera dejar de agradecer a las personas que me impulsaron a embarcarme en este proceso y me asistieron en cada paso para lograr la publicación de esta traducción:

A Margarita Angélica Maldonado, autora de la obra *Entre dos mundos. Pasado y presente de los habitantes selk'nam–haus de Tierra del Fuego.*

A P. Petr Zelinka SDB, director del Archivo Salesiano Central. Universidad Pontificia Salesiana. Roma, Italia.

A la Dra. María Teresa Cascione, encargada del Archivo Fotográfico y Audiovisual. Universidad Pontificia Salesiana. Roma, Italia.

A P. Francesco Motto, presidente de la Asociación de Cultura e Historia Salesiana

Profesor del Instituto Histórico Salesiano de Roma. Universidad Pontificia Salesiana. Roma, Italia.

A Salvatore Cirillo D, director del Museo Salesiano «Maggiorino Borgatello». Punta Arenas, Chile.

A Néstor Güichapani Legüe, del periódico *La Prensa Austral.* Punta Arenas, Chile.

A Alejandro Núñez Guerrero, director del Centro Universitario de la Universidad de Magallanes. Porvenir, Tierra del Fuego, Chile.

A P. Alejandro León, director del Archivo Salesiano de Buenos Aires, Argentina.

Al Sr. Claudio Guizzo, bibliotecario del Centro Teológico de Turín, Italia.

Y a José Luis Borrero, María Andrea Nicoletti, Martín Vázquez, María Regina Martín, Gustavo Elsztein y Sergio Araque, quienes –por intermedio de la Editora Cultural Tierra del Fuego– enriquecieron la publicación con sus distintos aportes.



Don Maggiorino Borgatello.

Sobre el sacerdote Maggiorino Borgatello

Nació en Varengo (Alessandria, Italia), Diócesis de Casalmonferrato, el 8 de febrero de 1857. A los 16 años fue admitido por Don Bosco en el Oratorio, donde decidió de inmediato quedarse para siempre. En 1877 pronunció los votos perpetuos en Lanzo Torinese, y fue ordenado sacerdote el 22 de mayo de 1880, en Lucca, donde permaneció como catequista hasta 1884.

En 1886, Don Bosco lo envió como prefecto de sacristía a la nueva iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Castro Pretorio, en la ciudad de Roma.

En el otoño de 1888 pidió, y obtuvo del padre Rua, el permiso para partir a las misiones de la Patagonia Meridional y de la Tierra del Fuego, después de haber sufrido, dos años antes, una grave enfermedad de la cual se había curado. Permaneció durante veinticinco años en la Patagonia Meridional y en Tierra del Fuego, junto con Monseñor Fagnano y otros misioneros.

Las obras apostólicas realizadas en esos primeros años de misión se relatan en su libro *Bodas de plata* (1921),[1] que luego publicó bajo el título *En la Tierra del Fuego. Memorias de un misionero salesiano* (1924),[2] versión de la cual se realizó la presente traducción.

El *Boletín Salesiano* publicó no pocos relatos que don Borgatello enviaba desde las misiones. Otras memorias son recogidas en su obra *Florecillas silvestres. Territorio de Magallanes* (1924).[3] En 1893, inició un *Museo Etnográfico y de Ciencias Naturales* en Magallanes, que después se llamó *Museo Maggiorino Borgatello.*

Al volver a la patria, volvió al Oratorio de Valdocco como prefecto de sacristía de la basílica de María Auxiliadora, donde continuó trabajando hasta su muerte, ocurrida en Turín el 20 de diciembre de 1929, a los 73 años de edad, luego de 52 años de profesión y 49 de sacerdocio.[4]

---

1. Título original: *Nozze d'argento ossia 25 anni della missione salesiana della Patagonia meridional e Terra del Fuoco. 1887-1912.* Torino, Società Editrice Internazionale, 1921 (N. del T.).

2. Título original: *Nella Terra del Fuoco. Memorie di un missionario salesiano.* Torino, Società Editrice Internazionale, 1924. (N. del T.)

3. Primera edición en italiano: *Fiorellini silvestri magellanici.* Torino, Società Editrice Internazionale, 1924. (N. del T.)

4. Rodino, Amedeo y Valentini Eugenio, *Diccionario biográfico de los salesianos*, Turín, Oficina de Prensa Salesiana, 1969, p. 48; y carta mortuoria escrita por los salesianos, disponible en el Archivo Salesiano Central, Universidad Pontificia Salesiana de Roma. (N. del T.)

EN LA
TIERRA DEL FUEGO

MEMORIAS DE UN MISIONERO SALESIANO





María Auxiliadora. Patrona de la obra salesiana.

Dedicatoria a María Auxiliadora

A ti, purísima Virgen María, potente auxiliadora de los cristianos y gran patrona de las obras salesianas, dedico este, mi modesto trabajo, para que tú lo bendigas y sea a la vez un signo de afecto filial y reconocimiento hacia ti por todos los favores de ti recibidos. ¡¿A quién sino a ti tendría motivo para dedicarlo y pretender la mayor gratitud?! ¡¿No fuiste tú quien me inspiró el generoso pensamiento de dejar la querida patria para dedicarme a la civilización de los pobres salvajes de la Patagonia y de la Tierra del Fuego?! ¿No fuiste tú quien más de una vez me libró de naufragar en los frecuentes y peligrosos viajes por el mar?

¿No fuiste tú quien me socorrió muchas veces con tu mano potente cuando estaba por ahogarme, andando a caballo o en frágiles barcas por grandes e impetuosos ríos? Y otras veces, cuando estaba perdido y errante en el vasto desierto de la Patagonia, sin esperanza de encontrar el camino para volver a casa, ¿no fuiste tú que me lo señalaste? ¡Sí, siempre tú, mi dulcísima señora y querida madre! ¡Siempre tú, que me defendiste de los miles de peligros del alma y del cuerpo! ¡Tú, que a pesar de las inclemencias del clima, siempre me has conservado con buena salud! ¡Tú, que entre tantas contrariedades de todo tipo, me infundiste coraje para continuar la obra que tú misma me has inspirado! ¡Y todo esto por veinticinco años! ¡Cuánto amor y gratitud te debo, oh, María! ¡Disfruto de dar fe a todo el mundo de mi amor por ti, mi insigne benefactora y tierna madre!

Te agradezco, oh, María, este mi humilde escrito y al mismo tiempo ayúdame a llevarlo a feliz término y a que pueda ser beneficioso para muchas almas. Si algún bien deriva de este, será toda obra tuya, oh, María, y solo a ti sea la alabanza y la gloria. Espero que así sea.



María Auxilium Christianorum – *Ora pronobis. Venerable Don Juan Bosco.*
Fundador de la Congregación Salesiana y de las misiones de la Patagonia y Tierra del Fuego.

Prefacio

Este libro apareció con el título *Bodas de Plata*; de hecho, no estaba destinado a ser solo una colección de memorias y documentos dignos de ser conservados y adecuados para ofrecer material a la historia de las misiones, ya que concierne al importantísimo período de los primeros veinticinco años de las misiones magallánicas. La demora en la aparición de este libro se debió a la guerra europea y a que presentaba innumerables errores tipográficos y de lengua, habiendo yo pedido una revisión que no se realizó. ¡Paciencia! A pesar de esto, de haberse presentado en dos volúmenes y de su precio elevado a causa de los muchísimos grabados, fue bien recibido. Tanto es así que se agotaron las copias en poco tiempo.

Ahora presento esta segunda edición, diligentemente recreada y reducida, pero al mismo tiempo más completa, porque fueron eliminadas todas las repeticiones innecesarias y todo el contenido que creía que resultaba polémico. En cambio, se agregaron informaciones posteriores para hacer conocer mejor y valorar la influencia de nuestras misiones en el progreso moral y económico de la región. La división del libro está dada por el tema mismo: Primera parte, «Informaciones geográficas, físicas, históricas y etnográficas de los lugares y las tribus indígenas»; segunda parte, «Lo que se hizo para la evangelización y rehabilitación de estas mismas tribus»; tercera parte, «Lo realizado por los colonos inmigrantes y la población cristiana de fe y de vida». En esta edición, los grabados e ilustraciones también son abundantes porque estos apelan directamente al intelecto, a través de los ojos, y tienen mejor efecto que largos discursos.

Quiera el Señor bendecir mi intención que es la de dar a conocer y hacer apreciar las misiones católicas en general, y las salesianas en particular, e inculcar los santos deseos de bien.

El autor[5]

5. Prefacio publicado en la versión *Nella Terra del Fuoco. Memorie di un missionario salesiano* (Torino, Società Editrice Internazionale), de 1924. (N. de la E.)



Mapa topográfico de la Patagonia y Tierra del Fuego.

PRIMERA PARTE

Informaciones geográficas, físicas, históricas y etnográficas de los lugares y las tribus indígenas

Los salvajes patagónicos y fueguinos

Varias categorías y lenguas distintas, costumbres y creencias religiosas

La última parte del continente sudamericano que se extiende hacia el Polo Sur se llama Patagonia Meridional. Esta tiene sus confines en el estrecho de Magallanes y en el canal Smith. Más allá de estos confines, hay un archipiélago de islas e islotes que toma el nombre de *archipiélago fueguino*,[6] y la mayor de estas islas es la llamada *Tierra del Fuego*, bien llamada así por los primeros exploradores, por haber visto muchos fuegos encendidos cerca de las *chozas* de los salvajes, quienes acostumbraban a tenerlos encendidos para calentarse y cocinar lo que cazaban. Esta isla mide 48 000 km^2, de los cuales 28 000 km^2 pertenecen políticamente a Chile y 20 000 km^2 pertenecen a la República Argentina, y tiene una forma casi triangular. Otra isla muy importante, llamada la perla del estrecho de Magallanes, es la *isla Dawson*, que mide 13 300 km^2.[7] Esta pertenece a Chile y se encuentra en el estrecho de Magallanes, casi en la mitad del canal, entre el *continente* y la *Tierra del Fuego*. En esta isla, la bahía Harris, donde está instalada la misión salesiana, dista 48 millas marinas de Punta Arenas.

Quien quisiera hacer el viaje alrededor de la Tierra del Fuego desde Punta Arenas, pasando por el encantador canal Beagle, se encontrará con las islas *Clarence*, *Santa Inés*, *Desolación*, *Carton*, *Hoste*, *Navarino*, *Wallaston*, *Santa Hermite*, *Lennox*, *Nueva*, *de los Estados y Cabo de Hornos*, que constituyen el contingente principal del archipiélago fueguino del que hablamos. Al sudoeste de Punta Arenas, se encuentra la isla Riesco entre el seno de Otway y el seno de Skyring, y un poco más arriba está el seno *Última Esperanza*, con numerosísimos canales intrincadísimos. En casi todas estas islas, y desde el canal, se ven altísimas montañas de más de 2000 metros sobre el nivel del mar, cubiertas de nieve perpetua; aquí y allá se ven colinas cubiertas de tupidos bosques y en los valles hay praderas o pantanos. No faltan montes llenos de peñascos, y otros áridos, privados absolutamente de vegetación.

Tanto en la Patagonia Meridional como en todas estas islas fueguinas y canales, cuya extensión supera los 700 000 km^2, hace treinta y cinco años había muchos sal-

6 A lo largo de la obra el autor utiliza cursivas tanto para resaltar términos como para introducir palabras en otra lengua diferente del italiano (idioma original). En la traducción, se mantendrá esta elección del autor en la obra original, aunque se adecuarán algunas palabras al español y otras serán reproducidas tal como aparece en el original. (N. del T.)

7. La isla Dawson tiene una superficie de 1290 km^2. (N. del T.)

vajes, abandonados a su voluntad, que vivían en la más absoluta degradación, sin conocer a su verdadero Dios que los creó, ni su noble destino eterno, lo que resultaba por demás una causa de espanto para los europeos y para cualquier civilizado, por lo cual no se animaban a acercarse a estos lugares.

Estos salvajes se dividían especialmente en tres categorías distintas y eran conocidos comúnmente por los siguientes nombres:

1. salvajes *tehuelches* o a caballo
2. salvajes *alacalufes* o en botes
3. salvajes *onas* o a pie

Los primeros habitaban la Patagonia Meridional. Los segundos surcaban los intrincados canales del estrecho de Magallanes, de Smith y de Última Esperanza con sus canoas ligeras (pequeñas embarcaciones hechas con cortezas de árbol). Los últimos vivían en la isla de Tierra del Fuego.

Más tarde se descubrió otro grupo de salvajes, una clase intermedia entre los alacalufes y los onas porque una parte del tiempo lo pasaban en sus canoas y la otra parte lo hacían en tierra. Fueron denominados *yaganes*, porque vivían en el estrecho de Murray, que separa la isla Navarino de la isla Hoste, al que también se lo llama *Yaaganasciaga*. Estos fabricaban las canoas con troncos de árboles que ahuecaban utilizando fuego y algunos instrumentos primitivos, de los cuáles no se sabe a ciencia cierta cómo pudieron conseguirlos. Las cuatro clases de salvajes hablaban lenguas propias, diferentes unas de otras, con excepción de poquísimas palabras como por ejemplo *yépper-n* (carne), que era el alimento común de ellos, como sería para nosotros el pan; por esta razón, no lograban entenderse y se odiaban.

Cuadro lingüístico comparativo de las cuatro diferentes lenguas de los indios onas, alacalufes, yaganes y tehuelches

La pronunciación de las palabras está ajustada según la pronunciación italiana.

ITALIANO	ESPAÑOL[8]	ONA (fueguino)	ALACALUFE (fueguino)	YAGÁN (fueguino)	TEHUELCHE (Patagónico)
Acqua	agua	C´iôon	Akcióli	Shima	Lêe
Bocca	boca	Kásk-n	Afgulda	Ia	Scána
Buono	bueno	Olicen	Lâjep	Aïmá	Kêts
Cielo	cielo	Sciôon	Arka	Tsbaïf	Hèusck
Terra	tierra	Harwen o Tét	Huèsc o Pelís	Tán	Ghiote o Tém
Sole	sol	Kré	Arelùk	Leun	Kenghén
Luna	luna	Krèn	Iacapeciala	Anoka	Kenghenco
Padre	padre	Hâïn	Térueja	Imù	Ianhko
Madre	madre	Iâm o Mâm	C´iâp-e	Dabi	Ián-a
Figlio	hijo	Lâl	Ajòl	Makù	Ikálamo
Fratello	hermano	Tácer	Es-ceri	Mákus	Itáo
Donna	mujer	Nàa	Scèrksc	Kipa	Kárken
Fuoco	fuego	Káuke-n	Ciàrcus	Puciáki	Jáik-e
Lingua	lengua	C´iâl	Lèkkièl	Iatakeka	T´ál
Molto-Molti	mucho-muchos	Póker	Akkiái	Iéla	Scióvun

8. La columna de términos en español no aparece en el original. (N. del T.)

Salvajes tehuelches de la Patagonia, conocidos con el nombre genérico de 'indios a caballo'

Los tehuelches viven, como ya se dijo, en el continente, es decir, en la península Brunswick y en toda la Patagonia Meridional y Septentrional. También recibieron el nombre de *patagones*, palabra compuesta por *pata*, que en lengua tehuelche quiere decir *siete*, y *gónes*, que en español quiere decir *codos*; es decir, altos *siete codos*, refiriéndose a su estatura demasiado elevada. Así asegura el Dr. Juan A. Boeri, médico del Hospital Italiano de Buenos Aires, quien estudió su lengua y costumbres. La estatura media tanto en hombres como en mujeres es de 1,70 m. Según otros, pareciera que el significado es *pies grandes*, por la palabra *pata* o pie de un animal.

Aspecto físico de los tehuelches

Ambos sexos son extraordinariamente robustos, con espaldas muy anchas. Las mujeres son muy gordas, principalmente los brazos, el pecho y las mejillas. A pesar de esto, su aspecto es simpático, quizá también por sus lindos gestos y maneras. Rara vez se ven hombres deformes; en cambio, se ven a menudo personas muy bien desarrolladas que parecen gigantes. La fuerza de sus brazos, por lo general, es enorme, al punto que pueden arrojar las pesadas bolas llamadas *boleadoras* (*jácico*, con tres bolas y *ksóma kap*, de dos bolas, según su idioma), con las que cazan guanacos y avestruces, a una distancia de 70 metros o más. Poseen gran resistencia para las caminatas, a pesar de que a veces no cuentan con alimentos por mucho tiempo.

En general, son serios; rara vez se ríen y mucho menos hacen payasadas o juegos graciosos.

Estructura del cuerpo y color de la piel

La estructura de la cara representa en alto grado al tipo americano que se ve reproducido en todas las razas indígenas desde el Polo Ártico hasta el distrito más austral del continente.



Toldo de los indios tehuelches. Patagonia.

La cara es muy grande; la frente es grande pero angosta, lo que causa la impresión de poca inteligencia. El labio superior es grueso y bastante irregular y la boca es un tanto pequeña. Llama mucho la atención la dentadura; los dientes incisivos son blancos, muy arruinados, anchos y cortos, enteramente iguales y forman una línea casi uniforme. En armonía con la boca, también resulta muy característica la nariz, la cual es comúnmente derecha y corta. Esta es relativamente grande, precisamente en las fosas nasales, con una punta un poco aguileña.

Los ojos son muy vivaces, en general son de color café oscuro. El blanco de los ojos del hombre tiene un cierto tinte café, mientras que el de la mujer es totalmente blanco. El ojo, comúnmente está bastante hundido y medio escondido bajo la ceja durante el reposo. Cuando el hombre habla, su cara tiene una expresión algo severa, casi dura; los labios son expresivos y la mirada fija en cualquier punto. La falta completa de barba hace que todos los rasgos se vean más pronunciados. Esta falta de barba se debe a su costumbre de arrancarse continuamente los pelos de la cara. Por lo tanto, el aspecto imberbe de los tehuelches no es producto de la naturaleza. Las cejas parecen ser arrancadas del mismo modo.

El desarrollo extraordinario de la cabeza, presente en todos los pueblos indígenas de América, desde los esquimales hasta los habitantes de Tierra del Fuego, se muestra aquí más o menos con la misma proporción que vemos entre la enorme cabeza del león y su cuerpo relativamente pequeño. El cuello es grueso pero corto y hundido entre los hombros.

El color de la piel es muy oscuro y su tono se inclina más al amarillo que al rojo. Si pudiéramos distinguir entre estas dos tonalidades, una principal y otra secundaria, la primera sería amarillo muy oscuro, la segunda, oliva. El pecho es de un castaño oscuro y la frente es la parte más oscura. En las mejillas se nota un tinte rojo, débil pero claramente perceptible. Las uñas son casi blancas. En general, los hombres parecen más oscuros que las mujeres, lo que puede ser producto de una mayor exposición al sol y al aire.

Tanto los hombres como las mujeres tienen el cabello largo (más de 40 cm), parecido a la crin del caballo: totalmente negro, reluciente, liso, grueso y duro al tacto. Antes, los hombres se hacían coronas y las mujeres se las peinaban y arreglaban en forma de cresta, cortándole el pelo alrededor. Solamente se lo dejaban crecer cuando estaban de luto. Ahora, los hombres cuidan de su cabellera y se la dejan peinar diariamente por las mujeres.

Pinturas y tatuajes

Ambos sexos se pintan la cara, y a veces el cuerpo entero, con una mezcla de grasa y tierra negra o roja. Las jovencitas casaderas a veces se pintan las mejillas con tierra negra, haciendo una línea horizontal desde la mitad de la nariz hasta casi la oreja y desde allí hasta el mentón, dejando limpio el resto del rostro.

Hombres y mujeres se hacen tatuajes; es decir, se hacen incisiones en la piel con distintas figuras sobre las que se colocan ceniza, carbón en polvo o tierra. Antiguamente, las mujeres se dejaban hacer estas incisiones en la cara, en los brazos y en el pecho, apenas entraban en la pubertad y las incisiones eran más abundantes si la posición social era alta. Hoy en día, rara vez se las hacen; y de hacerlas, solamente aparecen en los antebrazos.

Vestimenta

En estos últimos tiempos la vestimenta de los hombres se acerca más a la europea. Esta consiste en un *Chiripá*, o sea un gran pañuelo cuadrado, el cual se pasa entre las piernas y se anuda a los costados de los cuatro lados, haciendo las veces de calzoncillo, el cual usan de forma constante, por-

que los tehuelches son decorosos y no van a dejar verse desnudos, ni siquiera los niños de corta edad. Además de esta, como única vestimenta usan una cubierta hecha de pieles de guanaco joven, que les resulta cómoda y los protege del frío. La usan con el pelo hacia adentro y, por fuera, las mujeres las pintan de varios colores con diseños más o menos curiosos, usando especialmente los colores rojo, amarillo y azul, a partir de tierra compactada en forma de lápices que puede encontrarse en la Cordillera.

En el pasado, ambos sexos usaban como única vestimenta dos paños de lana de guanaco: uno atado al brazo izquierdo, que hacía las veces de camisa y otro formando un manto atado al cuello, que cubría todo el cuerpo hasta los pies.

Como calzado, ambos sexos usan, aún hoy, botas muy altas que llegan hasta las rodillas, hechas con cuero de caballo, generalmente de las patas de adelante del caballo, o bien de algún león-puma grande, a partir de un pedazo entero que refriegan con las manos engrasadas para ablandarlo.

La vestimenta de la mujer se ha mantenido más fiel al viejo modelo. Usan un manto cerrado adelante con alfileres de plata (hechos por las mismas mujeres, con monedas de plata). Este manto cubre hasta los pies y, bajo el manto, usan una camisa abierta, cortada como una bolsa, que baja hasta los pies, dejando descubiertos solo los brazos. Las mujeres son muy púdicas y celosísimas de su decoro, y procuran no dejar a la vista ninguna parte de su cuerpo, excepto los brazos y la cara. Los niños usan un manto similar que envuelve todo su cuerpo. Para coser las cubiertas de piel de guanaco usan espinas agudas en forma de lezna, o bien huesos afilados, y por hilo usan tendones de avestruz.

Cuando viajan, las mujeres se envuelven con cubiertas de guanaco como los hombres, pero, cuando van a cazar o a trabajar, se sacan estas cubiertas para estar más libres.



India tehuelche transportando el toldo.

Adornos

Tanto hombres como mujeres usan grandes aros de plata fabricados por ellos mismos con monedas de plata con técnicas muy primitivas, por lo cual son muy pesados y hacen alargar las perforaciones de las orejas. Los aros de las mujeres son, por lo general, unos cuadrados de 10 cm por 8 cm, que parecen sobres de carta con el gancho de cierre en forma de arco; son tan grandes que tocan los hombros. Los de los hombres tienen forma de campana. Las mujeres también usan alfileres de plata con cabeza esférica de casi 8 o 10 cm de diámetro, y otros de forma esférica de 15 cm de diámetro, que parecen platos. Las mujeres y los niños suelen usar en el cuello y en la frente una especie de cinturón de cuero con monedas de plata, fijadas muy cerca unas de otras, y también usan pesados y largos collares, que suelen ser de plata. No se ven objetos de oro. Además, hacen aperos para los caba-



Cacique cristiano Kaipén de la Patagonia.

llos con partes de plata: mordazas, frenos, fustas, etc.

Armas

Las armas de los tehuelches no son arcos y flechas, como se podría suponer, ya que estas son muy comunes entre los pueblos indígenas, sino que son lazos, lanzas y *boleadoras* (dos o tres bolsas de cuero que envuelven una piedra del tamaño de un huevo de pavo, atadas al extremo de una cuerda hecha con nervio o cuero de guanaco, de casi dos metros de largo).

Es de notar que, en toda la Patagonia, se pueden encontrar muchas puntas de flecha de pedernal, hechas en tiempos prehistóricos, prueba de que en un tiempo muy anterior al presente, este u otro pueblo indígena habría usado el arco y la flecha.

Alimentos

La carne constituye el alimento principal de estos indígenas, y la cocinan al asador o simplemente sobre las brasas, sin ollas u otros utensilios de cocina. En general, se alimentan de la carne de avestruz junto con la de guanaco.

Utilizan la carne de guanaco, que es magra, como pan para acompañar la carne de avestruz, que por el contrario es muy grasa y comerla sola hace mal. La carne de avestruz es muy gustosa, pero, si se come en exceso, produce problemas intestinales y diarrea, mientras que la de guanaco es más saludable. Cuando no tienen ninguna de las dos, por lo general, comen carne de caballo salvaje.

Los tehuelches no son muy voraces, como alguno los ha descripto. No tienen hora fija para comer, solamente comen cuando sienten apetito, pero comen hasta saciarse cuando tienen mucha comida. Los peces no figuran comúnmente dentro de sus alimentos, pero las pilas de conchas de moluscos mezcladas con armas de piedra (puntas de flecha, etc.) demuestran que antiguamente deben haber usado moluscos para alimentarse.

Ocupaciones e industria

La ocupación principal consiste en la caza del guanaco y el avestruz. En la primavera, cuando hay muchos guanacos jóvenes (de uno o dos meses), los matan en grandes cantidades para hacer hermosas mantas, hechas con 12, 16 o 18 pieles cosidas con maestría, tanto para uso personal, como para vendérselas a los europeos a cambio de alimentos, especialmente yerba mate (que les gusta mucho y le dan gran uso), azúcar, galletas, aguardiente y también algunas vestimentas. También las plumas de avestruz son recolectadas y vendidas del mismo modo. Aunque esta es su principal actividad, también trabajan con la doma de caballos; trabajan la plata con herramientas



Indios tehuelches de la Patagonia, cristianizados por los misioneros salesianos.



Indios tehuelches de la Patagonia Meridional, civilizados por los misioneros salesianos.



Malén, cacique tehuelche, Patagonia.

primitivas, haciendo varios adornos con monedas, tanto para el hombre como para la mujer y para los caballos.

Para la caza del guanaco y el avestruz, van siempre a caballo y con muchos perros de caza; cada familia posee varios caballos y las más ricas tienen hasta una docena de perros por persona. A los perros los alimentan poco para que estén siempre delgados y puedan correr rápidamente. Estos pobres perros están siempre tan hambreados que, cuando ven a alguien comiendo, se acercan hasta meter el hocico en la boca y lo miran con ojos tan ávidos y piadosos que parece que dijeran: «¡Por piedad, dame un poco de comida a mí también!».

Los tehuelches son muy bravos para cabalgar, y muchas veces cuando siguen un avestruz o un guanaco, corren con tanta velocidad que da miedo verlos, y terminan casi siempre dejando al caballo extenuado e inservible por muchos días. Son muy diestros para arrojar las *boleadoras* sobre las patas del avestruz o del guanaco para cazarlos.

Cuando van a cazar guanacos, se reúnen 20 o 30 personas con sus perros y rodean una manada de guanacos; primero desde lejos, pero luego van cerrando el círculo y cuando los guanacos se dan cuenta del peligro y tratan de huir, los perros los atacan por todos lados y matan muchos de ellos.

Es curioso cómo los indios toman un caballo de la manada para su propiedad en un lugar donde pastan a veces unos 20, 50 o un número mayor de estos, incluso cuando los caballos andan libres en el campo sin una cerca que los pueda detener o encerrar. El indio se acerca con una paciencia admirable, escondiendo el cabestro con el que intenta retenerlo y avanza silbando a paso lento hacia el caballo que eligió. Cuando el caballo se da cuenta, huye y corre desenfrenado en todas las direcciones para no dejarse agarrar pero sin abandonar la manada. El hombre se detiene y permanece inmóvil, mirando siempre al caballo y silbando; cuando ve que el caballo se ha detenido, se acerca lentamente sin parar de silbar. El caballo, cuando ve que el indio está muy cerca, se escapa de nuevo, aunque esta vez no se va muy lejos. Luego se detiene y se deja agarrar por su patrón como un manso cordero.

No acostumbran correr detrás de un caballo para agarrarlo porque saben muy bien que difícilmente se deje atrapar de ese modo. De la otra forma, por el contrario, con lentitud y voluntad, el indio lo atrapa fácilmente y relativamente rápido. Cuando el caballo queda encerrado sin poder escapar, el hombre lo agarra usando un lazo de cuero de guanaco en forma de cuerda que le tira al cuello.

Viviendas

Los tehuelches son nómades por naturaleza y cambian continuamente de lugar por necesidad, ya que viven exclusivamente de la caza y cuando no encuentran para cazar en un lugar, se van y buscan en otro, transportando consigo la choza. Esta consiste en

unos 6 o 10 palos, algunos de 2,5 m de alto y otros de más o menos 1 m, que se clavan en la tierra en dos líneas rectas; el primero, el más largo, se coloca en el frente y sirve como entrada, el otro es el más bajo y se coloca a tres metros de distancia del primero. Sobre estos se extiende una gran manta hecha con varias pieles de guanacos viejos (cerca de cincuenta), cosidos con el pelo para afuera y con forma de choza de tres lados.

La entrada de la choza está siempre abierta y sobre la entrada misma encienden el fuego y lo usan de cocina. Cuando llegan de cazar, la carne de la caza la cuelgan en la entrada sobre los palos más altos. En el interior hay varios compartimientos hechos con pieles de guanaco colgados de cordeles a una altura de unos 70 cm, que sirven para separar a los hombres solteros de las mujeres y los niños.

Si hubiese un huésped, sea indio o europeo, deberá dormir fuera de la choza, a menos que la choza sea extremadamente grande. En ese caso, el huésped es colocado sobre un ángulo o en el umbral.

Al cambiar de lugar, siempre llevan la choza con ellos. Esta es recogida por las mujeres quienes la cargan sobre uno o dos caballos, y, además, son ellas quienes las hacen. Suelen colocar las chozas cerca de un arroyo, manantial o lago y, de ser posible, al reparo del fuerte viento que siempre domina la Patagonia, ubicando la entrada hacia el este. Difícilmente se equivoquen, aunque la armen con el cielo nublado o durante la noche.

Por regla, cuando cambian de lugar, se alejan a una distancia de un día a paso de caballo. Los hombres se adelantan a caballo y, para indicarle el camino a las mujeres que vienen atrás con la carga y los niños, van haciendo fuego cada tanto para que el humo las pueda guiar. En la Patagonia, el humo sirve de teléfono. Por ejemplo, cuando se ven muchos fuegos o humos en línea recta, a una distancia de uno o dos kilómetros el uno del otro, es signo de que cambian de lugar y están en marcha. Tres fuegos seguidos a igual distancia el uno del otro (5 o 10 m) indican que alguien se ha perdido y pide ayuda. Dos fuegos seguidos es un signo convencional que indica la posición para que alguien se dirija a ese lugar, según lo convenido. Un solo fuego es signo de que allí están comiendo o divirtiéndose o bien que están cazando. Estos fuegos, a veces, duran muchos días.

Organización política

Los patagones no tienen un jefe supremo que pueda llamarse rey o presidente o cacique general a quien deban obedecer. Están divididos en muchas tribus pequeñas o grupos de parientes y amigos, casi familias, bajo el gobierno de un cacique, quien se comporta como un padre afectuoso y no como un superior. No se ven más de veinte *chozas* reunidas en un solo lugar. A pesar

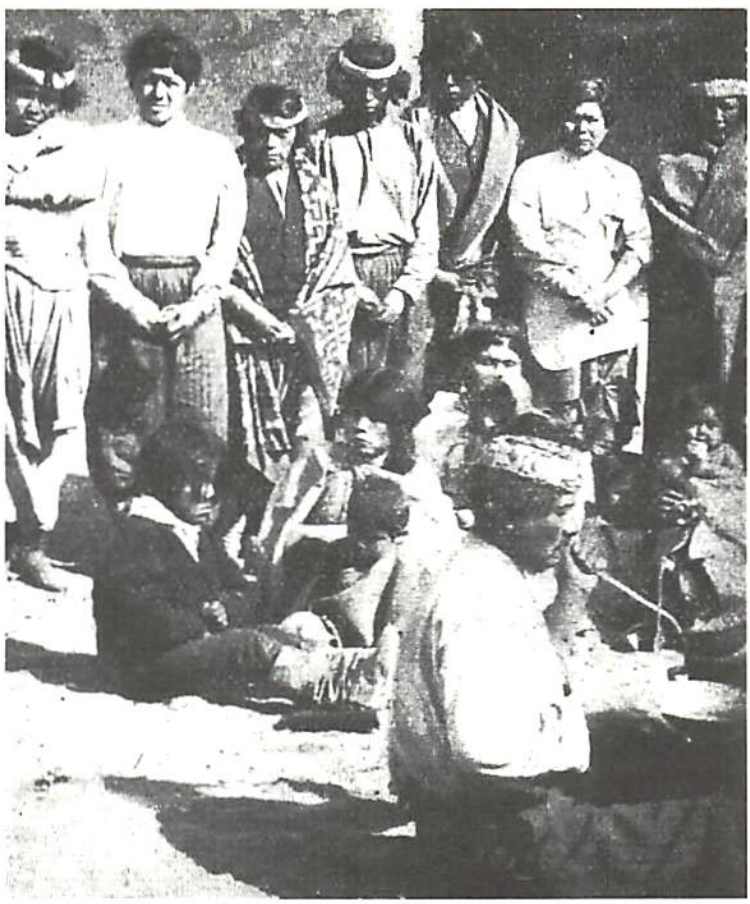


Indio tehuelche, Patagonia.

de ser guerreros, la organización política no es muy disciplinada. Los caciques menores pelean y operan siempre por cuenta propia.

Por lo general, se pelean por la ocupación de un territorio sobre el cual creen tener más derecho y, algunas veces, por mujeres, que se roban recíprocamente. Sin embargo, cuando se trata de una causa grave que preocupa a toda la raza, entonces se reúnen varias tribus, formando comicios populares para decidir sobre algunas cuestiones de estado y todos los aprontamientos necesarios.

En estas reuniones, toma la palabra el cacique principal, que está de pie mientras los demás permanecen sentados en el suelo, y comienza el discurso en tono bajísimo y misterioso, muy triste, y después va levantando el tono hasta terminar a los gritos y alaridos alocados, invitándolos a tomar las armas y salir a cazar al enemigo invasor o a cualquiera que demuestre ser su adversario. Una vez que el cacique ha terminado de hablar, todos los indígenas se levantan y a coro y grito pelado, dicen: *¡Guerra, guerra al enemigo! ¡Saquémoslo de aquí!* Toman las armas y las agitan frenéticamente en alto, casi impacientes por entrar en batalla y se divisa un alboroto general. Si tienen licor a su disposición, se emborrachan y terminan siempre peleándose, confundiéndose entre ellos como si fuesen enemigos.



Indios tehuelches cristianos de la Patagonia.

Malón o fiesta con orgía

Cada tanto se invitan entre tribus amigas a fiestas íntimas de familia, para festejar algún acontecimiento o, simplemente, para pasar un día de expansión y alegría; algunas veces, se reúnen para festejar un nacimiento o el cumpleaños de algún cacique o miembro de una familia rica o bien para conmemorar alguna victoria. Estas fiestas se llaman *malón.*

La fiesta consiste en comer bien y tomar bebidas espirituosas, bailando caprichosamente a su manera, vestidos de un modo extraño y bizarro, al ritmo de sus cantos, hasta que agotados caen desordenados al suelo y se quedan dormidos. El atuendo para estas ocasiones consiste en la cara pintada de varios colores, la cabeza adornada con plumas y el cuerpo lleno de adornos, hojas de árboles, conchas, picos de pájaros, etc.

Su danza consiste en ponerse uno frente al otro a cierta distancia, mirarse fijo a la cara e ir acercándose hasta que se tocan casi con el vientre y retroceder rápido 5 o 6 metros, para volver a repetir el movimiento sucesivamente hasta el cansancio, alzando los talones, siempre en punta de pie, bamboleándose de derecha a izquierda, subiendo y bajando. Acompañan el movimiento con cánticos, pasando los dedos de una mano sobre los labios semiabiertos, como quien toca la guitarra o bien golpeándose la boca con la palma de la mano para hacer un sonido alternativo. No se tocan ni se abrazan. Cuando se cansan de danzar, se dejan caer como muertos y se duermen. A menudo, estas orgías terminan con peleas y derramamiento de sangre.

Cuando las mujeres ven que sus maridos e hijos comienzan a emborracharse, se apuran a esconder todos los cuchillos y las armas mortíferas que están en las *chozas*, hasta las *boleadoras*, para que no se hieran o maten entre ellos, acción que realizan satisfactoriamente. Aunque, por desgracia, a veces no hacen tiempo de esconderlas o bien los maridos las esconden de antemano en lugares desconocidos para las mujeres. Algunas veces, las mujeres también se emborrachan y no pueden esconderlas. Es por eso que estas fiestas terminan casi siempre muy mal.

Creencias religiosas

Los tehuelches aceptan un dios bueno al que llaman *Maipè* y uno malo al que llaman *Gualicho*. Del primero no se cuidan porque no les puede hacer mal; no le rezan ni le ofrecen sacrificios. En cambio, le temen mucho al segundo, al cual le atribuyen sus desgracias. Por medio de sus médicos hechiceros lo conjuran y tratan de alejarlo. Si alguien se enferma, es *Gualicho* la causa. Si la caza va mal o si sucede alguna desgracia, siempre se lo atribuyen al espíritu malo. Si ocurre un eclipse de luna, es *Gualicho* que entró en ella y es por eso que le tiran piedras y la escupen para que se vaya dicho espíritu malo. Le temen mucho a los eclipses de luna porque piensan que estos traen muchas desgracias.

Los médicos hechiceros machi no usan medicina alguna para curar a los enfermos, sino que, simplemente, realizan masajes y friegas sobre la zona dolorida, junto con cantos extravagantes y misteriosos.

Los tehuelches no poseen ídolos de ninguna especie.

Después de la muerte, si uno vivió bien, gozará de una vida santa que consiste, según ellos, en comer bien y beber bebidas embriagantes sin tener necesidad de trabajar, sin tener que ir a cazar y sin tener enemigos que les puedan hacer mal. En cambio, si uno ha vivido mal, será atormentado por *Gualicho* con desgracias y hambre. Vivir mal, según ellos, consiste en matar o hacerle mal al prójimo, robar, ultrajar a las mujeres, etc. Vivir bien es no hacer estas cosas, es decir, vivir según la ley natural grabada por Dios en el corazón de todos los humanos.

Cuando uno de ellos muere, lo envuelven con una manta hecha con piel de guanaco, lo fajan de la cabeza a los pies con una cuerda de cuero y lo sepultan en el mismo lugar donde murió. No tienen cementerios públicos. Sobre la tumba degüellan al mejor caballo del difunto, a su favorito, y lo cubren con una manta fijada a la tierra en sus cuatro puntas. A una distancia de unos 100 m de la tumba, degüellan a otro; y si el muerto es muy rico y tiene muchos caballos, matan cinco o más de estos, siempre a una distancia aproximada de 100 m uno del otro en línea recta por el valle, el cual suponen que deberá recorrer el alma del muerto para alcanzar la meta. Cubren todos los caballos de la misma manera. Si el muerto era pobre y no poseía ningún caballo, cualquier pariente o amigo brinda al menos un caballo para que lo maten sobre la tumba.

Creen que el difunto debe emprender un largo viaje y que necesita del alma del caballo para llegar a destino; y si el primer caballo se cansara, puede disponer de los otros como reserva.

Si el muerto posee muchos caballos o yeguas, los parientes matan un caballo más sobre la tumba al octavo día, otro caballo al trigésimo día y uno más seis meses después; finalmente, matan un último caballo en el primer aniversario. En la tumba entierran todo lo que pertenecía al muerto en vida, incluso los objetos más valiosos, sin querer heredar nada de él. Las cosas de poco valor, como la ropa, la choza, etc., se queman. Si fuese mujer y tuviera ornamentos de plata, estos también se entierran, ya que creen que todos los objetos que pertenecían al muerto están contaminados con el espíritu malo, *Gualicho*, al que tanto temen. Por esta razón, se cuidan mucho de no guardar cosas de los muertos, ya que creen que trae desgracia. Además, abandonan el lugar porque también creen que el muerto siente pena cuando se pisa la tierra que lo cubre y por eso procuran cuidadosamente no pisar la tumba.

Una vez, una mujer indígena civilizada me pidió que bendijera la tumba de su marido y mientras la bendecía pisé sin querer el borde de la tumba; sentí el grito de la mujer que me decía: «¡Por favor, padre, no pise allí!».

Cuando los tehuelches van por primera vez a un lugar a poner sus chozas, antes de instalarlas, los hombres hacen una recorrida a caballo por los alrededores del lugar para echar a *Gualicho*. Todos los hombres que deciden establecerse en ese lugar se reúnen y, montados en sus caballos y armados con lanzas, se mueven en línea compacta, precedidos del machi que es el único que cabalga en caballo blanco y el único que puede ver a *Gualicho*, para asaltar formidablemente al enemigo. A cada paso, el machi hace ademanes de ensartar con su lanza una cosa invisible, gritando «¡Está aquí!». Todas las lanzas se dirigen a aquel lugar y apuntan al sitio donde el hechicero dice que está el espíritu malo, gritando desesperadamente «¡Muere, Gualicho! ¡Muere!».

La caravana realiza cuatro carreras hacia los cuatro puntos cardinales de la tierra, comenzando desde el este hacia el oeste, por un tramo de casi un kilómetro para cada punto. Una vez que hicieron esto, instalan las chozas, encienden un gran fuego y hacen una hoguera, creyendo haber alejado para siempre al tan temido enemigo.

Cuando alguien se siente mal y piensa que tiene encima al espíritu malo, cree que va a morir, por lo que se pone triste, deja de comer y no habla con nadie, esperando la muerte. Muchas veces, este estado de tristeza y temor puede causar enfermedades y hasta provocar la muerte debido al estado de depresión y el debilitamiento de la persona causado por el prolongado ayuno. Sin embargo, si se logra convencer al enfermo de que *Gualicho* ha salido de su cuerpo, este se alegra, come y habla nuevamente y su mal desaparece como por encanto.

Un ejemplo es el de un señor francés llamado Guillaume, que vivía en Santa



Indios tehuelches cristianos de la Patagonia.

Cruz, en la Patagonia, y era muy querido por todos los habitantes de la zona. El hombre tuvo que alojarse algunos días en la choza de un cacique que tenía a su hijo enfermo y observaba que el cacique cada noche, en vez de dormir, permanecía en la puerta de la choza al acecho, con un garrote en la mano, como si tuviese que sorprender a cualquier animal o cosa nociva que pudiera dañarlo para darle una buena lección. El francés no podía explicarse este hecho y, finalmente, se animó a preguntarle el motivo. El cacique le respondió:

—Hago guardia por mi hijo enfermo. Cada noche viene hasta aquí *Gualicho* a atormentarlo y hacerlo morir y yo anhelo sorprenderlo para matarlo. Pensándolo bien, usted que tiene un fusil, ¿no podría matarlo? En recompensa, yo le prometo regalarle el mejor de mis caballos.

—¡Bien, acepto! —respondió el francés—. Déjamelo a mí y ve a dormir esta noche que yo haré la guardia; y si viene alguien a molestar a tu hijo, lo mataré.

El francés creía que se trataba de cualquier indígena que quería hacer una broma o asustar al enfermo o al cacique, pero nadie apareció. A la mañana siguiente, el cacique se lamentó porque no había matado a *Gualicho*.

—Pero no vino —dijo el francés.

—Sí que vino. Yo lo vi; entró y atormentó a mi hijo. Hazme este favor... mátalo para que mi hijo pueda curarse y yo mantendré la promesa de darte el mejor caballo que tengo.

El señor Guillaume comprendió de qué se trataba y contestó:

—Déjame hacerlo. Si esta noche viene *Gualicho*, lo mataré.

Cerca de la medianoche, el francés fingió ver al espíritu malo y gritó:

—¡Acá está *Gualicho*! ¡Acá está! Pero esta vez no te escaparás. —Y mientras gritaba, disparó dos tiros de fusil y dijo—: ¡Por fin está muerto y ha dejado de molestar a tu hijo!

El cacique corrió enseguida a abrazar al señor Guillaume.

—¡Gracias, gracias! —dijo con alegría—. Esta vez mi hijo sanará.

El enfermo, creyéndose liberado del espíritu malo, se alegró rápidamente, pidió comida que hacía mucho tiempo que no comía y, en poco tiempo, sanó.

El cacique mantuvo la promesa y le regaló al francés el mejor caballo que tenía.

Matrimonio

Cuando un hombre quiere tomar por esposa a una mujer, debe negociar con el padre de la joven; nunca directamente con ella. Debe informarle al padre cuántos caballos y yeguas o bien cuántos cueros de guanaco o bolsas de plumas de avestruz pretende regalarle a cambio de su hija.

Una vez convenido esto, aunque la hija no lo sepa, debe tomarlo como esposo sin posibilidad de rechazarlo. Las jóvenes nunca hablan con el futuro marido hasta que se casan. El padre lleva a su hija a la choza del esposo y con este acto se consuma el matrimonio. No se hace fiesta para estas ocasiones. Si el esposo no cumple la promesa, el padre puede llevarse a su hija. El esposo debe pensar en la vestimenta de su esposa para el matrimonio y debe regalarle un caballo u otra cosa que forme parte de su dote.

No hay registro de que usen monedas; pues todos sus negocios consisten en intercambiar recíprocamente sus mercancías; caballos indómitos, por ejemplo, por otros domados o por dos yeguas; mantos de guanaco por caballos o viceversa; caballos o cueros por igual cantidad de botellas de aguardiente, etc. Hacen esto mismo cuando van a comprar a los negocios: tantos cueros, tantas bolsas de plumas, etc., por tanta cantidad de galletas, mate, azúcar, etc.

Salvajes alacalufes, llamados «indígenas de botes o de los canales», porque pasan su vida en botes, pescando en los diversos canales del estrecho de Magallanes

Los alacalufes, conocidos más propiamente como *indígenas de botes*, viven en las costas de todos los canales del territorio de Magallanes que se encuentran al norte del estrecho de Magallanes y también al oeste del archipiélago de Tierra del Fuego, Última Esperanza y hasta Tres Montes, cerca de Ancud. Pasan su vida en canoas, pescando sin redes, usando solo el arpón y una larga vara con cuatro cortes en uno de los extremos, abierta mediante dos piezas de madera colocadas en forma de cruz. Se transportan de un islote a otro sobre canoas fragilísimas, hechas con la corteza de los árboles.

Los moluscos adheridos a las rocas de las playas abundan de un modo extraordinario; las ostras, las *centollas* (arañas de mar) y los erizos también se encuentran en grandes cantidades. Las focas y las nutrias son también muy buscadas en los peñascos de la costa marítima y en las orillas de los ríos, porque además de carne, obtienen de ellas otros beneficios, como sus preciosas pieles con las que hacen mantas que luego venden a los pasajeros de los buques que surcan el Estrecho.

Los alacalufes son más bien pequeños y delgados, quizá sea debido a su forma de vida sedentaria, ya que pasan mucho tiempo sentados en sus canoas.

Se ignora cuál es su origen, pero es probable que sean de raza araucana. Sin embargo, la diferencia en su lenguaje resulta prueba suficiente de que han comenzado a poblar los lugares que hoy ocupan en épocas muy remotas. Si esta migración fue espontánea o no, será para siempre, tal vez, un misterio.

Siempre son las mujeres las que reman, y lo hacen con remos muy cortos en forma de paletas, sin apoyarlos en la canoa, to-



Silvestro tirando flechas.

cando casi el agua con las manos. Mientras que los hombres se ubican en proa y pescan moluscos allí donde el mar está más bajo, con la vara que ya he descripto.

A los niños los ubican en la popa, mientras que la mujer ocupa el centro de la canoa, a veces remando y a veces sacando el agua que entra por algún orificio pequeño. Algunas veces se dedican a mantener el fuego encendido dentro de la barca, sobre una capa de tierra; allí, sobre las brasas, cocinan los moluscos que pescan.

Las *canoas* o pequeños botes miden unos 4,50 m de largo por 1 m de ancho y llevan de seis a diez personas con tres o cuatro perros, sus compañeros inseparables de siempre. Los perros, salvajes y semejantes a los zorros, se utilizan para defensa personal, la caza de nutrias, guanacos y pájaros (cuando estos son pichones y no vuelan), y también como abrigo por la noche, ya que cuando se acuestan los hacen acostarse sobre ellos.

Las canoas son hechas por las mujeres. En la primavera, cuando las cortezas se desprenden fácilmente de los árboles, los hombres cortan grandes pedazos y las mujeres hacen el resto. Entierran varias estacas alrededor del lugar donde van a construir la canoa y con estas estacas suspenden los pedazos de corteza con los que harán la canoa, amarrándolos a un metro de altura, aproximadamente. Unen los pedazos de corteza, cosiéndolos con la segunda corteza, que es más blanda, flexible y fuerte, usando un hueso como aguja, en forma de lezna. Dentro de la canoa y sobre la corteza ponen muchas varas transversales encorvadas, muy cerca unas de otras, y como refuerzo colocan pasto seco mezclado con barro y grasa en las fisuras, para impedir que entre el agua. Sobre los bordes, atan 5 o 6 estacas o varas transversales para que la canoa no se desarme y para poder transportarla fácilmente desde la playa a la choza.

También hacen cuerdas de hierbas para atar la canoa cerca de la orilla del mar, sujetándola a cualquier árbol, estaca o peñasco cercano. Aunque estas canoas son muy frágiles y primitivas, se atreven a atravesar larguísimos canales y a hacer largos viajes en ellas. Pero a menudo ocurren accidentes fatales.

Me contaba un indio que una vez una canoa que avanzaba por las cercanías de la isla Dawson, con seis personas y cuatro perros, con el fuego encendido, fue tragada por una ballena, con la gente y los perros. He averiguado que las ballenas no pueden engullir cosas grandes. Así que lo que debe haber sucedido verdaderamente es que la ballena, en realidad, chocó con la canoa y esta se hundió con toda la gente.

En aquellos tiempos, había muchas ballenas en todos los grandes canales y era muy peligroso navegar en esas canoas tan frágiles. Un día noté la presencia de treinta



Indios alacalufes.

y cinco ballenas en solo diez minutos, por los chorros de agua altísimos que las ballenas despiden. Esto sucedió en el canal del Almirantazgo, entre la isla Dawson y la Tierra del Fuego.

Una vez, el misionero salesiano Minici, quien se dirigía en canoa desde la misión de la bahía Harris a la punta San Valentín en la isla Dawson, en compañía de cuatro indios alacalufes, notó que a la mitad del viaje ya no querían remar porque decían que estaban cansados. El bueno de Minici los alentaba amablemente a seguir antes de que se hiciera de noche, pero todo era inútil. Remaban con lentitud, permaneciendo siempre en el mismo lugar. Cuando la canoa se encontraba a unos trescientos metros de la costa, salió una ballena inmensa, produciendo un ruido muy fuerte por el movimiento del agua, a no más de ocho metros de la canoa. Al ver esto, los indígenas comenzaron a gritar y a llorar desesperadamente por el susto mientras remaban con toda la fuerza para acercarse a la costa. La ballena se quedó por unos minutos quieta en la superficie mirando para aquí y para allá y enseguida se sumergió de nuevo, yéndose en dirección opuesta a la canoa. Un pequeño golpe que la ballena hubiese dado a la canoa hubiese sido más que suficiente para darla vuelta y hundirla. Pasado el peligro, el misionero se reía internamente al ver cómo los indios remaron con tanta energía, cuando hacía unos instantes decían estar cansados y no querer remar más. En poco tiempo, llegaron a destino.

Cuando navegan con viento, levantan una manta o un cuero sobre un palo a modo de vela. Desembarcan casi llegada la noche y cargan la canoa hasta una choza improvi-

sada que montan para pasar la noche, ya que de otro modo, esta podría romperse al ser arrastrada por el agua. Cerca de la playa, por lo general, hay bosque virgen, por lo cual las chozas son construidas poniendo ramas de árboles en círculo y atándolas en la parte superior, formando un arco o cúpula, dejando la puerta abierta hacia el este. En el medio de la choza, colocan el fuego (transportado desde la canoa) y lo mantienen encendido toda la noche, acobijándose alrededor de este, casi desnudos.

En general, los alacalufes se alimentan más de peces que de otras carnes.

Vestimenta de los alacalufes

Consiste, especialmente, en mantas de piel de guanaco o nutria. Muchas veces, se los ve con una simple camisa, en general muy corta, recibida como regalo de algún navegante. Alguna vez se vio a un indio de avanzada edad, completamente desnudo, vistiendo solamente un sombrero, una especie de cilindro muy alto, y se lo llamó *Capitán Cappello*. Las mujeres son más modestas y siempre llevan algún cuero o vestido.

Cuando ven pasar algún barco por los canales, ya sea mercantil o nave de guerra, se acercan con sus canoas para pedirle víveres y vestimenta al capitán y también a los pasajeros. Aunque tengan ropa, se las arreglan para esconderla y se presentan desnudos o casi desnudos, para que sientan compasión y así poder conseguir víveres y vestimenta. Casi siempre, los capitanes de los vapores, al ver a estos infelices, los hacen subir al vapor y les regalan paquetes de galletas y ropa usada. Suben a bordo y ofrecen a los pasajeros su pequeña industria que consiste en arcos y flechas, cestos hechos con juncos, pequeñas canoas hechas de corteza de árbol que se parecen a las reales, collares de caracoles, cueros de nutria, etcétera. A cambio, reciben tabaco, licores



Salvajes del cabo de Hornos.



Indio alacalufe, isla Dawson.

y ropa. Rara vez aceptan monedas porque no les sirven y no pueden negociar con ellas allí.

Los alacalufes son muy astutos. Antes de exhibir su mercadería, indagan si el extranjero estará dispuesto a pagarlas bien o no. Primero, muestran objetos de poco valor y, si ven que el extranjero es generoso, le presentan objetos más valiosos, pero siempre uno a la vez, comenzando por el de menor valor hasta el más bello. Cuando se les pregunta si tienen pieles de nutria, responden que no, pero si uno le muestra un objeto que despierta su codicia, entonces comienzan a sacar de su canoa una pequeña piel de este anfibio, diciendo no tener otras. Pero si a esta se la pagan bien, sacan una segunda pieza mejor; y si a esta se la pagan como piden, sacan una tercera mejor, y después una cuarta y una quinta, siempre una más linda que la anterior. Y continúan de esta manera hasta que se agotan, pero siempre de a una por vez. Se ha visto a algunos sacar hasta 15 pieles y más, cuando al principio habían asegurado no tener ninguna.

Saben hacer muy bien el indio (como se suele decir en italiano), esto es, fingir simplicidad, indiferencia y que no entienden la lengua del extranjero cuando no les conviene entenderla, aunque la hayan comprendido bien. Se muestras desatentos a lo que ven, pero en realidad observan todo con ojo indagador, escuchando todo atentamente porque saben sacar provecho; en resumen, son muy *traicioneros*.

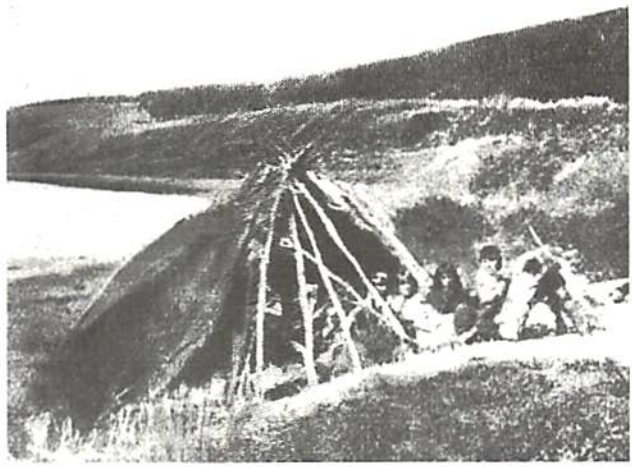
Armas y utensilios para la caza y la pesca

Sus armas principales son: el arpón, el arco y la flecha, la honda y el garrote. Tienen arpones de diferentes formas y largos, desde 10 cm hasta 60 cm o más. Casi todos están hechos con hueso de ballena y otros, con una clase de madera dura.

Algunos, simplemente, están hechos igual que las puntas de flecha y tienen muchos dientes y ganchos a modo de anzuelo, de un solo lado o de ambos lados. Estos arpones se atan a unos palos de casi 2,5 m de largo, con una cuerda de cuero o con nervio de guanaco.

Cerca del arpón, atan una cuerda o soga hecha de tiras de cuero de guanaco de la zona del cuello (la más resistente) de seis a diez metros de largo. Cuando lanzan el arpón hacia algún pez grande, foca o nutria, agarran fuertemente la soga para resguardarlo y evitar que se pierda arrastrado por las olas o el animal herido, y así traen hacia ellos el animal que han atrapado.

El *arco* mide un metro o más de largo. El de los onas mide un metro y medio o más y está mejor confeccionado, como así también las flechas, las cuales mide entre 60 y 80 cm, mientras que las flechas más largas de los alacalufes no alcanzan los 50 cm, y las comunes solo tienen 35 cm. Estas últimas están bastante mal hechas, especialmente, las que se destinan para la venta. El arco está hecho de una madera dura proveniente de una planta con forma



Choza de salvajes alacalufes en la playa

de arbusto de baja altura, llamada *leña dura*. El arco es afinado en los extremos y más grueso en la parte media; es simple, sin refuerzos, ni adornos. La cuerda está hecha con nervios de guanaco entrelazados.

Las *flechas* se componen de tres partes: la varilla hecha con la madera de dos arbustos amarillos llamados *calafate* y *michay* (*Berberis heterophyta*, también *buxifolia* y *Berberis ilicifolia*);[9] la *punta*, que antiguamente era de piedra y ahora es de vidrio; y la pluma que sirve para dirigir el vuelo.

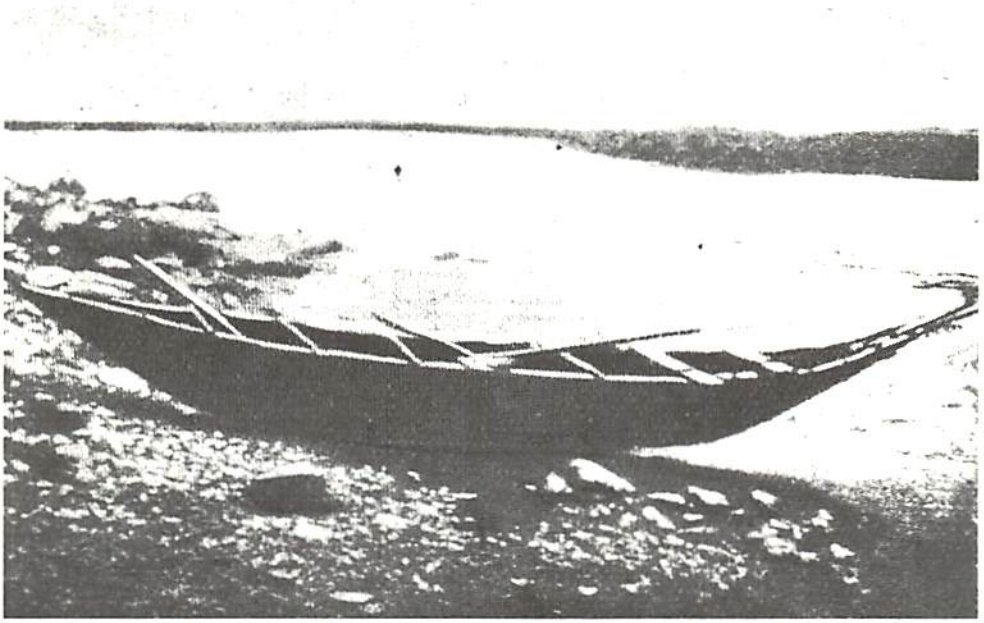
La *varilla* de la flecha es producto de un trabajo largo y paciente. Por lo general, el tallo no tiene un grosor mayor de 5 cm de diámetro y es partido en cuatro partes iguales. El afilado, la limpieza y el pulido se consiguen raspándolo sucesivamente con un trozo de vidrio, luego frotándolo sobre piedra o arena gradualmente más fina y, finalmente, volviéndolo a limpiar con hojas y lana. Para enderezarla, la calientan sobre el fuego, mientras la madera aún está verde. Así pues, el resultado es una vara un poco más gruesa en el centro, de corte circular en todo su largo y bien derecha. En uno de los extremos se coloca la punta de piedra o vidrio y en el otro, una pluma partida por la mitad, atada con un finísimo nervio, luego de haber sido fijada a una pequeña ranura de la vara.

La *honda* es un arma que se conoce desde hace mucho tiempo; es aquella con la cual el pastor David mata al gigante Goliat. Consiste en un pedazo de cuero en cuyas extremidades se atan dos cuerdas hechas con nervios o bien con correas. Por su forma y uso, no es diferente de la que usan los niños de Europa.

El *garrote* lo utilizan especialmente para matar focas, mientras estas descansan pacíficamente en la playa, y también para cazar pájaros por la noche.

El *cuchillo* (tarrasca) lo usan para fabricar el arco y las flechas; antiguamente era de piedra y ahora, en general, lo hacen de

9. Las mencionadas como *Berberis heterophyta* (seguramente un error de escritura de la especie *B. heterophylla*) y *B.buxifolia* actualmente se consideran sinónimos de *B.microphylla*. La nomenclatura científica actual de las especies de referencia es la siguiente: calafate: *Berberis microphylla* G. Forst; Michay: *Berberis ilicifolia* L. F. (N. de la E.)



Canoa alacalufe hecha con corteza de árbol

hierro, con aros de hierro de toneles provenientes de los naufragios que van encontrando en la playa. Toman un pedazo de aro y afilan el borde sobre la piedra y le fijan en la extremidad opuesta un mango de madera o una cubierta hecha de piel de guanaco. Lo usan como cincel, a formón con la mano derecha, dirigiendo el corte hacia el pecho.

Adornos

Las mujeres tienen el cabello largo y enmarañado, pues jamás se peinan; los hombres lo conservan con un largo de unos 20 cm y tampoco se lo peinan. En esta selva de pelos, anidan numerosísimos parásitos, de los cuales no tienen desdén de alimentarse por deleite y glotonería.

En el cuello, las mujeres usan collares hechos con pequeñas conchillas perforadas o con simples trenzas de nervios, con objetos colgantes, tales como huesos de patas de pájaros cortados en pequeños trozos o bien picos de pájaros o bien valvas de ostras. En la muñeca, usan pulseras hechas con los mismos materiales pero un poco más pequeños o bien una simple trenza de tendones; y en el tobillo, lo mismo.

En determinadas circunstancias, se pintan la cara y el cuerpo con franjas; para ello utilizan barro blanco o tierra roja mezclada con grasa. Por lo general, los hombres son lampiños porque se arrancan los pocos pelos que puedan tener en la barba, uno por uno. Los que se dejan la barba, tienen pocos pelos y duros como cerda. No usan tatuajes.

Con los juncos (*Marsipposperum grandiflorum*)[10] que crecen en lugares húmedos, las mujeres realizan pequeños cestos redondos, donde meten los moluscos y los huevos de pájaros durante la primavera. Estos cestos también son vendidos a los extranjeros. Además, hacen pequeños bolsos con

10. Posiblemente un error de escritura de *Marsippospermum grandiflorum*. (N. de la E.)

corteza de árbol y pequeñas canoas de casi 50 cm de largo, copia de las verdaderas, que sirven de juguetes para los chicos y también para venderlas.

Creencias religiosas

Los alacalufes admiten dos divinidades, una buena y otra mala. A la buena la llaman *Arca-Kercis* y a la mala *Ali-Kirkcis;* algunos a esta última la llaman *Tokuatu.* A la divinidad buena le atribuyen todo lo bueno y a la mala, todas las adversidades. Pero no tienen ídolos, estatuas o pinturas que representen a estos dos genios. No suelen hacer sacrificios para ninguna de las dos divinidades y parece que ni siquiera oran al dios bueno para agradecerle los beneficios recibidos. No le tienen miedo al dios bueno, pero al dios malo le tienen terror, y mediante el *médico-hechicero* tratan de alejarlo para que no les haga daño.

Cuando ocurre algún naufragio de un buque grande y llegan a la playa muchas cosas, tales como víveres y vestimenta, o cuando vara alguna ballena de la cual pueden comer su carne y aprovechar sus huesos, dicen que el gran espíritu *Arca-Kercis* les hace ese regalo porque ellos lo quieren mucho.

En cambio, cuando hay enfermedades o sucede cualquier desgracia, se las atribuyen siempre al dios malo *Ali-Kirkcis* o *Tokuatu.* A este lo representan como a un hombre muy grande y gordo, que tiene una gran barca con la cual rema noche y día por el espacio, pasando sobre los árboles del monte sin tocarlos y mete en su barca todo lo que encuentra en su camino por la noche, llevándoselo muy lejos.

Una noche que un misionero salesiano se había perdido en el bosque y no pudo retornar hasta casi 48 horas después, un indio muy pensativo me dijo «¡Con tal que no lo



Una familia de alacalufes.



Misioneros salesianos en misión en la Patagonia Meridional visitando a indios tehuelches.



Tipos alacalufes, madre e hijo.

haya encontrado Tokuatu! ¡En ese caso, sería el fin para el pobre misionero!».

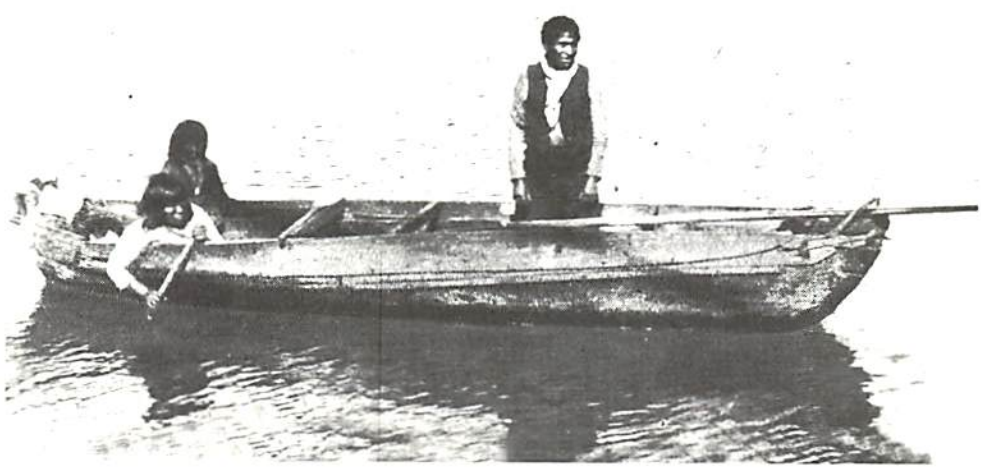
Los alacalufes creen que, después de su muerte, los malos van a penar a un pozo profundo o a un lago lleno de sangre, donde no hay nada para comer ni beber. En cambio, los buenos, después de la muerte, van a un bosque virgen donde hay caza abundante de pájaros bellísimos y comen y beben hasta saciarse, sin necesidad de trabajar, donde pueden descansar tranquilamente. Para ellos, es malo quien mata, roba, traiciona a su mujer, etc.

En general, son las mujeres las que hacen de *médicas-hechiceras* y son llamadas, en caso de enfermedad, para alejar al dios malo del cual creen que es una especie de flecha que entra en la piel. Con arañazos y mordeduras, acompañados de cantos más o menos monótonos y lúgubres, intentan sacar ese espíritu malo del cuerpo del enfermo. No usan ninguna medicina, ni para el interior ni para el exterior del cuerpo.

Cuando alguien se muere, lo envuelven en una cubierta hecha con pieles de guanaco, lo fajan de pies a cabeza y después, si pueden encontrar un árbol hueco, lo ponen allí de pie. Si no lo encuentran, lo sepultan en el mismo lugar en el que murió, casi a flor de tierra, y después abandonan el lugar por mucho tiempo porque creen que está infestado por el espíritu malo, y también para olvidar ese recuerdo doloroso. Queman todo lo que pertenecía al muerto: arcos, flechas, canoa, chozas, etc. No quieren heredar nada por miedo a que el espíritu malo se pueda esconder en estos objetos. No nombran más al muerto, aunque fuese pariente directo, como un padre, una madre, un hermano, etc., y toman a mal y casi como un sacrilegio si otros lo recuerdan en su presencia o preguntan si quiera cómo se llamaba.

Rasgos morales

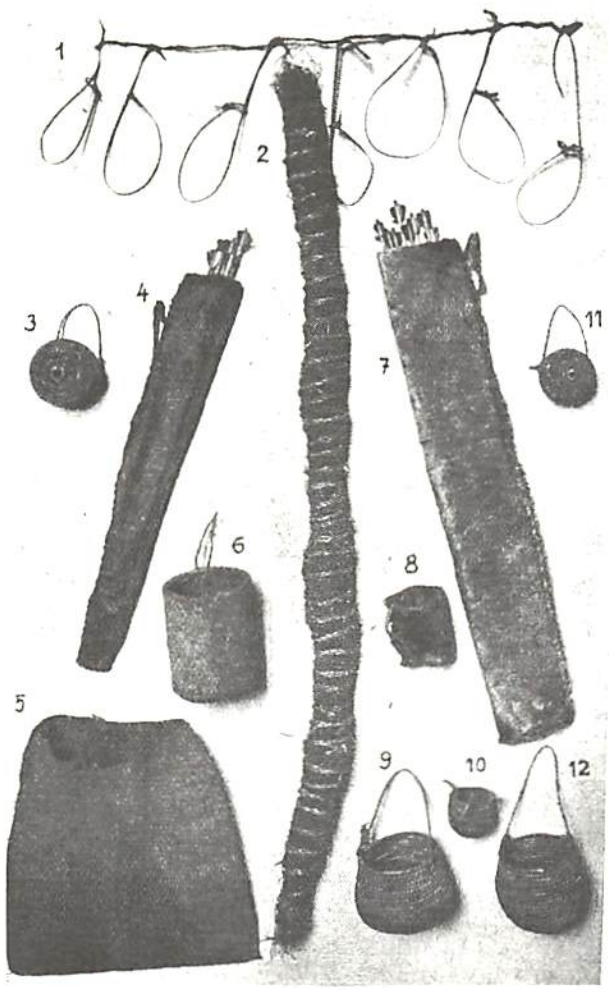
El carácter moral del alacalufe es más bien el de un hombre *callado* y *taciturno*. Las pocas palabras que dicen son secas, nunca amables; raramente ríen, desconfían de todos, tienen un aire hipócrita; son sospechosos y traicioneros por naturaleza. Tienen



Indios yaganes. La canoa está hecha con un tronco de árbol ahuecado por medio del fuego y algún hierro primitivo.

vista de lince y ven a grandes distancias cosas que los europeos pueden divisar solo con lentes de gran aumento. De su piel oscura, emana un olor feo constantemente, parecido al de las focas, al punto de ser insoportable la permanencia en un local cerrado en el que hayan permanecido cierto tiempo.

Las mujeres saben nadar tan bien como los hombres, incluso mejor. Una vez, en la bahía Harris de la isla Dawson, algunos niños de poca edad jugaban en una canoa que se mecía en el mar, atada a la playa con una cuerda. En un momento, se rompió la cuerda y la canoa fue empujada por la corriente casi trescientos metros mar adentro. Cuando la madre de uno de los niños se dio cuenta, se zambulló velozmente en el mar, alcanzó la canoa, agarró la cuerda y teniéndola fuerte con los dientes, volvió nadando a tierra, salvando así a aquellas tiernas cria-



Utensilios y armas de los salvajes fueguinos. 1. Lazos para cazar pájaros hechos de barbas de ballena — 2. Antorcha para la caza nocturna de pájaros — 3, 9, 10, 11 y 12. Cestos de juncos — 8. Vaso de piel de guanaco o de foca — 5. Bolso de piel de guanaco, sirve también de valija para los viajes — 4 y 7. Bolsas para llevar flechas. (Falta referencia al n.° 6 en el original. N. de la E.)

turas. A menudo las mujeres se bañan en el mar, incluso en las estaciones más crudas.

Costumbres

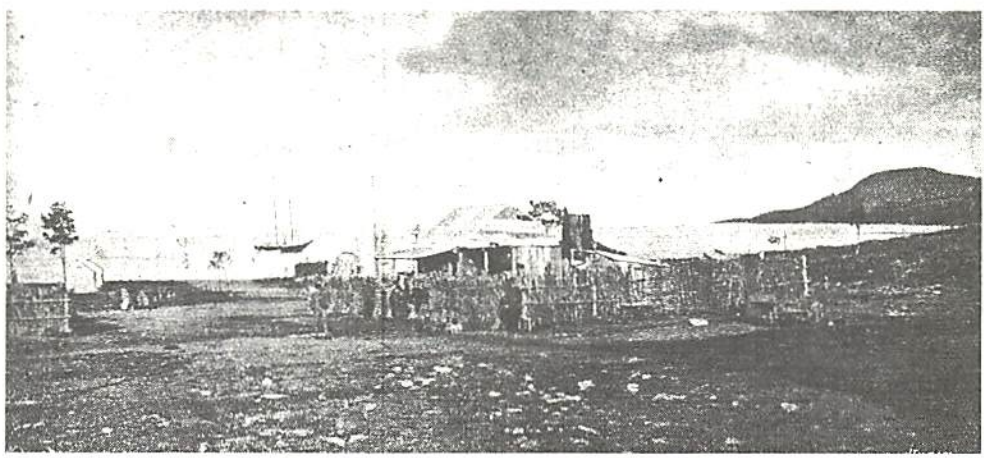
No poseen vajilla alguna, ni olla, ni platos, ni vasos. La mujer va a buscar la leña para el fuego y vuelve con un atado extraordinario que trae sobre sus espaldas, atado con cuerdas de cuero de guanaco. La mujer es la que se encarga de cuidar la choza, de que no se apague nunca el fuego, de la comida, etc. El hombre se encarga solo de la caza y la pesca. Asan los moluscos y la carne a las brasas. Las madres alimentan a los niños con moluscos desde la más tierna edad, cuando no han cumplido el año y aún no tienen dientes. Es de hacer notar que los moluscos son muy indigestos; sin embargo, se los dan crudos. Estos moluscos son puestos cerca del fuego y cuando apenas abren sus valvas, la madre los exprime con los dedos para hacerles salir el agua que aún contienen y se los dan de comer al bebé, quien los traga enteros sin masticarlos.

Los niños de diez o doce años tienen un vientre muy grande y desproporcionado, tanto que, verdaderamente, se asemejan a barriles y esto se debe a que comen mucho. Las madres siempre temen que los niños pasen hambre y por eso les dan mucha comida constantemente. Esta es también una de las múltiples causas por las cuales casi el 80 % de los niños muere antes de cumplir los diez años.

Las madres no llevan a sus niños en brazos, sino suspendidos sobre la espalda en una cubierta sostenida por dos correas de cuero. No los besan nunca y tampoco sus padres: el beso es desconocido entre los salvajes.

Tanto los alacalufes como los onas, cuando entran en batalla, acostumbran a esconder a sus niños en fosas excavadas con ese propósito y las cubren con pasto y hojas de árboles. Sobre ellas, colocan tierra para hacer desaparecer todo rastro a los ojos de los enemigos. Es curioso cómo los niños se quedan inmóviles y callados en esas guaridas como un cierto instinto natural. Basta que las madres les digan que están en peligro para que ellos se queden inmóviles como muertos, sin llorar ni gritar. En una de estas fosas encontradas en Tierra del Fuego, había no menos de *ochenta niños* sepultados vivos, algunos de los cuales murieron asfixiados porque la cubierta de hojas y tierra era mucha. Durante la pelea, las mujeres permanecen escondidas a gran distancia del lugar, pues nunca participan.

En su ignorancia, los alacalufes piensan



Inicio de la misión salesiana San Rafael en la isla Dawson. Goleta María Auxiliadora.



Choza de los alacalufes. Mujer y niño en la puerta.

que los árboles son seres vivos y que en ciertas épocas, no permiten que se les saque la *camisa* (corteza), utilizada para hacer canoas. Una vez, en época de verano, le pedí a un indio que haga una canoa para mí, como la que usan ellos.

—Ahora el árbol no quiere.

—¿Por qué el árbol no quiere?

—Porque los pájaros no ponen huevos.

—¿Pero qué tienen que ver los huevos de los pájaros con el árbol?

—Cuando los pájaros ponen huevos, el árbol quiere; y cuando los pájaros no ponen huevos, el árbol no quiere —concluyó el indio.

Comprendí entonces que solo en primavera, momento en el cual los pájaros ponen huevos, se podía cortar la corteza de los árboles porque es durante esa época que los árboles brotan y la corteza se despega fácilmente, ya que contiene mucha linfa. Pero ellos, en su ignorancia, creen que el árbol es el que no quiere ser desnudado (despojado) en otras épocas del año.

Nomenclatura de los alacalufes

La mayoría de ellos sabe contar solo hasta dos y los más inteligentes, hasta cuatro.

Uno: *Táku-táku*
Dos: *Bukl*
Tres: *Huókels-a-tól* o *Búkl- a-tól*
Cuatro: *Huókels-a-tól-huókels*

Después de cuatro, dicen *muchos*: *Ak-kiái*, y para decir muchísimos repiten muchas veces: *Ak-kiái, Ak-kiái, Ak-kiái*. Otras veces, muestran el dedo de una mano o de las dos manos, y si no basta, agregan los dedos de los pies, inclinándose y poniendo los dedos de las manos cerca de los dedos de los pies. Suelen, también, indicar los dedos de dos hombres o de muchos hombres para expresar un número grande, o bien las pieles de muchos guanacos.

Para indicar grandes distancias suelen decir *Ahuél-áhuél* (lejos, lejos) o bien *Pelis âsk âcciaquar, pelis âsk âcciaquar*, o sea *lejos-lejos* y *tierra-agua, tierra-agua*, respectivamente. Al decir esto, se levantan so-



Primeros indios alacalufes recibidos en la misión San Rafael en la isla Dawson

bre la punta de los pies y con los brazos y manos hacen señas para indicar un lugar muy alejado, pasando mares y montes.

Algunos nombres que los alacalufes suelen usar para nombrar a las personas:

Irkeirkpèikalkcisc[11] *Harris:* labio cortado

Kacekterkstër kaliscisc Samuel: holgazán

Ciariksdaikscis Daniel: chispa de fuego

Kuisesckutoretükcisc Brasito: va de la Tierra al Sol

Kálacisc Antonio: día claro

Iáucilialükcisc Miguel: pez luz

C'èsteruàcisc Felipe: dormilón

Tòlskazcisc Iacinto chico: garra

Iaucilskálcisc Andrés: pececito muerto

Rezo en lengua alacalufe

Téruеja Ajol
En el nombre del Padre y del hijo
Kánsk Lájep'
Y del Espíritu Bueno.
Hitá
Que así sea.

Avemaria

Kiàvaru Maria kpante lájep arcakercis Ciàuls-kuá,
Salve María, llena de bondad, el Señor del Cielo está contigo,
Cil lájep ak-kiai kiàlakiai Scèrks,
Tú eres buena, más que todas las mujeres;
Lájep kiauls Ajol Iesús. Hàtukalaj Maria.
Y bueno es tu hijo Jesús. Oh, amabilísima María,
Ciàp Àrcakercis kàolpak kiàuls àluks-kiekál,
madre de Dios, ruega por nosotros
huàlakscia pèllieri laufg kiànaro àluks-kiekàl táf.
pobres hombres, ahora y en la hora de nuestra muerte
Hità.
Que así sea.

11. N. B. El final cisc quiere decir «se llama así».

Los indios alacalufes, su crueldad y gran traición

En Última Esperanza (territorio del estrecho de Magallanes), entre ese laberinto de islas y canales, vive un número reducido de personas de raza alacalufe. A veces, se acercan a los buques pidiendo limosna o permutando pieles de nutria por otras mercancías. Son muy traicioneros.

Me mostraron una casucha en una isla en la que vivía un colono que tenía algunas ovejas. Un día fue hasta allí una familia de estos indios. El colono los trató lo mejor que pudo, dándoles víveres y vestimenta. Estos se mostraron satisfechos y se fueron o, al menos, fingieron irse, pero apenas vieron que el colono se había alejado de la casa para atender su rebaño, le robaron todo lo que tenía, hasta la canoa con la cual cruzaba al continente cuando tenía necesidad. Más tarde, cuando el colono volvió a su casa, tuvo que desclavar la mesa con un cuchillo que por suerte había llevado con él, y fabricarse una balsa para hacerse a la mar hasta la estancia más cercana.

En otro lugar, vivía un colono que era visitado a menudo por indios alacalufes, con el cual tenían una buena relación, porque los había tratado siempre bien y los había colmado de favores. Pero, pasado un tiempo, la gente de las estancias cercanas notó que el colono no los visitaba más. Sospecharon que le podría haber pasado alguna desgracia y fueron a verlo; encontraron su casa desmantelada y desvalijada. Buscaron al colono, pero fue inútil. Un día después, un pequeño vapor que andaba por allí haciendo investigaciones encontró en el mar el cuerpo del colono desaparecido, cubierto de heridas graves de hacha, con una gran piedra colgada al cuello.

¿Quién podría haber cometido este delito? Esta incógnita no se hubiese resuelto así de fácil si no se hubieran visto a los indios con las prendas de vestir, las armas y la canoa del difunto. Y como estos, me contaron otros hechos similares.

La maldad de los indios alacalufes

Mientras una nave del Gobierno chileno fondeaba cerca de Punta San Valentín en la isla Dawson, el 2.º comandante de la nave había desembarcado en la isla de enfrente para tener una vista desde cierta altura y para instalar un hito (marca) convencional. Rápidamente, algunos indios alacalufes lo asaltaron y, después de haberlo desnudado y haberle quitado sus ropas elegantes, lo acribillaron con flechas. Mientras tanto, como en la nave veían que el 2.º comandante tardaba mucho en volver, mandaron un bote con marineros para que lo busquen, sospechando que le había ocurrido alguna desgracia. Los marineros no tardaron mucho en encontrar el cuerpo de aquel pobre marino, inmerso en un lago de sangre, muerto bajo una lluvia de flechas. ¡Fueron treinta y dos! Se habían repartido las prendas de vestir del 2.º comandante y se podían ver a la distancia: uno con la chaqueta, otro con los calzoncillos y otro con el sombrero. Lo habían matado solo para quitarle la ropa.

Otro hecho de crueldad e ingratitud de los indios alacalufes

Un año, al final de la esquila, los misioneros de la misión del Buen Pastor, siguiendo las costumbres del lugar, quisieron hacer una fiesta y prepararon un almuerzo abundante y exquisito para todos los indios que habían hecho parte del trabajo; no faltó en esa ocasión un poco de vino. Algunos jóvenes bebieron más de lo debido y les hizo mal. Comenzaron después del almuerzo a molestarse entre ellos por cosas sin importancia. Poco después, se habían enojado de tal manera que comenzaron a golpearse. El director, don Carmino Luis, trataba de calmarlos, pero no lo podía conseguir, estaban tan exaltados por el vino y por la rabia que uno de los más encarnizados, de nombre *Andrés*, se enojó con el director y lo amenazó de muerte; no lo dejó tranquilo.



Choza de los indios onas en el bosque, Tierra del Fuego. (F.: De Agostini)

Cuando todo había terminado y cada uno había vuelto a su casa, cerca de la misión de San Rafael, comenzó nuevamente la pelea con armas de fuego. Mientras don Carmino corría hacia sus casas para convencerlos de hacer las paces, este *Andrés*, desde la puerta de su habitación, le disparó con su rifle sin dar afortunadamente en el blanco. Cuando estaba listo para dispararle de nuevo, un adversario de Andrés, un tal José, desde el interior de su casa con la puerta medio cerrada, hizo fuego sobre *Andrés* y lo mató. Viendo esto, un amigo de *Andrés*, un tal Fortunato, a su vez, mató a José con su fusil. La tragedia terminó con dos muertes y la fuga de Fortunato de la misión, ya que temía ser castigado. Anduvo fugitivo por mucho tiempo por la isla Dawson, haciendo daño en el ganado de la misión, hasta que murió en una pelea con otro indio.

Salvajes onas de la Tierra del Fuego, llamados también «indios de a pie»

Los indios *onas* o *cionos* (palabra tomada de la palabra *On* o *C'on*, que quiere decir *hombre* en su lengua) habitan la isla grande de Tierra del Fuego. Generalmente, son llamados *indios de a pie* en el estrecho de Magallanes para distinguirlos de aquellos que andan en canoas por los canales, los *alacalufes*, y de aquellos que se transportan a caballo y viven en el continente, que son los *tehuelches* de la Patagonia.

Esta isla es montañosa en el centro y en el sur y llana en el este, con pequeñas colinas, no más altas de un centenar de metros sobre el nivel del mar. Las praderas dominan desde el cabo Espíritu Santo hasta el *río Pellegrini*,[12] que es el río más importante de la isla. Es un río navegable solo por unos kilómetros y los habitantes comúnmente lo llaman *Río Grande*. En toda

12. Fue llamado así por Ramón Lista. Más tarde, fue bautizado como *río Juárez Celman* en 1886 por Julio Popper. Luego, el Instituto Geográfico Argentino lo rebautizó en 1891 bajo el nombre *J. Popper* y, finalmente, Mons. Fagnano lo llamó *Río Grande*, nombre que se conserva actualmente. (N. del T.)

esta zona de vasto terreno, no se ve ningún árbol ni arbusto y está dominada por grandes vientos.

Los dos montes más altos se encuentran en el brazo sur de la isla y son el Darwin, que mide 2135 m de alto, y el Sarmiento de 2200 m de alto, y se unen entre ellos por medio de una larga cadena de montañas, cuyas cimas están casi siempre cubiertas de nieve.

La parte sur se encuentra casi enteramente cubierta de montañas altas, mientras que la central está formada por colinas cubiertas de bosques, entremezclados con pequeñas praderas con lagos.

El lago más grande de la isla es llamado por los onas *Kahìn-Kuén* (lago extenso) y, también, *Kat-Kei-Kuèn* (lago cambiante). Ahora es conocido como lago Fagnano en memoria del ilustre misionero monseñor José Fagnano, quien fuera uno de los primeros exploradores de la Tierra del Fuego y benemérito entre los indios.

Este lago mide 92 km de largo y entre 5 y 8 km de ancho; en algunas partes, alcanza una profundidad de hasta 200 m; su agua es dulce y cristalina y podría ser navegable. Está a 60 m sobre el nivel del mar y se encuentra a una distancia de 50 km de la playa del cabo Santa Inés. Posee desembocadura en el mar al oeste, en el llamado seno Almirantazgo. Los indios le llaman a esta isla con varios nombres: *Káru-Kinká* (gente dulce), o también *Tkeiuká*. Los onas la llaman *Kojókerén* y los alacalufes, *Huisiciacuì* (tierra de los perros), aludiendo quizá a la gran cantidad de zorros que hay y que parecen perros (*Canis magellanicus*).[13]

La separa del continente americano el estrecho de Magallanes, llamado así porque fue descubierto por el intrépido navegante portugués Hernando Magallanes, el 1.º de noviembre de 1520. Dicho estrecho comunica el océano Atlántico con el océano Pacífico. Su extensión dese el cabo Vírgenes en el Atlántico hasta el cabo Pilar sobre la entrada en el Pacífico es de 583 km. Su ancho mayor se estima entre 30 y 40 km y el menor, en unos 3 km.

En la Tierra del Fuego, se puede decir que hay dos estaciones: el *invierno* que dura casi cinco meses, desde mayo hasta octubre, y una especie de *primavera* que dura el resto del año. La temperatura media de todo el año llega apenas a 6 °C. El frío de la estación invernal no es excesivo; llega muchas veces a 20 °C bajo cero, pero en regla general no supera los 10 °C y muchas veces desciende a 2 o 3 °C bajo cero. El calor en la estación templada tampoco es excesivo. Algunos días, la temperatura llega a los 15 °C o 20 °C; por regla general, no supera los 10 °C y muchas veces desciende a 0 °C y, a veces, algún grado bajo cero; la temperatura es muy inconstante. A causa de los cambios repentinos, no es posible dedicarse a la agricultura. También dominan fuertes vientos casi todo el año, en especial en la época templada, que impiden la vegetación porque secan todo el terreno y arruinan cualquier intento de plantación. En numerosas oportunidades el viento corre a 3 km/m o sea ¡180 km/h!

Con muchas dificultades, en algunos lugares bien reparados y regando muy a menudo, pueden crecer algunos vegetales, por ejemplo lechuga, nabo, repollo, arvejas, habas, etc. En algunos lugares crece la papa (no todos los años, a causa de las heladas), pero son insípidas porque no pueden madurar bien y no se conservan mucho.

El producto principal es la cría de ganado, en especial el lanar (ovejas). Desde hace unos años a esta parte, muchos europeos se han dedicado a esta industria con excelentes resultados.

---

13. *Canis magellanicus* es sinónimo de *Lycalopex culpaeus magellanicus*, que es la subespecie hoy definida para Patagonia continental. La subespecie fueguina observada por Borgatello *Lycalopex culpaeus lycoides* fue descripta por Philippi en 1896 (N. de la E.).

Notas etnográficas de los onas

Desde hace tiempo se han representado a los indios que habitan la Tierra del Fuego como una raza inferior del género humano, desde las antiguas cartas marítimas, en las cuales los cartógrafos hacían aparecer a esta parte del mundo como un territorio poblado con hombres con cola. Debemos decir que de Malchus[14] a Darwin, pocos etnógrafos han puesto en duda que los fueguinos sean una raza un poco superior a los animales, aunque bastante pacíficos. Solamente en estos últimos años nos hemos convencido de que, en cuanto a su constitución física, los fueguinos no son para nada inferiores a otras razas americanas.

En lo que respecta a la facultad intelectual, ha sido muy difícil determinar qué es lo que justifica haberlos ubicado en un grado tan bajo, tal como lo han hecho la mayoría de los exploradores que han estado en contacto con ellos, a no ser por el breve tiempo que han tenido para estudiarlos. Con todo esto, podemos afirmar, en general, que cuanto más cerca se está de ellos, tanto más favorable es la opinión en torno a su capacidad intelectual y social. Desde la obra de Darwin y Fitz Roy hasta hoy, se han hecho grandes progresos con respecto a ello y los resultados obtenidos son satisfactorios, no solo científicamente, sino, también, humanamente.

Recordaremos solamente la declaración del crítico explorador Topinard, que resumió su experiencia en estos términos:

> La primera mañana que pasé entre ellos, me dejó una impresión bastante desagradable. Me parecían el colmo de la bestialidad y la torpeza. A pesar de que había visto a uno enojarse por haberlo mirado fijamente sin hablarle, mientras tomaba algunos apuntes, llegué a la misma conclusión que Darwin después de haber visto seis fueguinos desnudos en las cercanías de la isla de Wollaston. En la segunda visita, jugué con ellos y me parecieron distintos, más bien como si fuesen desgraciados, faltos de ingenio, apremiados por tenerse que mostrar ante extraños, pero que, en realidad, son más bien pacíficos y alegres y poseen el germen de muy buenas cualidades y sentimientos que manifiestan cuando sienten que son tratados con afecto.[15]

Esta experiencia es típica. En efecto, los fueguinos, a pesar de la opresión de su situación miserable, en el fondo, son verdaderos indios que no se distinguen en nada de los otros indios americanos.[16]

Los onas descienden probablemente de los tehuelches o patagones, a los que se asemejan bastante en el aspecto físico. Se dice que, antiguamente, la gran isla de Tierra del Fuego pudo haber estado unida al continente en la parte septentrional, desde punta D'Ungenes[17] hasta la parte oeste de la segunda angostura, y que luego se formó el estrecho de Magallanes por algún cataclismo. Esto confirmaría la naturaleza volcánica del terreno. Como los onas no sabían navegar, han vivido siempre aislados del

14. Así en el original. Podría tratarse de Thomas Robert Malthus (1766-1834), que si bien no era etnógrafo, es considerado uno de los primeros demógrafos. (N. de la E.)

15. «La prima mattina che passai in mezzo a loro mi lasciò un'impressione abbastanza sgradevole. Mi parevano come il colmo della bestialità e della goffagine. Malgrado ch'io avessi veduto adirarsi uno dei selvaggi per averlo guardato fissamente senza parlargli, mentre prendeva alcuni oppunti, giunsi tuttavia alla stessa conclusione di Darwin dopo che ebbe veduto i sei fueghini nudi nelle vicinanze dell'isola di Wollaston. Nella seconda visita giuocai con loro, e mi parevano già alquanto distinti, cioè, piuttosto come esseri disgraziati, corti di genio, che si sentono impacciati per doversi presentare fraestranei, ma che in realtà sono piuttosto pacifici ed allegri e posseggono i germi molte buone qualità e sentimenti, che manifestano nel vedersi trattati con amorevolezza».

16. Cojazzi. *Folk-Lore.*

17. Hoy más conocida como «punta Dungeness» (N. del T.).



Familia de indios onas en viaje, Tierra del Fuego.

continente y, con el tiempo, se ha ido transformando su lengua, a excepción de poquísimas palabras, como por ejemplo *jépper-n* (carne), que era la palabra más usada porque es la comida cotidiana para todos ellos.

Características antropológicas de los onas

Los fueguinos no son muy atractivos y ni siquiera son armónicos, pero los dibujos atroces, especialmente aquellos que se refieren a la brutalidad de su fisonomía y que a menudo aparecen en las obras ilustradas, son absolutamente exagerados, sobre todo porque los fueguinos están un poco mejor alimentados y, en ese caso, sus formas se redondean. Dicha gordura se desarrolla un poco más en las mujeres.

La piel

La piel se presenta suave y delicada al tocarla, de hecho, parece que se frotara seda. Lo sorprendente es que en todo el cuerpo se siente mucho calor al tacto, a pesar de lo poco agradable de la temperatura en esa región. Parece que tuvieran siempre fiebre. De esto deducimos que la circulación periférica de los fueguinos debe estar muy desarrollada y que la piel debe haberse hecho bastante insensible a la acción del frío.

El color es castaño con un ligero tinte rojo; se puede encontrar algún tinte amarillento, especialmente en la cara. Pero, en general, es difícil reconocer el color natural a causa de una gruesa capa de suciedad y pintura que casi siempre les cubre todo el cuerpo.

El cabello

El cabello es negrísimo, abundante y liso. Lo llevan de un largo de casi 35 cm las mujeres y unos 20 cm los hombres y se lo peinan con un elemento hecho de mandíbula de delfín, llamado *Acél*, ya que los dientes son pequeños y unidos formando un verdadero peine natural. Ninguno tiene pelo rizado, sino que su pelo es grueso y se parece a crines. Lo usan suelto: les cae sobre la espalda y les cubre la frente casi hasta esconder la mitad de los ojos en línea recta. Algunos hombres se lo sujetan con una faja de

cuero hecha en forma de triángulo o mitra, llamada en su lengua *Ospra-Cócel*, que es precisamente la piel de la frente del guanaco con el pelo de color castaño oscuro, la cual atan a la nuca, manteniendo la parte más amplia sobre la frente. La mayoría de ellos lo deja caer libremente, lo que les da más bien un aspecto de animales feroces y no de seres humanos.

Los hombres se distinguen poco de las mujeres porque, además de vestirse iguales, en la cara no tienen barba y si les crece algún pelo, se lo arrancan y quedan lampiños. Muchas veces, también, se arrancan las cejas y hasta las pestañas. El cabello se lo cortan con valvas de conchillas o bien se lo queman con brasas. En tiempo de luto, se lo rapan, dejando solo una corona en las sienes.

La cabeza y la cara

La cabeza es más bien grande en proporción al cuerpo. La cara es chata, al punto que parece haber sido apretada entre dos tablas; la nariz es chata y corta. Todo esto da la impresión de una cara grande y baja, especialmente al mirarla de perfil. Pero hay algunos que tienen una cara casi oval, más parecida a la forma caucásica. La frente está escondida por el pelo, por lo cual la cara parece redonda. Llevando el cabello hacia arriba, aparece una frente bastante arqueada, pero más bien baja y larga. Los ojos son pequeños y excavados pero vivaces, y al no tener cejas, parecen colocados en una hendidura rectilínea hecha con un corte de navaja, porque no tienen forma oval o de arco.

El iris es comúnmente brillante y, sin excepción, son de color café oscuro. Las orejas son pequeñas y bien formadas. La boca es grande y parece más grande por los labios oscuros y gruesos; esta permanece siempre entreabierta, dejando ver dos filas de dientes iguales, bien alineados y blancos. El mentón es, generalmente, redondo.

Los brazos y las manos

Tienen brazos gruesos y largos en proporción con todo el cuerpo. Su largo promedio es igual al 91 % en relación con el largo promedio de las piernas. Los músculos de los brazos están muy desarrollados y son robustos. Los antebrazos son cortos y las manos son pequeñas.



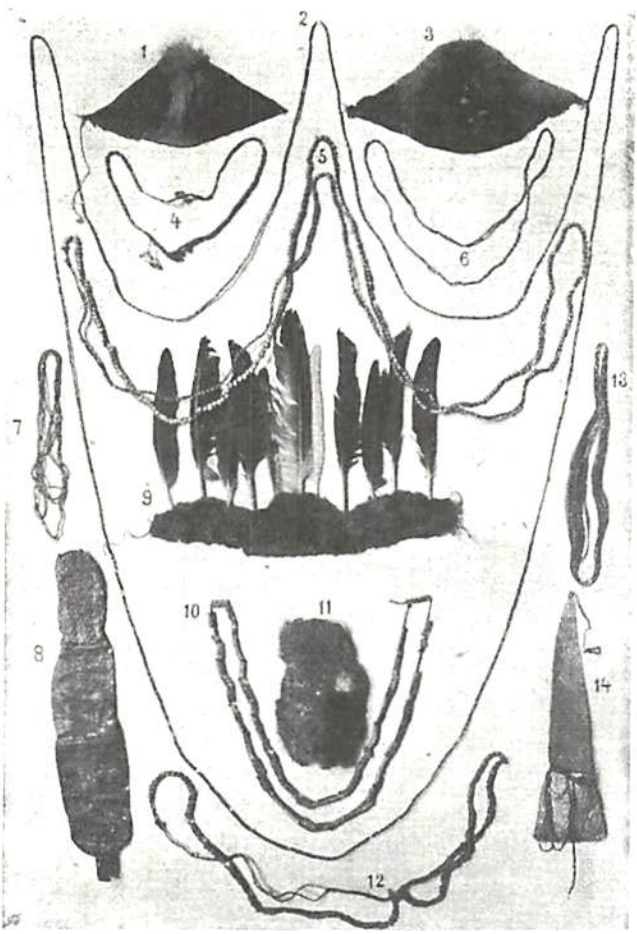
Indios onas de la Tierra del Fuego.

Piernas y pies

Las piernas son rectas y para nada arqueadas. El modo de vivir ha hecho que la piel de las rodillas sea gruesa y rugosa. Los pies aparentan ser grandes, pero esto se debe a que no usan calzado, por lo cual los dedos del pie están separados y abiertos. El pie no es deforme; el dedo grande está separado de los otros por un espacio notable. Nuestra vista está tan acostumbrada a ver los pies apretados que es necesario un esfuerzo de abstracción para acostumbrarse a ciertas formas originales.

Estatura

Los onas, en comparación con los alacalufes, parecen verdaderos gigantes. Los más altos superan la estatura de 1,90 m e incluso alcanzan los dos metros. La media es de 1,74 m. También las mujeres, en general, son altas. Los alacalufes reconocen la supe-



Adornos de los indios onas de la Tierra del Fuego. *1 y 3. Ínfulas para sujetar el cabello y adorno de la cabeza del hombre – 2, 4, 5, 6, 7, 10, 12 y 14. Diferentes collares, hechos con caracoles, huesos de las patas de pájaros, semillas, nervios trenzados, etc. – 8. Tripa de ballena para conservar polvo rojo para pintarse el cuerpo – 9. Corona de plumas para adornar la cabeza en las fiestas – 11. Bolsa de piel de guanaco.*

rioridad de los onas en contextura. Uno de los alacalufes de la isla de Dawson, que visitó la Tierra del Fuego, hablaba así de los onas a sus compañeros cuando regresó: «Allá, los hombres, muy altos, muy altos —y miraba para arriba, como para encontrar con qué comparar. —Ellos nos meten en la palma de sus manos y nos hacen así», y hacía el ademán de tirar algo para atrás.

El tronco

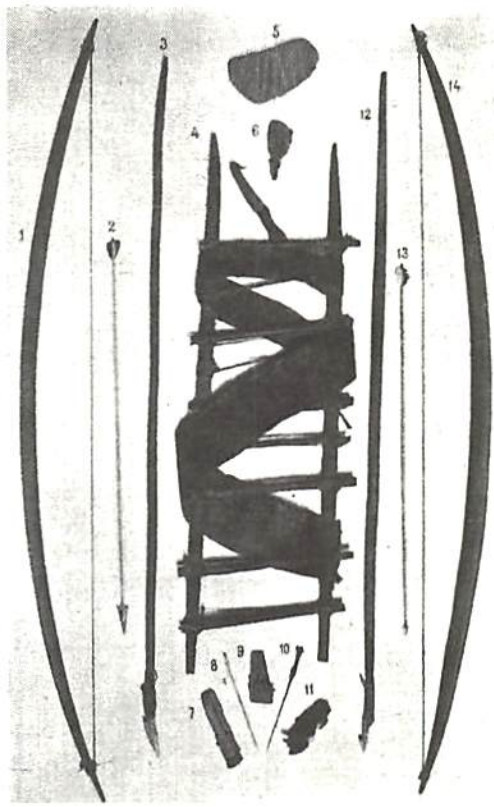
Unido a un cuello corto, el tronco es ancho y bien formado. La amplitud de la espalda y la circunferencia del estómago son considerables. El pecho de las mujeres es muy grande; también su circunferencia. Son grandes y macizas, pero no deformes.

El bajo vientre de los niños es muy grande porque las madres los alimentan mucho para que no pasen hambre.

Sentidos del cuerpo

A menudo se ha hablado del desarrollo de los sentidos en los fueguinos y, quizá, con exageración. Tienen una vista de lince y ven a grandes distancias a ojo desnudo lo que nosotros podemos ver apenas con el telescopio.

Una vez, me encontraba viajando con varios jóvenes indígenas y cuando llegamos a un lugar, me decían que desde la playa venían unos compañeros suyos, y dieron sus nombres. Yo, aunque agudizaba la vista, no podía distinguir a ninguna persona. Ellos se reían de mí y me decían «¿Pero cómo? ¿No los ve? Pero si se ven muy bien. Mira a Felipe, se paró a recoger moluscos. También Tomás hace lo mismo». Y yo no los veía. Finalmente, después de un tiempo de caminata, pude distinguir algunos puntos negros que se movían, pero no podía distinguir si eran animales o humanos, mientras que ellos ya los habían reconocido y habían dicho sus nombres. Después de un rato, nos encontramos, y pude comprobar que ellos habían dicho la verdad.



Armas y utensilios de los salvajes onas. 1 y 14. Arcos – 2 y 13. Flechas – 3 y 12. Arpones para la pesca – 4. Cuna para niños – 6. Paquete con polvo rojo para pintarse el cuerpo – 5. Bloque de arenisca para pulir las flechas – 9. Cuchillo – 10. Aguja de hueso – 8. Lezna para tejer cestos – 7 y 11. Raspadores para las pieles de silice o de vidrio.

Es indudable que su manera de vivir favorece el desarrollo del sentido de la vista y del oído, porque siempre observan con atención los fenómenos naturales. Son muy buenos imitadores del canto y gorjeo de diferentes pájaros, engañando a los mismos pájaros y a las personas.

En cuanto al tacto, son muy sensibles al frío porque, a pesar de la gran resistencia que presentan y al acostumbramiento a un clima tan inclemente, parece que estuviesen siempre temblando por el frío, aún vestidos, y siempre tratan de estar cerca del

fuego. Parece que tuvieran una cierta veneración por el fuego. Hacen de todo para tenerlo encendido y, en sus incursiones, lo llevan con ellos. Será también porque les resulta fatigoso prenderlo.

Características morales e intelectuales de los onas

Se los ha descripto en varias ocasiones y, muchas veces, de forma desfavorable. En general, se puede decir que aquellos que han hablado resueltamente mal de los fueguinos, negando cualquier capacidad para la civilización y el cumplimiento de nobles acciones, no pertenecen a la mejor clase de la raza blanca. Quien haya compartido con ellos una larga e íntima convivencia puede decir que sus características son, en sustancia, similares a las de cualquier humano.

Evidentemente, en sus características morales no se encuentran todavía rasgos de principios éticos cristianos, que forman parte de nuestra civilización. No es que para ellos no existe la luz natural de la razón, es que a menudo está oscurecida por las míseras condiciones de vida a las cuales están obligados por la pobreza de la región en la que viven. Por lo que no es de maravillarse si se muestran indolentes, apáticos, mentirosos, ladrones, iracundos, débiles en sus costumbres,



Mujer y niña onas, Tierra del Fuego



Mujeres indias onas de la misión Candelaria, Tierra del Fuego.

en especial las mujeres, y particularmente vengativos. A estos defectos, no absolutamente generales, se contrapone su buen corazón para con sus benefactores, la hospitalidad, generosidad, docilidad para seguir los consejos y apacibilidad de carácter para quienes los tratan bien; muestran deseo de civilizarse, especialmente, en los aspectos religioso y moral.

Evidentemente, toda esta buena energía estaba latente y casi sofocada frente a la hostilidad de los civilizados explotadores. Se necesitaba de la caridad del misionero para que estos manifestaran, incluso a los europeos, aquellos buenos dotes que ya practicaban en sus relaciones privadas. Esto explica por qué los viajantes presurosos e ignorantes de su lengua, basándose en sus condiciones físicas miserables como argumentos, dieron una opinión desfavorable, incluso en lo que se refiere a su condición moral.

En general, los onas son muy alegres, siempre sonrientes, con una sonrisa simple y confiada; nunca están tristes o sombríos, por lo cual, inspiran confianza y se granjean el cariño. Son también muy serviciales; a menudo, acompañan a pobres náufragos desde la bahía Tetis,[18] Santa Inés, San Policarpo y otros sitios hasta Gente Grande o Porvenir, para que se puedan embarcar desde allí al continente. Siempre lo hacen gratuitamente, dándoles incluso el alimento necesario. Salvo que les hagan mal o molesten a sus mujeres. Ellos nunca molestan a los blancos, que en su lengua llaman *Koliòt*.

Con respecto a la inteligencia, se puede acordar con Nordenskjöld, que son más dignos de compasión que desprecio. Por lo que se observa de sus utensilios y de su industria, se puede deducir que tienen una inteligencia más que mediocre.

18. Así en el original. El topónimo actual es «bahía Tethis». (N. de la E.)

Un hecho muy curioso y que resalta la inteligencia de los onas, constatado por una persona fidedigna, es el siguiente: un joven ona de nombre Teófilo Iglesias, de doce años de edad, recogido por el señor Iglesias, empleado del Gobierno de Ushuaia, quien le dio su apellido en el bautismo, adoptándolo como hijo, fue instruido en el Colegio Salesiano de Punta Arenas, en el año 1891 (quien escribe tuvo el honor de bautizarlo y hacerle de maestro). Este jovencito, después de haber aprendido a leer y a escribir correctamente, recordó haber visto algo escrito sobre una piedra a orillas del mar, en las cercanías de la bahía Tetis,[19] que decía: *Antonello Pietro 1888* —quizá el nombre de algún náufrago, probablemente, italiano.

Aquella inscripción —se darán cuenta de que se trataba de *un apellido*, *un nombre* y *una fecha*—, estuvo esculpida en su memoria y fija en su vista como si hubiere sido una pintura o un cuadro, sin saber que significaba. Solo cuando tuvo la instrucción, dos años después, la dibujó en el papel, casi reproduciendo lo recordado, como una figura que se mantuvo grabada en su inteligencia y, finalmente, pudo conocer su significado. Esto fue verificado y se encontró la inscripción que el jovencito había visto.

Luego, cuando el misionero cultivó el ingenio de los onas, introdujo a los hombres al trabajo del pastoreo, a la industria de la madera para construir puentes y senderos, a las mujeres las instruyó en la industria textil y a los niños los sometió a un régimen de estudio y trabajo en forma alternada, y así pues, se constató que su inteligencia es igual a la de cualquier hombre.

Es notable su espíritu de observación, el cual es de potente ayuda a la obra del maestro. El maestro es siempre prevalentemente objetivo, con la ayuda de mapas murales, fotos en libros y otros materiales didácticos.

Además, los indígenas revelan una sobresaliente tendencia al dibujo, cosa que antes ignoraban. En el dibujo saben retratar los detalles más notables que caracterizan al objeto representado, a tal punto que objetos similares se pueden distinguir a primera vista. Así, por ejemplo, al dibujar barcos, se podría decir que son similares a los verdaderos. Esto es notable en niños de entre doce y catorce años, ya que, aunque no hayan tenido instrucción, esta tendencia aparece con una agudeza fuera de lo común y con un espíritu de observación muy importante, ayudado por su agudísima vista, a la cual nada se le escapa.

Cuando un tal Eliseo hizo su primera comunión (a los cincuenta años, más o menos) fue invitado a almorzar con los superiores de la misión. Era la primera vez que se sentaba a una mesa y que manejaba cucharas, tenedores, cuchillos, vasos y servilletas. Es de imaginar el compromiso en el que se encontraba. Todos los ojos de los comensales estaban puestos en él para ver qué haría. Pero el indio, prudentísimo observador, no hacía nada antes de haber mirado cómo lo hacían los otros y, luego, los imitaba perfectamente en todo. Así pues, maravilló mucho a todos los presentes, porque parecía que hubiese estado siempre en almuerzos de lujo, observando un galanteo irreprochable.

Este espíritu de observación, antes de ser civilizados, lo escondían hábilmente en presencia de los blancos, para pasar por ignorantes. A esta actitud se le dice *Nil admirari*, o sea, *hacerse los indígenas*, porque aunque vieran por primera vez la cosa más novedosa, no demuestran admiración. Actúan como si para ellos fuese algo común y de ninguna importancia. Después, sin embargo, cuando están solos, la magnifican entre ellos e incluso la exageran demasiado.

Tienen ciertas expresiones figurativas para expresar su concepto sobre las cosas

19. Ídem.



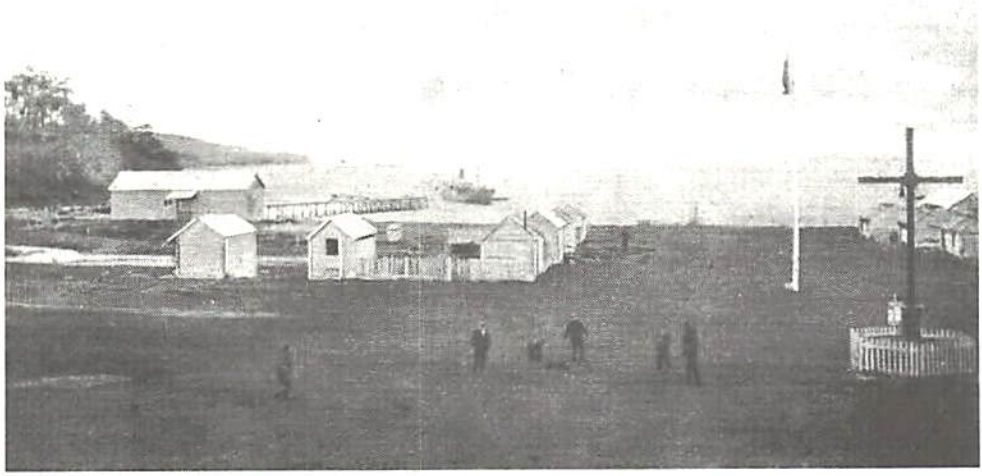
1. Isla de las cabras, donde el misionero Maggiorino Borgatello corrió gravísimo peligro de ahogarse en el mar por una creciente imprevista y desmesurada de la marea. Se salvó por milagro
2. Isla Dawson – 3. Tierra del Fuego. (F.: Veiga)



Bahía Willis, isla Dawson, donde fue el inicio de la misión salesiana, el 3 de febrero de 1889. Y donde naufragó la goleta María Auxiliadora, 1898. (F.: Veiga)



Muelle de pasajeros y casa de indios en la misión de San Rafael, isla Dawson.



Misión salesiana de San Rafael en la isla Dawson. Muelle para carga de mercadería. Casas de los indios alacalufes en la playa.

que le han provocado una impresión importante que difícilmente se usan entre los blancos.

Por ejemplo, a un niño que lloraba mucho lo llamaron «lágrimas». A otro que no se limpiaba lo llamaron «barro». Un indio que había sido llevado a la Exposición Internacional de Génova, en 1892, al volver, les contaba a sus paisanos «Allá, lejos, lejos, tierra agua, tierra agua (*tôni, tôni*) la gente come pasto en los platos!». ¿Dónde encontrar una expresión más figurativa que ésta?

Otro indio que había visto el tren con tantos vagones tirados por una sola máquina, decía: «¡Las casas caminan solas, solamente con humo! ¡Con humo no más!».

Amor, odio y venganza

Se los representa como poco amorosos y fríos en el amor, pero quizá sin razón, porque puede ser que el ardor de tal pasión se apague muy pronto en ellos. En general, la mujer no ocupa un lugar muy elevado e importante en sus vidas y en sus sentimientos. El fueguino, en general (no tanto el ona, pero sí el alacalufe y el yagán), para vengarse, trepa la montaña más escabrosa, atraviesa bosques impenetrables y soporta con alegría el hambre y la sed, y también todas las otras privaciones que encuentra en el camino. Jamás se olvida de una ofensa que le hayan hecho y jamás cree tarde la hora de la venganza, aunque hayan pasado años. Me decía un joven de unos veinte años: «Véndame un revolver, porque debo matar a un compañero que hace unos años mató a un hermano mío». Para él, era un deber vengarse por la muerte de su hermano. De hecho, decía «¡Debo matar!».

Crueldad

Se dice que los fueguinos son crueles; pero no hay pruebas de ello hasta ahora. El hecho de atacar y asesinar a los blancos, cuando ellos son mayores en número y cuando se presenta la ocasión, es necesario atribuirlo a lo mucho que han sufrido por parte de los primeros. Si no son molestados, más bien siempre están dispuestos a ayudar al necesitado.

Temor

Como consecuencia de los maltratos recibidos por parte de los blancos, la caza y la muerte de indígenas por individuos pertenecientes a la raza blanca, los onas demuestran mucho temor cuando ven barcos que se adentran en los canales y van a las playas donde ellos habitan. Rápidamente, desaparecen como por encanto. Es difícil ponerse en comunicación con ellos; solo cuando a ellos les parece que la actitud de los recién llegados es pacífica, se presentan solo los hombres y nunca las mujeres y los niños porque, a menudo, estos son robados por los blancos. Es por eso que siempre tienen la precaución de esconderlos. Pero una vez que saben que no hay peligro, aparecen las mujeres y los niños.

Robo

Casi todos los que han estado en contacto con los fueguinos echan en cara que tienen inclinación al robo. Pero si se estudia a fondo este punto, hay que convencerse de que este juicio es enteramente erróneo, puesto que su concepto en cuanto a la propiedad podría compararse con la de nuestros niños.

Un episodio que demuestra bien su puerilidad es el siguiente: el misionero Forcina explicaba cada día el catecismo a unos 50 chicos de entre quince y veinte años. Un día, se olvidó sus anteojos sobre una mesa y desaparecieron. Preguntó un montón de veces si alguien los había encontrado y todos aseguraron que no. Finalmente, se le ocurrió prometer un premio a quien los encontrara, el cual consistía en un cuchillo de bolsillo. No había aún terminado la frase cuando un chico alacalufe sacó de un bolsi-

llo sus anteojos y se los dio diciendo «Acá están». A lo que Forcina dijo luego: «Se hubiera merecido un sopapo». Pero debía ser de palabra y le dio el cuchillo.

¿Qué haría ese joven con los anteojos? ¡No los necesitaba! Era solo el instinto de robo. Todo aquello que pueden agarrar lo consideran como suyo, incluso los adultos son iguales a los niños. Consideran el territorio de la misma manera. Donde ellos viven lo consideran su propiedad y no permiten que se lo invadan los indios de territorios vecinos o alejados, aunque sean de la misma raza, ni que entren a cazar o quieran establecerse. En tal caso, se inicia una pelea.

Egoísmo

También de forma similar demuestran actitudes infantiles en las manifestaciones de egoísmo. Todos piensan para sí y tienen poca caridad con respecto a los demás. Bove dice:

> Cuántas veces he visto a un padre entrando en una habitación, comiendo un gran pedazo de carne, teniendo alrededor a mujeres y niños que miraban silenciosos, con caras de hambre, y que recogían del suelo, con temor, las migajas que caían, y se lanzaban sobre las sobras que el cruel padre de familia tiraba con desprecio.[20]

Algunas veces he visto un padre de familia distribuir las raciones con su gente. Toma un pedazo grande de carne, la parte inferior la sujeta con un pie, sucio e incluso con barro, y sentado en la tierra, la muerde de un lado y con un cuchillo, en general de piedra y que habitualmente no corta bien, la desgarra en pedazos del tamaño de dos puños. Con desprecio tira los pedazos, primero a los pies de las mujeres y después a los niños, dejando para el final a los niños menores (ni más ni menos, como se le tira un hueso a un perro). La parte más grande y mejor se la reserva para él. Los hombres y las mujeres tratan de ocupar los mejores puestos cerca del fuego y cada uno acerca brasas y pone su pedazo de carne para asarlo, sin siquiera limpiarlo, mientras que los niños, como son los más débiles, deben contentarse con poner la carne sobre ceniza tibia, por no poder acercarse al fuego. Cuando la carne comienza a largar humo, como señal de estar ya caliente, la dan vuelta, y antes de que esté cocida, se la devoran así, sucia, con ceniza y a veces con barro. Nadie lava la carne antes de ponerla en el fuego, tampoco la limpian si está sucia.

Como se puede ver, cada uno piensa en sí mismo y no en los demás, ni siquiera en los niños, que cuando cumplen cinco o seis años, deben arreglárselas como puedan si quieren comer. Lo que se opone a su civilización no es otra cosa que su tendencia a la vida independiente y libre que, se podría decir, es el instinto de la vida nómade y la fuerza de la costumbre desde la infancia, lo cual hace difícil que renuncien a ello para siempre.

Los misioneros, ante esta dificultad, deben atraerlos a la vida civilizada y estable poco a poco. No sería posible hacerlo de otro modo. Al principio, se conformaban con que permanecieran unos pocos días cerca de ellos y los dejaban enteramente libres de andar donde y cuando quisieran. Viéndose bien tratados de parte de los misioneros, les tomaron afecto y de a poco se adaptaron y se quedaron definitivamente con ellos, limitándose a hacer un paseo de dos o tres días, solamente una o dos veces durante todo el año.

---

20. «Quante volte entrando in un'abitazione, ho visto il padre mangiare un buon pezzo di carne, avendo all'intorno le donne ed i figli che miravano silenziosi colla faccia contrafatta dalla fame, e che raccoglievano con timore le bricciole che cadevano per terra e si gettavano ansiosi sopra gli avanzi, che, con dispetto, lasciava loro il crudele capo di famiglia».

Vestimenta

La vestimenta de los onas se reduce a lo mínimo. Los niños, habitualmente, están casi desnudos. Los hombres, en cambio, visten una piel de guanaco viejo, ya que es más grande y más fuerte que la de los guanacos jóvenes; esta es, también, mucho más dura y poco flexible. Estas pieles no son muy suaves y las llevan con el pelo para afuera. Con ellas, se cubren la espalda y los hombros, y las sostienen por delante sobre el estómago con una mano. Por lo general, no es una pieza muy grande y no les cubre la parte delantera. Además, aunque es muy dura, queda suelta al viento como un manto. De esta manera, los pies y la cabeza permanecen descubiertos.

Las mujeres y los niños desde la más temprana edad llevan una piel de guanaco alrededor de la cintura, o puede ser piel de foca o pingüino, que los cubre completamente hasta las rodillas. Bajo ese vestido, llevan un triángulo de cuero de guanaco sin pelo, de unos 25 cm que les cubre las partes vergonzosas y que se lo atan a la cintura con cuerdas o trenzas de nervios. Ellos lo llaman *scê*. Nunca se sacan esta prenda, ni siquiera para dormir.

Cuando se les pregunta por qué llevan la piel de guanaco hacia afuera, responden «¿Cómo la lleva el guanaco? Nosotros hacemos lo mismo que ellos». Pero hay otra razón para usarlo así. Camuflados de este modo, se meten entre los guanacos, los cuales, creyéndolos animales no huyen, y así los cazan fácilmente. En la época de los grandes fríos, se envuelven los pies con un cuero de guanaco y se lo atan con nervios en forma de cuerda.

Cuando están viajando, caminan uno detrás de otro en línea recta (fila india) y nunca se ven dos juntos en la fila. En general, meten siempre el pie sobre la huella del anterior, quizá para no sentir los pinchazos de las espinas. Hay largos senderos en los cuales se ven solo improntas de pies derechos o izquierdos, tanto que parecen agujeros, por el hecho de caminar siempre sobre las mismas huellas, con pasos más bien largos y todos iguales.



Indio ona, Tierra del Fuego.

La vestimenta de los onas, tan reducida, no es ciertamente suficiente para repararlos del frío que a veces es demasiado intenso, descendiendo muchos grados bajo cero cuando hay viento. No se puede decir que los onas no lo sientan, porque aman el fuego, cerca del que habitualmente duermen. A veces, se colocan tan cerca que hasta se queman. También anhelan las vestimentas europeas.

La causa de su casi desnudez es que en esa región no encuentran materia textil para

hacer su vestimenta. Por otro lado, la circulación sanguínea es más rica en la periferia del cuerpo, tal como lo evidencian las altas temperaturas de la piel, la cual al contacto de una mano europea parece casi quemar. Esto explica su resistencia al frío, al que, además, combaten con una alimentación muy rica en grasas y untándose el cuerpo con grasas y tierra.

Adornos

Las mujeres se adornan el cuello con collares hechos con caracoles agujereados, o fragmentos de huesos de patas de pájaros, enhebradas en un tendón (nervio) de animal. Este nervio a veces es simple y otras está trenzado. Suelen intercalar conchas más grandes y picos de aves. Los collares dan dos o tres vueltas al cuello. En la muñeca y en el tobillo llevan, también, trenzas de nervios. En determinadas circunstancias, se pintan la cara y el cuerpo con tierra blanca o tierra roja mezclada con grasa, en forma de rayas.

Los hombres se adornan la frente con una especie de ínfula triangular hecha con piel de guanaco y atada atrás con tendones; en algunas circunstancias, usan coronas de plumas de pájaros, llamadas *ôn* en su lengua. De estas coronas, existen dos calidades. Una, hecha con plumas blancas pequeñas y finas, sacadas del pecho de un pájaro acuático, llamado *pato-lile*, una especie de pato salvaje, llamado comúnmente cuervo de mar (*Stercolarius magellanicus*),[21] o con plumas de cisne o bien *caikén*, es decir, pavo silvestre (*Penicle magellanicus*).[22] La otra corona está hecha con las plumas de la lechuza blanca o de la urraca. La primera es la más común y la segunda es la que pueden usar durante sus funciones solo los *Kôn* o médicos-hechiceros (así llamados por los onas), o *Jacamúsch* (así llamados por los yaganes).

Los hombres, a la par de las mujeres, se pintan el cuerpo y la cara con tierra blanca, roja o negra mezclada con grasa, haciéndose rayas y manchas. El color blanco lo logran con una especie de arcilla o pasta de ceniza, el rojo con tierra cocida al fuego en forma de ladrillos, y el negro con carbón pulverizado. Dichas pintadas se las realizan entre ellos mismos.

La pintura se usa como un adorno, aunque a veces se usa convencionalmente como un signo consagrado para expresar una idea o un sentimiento. Entre los onas y los yaganes, el color rojo expresa alegría, el color blanco, guerra y el negro, luto o melancolía. En ciertas ocasiones, llevan la cabeza cubierta de cenizas.

Cuando muere algún pariente, los onas se hacen pequeños cortes en todo el cuerpo, desde el cuello hasta los pies, en general, rectilíneos y paralelos que casi se tocan. Se rapan el centro de la cabeza, dejando un borde de cabello en las zonas laterales y en la frente, en forma de corona parecida a los franciscanos. A esta corona se la dejan crecer unos 20 cm, tanto los hombres como las mujeres.

Armas

Los fueguinos no poseen, en general, armas de defensa; en ciertos casos, usan la piel de guanaco como escudo para las flechas. Las armas son principalmente instrumentos para la caza y la pesca. Estas son: *el arco*, *la flecha*, *la onda* y *el arpón*.

El *arco* es de madera dura (una especie de planta como el olivo, cuyas hojas no

21. Aún se denomina «pato lile» a un tipo de cormorán. La misma especie es citada por De Agostini para Punta León, en Santa Cruz, refiriéndose a la explotación incipiente del guano. Por las referencias de ser el más abundante, podría tratarse del cormorán imperial, hoy *Leucocarbo atriceps*. (N. de la E.)

22. Posiblemente se esté refiriendo a uno de los cauquenes («Bernicla», como dice más adelante en el texto al referirse a *B. dispar*). (N. de la E.)

caen en invierno) o de haya (*Fayus antarticus*),[23] con pequeña curvatura, y hecho como el arco de los alacalufes, pero mejor construido y más largo (entre 1,50 y 1,80 m). La cuerda está hecha, también, con tendones de guanaco sometidos a una larga masticación. Estos tendones son, luego, retorcidos con las manos hasta obtener un cordón de forma regular. Es una maravilla que una cuerda tan sutil aguante la tracción necesaria para arquear un arco tan resistente. Además, se necesita de una fuerza considerable en los brazos y en las manos para curvarlo. Con respecto a su uso, un indio tuvo alguna vez la habilidad de cazar un pájaro-mosca, a pesar de que este volaba inquieto entre rama y rama. El indio le pegó debajo de un ala demostrando un manejo poco común del arma.

Las *flechas* son también parecidas a las de los alacalufes, pero más largas y mejor hechas, tanto la punta, como el cabo. Es curioso ver cómo los indios conocen a primera vista al autor de las puntas de las flechas, aunque al verlas uno diría que todas están hechas por las mismas manos. Esto se debe a su agudísima vista, que los hace conocer las mínimas variantes propias de cada fabricante, variantes que no nota quien tiene una vista común.

He aquí un hecho digno de recordar: en la misión de Dawson, un día, mientras almorzaban, los misioneros encontraron en los pedazos de carne varios pedacitos de flechas de vidrio que, reunidos, formaban una punta entera. Yo se la llevé a un indio para que la viera, sin decirle de dónde la había sacado, y él, apenas la vio, me dijo: «Esta flecha la hizo Ambrogio». La hice ver por otros indios y todos dijeron lo mismo: que el indio *Ambrogio* la había hecho. Este sujeto era malo e incorregible, un escándalo para todos; había matado a su propia mujer y siempre peleaba con sus compañeros.



Viejo ona de la Tierra del Fuego.
(F.: De Agostini)

Desde hacía cuatro años se encontraba en la Patagonia con los tehuelches. Al parecer, él había flechado el animal cuando era pequeño sin causarle la muerte, y la flecha quedó dentro del animal. De grande, el carnicero lo mató y parte de la carne que comieron los misioneros ese día contenía los pedacitos de flecha. Varias veces pudieron identificar el autor de las flechas a primera vista, aunque parecieran todas iguales.

En el manejo del arco, muestran una habilidad extraordinaria, gracias al continuo ejercicio que realizan desde niños, usando pequeños arcos que usan con plumas de kaukén como flechas.

Tienen una vista excelente, por lo que rara vez fallan en su blanco, y una fuerza

23. Nombre científico válido actual de la especie citada: *Nothofagus antarctica*. (N. de la E.)

extraordinaria, para impulsar las flechas a distancias muy grandes. Una vez, don Guillermo Del Turco hizo una prueba midiendo la distancia de las flechas lanzadas por un indio y resultó que el primer tiro con viento a favor alcanzó los 230 m; un segundo tiro, con viento en contra, recorrió 216 m; y un tercero, 260 m. La fuerza dada a las flechas fue medida con otra prueba. A 80 m de distancia, fue traspasada una madera de 3 cm de espesor, y otra del mismo espesor fue partida a 100 m. A las flechas las guardan con la punta para abajo, en una aljaba hecha de piel de foca que la llaman *hil*.

La *onda* es un arma conocidísima, por lo cual resulta inútil describirla.

El *arpón* se ha descripto al hablar de las armas de los alacalufes. En el caso de los onas, el mango no es tan largo y la punta de hueso es más corta y más chica. Además, ellos lo usan con menos frecuencia; específicamente, lo utilizan para pescar peces pequeños que se encuentran entre las piedras cuando se retira el mar en marea baja.

Caza

La ocupación más importante de los onas, por no decir la única, consiste en la caza, de la cual obtienen casi todo su alimento. Nada pueden esperar del suelo, el cual les suministra solamente pequeñísimos frutos como el enebro obtenido de un arbusto rastrero con espinas, que ellos llaman *Kòl* o *Huâsek*, y algunos hongos y raíces de hierbas. Tampoco pueden obtener mucho del mar, en el cual no son de aventurarse, contentándose con los pocos moluscos que encuentran adheridos a las piedras con la marea baja y los pececitos escondidos debajo de las piedras, cuando se retira la marea.

Son numerosos los pájaros que cazan en los pantanos, como también lo son algunos mamíferos. Realizan esta tarea de una forma más o menos ingeniosa y casi siempre fructífera. La caza más importante es la del guanaco.

Pesca

A pesar de no tener botes y no conocer el arte de navegar, parte de su alimentación se debe a la pesca. No se aventuran en el mar, sino que lo hacen caminando en lugares donde, con marea baja, quedan costas de 2 km de ancho que, cuando el mar se retira, deja entre las piedras, los acantilados y los charcos, moluscos y peces, a veces de muy buenas dimensiones. Hombres y mujeres aprovechan estos momentos y se adentran en el mar con arpones para cazar, moviendo las piedras y buscando peces en los charcos. Las mujeres ponen los peces en sus cestos, pero los hombres, en cambio, prefieren ponerlos en una cuerda, perforándoles la boca. Así se los cuelgan alrededor de la cintura, como una prenda de vestir.



Guerrero ona, Tierra del Fuego.
(F.: De Agostini)

No es raro que encuentren ballenas o focas muertas en la playa; en ese caso, festejan por muchos meses.

A veces, los hombres pescan con una red hecha con tendones de guanaco (de 1,5 m de largo y menos de 1 m de ancho). Lo hacen en la desembocadura de algún río pequeño o en algún charco grande que se forma cuando baja la marea. Se meten en el agua hasta la cintura, siempre en contra de la corriente, y extienden con sus manos las extremidades superiores de la red. Despliegan la red entre sus piernas abiertas, pisando el extremo inferior, y cuando algún pez grande intenta pasar por esa corriente de agua, ellos lo envuelven rápido con la red y lo arrojan a la costa para que lo atrapen los otros que están a la espera. Cierta vez, estando presente el misionero don Fortunato Griffa, en menos de media hora, un solo indio pescó de este modo más de 50 peces de gran tamaño.

Alimentos

Sus principales alimentos son: carne de mamífero; pájaros, moluscos, ballenas y focas; huevos de pájaros; raíces de hierbas; hongos y algunos frutos silvestres pequeños. Comen la grasa cruda y la carne magra, quemada sobre las brasas. Los peces también son cocinados sobre las brasas; cuando estos se abren, comen su contenido medio crudo. No utilizan la sal. Tampoco conocen el uso de ollas, sartenes o cualquier otro recipiente para cocinar la carne y otros alimentos. No usan platos ni cucharas ni tenedores. Prefieren siempre la carne más grasa, porque aquellas contienen más calorías y son más efectivas para los habitantes de latitudes bajas.

Comen los huevos crudos, aun cuando dentro estuviese desarrollándose un pichón. En cuyo caso, lo ponen sobre las brasas, rompiendo un poco la cáscara para que el pichón se vea. Dicen que estos huevos son los mejores. Por otro lado, dejan secar la achicoria al sol y luego la comen cruda y sin ningún condimento. Tampoco cocinan las raíces, algunas de las cuales son blancas y tienen casi el sabor de la paja. Estas tienen un grosor menor al de un dedo. En su lengua, la llaman *t'esc* y *jèrsc*. Las últimas (*jèrsc*) crecen en abundancia en los bordes de los lagos, en la playa, en la arena; no tienen hojas, pero sí, una flor amarilla que sale al ras de la tierra. Cada planta forma pequeños tubérculos unidos, alrededor de cinco o seis, muy blancos, acuosos y de entre 10 y 15 cm.

Con la semilla de unas plantitas parecidas a la mostaza, aplastadas sobre la piedra, hacen una pasta negruzca, parecida al chocolate, y la comen con avidez; aunque casi no tienen sabor. Ellos la llaman *htài*. La mezclan con grasa de foca o de ballena y la cocinan cerca del fuego sobre una piedra. La única bebida que conocen es el agua natural, la cual beben en grandes cantidades.

Para beber, se tiran en la tierra, al borde del río o del charco, y beben absorbiendo con la boca directamente, sin ayuda de las manos o recipientes, tal como lo hacen los animales. A veces, conservan el agua en bolsas hechas con piel de guanaco o, también, en cilindros hechos con corteza de árbol. No tienen hora fija para comer; es decir, lo hacen cuando sienten ganas.

El jefe de familia prepara las raciones. El que recibe el pedazo de carne nunca agradece. Ellos no acostumbran a agradecer los regalos que reciben. Todos, en silencio, toman su ración y la cocinan como pueden en las brasas.

Animales domésticos

Hay un solo animal que puede decirse que es parte de la familia y es el perro, al cual lo llaman *Wisne*. Los onas tienen muchos perros y los quieren mucho. Son perros silvestres, zorrunos, de instinto feroz y enemigos de los perros de otras razas, y también del hombre blanco (*Koliòt*).

Tienen motivos para quererlos, porque les sirven mucho para la caza de guanacos,

zorros y pájaros (cuando estos son chicos y no pueden volar y solo corren velozmente). Además, custodian sus chozas y, por la noche, sirven para calentarse, ya que los hombres ponen a los perros sobre sus cuerpos cuando duermen. Estos perros comen carne de mamíferos, pájaros y moluscos, incluso buscan los moluscos en la playa. Es curioso ver cómo los desprenden de la piedra con sus dientes y patas y abren las conchas para comérselos.

Los colonos europeos hicieron grandes estragos con estos perros porque atacaban sus ovejas; ahora, ya casi han desaparecido. En efecto, una vez en la bahía Harris, de la isla Dawson, de *setecientas* ovejas desembarcadas para la misión, ¡estos perros mataron *trescientas* en un solo día!

Industria

No existe ninguna industria como la entendemos nosotros: a ellos, cada objeto le sirve para su vida cotidiana, para la caza o la pesca, pero rara vez realizan cambios de mercadería entre ellos. No conocen ningún



Tres indios onas, Tierra del Fuego. (F.: Braun)

tipo de moneda. Últimamente, se ha visto que han comenzado a venderle algunas cosas a los civilizados por curiosidad.

Los hombres hacen, con mucha habilidad, arcos, flechas, aljabas, arpones, lazos hechos con barba de ballena, adornos de plumas para la cabeza, etc. Las mujeres hacen cestos y curten cueros, preparan y cosen pieles de guanacos para hacer mantas, pero no tienen la habilidad de las tehuelches de la Patagonia. Los cestos onas están hechos con juncos que crecen en lugares húmedos.

Actualmente, en la misión salesiana, las mujeres aprenden a hilar y tejer con una maestría poco común y los hombres aprenden a ser hábiles ovejeros, únicos trabajos posibles en estas tierras útiles solo para la ganadería (de ovinos, especialmente).

Vivienda

A causa de su vida nómade y de la pobreza de la región, las chozas de los onas muestran una miseria extrema, especialmente, en los lugares donde no hay bosque. Hacen uso de dos clases de chozas: una bastante compleja que usan en el bosque donde, por lo general, pasan el invierno; la otra es más simple y la hacen donde no hay bosque.

A la primera la construyen con troncos y ramas en forma circular, que unen en el extremo superior armando una especie de cono. Las fisuras entre palo y palo se cubren con terrones de tierra y, luego, cubren todo con pieles de guanaco o de foca en forma desordenada. La entrada es una abertura, es decir, no hay puerta. En el medio de la choza, arde siempre una fogata, tanto de noche como de día, y el humo sale como puede por cualquier parte. En general, la choza permanece con tanto humo que por momentos no se puede respirar y arden los ojos, y casi no se pueden ver los objetos. Muchas veces, ponen sobre el fuego grandes y largos troncos desde la entrada y, a medida que se van consumiendo, los van haciendo entrar. Esto se debe a que no cuentan con herramientas para cortarlos en pedazos; de esta manera, además, no tienen necesidad de buscar leña pequeña que dura muy poco. Alrededor del fuego, hay restos de comida, huesos, conchas de moluscos, pieles de guanaco y foca, plumas, etc. Los utensilios y las armas de caza y pesca, como así también los comestibles, y demás objetos, están apoyados en los palos o esparcidos por la choza. Toda esta escena da la idea de una choza muy desordenada y sucia y, quizá, eso explica por qué no les gusta que los forasteros (*Koliót*) entren o les den siquiera una mirada.

La otra especie de choza, que realmente no merecería tal nombre, es más bien un simple reparo que improvisan cuando deciden hacer una parada más o menos prolongada durante una peregrinación, especialmente, durante la estación benigna y en ciertos lugares fuera del bosque. Consiste en algunos postes de más o menos 1,5 m de alto, fijados al suelo en forma de semicírculo, con la convexidad en contra del viento (que casi nunca cesa) y pieles de guanaco sin pelo, pintadas de rojo con grasa. En la parte cóncava de la parte interior, hacen pozos donde ponen pasto seco y pieles para acomodarse, y prenden un pequeño fuego con raíces de arbustos. Cuando se van, cargan los postes y las pieles, haciendo un atado con correas en donde colocan, también, los otros utensilios.

Toda esta carga debe ser transportada por las mujeres, quienes, además, deben llevar a los niños más pequeños y cuidar de los más grandes, mientras los hombres van adelante con arco y flecha para cazar cualquier animal, advertidos por los perros que los siguen y se alborotan.

Las peleas

Las luchas y las riñas surgen a causa de las mujeres o por la usurpación de terreno, por ejemplo, cuando una familia cree que una porción de terreno pertenece para la caza, etc. Cuando van a luchar, se pintan todo el



Luis, joven ona de la misión Candelaria.

cuerpo de blanco con barro blanco mezclado con grasa, toman el arco y las flechas y se disponen a la batalla, abandonando toda indumentaria para tener mayor libertad de movimiento. El vencedor se queda con la mujer o el terreno que se disputa, convirtiéndose desde ese momento en el legítimo poseedor.

Cuando la lucha es por una ofensa personal, por pretensión de un terreno o porque dos tribus no se llevan bien, se citan en un lugar preciso. Los hombres llevan una especie de corona hecha con plumas de aves o un cuero de guanaco a modo de mitra, el cuerpo pintado de blanco con rayas negras en la cara y, sobre la espalda, una piel de guanaco que los cubre hasta los pies en forma de manto, mientras que en la parte de adelante quedan descubiertos, dejando a la vista todo su cuerpo pintado con barro, en señal de guerra. Se colocan de frente en dos semicírculos, a unos 30 m de distancia, con las mujeres detrás como simples espectadoras. Sentados, comienzan a reprocharse recíprocamente. Lo que comienza como un murmullo termina a los gritos con insultos violentos, injurias y vituperios en un griterío endiablado.

En ese momento, un indio de un grupo se levanta, se saca la piel de guanaco y alza su brazo izquierdo en señal de reto. De los adversarios, se levanta otro indio que pone su brazo derecho sobre el izquierdo del contrincante. Esto es señal de duelo. Se abrazan, tratando cada uno de poner su brazo sobre el de su adversario, para tratar de tirarlo al suelo. La lucha continúa hasta que uno cae; entonces, el que yace en la tierra puede reiniciar la lucha o ceder su puesto a un compañero que seguirá luchando con el vencedor —aunque este se encuentre cansado—, a menos que un compañero del vencedor se interponga entre los dos.

La lucha continúa así por cinco, seis o más horas, hasta que todos estén bien cansados o una tribu se dé por vencida. Después, la tribu retada tiene la obligación de retar al adversario, de modo que una lucha es seguida por otra a corto plazo.

Los onas ponen mucho empeño en estas luchas entre tribus y es muy honorable quien se distinga en dichas peleas. En la toldería, las charlas sobres estas luchas y sobre el valor de los luchadores se prolongan por semanas, incluso meses.

Bastante similar es la tensión entre dos amigos. Cuando un indio desea ver si un amigo suyo es más fuerte que él, lo busca y, sin tantos preámbulos, le dice: «¿Quieres pelear conmigo para ver si eres igual o mejor que yo?». Naturalmente, el otro acepta y en seguida van a un terreno libre de piedras y troncos. El que propuso el reto extiende horizontalmente el brazo y dice: «¡Bien! Luchemos para ver quién es mejor». El indio retado se acerca y trata de tomarlo de la mano y por debajo de los brazos, usando toda su astucia para tratar de vencerlo. En el reto, enseguida se sacan toda indumentaria y se ponen en el brazo izquierdo unas

plumas atadas, convencidos de que esto los hará más veloces.

Antropofagia

Darwin, Fitz Roy y otros naturalistas habían calificado a los onas como *antropófagos*, pero fue probado rápidamente por los misioneros que vivieron mucho tiempo en contacto con ellos que eso era falso, aunque fue una opinión muy difundida en el pasado.

Los onas sienten horror por la carne humana y por eso mismo protestan enérgicamente contra esa acusación. Son muchos los casos en los que estos han prestado ayuda a pobres náufragos y esto habla elocuentemente en contra de esa acusación. Quizá, su bárbara costumbre de estrangular a los viejos enfermos para evitarles, según ellos, los últimos padecimientos, haya hecho que Fitz Roy creyera que los fueguinos eran antropófagos.

En verdad, los onas creen que los *Koliót* (los europeos) son antropófagos, porque los vieron matar a indios desarmados e inofensivos, incluso a tiernos niños, con sus fusiles y sus cuchillos, y hasta vieron a unos degollar a un niño gordito y lozano, asarlo sobre el fuego y comérselo cínicamente, con el único objetivo de poder contarle a sus amigos en Europa que ellos habían probado carne de los salvajes de Tierra del Fuego. Esto es un hecho auténtico, ocurrido en 1895, cometido por tres aventureros europeos vagabundos, los cuales no se avergonzaron al contárselo como una gran proeza a varios de sus amigos de Punta Arenas, los que lejos de compartir el hecho con alegría, los reprobaron y censuraron, diciéndoles que eran más bárbaros que los mismos indígenas. Entonces, intentaron excusarse diciendo que se vieron obligados a hacerlo para no morirse de hambre.

Encendido del fuego

Estos indios encienden el fuego golpeando entre sí dos pedazos de pirita de hierro (que se encuentran en varios lugares), provocando chispas que dejan caer sobre un musgo seco o bien sobre una especie de hongo seco parecido a una esponja, y enseguida lo soplan y le van agregando leña muy pequeña hasta que el fuego se aviva. Luego, lo alimentan con leña más gruesa.

Otra técnica consiste en frotar dos pedazos de madera seca hasta que se encienden. Estas no deben ser operaciones muy fáciles, si se considera el gran cuidado que tienen para conservar el fuego. Cuando tienen que cambiar de lugar, casi siempre transportan algún tizón encendido que vigilan constantemente y, en la noche, siempre hay alguien que se encarga de que el fuego se mantenga. Todos los fueguinos, tanto los onas como los alacalufes y los yaganes, tienen una especie de veneración por el fuego; esto se debe a la gran necesidad que tienen de él.

Cortesía de los onas

Cuando un pariente o un amigo los visita, entra en la choza del pariente o amigo y se sienta cerca del fuego sin que él, ni el que es visitado digan una palabra. Este silencio dura bastante, cerca de un cuarto de hora o incluso media hora. Después, se comienza a conversar sin mencionar el viaje realizado o la salud, como si hubiesen estado juntos siempre. No acostumbran a saludarse entre ellos, ni cuando se encuentran dentro o fuera de la casa ni cuando parten hacia lugares lejanos ni cuando se deben separar por cualquier circunstancia. Si alguien que llega de lejos comienza a hablar inmediatamente de su propia aventura, se lo considera un charlatán. Quien desea noticias, o quiere hacer una pregunta, debe disimular y esperar mucho tiempo antes de exponer sus propios deseos.

Si alguien recibe un regalo, nunca debe dar señal de reconocimiento o agradecimiento, porque los hombres deben ser serios. Por ello, se considera cosa de niños demostrar alegría por un regalo recibido.

De esta extraña costumbre se podrían dar varios ejemplos. Una vez, habían ido de caza unos 20 indígenas y solo uno había cazado un guanaco y, como es costumbre, el guanaco le pertenecía solo a él. Todos estaban en ayunas desde el día anterior y sentían hambre. El indio que había cazado el guanaco, esa noche, lo cortó en pedazos y le lanzó un pedazo a cada uno de sus compañeros. Después de esta acción, no solo no le agradecieron, sino que, aunque habían agarrado un buen pedazo de carne cada uno, miraban para otro lado distraídamente. Finalmente, con cierto descuido, se acercaron al fuego a asar su carne y comerla. Naturalmente, todos se cuidaban de no agradecerle al que les dio la carne para no quedar como niños.

En otra oportunidad, un europeo le regaló a un indio un cuchillo muy bueno, con mango de varios colores, que sabía que le gustaba mucho. El indio lo tomó con total indiferencia, lo guardó sin hacer caso al regalo, sin mirarlo y sin decir ninguna palabra de agradecimiento. El europeo, maravillado de esta absoluta falta de gratitud por un regalo tan bueno como ese, le expresó esta sorpresa a su madre que también estaba presente. La madre le dijo que apenas él se había volteado, el indio había vuelto a agarrar el cuchillo, lo había mirado con curiosidad y casi no cabía en sí mismo de alegría. Este indio, que tenía tanta alegría por haber recibido ese regalo, temía quedar como un niño dando señales de desearlo o agradeciendo al que se lo había regalado.

¿Qué se puede pensar de esta forma de actuar contraria a la nuestra? Debe de estar muy relacionada a su naturaleza salvaje, que rechaza esas formas que nosotros llamamos cortesía y que ellos interpretan como infantilidad o debilidad.



Cipriano, ona de la misión Candelaria.
(F.: De Agostini)

Médicos, medicinas, enfermedades, mortalidad

Cuando se considera la resistencia que tienen a la intemperie, se podría creer que su cuerpo está exento de enfermedades y que la mortalidad es baja. Pero no es así. Por el contrario, la mortalidad es espantosamente alta y se encuentra en aumento. El 80 % de los niños muere antes de cumplir los diez años, como en el caso de los alacalufes. Los adultos, en general, mueren antes de los treinta años. Poquísimos alcanzan los cincuenta o sesenta años. La gran mortalidad de los niños se debe, en general, al poco cuidado de sus madres y a la falta de higiene. Por temor a que pasen hambre, les dan mucha comida —como lo hacen las madres alacalufes. Particularmente, les dan moluscos crudos, los cuales muchas veces les causan indigestión y hasta la muerte.

Los adultos mueren, especialmente, de neumonía o tuberculosis, sea por pasar de golpe del calor del fuego al frío extremo del exterior o bien por la sangre infectada que poseen al unirse en matrimonio siendo todavía muy jóvenes y con personas poco sa-

nas. En muchas oportunidades sucede que se ubican muy cerca del fuego, tanto que parece que se van a quemar, y luego se exponen desnudos al hielo, al agua o a la nieve, por lo cual la neumonía es inevitable. Se puede decir que esta es la enfermedad dominante. La viruela, la escarlatina y tantas otras enfermedades introducidas por los inmigrantes europeos son también causa de gran mortalidad.

Cuando sienten fiebre, se acuestan boca abajo sobre la tierra húmeda y fresca para sentir un frío momentáneo. También toman agua helada en gran cantidad, lo que les produce una muerte pronta y casi inevitable. Cuando los misioneros les dicen que no se acuesten en la tierra húmeda ni tomen tanta agua helada, ellos responden: «No, esto es muy bueno; déjenme aquí para descansar». A veces obedecen en ese momento, pero vuelven a hacerlo ni bien están solos.

Atribuyen todas las enfermedades al espíritu malo llamado *K'aspi* o, según otros, *Kejéi.* Dicen que este espíritu malo entra en el cuerpo en forma de muchas flechas y llaman al médico hechicero, llamado *Kôn*, para que lo cure con sus encantamientos.

No hacen uso de ninguna medicina, ni externa ni interna; todo se reduce a masajes superficiales y cánticos más o menos lúgubres, hechos por el hechicero, que no sirven más que para aumentar su mal, de tan rústico y trivial que es. Sin embargo, su trabajo se lo hacen pagar muy bien. En muchas ocasiones, estas hechiceras son mujeres.

Una de las mayores dificultades de los misioneros es liberar a los indios de ese lazo con los hechiceros —los yaganes los llaman *Iakamusch.* Son tan aficionados de hacerse tratar por estos hechiceros que siguen tratándose con ellos, aunque los misioneros digan que esas ceremonias no sirven para liberarlos de sus males, y cuando no lo pueden hacer públicamente, lo hacen a escondidas. Una pobre anciana enferma le decía casi suplicante a un misionero «¡Deja, deja que trabaje un poquito el Kôn, él sabe mucho!».

Los misioneros dan gratuitamente las medicinas a los indios según sus enfermedades y necesidades, pero estos siempre desconfían de las medicinas de uso interno; les gustan las de uso externo (emplastos, pomadas, etc.).

El *Kôn*, en su cura, hace lo siguiente —fui testigo ocular varias veces—: extiende una piel de guanaco en la tierra, fuera de la choza, y sobre dicha piel hace arrodillar desnudo al enfermo. También él está desnudo, pero con todo el cuerpo pintado con tierra roja y grasa y con una corona de plumas de lechuza en la cabeza. Sostiene una vara en la mano y comienza a girar alrededor del enfermo; primero se ubica a una distancia de dos metros, luego se va acercando mientras agita la vara en el aire y escupe hacia el lado contrario del enfermo para alejar al espíritu malo, cantando bajo o fuerte, incluso a veces gritando algunas sílabas guturales que no se entienden, produciendo también sonidos muy extraños y curiosos con la boca. Al llegar cerca del enfermo, tira la vara y comienza a frotarlo y hacerle masajes; primero, sobre la cabeza, luego en las mejillas, el cuello, la espalda, el vientre, descendiendo hasta llegar a la punta de los pies, no dejando libre ninguna parte del cuerpo, usando las uñas, la boca e incluso los dientes, para extirpar el espíritu malo que se introdujo en el enfermo en forma de flechas imaginarias. Cuando el *Kôn* emplea la boca, la esconde entre las dos manos y chupa aspirando largamente.

Durante todos estos actos, se mantiene de rodillas y, cada vez que chupa con la boca y finge haber absorbido alguna flecha, cautamente hace el ademán de guardarla entre las dos manos y la pone bajo alguna de las rodillas, dando un fuerte golpe contra el suelo para aplastarla. Acompaña el gesto torciendo la boca y haciendo salir un sonido gutural, como para indicar el efecto del aplastamiento. Otras veces, se levanta y, dirigiéndose al cielo con potentes resoplidos, hace



Kon en función de médico-hechicero, Tierra del Fuego. (F.: De Agostini)

muestra de sacar fuera de la boca y arrojar lejos a los espíritus chupados, acompañando este acto con vigorosos movimientos de los brazos y las manos y con fuertes gritos. Finge masticar tramo a tramo una cosa que ha extraído del cuerpo del paciente, y después escupe hacia la derecha y hacia la izquierda. Una vez finalizado el acto, esto, hace retirar al enfermo y se apura a pisotear la piel de guanaco sobre la que estaba acostado. Luego, la sacude al aire para cazar a todos los espíritus que hubiesen caído sobre ella. Más tarde, la vuelve a colocar en el suelo lejos de ese lugar y vuelve a acostar al enfermo sobre ella para comenzar nuevamente la misma cura, luego de haberse tomado unos minutos para descansar.

Esta cura o ceremonia dura, a veces, un día entero, con breves intervalos, y otras veces se extiende durante algunos días. Estas funciones son siempre públicas y puede asistir cualquier persona; cuanto más gente haya presente, más contento se muestra el *Kón*.

A veces, el *Kón* grita tan fuerte que su grito se escucha a un kilómetro de distancia. Si la cura tiene efecto y el enfermo dice estar mejor, el *Kón* cesa con sus funciones y su reputación crece. En cambio, si el enfermo empeora, el *Kón* declara que los espíritus malos son tantos que no consigue sacarlos a todos y, en consecuencia, el enfermo debe morir. En este caso, el *Kón* es un profeta infalible, porque si el enfermo no muere por sí mismo, en poco tiempo, lo mata el mismo *Kón* estrangulándolo hábilmente o bien lo mata cualquier miembro de la familia por consejo del *Kón*, con el fin de aliviarle los dolores y de no propagar el espíritu malo entre los otros indios.

Los *Kón* tienen una gran habilidad para aprovecharse de su reputación y del temor que le tienen los indios. Con pelos de los enfermos que atiende y de los muertos hacen una pelota de la cual se sirven para lucrar y atemorizar a los indios. Dicen que si le arrojan esa pelota a alguna persona, le entrará el espíritu malo y la muerte será inevitable. Por lo tanto, cuando los *Kón* quieren tener alguna cosa que les gusta (por ejemplo, carne buena, pieles de guanaco, arcos y flechas, etc.), muestran esa pelota al propietario de la cosa deseada y le dicen: «Si no me das eso que quiero, te meto el espíritu malo Kejéi».

Entonces, el amenazado se apura a darle todo lo que quiere, por el solo temor que sufre al sentirse amenazado por tan terrible mal. Estos *Kón* se vanaglorian de poder mandar enfermedades a los enemigos y también de exorcizar el mal tiempo, el eclipse de luna, el arcoíris, etc. En este sentido, son más considerados brujos que médicos. A veces, cuando se presenta un *Kón* a curar a alguien, denuncia que la enfermedad fue influenciada por una tribu vecina, y

aclara de qué tribu se trata. Esto es motivo para que los parientes del enfermo busquen venganza.

El señor Lucas Bridges recuerda a cuatro o cinco *Kôn* que han matado por este motivo. En general, todos los indios les tienen mucho miedo. El poder de exorcizar el tiempo constituye una de las atribuciones más importantes de estos *Kôn*, y varía la eficacia según el poder de cada brujo.

Los onas aún recuerdan a dos *Kôn* por ser muy hábiles conjuradores del tiempo. Uno se llamaba *Kàn-Kôsl* y podía hacer con el tiempo lo que quisiera, especialmente, llamar al buen tiempo y alejar al mal tiempo, de tal manera que era llamado *el genio del buen tiempo*. El otro, de nombre *Móice*, tenía el mismo poder porque era capaz de hacer despejar el cielo, llamando al viento fuerte del oeste, el cual aleja las nubes rápidamente. Cuando un *Kôn* quiere llamar al buen tiempo y alejar el mal tiempo y el frío, en los exorcismos nombran a estos dos brujos.

Para ellos, el pájaro de rapiña llamado *Kàrkài* (carancho español), antes de ser pájaro, era un famoso *Kôn* que se llamaba *Kuaiieschin*, que tenía el poder de llamar al viento temporal del sur y a la nieve del invierno. Dicen que cuando se lo quiere matar, se lo debe hacer sin que el pájaro grite, porque gritando llama a la nieve que viene a defenderlo. La credulidad y la fantasía popular han creado leyendas sobre la vida ultraterrena de los *Kôn*.

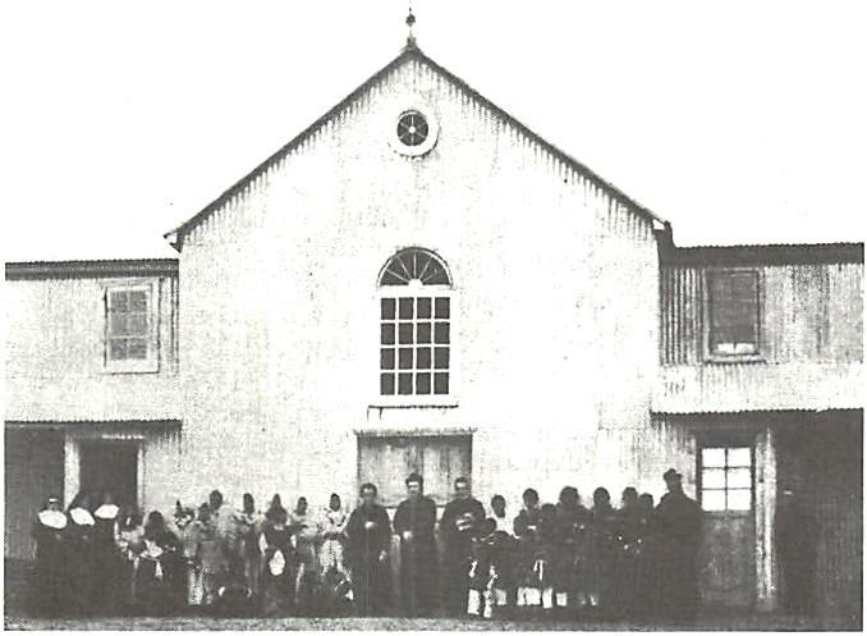
Los onas creen que sus médicos ejercitan su arte también a favor de los seres celestiales. Cuando en el verano escuchan un trueno fuerte y de breve duración, dicen que los *Kôn* se hablan entre ellos, y no temen. Pero cuando escuchan un trueno prolongado, lejano y débil, tienen mucho miedo, porque dicen que son las almas de los *Kôn* que, después de haber chupado las desgracias de los seres celestiales, las están pisoteando, y temen que estos males puedan caer sobre ellos si se perfora el cielo.

Muerte y sepultura

A medida que el enfermo se agrava, aumentan en intensidad los llantos y los gritos de los parientes y, al mismo tiempo, van quemando las pertenencias del enfermo: cueros, arcos, flechas, choza, etc. De modo que al morir, no le quede otra cosa que una piel para envolverlo y una cuerda de cuero para atarlo y fajarlo de la cabeza a los pies, quedando este sobre la tierra o sobre la nieve. Luego, el cadáver se entierra rápido, mientras aún está caliente. Cavan cerca del lugar una fosa en la que apenas entra el cadáver y lo recubren apenas con 10 o 15 cm de tierra, y luego abandonan ese lugar por mucho tiempo, creyéndolo infestado con el espíritu malo.

El *Kôn* es sepultado con la cara hacia abajo, porque se cree que continúa en comunicación con sus colegas de ultratumba, mientras que los demás muertos son sepultados con la cara hacia arriba.

Para demostrar el luto, se cortan el pelo en el centro de la cabeza, dejándose una escasa corona que desciende hacia la espalda y hacia los ojos. Para cortarse el cabello, usan cuchillos de piedra o brasas encendidas. Se pintan toda la cabeza de negro o de rojo. Si el difunto murió en el agua (mar, río, lago), los parientes se pintan la cara con líneas ondulantes intercalando el blanco y el negro. Se hacen cortes en todo el cuerpo con vidrios o con valvas de conchillas para hacer brotar sangre. Después del entierro, los parientes y los amigos del difunto se juntan alrededor del fuego tres veces al día, a la mañana, al mediodía, y a la noche, por varios días consecutivos, para llorar al muerto, y permanecen allí más o menos una hora. El jefe canta fuerte y en tono lúgubre algunas frases que no se entienden, repitiéndolas en todos los tonos, a veces fuerte, a veces fortísimo y a veces a media voz, mientras los otros forman una especie de coro, emitiendo un cántico triste, en voz baja, acompañado de grandes suspiros y gemidos, en los cuales se pueden distinguir



Kon en función de médico-hechicero, Tierra del Fuego. (F.: De Agostini)



Plaza de la misión salesiana de San Rafael en la isla Dawson. (F.: Veiga)



Campamento de indios alacalufes.



Alejandra, ona de la misión Candelaria. (F.: De Agostini)

los siguientes sonidos: *iù, iù, iù... ooooo... ii, ii, ii... ìa, ìa, ìa, – ô o, ôo, ôo – m, m, m.* Pareciera que el jefe cantara una especie de plegaria, a la cual el coro responde con la misma frase, como si dijesen *«Ora pro eo»*.

En este momento, todos permanecen con la cabeza baja, con caras muy tristes, y tienen, casi siempre, la cabeza entre las manos con los puños cerrados. Y aunque apareciera algún extranjero, no le hacen caso a nadie, ni siquiera lo miran y permanecen así hasta que termine la ceremonia.

Finalizada la asamblea, cada uno se va por su cuenta sin saludarse y sin demostrar tristeza; por el contrario, se muestran más bien alegres como si nada triste hubiese sucedido. Estas ceremonias se repiten al año y, después de algunos años, se vuelven a hacer para conmemorar a sus muertos. No les gusta que otros evoquen o les recuerden a sus muertos. Sería una gran injuria que alguien les preguntara cómo se llamaba, por ejemplo, su padre o su madre o un hermano o un pariente cualquiera. Dan vuelta bruscamente la cara hacia otra parte y no responden.

Creencias religiosas y vida futura

Por lo difícil de su lenguaje y su rechazo a manifestarse, se creyó por mucho tiempo que los onas eran un pueblo sin conceptos positivos de religión o de prácticas relativas a cualquier tipo de culto. Por lo cual, se afirmaba generalmente la ausencia de religiosidad de esta raza. Esta afirmación se debía a la falta de investigación o al apuro por llegar a una conclusión sin tener indicios seguros.

Para establecer la religión de un pueblo, son suficientes creencias o prácticas, incluso supersticiones, con las cuales viene implícitamente afirmada la existencia de una vida futura, o sea, un mundo de espíritus. Los onas no solo creen implícitamente sino explícitamente en la existencia de la inmortalidad, en la metempsicosis del alma (que llaman oscuridad, *Men*) y en una existencia placentera o dolorosa de estas después de la muerte del cuerpo. Los onas no tienen ninguna ceremonia que exterioricen para honrar a un Ser Supremo ni oraciones que le ofrezcan para calmarlo o para que los ayude. No tienen ídolos de ninguna clase que puedan representar la divinidad. Pero de ciertas costumbres, se deduce que tienen temor de los seres supremos, como, por ejemplo, ciertas reglas relativas a la comida y a otras abstinencias. Creen que aquellos que fueron malos durante su vida, que mataron, robaron, abusaron de las mujeres, etc., después de su muerte, son condenados a vivir en pozos profundos llenos de sangre o en ciertos lagos de sangre, sin poder comer, ni beber agua buena. Mientras que aquellos que vivieron honestamente, después de la muerte, pasan a vivir en bosques donde hay abundante caza de pájaros, muy buenos y sabrosos para comer, beben agua limpísima de manantiales y están alegres, sin necesidad de trabajar. Aunque admiten que las almas de muchos después de la muerte se transforman en pájaros o en un mamífero, por ejemplo, cuando se habla de los *Kôn*.

Los onas, como los tehuelches y los alacalufes, admiten dos divinidades. Una buena, que llaman *Timaulk*, o también con el vocablo compuesto *Sciôn-Kôn-Kpàn*, es decir *el buen médico* o *el Señor del cielo*. La divinidad mala la denominan *Kaspèi*, o también *Kejéi* o *Czòrtu*. Creen, también, en una mujer misteriosa y muy maligna que se llama *Alpe*. A la primera divinidad le atribuyen todas las cosas prósperas, como la salud, el buen tiempo, la buena caza, etc., y a la segunda, todo lo malo, como las desgracias y las enfermedades.

Los fueguinos creen que las almas de los difuntos van vagando por los bosques, y consideran que los ruidos, por ejemplo el chirrido de los árboles agitados por el viento o algunos sonidos extraordinarios que ellos escuchan, como el grito de ciertos pájaros, etc., son los gritos o el lamento de las almas de los muertos. También los onas poseen un sistema mitológico bastante



Mujer ona con niño, Tierra del Fuego.

completo y narran muchas fábulas en torno al sol, a la luna, a los astros, etc.

Varias transmigraciones, mitos y supersticiones

Los onas poseen un número grandísimo de cuentos mitológicos, con los cuales tratan de darle sentido a fenómenos naturales y a las cosas que los circundan. Los cuentan muy lentamente, sentados en círculo alrededor del fuego, y emplean un mar de palabras para decir lo que se podría expresar muy brevemente. A menudo, interrumpen el cuento para preguntarles a los asistentes si los ancianos lo contaban de la misma manera, porque son muy escrupulosos y no quieren modificar estos relatos tradicionales.

Estrellas y constelaciones

Conocen mucho las estrellas; las llaman *Theel*. De acuerdo a su posición, saben determinar las estaciones del año y la hora de la noche. Para ellos, las constelaciones son familias y saben reconocer en ellas al padre que le da el nombre a la constelación, a la mujer y a los hijos, que son las estrellas más chicas.

Los planetas

Eran primero hombres que no estaban casados y que andaban errantes por la tierra pero que ahora andan errantes por el cielo. Cuando ven las estrellas fugaces, dicen que son estrellas que están cazando.

El sol y la luna

Una vez fueron marido y mujer. El marido, celoso de su mujer por haberla sorprendido hablando con un joven, trató de matarla. Pero esta huyó hacia el mar y el marido la siguió lleno de ira, decidido a matarla a cualquier costo.

La perseguida, después de una larga carrera por la planicie, se subió sobre una barranca que caía a pico sobre el mar y desde allí, viéndose siempre acorralada, se tiró al agua. Maravillada al ver que podía flotar, comenzó a nadar hacia lo alto y el marido la siguió.

La caza continuó en el agua, hasta que la mujer llegó al límite, donde el mar toca el cielo. Ahora estaba demasiado cerca de la tierra y, sin saber por dónde seguir, se subió desesperada al cielo, y así comenzó a viajar dando vueltas por el mismo cielo y se convirtió en la luna. Siempre seguida por el marido que se convirtió en el sol, pero que no la alcanza nunca. Porque cuando el sol más se apura y se avecina, la luna comienza a esconderse y se hace cada vez más chica, hasta tornarse del todo invisible, justo en el momento en que el sol pasa cerca de ella. Pero cuando el sol pasa y no alcanza a

verla, comienza una vez más a salir la luna lentamente de su escondite y se agranda cada vez más, hasta mostrar toda la cara, y se ríe y se burla del sol cuando llega a la máxima distancia. Cuando el sol se da cuenta de que ha sido burlado, comienza a seguirla de nuevo y esta vuelve a esconderse de a poco y a burlarse de él otra vez. Estas son las diferentes fases de la luna.

En cuanto a la luna, también hay otros mitos especiales. Hay quienes creen que es un ser viviente que se come a los niños. Cuando está delgada, es decir, cuando va menguando, se esconde en los arbustos y no vuelve al cielo hasta que no se ha comido algún niño, con lo cual vuelve a estar llena y grande. Por ello, cuando la luna se muestra delgada, las madres recomiendan a sus hijos no alejarse de las chozas, porque corren peligro de ser comidos. Los niños obedecen con temor hasta que ven la luna llena. En ese momento, salen afuera cantando y saltando de alegría y repitiendo a coro: *«La luna ya ha comido y no me ha comido a mí»*.

Un ejemplo para demostrar lo fuerte de esa creencia en ellos consiste en un hecho que me ocurrió una vez al indagar a dos jóvenes, de más o menos catorce años, educados en el colegio salesiano de Punta Arenas. Uno era Teófilo Iglesias y el otro se llamaba Daniel; ambos habían recibido dos años de instrucción y sabían leer muy bien y escribir correctamente. Les dije «¿Ustedes no creen más que la luna pueda comerse a la gente?». Saben que es un astro del cielo y que no puede comer. Los dos jóvenes, sintiéndose algo ofendidos en sus creencias, me miraron fijamente con sorpresa, y los dos a la vez me respondieron con cierta arrogancia: «Usted no sabe nada. Todos los indios saben esto, que la luna se come a los niños. Si no fuese así, ¿por qué ella viene a la tierra y se esconde cuando está delgada y tiene hambre? Lo hace para robar algún niño y cuando se lo ha comido, vuelve al cielo muy grande como antes».

Se mostraron tan convencidos que no fue posible persuadirlos de lo contrario. Esto se explica teniendo en cuenta que se trata de creencias muy arraigadas desde la más tierna edad, admitidos por todo el pueblo. También creen que el *arcoíris* les puede traer desgracias. Cuando lo ven, se enojan y se entristecen. Lo escupen y le tiran flechas y piedras para que se vaya rápido, y el *Kón* lo conjura, como hace con el eclipse de luna. Cuando ven un eclipse de luna, creen que el sol va a matar a la luna y también creen que puede ser el espíritu malo que quiere entrar dentro de ella para matarla. Le temen mucho porque piensan que puede traerles grandes desgracias.

Los vientos

Los cuatro vientos *norte*, *este*, *sur* y *oeste*, antes de ser vientos eran hombres que lucharon entre ellos. El que venció fue el viento del *oeste*. Desde entonces, cuando aparece este viento, siendo el dominante en aquella región, los otros se van.

Pájaros

Según los onas, algunas personas después de su muerte se transforman en pájaros. Los más hábiles para fabricar flechas, se transforman en búhos blancos, llamados por ellos *Scêt*. En la Tierra del Fuego, existen muchos pedernales que parecen puntas de flecha en elaboración. Es decir, aún no terminadas. Los onas los recogen religiosamente y se los quedan porque piensan que traen suerte. Los veneran como si fuesen talismanes infalibles para quienes lo poseen, ya que dicen que fueron elaborados por los fabricantes de flechas más hábiles, antes de que se transformaran en búhos. Es por eso que les temen a los búhos blancos. No comen su carne ni tampoco tocan sus plumas porque entienden que les puede traer desgracias.

El *pájaro pinzón chingola* (en onas, *Céip*) y el *petirrojo* (en onas, *Schiga*), cuando eran todavía hombres, se pelearon y se transformaron en pájaros. Su aspecto es



Indios onas con niños, Tierra del Fuego

ahora el siguiente: el *Chingola*, tirado desde los cabellos y por el cuello, conservó un penacho en la cabeza y una mancha en el cuello; el *petirrojo*, en cambio, golpeado por un puño en la nariz, conservó, en el pecho, una mancha de sangre.

El pájaro *karkai*, halcón grande, cuando era un hombre, siempre estaba peleándose con alguien. Una vez, le dio un gran golpe a un adversario en la espina dorsal, pero fue tomado de los pelos desde la nuca y tironeado del cuello. Transformados en pájaros, los dos litigantes conservaron las señales de la lucha: el *karkai*, la cabeza calva, y el otro, llamado *Héu*, la imposibilidad de doblarse. De hecho, es una especie de pato marino (*Podiceps rollandi*), con el pecho blanco y el vientre rojo, con un andar rígido y derecho, como un palo.

Había un *escarabajo bicorne*, negro y de cascarón muy duro y elegante, del cual se dice que antes era un excelente médico ona y que después fue transformado en escarabajo. Ninguno se atreve a matarlo y si lo ven sobre el sendero, lo sacan con mucho cuidado y lo colocan donde no esté en peligro de ser pisado.

Los *árboles*, según los onas, lloran y se lamentan según los espíritus en que se transmigraron.

Algunas *montañas* y *colinas*, según los indios onas, alguna vez fueron personas. Hombres y mujeres que mutaron en forma de montañas y colinas. En una de estas, cerca del lago Fagnano, los indios no cazan nunca al guanaco porque lo consideran un lugar inviolable. Esta montaña, llamada en su lengua *Héuhupen*, dicen que antiguamente era una mujer que habitaba allí con tres hijas, que ahora la circundan bajo la forma de colinas. Otra montaña al norte del lago Fagnano, llamada por ellos *Aclekooikin* (monte de la tierra roja), era la madre del sol. Las costas escarpadas del mar también eran hombres e hijos de *Hàael* —me refiero a la costa atlántica que va entre el cabo Peñas y el cabo San Pablo.

El guanaco y la arcilla amarilla

El guanaco de la Tierra del Fuego ama revolcarse sobre la arcilla amarilla. Los indios explican este instinto con el siguiente mito: la arcilla amarilla, llamada *Kòore*, era

un hombre que vivía en la época de las montañas más antiguas y que se casó con la guanaca joven (*oròten*). El guanaco continúa demostrándole afecto hasta ahora que se ha transformado en arcilla.

La *ballena* (*ócen* en onas) se casó con el viento (*schiuno*) y nació el pájaro *mosca* (*schiunoktau*).

Diluvio

Conservan una vaga creencia de un tiempo en el cual la tierra fue cubierta toda por agua, por orden de *Kuanìp*, la estrella roja (Marte), que alguna vez fue un hombre muy terrible.

Familia y sociedad

Tanto los onas como los alacalufes, cuando estaban aún en estado salvaje, podían esposar varias mujeres si es que podían mantenerlas. El máximo eran cuatro, aunque, generalmente, no eran más de dos. La primera era la principal y la otra era considerada una sirvienta de la primera. Comúnmente, la misma mujer principal era quien deseaba que el marido tuviese dos esposas, para que pudiera tener ayuda en sus labores domésticas y, al mismo tiempo, deseaba que la otra pudiera ponerse de acuerdo con ella. Pero muchos hombres, debido a su experiencia, preferían tener una sola mujer, para que haya paz en la casa, porque se sabe que donde hay más de una mujer desaparece completamente la felicidad doméstica. A veces, eran dos hermanas o una viuda con sus hijas. El lazo del matrimonio se rompía fácilmente, a menudo por culpa del hombre más que de la mujer, tan solo por caprichos o intereses propios del momento.

Los hombres se casan entre los catorce y los dieciséis años, y no siempre con mujeres jóvenes o de la misma edad. Esto sucede, especialmente, cuando las mujeres pertenecen a familias que podrían llamarse ricas, las cuales son más activas para el trabajo y ejercen alguna autoridad sobre los otros. El matrimonio se puede considerar una compra que hace el hombre o una unión de dos voluntades o recíproca simpatía.

El joven hace su pedido al padre y a la madre de la esposa, a los cuales les ofrece regalos: pieles, arco, flechas, etc. También les ofrece trabajar para ellos en la casa. Si hubiese varios pretendientes, el padre de la joven elige al más fuerte, más diestro y más dócil y celebra con él un contrato que establece la cantidad de pieles que le debe dar cada día de trabajo, qué cosas debe hacer para él, etc. Hasta que no se concreta el contrato, no se le comunica nada a la joven y esta no puede oponerse a la voluntad del padre, sin importar cuáles sean sus sentimientos. Después de esto, por amor o por la fuerza, ella es conducida a la casa del esposo. Generalmente, la elección del padre coincide con la de la hija.

El matrimonio no es acompañado con ninguna fiesta ni ceremonia. La esposa va a la casa del esposo o este a la choza del suegro. Después de la primera noche de matrimonio, a la mañana siguiente, el marido debe bañarse en el mar. Este baño, especialmente en invierno, es para prevenir muchas enfermedades a las que están sujetos los maridos jóvenes.

Cuando un hombre no puede conseguir una esposa en su tribu o en la tribu amiga, la busca por otro lado. A veces debe hacerlo en la tribu enemiga, aunque deba usar la fuerza para raptarla. Se producen, entonces, muchas peleas sangrientas y con muertes de los maridos de las mujeres que raptan.

No obstante, no faltan matrimonios por puro afecto. Las declaraciones son simples y curiosas. El joven toma su propio arco y se va a la choza de la joven que desea esposar. Entra y, sin decir una palabra, le da el arco a la pretendiente y se va lejos para esperar. La joven, después de hablar con su madre, que casi siempre está presente, toma su decisión. Si no quiere casarse con el joven, llama a un niño para que le regrese el arco. En cambio, si le parece conveniente,

ella misma toma el arco y va al encuentro de su novio. Desde aquel instante son esposos y la joven sigue al marido a su choza, sin ceremonia ni ninguna clase de fiesta; cada uno conserva su propio nombre.

En general, los niños son muy pequeños al nacer. Por lo cual, las madres no suelen sufrir y siguen trabajando, como si nada hubiese pasado. Es raro ver familias con un gran número de niños. Esto no es debido a la poca fecundidad de los fueguinos, ya que suelen nacer entre 8 y 10 niños —y hasta, quizá, más— en una familia, sino que se debe a la gran mortalidad en los niños (casi un 80 % en menores de diez años). Como ya se dijo al hablar de las enfermedades, los motivos principales por los cuales mueren tantos niños son: (i) el clima rígido y muy cambiante; (ii) el alimento excesivo y no acorde a su tierna edad; (iii) las grandes quemaduras por estar muy expuestos al fuego, sin experiencia; (iv) la poca vigilancia de los padres; (v) el maltrato que reciben de los padres; (vi) a veces, por su propia pobreza, los padres estrangulan a sus niños. En especial, lo hacen las madres que enviudan jóvenes por temor de no poder volverse a esposar. Los padres, después del nacimiento de un niño, se abstienen de ciertos alimentos para no dañar su salud. La madre se hace baños de mar frecuentes.

Los niños reciben el nombre del lugar en el cual nacieron o de una circunstancia cualquiera. Si tienen algún defecto corporal, se los llama con ese defecto. No siempre se le da el nombre de inmediato al nacer. Algunas veces, se esperan dos o tres años. A veces, el recién nacido es adoptado por una amiga o por la abuela que lo cuida como si fuese un hijo propio, constituyéndose como una especie de madrina.

Las madres llevan a sus niños suspendidos sobre la espalda, como sentados, envueltos en una piel de guanaco y sujetos por cuerdas de cuero que, a menudo, son hechas con tripas de foca. No los llevan nunca en brazos, nunca los besan y no acostumbran a acariciarlos.

El amor materno va disminuyendo a medida que el niño crece y cesa casi completa-



Indios onas, Tierra del Fuego. (F.: Braun)

mente a los siete u ocho años de edad. A esta edad, la autoridad paterna no se ejercita más sobre el niño, quien permanece completamente libre. Pero más o menos a los catorce años, el niño varón queda bajo la tutela inmediata de la madre. La niña no se separa nunca de la madre hasta que tiene marido. A continuación, se listan algunos de los nombres que los onas suelen dar a sus niños y a sus visitantes forasteros, los *Koliòt:*

Kòsc tôon: cara grande
Otr-sos: un ojo (para los tuertos)
Kóter: ratoncito (porque es enano)
Or-káten: nariz achatada
Terr-kótten: dedo estropeado
Kamén-kóiner: cuello largo
Ken-kát: vientre grande
Kóspàr: cabeza roja
Kói-tôon: trasero grande
Ké-tôon: pecho grande
Térr-koiuar: dedo largo
Kó-tis: hueso corto
Kón elésc: hombre verano (nacido en el verano)
Hók-kén: bueno para nada
Káu-már: herido en la cara
Cóntelé: hombre pequeño y delgado
Kéu-nám: mano quemada
C´aár-kò: mucho hueso
T´-aâ: barro (poco limpio)
Olka: lágrima (que llora mucho)
Môsten: dormilón
Vayêr: gritón
Osláken: cabeza larga
Kókósch: cabeza pelada

No solo acostumbran a ponerles un nombre o un sobrenombre a los niños, sino también a los adultos que ven por primera vez y con los cuales tratan algún tiempo, sean ellos indios o blancos. Observan minuciosamente al individuo y cuando le encuentran alguna cualidad muy destacada, enseguida le inventan el sobrenombre que pasa de boca en boca. A continuación, algunos nombres que les dieron a los misioneros de la Tierra del Fuego:

Monseñor Fagnano: *Gmètk-kèn* (hombre grande con anteojos)
Don Zenone: *Kò Kòsc* (hueso-cara-cabeza, calvo)
Don Grosso: *Vayér* (gritón, que hablaba fuerte)
Don Borgatello: *Mâcen-âjin* (dulce padre, porque les había regalado dulces)
Dalmazzo: *Oskècen* (nariz torcida)
Ferrando: *Kàsci-Kalke* (boca y barba, barbudo)
Paolo Ronqui: *Ostàken* (cabeza larga) o también *Kòi tôon* (trasero grande)

La costumbre de designar a una persona indicando alguna cualidad característica se da también en los nombres que les designan a los objetos nuevos que ven por primera vez. Cuando conocieron las nueces, les pregunté a varios indios cómo las llamaban. Todos respondieron a la vez *«No saber ningún nombre»*. Me metí una en la boca y la aplasté con los dientes. Eso produjo un ruido e inmediatamente, al oírlo, le pusieron el nombre *crèk crèk*. De ahí en más, nombraron a las nueces con el nombre *crèk crèk*.

Cuando vieron el primer reloj pulsera y escucharon el ruido, lo llamaron *Tik-tik*, y este nombre lo usan para hablar de un reloj. Por otro lado, Cuando vieron las primeras ovejas importadas por los civilizados, sin conocer el nombre, las llamaron *Kmêo*, por el balar de estas. También las llamaron *guanacos blancos*. Al vino, por otra parte, por la semejanza con la sangre, le llamaron *Huàr* (sangre en su lengua) y, también, *agua negra*.

Los vidrios de las ventanas, al ser transparentes, los llamaron *cielo*, *Sciòn*. A las pinturas o figuras las llamaron *sombras*, *Mèn*. A los platos, por la semejanza con la escápula, la paleta de las focas que ellos usaban para poner el pescado cocido o la carne, lo llamaron *Tèuk*.

A los confites, el azúcar y a todo lo dulce, los llaman: *Mâcen*, que quiere decir dulce, y que, además, es el nombre de un pequeño fruto que hay en su tierra, parecido



Hermano y hermana onas de la misión Candelaria. (F.: De Agostini)

al enebro. Los nombres a los pájaros, en general, se los dan por el modo de cantar o de gritar que tienen o por alguna característica especial que le notan.

Los nombres de las flores surgen de comparaciones con algunas cualidades que tienen los pájaros o los mamíferos. Por ejemplo, una flor campestre muy común en Tierra del Fuego, a la que los blancos llaman boca de lobo, los onas la llaman *Alâyen*. Esto significa cabeza de guanaco.

A otra flor blanca y negra, la llaman *vestida de pingüino*, *kâte-honli*; a una flor amarilla, *Kòspe-hoiè* (pato salvaje); a otra flor la llaman *Al Hâr* (cabeza de pavo salvaje); a una flor blanca, *Ciét* (leche); y otras flores reciben nombres como alas de papagayo, pata de cisne, trompa de zorro, etc.

Matemática de los onas

Saben contar hasta cinco y nada más.

Uno: *Sos*
Dos: *Soki*
Tres: *Sauki*
Cuatro: *Kòni Sòki*
Cinco: *Koni Sauki.*

Luego, utilizan la palabra *Kismarèi*, que quiere decir «todos». Cuando quieren describir un número más grande, dicen *Pôker*. Para indicar un número grandísimo, repiten varias veces la misma palabra *Pôker*, *Pôker*, *Pôker*... Otras veces, muestran los dedos de las manos y dicen *tantos así*. O también, ponen los dedos de las manos junto a los dedos de los pies para indicar muchas cosas, tantas como los dedos. O, a veces, dicen tantas cosas como los dedos de muchos hombres, *Teer pôker cion* o tantos como la piel de uno o más guanacos.

Indios hauss

Generalmente, se suelen enumerar solo tres razas diferentes de indios en el archipiélago fueguino. Pero después de una investigación minuciosa y atenta, se concluyó que hay un una cuarta raza, muy parecida a los

onas, pero notablemente distinta por la lengua y algunas de sus costumbres. Hubo un tiempo en que esta tribu o raza habitó la zona compuesta entre la bahía Tetis y la bahía Fotbey, y ahora está reducida a pocas personas. Estos indios se llaman *hauss*.

Con respecto a sus costumbres, usan el tatuaje, tanto los hombres como las mujeres, lo cual no se ve en los otros indios fueguinos. Las heridas se las hacen con un vidrio o una astilla y después las cubren con polvo de carbón que penetra en la herida y deja una marca indeleble. Estas heridas causan mucho dolor y, algunas veces, infecciones. Ellos sostienen que son necesarias para crecer.

Sepultan a sus muertos a gran profundidad para que el zorro (*Huâsce*) no los pueda desenterrar y comérselos. Alguna vez tuvieron la abominable costumbre de la cremación de los cadáveres, pero la han abandonado.

Tanto los *hauss* como los *yaganes* y los *onas* tienen creencias religiosas similares. Resulta inútil describirlas porque deberíamos repetir las mismas palabras.

Los *yaganes* conservan tradiciones y relatan el diluvio de forma más precisa que los onas. Estos cuentan que, una vez, la *luna* se cayó en el mar, motivo por el cual el agua se levantó tanto que solo la cima de un monte permaneció descubierta. Sobre dicha cima, los hombres y los animales más listos se salvaron. Tiempo después, cuando la luna volvió al cielo, el agua bajó y esos hombres y animales descendieron de la montaña y allí abajo, encontraron en la laguna una ballena muerta con la que se alimentaron.

Hay yaganes que cambian la leyenda diciendo que algunos hombres y animales se salvaron, pero no sobre la cima de un monte, sino sobre la isla *Cable*, la cual, desprendiéndose del fondo del mar, anduvo a la deriva como una gran barca, hasta que volvió la luna al cielo. Fue entonces cuando se ancló al fondo del mar.

Timaùlk es el dios bueno de los hauss y



Elisa de la tribu haus civilizada en la misión Candelaria.

de los yaganes y *Kurspi* es el dios malo, que los castiga con el viento, la lluvia, la nieve y las enfermedades.

Oraciones en lengua ona

Hàyn, Htàl
En el nombre del Padre, del Hijo y
Kàspi Olic Neumejon
del Espíritu Santo. Que así sea.

Avemaría en lengua ona

Timaùlk uriuke ma kàrton Maria!
¡Dios te saluda, hermosa María!
Sciònhòn mak hàspen, ma
El Señor del cielo está dentro de ti, tú
hàjek Kartòlic màkes naa, kàrtolic
eres buena entre todas las mujeres y bueno es
tamarèu ma Làl Iesus
tu hijo Jesús.
Kartololicen Maria! Scionkòn!
¡Oh, muy buena María! Del Señor
Jaam huehòn jèkuà ciòn
del cielo madre, Ora por nosotros, pobres

peisòn maha tamarèn nòre kapàsc
hombres, ahora y en la hora
jak-kàr ceshajà. Neumejòn.
de nuestra muerte. Que así sea

Creencias religiosas de los salvajes alacalufes y onas

Aparición del espíritu malo que bromea con los salvajes y les enseña la malicia

He procurado estudiar atentamente las antiguas creencias religiosas de estos pobres salvajes alacalufes, también llamados salvajes de canoa, habitantes de la isla Dawson y de los canales del vasto archipiélago fueguino. También de los onas, llamados salvajes de a pie, que viven en la isla grande de Tierra del Fuego, pero que se encuentran en un gran número aquí, en la misión de Dawson. Espero que a los lectores no les sea molesto el resultado de mi paciente investigación.

Contrariamente de lo que se creía acerca estos salvajes hasta ahora —es decir, que no tenían idea alguna de Dios, ni de la inmortalidad del alma—, he podido asegurarme de que ellos creen, también, en un ser invisible que premia a los buenos y castiga a los malos después de esta vida. Por lo cual, admiten implícitamente la inmortalidad del alma. Además, todos ellos me confirmaron que creen en un espíritu malo al que le temen mucho, que busca hacerles el mal.

Ahora que muchos conocen bien el español, tanto alacalufes como onas, y saben expresarse claramente en esta lengua y explicar sus ideas, estamos en el momento justo para obtener conocimientos de las antiguas creencias. Les pregunté a los onas si sabían de la existencia de Dios o de un Ser Supremo antes de que fueran cristianizados; si creían que existiese el paraíso, el infierno, el demonio, etc.

Me respondieron «Nada saber nosotros de todo eso». Los alacalufes también me dieron la misma respuesta. Pero no me desanimé por ello y continué con mis preguntas y mi investigación, sobre todo, entre los más inteligentes e instruidos. Una vez que confiaron en mí, los onas me dijeron «Nosotros llamar *Sciòn* al cielo y *Sciòn-Kóntôon* al Señor Grande que está en el cielo».

Otra tribu ona lo llama *Timaúlk* (Dios o Patrón que vive en lo alto). Este, según ellos, sería el *espíritu* o *Ser Bueno*. Al espí-



Anacleto, indio ona de la misión Candelaria, Tierra del Fuego.



Dos niños onas, misión Candelaria. (F.: De Agostini)

ritu malo, lo llaman *Keyèi* o *Kzòrtu* (masculino) y creen que para las mujeres también hay un *espíritu femenino malo*, al que llaman *Alpe*. Dicen que estos seres misteriosos y malignos algunas veces se dejan ver.

He comprobado, indudablemente, que ellos creen que los buenos al morir se dirigen a lo alto, como dicen algunos, al cielo sobre las nubes, *Hónik-Sciòn* (adentro del cielo). Otros dicen que van a un valle muy hermoso, donde están contentos, comen mucha y buena carne de varios pájaros, guanacos, zorros y coruros. Que descansan continuamente, duermen mucho y no trabajan nunca. *Comer grande*, *dormir grande*, *pasear grande*, lo cual es algo que les gusta mucho. Los malos, por el contrario, van a un lugar feo: un lago o pozo lleno de sangre, con *Keyéi* o *Kzortu* y *Alpe*, y no pueden comer ni beber nunca más ni descansar un instante. Por otro lado, creen que sus *Kôn* (médicos hechiceros) andan en el cielo una vez muertos y cuando los onas oyen truenos, dicen que son los *Kôn* difuntos que hablan entre ellos o se golpean.

También he averiguado de sus creencias en la *metempsicosis*. Según ellos, algunas personas, cuando mueren, se transforman en pájaros o escarabajos, o bien se transforman en piedras, montañas, estrellas u otras cosas similares. Los más hábiles para fabricar flechas se transforman en búhos blancos, llamados en lengua ona *Scèt*. En Tierra del Fuego, existen muchos pedernales que parecen puntas de flecha que aún no están terminadas. Los onas las recogen religiosamente, ya que creen que son talismanes infalibles que atraen la buena fortuna. Las

conservan con mucho cuidado, ya que creen que estas flechas fueron hechas por hábiles fabricantes antes de morir. Es por este motivo que nadie se atreve a matar a los búhos blancos y mucho menos comer su carne. Incluso tienen miedo de usar sus plumas porque creen que esto puede traerles alguna desgracia. Solamente el *Kón* (o médico hechicero), en algunas circunstancias, cuando anuncia alguna desgracia, puede llevar sobre la cabeza una corona hecha con las plumas de un búho blanco.

La cosa más extraordinaria que he sabido es que el demonio o el Espíritu Malo, *Keyéi* o *Kzortu*, aparecía muy a menudo entre ellos y permanecía allí con familiaridad. Por supuesto, antes de la divina encarnación del niño de Dios, el demonio era el *príncipe de este mundo*. Así lo llamó, también, Jesucristo. Por lo cual, no resulta sorprendente que donde todavía no había penetrado la luz del Evangelio, él continuara haciéndose ver, mostrándose como un absoluto patrón. Me lo han asegurado muchos indios perspicaces e inteligentes, de quienes no puedo menos que dar fe de sus aseveraciones.

Entre estos, hay un cierto Pedro Gama, un bravo jovencito de unos veinticinco años de edad, de óptima conducta, y el más civilizado de la misión, que sabe leer, escribir y hablar correctamente el español, y también es un muy hábil tirador con el fusil y domador de caballos. También está su mujer, que es muy civilizada. Y un tal Eliseo, un viejo venerado y de buen carácter. Pedro Gama, su mujer, Eliseo y otras personas más me han contado que han visto más de una vez al Espíritu Malo *Kzôrtu* y a la mala *Alpe* antes de que fueran bautizados. Ellos mismos me aseguraron que *Kzôrtu* aparecía siempre de improviso, en medio de un círculo o reunión de indios, cuando estos se encontraban alrededor del fuego. Me dijeron que surgía precisamente del fuego y, después de haberse entretenido un rato con los indios, se disipaba como el humo, sin que nadie supiese ni a dónde se había ido. Siempre se presentaba desnudo y pintado de rojo, y sobre la cabeza mostraba una especie de promontorio agudo que parecía un cuerno. Otros me aseguraron que *Kzôrtu* bromeaba con ellos con gran familiaridad. Se divertía, especialmente, tirándoles tizones encendidos sobre su piel desnuda y estos, a su vez, se los devolvían. *Kzôrtu* no faltaba nunca a sus fiestas. Según Eliseo, se presentaban figuras de diferentes estaturas, a veces eran grandes, a veces eran chicas y otras veces, medianas. De a ratos, también, parecían más viejas. Pero todas las figuras eran iguales en la forma de vestir y en su apariencia; eran seres malos y les enseñaban la maldad.

También *Alpe* (o demonio) estaba en las fiestas. Muchas veces, eran unas cuantas fi-



José Aldobrandini, jovencito ona, buen músico, de la misión de San Rafael en la isla Dawson.

guras y muy malas. Me decían que estas mujeres maléficas, llamadas *Alpe*, vestían extrañamente, aparecían envueltas en una manta hecha con pieles de animales de varias especies y el cuerpo completamente pintado de rojo. Se entretenían, especialmente, en medio de las mujeres, haciendo de patronas. Además, amenazaban a los hombres; les decían que los descuartizarían si no hacían todo lo que ellas les ordenaban. Al parecer, solían atrapar algunos hombres y los llevaban a la fuerza a antros oscuros y desiertos. De estas personas no se supo más nada, ni se los encontró jamás.

Yo me pregunto «¿Qué habrán aprendido estos salvajes de semejantes apariciones? ¿Quizá, a través de las insinuaciones de los espíritus malos, se han acostumbrado a andar desnudos? ¿Cómo explicar de otra forma este fenómeno, en esta tierra donde hace casi siempre frío, la atmósfera cambia casi siempre y de un momento a otro llueve, sopla el viento o cae abundante nieve? ¿Por qué será que, para repararse del frío, muchas veces se ponen cerca del fuego, en vez de cubrirse?».



Josefa, india ona de la misión Candelaria.

Ciertamente, no puede decirse que los onas no sientan frío, porque aman el fuego y duermen tan cerca de este que a menudo sufren grandes quemaduras. No es raro ver a uno de estos indios quemado en un muslo, en un brazo, en un pie o en el vientre por causa del fuego. Por otra parte —como ya dije—, ellos podrían vestirse con las pieles de los animales que cazan; particularmente, con la del guanaco y del zorro, que tienen pelo largo. Sin embargo, recién cuando vienen a la misión y se hacen cristianos, se ponen ropa voluntariamente y no la abandonan más.

Los evangelistas San Mateo, San Lucas y San Marcos hacen referencia a un loco que andaba dando vueltas desnudo en la tierra de los Sarasenos, en lugares deshabitados, en medio de los sepulcros, y que se hacía cortes en el cuerpo con piedras afiladas. Cuando Jesús le preguntó cómo se llamaba, este respondió: «Legio!» (¡legiones!), porque estaba invadido de una legión de demonios.

Además, estos pobres indios, en estado salvaje, cuando muere alguno de sus familiares, acostumbran a hacerse cortes en todo el cuerpo con pedernales afilados en señal de luto. Se hacen muchas incisiones paralelas, de la cabeza a los pies, tan cercanas unas de otras que casi llegan a tocarse, y tan profundas que sangran.

Estos salvajes tienen un instinto especial para repetir e imitar todo aquello que ven, como los monos. Por ejemplo, imitan a los guanacos, vistiéndose con sus pieles con el pelo hacia afuera, aunque podrían usarlo con el pelo hacia adentro —como hacen los tehuelches— para mantener el calor. Una vez pregunté por qué lo usaban así y me respondieron «¿Cómo se viste el

guanaco? ¿No tiene el pelo hacia afuera?». Imitan perfectamente los sonidos que producen los guanacos, a tal punto que no se distinguen de los que emiten los animales. Cuando van a cazar guanacos, los imitan tan bien que pueden acercarse, sorprenderlos y matarlos fácilmente con sus flechas.

También saben imitar el canto de todos los pájaros y de los animales que conocen, y lo hacen perfectamente. Una vez, el indio Eliseo entró al Museo de Punta Arenas, donde hay cerca de 200 pájaros embalsamados de diversas especies y muchos animales del territorio. Al pasar delante de cada uno, los imitaba a todos de un modo maravilloso, en su canto y en su grito. Por cual, no nos debería sorprender que hayan tomado la costumbre de andar desnudos, de pintarse todo el cuerpo y de cortarse la piel de un modo horrible, tratando de imitar al Espíritu Malo para que los favorezca y no les haga daño, como si el mismo demonio *Kzôrtu* los hubiere inducido a hacerlo.

También he escuchado varias veces —y me han confirmado con claridad— la ridícula creencia y superstición referida a la luna, por la cual creen que es un ser viviente que se come a los niños. Dicen que antes era una bella joven y que muchos hombres la tomaban como su mujer, pero al no poder satisfacerlos a todos, huyó al cielo y tomó el aspecto de una gran luz que resplandece en las noches. Cuando tiene hambre, su luz disminuye hasta que se apaga. Entonces, viene a la tierra, se esconde detrás de los arbustos en las proximidades de las chozas de los indios, esperando la salida de algún niño. Apenas sale uno, lo toma y lo devora, y retorna al cielo para hacerse nuevamente luminosa.

Los indios alacalufes también creen las mismas cosas. Tienen fe en un Ser Bueno invisible, llamado en su lengua *Alel-láyp* (otros lo llaman *Arca Kercís*), y creen en un ser malo, también invisible, llamado *Alel-Céislaber* o *Toquatu* (según otros, *Ali Kirkcis*). Me contaron que *Alel-láyp* era bueno y que los quería mucho, porque les mandaba cada tanto barcos cargados de provisiones (aludiendo a los frecuentes naufragios de barcos sobre la costa del estrecho de Magallanes, de los cuales los indios recibían muchos víveres) y enviaba, también, ballenas muertas sobre la playa, un alimento muy deseado por estos indios.

En lo que concierne al espíritu malo *Alel-Ceisláber* o *Toquatu*, me lo describieron como un ser grandísimo que navega día y noche en una gran canoa por el mar, los ríos y el aire. Pasa sobre los árboles de los bosques sin romper las ramas y ¡cuidado que no encuentre algún hombre, una mujer o un niño distraído en su camino!, porque lo agarra y se lo lleva en su inmensa barca muy lejos de su casa, a un antro o caverna grandísima y oscura dentro de la tierra, para devorárselo. Por las noches, sobre todo, los alacalufes temen encontrarse con este ser terrible y sobrehumano. Un día, un misionero salesiano se había perdido en el bosque y no pudo retornar a la casa por la noche. Varios indios me vinieron a expresar su pena diciendo «¡Ojalá que no lo encuentre *Toquatu*! ¡Si fuese así, pobre de él! No volverá más». Y me explicaban qué era lo que hacía este espíritu malo con los hombres.

También los alacalufes en su estado salvaje creen que los buenos, al morir, van a un bosque bellísimo, donde no tienen necesidad de trabajar, pueden comer cuanto ellos quieran hasta saciarse, pescados, focas, moluscos de mar, pájaros, etc., y beben agua limpísima y fresca. Mientras que los malos, por el contrario, se precipitan en un pozo profundo y oscuro lleno de sangre, sin poder salir de allí, y no tienen qué comer ni beber. En resumen, ellos también creen en la vida futura y en la inmortalidad del alma.

Me ha parecido oportuno recoger estas nuevas memorias útiles a la ciencia y a la religión antes de que estas dos razas indias desaparezcan para siempre de la escena de este mundo, lo cual parece que no va a ser dentro de mucho tiempo. A las creencias aquí expuestas, se le agrega el culto que los

fueguinos profesan a sus muertos. Se reúnen parientes y amigos del difunto alrededor del fuego tres veces al día, a la mañana, al mediodía y a la tarde, durante varios días consecutivos después de la muerte de alguna persona, y cada vez que se reúnen, cantan y se lamentan por un tiempo aproximado de una hora.

Atravesando la isla Dawson. La bahía Lomas. El salvaje Daniel. Las ballenas. El efecto del viento sobre las plantas cerca del mar

Punta Arenas, 29 de febrero de 1909

Estoy de regreso de la isla Dawson, donde estuve algunos días realizando santos ejercicios espirituales. También hice una breve excursión en compañía de algunos hermanos, pasando por *bahía Lomas*, *cabo San Pedro y San Pablo*, *San Francisco de Sales*, hasta la punta *San Valentín*, la misión volante que hemos llamado del *Buen Pastor*.

Señoría Vuestra Reverendísima recordará que *bahía Lomas* le encantaba al indio Daniel. En 1892, cuando retornó de su viaje a Italia, donde estuvo en la Exposición Internacional de Génova y fue a Roma a ver al santo padre, yo le pregunté si le había gustado más Roma que *bahía Lomas*. Me respondió enseguida, con énfasis y sin molestarse «¡Oh! ¡Mucho mejor bahía Lomas!». De hecho, poco tiempo después de regresar, prefirió los montes desiertos de *bahía Lomas*, internándose de nuevo en los densos bosques, vestido con pieles de animales, viviendo de la caza de focas y nutrias, y de la pesca, alimentándose con carne de ballena, que muchas veces quedan varadas y mueren en la playa. Daniel, no se dejó ver más. Se construyó una canoa con corteza de árboles y va de una ensenada a otra en busca de moluscos y pájaros en la vasta *bahía Lomas*. Por la noche, se adentra en el bosque para dormir solo porque le gusta la vida solitaria.

Durante la exposición, estuvo solamente en grandes ciudades: de Génova fue



Misión salesiana de San Rafael en la isla Dawson.



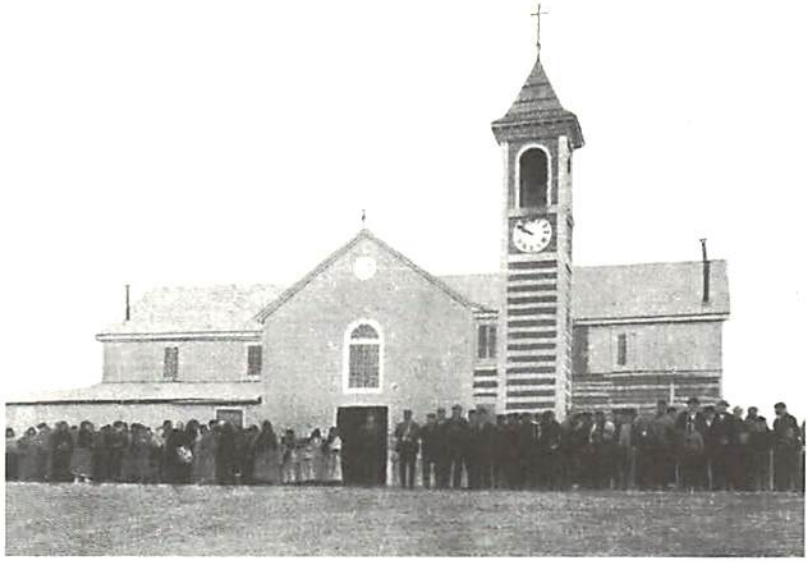
Bahia Harris. Misión de San Rafael en la isla Dawson.

a Turín y de ahí, a Roma y vio mucha gente que, según él, paseaba todo el día, sin ninguna ocupación. Por esta razón, en su pequeña mente, se hizo la idea de que en Italia *nadie trabajaba*. «Lejos, lejos, gente no trabajar. Solo pasear y fumar». Para indicar los vagones de los trenes, decía «Casas correr solas. Con el humo solamente. Humo no más». Para expresar la cantidad de gente que había visto, decía «¡Allá la gente come pasto en los prados!». Para explicarle a los indios el concepto del papa, decía «¡Roma, hombre grande, casa bella, vestido como pingüino!», porque estaba vestido de blanco. En resumen, Daniel fue salvaje a Italia y volvió salvaje, sin desear la civilización, quizá, porque durante el viaje perdió a su mujer y un hijo pequeño, por lo cual sintió un profundo dolor.

En cuanto a las ballenas que van a morir a la vasta bahía Lomas, yo mismo conté esta última vez tres ballenas varadas en la playa, una de las cuales media casi 23 m de largo. Un *delfín orca gladiador* de unos 8 m de largo, cuyo esqueleto ahora se exhibe en nuestro Museo Territorial de Punta Arenas, quedó varado en la playa unos dos años. Este es el animal que le da pelea a la ballena; aunque es más pequeño que esta, es más ágil y corpulento y posee dientes grandes y fuertes. Se juntan tres o cuatro y atacan a la ballena por varios flancos a la vez. La ballena se defiende con dificultad, se esfuerza, se enfurece y abre desmesuradamente la boca, y estos aprovechan para morderle la lengua. Entonces, comienza a sangrar copiosamente hasta morir. A menudo, se la disputan entre ellos; son los cetáceos más voraces y hambrientos que se conocen.

La vegetación de bahía Lomas es exuberante. Hay muchos árboles y arbustos que no se ven en otras partes de la isla. Uno de ellos, llamado *verónica elíptica*, se asemeja al mirto, conserva las hojas verdes aun en el invierno y da una flor blanca muy perfumada, semejante a la flor del naranjo. También hay plantas de tallos altos, pero algunas son muy singulares y tienen formas caprichosas. Pareciera que la naturaleza hubiese bromeado con ellas. Los vientos fuertes y casi constantes dominan las costas del mar e impiden que las plantas se eleven rígidas, las contornea con tantos giros que las ramas parecen serpientes, y todas se inclinan hacia donde las obliga el viento dominante, que es el viento del oeste.

Nuestra visita, aunque inesperada, alegró a los indios, pero sobre todo a los hermanos, porque allí están más apartados del mundo civilizado que aquellos que se encuentran en la misión San Rafael.



Iglesia de la misión salesiana de San Rafael en la isla Dawson. Indios alacalufes ya todos cristianos.



Misión de San Rafael en Dawson. Vista desde el Observatorio, hacia el mar.

La fauna y la caza de los salvajes de la Tierra del Fuego y de la Patagonia Meridional

La caza

La ocupación más importante de los salvajes onas, tehuelches y alacalufes, por no decir la única, consiste en la caza, de la cual obtienen casi todo su alimento. Nada se puede esperar de la tierra, la cual les suministra solamente algunos pequeñísimos frutos silvestres, como el enebro, un arbusto bajo y espinoso, llamado por ellos *Kòl* o *Huàsek*, o algunos hongos y algunas raíces de hierbas. Obtienen poco del mar, al cual no se animan a aventurarse, conformándose con los pocos moluscos que encuentran adheridos a las piedras y los pececitos escondidos debajo de ellas, cuando el mar se retira por la marea baja.

Son numerosos los pájaros, especialmente, los de la zona de los pantanos, y son otros tantos los mamíferos que los onas ca-



Guanaco. Patagonia y Tierra del Fuego.

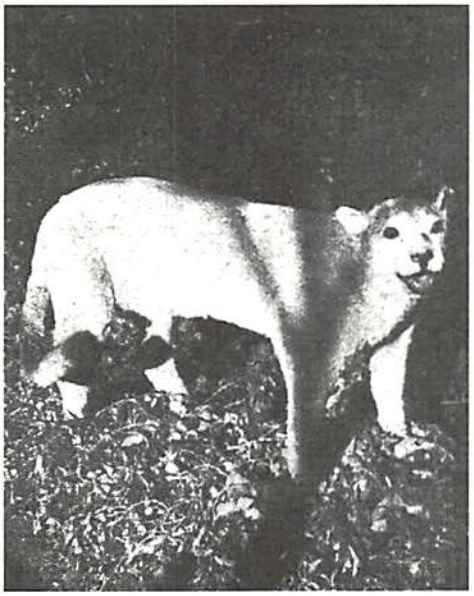


Avestruz. Patagonia.

zan de forma ingeniosa y siempre fructífera. No obstante, la caza más importante es la del guanaco (*Lama huanacus*).[24] El *guanaco* es un camélido de mayores proporciones que nuestras cabras; tienen el cuello largo, el pelo lanudo de color beige sobre el lomo, marrón sobre la cabeza y blanco en el vientre. Cuando corre es esbelto como un ciervo. Los onas los llaman *Ióvven* o *Tól;* los tehuelches lo llaman *Nau* y los alacalufes, *Láfel.* Este animal abunda en la Patagonia y en la Tierra del Fuego. Los onas usan la carne como alimento y la piel para vestirse y hacer chozas, ornamentos y correas. Los tendones son utilizados para hacer arcos y flechas. Por eso, es entendible que este animal sea tan importante para la economía familiar y social de los onas y que forme parte, además, de sus leyendas.

El guanaco es cazado de varias maneras. A veces, el indio se viste con la misma piel del guanaco, con el pelo hacia afuera, y sobre su cabeza se pone una especie de vincha, hecha con la piel de la cabeza del guanaco. Se agacha y, muy despacio, se acerca y se mezcla en una manada que se encuentra pastando tranquilamente. Lo hace fácilmente, porque los animales lo confunden con uno de ellos. Una vez que está entre ellos, le da a uno un flechazo, por lo general en la parte del corazón, y lo derriba. Si con el primer flechazo no consigue matarlo, trata de darle otro, y si este no le causa la muerte en forma instantánea, lo mata en poco tiempo. Se han visto guanacos con el

24. Nombre científico válido actual: *Lama guanicoe.* (N. de la E.)



León puma. Patagonia.

cuerpo atravesado por una flecha, con parte de la vara visible. Otro modo de cazar guanacos consiste en hacer zanjas que usan como escondite y en las que esperan al acecho con sus arcos y flechas. Mientras tanto, algunos compañeros tratan de espantar la manada de guanacos de manera que los animales se dirijan a ese lugar. Cuando estos pasan cerca de las zanjas, los indios les descargan una lluvia de flechas y así matan un buen número de guanacos. Un tercer modo, y el más usual y seguro para cazar guanacos, es el de mandar a los perros a que los persigan. Estos suelen alcanzarlos cerca de los pantanos, les muerden el cuello y los derriban, y entonces el indio los mata con flechas, piedras o a golpes de garrote.

La caza de guanacos que realizan los tehuelches consiste en una escuadra de hombres a caballo, compuesta de 20 o más individuos, todos armados de boleadoras y precedidos de muchos perros. Estos rodean, desde lejos, una manada de guanacos y van cerrando de a poco el círculo. Los animales se sienten encerrados y tratan de escapar. Pero cuando lo hacen, son perseguidos por los perros y los cazadores. El resultado es una gran matanza.

El sonido que emite el guanaco se parece al relincho del caballo, pero este es más agudo y similar al ruido que se produce al frotar dos hierros o al raspar un hierro con una lima. Corre con la velocidad de un ciervo, siempre al galope, haciendo largos saltos y se podría decir que apenas toca el suelo, ya que su elasticidad los hace rebotar. Cuando corren, tienen siempre la cabeza y el cuello inclinados hacia el suelo.

La piel de este animal constituye la única vestimenta de los salvajes de la Tierra del Fuego y su carne les sirve de alimento. Para los niños, basta con una sola piel. Los adultos unen dos o tres y las usan a modo de cubierta. Se envuelven con estas pieles, dejando el pelo para afuera. Los tehuelches, en cambio, la usan con el pelo hacia adentro. Hacen mantas con las pieles de guanacos jóvenes y las pintan en la parte sin pelo.

Se puede decir que el *guanaco* es, verdaderamente, el amigo del caminante que atraviesa el vasto desierto de la Patagonia, porque es casi el único animal que se puede ver y no infunde temor alguno. Alegra la vista por la belleza y elegancia de su cuerpo al caminar y por su velocidad al correr. Es un objeto de distracción y de placer en la monotonía del lugar. Soporta mucho la sed como el camello y no ensucia nunca con sus excrementos la hierba del prado donde pasta. Existen determinados lugares fijos, que se podría decir son las letrinas de los guanacos, donde todos concurren para evacuar sus excrementos, incluso vienen desde lejos. De esta forma, trazan muchos senderos bien marcados en varias direcciones.

El guanaco es muy curioso. Cuando ve venir a los hombres a caballo, lejos de huir, se avecinan a una distancia de unos 50 y hasta 30 metros, para observarlos bien, y después huyen a todo galope en la misma dirección del hombre. Mientras una tropa de 100, 200 o más guanacos está pastando en la planicie, uno de ellos, a modo de centinela, vigila paseando de arriba abajo. Se



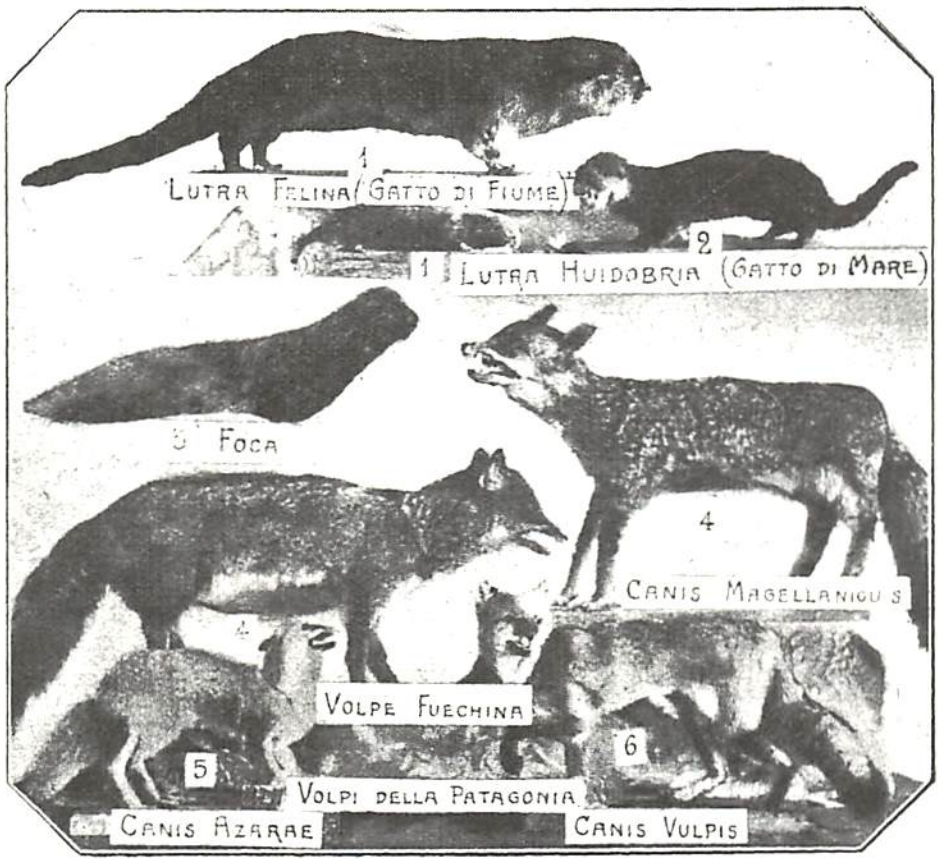
Indio ona después de la caza. (F.: Veiga)

sitúa en cualquier lugar alto, con la cabeza en alto, avisando con un relincho agudo y estridente apenas surge algún peligro o ve venir a alguien a lo lejos. A veces, corren en fila, uno atrás de otro, como las ovejas. Otras veces, van de dos en dos, bien alineados, como un ejército de soldados. ¡Muchas veces fui engañado, creyendo que se trataba de un batallón de soldados que hacía maniobras campestres o de colegiales que iban de paseo! Estaban muy bien alineados, de dos en dos, con la cabeza erguida, parados y sin moverse por un largo tiempo, como si estuviesen en posición de alerta. Después comenzaban a marchar, primero lo hacían lentamente, luego trotando y, finalmente, al galope, sin romper filas, como si fuesen soldados.

El guanaco, si se doméstica desde chico, fácilmente se encariña con el patrón, y lo sigue como un perrito a cualquier lugar que vaya. Entra en la casa y se mete por todos lados, de manera que termina siendo molesto e insoportable. Su arma de defensa es el esputo, el cual primero lo prepara y después lo lanza sobre la cara de quien lo molesta.

Actualmente, se calcula que hay 200 000 guanacos en todo el territorio de Santa Cruz y de Magallanes. El guanaco no sirve para transportar peso, como la llama del Perú. Por otro lado, la carne de guanaco es muy buena para comer. Parece, sin embargo, que poco a poco va a ir desapareciendo de la Patagonia, porque a causa del rígido invierno y de los desbordes de los ríos, se ven miles y miles de esqueletos de guanacos a lo largo de los bordes de los ríos y cerca de los lagos. Los guanacos mueren por el frío, el hambre o ahogados. Otros son cazados por los indios para alimentarse y para hacer sus mantas de piel. También son cazados por los propietarios de los campos, con el pretexto de que estos animales destruyen y se comen las hierbas de sus ovejas y caballos. Los europeos inmigrantes dicen, además, que los guanacos contagian la sarna a las ovejas, y que por eso necesitan deshacerse de ellos.

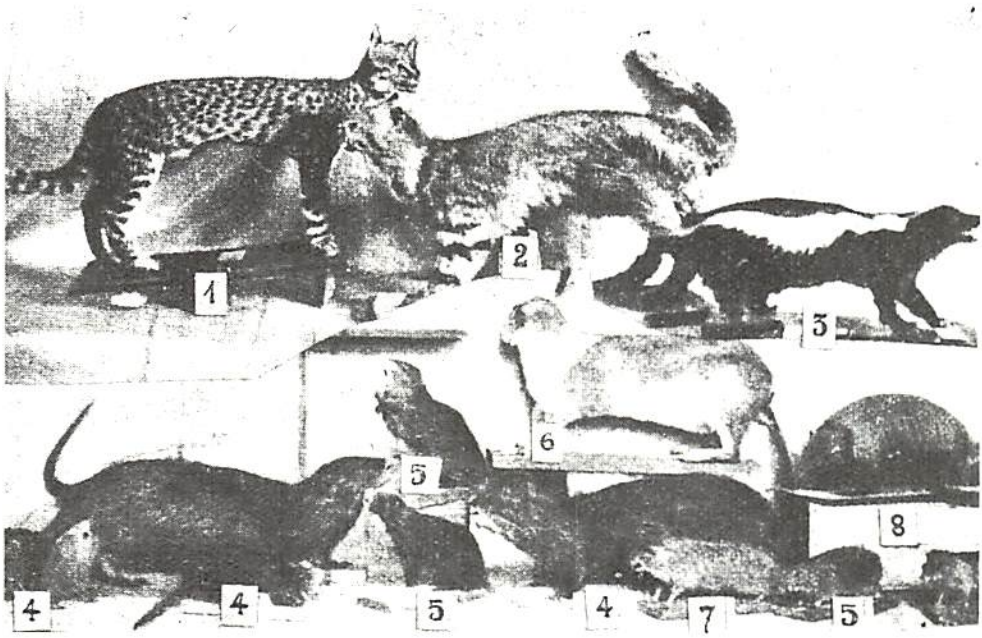
Es de lamentar la desaparición de estos graciosos animales, porque proporcionan buenas pieles, que son lo suficientemente lanudas para hacer mantas y cubiertas para las camas. Las mantas se componen de 12,



Mamíferos del Museo Salesiano de Punta Arenas. *1. Gato silvestre atigrado – 2. Gato silvestre (común) – 3. Zorrino – 4. Coipo – 5. Coruro – 6. Conejo – 7. Ratón – 8. Armadillo.*

15 y hasta 18 pieles de guanacos jóvenes, cosidas entre sí con nervios del mismo animal y pintadas de varios colores en la parte sin pelo, con diversos dibujos hechos por las mujeres indias. Se venden en el lugar a 30 o 40 francos cada una, y a 50 a 60 francos en Buenos Aires. Anualmente, se calcula que se hacen cerca de 2000 mantas, desde Punta Arenas hasta Chubut. Lo que representa más o menos un valor de 70 000 liras, que es el resultado de la matanza de 40 000 animales. Este cálculo fue realizado por un naturalista, el *señor Carlos Burgmeister*. La elaboración de las mantas es una tarea exclusiva de las mujeres indias tehuelches. Los hombres se encargan, solamente, de cazarlos con sus boleadoras y con la ayuda de los perros. Las mujeres indias tehuelches, también hilan la lana de guanaco y tejen mantas, llamadas *pónch*,[25] que sirven mucho para los viajes, por ser prendas livianas y resistentes. Pero no realizan muchas prendas de este tipo porque se necesita mucho tiempo para tejerlas y no todas las indias saben hacer el trabajo.

25. Seguramente, hace referencia al típico poncho. (N. del T.)



Museo Salesiano de Punta Arenas. *1. Nutria gato de río – 2. Nutria gato de mar – 3. Foca – 4. Zorro de la Tierra del Fuego – 5. Zorro de la Patagonia – 6. Zorro común.*

Las mujeres onas son las que descarnan los cueros de guanaco y separan la carne para comer. Cuando la carne es abundante y no la pueden comer en pocos días, la esconden en los remansos de los riachuelos, cubriéndola con piedras para que los zorros no se la puedan llevar; la usan cuando tienen necesidad, siempre y cuando no esté descompuesta.

El avestruz

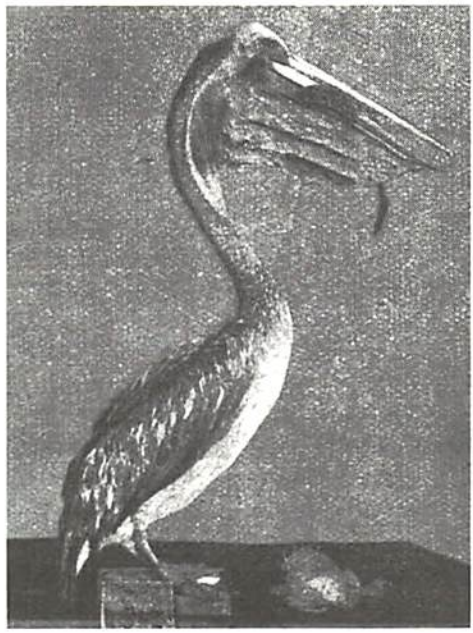
El *avestruz* (*Rhea americana*)[26] también es un animal querido por los caminantes que atraviesan el desierto de la Patagonia. Pero, al igual que el guanaco, a medida que la pampa de la Patagonia se va poblando de inmigrantes europeos, parece ser que está destinado a desaparecer. Esto no tardará muchos años en suceder.

El caminante que por días enteros ve solo una llanura desierta interminable se alegra cuando, a lo lejos, aparece un avestruz corriendo a una velocidad indescriptible. A veces, se suelen ver en grupos de diez, veinte o cincuenta. Pero apenas descubren la presencia de alguna persona, se dan rápidamente a la fuga, dispersándose en diversas direcciones. El caballo más veloz y más descansado apenas los puede alcanzar. Cuando se ve perseguido, el avestruz corre haciendo numerosos giros en *zigzag*, por lo cual resulta difícil cazarlo. En general, son atrapados por los

26. En Sudamérica encontramos dos especies de la familia Rheidae: *Rhea americana* («ñandú») y *Rhea pennata* («choique»). Posiblemente la observada haya sido *Rhea pennata*, la cual se distribuye en la zona centro-oeste y sur de Argentina (introducida a Tierra del Fuego en 1936) y en el sureste de Chile. Es común pero erróneo darle el nombre vernáculo de «avestruz», ya que este último corresponde a la especie *Struthio camelus*, perteneciente a una familia diferente, cuya distribución no abarca el continente americano. (N. de la E.)



Museo Salesiano de Punta Arenas. *Cóndor con su embalsamador.*



Museo Salesiano de Punta Arenas. *Pelícano americano.*

perros, que son hábiles cazadores de avestruces.

El avestruz ubica su nido en una excavación en el suelo. El primer huevo lo pone directamente sobre la tierra y no da pichones; los otros huevos —a veces hasta 24— son colocados horizontalmente alrededor del huevo central, con mucho orden.

El avestruz macho tiene de cinco a seis hembras. En el momento oportuno, realiza la excavación en donde colocará el nido y, con un grito especial, llama a todas sus hembras para que vengan a poner sus huevos. El macho, y no la hembra, es el que empolla los huevos. Si este es sorprendido en el nido mientras está empollando, enseguida deshace el nido con sus grandes garras y desparrama los huevos lanzándolos muy lejos para que no se los roben. Después de eso, huye. Desaparecido el peligro, vuelve al sitio y si encuentra los huevos, los junta en el nido y los empolla nuevamente, aunque sean pocos. También es el macho el que se hace cargo de los pichones; los lleva al campo y procura que se alimenten. Es un verdadero padre de familia con sus hijos.

Si se pelean dos machos que llevan pichones, el más fuerte recoge todos los pichones y se los lleva, dejando al adversario sin ninguno. Se han visto algunos machos llevando hasta 80 pichones, mientras otros se muestran tristes por no tener ninguno.

La carne de avestruz es excelente y gustosísima al paladar, pero indigesta. Comer mucha carne de avestruz produce diarrea porque es muy grasosa. Los indios acostumbran, por lo general, a acompañarla —a falta de pan— con carne de guanaco que es magra. Comen un pedazo de una y después un pedazo de la otra. De este modo, es menos nociva. Las plumas de avestruz son muy buscadas, aunque no sean tan lindas como las del avestruz africano. Por último, el cuero del vientre y del lomo se utiliza para hacer mantas.

El león-puma

Un tercer animal condenado a desaparecer en la Patagonia es el león llamado *puma* (*Felis concolor*,[27] en la taxonomía de Linné).[28] Cada año hay menos ejemplares de estos animales; sin embargo, su desaparición no será lamentada por los poseedores de rebaños, ya que lejos de dar beneficios a la sociedad, suelen ser dañinos para los animales domésticos. El león–puma pertenece a la familia de los felinos o de los gatos. Se esconde para atrapar a su presa y da grandes saltos; incluso tiene la habilidad de subirse a los árboles.

Parece un gran perro gris, pero no es tan feroz como el león de África. Si no tiene hambre, no ataca al hombre. De hecho, huye del hombre cuando lo ve de lejos. Pero si tiene hambre, es capaz de atacarlo. Si se lo encuentra en el camino, cuando tiene hambre o está herido, trata de morder con sus largos y robustos dientes caninos. También desgarra con sus garras y sus uñas largas y filosas.

Vive de sus presas, mata guanacos, zorros, ovejas y hasta caballos. Cuando es perseguido, corre velozmente cerca de medio kilómetro, pero luego, debido al cansancio, enlentece su paso repentinamente e intenta subirse a un árbol o se refugia en algún agujero o arbusto para poder defenderse. Es un animal feroz. Generalmente, se lo caza con un lazo o envenenando la carne de los animales que este mismo mató y que intenta esconder para comerla luego, cuando esté hambriento y no encuentre animales para cazar. Nunca come carne que no haya cazado el mismo.

Una noche, un solo león mató unas 80 ovejas encerradas en un corral. Cuando el león-puma entra en un corral de ovejas, agarra una, la mata y le chupa ávidamente la sangre. Mientras tanto, las otras ovejas se amontonan a su alrededor, para ver qué sucede con su compañera. Degollada la primera, y habiéndole chupado la sangre, salta sobre la manada y mata otra oveja, y así sucesivamente. Y las ovejas, lejos de asustarse por el espectáculo, lo rodean mirándolo silenciosamente. Esta escena se repite por cada oveja que el león mate. Aunque no tenga hambre, mata ovejas por su instinto sanguinario y brutal. Cuando está saciado y cansado, sale del corral y se va a su madriguera.

La piel del león-puma se utiliza para hacer alfombras de salón.

El zorrino

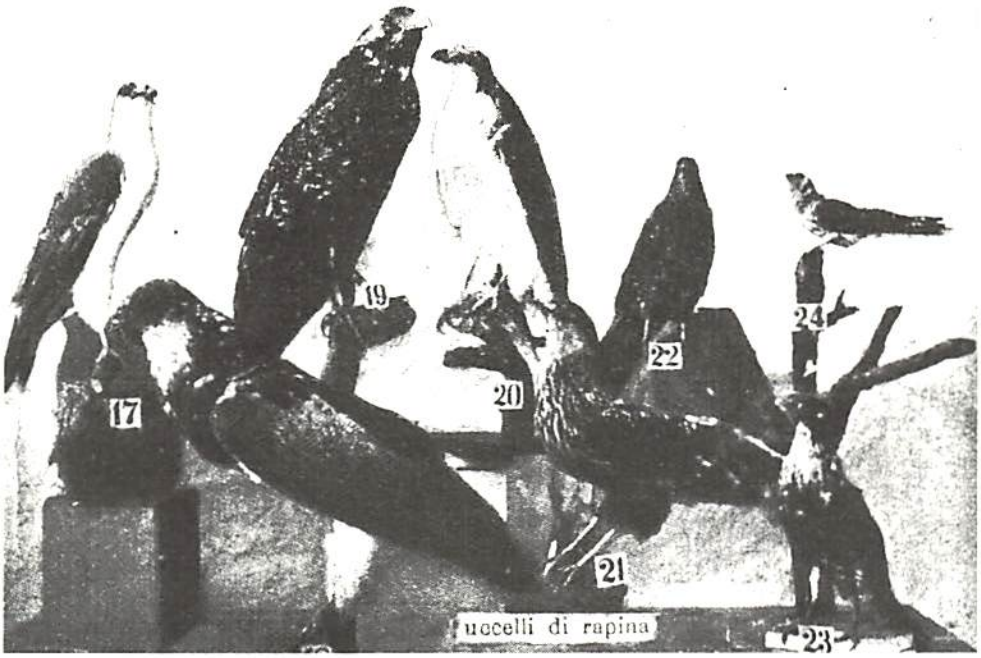
El *Zorrino* (*Mephitis suffocans*), llamado en América *cinghe*[29] o *zorrino*, es un graciosísimo animal del tamaño de un gato, de pelo largo y finísimo, y de color oscuro, que tiene sobre su lomo una raya blanca. Tiene la cola como penacho y siempre está levantada. Tiene una trompa puntiaguda y uñas largas, afiladas y curvadas como las de los topos. Al igual que estos últimos, excavan y ubican sus madrigueras bajo tierra.

Es un animal inofensivo. Se defiende con cierto líquido que expele como una fina lluvia, que tiene un olor insoportable, sofocante y nauseabundo, tal como su nombre lo hace suponer (*suffocans*). Ni siquiera los perros pueden soportar el olor. Basta que se

27. Nombre científico válido actual: *Puma concolor*. (N. de la E.)

28. Carl Linnaeus (1707-1778), también conocido como Carl von Linné, es considerado el creador de la taxonomía. (N. del T.)

29. Este animal es referido como *chingue patagónico* (*Conepatus humboldtii*). Es temido por su nauseabunda forma de defensa y se lo cazaba, principalmente, por su piel, que servía para confeccionar atractivos quillangos. Fuente: Museo del Estrecho. Parque del Estrecho de Magallanes. Región Magallanes y Antártica Chilena. Chile. Disponible en: www.parquedelestrecho.cl (N. del T.)el nombre vernáculo de «avestruz», ya que este último corresponde a la especie *Struthio camelus*, perteneciente a una familia diferente, cuya distribución no abarca el continente americano. (N. de la E.)



Aves rapaces. Museo Salesiano de Punta Arenas.

derrame una gota sobre la ropa para infestar a una persona y esparcir el olor a metros de distancia, produciendo el alejamiento y la evasión de cualquier persona. La piel desinfectada de este animal es preciosa; con su piel se hacen cubrecamas, mantas y adornos para las señoras.

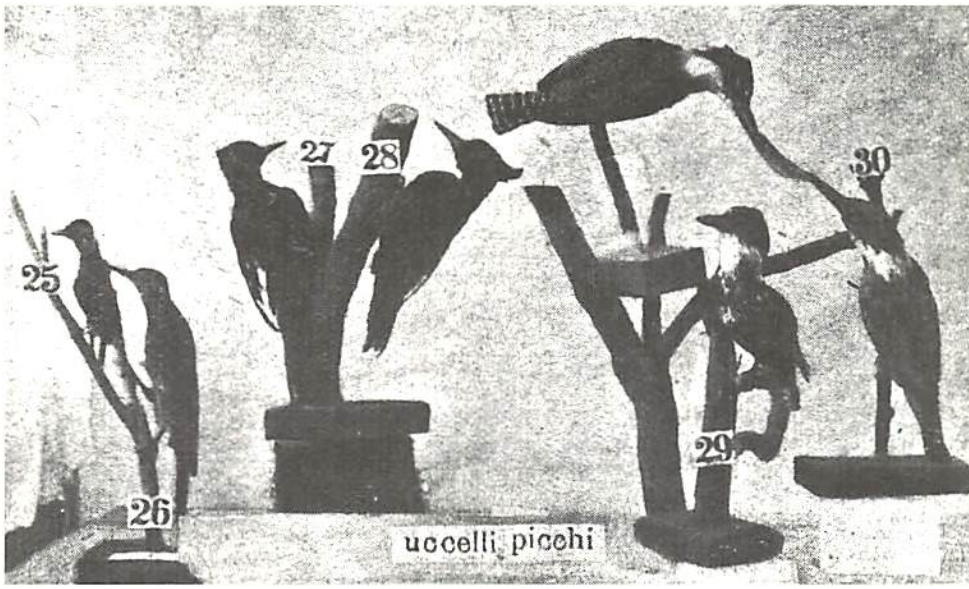
Si se le saca la bolsa que contiene el líquido infestante, se lo puede domesticar, y se transforma en la mascota de los niños de la familia. Salta y baila como una marmota, hace monerías y se cubre la cara con las patas de adelante mientras se mantiene erguido, entre otras actitudes que he podido ver yo mismo, al visitar una familia de Punta Arenas.

Una vez, entró un zorrino en el patio de la casa de campo de un rico señor argentino. Las tres hijas de este señor, todas ellas menores, quedaron enamoradas al ver al gracioso animal. Lo hicieron entrar a la elegante sala de recepción adornada con alfombras y preciosos muebles. Corrieron para atraparlo gritando de alegría: «¡Oh, qué lindo! ¡Atrapémoslo, atrapémoslo!». El padre desde lejos se dio cuenta y les gritó que no lo tocaran ni agarraran y que no lo hicieran entrar a la casa. Pero era demasiado tarde. Cuando una de las niñas estaba por abrazarlo, el animal despidió su líquido maloliente, esparciéndolo por toda la sala y sobre las tres niñas. No se pudo vivir en esa casa por tres meses. Fue necesario cambiar las alfombras, limpiar todos los muebles, hacerlos a todos nuevos, y aun así el olor persistía.

El *Dasypus minutus*,[30] llamado por los indígenas *Ammolita, quirquincio* o *pinche*,[31] se asemeja a una tortuga por la forma

30. Nombre científico válido actual de la especie citada para Patagonia: *Zaedyus pichiy*. (N. de la E.)

31. El autor se refiere a la *mulita, quirquincho* o *piche*. Es un animal de la familia *Dasypodidae*, de amplia distribución en Argentina, desde el norte del país hasta la Patagonia. Son omnívoros, por lo que se alimentan de insectos, gusanos, carroña, frutos, semillas y tubérculos. (N. del T.)



Pájaros carpinteros. Museo Salesiano de Punta Arenas.

y calidad de la piel de su lomo, aunque no es tan dura como la de la tortuga. Tiene la trompa como el cerdo y las uñas de las cuatro patas largas y afiladas, como las del topo. Además, este animal vive bajo tierra, hace cuevas profundas, excava la tierra tirándola hacia atrás con una rapidez increíble, para no dejar señas de su escondite.

La carne de este animal es excelente para comer, pero contiene demasiada grasa. Por lo general, se cocina sobre las brasas, dando vuelta al animal, sirviendo de plato su dura caparazón. Con el cuero de este animal, se hacen pequeños cestos como recuerdos de la Patagonia.

El *zorro* (*Canis griseus*)[32] se asemeja al zorro de Italia y no tiene nada de especial. Se alimenta de ratones, coruros, guanacos muertos, huevos de pájaros y cualquier carne que pueda encontrar. Muchas veces, roe las monturas, las cuerdas de cuero, los zapatos y cualquier cuero que encuentre de los viajantes que eventualmente abandonan descuidadamente estos objetos fuera de sus casas o de las carpas en las pasan la noche.

Una vez, cuando regresaba de Santa Cruz, venía conmigo un joven, un tal Luis Ibáñez, para estudiar en nuestro colegio de Punta Arenas. Era un joven ingenuo, de unos trece años, que no había salido nunca de su casita perdida en el campo. Sin ninguna experiencia de la vida, no conocía siquiera un pequeño pueblo de cuatro casas. Venía muy triunfante, sobre su pequeño caballo brioso de varios colores. Ostentaba dos bellas riendas de cuero trenzado, adornadas con anillos de bronce brillante.

Parte en serio y parte en broma, se le dijo que tuviese mucho cuidado con sus riendas, porque el zorro se las llevaría para comérselas. El joven se mostraba incrédulo y respondía «¡Está por verse que el zorro venga a agarrar mis riendas! ¡Ni siquiera en sueños! Con estas voy a hacer mi ingreso a

32. Nombre científico válido actual de la especie citada para Patagonia: *Lycalopex griseus*. (N. de la E.)



Búhos. Museo Salesiano de Punta Arenas.

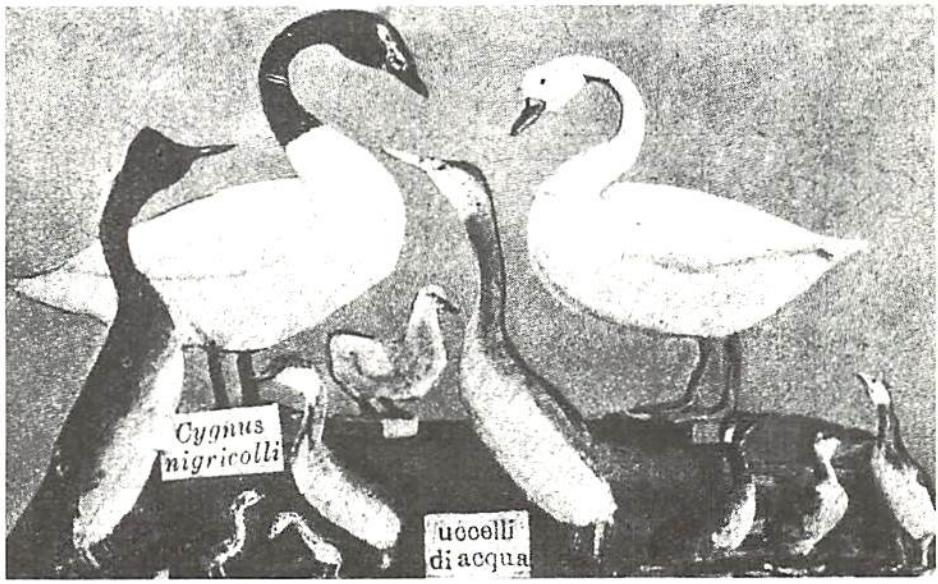
la ciudad de Punta Arenas y todos admirarán mi hermoso trabajo».

Después de tres o cuatro días de viaje, debíamos pernoctar en una carpa cerca del río Gallegos, donde abundan los zorros. Se le recomendó entrar a la carpa la montura, las riendas y cualquier objeto de cuero para que el zorro no se los llevara. El joven se rió de estas recomendaciones y, a propósito, dejó las riendas que tanto amaba fuera de la carpa porque creía que se estaban burlando de él. A la mañana siguiente, ensilló su caballo y fue en busca de sus riendas y no las encontró. Le echó la culpa a sus compañeros de viaje de habérselas escondido para hacerle creer que había venido un zorro y se las había llevado.

Un compañero bromeando le dijo «Esta noche he soñado que dos hermosos zorros, corrían a lo largo de la costa del río, llevándose tus riendas. Se detuvieron y comenzaron a roerlas. Uno de estos tenía entre los dientes un anillo de latón, pero como era muy duro lo dejó intacto. Ve a ver por allá». Entonces, irritado, el joven se enfureció, creyendo que se estaban burlando de él. Pero luego de un centenar de pasos desde la carpa, comenzó a encontrar varios anillos y algunos pedazos de sus riendas, partes que el zorro dejó como testimonio de que había sido el ladrón y el autor de la fechoría. Al comprobar esto, el joven cayó de la nube de inmediato, pero era demasiado tarde. *«La experiencia enseña* —le dijeron—. *La lección te enseñará para una próxima vez»*.

Al zorro se lo puede cazar con lazo y también envenenando la carne de los animales que come. Con su piel se hacen mantas y también varios tipos de pieles para las señoras. El zorro de Tierra del Fuego es mucho más grande que el zorro común de América y Europa. Parece más bien un perro de tamaño regular. Se lo llama, en efecto, *Canis magellanicus*,[33] y los onas lo llaman *Huâsce*. Tiene el pelo muy áspero y largo y una cola grande y larga. Lo cazan con flechas, lazos y,

33. Nombre científico válido actual para el zorro nativo de Tierra del Fuego es *Lycalopex culpaeus lycoides*. (N. de la E.)



Aves acuáticas: cisnes y otras. Museo Salesiano de Punta Arenas

también, con ayuda de los perros. Pero estos deben de ser muchos; uno solo no puede enfrentarlo porque el zorro tiene dientes caninos muy buenos y sabe defenderse maravillosamente. Su carne sirve, a menudo, de alimento para los salvajes.

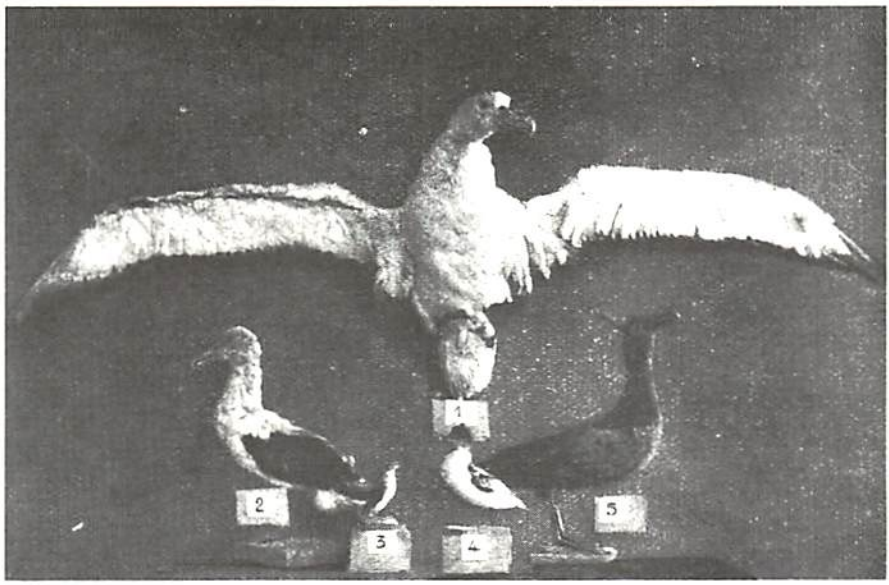
El coruro o tuco-tucu

Este es otro animal muy buscado por los onas; se trata del *Ctenonys magellanicus*[34] o *Ápen*, en la lengua ona. Es un roedor que vive en cuevas bajo tierra, en donde hace su nido con pasto y pelos. De la cueva principal, derivan numerosas galerías, de modo que el animal puede huir del enemigo por una e introducirse en otra. Son tantas y tan numerosas en Tierra del Fuego que constituyen un peligro frecuente para quien viaja a caballo. Las patas del animal se entierran fácilmente en el terreno blando. Hoy en día, las ovejas introducidas por los colonos europeos pisotean todas las galerías, orinan encima de ellas; algunos coruros se ven obligados a emigrar hacia el bosque y otros tantos mueren.

El coruro, en general, se caza en otoño e invierno, cuando los pájaros emigran y el coruro está más gordo que en primavera, estación en la que se reproduce. En estas dos últimas estaciones, hay abundante caza de pájaros y no suelen cazar coruros. Los indios prefieren, y con razón, la carne de los pájaros que es muy buena y, además, resulta menos agotador cazarlos.

El coruro es una especie de topo del tamaño de un gran ratón, que vive de las raíces de las hierbas (de las hierbas *per se* y de las hojas de los árboles). Usa sus garras delanteras como manos para excavar la tierra y para agarrar la comida, como si fuese un mono. Tiene pelo fino y gris; cuatro largos dientes, dos superiores y dos inferiores, de color amarillo, en forma de arcos y muy cortantes; uñas largas como agujas, y se sienta sobre sus talones cuando come.

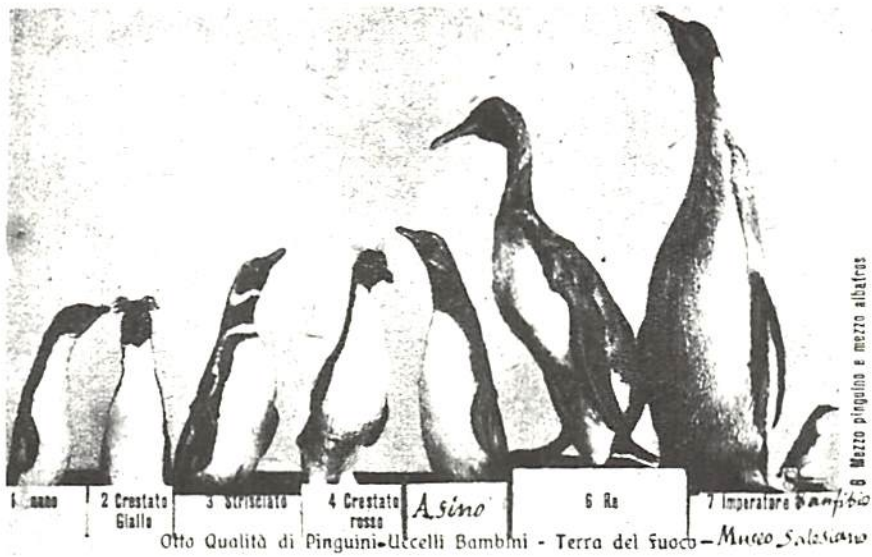
34. Nombre científico válido actual de la especie citada para Patagonia: *Ctenomys magellanicus*. (N. de la E.)



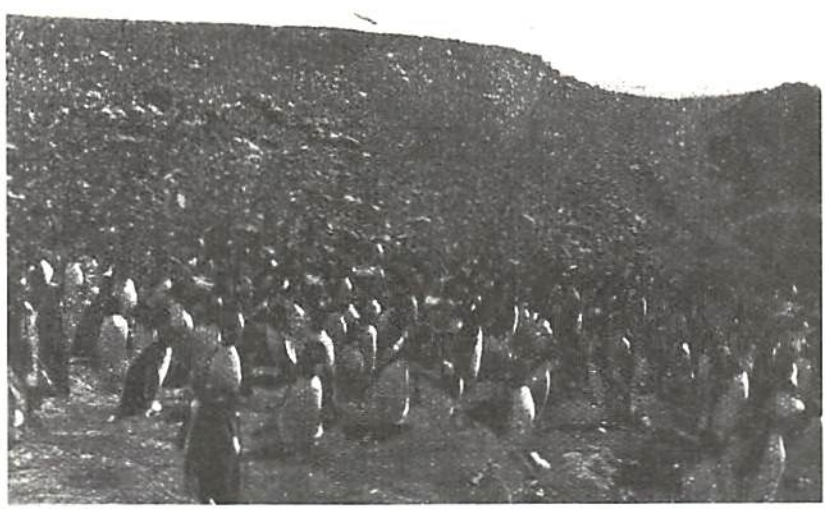
Aves acuáticas. Museo Salesiano de Punta Arenas.
1. Albatros, mide 3 metros de ala a ala – 2. Gaviota.

Su carne no es desagradable al paladar, pero presenta un sabor salvaje. Los indios la comen en invierno, especialmente, pero a los europeos les repugna porque el coruro se parece mucho a un ratón. Resulta difícil cazarlos, pero los indios tienen su estrategia y para ellos es muy fácil. El coruro sale de su cueva en busca de comida solamente por la noche; de modo que no se lo ve durante el día. Yo tenía muchos deseos de conocer a estos animalitos y me preguntaba: «¿Cómo harán los salvajes para cazar cururos si nunca se dejan ver?».

Hablé con algunos niños indios y tres de ellos, los más despiertos, se ofrecieron a enseñarme cómo hacían para cazarlos. Los tres pequeños cazadores consiguieron un palito, como si fuese una flecha sin punta, y donde veían terreno removido fresco en el campo, pinchaban con ese palito alrededor de todo el terreno a un metro o dos a la redonda, aproximadamente, introduciéndolo tantas veces como fuese posible. Les pregunté por qué lo hacían así, y me respondieron: *«Apen Kahui karrén»*. Otro lo dijo en español: «Buscar cama», que quiere decir «buscar el nido». Cuando les parecía que lo habían encontrado, porque detectaban algo suave con el palito, decían: «Aquí estar cama. Aquí está el nido». Entonces, excavaban la tierra con sus manos, haciendo un agujero de unos 30 cm de diámetro y otros 10 cm de profundidad, sin descubrir el nido, pero dejando sobre el lugar una capa muy fina de tierra de 5 cm, aproximadamente. Finalizada la operación con el primer nido, lo repetían en los otros. Después, esperaban unos minutos. Les pregunté por qué hacían eso y me respondieron: «Los cururos escapan del nido cuando sienten ruido y más tarde, cuando no sienten más ruido, volver». Después de un rato, los cazadores se acercaron lentamente, en puntas de pie, hasta el borde de los agujeros excavados y con destreza saltaron dentro de ellos, pisoteando a diestra y siniestra. Salieron y excavaron con las manos hasta encontrar el nido hecho de paja y pelos, con dos, cuatro y más coruros. Así, en pocas horas, cazaban una gran cantidad de especí-



Pingüinos de diferentes clases.



Pingüinos. Isla fueguina.

menes. Los tres chicos cazaron unos ochenta en menos de una hora, algunos más grandes y otros más chicos. Yo me quedé con algunos para llevarlos vivos a Punta Arenas. El resto fueron comidos por los chicos.

De estos roedores hay dos especies: unos son grandes como topos y otros, chicos como ratones. Los onas comen los grandes y los chicos en invierno, especialmente. En el campo se pueden encontrar muchísimos cerca de los arbustos, entumecidos por el frío, y se dejan cazar fácilmente.

El cóndor

La caza del cóndor

El cóndor es el rey de los cielos, supera con su vuelo al águila y alcanza los 8000 m de altura. Con sus garras, caza corderitos y se los lleva a su nido. Sus plumas son preciosas y, por esta razón, los cazadores lo persiguen por toda la Cordillera. Si el Gobierno no regula la caza de estas aves, en poco tiempo desaparecerán. Entre los cazadores, encontré a un piamontés que manda las plumas a París. Este hombre ha recorrido dos o tres veces la cordillera de los Andes y se ha hecho rico con esta ocupación.

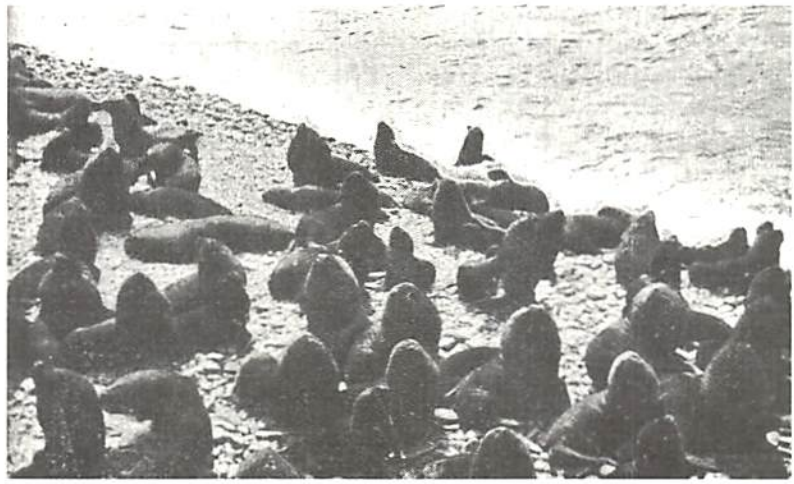
La caza del cóndor es curiosísima, pero muy simple. El cazador entierra largos y gruesos postes en el suelo, fabricando una jaula con una especie de puerta. Hecho esto, sacrifica una yegua salvaje y deja su carne en la jaula. Ata el extremo de una cuerda a la puerta y se esconde en las cercanías del bosque o detrás de una piedra con el otro extremo en la mano. Los cóndores, atraídos por el olor de la carne, llegan en gran número y entran tranquilamente en la jaula para disputarse los pedazos de carne. El cazador atento, cuando ve que hay muchos en la jaula, tira de la cuerda y los sublimes reyes del aire quedan atrapados. Entonces, con un bastón largo los mata y envía sus plumas a Europa.

La caza de los pájaros por los fueguinos

Los pájaros son cazados de varias maneras: con arco y flechas, con honda o, simplemente, con piedras, porque son diestros tiradores. Los fueguinos también suelen hacer lazos con barbas de ballena, a las que los onas llaman *Téj*. Estos lazos se colocan



León puma. Patagonia.



Leones marinos descansando en la playa. Tierra del Fuego. (F.: De Agostini)

en lagos y ríos en los que los pájaros se posan habitualmente. En algunos lugares, estos pájaros se reúnen en grandes cantidades, especialmente, los pavos salvajes y los patos, llamados por los onas *Hár* y *Háto*, respectivamente. En la época en la que cambian el plumaje, estas dos clases de pájaros acuáticos se ven obligados a permanecer en las lagunas, sin poder volar. También los cisnes (*Cygnus nigricollis*),[35] flamencos (*Phoenicopterus ignipalliatus*)[36] y otras especies. Los indios se meten al agua hasta el cuello, los rodean y los obligan a ir hacia un lugar de la playa en donde los otros indios, escondidos, los sorprenden y matan a golpes de garrote ni bien salen del agua.

Los cuervos de mar, pingüinos y otros pájaros de mar, son cazados por la noche de la siguiente manera: los indios eligen noches muy oscuras, sin luna, con lluvia o nieve, y se van a lugares donde los pájaros suelen reunirse para descansar y dormir. En general, lo hacen en cuevas o barrancos cercanos al mar. Llevan una antorcha en la mano izquierda y un garrote en la derecha. La antorcha es cilíndrica y tiene 1,5 m de largo por 10 cm de ancho; está hecha con un manojo de ramas de un arbusto bajo, llamado *mortilla* en América (*Permethia mucronata*),[37] atadas con una cuerda de hierba entrelazada. Esta planta tiene la propiedad de arder por largo tiempo, como una resina. Los pájaros, ante el resplandor de la antorcha, quedan deslumbrados y son cazados fácilmente con palos. Los indios hacen una gran matanza de pájaros que los provee de comida para un mes y, muchas veces, para más de un mes.

El *pelicano* del estrecho de Magallanes (*Pellicanus onocrotulus*),[38] es de color gris,

35. Nombre científico válido actual de la especie citada para Patagonia: *Cygnus melancoryphus*. (N. de la E.)

36. Nombre científico válido actual de la especie citada para Patagonia: *Phoenicopterus chilensis* (flamenco austral). (N. de la E.)

37. Nombre científico válido actual de la especie citada para Patagonia: *Gaultheria mucronata*. (N. de la E.)

38. Posiblemente una variación ortográfica de la especie *Pelecanus onocrotalus*, que sin embargo no habita en este continente. La especie observada en Sudamérica recibe en la actualidad el nombre de «pelicano peruano» o «pelicano chileno» (*Pelecanus thagus*) y sus características coinciden con la descripción dada por el autor, aunque la distribución actual parecería no llegar tan al sur.

menos en el vientre, donde predomina el color blanco. Debajo de su largo pico, tiene una bolsa de piel, que es independiente de la boca, donde mete los pescados para llevárselos a sus pichones. No tiene lengua, ya que eso le impediría recolectar sus presas. Muchas veces se representa a este pájaro abriendo su corazón con el pico para alimentar a sus pichones. Pero esto es solo figurativo. La verdad es que los alimenta con los peces que lleva en esa bolsa que tiene en el cuello.

Los pingüinos

Los *pingüinos* (*Aptenodytes pennanti*),[39] llamados vulgarmente «pájaros niños», abundan en varias islas del archipiélago fueguino y en las Islas Malvinas. Son el eslabón que se ubica entre los peces, las focas y los pájaros. No pueden volar porque sus alas son como las aletas de las focas y no tienen plumas.

En primavera, cuando cambian el plumaje, salen del mar y se internan en los acantilados. Se esconden en algún agujero y hacen un largo ayuno de casi cuarenta días, en los que no comen ni beben. Viven del consumo de su propia grasa. Adelgazan mucho y, al terminar la operación, retornan al mar a pescar para alimentarse.

Son anfibios y existen más de ocho clases diferentes. Se defienden con el pico, que es corto y fuerte, con forma de gancho. Su carne, importante en la alimentación de los indígenas, es nauseabunda, grasosa y maloliente, pero a los salvajes fueguinos les gusta mucho.

Las focas (lobos de mar) y nutrias (gatos de mar)

Abundan por doquier, especialmente, las focas. Son mamíferos anfibios que viven una parte del tiempo sobre la tierra y la otra parte en el mar. Los salvajes los cazan con garrotes cuando estas se encuentran descansando en la playa. Las pieles de algunas focas y de las nutrias son muy preciadas.

39. *Aptenodytes pennanti* es uno de los nombres que a lo largo de los años ha recibido el pingüino rey. Actualmente el nombre científico válido es *Aptenodytes patagonicus*.



Visita de la Señora Eva Carnel, *célebre conferencista española en América del Sur, en la misión salesiana de la isla Dawson, 1903 (a la izquierda). El hombre de barba es uno de los seis asesinos que atentaron contra la vida de los misioneros en 1899. El sacerdote es Don Grosso Antonio.*



Visita de la señora Eva Carnel, *célebre conferencista española en América del Sur, en la misión de San Rafael en la isla Dawson, 1903 (primera a la izquierda con una niña).*



Misioneros e indios abriendo una calle en el bosque de la isla Dawson.

SEGUNDA PARTE

Las misiones salesianas entre los salvajes



Monseñor José Fagnano, prefecto apostólico de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego

Las misiones salesianas entre los salvajes

Para civilizar a estos salvajes y hacerlos cristianos, el sumo pontífice León XIII de inmortal memoria creó la prefectura apostólica de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego en el año 1883, la cual comprendía todo el territorio de Magallanes, perteneciente a Chile; todo el territorio de santa Cruz, perteneciente a la Argentina; toda la Tierra del Fuego con el archipiélago fueguino y las Islas Malvinas, con una superficie de unos 700 000 km^2.

El papa confió esta prefectura a los salesianos del venerado Don Bosco, y para dirigirla, fue elegido el reverendísimo monseñor Giuseppe Fagnano, de la Pía Sociedad Salesiana. La sede de la prefectura fue establecida en Punta Arenas, capital del territorio de Magallanes, al ser un sitio ya civilizado y establecido en los confines de las varias razas de salvajes, tanto de la Patagonia como del archipiélago fueguino.

El venerable Don Bosco, al mandar a sus hijos a evangelizar a los salvajes, les había aconsejado no infiltrarse entre ellos primeramente, pero sí establecerse cerca de los confines, para después avanzar poco a poco, sirviéndose, con el tiempo, de los mismos salvajes, una vez que estos fueran evangelizados en la verdad de la fe. De esta manera podrían evangelizar a sus compañeros y así lo hicieron los misioneros.

En aquel tiempo, Punta Arenas era un poblado que no pasaba de las ochocientas o mil personas. Los indios tehuelches habitaban en las cercanías del poblado e iban en grandes caravanas, varias veces al año, para aprovisionarse de víveres y vender plumas de avestruz, cueros de guanaco o de zorro y mantas hechas con los cueros de guanacos jóvenes y zorrinos. En estas ocasiones, los salesianos se esforzaban para acercarse a los indios para hacerlos buenos cristianos. Los invitaban a visitarlos, les daban de comer, les regalaban ropa, los instruían en la religión católica, y una vez instruidos, los bautizaban.

Los misioneros también los visitaban en sus chozas, por lo menos una vez al año, en la estación buena. Don Savio y don Beauvoir, que se habían establecido en el incipiente poblado de Santa Cruz, en la Patagonia, hacían aún más, porque continuamente realizaban visitas a los campamentos vecinos y lejanos para instruirlos y bautizarlos.

En breve, se vieron los buenos resultados, a tal punto que casi todos los tehuelches se hicieron cristianos. Faltaba proceder con las otras razas, los indios alacalufes y onas, que eran los más necesitados de ayuda, tanto espiritual como material y que también eran los más difíciles de civilizar por su carácter salvaje y nómade. Sin embargo, todas las dificultades se superaron gracias a la divina Providencia.

La toma de posesión de la prefectura apostólica por parte del monseñor José Fagnano

24 de mayo de 1887

A comienzos de 1887, monseñor Cagliero viajó desde la República Argentina a Santiago de Chile para fundar allí la primera casa salesiana. Al atravesar la cordillera de los Andes, montado en una mula, tuvo la desgracia de caerse y romperse dos costillas. Monseñor Fagnano se encontraba en Patagones y apenas supo de la triste noticia fue a ayudarlo. Cuando al fin encontró a monseñor Cagliero en la mitad de la Cordillera, lo asistió y lo acompañó a Santiago. Aún convaleciente, monseñor Cagliero quiso volver a Buenos Aires por mar y monseñor Fagnano lo acompañó.

La tarde del 24 de mayo de 1887, los dos ilustres viajantes misioneros, llegaban al puerto de Punta Arenas con un clima pésimo que no les permitió descender a tierra. No obstante, desde el mar, tomaron posesión de aquella misión, bendiciéndola y rezando especiales oraciones. El hecho de que ese mismo día fuese la fiesta de María Santísima Auxiliadora era para ellos un buen augurio y tomaron posesión, confiados de la poderosa protección de nuestra buena madre celestial. Los hechos probaron que María Santísima aceptó el desafío, porque siempre la protegió y la bendijo.

Monseñor Fagnano, ni bien llegó a Buenos Aires, se dispuso volver a Punta Arenas para establecerse allí definitivamente, acompañado del sacerdote Antonio Ferrero, del clérigo Fortunato Griffa y de un coadjutor. Llegaron el 21 de julio del mismo año.

Primeras labores apostólicas. Exploración de la Tierra del Fuego hecha por el monseñor José Fagnano (1886–87)

El 31 de octubre de 1886, monseñor Fagnano, prefecto apostólico, partía desde Buenos Aires en el barco *Villarino*, en compañía de una expedición científica militar compuesta por el señor Lista, oficial mayor del Ministerio de Guerra, el doctor Polidoro Segers, cirujano de la armada nacional y por otros 25 militares, con el propósito de explorar la isla grande de Tierra del Fuego. La movilidad y las provisiones de la expedición se componían de 40 mulas para el transporte de las personas y el equipaje, 50 ovejas, y de alimentos disecados y en conserva como para seis meses. Pasaron por Patagones, desde donde volvieron a partir el 12 de noviembre. El barco llegó al puerto del golfo Nuevo, en Santa Cruz, donde el monseñor visitó a los misioneros salesianos, don Angelo Savio y don Giuseppe Beauvoir y luego al de Río Gallegos, especialmente notable porque, en la crecida, la marea se eleva a una altura de unos 48 pies sobre el nivel normal. El 21 de noviembre, anclaban en la bahía de San Sebastián, situada al este de Tierra del Fuego.

El mar estaba muy agitado y era muy poco profundo, por lo que se dificultó el desembarco; el vapor debió permanecer a una distancia de más de tres millas de la playa, y las barcazas, a 120 metros, debido a la amplia playa que se forma en la bahía, incluso con marea alta. Fue necesario meterse en el agua para llegar a la orilla. Tres días se emplearon para efectuar todo el desembarco.

Al caer el día 24 de noviembre, apareció un gran fuego sobre la costa norte. Al alba del 25, el jefe de la expedición, escoltado por algunos soldados, emprendió un reconocimiento hacia el oeste y cerca del mediodía, encontró unos treinta indios (entre 10 y 12 hombres y el resto mujeres y niños), quienes, temerosos, ni bien vieron a los argentinos, se dieron rápido a la fuga. Fueron seguidos y cercados por los soldados, de modo que no tuvieron forma de escapar. No comprendían siquiera las señas amigables de los soldados ni del jefe, quien les mostraba carne y galletas. Los pobres fueguinos tomaron sus flechas y las lanzaron. Una de ellas impactó en la sien iz-

quierda del intrépido capitán José Marzano y este cayó al suelo sin conocimiento y sangrando.

Ya no fue posible contener la animosidad de los soldados que anhelaban venganza por su valeroso capitán. Se fueron enfurecidos y mataron a todos los indios que osaron oponer resistencia. Tomaron 13 prisioneros, entre los cuales había dos niñitos y tres mujeres heridas. Fue una escena muy conmovedora y triste. Estos pobres heridos, apenas cubiertos, atormentados por las heridas, emitían gritos muy dolorosos que partían el corazón. Monseñor Fagnano, al oír la salva de fusiles, abandonó inmediatamente el campamento donde se había quedado con algunos soldados y corrió hasta lugar. Vio la matanza de pobres indios que los soldados habían hecho y encontró algunas mujeres heridas que lanzaban fuertes gritos de lamento. Monseñor Fagnano narró un testimonio ocular de su autoría. Se convirtió en un héroe. Se acercó con coraje al jefe de la expedición y, con francas palabras, le hizo conocer su delito. Nosotros temíamos por la vida del jefe que estaba enardecido de cólera y empalidecía frente al hombre de Dios que, en medio de la soledad, se levantaba como un profeta para condenar la crueldad de los soldados.

Estaban listos los 25 fusiles que a una mínima señal se habrían descargado sobre aquel pecho valeroso. Pero era necesario que resonara en esa circunstancia la libre voz del misionero que no se hizo escuchar inútilmente. En efecto, de ahí en adelante, para que no se debieran lamentar más incidentes similares, con el emérito doctor Polidoro Segers, siempre precedían a los soldados, afrontando ellos dos solos los peligros de otros posibles encuentros con los indios. Monseñor Fagnano, junto con el señor doctor Polidoro, curaron a los heridos con mucha dedicación, hasta casi caer la noche. Mientras, los pobrecitos lloraban y trataban de huir por cualquier medio. La expedición continuó con el patrullaje hacia el sureste.

Dos días después, se llegó al río Rozas, más conocido con el nombre de río Grande. A un kilómetro de la costa, había 150 chozas. Remontaron el río cerca de 2 millas, dividiéndose en dos grupos para buscar el vado menos difícil, y se acercaron al campamento. Monseñor Fagnano y el doctor Segers hicieron señales de paz levantando sus sombreros y el pañuelo blanco y gritando en lengua tehuelche *«Yegoa, Yegoa»* (hermano, hermano). Pero los salvajes parecían no entender y se apuraron a hacer huir a las mujeres y a los niños, metiendo a los niños más pequeños en envoltorios de piel de guanaco y llevándoselos en brazos. Dos de ellos hicieron algunos pasos hacia los misioneros, apuntando las flechas prontas en su arco. En efecto, cuando estaban a unos 50 pasos, dispararon una flecha, más para asustar, que para herir.

Monseñor Fagnano y el doctor Segers para nada se asustaron y sin prestar atención a ese acto, descendieron del caballo y continuaron avanzando, alzando ambas manos para asegurarles que no traían ningún tipo de armas. Al ver esto, los indios tiraron sus arcos y sus flechas, se liberaron de sus pieles de guanaco y fueron al encuentro. Para demostrar su confianza, tendieron ambas manos hacia ellos y, en vista de estos actos, el jefe de la expedición se adelantó junto con un soldado que desplegaba la bandera argentina y otros que llevaban comida y ropa para regalarles.

Los salvajes no comprendían las palabras de los exploradores y fue necesario que estos se hicieran entender por medio de señas. Les ofrecieron tabaco, pero no fue de su agrado porque no sabían que era. Poco después, arribaron muchos otros indios, de tal modo que, en breve, los exploradores se vieron rodeados. A todos les regalaron ropas, mantas y baratijas.

Pero entre los salvajes existía aún el temor de cualquier sorpresa, porque a menudo miraban inquietantes a su alrededor. Algunos se acercaron al misionero y pasaron la mano sobre su cara, su cabeza, su es-

palda y sobre sus brazos, repetían varias veces *«olic, olic»* (bello, bello), que era, ciertamente, una manifestación de sorpresa.

Después de dos horas de estar allí, los exploradores continuaron su camino. Estos encuentros se sucedieron casi todo el día, pero muchas veces los indios subían a esconderse en el denso bosque y no se dejaban ver. Las exploraciones continuaron hasta el 30 de diciembre y recorrieron la isla en toda su longitud, de norte a sur. La comitiva tuvo que detenerse el 16 de enero de 1887, en la bahía Tetis, por falta de medios de transporte. Monseñor Fagnano aprovechó para instruir y bautizar a algunos salvajes. La vuelta a Buenos Aires se hizo en el vapor *Piedrabuena*.

Les tocó una tormenta espantosa que puso en peligro de naufragio a la nave. La proa se sumergía en el agua por mucho tiempo y no se levantaba. Se había roto el mástil de proa y el timón tampoco funcionaba; creían que estaban perdidos. Monseñor Fagnano, metido en el agua hasta la cintura, le ayudaba a los marineros a hacer funcionar el timón, los alentaba a confiar en Dios y en María Auxiliadora. Después de más de media hora de intensa labor, la nave finalmente pudo levantar la proa y continuar su camino, con dificultad y lentitud, debido a que las olas gigantescas golpeaban contra la pobre nave y la cubrían. Fue un milagro poder salir de aquel peligro. Monseñor Fagnano se quedó en Patagones, donde residía. Allí llegó el 25 de enero, con la convicción de vencer cualquier dificultad para preparar a la brevedad todo lo que fuese necesario para la fundación de una residencia en el centro de la prefectura apostólica en Punta Arenas, con la intensión de entrar paulatinamente en la Tierra del Fuego. Poco después de su arribo a Patagones, recibió la triste noticia del accidente de monseñor Cagliero y corrió a su ayuda. Como ya se dijo, lo encontró y lo acompañó a Chile y, apenas mejoró, volvió con él a Buenos Aires. De allí, partió a Punta Arenas y llegó el 21 de julio de 1887, para establecerse definitivamente con un sacerdote, un clérigo y un coadjutor.

Monseñor Fagnano le daba noticias al venerable Don Bosco, con la siguiente carta:

Punta Arenas, 5 de noviembre de 1887

Amadísimo padre Don Bosco:

¡Oh! ¡Qué providencial fue establecerse definitivamente en esta extrema punta de la tierra austral! Los indios de la Patagonia



Misioneros catequizando a indios Tehuelches en la Pampa de la Patagonia.

Meridional vienen aquí para cambiar azúcar, galletas, yerba mate, ropa y licores por las pieles de guanaco, zorros, las plumas de avestruces y de cisnes, y es para nosotros una oportunidad para hablar con ellos y persuadirlos de que es mucho mejor dejar la vida nómade y establecerse en un punto, para gozar de los beneficios de la instrucción religiosa y civil.

El pasado octubre, vino una tribu a quedarse por una semana. Al partir, prometieron volver pronto y con muchos otros compañeros. Fui a visitarlos, les enseñé un poco de catecismo y les inculqué amablemente alejarse del alcohol, porque es malo y feo frente a Dios y también ante los hombres. Les enseñé que no debían imitar a los malos cristianos. Vi con placer que me escuchaban, y en los pocos días que pasaron entre nosotros, no hubo ningún desorden. Me prometieron que volverían y, a su retorno, se instruirían todos para ser bautizados. No es poco progreso que ellos conozcan la necesidad de instruirse en nuestra santa religión, única fuente de verdadera civilización.

El capitán Paolo Ferri de Varese me trajo una familia desde Tierra del Fuego. La madre y tres niños, dos varones y una mujer. Por lo que parece, el padre había sido asesinado por algún buscador de oro. Pertenecen a la raza de los onas, cuyo idioma aquí nadie entiende. Yo solamente sé algunas palabras que pude recopilar de un diccionario en mi última excursión.

Los recibí con toda caridad. Me tocó limpiarlos y lavarlos de la cabeza a los pies. A la madre le enseñé a lavarse; les di ropa a todos para que vistan decentemente, pero no estaban contentos de vestirse con ropa. Preferían usar sus pieles de guanaco y ubicarse cerca de su pobre fuego. No comían ni pan ni sopa, solo carne.

¡Cuánta paciencia y cuánto trabajo costó educarlos! Quise invitarlos a comer a nuestro refectorio, para que vieran cómo lo hacíamos nosotros, y ellos se reían a carcajadas. Si le ofrecíamos sopa, escupían en el plato en señal de disgusto. Tocan todo maravillados, platos, vasos, botellas, etc., y se ríen. Mientras la madre y sus dos niños, los más grandes, están curioseando, el más pequeño, sobre la espalda de su madre, se divierte cazando los numerosísimos animalitos que anidan en la cabellera de su mamá y se los come gustosamente.

Hoy recibí noticias de don Beauvoir y Forcina, residentes de Santa Cruz. Están bien de salud, pero les faltan los medios para ir de un lugar a otro, en busca de indios.

¡Oh, queridísimo Don Bosco! Encomiéndenos al Señor y a la Virgen Auxiliadora en sus santas oraciones y agradézcales los obsequios dados a sus hijos, los más lejanos del oratorio.

Con el corazón en Jesús y María.

Sacerdote José Fagnano
Prefecto apostólico

Nuevas exploraciones agotadoras del monseñor Fagnano (1887). Visita a la isla Dawson para fundar una misión estable. En 1888, viaja a Italia en busca de personal y vuelve a Punta Arenas

A fines de 1887, monseñor Fagnano, junto con un joven catequista y tres hombres, alquiló la goleta *Victoria* con una capacidad de 40 toneladas, y regresó para estar entre los salvajes fueguinos. Visitó la isla Dawson y parte de la Tierra del Fuego y después de un día y medio de navegación, la goleta llegó a la bahía Willis, en la isla Dawson. La superficie de la isla es de 13 300 km^2, y se encuentra en el estrecho de Magallanes. Es un punto central para los indios de canoas, llamados *yaganes* y *alacalufes*, donde paran en su pasaje a tierra firme hacia el norte; desde aquí, se dirigen hacia el oeste, a la Tierra del Fuego.

Desde la bahía Willis, monseñor Fagnano y sus acompañantes se dirigieron a caballo a la bahía Harris, y de aquí, a la bahía Lomas. Luego, dando la vuelta a la isla,

desde la parte norte, volvieron a la bahía Willis, donde lo esperaba la goleta *Victoria*. Con esta hizo vela hacia la Tierra del Fuego hasta llegar a una pequeña bahía en la zona sur, en el canal llamado del *Almirantazgo*. Aquí desembarcó con sus compañeros de expedición, junto con caballos y víveres, y recorrió por tierra la costa del mar, internándose de a poco en el territorio de la bahía Inútil y Porvenir. Llegó cerca de Gente Grande y volvió a Punta Arenas con la misma goleta partiendo desde la bahía de Gente Grande. Durante todo este viaje de exploración, monseñor Fagnano se encontró con muchos salvajes, tanto en la isla Dawson como en la Tierra del Fuego. Estuvo con ellos, los invitó a la casa de la misión de Punta Arenas, les prometió que pronto fundaría una misión estable en la isla Dawson para ellos y los invitó a participar.

Distribuyó muchos objetos, ropa y víveres, y tuvo la satisfacción de escuchar repetidas veces de parte de los indios «Tú eres un capitán bueno con nosotros, con nuestra familia y con nuestros niños» (en lengua ona, «niño» es *Tèl* y en lengua alacalufe, *Ayòl*). En otros dos viajes, monseñor Fagnano y varios salesianos atravesaron la Tierra del Fuego de oeste a este. Entre los salesianos estaba don José Beauvoir. En el primer viaje, partieron del monte Hope, situado en el fondo de la bahía Inútil y llegaron hasta el cabo Peña, para catequizar a los indios onas del centro de la isla. En el segundo viaje, zarparon desde la bahía San Sebastián, fueron hasta la bahía Inútil en el estrecho de Magallanes. Esta se ubica justo en el lado opuesto de la isla, respecto de la bahía San Sebastián, por lo que recorrieron nuevamente toda la costa norte de la Tierra del Fuego, pero esta vez, en sentido opuesto.

Hacia la mitad del año 1888, monseñor Fagnano partió hacia Italia en busca de nuevo personal para su vasta prefectura apostólica. En aquel momento, yo me encontraba en Roma y ocupaba el puesto de vicepárroco de la iglesia parroquial, basílica del Sagrado Corazón de Jesús. Como habíamos estado juntos tres años en Varese, desde 1873 a 1875, me preguntó si estaba dispuesto a ir con él a la Tierra del Fuego. Respondí que yo no lo había pedido, pero que si los superiores lo dispusieran, yo no tendría ningún inconveniente en acompañarlo. Le hizo la misma pregunta al señor don Rua, y este me dio permiso para ir con él.

Partimos el 2 de noviembre del mismo año, desde Burdeos (Francia), a bordo del barco inglés *John-Elder*. Con nosotros venían don Bartolomeo Pistone, don Guillermo Del Turco, Antonio Bergese (carpintero), Antonio Tarable, Juan Batta Silvestro y cinco hermanas de María Auxiliadora. Llegamos a Punta Arenas el 3 de diciembre del mismo año, para la fiesta de San Francisco Saverio, apóstol de las Indias, lo que significó un buen augurio para los misioneros. Apenas llegamos, dimos cuenta del viaje al superior general, don Miguel Rua, con la siguiente carta:

Tormenta. El estrecho de Magallanes. Punta Arenas

Íbamos al encuentro de un cielo muy oscuro, que se hacía cada vez más negro a medida que avanzábamos. Todo hacía prever un gran temporal. Poco después, se oyó un trueno, al principio suave y en la lejanía. Después, estruendoso sobre nuestras cabezas. Había relámpagos cada vez más frecuentes que nos encandilaban y el viento violentísimo golpeaba las cuerdas y las velas con un ímpetu espantoso, haciendo tronar los tragaluces que daban aire al interior de la nave con horribles estruendos. Las altísimas y enormes velas se inflaban a popa y a veces hacia el lado opuesto, y hacían balancear la nave de derecha a izquierda y en todas las direcciones. Se nos revolvía el estómago. Llovía a cántaros y caía granizo con grandes piedras. Todos los pasajeros fueron obligados a retirarse a sus cabinas.

Esa gran tormenta duró tres días y tres noches. Durante la noche, el temporal asustaba aún más. En esa profunda oscuridad, se oían las continuas señales que daba el capitán, con agudísimos silbidos, dando órdenes a los marineros con voz imperiosa y firme. Se oía un vociferar confuso, continuo y casi misterioso, el estruendo que hacía todo el equipaje cuando se corría de un lado a otro dentro del barco, el gemir de las mujeres y los niños, el llanto de casi todos los pasajeros acompañado de vómitos. Todo esto producía un gran temor y hacía sospechar que de un momento a otro la nave se partiría en mil pedazos. ¡Era imposible cerrar un ojo con tanto temor encima!

La lluvia cesó el día 29, pero el viento continuaba cada vez más fuerte y el mar estaba agitadísimo. Hacía un frío tan intenso que todos los pasajeros debieron vestirse con ropa de invierno. Fue un cambio de temperatura muy violento. Ayer estábamos en pleno verano, con 35 grados de temperatura a la sombra y hoy nos encontramos con temperaturas bajo cero. Sería mucho pedir no enfermarnos. Altísimas olas en forma de montañas se alzaban unas sobre otras, produciendo mucho ruido cuando golpeaban entre sí. A veces se estrellaban contra el barco y daba la sensación de que en cualquier momento podría romperse a pedazos y hundirse. La nave se balanceaba fuertemente de popa a proa a pesar de su carga y de su gran tamaño (tenía una longitud de 118 m, un ancho de 15 m y un casco que tenía sumergido 7 m en el agua). Igualmente, se elevaba sobre las olas a gran altura como una cáscara de nuez y se dejaba caer en los inmensos remolinos que se abrían tras las olas. Al caer con la proa hacia abajo, entraba gran cantidad de agua como un torrente que se esparcía por toda la cubierta. Cuando la proa se levantaba, el agua volvía otra vez al mar desde la popa. El balanceo duró todo el día. Los niños y las mujeres no cesaban de llorar y continuaban los violentos esfuerzos de tantos estómagos que sufrían el mal del mar.

El 1.º de diciembre, con la tranquilidad del mar, llegó el buen tiempo. En los dos días precedentes se recorrieron solo 420 millas, es decir, 210 millas por día, mientras que antes se recorrían, en promedio, unas 315 millas en un día. Con el tiempo bueno, la nave comenzó a recobrar la velocidad que tenía antes.

El 2 de diciembre era el último domingo que pasaríamos en el mar. Nos levantamos a las 4 de la mañana para alegrarnos la vista con la salida del sol. En estos lugares, es encantador verlo desde el mar. ¡Qué contentos estábamos de verlo después de haber estado tantos días escondido! A las 9:30 celebré la santa misa para los pasajeros de segunda clase que se juntaron alrededor de nuestro pequeño altar y asistieron con mucha piedad y devoción. A las 8 de la noche, vimos tierra a nuestra izquierda, pero a gran distancia. A las 9, entramos en el estrecho de Magallanes. El barco entraba lentamente, con gran precaución, para no golpear con alguna piedra o banco de arena. Andaba con tanta lentitud que parecía detenido. Recorría solo 2 millas por hora. Al oscurecer, a eso de las 11 de la noche, ancló para esperar la luz del día.

La mañana del día 3 de diciembre, vimos tierra a poca distancia, tanto a la derecha como a la izquierda, pero todo era desierto, sin árboles, estéril y sin ningún tipo de vegetación. La parte derecha era la Patagonia y la izquierda la Tierra del Fuego. Un fuerte viento del norte nos hacía temblar de frío. Las olas del mar nuevamente se cabalgaban unas sobre otras y el sol se escondía detrás de las nubes, lo que infundía una enorme tristeza. Mientras tanto, algunos hermanos, junto a monseñor Fagnano, contemplaron desde el puente una pirámide de hierro ubicada sobre la playa derecha que marcaba el límite de las dos repúblicas, Argentina y Chile. De repente, una ola grandísima cubrió toda la nave y empapó a estos pobres curiosos de pies a cabeza.

A eso de las 10, vimos unos montes verdes en la lejanía, detrás de los cuales sur-

gían otros montes más altos que estaban cubiertos de nieve. Eran los montes cercanos a Punta Arenas. Comenzamos a ver bosques frondosos y algunas casuchas construidas con tablas de madera o, simplemente, hechas con palos enterrados en el terreno con un techo miserable. Finalmente, aparecía la tan esperada Punta Arenas, que iba a ser el fin de nuestro largo viaje. Aunque su visión nos produjo una pésima impresión, la saludamos con mucha alegría porque finalmente íbamos a salir de la prisión que significaba para nosotros aquella nave.

Detrás de una modesta colina, se veían pequeñas casas diseminadas en medio de pantanos. Fuera de la zona habitada, se veían muchos troncos desparramados, quemados por el fuego. Hace tiempo había sido un bosque, pero fue destruido por un gran incendio y solamente quedaban algunos miserables troncos quemados. Algunos aún estaban de pie, otros yacían en el suelo, lo que le daba al lugar un aspecto de desolación.

Detrás de estas primeras colinas, había otras cubiertas de bosques frondosos y verdes, y más atrás todavía, se divisaban altos montes cargados de nieve durante la mayor parte del año, con una altura de 2000 metros, aproximadamente.

El desembarco. La colonia de Punta Arenas. La recepción a los misioneros. Un incendio

A las 11 de la mañana del día 3 de diciembre, nuestro barco, el *John-Elder*, lanzó su ancla en el puerto de Punta Arenas y se quedó allí hasta las 4 de la tarde. En todo este lugar que servía de puerto para Punta Arenas, no se veía más que una barca a remo, la cual hacía el servicio de la comandancia de marina, y otra parecida, que contaba con tan solo un tripulante, para servicio del público. Una nave dañada por las tormentas permanecía anclada y servía de pontón o depósito de carbón. Poco después de nuestro arribo, llegaron dos pequeñas naves de tránsito, con el capitán del puerto y la comisión sanitaria. Llegó con ellos, para darnos la bienvenida, nuestro querido hermano, don Antonio Ferrero, que ya residía allí desde hacía un año. Con el mismo barco del capitán del puerto, descendieron a tierra el monseñor Fagnano y las cinco hermanas de María Auxiliadora. Nosotros, en cambio, tuvimos que permanecer a bordo hasta las 4 de la tarde, porque no había una barca que pudiese venir a buscarnos. El tiempo era bellísimo, el mar estaba tranquilo y la nave tenía apuro por partir para continuar su viaje hacia el resto de Chile. Por lo cual, incesantemente, hacían sonar el silbato, llamando para que nos viniesen a desembarcar.

El comandante estaba ya dispuesto a dejarnos sobre el pontón —o depósito de carbón—, como una mercadería cualquiera. Nosotros éramos los únicos pasajeros que viajaban a Punta Arenas. De hecho, ¿quién conocía este pueblo en Europa? Una prueba de ello era el baúl despachado por monseñor Fagnano desde el puerto de Génova, que a pesar de haber sido estampado con grandes letras con las palabras *Punta Arenas, estrecho de Magallanes*, fue a parar a Punta Arenas pero de Costa Rica, y permaneció allí nada menos que un año. Fue una fortuna que no se perdiera. Un *deo gratias* de corazón salió espontáneamente de nuestros labios y lo repetimos más de una vez apenas pudimos poner pie en tierra. Seguidamente, nos dirigimos a nuestra casa que quedaba a medio kilómetro del muelle.

Las calles trazadas son muy amplias y derechas, pero despobladas de casas y de habitantes. En vez de ser empedradas, están cubiertas de una alfombra verde de hierbas, con muchos pantanos y troncos de árboles ennegrecidos por el fuego, puestos al azar. No faltan troncos quemados, dejados allí, podría decirse, a propósito, como monumentos de un incendio. Hay una plaza rodeada por un cerco de madera de un metro



Toldo Tehuelche. Patagonia.

de alto, y en el medio hay un poste alto para la bandera. En la plaza, verde como un prado, había algunos bueyes y unas vacas revolcándose en el barro. También había algunos cerdos (una familia entera, compuesta de padre, madre y numerosos lactantes). Solo hay una casa de comercio de dos pisos, aunque bajos. Todas las demás casas tienen un solo piso y son muy pequeñas y feas, incluso la casa del mismísimo gobernador. Todas ellas están hechas con una madera de buena hechura. La cárcel pública parece una cueva de ladrones; es fea, sucia por dentro y por fuera, oscura y con las puertas desvencijadas. A primera vista, por las casas tan descuidadas, se diría que el pueblo es un campamento provisorio de personas que se encuentran de paso o por pocos días, y que pronto deben abandonarlo.

Se presenta espontáneamente en la mente el juicio de San Pablo *«¡Non habemus hic manentem civilatem, sed futuram inquirimos!»*. ¡Sí! ¡Verdaderamente, nuestra patria no está acá abajo, sino en el cielo! Llegamos a nuestra casita y entramos rápidamente. La pequeña capilla, modesta pero devota, tiene tres estatuillas en el altar: el Sagrado Corazón de Jesús, la beata Virgen del Carmen y San José. Nos postramos ante el santo sacramento y agradecimos haber tenido un viaje tan extraordinario y feliz. Todos los indios e indias que monseñor Fagnano había traído desde la isla grande de Tierra del Fuego vinieron a saludarnos. Los hombres y los jóvenes vinieron a vernos a nosotros, y las mujeres fueron a ver a las hermanas.

A las 7:30 de la tarde, después de rezar el santo rosario, cantamos un solemne *tedeum*. La capilla se había llenado de gente que había venido para la función del mes de María, que comienza el 7 de noviembre y termina el 8 de diciembre, con la fiesta de la Inmaculada Concepción de María. La función terminó a las 9, con la bendición del santísimo sacramento. A esa hora, el sol recién se está escondiendo, porque en el verano los días son muy largos. El clima no es muy cálido; los vientos soplan continua-

mente y a menudo son muy fuertes, casi como huracanes, y duran varios días.

El 3 de diciembre, fiesta de san Francisco Saverio, gran misionero de las Indias, y día de nuestro arribo a Punta Arenas, fue una jornada excepcional. Quizá uno de los pocos días agradables que pudo verse en este poblado. El cielo estaba límpido y sin viento, parecía que también el tiempo quisiera festejar nuestro arribo para no dejarnos una fea impresión. A la mañana siguiente, el 4 de diciembre, cerca de las 3, nos despertó de improviso la única campana de nuestra pequeña iglesia con su acelerado tintineo, que dicho sea de paso, está suspendida entre dos palos por la falta de campanario. Al principio, creía que era la señal del avemaría, porque ya nacía el sol. Pero poco después oía gritar por todos lados «¡Incendio! ¡Incendio!».

Escuché disparos de fusil en varias partes y una confusa mezcla de voces. Temí por un momento que hubiese fuego en nuestra casa. Salí de la cama y me fui a la ventana y vi, de repente, llamas altísimas a la distancia, a unos 400 metros. Era una carpa donde dormía un buen sirviente norteamericano, negro como un africano. Al lado de la carpa, había un gran depósito de leña. En un momento, todo quedó hecho cenizas. Aquel buen sirviente, apenas vio el fuego, se fue corriendo a hacer sonar nuestra campana para llamar a la gente. Había dejado abandonado en esa carpa un instrumento que él se obstinaba en llamar armonio. Tocaba pocas notas y desafinadas porque no sabía nada de música, pero se divertía de vez en cuando intentando hacer música con ese viejo instrumento, y se había apegado tanto al instrumento que mientras tiraba desesperadamente de la cuerda de la campana, repetía continuamente «¡Adiós! ¡Adiós, mi querido armonio! ¡No te veré más! ¡Adiós!», con grandes lágrimas corriendo por sus mejillas.

Este incendio me hizo pensar que había llegado a la Tierra del Fuego, y me dije a mí mismo «¡Comenzamos bien!». ¡Debíamos acostumbrarnos a ver espectáculos similares, ya que todas las casas son de madera! ¡No por nada se llamará a esto la Tierra del Fuego!

A las 12 de ese mismo día fuimos con monseñor Fagnano a visitar al señor gobernador civil, doctor Sampayo. Pero como él no se encontraba en casa, nos recibió su buena y gentil señora, que nos presentó a toda su querida familia. Esa misma tarde, el señor gobernador y su señora vinieron a devolvernos la visita, diciéndonos que todo el pueblo estaba contento de nuestra llegada, especialmente, de la llegada de las hermanas y que ellos prestarían toda la ayuda material y moral que estuviera a su alcance para nuestra misión.

Indios tehuelches de la Patagonia Meridional. Instrucción religiosa en sus campamentos. Largos y cansadores viajes de los misioneros en diferentes momentos y en diferentes años. El primer campamento visitado en el valle del río Zurdo

El río Zurdo nace en un pequeño lago de agua dulce, a poca distancia de la laguna Blanca y le da nombre a un bello y larguísimo valle habitado por los indios tehuelches o patagones. Los bordes de este valle son altiplanos ondulados de unos 40 o 50 metros. Marchamos sobre estos altiplanos, teniendo a nuestra izquierda el río y el valle del Zurdo. El viento era tan fuerte, que se esfumaban las palabras y no podíamos oírlas, a menos que estuviésemos a una distancia muy corta. Desataba los nudos de nuestros gorros de doble visera que estaban atados fuertemente sobre el mentón, y los hacía volar a grandes distancias. También se desarmaba continuamente la carga sobre nuestros caballos, y era muy difícil volverla a armar. Por varias horas, estuvimos obligados a aferrarnos a nuestra silla de montar para no caernos.

Finalmente, vimos a la distancia las chozas de los indios, en el fondo del valle.

Parecían un montón de puntos blancos sobre un campo verde, y nos alegramos porque era el fin de nuestro viaje por ese día. Poco a poco, a medida que nos acercábamos, aquellos puntos blancos se hicieron cada vez más grandes. Estando cerca, mirábamos desde lo alto del altiplano y daba el aspecto de un campamento de soldados. En el centro se veía una gran choza, casi redonda, hecha con una lona. Era la del cacique de la tribu, un tal *Mulato*, y a su alrededor había muchas chozas más pequeñas, cubiertas con piel de guanaco. Por todo el valle, pastaban numerosos caballos y yeguas, de grandes crines y largas colas. La hierba era abundante y verde. En el lado opuesto de estos altiplanos, la hierba era seca y escasa. Se veían varios indios tratando de domar caballos, otros volvían de cazar rodeados de una nube de perros y llevaban sobre sus caballos guanacos y avestruces que tiraban en la entrada de sus chozas para que las mujeres les sacaran la piel a los guanacos y las plumas a los avestruces. Más tarde, colgaban la carne en los palos de los toldos y extendían las pieles en el suelo, clavándolas para que, al secarse, queden bien abiertas y estiradas. Las plumas eran recogidas en unas bolsas para luego ser vendida. Preparar las pieles de guanacos y las plumas de avestruz constituye para ellos su única industria.

Al escuchar el ladrido de los perros y los gritos salvajes de los indios, las mujeres y los niños salen de sus chozas para felicitar a sus maridos y padres por la abundante caza realizada. Nuestra entrada fue saludada por una multitud de perros que vinieron a nuestro encuentro a unos 200 metros y nos acompañaron con sus ladridos hasta la choza del cacique Mulato. Este nos recibió en la entrada de su choza, dándonos la bienvenida de modo cortés porque ya nos conocía. Nos había visto varias veces en nuestra casa de Punta Arenas, incluso había almorzado con nosotros. También recordó una anécdota del último almuerzo que habíamos compartido. Un hijo suyo de diez años había recibido unas botas nuevas y, para mostrar que las usaba por primera vez, puso sus piernas ingenuamente sobre la mesa mientras se estaba comiendo. Las dejó varios minutos para que nos diéramos cuenta y las contemplemos.

El cacique nos invitó a bajar del caballo y nos ofreció hospitalidad en una choza nueva en construcción, casi terminada, que estaba destinada a su familia, todos cristianos ya. Luego, nos dispusimos a visitar todas las chozas. En la primera choza que visitamos, vimos una mujer de estatura alta y corpulenta, la cual estaba tirada sobre un cuero de guanaco, con las piernas hacia el interior de la choza y la cabeza sobre la entrada, apoyada con los codos sobre un montón de plumas de avestruz y sosteniendo su cara con ambas manos. Estaba tranquilamente fumando una pipa muy grande. Alrededor de ella, había tres bellas niñas, dos sentadas en la tierra y una de pie. No parecían hijas de indios por su aspecto blanco y noble. La mayor de ellas tenía cerca de diez años. También había un niño muy despierto de unos ocho años. Saludamos a la señora, madre de estos niños, y sin inmutarse, como una reina asiática, continuó fumando pacíficamente sin responder a nuestro saludo. Pero después de algunos minutos, me pregunta directamente:

—¿Qué traes? ¿Traes licor?—. Le gustaba mucho el agua ardiente y era normal que se emborrachara, por eso le interesaba saber si teníamos bebidas alcohólicas para venderle.

—No. No traigo bebidas alcohólicas. Los licores hacen mal, no debería beberlo. Yo no bebo nunca y tampoco traigo para vender o regalar —le respondí, y la mujer reflexionó durante un momento.

—Es cierto, ni siquiera yo bebo. Solo bebo un poquito cuando veo a la gente alegre y bailando. Entonces —agregó—, ¿vienes a vender azúcar, mate, galletas y otras cosas?

—Nada de todo eso. Vengo solo para bautizar a tus niños, para que puedan ser muy



Tehuelches de la Patagonia bautizados en 1898. El jovencito simpático y bueno de nombre Rafael me hizo de guía en más lugares para visitar a sus paisanos.

buenos y más tarde, cuando ellos mueran, vayan allá en lo alto, a un lugar muy bello que se llama paraíso, junto al gran espíritu *Maypé*.

—¿Tu bautismo no los hará morir?

—Claro que no. Los hará estar mejor, más alegres y buenos. Hará que Gualicho (el diablo) sea expulsado de su corazón.

La india me miraba con aire misterioso para saber si decía la verdad o si quería burlarme de ella. Está el prejuicio entre los indios tehuelches de que el bautismo hace morir al que lo recibe. Por lo cual, muchos evitan recibirlo y no permiten que lo reciban sus familiares y niños. Yo sabía que ella se preciaba de ser chilena y odiaba a los argentinos, entre los cuales había vivido por muchos años. Porque algunos soldados malvados la habían hecho sufrir mucho. Le dije:

—Escucha. Todos los chilenos son cristianos, como lo soy yo y mi compañero, y como verás, ninguno de nosotros está muerto por haber recibido el bautismo. Tú, por consiguiente, no eres chilena, porque si lo fueses, te dejarías bautizar y harías bautizar a todos tus niños.

La mujer, quien sintió tocado su amor propio, contestó:

—¡Yo sí soy chilena, pero quizá tú no lo seas! ¿Serás, quizá, argentino?

—Te aseguro que no —respondí—. Te aseguro que no soy argentino y tú deberías saberlo. Yo vengo de Punta Arenas, y tú sabes que Punta Arenas es territorio chileno.

—Bien. Si tú eres chileno —reflexionó después de un largo silencio—, te dejo bautizar a mis hijos. ¡Pero no me engañes! ¡Cuidado si eres argentino!

Entonces, dio la orden a todos sus hijos de ir a lavarse la cara y las manos que, a decir verdad, dejaban mucho qué desear, y también a vestirse con su mejor ropa. Cuando estuvieron preparados, les dimos un poco de instruc-

ción religiosa y los bautizamos y confirmamos con gran consolación para nosotros y para ellos. Sabemos ahora que el padre de estas bellas criaturas era un hombre chileno, llamado Riquelme, que desde hace muchos años vivía en concubinato con esta mujer, que se llama Carolina Montebello. Siendo la voluntad de ambos continuar viviendo juntos, hemos bendecido su matrimonio, y fueron legitimados sus niños.

Después de haber visitado todas las chozas, nos juntamos con el cacique Mulato y con todos los adultos, hombres y mujeres, que no habían aún recibido el santo bautismo, les dimos instrucciones catequísticas y los bautizamos. A los niños los bautizamos en las chozas de sus padres. Celebramos dos veces la santa misa con la presencia de casi todos los indios y les explicamos el significado de este augusto sacrificio. Pudimos, así, hacerles un poco de bien.

Visitando otros campamentos de los tehuelches

Partiendo del río Zurdo, recorrimos la costa del río de Gallegos hasta casi su desembocadura en el mar. Encontramos numerosos y muy pequeños campamentos de indios. En algunos, los hombres se habían ido a cazar; las mujeres tuvieron miedo de nosotros porque no nos conocían y no nos recibieron. En otros, se encontraban completamente borrachos y no pudimos lograr nuestro cometido. Pero en algunos, hemos hecho varios bautismos de niños. Fuimos hasta el río Coyle. También aquí encontramos muchas chozas de indios.

En este mismo valle *Coyle*, visitamos una choza en el punto llamado la *Horqueta*, donde encontramos a una india tehuelche, quien apenas nos vio, se tumbó en su choza y con la misma piel de guanaco con la cual estaba envuelta, cubrió como una gallina clueca a sus dos criaturas de unos dos o tres años. Las tapó para que no las pudiéramos ver, por temor de que quisiéramos bautizarlos. Los inocentes, sin saber la intención de la madre, sacaban la cabeza por debajo de la manta y esta les golpeaba dulcemente sobre la cabeza, diciéndoles «Quédense callados y bien escondidos porque esta Gualicho». A lo que respondí «¡Gracias por el cumplido!». Era una verdadera gigante en altura y contextura, y aunque intenté hablarle, no fue posible convencerla de que nos dejara bautizar a sus niños. Ni siquiera se dignó a responderme una sola palabra. Fingía no comprenderme. Lo mismo nos sucedió en otra choza, en un lugar llamado *Hotete-laike*, porque los padres tenían miedo de que el bautismo hiciese morir a sus niños. Ese es el propósito del demonio, él mete en sus mentes estas cosas para continuar el reinando sobre estas pobres almas. Como ha hecho hasta ahora, desgraciadamente. Pero ha llegado su hora y le queda poco tiempo para tiranizar.

Otros campamentos

Corpen-Kaikén.[40] *Cañadón o vallecito del baile. Campamento indio muy importante. Río Chico de Santa Cruz, río Chalia, río Shèhuen.*[41] *Ménel-Kaiken.*[42] *San Julián. Las Salinas*

Un día, llegamos a *Corpen-Kaikén*, un bello valle verde recorrido por el llamado río

40. El autor se refiere a Corpen-Aike, departamento de la provincia de Santa Cruz en Argentina. También es el nombre de un cañadón ubicado en esa misma zona. (N. del T.)

41. Se hace referencia a dos ríos, Chalia y Shéhuen, pero, en realidad, es un único río que lleva los dos nombres y confluye en el río Chico. (N. del T.)

42. Por la descripción, ubicación y características, se debe tratar del cerro Mank-Aike, lugar donde se encuentran moluscos bivalvos fósiles, denominados venericardia (venericor), que datan de la época del Eoceno austral. *Revista de la Asociación Geológica Argentina*, vol. 53, n.° 2, 1998, p. 278. (N. del T.)

Chico de Santa Cruz, que serpentea por todo este gran valle. Más abajo se divide en dos brazos, tomando los nombres de *Chalía* y *Shéhuen*, que nacen de la Cordillera y vienen a desembocar en el río Chico, justamente en este valle.

Aquí encontramos un grandísimo campamento de indios tehuelches, con numerosos rebaños y caballos. Nos hospedó una buena familia francesa, de apellido *Guillaume*, que tuvieron muchas atenciones con nosotros y nos ayudaron mucho. El jefe de familia vive en la Patagonia desde hace muchos años y tiene una óptima relación con los indios tehuelches. Obtuvimos de él muchísima información sobre esta raza india. Visitamos todas las chozas diseminadas sobre una gran extensión de terreno. Todos bautizados por don Angelo Savio y por don José Beauvoir. Bautizamos a muchos niños, en un lugar llamado *cañadón del Baile;* reunimos a muchos adultos y jóvenes y, después de darles una breve instrucción religiosa, bautizamos a los adultos. En general, encontramos a todos los indios bien dispuestos a escuchar la palabra de Dios y hacerse cristianos, especialmente, en la región de Santa Cruz, que se extiende hasta San Julián, y en particular en la zona del valle de Corpen-Kaiken, donde está la familia francesa que hemos nombrado.

En una choza, donde se habían reunido unas 20 personas, estaba bautizando a diez de ellos a la vez, entre los que había un joven avispado de unos siete años y una viejita. En la mitad de la función, el niño huyó sin decir nada, rápido como una ardilla, y deteniéndose a una cierta distancia, sobre la salida de la choza se puso —con toda tranquilidad— ¡a hacer sus necesidades! Debimos suspender la ceremonia hasta que él volviera. La buena anciana tenía en brazos un perrito con largo cabello y largas orejas que caían sobre sus ojos; tenía una trompa feísima. Lo tenía escondido debajo del manto. Ninguno se dio cuenta de esto porque la bestia no aparecía para nada y solo miraba desde abajo de la manta. Cuando yo hice la señal de la cruz sobre la frente y sobre el pecho de la mujer, diciéndole *«Accipe segnum crucis, tam in fonte +, quam in corde +»*, el perro, creyendo que le iba a hacer mal a su patrona, se lanzó con furia contra mí, mostrando los dientes y ladrando rabiosamente, con gran sorpresa y la risa de todos los asistentes.

En algunas chozas, los indios estaban completamente borrachos. Había llegado hacía poco un comerciante con un cargamento de bebidas alcohólicas y los había emborrachado a todos para comprarles a un ínfimo precio las pocas pieles de guanaco y plumas de avestruz que tenían. Algunos estaban borrachos y medio enfermos desde hacía casi quince días. La venta de bebidas espirituosas a los indios está prohibida por ley y constituye, además, un pecado mortal. No obstante esto, los contraventores son muchos y ninguno es penado. ¿Las leyes están, pero quién las hace cumplir? He visto un indio que estaba borracho desde hacía quince días y, para continuar en ese estado —y por una sola botella de aguardiente—, no dudó en dar a cambio de una botella nada menos que una espléndida manta de piel de *zorrino* ¡que valía cerca de doscientas liras italianas! Las autoridades, por desgracia, lo saben, pero cierran los ojos y lo dejan pasar. Pareciera que tienen interés en que esta raza de indios desaparezca rápido de la tierra. Verdaderamente, por causa del alcohol, mueren muchísimos cada día.

Muchos malos cristianos civilizados se han metido en los campamentos de los indios, viven con mujeres indias y esto produce vergüenza al verlo. Incluso, empleados públicos del Gobierno, que ocupan cargos honorarios en Santa Cruz y en Gallegos, y que tienen sus familias. Sin embargo, se degradan a tal punto de habitar en esos campamentos llenos de inmundicia y permanecer en contacto con esta gente infeliz. Son escandalosos y, en vez de dar un buen ejemplo a los pobres indios, son

maestros de la malicia y de la injusticia. ¡Tendrán que rendir cuentas a Dios! Estos son un gran obstáculo para la civilización y cristianización de los salvajes. Incluso, un doctor francés (¡nada menos que un *parisino* auténtico!) encontró cómoda la vida india y se metió a vivir como los salvajes. Llevaba una *capa de guanaco*, se dejó crecer la barba y el cabello, y dormía placenteramente en una choza inmunda, argumentando que así no había necesidad de tanta *etiqueta* y que ninguno lo iba a molestar en esa soledad, etc. También una señora inglesa, ex mujer de un médico inglés de Gallegos, se fue a vivir como los salvajes. Se viste de salvaje, va a cazar a caballo y hace mucho tiempo que no deja su choza, situada cerca del lago Argentino; la llaman la *amazonas inglesa*. ¿Se habrá visto una cosa tan extraña? *¡De gustibus non est disputandum!*

Al pasar delante de una choza, un indio colosal, que estaba medio borracho, insistía en que le dejase alguna moneda, porque decía: «Cualquiera que pase delante de mi casa, debe pagarme porque yo soy pobre». Hice lo posible para liberarme rápido de este inoportuno y peligroso personaje. Cerca de Corpen-Kaikén hay un pequeño montecito que los indios llaman *Menél-Kaikén* (*Menél* quiere decir conchillas y *Kaikén*, lugar de parada, o sea, parada de las conchillas), sobre el cual hay muchísimas conchillas antediluvianas (fósiles). Acostumbran a armar sus chozas allí y quedarse algún tiempo porque se sabe que los tehuelches, a menudo, cambian de lugar. Me quedé algunos días con los indios tehuelches, instruyéndolos en la fe y bautizando a sus niños. Los adultos ya están casi todos cristianizados. Cuando no están borrachos, da placer tratarlos. Son afables, alegres y corteses. Pero cuando han bebido demasiado, se transforman en belicosos, horribles y pesados.

¡Una linda indicación!

Una segunda vez, corrimos el riesgo de perdernos en el camino de Santa Cruz a Corpen-Kaikén. Estábamos en busca de indios tehuelches que se decía que habitaban en esa vastísima planicie y que tenían muchos chicos para bautizar. Llegamos al lugar indicado y encontramos solamente una anciana, la cual nos dijo que los indios se habían ido todos a cazar a un lugar distante de allí, a una marcha a caballo de más o menos una hora de buen galope. Cuando le pregunté en qué dirección se habían ido, la india me dijo:

—Vaya siempre derecho por esta parte y después doble a la derecha.

—¿Cuándo tendré que doblar a la derecha? —le pregunté—, ¿hay alguna señal?

—Kómsk (ninguna) —respondió.

Dije internamente «¡Qué buena indicación! ¡¿Cómo encontraremos lo que buscamos?!». Andar siempre derecho y después girar a la derecha. Pero, ¡¿cuándo deberemos girar a la derecha?! La anciana no supo explicarse mejor y nosotros debimos conformarnos con esta indicación bastante incierta, confiándonos a la divina Providencia. Ya había transcurrido una buena hora de marcha forzada y no se encontraba indicio alguno de que hubiese indios en las cercanías ni agua ni buena pastura donde ellos pudieran establecer sus chozas. Todo era árido, todo era una llanura extensísima; no se podían ver sus límites, no había ni árboles ni arbustos de ninguna especie. Soplaba un viento muy fuerte, que incluso levantaba pequeñas piedras que nos golpeaban en la cara, y el polvo formaba nubes. Pasó otra hora y nada nuevo. Mientras tanto, nuestros caballos cada vez andaban más despacio por el cansancio y preveíamos la desgracia de tener que parar en ese lugar desierto sin reparo alguno, sin carpa ni nada para repararnos del frío y de la intemperie. Ya nos dábamos por perdidos cuando, a una distancia de 300 metros a la derecha, se presentó una cosa que atrajo nuestra atención. Parecía una gran piedra

blanca o un montón de huesos o algo por el estilo. La curiosidad nos llevaba a ir a ver qué era. Pero nos hacía dudar porque pensábamos que si nos desviábamos del camino y perdíamos tiempo, nuestros caballos se iban a cansar más.

Seguimos otro poco, pero nuestra curiosidad nos venció y parecía que una voz interna nos decía *«Vayan a ver»*, y nos fuimos hacia allá. Era un carro roto, con varias ruedas, tablas y timones. Parecía abandonado desde hace un largo tiempo. Una vez satisfecha nuestra curiosidad, nos disponíamos a volver al camino cuando vimos una manada de guanacos que corría desenfrenadamente hacia nosotros, como si fuesen seguidos por alguien. Observamos mejor y vimos enseguida un montón de perros que seguían a los guanacos. Quizá estos eran los indios que buscábamos y fuimos a ver. Así fue que vimos algunos indios a caballo que estaban cazando guanacos. Nos acercamos a ellos y vimos abrirse un cañadón a poca distancia, con buena pastura y agua en abundancia, y en el fondo de este valle, aparecían un montón de puntos blancos; eran las chozas de los indios que buscábamos y, cerca de las chozas, había muchos caballos. Aquel carro roto fue nuestra fortuna o, mejor dicho, era la divina Providencia, que por medio de aquel carro nos venía a ayudar. De otro modo, ¡quién sabe dónde hubiésemos ido a parar!

Administramos muchos bautismos, descansamos a la noche, cambiamos los caballos y retornamos a nuestra carpa, situada a poca distancia del río Santa Cruz. Continuamos nuestra excursión por otros quince días hacia San Julián, *Corpen-Kaikén*, sobre la costa de los ríos *Shéhuen* y *Chalía* (que desembocan en el río Chico de Santa Cruz) hasta llegar hasta la Cordillera.

Terreno reservado para los tehuelches

A 15 leguas, cerca del *cerro de las Vizcachas*, hacia el noreste, el Gobierno argentino les ha concedido a estos pobres indios tehuelches una extensión de terreno de veinte leguas cuadradas para que puedan vivir tranquilamente, sin ser molestados por los inmigrantes, viviendo de la caza y pudiendo hacer pastar a sus caballos. Los pobrecitos, que tendrían que tener pleno derecho sobre todo este territorio, siendo los primeros y legítimos poseedores de esta tierra, se vieron obligados a retirarse de un lugar a otro a medida que estos inmensos campos se fueron poblando de inmigrantes europeos, y no supieron dónde refugiarse. Fue una buena medida tomada por el gobierno, aunque un poco tarde. Pero, a pesar de que esta concesión fue proclamada por ley y estampada con letra sobre las cartas topográficas, he visto una gran parte de este terreno —reservado para los indios— distribuido entre otras personas que no son indios y que ya han cerrado sus campos con alambrados. Se ven casas por varios lugares, con numerosos rebaños. Al ver esto, se podría decir que el Gobierno ha derogado la ley o, quizá, que cualquier empleado de gobierno se tomó la libertad de concederle un permiso de posesión a estos individuos. Entre estos poseedores, hay varios empleados del Gobierno del Territorio de Santa Cruz. Incluso el mismo gobernador y su secretario. ¡Pobres tehuelches! ¡¿Quién hará valer sus derechos?!

En la actualidad, casi todos los tehuelches, por causa del alcohol, son muy pobres, a excepción de dos o tres caciques que no se emborrachan. El más rico entre estos es un cierto *Mulato*, que vive en el Territorio de Magallanes y posee cerca de 500 animales, entre caballos y yeguas. Por esa misma razón, no se los puede beneficiar e instruir, porque están muy viciados y no escuchan nuestros consejos. Uno de ellos me decía: «¡Sé que el alcohol me hace mal, que me hace enfermar y me mata, porque siento que se me queman las vísceras y que cuando estoy borracho, otros me roban todo lo que poseo. Pero el alcohol me gusta demasiado y, cuando lo veo, no puedo conte-



Cacique Mulato (el más pequeño) *y Canario su cuñado. Patagonia.*

nerme. Si no lo viera y no tuviera ocasión de tenerlo, ¡sería feliz! ¡Pero estos ladrones, comerciantes, me tientan y no soy capaz de resistirme a sus insinuaciones, lisonjas y seducción!».

Las mujeres tehuelches, en general, no se emborrachan. Apenas ven a sus maridos borrachos, enseguida esconden todas las armas, por temor a que se hagan mal, y esta buena medida la toman por experiencia. Pobrecitas, son verdaderamente dignas de lástima.

Enloquecido por beber demasiado alcohol

No hace muchos días, un indio tehuelche de nombre *Chaucha* se enloqueció por beber demasiado alcohol. El pobre, en el exceso del delirio, corría por el campo, sin rumbo, gritando como furia del diablo que era seguido por el espíritu malo, *Gualicho*. Se imaginaba que este espíritu malo lo seguía. Hablaba para sus adentros como un loco, sin saber qué decía, y al final, con un cuchillo en sus manos, se cortó la garganta, tratando así de matar y sacar al terrible *Gualicho* de su cuerpo. Sin querer hacerlo, se suicidó. Sus familiares le dieron sepultura en el mismo lugar donde se mató. Sobre su tumba, mataron (según la costumbre de los indios) el mejor caballo que el difunto poseía, cubriéndolo con una manta de lana clavada en las cuatro puntas. A un centenar de metros de la sepultura, vi otro dispuesto del mismo modo, más lejos, un tercero y un cuarto a medio kilómetro del lugar. Todos en línea recta en el valle. Además, había también varias yeguas. Pregunté el porqué de todos estos animales muertos y cubiertos

con esa manta de lana. Se me respondió que el muerto tenía que hacer un largo viaje antes de llegar a la *beatitud*, y tendría que servirse de las almas de estos caballos y yeguas. Cuando se cansara uno, sería de inmediato sustituido con el alma de otro caballo o yegua, hasta que alcanzará su meta.

En busca de los indios tehuelches. Buena misa

La divina Providencia, a la cual siempre nos encomendamos en nuestros cansadores viajes y llenos de peligros, nos salvó una tercera vez de perdernos en la pampa. Pero primero, puse a prueba nuestra confianza en ella. Habíamos salido cerca de las 10 de la mañana desde un punto del afluente sur del *río Coyle*, llamado *Makin-Aike*, dirigiéndonos hacia el otro afluente del mismo río hacia el norte, cerca de *Barrancas Blancas*, conocido con el nombre indio *Salaike*,[43] hacia la Cordillera, en busca de los indios. Galopamos todo el día, casi sin comer, para llegar al campamento de los indios antes de que anochezca. Llegamos a las seis de la tarde al lugar donde solían habitar, pero se nos dijo que habían partido de allí hacía unos días y se habían establecido más lejos, donde se podría llegar cómodamente luego de una hora de galope. Nos indicaron más o menos dónde se habían ido, diciéndonos que se encontrarían sobre la margen de un río sin nombre, que nosotros debíamos costear.

Sin demora, nos pusimos en camino, dejando atrás el equipaje para estar más libres y poder cabalgar más rápido, para llegar antes de que se hiciera de noche. Eran solo las seis y si empleábamos dos horas, podríamos llegar aún con luz. Con ansias de llegar rápido, se galopaba cuánto se podía. Pasó una hora, pasaron dos y tres, y nunca llegamos a aquel bendito campamento indio. Mientras tanto, se hizo profundamente de noche, el cielo estaba nublado y sin luna, el lugar era un desierto silencioso. Soplaba un viento fuerte y frío que helaba los huesos, mientras el sudor nos corría por la cara y por todo el cuerpo y nos empapaba toda la ropa. Para acrecentar más nuestra inseguridad, en un cierto punto, el río se bifurcaba en dos cursos diferentes, uno al oeste y el otro al norte, ambos de igual tamaño. Y ahora, ¿cuál de los dos debíamos seguir? ¿Nos habrán engañado?

Permanecimos perplejos algunos instantes y después decidimos seguir el curso que iba hacia el oeste. Pero viendo que el tiempo pasaba y no encontrábamos indicio de ninguna clase de los indios, nos vino la duda de que podrían estar sobre la otra costa, sobre el otro brazo del río, al norte, y estábamos tentados de volvernos para ir hacia allí. Reflexionamos y resolvimos continuar el camino hecho hasta ahora. De vez en cuando, parábamos para tratar de ver y oír en busca de algún indicio. Pero todo era silencio profundo y espesa oscuridad. Ya estábamos desanimados y temíamos haber sido engañados. Se agregaba el cansancio de nuestros caballos, que con dificultad lograban correr y el terreno estaba lleno de piedras.

Queríamos pasar la noche en ese lugar, pero dudamos por estar muy traspirados, sin nuestra carpa y nada para cubrirnos. Finalmente, vimos a gran distancia algunas luces, «¡Coraje! —dijimos—, quizá ya hemos llegado. Puede ser que sean los fuegos de los indios». No nos habíamos equivocado. Poco después, oímos el tintineo de los cencerros de las yeguas que pastaban y, después, una multitud de perros vinieron al encuentro, unos 200 metros antes de que

43. Paradero situado en el valle inferior del río Coyle. Topónimo recogido por la tradición. Mateo Martinic Beros. *Los Aóniken. Historia y cultura*. Santiago, Ediciones Universidad de Magallanes, 1995. (N. del T.)

llegáramos a las chozas, ladrando desesperadamente que parecía que nos querían devorar, despertando la alarma en los pacíficos habitantes, que ya dormían. Los indios asustados, al oír la música de los ladridos de los perros y el trotar de nuestros caballos, salieron armados con palos y algunos con *boleadoras* y hondas, temiendo que fuesen ladrones o gente seguida por los gendarmes. Al darse cuenta de nuestras intenciones pacíficas, volvieron a dormir, dejándonos en la custodia de su *cacique*, ya cristiano. Un hombre de unos cuarenta años, alto, corpulento y de buen trato. Este hombre no tenía nada preparado para la cena, ni siquiera algo frugal, y nos invitó a tomar *mate amargo*, que tuvimos que aceptar por cortesía, aunque nos repugnase, porque estaba servido con una *limpieza que dejaba mucho que desear* y no muy caliente. Tomamos solamente uno. Estábamos muy contentos de haber encontrado a los indios y evitar así dormir en el campo a cielo abierto, con el viento fuerte que soplaba.

A decir verdad, la choza que nos cubría era poco menos que dormir a cielo abierto, porque estaba hecha de una tela ligerísima, abierta hacia el este, por la que pasaba mucho viento y no nos protegía nada del frío. Pero, al menos, teníamos buena compañía. Nos tendimos en el suelo e intentamos dormir, aunque a causa del gran cansancio del viaje, la cama dura y sin mantas para repararnos del intenso frío, no nos fue posible cerrar un ojo en toda la noche y nos pareció eterna.

Con los primeros albores, salimos de la choza para calentarnos un poco y caminamos para reconocer el lugar. El terreno estaba cubierto de una espesa escarcha y, a poca distancia, se levantaba la Cordillera cargada de nieve. Estábamos cerca del *cerro Palique*, al pie del monte *Paine*, que tiene una altura de 3050 m y que marca el límite entre Chile y Argentina, en la zona de *Última Esperanza*. Pero el Señor nos pagó esta pequeña penitencia que nos tocó hacer por su gloria. Había en ese lugar 19 chozas y más de 100 indios, todos bien dispuestos a recibir la gracia de Dios. Se hicieron 30 bautismos y 60 confirmaciones. Se consagraron muchos matrimonios, se celebró la santa misa, que fue escuchada religiosamente por la mayor parte de los indios, y se les hizo un poco de bien, lo cual agradecieron mucho en el momento de nuestra partida.

Los indios nos trataron muy bien, porque muchos de ellos ya nos conocían y hubiesen deseado que me quedará para instruirlos, a ellos y a sus hijos. El cacique de nombre *Paynakán* me decía:

—¿Por qué no te quedas con nosotros, como hiciste con los indios alacalufes en la isla Dawson y con los onas en la isla grande de Tierra del Fuego? Nosotros somos todos buenos tehuelches. Querer mucho al sacerdote y respetar. Desear saber leer y escribir. Quédate entonces con nosotros, para dar clases a nuestros hijos. Nosotros te querremos mucho. No te faltará comida. Te haremos una choza y serás nuestro amado cacique.

Le respondí que no podía en ese momento permanecer con ellos pero que, mientras tanto, podrían mandar a sus hijos a Punta Arenas, que los instruiríamos gratuitamente, con mucho cariño. Pero el cacique me respondió:

—Punta Arenas está muy lejos, no podemos mandarlos allá. Ven tú aquí, que nosotros te trataremos muy bien.

Les di esperanza de que, con el tiempo, quizá pudiéramos implantar una misión con ellos también, como se hizo con otras razas indias, como los alacalufes, y eso le gustó. El cacique hizo matar una yegua indómita grande, y la hizo cocinar al asador. Esto se hace clavando grandes pedazos de carne en estacas enterradas cerca del fuego. Todos los convidados, sentados en el suelo, alrededor de fuego, cada uno con su cuchillo, cortábamos nuestros pedazos de carne asada y comíamos, sin pan, acompañados solamente de nuestro apetito. No se cono-

cen los platos y los cubiertos, y la *etiqueta es simplísima*, muy distinta de aquella de los señores de la ciudad. Todos pasaron una jornada alegre y de expansión, sin emborracharse, porque faltaba —a propósito— el alcohol.

¡Qué lindos jóvenes! Muy altos, robustos y alegres. Da placer verlos y estar con ellos. Se encariñaron rápido conmigo y no querían que yo me fuese. El cacique Paynakán me dijo que pensaba hacer construir una linda casa de madera para su familia y que otros indios también querían hacer otro tanto. Así sería más fácil civilizarlos e instruirlos en la verdad de la santa fe, y quizá fuese posible establecernos allí también nosotros para mayor provecho de ellos, porque hasta ahora su vida nómade fue siempre un gran impedimento para educarlos cristianamente.

La Providencia

La *Providencia* nos favoreció muy a menudo con los alimentos necesarios cuando nos encontramos en plena pampa, donde no había indios a quién pedirles un poco de comida ni fusiles ni ningún tipo de arma. Con la ayuda de un perro, pudimos cazar un avestruz y, en otra oportunidad, tres guanacos, tres cisnes y varios patos salvajes. Debíamos dar muchas gracias a la divina Providencia por habernos concedido siempre óptima salud y por preservarnos de muchas desgracias, a pesar del mal tiempo y habiendo tenido que dormir en malas condiciones, expuestos a muchos peligros.

Una vez fui tirado del caballo sobre un terreno durísimo. El 13 de marzo, cinco días antes de volver a casa, me golpeé la espalda y permanecí por varios minutos, casi sin poder sentir y sin poder moverme. Pero, afortunadamente, no tuve ninguna lesión o rotura de los miembros, excepto un golpe muy fuerte en un muslo y un dolor fuerte en la espalda que se me curó en 20 días. Podría haber sucedido algo mucho peor.

En todos los días de la misión y del viaje, siempre pude celebrar el santo sacrificio de la misa. Cuando no era posible en público, lo hacía en privado. En las chozas de los indios, se construía un altar con bolsas con pieles de guanaco o con bolsas llenas de plumas de avestruz, poniendo la piedra sagrada sobre estas, y cubriéndola con un paño de seda y los manteles blancos de celebración que llevábamos con nosotros. Muchas veces, me tocó celebrar la santa misa en chozas muy bajas. Tan bajas, que no era posible tener la cabeza erguida y todo el tiempo de la celebración de la misa, debía permanecer con la cabeza inclinada. Muchas veces, tuvimos que dormir en las mismas chozas de los indios por haberle dejado nuestras carpas al guardián de nuestros caballos, que se había quedado sobre la orilla del río Santa Cruz, mientras nosotros recorríamos la zona entre el río Santa Cruz, San Julián y la Cordillera, con los caballos



Toldos de los indios tehuelches. Patagonia.

que nos habían prestado para que los nuestros descansaran y volvieran a tener fuerzas.

Buenos modales indios

No hay que ser muy delicado para comer con los indios; de otro modo, se estará con la boca seca. Y para dormir, no se debe ser tan delicado, y no hay que temer a la compañía de ciertos animalitos que se adueñan de toda nuestra piel. O uno se adapta o renuncia a hacer el bien a estos pobres indios. No hay otra forma.

Cacique Paylán

No quiero que te canses en vano

En general, encontramos a los indios tehuelches bien dispuestos a dejarse instruir en la verdad católica, recibir el santo bautismo y hacer bautizar a sus niños. Pero un cacique de nombre *Domingo Paylán*, que se cree el más civilizado de su raza y pretende ser un buen cristiano, rechazó el bautismo de sus cinco últimos niños, de los ochos que tenía. Los tres primeros ya son cristianos. En los años anteriores, no había podido encontrar a este cacique a causa de su vida nómade. En un momento, estaba en un lugar y después se iba a otro. Cuando me anunciaban que estaba en un lugar, para cuando yo llegaba, ya se había ido a otro lugar desconocido. Sabiendo ahora con certeza dónde se encontraba, y dispuesto a pasar un día entero galopando por aquel desierto, desviándome incluso del camino que me había prefijado, fui hacía allá para regenerar en la divina gracia a sus cinco criaturas.

A diferencia de todas las otras chozas indias, la suya parecía un pabellón. Todas las otras casas eran casi cuadradas u oblongas y, por lo general, estaban cubiertas con pieles de guanaco, unidas para formar una gran cubierta. Pero la del cacique Paylán era redonda y estaba cubierta de tela blanca. Me recibió con cierto aire aristocrático y casi como un Pachá de Persia, como si fuese un gran personaje. Al manifestarle el objetivo de mi visita, me dijo con tono grave y serio, como quien da una sentencia:

—Yo quisiera hacer bautizar a mis hijos, pero ahora no están sus padrinos. Por lo cual, de nada serviría tu bautismo. No quiero que te canses. Cuando estén los padrinos, entonces los podrás bautizar.

Yo le hice la observación de que no era necesaria la presencia de los padrinos, que se podrían hacer representar por otras personas, y después se les hacía saber. Pero insistía en afirmar que no se podía, diciendo:

—¿Cómo es posible esto?, ¿cómo puede ser válido el bautismo sin que los padrinos estén presentes? Yo sé que no se puede, me lo han dicho personas que lo saben, y es ciertamente así. Tú no sabes que no se puede.

A decir verdad, no se trataba de que los padrinos estuviesen presentes o no, lo que quería el cacique era simplemente tomar partido del bautismo de sus hijos. Nombrar personas ricas que después les regalaran dinero o animales y festejaran el bautismo con una *solemnísima orgía.* Esto no lo podría haber hecho sin la presencia de los padrinos. Decía que quería nombrar como padrinos a este y aquel otro, que se encontraban en Buenos Aires y no podrían venir más a la Patagonia.

—Pretendes una cosa imposible —le dije—. ¿Cuándo quieres que estén presentes estos padrinos? Ellos viven en Buenos Aires y quizá nunca puedan venir hasta aquí, y si pudieran venir en algún momento, quizá no encontrarán un sacerdote para administrar el santo bautismo, y en ese tiempo, tus niños podrían morir sin el bautismo y no podrían entrar entonces en el Reino de los cielos con el gran espíritu *Maipè.* Debes creerme que se puede bautizar sin que estén presentes los padrinos. Es una costumbre habitual y muchos lo hacen

así cuando no pueden estar presentes los padrinos que ellos desean. Se realiza el bautismo representándolos con otros. Hazlo así tú también —intenté convencerlo—, y deja que bautice a tus niños.

Pero aquel salvaje se mostraba inflexible y siempre volvía a decir lo anterior:

—Yo sé que no se puede bautizar sin que estén presentes los padrinos. Tú no sabes que no se puede. Lo siento mucho, quisiera realmente bautizar a mis hijos, pero la culpa no es mía. ¿De qué serviría tu bautismo? Deberías volverlos a bautizar otra vez. Es inútil que te canses. La culpa es de los padrinos que no están aquí. —Repetía con aire de importancia, para dar fuerza a sus palabras, aquel pobre ignorante soberbio—: ¡Cuando yo digo una cosa debe ser así y no me retracto nunca!

Viendo su obstinación, era inútil razonar con él, porque no se hubiese podido obtener su consentimiento nunca. Entonces, decidí buscar la forma de dar el agua bautismal a los niños, sin que el padre se diera cuenta. Me acerqué a los tres niños menores y haciéndoles una caricia y regalándoles baratijas, pude bautizarlos. Pero los más grandes no dejaron que nos acerquemos y huyeron a esconderse. No los volví a ver. Quizá sintieron miedo o su padre les dijo que huyeran. Me fui disgustado de aquella choza y no quise aceptar nada, ni comida ni bebida, aunque me la ofrecieron y era la hora de la cena y de ir a descansar. Preferí dormir en una pobrísima choza india, tan pequeña que debí dormir casi a la intemperie. Pero el indio que la ocupaba era un buen cristiano y con él tenía más confianza.

Médicos-hechiceros

Mientras me encontraba en Gallegos, fueron arrestados dos indios que hacían de *médicos-hechiceros*. Estos habían asustado a muchos pobres indios, entre los cuales estaba una de las hijas del cacique Mulato, y habían hecho morir a otros tantos con sus tratamientos; o también, de tristeza, diciendo por ahí que estaban poseídos por el espíritu malo *Gualicho*, al que los indios tanto temían. Estos hechiceros tenían tres piedras misteriosas, con las que ellos decían que podían manejar sus talentos hacia *Gualicho*. Hacerlo entrar en una persona y también hacerlo salir. Se les pagaba un precio muy alto para curar a los indios enfermos y amenazaban a los sanos con que podían hacerlos enfermar, e incluso hacerlos morir, mandándoles a ellos el espíritu malo si no le daban todo lo que ellos pedían. Las tres piedras fueron secuestradas por el juez. Fue el cacique Mulato quien hizo arrestar a los dos *médicos-hechiceros*.

Pasión de los indios por la caza del guanaco. Préstamo de mi caballo

Un día me hice acompañar de un joven indio de nombre *Casimiro* para ir a visitar a algunos indios, ya que desconocía el camino. El indio tenía un solo caballo y casi sin fuerzas y yo tenía dos, uno ya bastante cansado y el otro descansado. A mitad de camino, el indio me dijo: «Préstame tu caballo. El mío está muy cansado y no puede caminar más». Le dije que también el mío estaba cansado y no me quedaba más que el otro para continuar el viaje. Pero el indio amenazó con abandonarme si no le prestaba el caballo descansado. Tuve que ceder a su pedido, a pesar de que predije lo que sucedería. Le hice miles de recomendaciones, sabiendo la gran inclinación que tienen los indios de correr tras los guanacos —incluso cuando no tienen necesidad de cazar—, para que no se dejara ganar por esa pasión. Sabía que el caballo se cansaría y no podríamos continuar nuestro viaje. El indio me lo prometió, pero su promesa no duró ni un cuarto de hora.

Apenas vio pasar una manada de guanacos, olvidó su promesa y, en la condición en la que nos encontrábamos, dominado por su instinto de cazar, los siguió. Lan-



Dos caciques tehuelches de la Patagonia. Kalók Francisco y Kanapán Antonio, cristianos.

zando una *boleadora* (especie de lazo), consiguió enlazar un guanaco por el cuello, en vez de agarrarlo por las patas como acostumbran —así lo hubiese detenido. El guanaco enlazado redobló su carrera y el indio, sin darse por vencido y para recuperar su boleadora, le pegó con todas sus fuerzas al pobre caballo y este corrió a una velocidad vertiginosa y desapareció de la vista en una nube de polvo. Permanecí parado en el lugar media hora, aproximadamente, y el indio no aparecía. No conocía el camino para continuar el viaje y debí esperarlo. Finalmente, apareció en lo alto de un altiplano y, agitando la manta que llevaba, me hacía señas de que vaya hasta él. Entendí enseguida que el caballo se había cansado. Así fue, en efecto.

El pobre caballo temblaba como una vara al viento y resoplaba como un fuelle; estaba más muerto que vivo y no podía caminar siquiera. Tuve que abandonarlo en el desierto muy a mi pesar. El indio, en cambio, estaba contento porque había alcanzado al guanaco, lo había matado y había recuperado su boleadora. Después de haber descuartizado el animal y bebido su sangre caliente, le extrajo el corazón y un pedazo de grasa, no mayor a un puño, en señal de victoria y comenzó a comerlos tranquilamente. Con mil dificultades, pudimos llegar al campamento indio muy entrada la noche, sin otro incidente y con un caballo menos.

Orgías y bailes. Pobres chicas

A la vuelta de Santa Cruz, volvimos a pasar por Gallegos. Allí, el clérigo Mosso tenía orden de embarcarse para Tierra del Fuego y continuar el viaje, acompañado de los dos guías tomados en Punta Arenas. Estos eran Rosauro Navarete, de unos veintiocho años, y Samuel Venegas, de unos quince años.

Llegamos al río Zurdo, al campamento del cacique Mulato, donde había muchas chozas y con pena observamos que nos había precedido un vendedor de bebidas alcohólicas. Ese día había habido carreras de caballos, con desafíos entre los indios y los ingleses; estos últimos habían perdido. Todos estaban borrachos, tanto los indios como los ingleses. ¿Qué hacer? Era ya de noche y no podíamos seguir. Tuvimos que pernoctar en medio de estos borrachos, aun sabiendo del peligro. En un espacio libre de unos 50 metros entre unas chozas y otras, armamos nuestra carpa y después de una mísera cena, nos dispusimos a dormir. ¡Pero cómo dormir! Toda la noche hubo un alboroto que parecía el infierno. Uno reía y otro lloraba; uno gritaba y otro reía a carcajadas y, entre tanto ruido, se oían, de cuando en cuando, algunas notas desafinadas de una vieja armónica, tocada por una india poco experta en el arte de Euterpe. Además, algunos indios borrachos danzaban acompañando el estridente sonido y la danza con cantos lúgubres y lamentos, haciendo sonidos golpeándose rápidamente la boca con la palma de la mano o, a veces, moviendo los labios con los dedos, como quien toca la guitarra. Tenían el rostro pintado de varios colores; estaban enmascarados del modo más extraño, con plumas de pájaros, colas de zorros, hojas de árboles y las baratijas más raras que encontraron en sus chozas. Al no ser tan hábiles para saltar y estar llenos de aguardiente, su danza era grotesca; movían las piernas lentamente, avanzando y retrocediendo solamente dos o tres metros. Bailaban solos, cada uno por su cuenta; alzaban solo los talones, manteniendo fijas las puntas en el suelo, levantando y bajando el cuerpo, y se contorneaban hacia la derecha y hacia la izquierda, balanceándose. Acompañaban todos estos movimientos con sus cantos y lamentos prolongados como una *piva napolitana*.[44]

Una vez terminada la danza, se dejaban caer como muertos y descansaban un rato, mientras bebían de vez en cuando un poco de alcohol. Después de un rato, se reiniciaba la danza con más entusiasmo, hasta que extenuados y completamente borrachos, se dormían tirados en el mismo lugar donde habían danzado. Cerca de las diez de la noche, vino llorando hasta nuestra carpa una jovencita de unos doce años, de nombre Ana Karminate, huérfana de padre, con una pequeña de unos nueve años, de nombre Lucía, también huérfana de padre y madre, las dos bautizadas por mí hace unos años. Ana, sollozando comenzó a decirme:

—Padre, ¿por qué malos cristianos traer aquí alcohol y emborrachar gente? También mamá borracha (a madre era una tal Carolina Montebello, una mujer muy alta y robusta, que era muy amante de las bebidas espirituosas).Ahora hombres malos pegar a mamá —continuó— y mamá gritar.

En efecto, se sentía una voz de mujer que gritaba fuerte y dos o tres hombres que hablaban y amenazaban pegarle si no cedía a sus brutales antojos. Las dos niñas temblaban de la cabeza a los pies al sentir las malvadas amenazas de esos hombres borrachos.

—¡Sienta, sienta, padre —decía la mayor—, cómo gritan esos hombres malos!

—¿Y tu hermano Luis de veinte años, por qué no la defiende? —le pregunté.

---

44. Una de las danzas más rápidas de comienzos del siglo XVI. Un baile antiguo derivado del instrumento del mismo nombre, «piva», que es una gaita. (N. del T.)

—Él también está borracho.

—¿Y tu hermano Miguel de quince años?

—El no borracho, pero decir «no importar a mí que le peguen a mamá, porque mamá siempre borracha».

—¿Y tú por qué no le dices a tu mamá que ya no se emborrache y que de noche se quede en casa contigo y no se vaya con malas compañías?

—Yo decir siempre a mamá no emborracharse, pero mamá nunca escucharme.

—¿Qué haces tú cuando ves a toda la gente borracha?

—Yo irme a esconderme a la choza del cacique Mulato donde ninguno borracho.

—Haces muy bien en esconderte, porque de otra manera esos hombres borrachos te podrían hacer mal a ti también. Ruega al Señor que convierta a tu madre y te conserve siempre buena.

Llorando, las pobrecitas se alejaron de nuestra carpa para ir a esconderse a la choza del cacique Mulato, algo consoladas por haber volcado sus dolores en un corazón amigo. Y pensé: «¡Pobres chiquitas! ¡En qué peligros se encuentran! Su suerte es bien triste, ¿pero quién la mejorará? ¡Dios las ayude a preservarlas inocentes!».

Un indio borracho en la carpa

El primer guía, Rosauro Navarete, era muy aficionado de las bebidas alcohólicas. A pesar de las miles recomendaciones que le hice de abstenerse, y de su promesa formal de hacerlo, apenas me fui a dormir, enseguida se asoció a ese grupo de borrachos salvajes y permaneció toda la noche emborrachándose como ellos. Al no verlo volver, a medida que pasaban las horas, me preocupé por él. Tenía temor de que le sucediese alguna desgracia y también tenía miedo por mí, que me encontraba rodeado de borrachos, solo, con aquel jovencito. Cerca de la medianoche, entró un individuo borracho a la carpa y sin hacer mucho ruido se acostó muy cerca de mí. En la oscuridad, me imaginé que era Rosauro Nave rete y le agradecí a Dios porque finalmente se había acordado de volver, aunque tarde y con esa borrachera.

Lo llamé por su nombre y no me respondió. El joven Venega, que se encontraba en la carpa, me dijo:

—No es Rosauro, es un indio.

—¡¿Cómo?! —respondí—. ¡¿Un indio borracho en nuestra carpa?! ¿Qué libertad se toma de entrar como si fuese su casa sin siquiera pedir permiso?

Lo reprendí por su actitud y le ordené irse. Pero era como hablarle al viento; el indio no respondió; dormía tan profundamente que no lo hubiese despertado ni a cañonazos. Necesitaba paciencia. No nos debemos resignar a dormir al lado de un indio borracho. Enseguida el indio se puso a roncar tan fuerte que era imposible dormir. Afortunadamente, después de unas dos horas, el indio se despertó y sintiendo necesidad urgente de evacuar, salió de la carpa.

Aproveché su ausencia momentánea para atar las cuerdas de la entrada de la carpa lo mejor posible, para que no pudiese volver a entrar. Pocos minutos después, el indio se presentó de nuevo, dispuesto a entrar, pero viendo que la puerta estaba cerrada herméticamente, intentó entrar arrastrándose como un perro por debajo de la carpa, haciendo pasar la cabeza. Viendo una sombra negra entrar por ese agujero, y creyendo que era un perro, le tiré con un recipiente de lata que tenía cerca, gritando: «¡Eh, perro! ¿Dónde quieres entrar?». La sombra negra se retiró rápidamente y enseguida sentí una fuerte carcajada. Comprendí entonces que era el indio y no un perro. Pero, fingiendo no haberlo conocido, por temor a que el indio enojado tuviese motivos para pelear, continué hablando alto con el joven que estaba conmigo de este *perro tan temerario que quería entrar por la fuerza, al cual, si volvía, le daría una buena lección*. El indio escuchó y, riéndose de mi error, se alejó contento como una Pascua y no volvió más.

Rosauro Navarete reapareció cerca de las diez de la mañana, cuando ya estábamos dispuestos a partir y dejarlo allí. Estaba un poco borracho todavía y muy preocupado, pero no arrepentido, ni siquiera de haber repetido por cuarta vez el mismo proceder (así lo había hecho en Gallegos y en Santa Cruz).

Tres gigantes borrachos

Un día, pasando hacia la Cordillera, cerca de las chozas de los indios en las cercanías del río Gallegos, encontramos a tres indios a caballo. Tenían una estatura gigantesca y estaban por iniciar un viaje. Les pregunté si sabían dónde estaban acampando sus compañeros y me respondieron que ellos iban directamente al campamento. Si era así, les sugerí si los podíamos acompañar. Uno de ellos respondió, en español, «Vamos». Y de inmediato, se pusieron en marcha al galope, no ocupándose para nada de nosotros, por lo que teníamos que estar atentos para no perderlos de vista, porque permanecían siempre a gran distancia. Mientras cabalgaban, tomaban licor y se pasaban la botella unos a otros.

Llegamos al campamento de los indios después de una hora de marcha. Había una docena de chozas dispuestas en las cercanías de un riacho, en un valle pequeño, donde había buena pastura para los caballos. Dispusimos nuestra carpa a unos doscientos metros de las de ellos, para no ser molestados por curiosos, y después fuimos a visitarlos. Los encontramos a todos borrachos, hombres y mujeres, algunos a las risas y otros tirados a granel en el piso maltrechos y descompuestos, como si fuesen animales inmundos. También aquí nos había precedido un comerciante con un barril de alcohol de la peor calidad y los había emborrachado a todos —o, para decir mejor, envenenado—, para poder hacer mejor sus negocios.

Una invitación diferente

No se podía hacer nada con estos pobres infelices. Mientras volvía triste con mi guía a la carpa, me siguió un indio borracho de unos veinticinco años, gritando:

—Yo querer ir a tu casa. Invítame tu casa. —Al verlo borracho, no deseaba que viniese, por eso le hice entender que no tenía casa ni nada para regalarle y que no se molestara en venir. Pero insistía gritando más fuerte—: Invítame, hombre, invítame a ir a tu casa, yo quiero ir, ¿sabes? ¡Hombre! Invítame a tu casa. ¡Yo no querer regalos, pero querer ir a tu casa, hombre! ¡Sí, hombre!

Mientras tanto, sin esperar una afirmación mía, me seguía a los tropezones y hablando para sí. Me parecía ver una barca a merced de las olas, empujada hacia delante y hacia atrás, a la derecha y a la izquierda, según el viento. Este pobre desgraciado, a veces, se apoyaba contra mí, otras se alejaba, haciendo piruetas, y a menudo se caía. Cuando llegó a nuestra carpa, entró y cayó al suelo como un muerto. Entonces comenzó a decirme:

—¿No me vas a regalar nada? ¿Invitarme ir a tu casa y después no darme nada? ¡Dame algo, hombre! ¡Sí! Quiero cualquier cosa, hombre, ¿sabes...?

—Te dije que no tengo nada para regalarte, que no debías molestarte en venir a mi casa, pero viniste igual, ahora ves que no tengo nada.

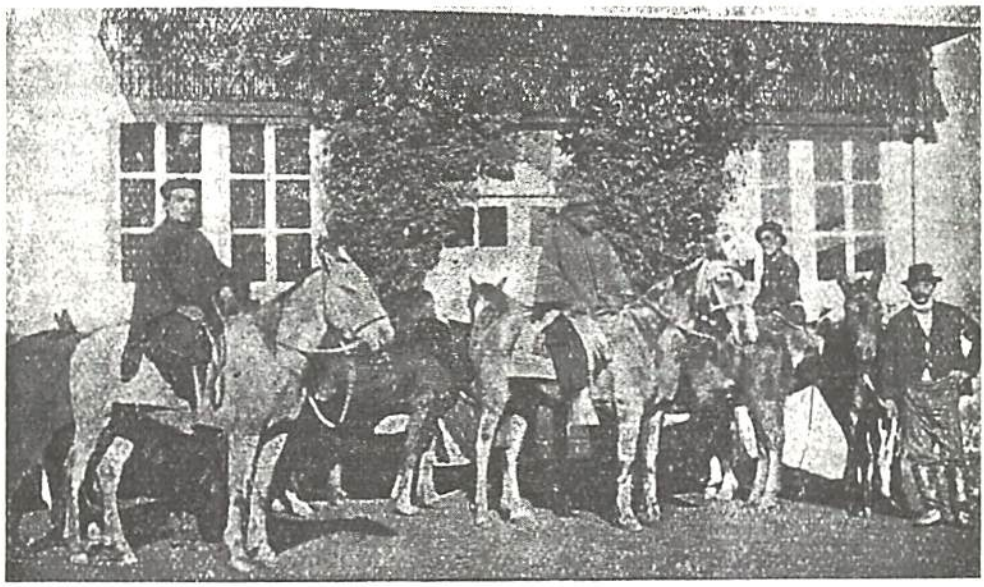
—¡Ah! No te creo. ¡Debes darme cualquier cosa, hombre! Quiero cualquier cosa.

—Te puedo dar galletas y nada más.

— No quiero galletas, quiero licor... ¡Dame licor, hombre, dame licor! —gritando cada vez más alto.

—A mí no me gustan los licores; es más, los detesto, porque hacen mal y por eso nunca traigo.

Era como hablarle a un sordo; el indio, cada vez más furioso, se levantó y, amenazándome con los puños, repetía constantemente:



Misioneros de regreso de la misión en la Patagonia.

—¡Quiero licor, quiero licor! ¡Cuidado si no me lo das! ¡Quiero! ¡Tú me invitaste venir a tu casa, ahora quiero licor, hombre! ¡Quiero, quiero, quiero!

Por los gritos del indio borracho, comenzaron a venir otros indios, también borrachos, creyendo que eran risas, para formar parte del evento. La situación se fue poniendo seria y era conveniente ser prudente. Pero ¿cómo deshacerse de este borracho? ¿Cómo alejarlo de mi carpa?

—Escucha, si tú quieres licor, te haré acompañar hasta el comerciante que vende licor para que te dé y yo pagaré por ti. ¿Estás contento? Pero el trato es que tú vayas hasta allá con mi compañero (el guía, que ya se encontraba en el caballo pronto a salir). —Yo sabía que no tenía más para vender; lo apuré para que se fuese pronto y terminara con todo esto—. ¿Sabes andar a caballo? —le pregunté con maldad. ¡Te apuesto a que no sabes!

—¡¿Cómo?! ¡¿Que yo no saber andar a caballo?! —respondió el indio con todo su amor propio—. Mire cómo lo monto en un salto. —Diciendo esto, el indio pegó un salto y se lanzó sobre el caballo de mi guía, pero, pesándole más la cabeza que las piernas, cayó a tierra por el lado opuesto, entre las risas de los que allí estaban.

—¿Ves que yo tenía razón y no sabes andar a caballo?

El indio, mortificado por lo sucedido, volvió a intentarlo, y cayó una segunda vez. Hubo risas más fuertes. Finalmente, probó una tercera vez y, con la ayuda del guía, pudo mantenerse arriba del caballo. Lo llevó enseguida a la choza donde estaba el comerciante que ya había vendido todo el licor que tenía, y lo dejó allí.

Mientras tanto, se presentaron los tres formidables indios que esa mañana nos habían precedido, borrachos también, y pretendían que les paguemos. El más alto y robusto de los tres comenzó a decir:

—Tú esta mañana pasar cerca de mi casa y decir «Vamos». Entonces pagar.

—¿Y tú qué has hecho para que yo te pague? ¿Me esperaste y trabajaste para mí?

—¡Hombre, hombre! —respondió el indio a los gritos y furioso—. ¡Si tú no pagar, hombre, yo pegar! ¿Sabes? Debes pagar...

Yo pobre, ¿sabes? ¡Hombre, hombre!... Si tú no pagar, hombre, yo pegar.

Y continuaba en ese tono amenazándome con los puños, mientras sus otros dos compañeros a coro gritaban que si no pagaba, ellos también me pegarían. Me encontraba solo en ese momento y nadie me hubiese defendido si esos tres gigantes me hubiesen agredido; además, otros indios, al escuchar el tumulto, vinieron para unirse en contra mío.

No sabía qué hacer. Dinero para darles no tenía y no se lo merecían. Me encomendé a María Auxiliadora, para que me guiara en el hacer. Y en ese momento, me acordé de que tenía una linda medalla de María Auxiliadora, redonda y grande, del tamaño de un escudo de oro, de metal dorado y muy reluciente, que parecía verdaderamente de oro. Se la mostré al indio más insolente, diciéndole:

—Toma esta linda moneda. No te puedo dar otra cosa, porque también yo soy pobre, confórmate con esto.

El indio, al verla brillar, creyó que era una moneda de oro. Se quedó contento y se fue. Los otros dos compañeros querían una moneda igual. Pero les dije que no tenía otras y que se conformaran con esa.

—¡Da gracias de que tenemos mucho apuro por volver a casa! —contestaron—. De otra manera, hubieses visto lo que te pasaba.

Diciendo esto, partieron muy rápido, alejándose del lugar. No consideramos conveniente pasar la noche cerca de ese grupo de borrachos; con rapidez, recogimos nuestra carpa y nos fuimos antes de que sucediera algo peor. Después de una hora de viaje, encontramos otro campamento de indios que no estaban borrachos, y allí pasamos la noche. Pudimos bautizar a algunos niños e instruir a algunos adultos, haciendo algo de bien. Para dejar descansar a nuestros caballos, decidí dejarlos al cuidado del guía Rosauro Navarete, a la orilla derecha del río Santa Cruz, y recorrer la región que se extiende desde el río Santa Cruz hasta el río San Julián y ascender hacia la Cordillera con caballos prestados y acompañado solo del joven Samuel Venegas. Como le había dejado la carpa al guía Navarete que cuidaba de los caballos, debí depender de la hospitalidad de los indios por varias noches.

¡Qué hambrientos!

Una noche, nos quedamos en un lugar donde había tres chozas, una al lado de la otra, en las cuales había 30 perros de todas las razas, pero tan flacos que daban lástima. ¡Imagínense el alboroto nocturno! Al mínimo ruido que sentían, todos los perros comenzaban a ladrar en coro, salían de la choza y corrían alrededor sin dejar de ladrar, y luego, entraban desordenadamente, pasando por encima de nosotros. Con esa música perruna y con el continuo ir y venir de toda esa turba de perros, no fue posible cerrar un ojo en toda la noche, tanto más si se agrega que fuimos asaltados por ciertos animalitos que no ladraban pero mordían sin compasión y de los cuales no era posible liberarse.

¡No podía ser de otra manera, habiendo tantos perros, pues los tenían en abundancia! Se sentía una picazón por todo el cuerpo. Una generación entera de padres, hijos y nietos, de muchos colores y razas, emigraban y se lanzaban sobre nuestra piel, sin pedir ningún permiso. ¡Una verdadera delicia! ¡Pobre de nosotros! ¡¿Cómo hacer para mantener a tantos hambrientos?! Sin embargo, era necesario darles hospitalidad a la fuerza, mantenerlos y llevarlos con nosotros continuamente. ¡Estos no saben qué cosa es *la etiqueta*, ni sienten compasión de nuestra miserable humanidad!

El almuerzo de los indios

¡Es necesario tener buen estómago y no ser delicado y meticuloso para comer con los indios! Basta decir que *la suciedad* es su

primera dote. Por todos lados se ven pedazos de carne cocida mezclada con la cruda, llenos de inmundicia, junto con plumas de avestruz, cueros de guanaco, huesos pelados o mordidos por los perros y otras cosas peores que es mejor no decir... ¿Y cómo comen ellos, entonces? Pues los tehuelches no tienen mesas ni sillas o asientos de ninguna clase. No usan platos ni nada de eso. Comen tirados en el suelo o agachados cerca del fuego, sostienen en una mano un pedazo *de carne de avestruz, que tiene mucha grasa*, y en la otra, un pedazo de *carne magra de guanaco*, y muerden primero una y después la otra. El pan no se conoce ni tampoco otros alimentos. Se cuidan de no dejarse arrebatar la carne de la mano o de la boca por los muchos perros que los rodean.

La misa en la choza

Bajo estas míseras chozas se celebraba cada mañana la misa, improvisando el altar sobre bolsas de plumas de avestruz y cueros de guanaco, del mejor modo posible, colocando la piedra sagrada sobre estos, y cubriendo todo con manteles y paños traídos por nosotros. Algunas chozas eran tan bajas que había que celebrar la misa agachados durante todo el santo sacrificio. Jesús, amigo de los pobres, no siente asco de visitar a los salvajes patagónicos en sus chozas, para consolarlos en su miseria y hacerlos felices. Estas no son tan diferentes o peores que las de Belén. Muchos de ellos se muestran serios y reverentes, otros inquietos y molestos, observan con curiosidad la sagrada ceremonia de la misa, aburridos y sin darle importancia. Pero todos comprenden que se trata de una ceremonia misteriosa en honor al *gran espíritu Maipé*, y la respetan.

La luna rota

Los tehuelches son muy supersticiosos. Cuando ocurre un eclipse de luna, ninguno de ellos duerme por el miedo que le tienen. Dicen que *Gualicho* (el terrible espíritu malo) entró dentro de la luna y la rompió. Se reúnen todos los hombres de la tribu y comienzan a hablar sobre el asunto «Gualicho entró en la luna y la rompió». «¡Mal signo!» «¿Qué cosa pasará? ¿Qué deberíamos hacer?» «Esto es un indicio de que vendrán muchas desgracias». Algunos preguntan «¿Y qué desgracias nos podrán suceder?, otros responden «Quizá en poco tiempo habrá una guerra entre nosotros y muchos morirán o habrá alguna peste». «¡Pobre de nosotros! ¿Qué haremos ahora con la luna rota? ¡El maldito Gualicho la rompió!».

Entonces, mandan a buscar a un *médico-hechicero* (Machi), para que eche a Gualicho de la luna. El *Machi* viene y comienza a hacer conjuros, hace muchas señas, escupe hacia la luna, tira piedras, etc., hasta que la luna vuelve a ser como antes y el espíritu malo huye. En ese momento, toman licor, se emborrachan, pelean y no es raro que esto termine con el derrame de sangre humana y con la muerte de alguno de ellos. Terminada la orgía, le atribuyen las desgracias ocurridas a *Gualicho*, porque *entró en la luna y la rompió*. Estos eventos contribuyen a mantener y confirmar sus supersticiones.

Una visita a los indios tehuelches del río Zurdo

Después de una permanencia de dos días en *Ultima Esperanza*, habiendo visitado las casas situadas en los varios puertos de *Consuelo*, *Cóndor*, *Arturo Prat*, *Bories*, *Natales*, etc., y celebrando la santa misa con la asistencia de muchas personas, pasamos al *río Zurdo* para visitar al cacique Mulato, con toda su tribu de indios tehuelches.

Aquí administré tres bautismos y tres confirmaciones. Estos pobres tehuelches van desapareciendo; cada año son menos. Los inmigrantes europeos y americanos,

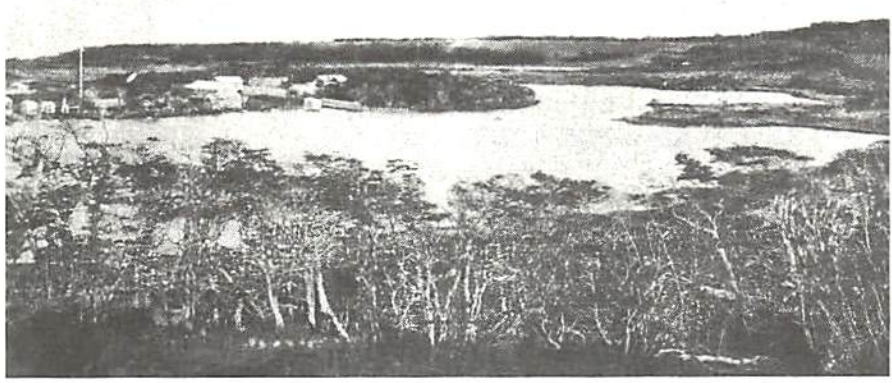
poco escrupulosos, son la causa, con sus licores envenenados y sus vicios. Los licores los matan y la neumonía se cobra víctimas en forma incesante entre los pobres fueguinos. Las dos razas están predestinadas a desaparecer de la faz de la tierra en poco tiempo.

El cacique *Mulato* y toda su buena familia me reciben siempre con mucho placer y escuchan atentos la palabra de Dios. A la misa que celebré en la casa de *Mulato* concurrieron todos los indios y numerosos obreros chilenos que se encontraban de casualidad en ese lugar. La hospitalidad del cacique Mulato es proverbial. Parece uno de esos patriarcas de la antigua ley. Aquí convergen de todos los lugares vecinos. Hay quienes le piden favores, y el bueno y caritativo de Mulato los conforma a todos. Se puede decir que es el único indio que no bebe alcohol, como tampoco lo hace nadie en su familia, y por eso es el más rico y el más respetado.

Posee muchos caballos y yeguas. A menudo promueve carreras con importantes premios al vencedor. Ese día, había una de estas carreras y un inglés *amateur*, habitante de las cercanías de Punta Arenas, lo había desafiado con la esperanza de ganar, pero desafortunadamente perdió y la victoria fue para el caballo de Mulato. El cacique me decía confidencialmente: «Estos Gringos (como les suelen llamar a los ingleses) me desafían a correr carreras de caballos. Yo acepto el desafío, pero en mi pista (lugar donde corren los caballos) y no en la de ellos. Acá, mis caballos están siempre frescos y listos para correr, mientras que los de ellos, al venir de tan lejos, están siempre cansados y difícilmente pueden vencer a los míos». De hecho, Mulato tiene fama de ganar siempre.

Curioso remedio para curar a un enfermo

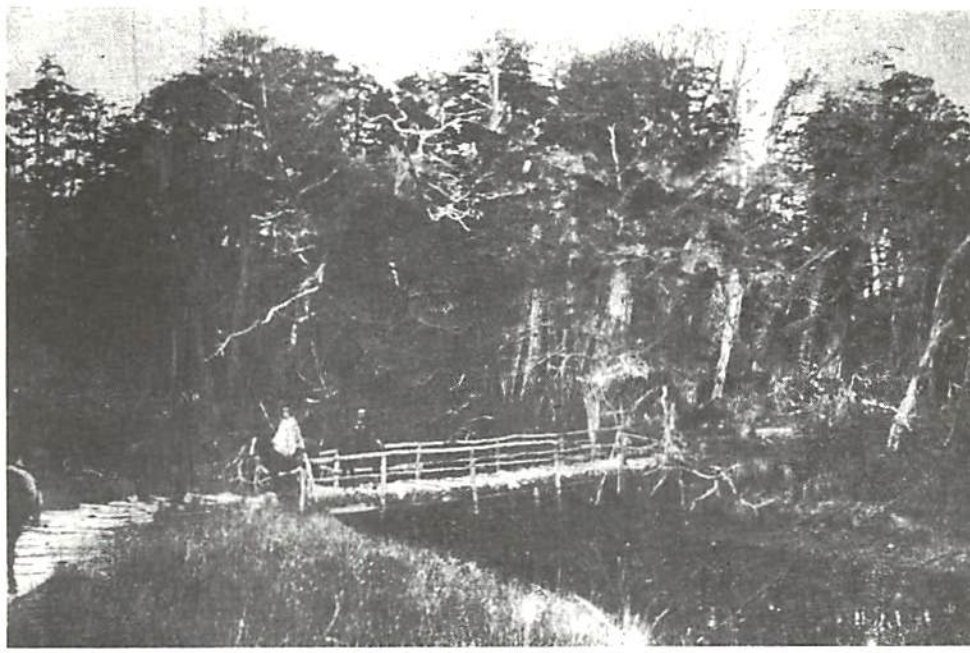
Se había enfermado un *cacique* muy querido por su tribu e idearon este remedio para curarlo. Creyendo, como siempre, que la causa de la enfermedad era *Gualicho* (el espíritu malo) se reunieron todos para echarlo. Se pusieron frente a la choza del cacique, formando un círculo, sentados en silencio. Enseguida, se presentó la *Machi*



Misión del Buen Pastor, con el lago, Isla Dawson y Punta San Valentín. (Fotografía Duran)



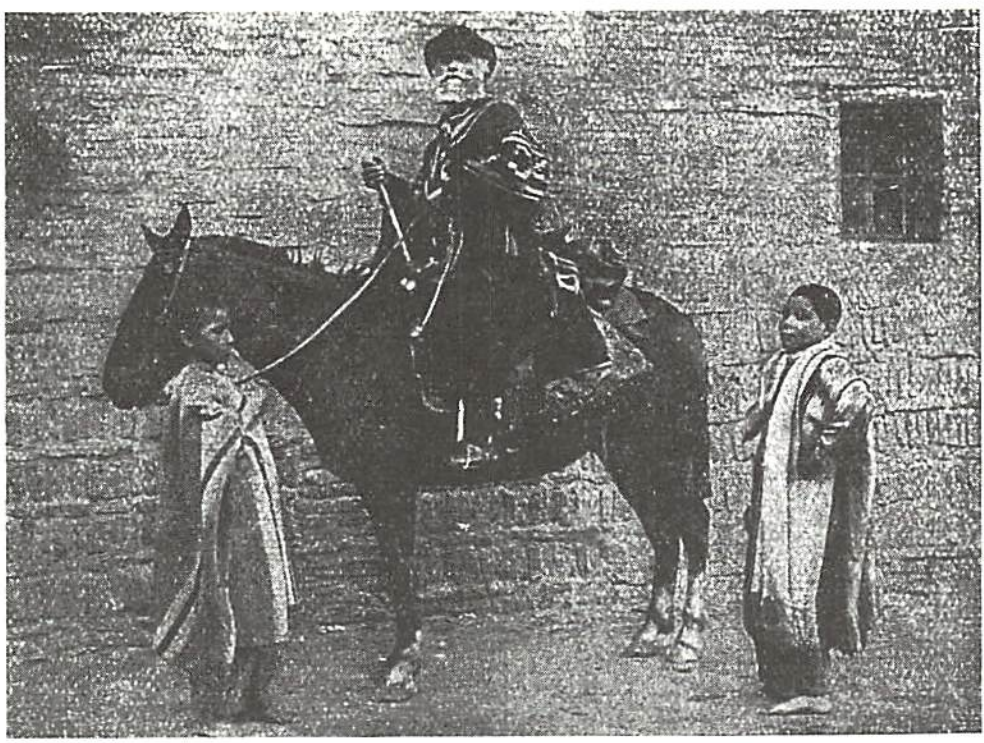
Isla Dawson. Misión del Buen Pastor. Punta San Valentín. Casas de pastores indios, algunas ovejas.



Bosque en la isla Dawson. Fondo de la bahía Willis



Isla Dawson. Laguna tranquila, en la Punta San Valentín. (Fotografía Duran)



Don Boido José, misionero de la Patagonia.

(una bruja vieja), con los brazos y la cara pintados con manchas de diversos colores y vestida extrañamente, con los cabellos enmarañados; además, llevaba un rústico tambor y un bastón. Venía precedida de muchos chicos de ambos sexos, vestidos extrañamente, trayendo cualquier herramienta apta para hacer ruido.

Se dio comienzo a la ceremonia. La *Machi* comenzó a animarse. Comenzó a golpear el tambor con el bastón y la mano, hacer chillidos, bailar, saltar y contornear su cuerpo como una furia. Los niños también la imitaban y golpeaban sus instrumentos y lanzaban gritos que ensordecían. ¡Esta bella música del infierno duró ni más ni menos que dos horas! Supe que esto se repitió por varios días consecutivos, hasta que el pobre cacique murió. Entonces dijeron que *Gualicho* había sido más fuerte que todos ellos y por eso había vencido. Abandonaron el lugar, porque lo creían infestado por el espíritu malo, prendiendo fuego la choza y sepultando el cadáver.

Los patagones tienen varios cuentos mitológicos

Un cuento del dios Heller

En el comienzo, había un dios que se llamaba *Heller*, que vivía con su esposa no se sabe dónde. Tuvieron un hijo cuando eran viejos, y este era vulnerable solo en los talones. En ese tiempo, la tierra carecía de montañas, ríos, árboles y todo lo que embellece la naturaleza. *Heller* hijo crecía y el padre, pensando que algún día le sacaría el trono, le tuvo celos. Entonces, un día se acercó a su hijo para herirlo en los talones y matarlo. Pero este, alertado por la madre, huyó montado en un soberbio caballo y recorrió toda la tierra. El padre comenzó a seguirlo, pero cuando se le acercaba, el hijo lanzaba una flecha, y en el lugar surgía por encanto una montaña con un bosque frondoso o se abría un río rico en agua y peces o bien se ensanchaba un valle lleno de hierba. A pesar de estos obstáculos, el padre no desistió de seguirlo. Finalmente, cansado de correr, se cayó y murió. Entonces, el hijo volvió sobre el camino hecho y encontró a su madre que le dijo que en el sol había muchas cosas bellas y que tendría que casarse con la hija del dios del Sol, pero le advirtió que este no se la daría y trataría de engañarlo con la sirvienta.

Después de haberlo instruido sobre la forma de superar esta dificultad para vencer el engaño, se transformó en un bellísimo cisne, al cual este hijo se aferró, y así viajaron hacia el sol. Al hacerse de noche, tuvieron que posarse en el mar; sobre ese lugar surgió una isla, y así sucedió cada vez que se posaron en algún sitio. Finalmente, llegaron al sol. El dios habitaba una hermosa choza deslumbrante, con vivísimas luces, de la cual emanaban perfumes con aromas preciosos y se escuchaba el eco de sonidos hermosos. Era un lugar verdaderamente placentero.

Presentándose el joven *Heller* al dios del sol, le pidió tomar a su hija por esposa.

—¡Acá está mi hija! Le respondió el numen, y le mostró una gentil jovencita, espléndidamente vestida. —Después le mostró una horrible jovencita mal vestida y agregó—: ¡Esta es mi sirvienta!

Sabiendo el joven que la madre le había advertido que el dios trataría de engañarlo, pensó que la primera era la sirvienta transformada por el dios y la segunda, su hija, por lo cual respondió:

—Yo quiero la que dices que es tu sirvienta.

Sorprendido, el numen, al ver descubierto su engaño, al principio no quería ceder, pero al final consintió a cambio de que matase un terrible guanaco, el cual petrificaba solo con la mirada, y que le quitase un anillo que tenía dentro de un huevo de avestruz que estaba escondido en una caverna. Este huevo mataría a cualquiera sobre quien se derramara, aunque sea, una gota de su clara o de su yema.

El joven se escondió cerca de donde solía pastar ese guanaco y, sin que este lo viera, le disparó una flecha mortal directo al corazón. Cubriéndose con la piel de la fiera, fue a la caverna donde estaba el huevo y con un flechazo lo rompió. Salpicaron gotas de yema y clara sobre él, pero no le hicieron ningún mal, porque estaba cubierto con la piel del guanaco. Finalmente, extrajo el anillo y se lo llevó al dios, que debió cumplir la promesa de concederle a su hija como esposa. El dios del sol envejeció y murió y *Heller* tomó su lugar como patrón absoluto, quien, siendo invulnerable, vive y vivirá en el cielo eternamente.

Este fue el creador de los tehuelches y quien les dio la Patagonia como su propiedad. Cuando un indio muere, se va al sol a vivir con *Heller* para siempre, porque este siente un gran amor por todos los tehuelches de la Patagonia.

¡Sol divino, Cristo Jesús, que iluminas a todos los hombres, ilumina a este último grupo de salvajes, que aún no te conocen completamente!

S. P. R.

De Gallegos al lago Argentino. Una misión entre los tehuelches. 57 bautismos

Salí de Gallegos el 2 de marzo con un joven catequista, un guía y 13 caballos. Íbamos contentos, acariciados por un viento suave del oeste. La esperanza de poder hacer un poco de bien me inspiraba y me hacía sentir lento el andar desenfrenado de los caballos.

Así pasamos los primeros siete días, para arriba, para abajo, de acá para allá, recorriendo grandes distancias, sin que el Señor nos dejara faltar nada de lo necesario y, además, encontrando siempre donde celebrar la misa, que es el mayor placer para un misionero.

Llegamos al valle del río *Santa Cruz* que corre entre dos barrancos empinados de unos 200 m, que tiene un ancho de 2 km o más y que se angosta dejando apenas pasar el río. Sobre el anochecer del 11 de marzo, llegamos a un vallecito de unos 40 km de largo y, por menos, 1 km de ancho, con una profundidad de entre 6 y 7 m, llamado *Comesuaike*. Abajo se veían las chozas de los indios. Llegamos cuando aún era de día. Esperaba que los indios vinieran a mi encuentro a hablarme y a pedirme cosas. Sin embargo, algunos estaban tirados y otros apenas se mantenían en pie. Uno, apenas se mantenía arriba del caballo y despotricaba a más no poder. Más allá, se oía el ruido de unos tambores, mientras algunas mujeres reunidas cantaban una extraña cantinela de solo tres o cuatro notas, tiradas en el suelo, mal vestidas, con los cabellos enmarañados, con sus caras repugnantes, levantando el codo a cada rato para beber con suma avidez un sorbo de no sé qué licor.

¿Qué había sucedido? Pronto me di cuenta y comprendí la situación. En el medio de las chozas, rodeado de indios en una bacanal infernal, vi un carro lleno de barricas y cajas. Había llegado un vendedor ambulante, de los que se hacen llamar cristianos y no se lo merecen, que no había venido a comerciar honestamente, sino a emborrachar a los pobres hijos de la pampa, para que no entendieran para nada el verdadero valor de sus mejores caballos, de las pieles de guanaco, de las plumas de avestruz... ¡Con lo buscadas que son estas cosas! Los indios borrachos se vuelven tontos como niños y no se dan cuenta del su valor y, por un trago de aguardiente, dan todo lo que poseen.

¡O auri sacra fames! ¡De qué culpas no eres origen! Un indio había vendido su caballo a un precio mucho menor que su valor real, y no contento aún, el comerciante no quería pagarle con dinero. Con unas botellas de licor en la mano, le decía: «¡Mira, mira qué lindo color! ¡Estarás contento después de que lo hayas bebido! ¿Lo quieres? Cuesta solo 5 pesos (11 liras) ¡Dale, bébelo!». Con esa escena, sentí que me hervía la sangre en las venas, pero la prudencia me decía que era mejor soportar y callar, por-

que los indios ya borrachos, no me hubiesen dado la razón. Y este pobrecito cayó en el lazo, y por su embriaguez perdió su caballo.

Al día siguiente, hablé con el comerciante y le dije el tremendo mal que hacía; y me prometió que no les vendería más alcohol. Esa vez cumplió porque ya lo había vendido todo. Hay leyes severas para estos traficantes deshonestos, pero por las enormes distancias, estos hechos se renuevan impunemente a menudo.

En la noche del 11, apenas había desmontado del caballo cuando vino a mi encuentro un viejo sucio, con el pelo enmarañado, las manos grasientas y la boca con barro. Agarrándome de la mano y en un español malo, me dijo: «Padre, yo amigo suyo... tú darme veinte pesos... pagarme un vaso de licor». Y luego de esto, se me acercó una india que llamaba a otras y gritaba: «Padre, debe bailar... bailar, padre». No valió la pena decirles que no tenía dinero y que no sabía bailar, el viejo continuaba diciendo «Sí, sí, tú tienes dinero, pero no quieres pagar. Pagar, hombre, pagar». Di vuelta mis bolsillos para persuadirlos, pero fue inútil. Y la mujer que quería que bailara no paraba de gritar «Queremos que el padre baile». No sabía cómo salir de este problema y estaba por montar a mi caballo para irme, pero eso hubiese sido predisponer mal a los indios contra los misioneros, por lo cual, recomendándome a María Auxiliadora, les dije: «Les repito que no tengo dinero, pero conozco al comerciante y quizá me da un préstamo. Pero, primero, déjenme que vaya a ver a vuestro cacique, que es amigo mío». En efecto, lo había conocido en Gallegos hacía dos años y había venido al colegio a visitarme.

Estas palabras los calmaron, y me fui a la choza del cacique que estaba roncando, borracho como todos los otros. Allí me quedé hasta que no hubo ruidos y con astucia salí de la choza y encontré al guía y al chico, que ya habían preparado la carpa un poco más lejos de las otras. Me acosté y, finalmente, encontré la calma y el sueño restaurador.

El día 12, con las extremidades un poco doloridas, me levanté temprano para encontrar un buen sitio para celebrar la santa misa. Cumplido el santo sacrificio, me dirigí a las chozas a visitar a los indios que me recibieron bastante bien, ya disipados los vapores del alcohol del día anterior. Expuse el motivo de mi visita y vi con beneplácito la posibilidad de bautizar a 15 niños y 5 jovencitos, que pronto podría regenerar en las aguas benditas del santo bautismo. De inmediato, me puse a instruir a los más grandes. Todos entienden bastante el español y lo hablan como para hacerse entender. Los pobres niños se hicieron rápidamente mis amigos, y se encariñaron tanto que no me dejaron en todo el día.

El rito sacro se cumplió la mañana del domingo 14, en presencia de todos los indios, y les repetí la importancia del acto que iba a llevar a cabo. Todos asistieron a la santa misa con bastante recogimiento. Después, administré el bautismo a los 15 niños y a los 5 más grandes. Que la gracia del santo bautismo les dure en su alma eternamente.

Inmerso en este pensamiento, nos dirigimos hacia el noroeste, para llegar al *lago Argentino* que se encuentra en medio de la Cordillera. El día 18, haciendo camino, me enteré de que allí cerca, en una laguna llamada *del Oro*, había algunas chozas. Estaban a solo 25 km y, separándome del guía y del joven catequista, me dirigí con otro joven a las nuevas chozas, las cuales encontramos después de una hora, en la apertura de un cañón o vallecito.

Eran ocho familias con 11 niños para bautizar. Pasaban las horas y el guía y el sacristán no aparecían. Se hizo la noche y no los vi aparecer. Estaba muy preocupado por ellos. Pero lo que más me preocupaba era que el 19 era la fiesta de San José, y no podría celebrarla. Los pobrecitos se habían perdido en medio de la pampa y, cansados, sedientos y hambrientos, habían tenido que

pasar la noche cerca de unos arbustos a cielo abierto. Durante la noche, habían desaparecido cuatro caballos y no los pudieron encontrar más. Finalmente, viendo el humo de nuestro fuego nos pudieron encontrar, y más muertos que vivos, nos contaron sus peripecias. Era ya pasado el mediodía.

Perderse en estas regiones es facilísimo, porque no hay senderos ni personas a quienes preguntarle y todo el terreno parece igual, es como estar en alta mar sin brújula en un día nublado, uno pierde la orientación y va hacia la derecha cuando tiene que dirigirse a la izquierda y viceversa.

El día 20, comenzamos de nuevo a viajar, volviendo otra vez al río *Santa Cruz*, donde encontramos algunos indios *araucanos* de Chile, que nos esperaban para que bauticemos a sus niños. En solo tres familias, encontré nada menos que 20 criaturas, entre niños y jovencitos, a los que les administré el santo bautismo.

Los *araucanos* son un poco diferentes a los tehuelches, más vivaces, mejor formados y también más instruidos. Los que encontramos nosotros no solo entendían y hablaban bien el español, sino que sabían el *padrenuestro*, el *avemaría* y conocían los misterios principales de la fe, así que fue sencillo completar la instrucción de los más grandes y prepararlos para el bautismo al día siguiente.

Siguiendo el camino, supimos que en el vallecito *Comesuaike* había tres familias nuevas de indios, que tenían niños para bautizar. Sin importar el inconveniente de alargar dos días el viaje, aunque el guía no estaba demasiado contento y los caballos menos porque estaban muy cansados, quise volver a visitar a los *tehuelches*. Volví a verlos y tres nuevos bautismos me recompensaron el cansancio y lo que me faltaba hacer para llegar a *Gallegos*, viajando día y noche para poder llegar al día siguiente para la vigilia de Pascua.

Sacerdote P. Renzi

¿Cómo desaparecieron los pobres tehuelches? ¿Cuáles fueron las causas de su desaparición?

El Gobierno argentino comenzó a vender a los europeos campos extensísimos en la Patagonia, sin pensar que allí vivían numerosísimos indígenas desde tiempos inmemoriales y que, además, eran sus tierras. Tendría que haberles dejado parte del terreno para que ellos pudieran vivir de la caza y de su pequeña industria, como habían hecho hasta ahora. En cambio, no se pensó para nada en los indígenas. Por lo que, a medida que los campos eran ocupados por los europeos, los indígenas debían retirarse y se les hacía cada vez más difícil sobrevivir.

Entonces, los tehuelches, que se creían dueños de las tierras, veían como usurpadores a los europeos, quienes las comenzaron a ocupar y así se inició la lucha entre los indígenas y los europeos, porque cada uno quería hacer valer sus derechos. Los primeros, porque consideraban una injusticia que un extranjero viniese a robarles sus tierras, donde vivían y cazaban. Los segundos, porque le habían comprado esas tierras al Gobierno y las creían propias con toda la razón. Los indígenas comenzaron a molestar a los europeos, robándoles todos los animales domésticos que podían, y los europeos se defendían muy bien matándolos.

En la lucha continua, a menudo había heridos y muertos de las dos partes. Los europeos le pidieron intervención al Gobierno y este consideró un deber protegerlos, mandando soldados al lugar para alejar a los indios, matando a muchos de ellos. Pero estos, lejos de dejarse intimidar por la violencia de los soldados, se volvieron más valientes y furibundos y los enfrentaron con sus boleadoras y lanzas. Los soldados, a su vez, para mostrar su valentía, no solo se defendieron, sino que diezmaron a los indígenas con sus fusiles, los tomaban prisioneros y los mandaban a Buenos Aires para que dejaran de molestar a los colonos



Indios araucanos de Chile.

europeos. El ejército se esparció por toda la Pampa Patagónica, y a todo indio que encontraban lo llevaban a la capital de la República. Los soldados andaban a caballo y los indios a pie, tanto hombres como mujeres y niños. Cuando algunos de los indios, por agotamiento, no podían seguir con la caravana, los soldados lo masacraban. Fueran hombres, mujeres o niños.

En aquel momento, los soldados argentinos eran voluntarios y no eran, precisamente, hombres modelo. Muchos de ellos se habían enrolado en el ejército después de haber estado en prisión muchos años por delitos graves, un gran número de estos eran de raza negra. No es de extrañar que muchos de ellos fuesen de mal corazón y les diera gusto hacer sufrir a los pobres indios, como si se tratara de animales salvajes. Para ellos, ultrajar a una mujer o cortarle el cuello a un indio era cosa natural. Era como un pasatiempo. Antes de que el grueso de la caravana llegara a Buenos Aires, muchos pobres indios fueron asesinados. Algunos pudieron huir, internándose en la Pampa Central o pasando la frontera de la República, para establecerse en territorio chileno.

Un oficial argentino que había formado parte de esta expedición, me contó con horror que algunos de los soldados eran tan crueles que a los muertos adultos le sacaban la piel de la espalda, para secarlas y venderlas a los encuadernadores de libros de Buenos Aires como cuero fino, y sacaban piel de otra parte del cuerpo de los hombres para hacer bolsas de tabaco. Me dijo, además, que él conocía a un hombre rico de Buenos Aires que tenía muchos libros de su biblioteca encuadernados con piel de indios tehuelches.

Relata refero. No intento garantizar el hecho relatado arriba, por no haberlo presenciado, pero lo expongo bajo la responsabilidad de un oficial argentino digno de fe, que lo vio con sus propios ojos y no debe ser improbable, sabiendo que los hombres que lo hicieron son *la escoria de la sociedad.*

Una vez que estos infelices tehuelches estuvieron en Buenos Aires, los hombres aptos para manejar armas fueron enrolados en el ejército, los viejos y las mujeres, internados en institutos de beneficencia, y los bebés y niños, repartidos en familias de la ciudad. Así se extinguió en gran parte la heroica raza indígena de los tehuelches en la Patagonia. A los pocos sobrevivientes, los diezmó la viruela y el aguardiente.

Comerciantes inescrupulosos iban a menudo a las chozas de los indios con barriles de alcohol de la peor calidad y los emborrachaban para sacarles bellas pieles de guanaco a poquísimo costo. Hoy en día, se puede decir que en toda la Patagonia Meridional existen, a lo sumo, no más de mil trescientos o mil quinientos indios tehuelches. Casi todos ya civilizados y cristianos. Con toda razón, se puede decir que los europeos aniquilaron a los salvajes de la Patagonia.

Los misioneros salesianos, llegaron a tiempo para cristianizar y abrir las puertas del cielo a la retaguardia del gran ejército de indios de la Patagonia. La cruz de los misioneros hubiera, seguramente, salvado a este pueblo, mientras que la espada los hizo perecer.

Triste fin de una tribu de tehuelches de la Patagonia Meridional

En la República de Chile, cerca del estrecho de Magallanes, en el hermoso valle del *río Zurdo*, vivía el c100acique tehuelche más rico de la Patagonia Meridional, llamado *Mulato*, con su gran tribu compuesta de unas quinientas personas.

Mulato era el hombre más bueno, más trabajador, más amable y simpático de cuanto indio tehuelche haya conocido. Se parecía a los grandes patriarcas del Antiguo Testamento, aquellos padres de familia de numerosísima descendencia, bendecidos por el Señor, que pasaban toda su vida haciéndole el bien al prójimo. A *Mulato* nunca se lo vio borracho, porque no probaba alcohol de ninguna clase, por lo que el Señor lo hacía prosperar en sus riquezas, y estas crecían día a día y le servían para ayudar a su gente y a quien concurriera a pedirle ayuda. Nunca se negaba a ayudar a aquel que se lo pidiese. Tenía más de *quinientos* animales, entre caballos y yeguas, y prestaba o regalaba caballos a quien lo necesitara. Por eso, era amado y estimado por toda persona que lo conocía. Su hospitalidad era sagrada y proverbial, trataba espléndidamente a sus huéspedes y lo hacía con toda la sinceridad de su corazón. Su mujer se parecía a él en su voluntad de corazón y generosidad. Ambos poseían la simplicidad de los niños, que encantaba a los que los conocían y eran muy queridos. Tenían un hijo único, que también se parecía a ellos, y una nieta muy buena. Eran una maravilla.

Esta familia, y toda su gente se habían hecho cristianos, vivían en el santo respeto hacia Dios y a los misioneros. Al distribuir el terreno entre los colonos europeos, el Gobierno chileno había respetado el del valle del río Zurdo, donde habitaba el cacique Mulato y su tribu (mientras ellos vivieran), considerándolos los primeros propietarios de la tierra, con pleno derecho sobre estas. De esta forma, los tehuelches no molestarían nunca a los colonos europeos, como tampoco lo harían los blancos con ellos, porque los indios tenían suficiente terreno para poder vivir cómodamente con sus rebaños.

Pero con el pasar del tiempo, unos ingleses quisieron adueñarse de las tierras reservadas para los pobres indios tehuelches, corrompiendo con una buena suma de dinero al gobernador de Punta Arenas. Este le concedió a uno y a otro el permiso de ocupación provisoria sobre las grandes extensiones del territorio perteneciente a los indios. Un inglés una vez le contó a un amigo suyo la forma en la que había logrado obtener el campo que ocupaba sobre el territorio de los tehuelches del cacique Mulato: «Hice llegar a hurtadillas hasta las manos

del gobernador doscientas libras esterlinas y este me lo concedió de inmediato».

Así, poco a poco, el valle del río Zurdo iba siendo ocupado por los europeos y los pobres indios no tenían praderas para alimentar a sus caballos y no sabían a dónde ir a cazar guanacos y avestruces sin ser molestados por los blancos. El cacique Mulato se fue a quejar muchas veces con el gobernador de Punta Arenas, que siempre lo recibía bien y le prometía que iba a alejar a los invasores de sus tierras. Pero eran solo palabras, y no cumplía lo prometido. Viendo que el gobernador de Punta Arenas no hacía justicia, Mulato pensó en ver al señor presidente de la República en Santiago, y aunque este lo recibió muy bien y le hizo buenas promesas, estas nunca se hicieron realidad, a pesar de su buena voluntad, porque se encontraba con los obstáculos que ponía el gobernador de Magallanes.

Después de muchos años de inútil expectativa, Mulato resolvió volver a Santiago a suplicarle al presidente que hiciera alejar de su territorio a los *gringos* (ingleses), porque cada día se complicaba más su posición. «Estos gringos —decía Mulato— me roban todo el campo y mis caballos se mueren de hambre; tú hacerlos alejar». Esta vez fue con su mujer, su hijo y su nieta. El presidente los recibió con buena voluntad y les prometió hacer justicia. Al volver, ya en Valparaíso listos para embarcarse, la nieta de unos dieciocho años se enfermó de viruela, pues en esa ciudad había una epidemia. La enfermedad la llevó a la tumba.

Cuando llegaron a Punta Arenas, la nieta fue internada en el lazareto y a ellos se le prohibió la entrada. Se quedaron afuera, llorando desconsoladamente. Después de unos días, la joven murió y ellos retornaron al río Zurdo. En poco tiempo, murió también el hijo de Mulato y lo siguió el padre, ambos con viruela. Después, por esta peste, murieron todos los indios de la tribu que vivían cerca del valle del río Zurdo. La mujer del cacique Mulato, asustada por la muerte de su hijo y su marido se fue a una tribu cercana en *Coy-Inlet*,[45] donde vivían parientes suyos. Ella ya estaba enferma también y se los dijo. Luego murió ella y todos los indios de *Coy-Inlet*. De modo que, en uno o dos meses, desaparecieron las dos tribus de indios más numerosas y buenas que había en la zona. Los animales de los indios fueron tomados por los colonos y por el Gobierno.

Fundación de la misión entre los alacalufes en la isla Dawson

Febrero de 1889

Con la llegada del nuevo personal, monseñor Fagnano pensó en establecer una misión definitiva para civilizar a los indios alacalufes de los canales, llamados indios de canoa. Fue elegida como base para la misión la isla Dawson, por su tan conveniente ubicación para el objetivo deseado. La isla era habitada solamente por los alacalufes y, a pesar de que se veía muy linda por sus bosques vírgenes y algunos prados verdes, era igualmente vista con terror, no solo por los europeos, sino también por los naturales de América, quienes no se acercaban allí por temor a ser asesinados por los salvajes, como había sucedido, por desgracia, con algunos otros. Los salvajes habían asaltado en muchas oportunidades pequeñas embarcaciones a vela y habían matado a todos sus ocupantes para adueñarse de todo lo que había a bordo.

45. Lugar denominado Coyle por los tehuelches (*coy*: 'laguna'; *le*: 'agua': «laguna con agua»). Coig Inlet se lo denomina después. Coig es el nombre que en 1789 le asignó una expedición española que efectuó un relevamiento de la costa de la Patagonia, y que dio como resultado la Carta de América Meridional, donde figura como «bahía de Coig», por el nombre del oficial español don Claudio Coig y Sansón. *Inlet* es agregado en la carta topográfica publicada por Robert Fitz Roy (goleta Beagle), como si se tratara de una entrada de mar. Mario Echeverría Baleta, *Toponimia indígena de santa Cruz*. 5.ª Edición, s/d, 2009. (N. del T.)

La isla Dawson tiene una superficie de 13 300 km^2. Algunas montañas en el sur son altas (más de 1000 metros sobre el nivel del mar) y casi todo el año están cubiertas de nieve. El resto de la isla está cubierta de densos bosques, sobre modestas colinas; pastizales por todos lados, un buen número de lagos de agua dulce y muchos lugares pantanosos.

El 3 de febrero de 1889, zarpaba la primera nave desde Punta Arenas para la isla Dawson, la goleta *Fueguina*, cargada de víveres para varios meses, con algunos animales (13 vacas, 1 toro, 3 caballos y 20 ovejas) y con las cosas más básicas e indispensables para fundar un pequeño poblado en este desierto. Fue electo director de esa misión el misionero don Antonio Ferrero y como ayudante, el catequista Juan Bautista Silvestro. Varios pastores y carpinteros formaron parte de esta primera expedición. En total eran 12 personas.

Monseñor Fagnano era el jefe, pero solo para guiarla e instalarla, luego retornaría a Punta Arenas. Al principio, se eligió como centro de la misión la bahía Willis y se construyó allí la primera casa. Los pastores junto con los animales desembarcaron en la bahía Harris donde había buena pastura. Como llovía, lo primero que hubo que hacer fue armar una carpa provisoria para guardar los víveres y los instrumentos desembarcados.

Monseñor Fagnano da información de la creación de la misión al señor don Rua con la siguiente carta

Punta Arenas, 15 de marzo de 1889

Acá estoy de regreso de la misión en la Tierra del Fuego y en condiciones de poder informarle sobre el capítulo en cuestión, donde actualmente está el sacerdote Ferrero junto a su ayudante J. Bautista Silvestro.

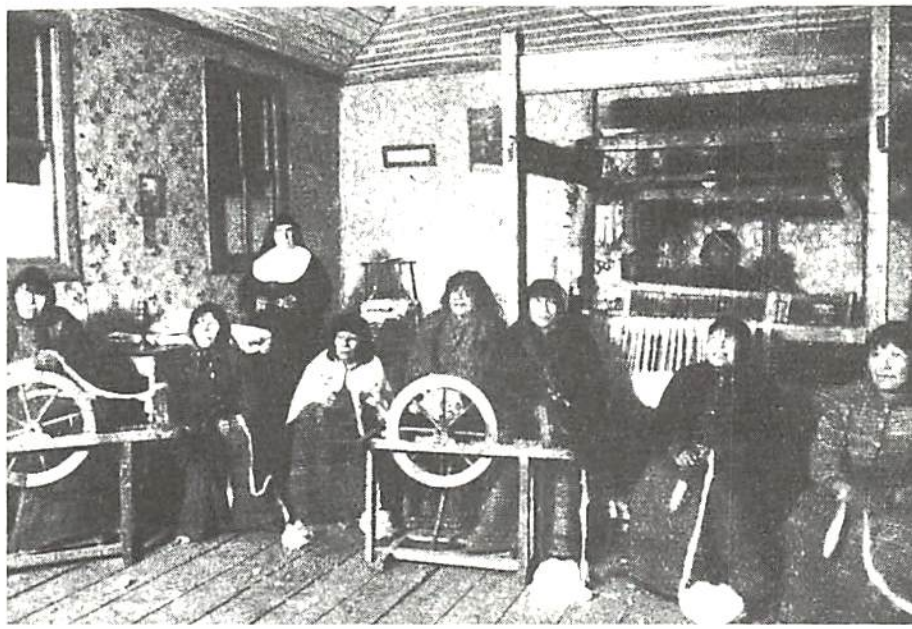
Recién llegado aquí, enseguida me informé de nuestros pobres salvajes y recibí este relato: en julio del año pasado, catorce hombres blancos se dirigían a buscar oro en la parte oriental de la isla grande y encontraron una tribu de indios. Estos hombres, que se llaman asimismo cristianos, atacaron a los salvajes haciendo fuego y mataron a unos cuarenta de estos. Las mujeres y los niños se arrodillaban pidiendo piedad por sus vidas. Creo que los dejaron vivos, pero no sé en qué condiciones. Esto ocurrió entre el territorio argentino y el chileno; entonces, uno no sabe a quién dirigirse para remediar estos actos de barbarie que comete gente que pretende ser civilizada.

Hice todo lo posible para tener listo todo lo que requería nuestra misión para la partida a la isla Dawson, pero no lo conseguí hasta principios de febrero. Las dificultades que se deben vencer para obtener pequeños resultados son siempre grandes: tan lejos de los centros poblados, donde todo es carísimo, y con gente con poca voluntad de ayudar, salvo bajo condiciones exorbitantes.

Pudimos partir el 3 de febrero en la goleta llamada *La Fueguina*, de cuarenta toneladas, y nos dirigimos a un lugar de la isla Dawson, donde el año pasado habíamos dejado a cuarenta indios y les habíamos dado una cita para dentro de siete lunas. El día 4 a las 2 de la tarde, llegamos a la playa y comenzó el desembarco de víveres, ropa, tablas y chapas de zinc para el techo de la nueva casa, pero no encontramos a los salvajes. ¡Pobrecitos! Habrán esperado el tiempo indicado y viendo que no venía el capitán bueno, se habrán ido a buscar el alimento necesario a otro lado.

Mientras tanto, se levantaron carpas provisorias para reparar de la lluvia los víveres desembarcados y se dio comienzo a la construcción de la casa, que debería ser el centro de la misión.

Mientras tanto, acompañé a don Ferrero y le indiqué el lugar donde había encontrado a los indios y su choza o, mejor dicho, los palos clavados en la tierra, donde se reparaban cuando se encontraban en esa bahía.



Talleres de mujeres, hilando lana. Misión San Rafael, Dawson

Don Ferrero me decía:

—¿Y qué haremos aquí si no están? ¿No sería mejor ir a buscarlos?

—No te apenes, ellos vendrán y te darán trabajo. Ahora comienza a armar una habitación para la capilla, una para dormir tú y el hermano y una para guardar los víveres, la ropa para los salvajes, las herramientas para la agricultura, y agradezcamos al Señor que te dará tiempo para hacer esto y te consolará después con la llegada de los salvajes.

Me embarqué de nuevo para Punta Arenas, dejando las instrucciones a nuestros hermanos de cómo comportarse con los salvajes y con la gente que estaba con nosotros, y llegué el día 6.

Cinco días después de mi partida, se presentó en la misión una piragua, que se acercaba lentamente, haciendo seña de desembarcar. Era una pequeña canoa hecha de corteza de lenga (*Favus antarticus*)[46] de casi 3 m de largo por 80 cm de ancho, con toda una familia de indios, incluido el perro que estaba firme en la proa, dividida en cinco o seis compartimientos. Sobre un poco de tierra en el medio, mantenían el fuego para asar todo lo que pudieran pescar y, además, les sirve de lastre y está siempre manejada por las mujeres que son excelentes remeras y nadadoras. Se animan a atravesar el estrecho de Magallanes, en la parte más angosta, y recorren los alrededores de todas las islas.

Con un pañuelo, se les hizo seña para que se acercaran. Apenas pusieron proa en la playa, saltó a tierra un hombre con dos hijos y con señas hizo entender que era bueno, que no haría ningún mal. Cuando don Ferrero le indicó que se acercase y le

46. El género *Fagus* corresponde a las hayas de las zonas templadas de Europa, Asia y Norteamérica. Más adelante se definirían las locales como «falsas hayas» (*Nothofagus*). El nombre científico aceptado actualmente para la lenga es *Nothofagus pumilio*; y para el ñire, *Nothofagus antarctica*. (N. de la E.)

mostró galletas, se puso contento y se acercó temblando. Tomó las galletas, se las dio a sus hijos y comenzaron a comer. La mujer estaba con un niño sobre su espalda y trajo la canoa a tierra, ante la seña de su marido, ayudada por sus hijos. Se acercó y pidió galletas, tabaco y ropa.

Al principio se acercaron todos con timidez temiendo que fuese algún engaño. Pero cuando se vieron bien tratados, dejaron de lado su temor, comenzaron a hablar en su lengua y a decir que venían de lejos y que en pocos días vendrían más. Mientras tanto, se les preparó una casita muy linda con unas tablas, que los protegía, seguramente, de la lluvia, pero no del frío y el viento. Contentos con su vivienda, observaban con curiosidad todos los movimientos de don Ferrero, de Silvestro y las demás personas. Gran parte del tiempo, permanecían observando el mar. Después de dos días, le indicaron al hermano un pequeño punto negro que apenas se veía con los binoculares. ¿Qué cosa era? Dos canoas que se acercaban y que llenaron de alegría al indio, porque veía cumplida su palabra. Se hicieron señas, se acercaron, y a la voz de uno de los indios, un tal Miguel, desembarcaron contentos, llevando sus canoas a tierra.

Comenzaron a decir que eran buenos y que no tenían malas intenciones y pidieron *galletas, tabaco y pantalones*. Contaron que el capitán Antonio había muerto y había dejado solos a sus hijos y a su mujer. Este capitán Antonio era un indio, que un comerciante había hecho embarcar en un vapor alemán de la línea entre Hamburgo y Valparaíso. Había hecho el viaje de ida y vuelta y había desembarcado en Punta Arenas, donde dejó el pueblo para volver a su vida salvaje. Los indios lo querían mucho porque sabía algunas palabras en inglés y sabía modales civilizados. Ahora toda la pequeña tribu hablaba del capitán Antonio (su cacique) para hacer creer que habían estado bajo su mando y que por consiguiente deseaban ser tratados bien.



Mujer fueguina haciendo cestos, Dawson.

Pero el pobre capitán Antonio, a pesar de haber estado tantos meses entre civilizados protestantes, no llegó a entender las verdades fundamentales de la religión, porque los protestantes no están interesados en la conversión de estos infelices. Este fue reducido a una vida salvaje y se hizo ladrón y homicida, por lo que era perseguido por los soldados y tuvo que alejarse para no caer en las manos de los cristianos.

Volviendo a nosotros, don Ferrero pensó en darles una vivienda a los recién llegados y, con tablas y chapas de zinc, les preparó una casa. Se alegraron mucho y se mostraron contentos con el *Capitán Bueno*.

Se trataba, entonces, de enseñarles a asearse y a liberarse, especialmente, de esos insectos molestos que le infestaban la cabeza y las pieles que le servían de vestimenta.

Don Ferrero y Silvestro pusieron manos a la obra: con señas les explicaron lo mal que estaban sus cabezas y que necesitaban

cortarse el pelo y tirar esas pieles sucias y les mostraron ropas y mantas rojas que serían para ellos, si se dejaban limpiar. Entonces, Silvestro se puso una manta roja y comenzó a saltar en señal de alegría y decía: «¡Qué lindo! ¡Qué lindo!» Valió la pena la estrategia, porque un joven de unos quince años se acercó para cortarse el cabello. Después, Silvestro lo llevó a unos veinte pasos, al borde del mar, lo enjabonó de pies a cabeza, lo bañó, le puso una manta, lo llevó a una pequeña habitación, lo vistió con camisa, pantalón, chaleco y chaqueta, y le puso una gorra roja y se lo presentó a los otros indios, que viéndolo transformado: gritaban «A mí, a mí» y todos a la carrera se acercaron para que les corten el cabello, los bañen y los vistan como al primero.

En dos días finalizó la operación. Todos los indios estaban bañados y contentos, y así se abrió el camino a nuestra misión espiritual. En total eran 17. Don Ferrero, a la usanza de nuestro progenitor Adán, comenzó poniéndole el nombre Miguel al jefe, y fue poniéndoles nombres a todos, a uno Emanuel, a otro Rafael y así continuó. Ahora todos se vanaglorian de ser llamados por sus nombres. Además, les enseñó a recitar algunas oraciones a la imagen de María Auxiliadora, nuestra buena y querida madre. El domingo siguiente, se dio aviso al personal para que asistiese a la santa misa y a la explicación del catecismo a toda la nueva familia de indios. Llegada la hora y dada la señal con la campana del altar, todos concurrieron a la capillita de San Rafael. Fue admirable la atención prestada. Estaban sin decir palabra, atentos a cada mínimo movimiento del sacerdote. Terminada la misa, se les dijo que se podían ir y se retiraron hablando con admiración de los ornamentos del *Capitán Bueno*, con una excelente impresión de la función y de la ceremonia celebrada por el sacerdote, con la fe de que no sufrirían más enfermedades porque el espíritu malo se había alejado de allí.

Ahora se están instruyendo en la verdad principal de nuestra santa fe y esperamos que para la próxima Pascua se puedan bautizar. Pronto partiré para visitarlos y a mi vuelta, amadísimo don Rua, tendré para decirle algunas cosas más. Mientras tanto, pida en las oraciones para que, salvando las almas de los otros, podamos salvar nuestras almas.

Todos los hermanos de Punta Arenas besan la mano del querido rector mayor y piden la bendición sobre ellos, con el corazón en Jesús y María.

Sacerdote José Fagnano
Prefecto apostólico

Se transporta la misión desde la bahía Willis a la bahía Harris. Vienen los indios

Como ya se ha dicho, se había elegido la bahía Willis como centro de la misión, y ahí se había construido la primera casa. Pero después se supo que esa posición no era la mejor y se trasladó la misión a la bahía Harris, a poca distancia de allí, porque esta presentaba mejores condiciones y podían entrar naves muy grandes hasta muy cerca de la playa, mientras que en la bahía Willis solo podían entrar pequeñas embarcaciones. La casa que se había construido en la bahía Willis se transportó a la bahía Harris, en pedazos sobre una balsa. Esta bahía está protegida del viento en tres direcciones y solo quedaba abierta hacia el este.

En la bahía, se hicieron seis pequeñas casas para los indios y una más grande para los misioneros con solo una planta y dividida en dos partes, y un lugar para guardar los víveres. La casa grande servía de refectorio, dormitorio, iglesia, despensa, estudio, etc. Después de un año, se hizo una linda iglesia, una escuela para niños y jóvenes, dormitorios, refectorios, talleres, una sala para instrucción catequista y para recreación, un hospital, una cocina, tanto para los salesianos que atendían a los hombres y niños como para las monjas de María Auxiliadora que cuidaban de las mujeres y las

niñas. Para las familias, se hicieron 30 lindas casas, divididas interiormente en dos: cocina y dormitorio. Estaban alineadas, con calles entre un grupo y otro, y otras 30, un poco más modestas, para los indios recién llegados, todavía salvajes, que no se adaptaban a vivir en casas limpias, con puertas y ventanas. Los indios no quisieron ir a vivir en las primeras seis casas, a menos que se quitaran las puertas y las ventanas. «Malo, malo», decían señalando las puertas y ventanas. Fue después de sacar las puertas y ventanas que se animaron a entrar y habitarlas. Después de vivir un año o dos en la misión, ya más civilizados, conocieron los beneficios de una casa limpia, con puertas, ventanas y también cocina, y ellos mismos pidieron pasar a casas más lindas.

A los recién llegados les gustaba hacer fuego dentro de la casa, estar tirados en el suelo, amontonados como lo hacían en sus chozas y verse envueltos en humo. Era necesario, al principio, dejar que hicieran lo que quisieran, si es que queríamos conquistarlos y mantenerlos con nosotros. De otro modo, se irían. Así, poco a poco se fueron civilizando. Al principio, nunca habían visto cocinar la carne en ollas (porque no tenían), tampoco habían probado el caldo que se obtiene de la carne cocida y no sabían qué cosa era la sopa. Fue una sorpresa para ellos ver hervir el agua en la olla; reían como niños. Uno de ellos quiso meter la mano en la olla, pero la retiró enseguida cuando sintió que quemaba. Fue para él una lección práctica de física. Enojado, tiro la olla gritando «¡Mala! ¡Me ha mordido la mano! ¡Está el diablo adentro!».

Le dimos a todas las familias, no solo ollas, cacerolas y platos, sino también les enseñamos a cocinar la carne, hacer la sopa, etc. ¡Estaban muy contentos y felices de probar estas comidas! Distribuíamos en las familias dos veces al día, por la mañana y por la noche, raciones de carne cruda, arroz, pasta, porotos, etc., y ellos las cocinaban. Al principio, supervisados por una monja o un misionero, hasta tanto aprendieran a hacerlo solos. El pan se hacía en común, también el café, que se mezclaba con leche y se repartía para todos.

Al principio, como no eran adictos al trabajo, no se los obligaba; se les pedía que vinieran a trabajar tres horas antes del mediodía y tres horas a la tarde, como para que se habituaran al trabajo y no fueran ociosos. A medida que se hacían más diestros para el trabajo y más robustos, ellos mismos venían a trabajar sin dificultad. Se les daba instrucción religiosa dos veces al día, a la mañana y a la tarde, y se les enseñaba las oraciones del buen cristiano, haciéndoles repetir muchas veces palabra por palabra. Eran amados por los misioneros como hijos y hermanos. Además de recibir alimentos y ropa, recibían de ellos confianza y toda clase de beneficios, pero siempre se mostraban temerosos, desconfiados, sombríos, cautelosos y nunca correspondían con la misma confianza a los misioneros, sus benefactores y padres amorosos. A pesar de lo que se les diese, no demostraban agradecimiento y siempre se quejaban.

Para conocer más sobre la perversidad de los alacalufes y la gran aversión que tenían por los europeos (*Ieipaicót* o *Ipa*, como los llamaban a los blancos civilizados) baste recordar estos dos hechos que se relataré a continuación.

Bautismo de sangre. Primer atentado a los misioneros. Divina Providencia

Septiembre de 1889

Ya habían pasado siete meses desde que los 17 primeros alacalufes habían comenzado a vivir en la misión de San Rafael en Dawson, inspirando plena confianza a los misioneros. A estos se les había sumado el sacerdote Bartolomeo Pistone, un misionero muy activo y muy simpático para los indios.

El 7 de septiembre de 1889, cuando la *goleta Fueguina* emprendió el regreso a Punta Arenas, los hombres que trabajaban



Miguel y Brasito. Dos de los seis asesinos que atentaron contra la vida de los misioneros Pistone y Silvestro el 9 de septiembre de 1889 en la isla Dawson.

en la misión, carpinteros, pastores, etc., todos chilenos, pidieron permiso para ir por unos días por motivo de las fiestas patrias que se celebran cada año del 17 al 19 de septiembre, y se les concedió dicho permiso. Don Pistone, afectuoso con los indios y corajudo, se ofreció a quedarse con ellos, con la única compañía del catequista Silvestro, por lo que don Ferrero también se fue a Punta Arenas. Al día siguiente, el 8 de septiembre, los 17 indios se fueron al bosque sin decir nada. La desaparición de los indios le causó mucha pena y sorpresa a don Pistone, sin saber el porqué. Fue astucia de los indios, que meditaban un golpe, aprovechando que en la misión quedaban solo dos misioneros, para agredirlos y llevarse cuanto pudieran.

El día 9, volvieron solo seis hombres, sin mujeres ni niños y fueron a la cocina, donde estaba Silvestro. Este les ofreció de comer, pero ellos le respondieron: «¡No querer comer! ¡Carne tuya querer comer!». El catequista creyó no haber entendido y por lo tanto no hizo caso a esa seria amenaza. Don Pistone, apenas los vio, se acercó rápido y les preguntó con toda amabilidad por sus familias. Ellos le respondieron, friamente, «Mas tarde venir». Y se retiraron a sus casitas. Allí prepararon su traición. Cerca de las 4 de la tarde, salieron los seis de sus casas, se dividieron en dos grupos de tres y se dirigieron hacia donde estaban los misioneros haciendo algunos trabajos fuera de la casa.

Un salvaje de cada grupo traía una bella piel de nutria en la mano y los restantes venían con las manos vacías. Con una sonrisa en sus labios, ofrecieron la piel de nutria, el primer grupo a don Pistone y el segundo grupo a Silvestro. Mientras los misioneros tenían la mirada puesta en las pieles, uno de estos malvados, llamado *Capitán Antonio*, jefe de la tribu, hizo una seña, y los dos que estaban a los lados del que tenía la piel, agarraron las manos de don Pistone y el ter-

cero sacó de debajo de la piel de nutria un cuchillo que tenía escondido. Con un golpe desesperado, trató de cortarle el cuello al misionero. Cuando don Pistone sintió las manos atadas y vio el destello del arma mortal, hizo un esfuerzo hercúleo para tratar de escaparse, gritando a viva voz: «¡María Auxiliadora, sálvame!», y en ese mismo momento, torció la cabeza para evitar ese hierro mortal. El cuchillo, en vez de pasar por su cuello, pasó cerca de su boca y le hizo un corte en el labio inferior, cerca del mentón. Ante el grito desesperado de este, los asesinos quedaron desconcertados, y como habían fallado en el intento, tiraron el cuchillo y se dieron a la fuga. El sacerdote se salvó de milagro y conservó la cicatriz hasta su muerte, como un perpetuo recuerdo.

A Silvestro, con la misma táctica, le dirigieron un golpe de cuchillo directamente en la cabeza. Pero este logró zafar uno de los brazos y lo usó de escudo para defenderse, inclinando la cabeza y gritando al mismo tiempo «¡Ayuda! ¡Oh, María!». De este modo, salvó su cabeza, pues apenas tuvo un rasguño en la frente, pero sufrió una herida grave en su brazo y quizá también una fractura. Los que querían asesinar a Silvestro, al ver que no lograron hacer lo que querían en el primer intento, se dieron a la fuga asustados y se internaron en el bosque para reunirse con los otros. Fue verdaderamente gracia del cielo que los dos misioneros hubieran salvado su vidas, habiendo sido asaltados a traición, por seis hombres robustos y armados, mientras ellos estaban desarmados. No se puede imaginar un hecho semejante. María Auxiliadora, a quien se recomendaron, los salvó de la muerte. ¡¿Cómo se sintieron estos misioneros después de este atentado?! ¡Es más fácil imaginarlo que describirlo!

Don Pistone, apenas se liberó de estos asesinos, sin pensar lo que hacía, e invadido por el espanto, salió corriendo como loco hacia la playa de la bahía Harris en dirección a la bahía *Faux B.*, pidiendo socorro a los gritos, y sin coraje para mirar hacia atrás, creyéndose perseguido por estos villanos. Silvestro, tirado en el suelo, no tenía el coraje de levantarse, y temía por la vida de don Pistone, y este lo hacía por su vida. Los dos, bajo la impresión y el terror de lo ocurrido, chorreando sangre por sus heridas, no sabían qué hacer. Parecían dos locos. Después de algunos minutos de incertidumbre, Silvestro pudo arrastrarse hasta la cocina, donde tenía el fusil cargado, e hizo unos disparos al aire para asustar a los asesinos.

Al escuchar el disparo de fusil, don Pistone se repuso un poco del susto, porque entendió que era Silvestro que disparaba, ya que los salvajes no manejaban armas de fuego. Volvió de la playa y se unió a Silvestro. Después de asegurarse bien que no había salvajes alrededor, y después de hacer varios disparos de fusil para ahuyentarlos, entraron en la casa para curar sus heridas como pudieron, porque no tenían medicamentos. Lavaron y curaron sus heridas y se abandonaron a la divina Providencia. Mientras tanto, se hizo de noche. ¡Pero qué noche terrible debió ser para los pobres misioneros, heridos, con la pesadilla de tanto terror sufrido y el temor de ser sorprendidos una vez más durante el sueño! No pegaron un ojo.

Ante el ruido de una hoja, el rumor del viento o el ladrido de un perro, se imaginaban que los salvajes venían de nuevo. Para darles miedo y para darse coraje, de cuando en cuando, hacían un disparo de fusil, y así lo hicieron durante toda la noche. ¿Pero hasta cuándo duraría esta situación? ¿Cuándo vendría una embarcación a la isla? Sabían bien lo difícil que era conseguir un velero o un barco a vapor en Punta Arenas.

Pensaban: «¡¿Podrían volver en mayor número y matarnos?!», porque hacía muchos días y noches que estaban solos en aquel lugar desierto, y los salvajes lo sabían.

Este pensamiento los llenaba de tristeza, a pesar de que confiaban en la volun-



Marquito, jovencito alacalufe. Misión salesiana de Dawson.

tad y la Providencia de Dios. El hecho probó cuánta razón tenían en confiar en la divina Providencia. El Señor desalienta y consuela, y quien confía en él no tarda en experimentar en sí mismo su infinita misericordia. Una prueba luminosa de ello es el hecho que relataré a continuación.

La divina Providencia viene a su socorro

El día 11 de septiembre, apenas dos días después del atentado de los salvajes, cerca de las 8 de la mañana, los misioneros vieron aparecer en la bahía Harris un pequeño barco, con la vela desplegada al viento. ¡Ni decir cómo se llenó de alegría el corazón de estos misioneros al ver este pequeño barco deslizarse suave sobre el mar! Aunque fuera demasiado pequeño, era indicio de socorro, no importa de dónde viniese. El barco llegó a la playa y ellos fueron al encuentro de los huéspedes. Era un cúter inglés que venía de las Malvinas con rumbo a Punta Arenas. Los pasajeros eran tres hombres ingleses, uno de ellos se llamaba Lipper. Habían perdido la dirección y estaban sin víveres y sin agua potable. El viento los había traído hasta la bahía Harris y, cuando vieron de lejos algunas casas, en principio, creyeron que habían arribado a Punta Arenas. Pero después, aunque no les parecía el pueblo que buscaban, se dirigieron igual a este lugar, con el objetivo de proveerse de lo necesario para poder seguir viaje y las indicaciones precisas para emprender el camino correcto.

Sin saberlo, eran instrumentos de la divina Providencia, tanto para los misioneros como para ellos mismos. Los misioneros heridos encontraron ayuda y bienestar, y los ingleses, víveres e indicaciones. ¿Quién no admirará, en estos hechos, lo buena y atenta que es la divina Providencia?

El cúter Dorrà. Naufragio y muerte de Juan Bautista Silvestro

Septiembre de 1889

Don Pistone hubiese querido que el cúter *Dorrà* se hubiese quedado en la misión hasta que llegase otro barco desde Punta Arenas. Pero la tripulación no podía esperar más tiempo para partir, y se temía que la herida grave del brazo de Silvestro se transformara en gangrena si se descuidaba tanto tiempo. Era necesario, además, dar a conocer enseguida a los hermanos de Punta Arenas el atentado que habían sufrido, para que solicitaran el envío de otras personas. Se



Bosque en la isla Dawson, donde nace el río Chico.

decidió que partiera pronto, dejando en la isla a uno de la tripulación para ayudar a los misioneros. El 12 de septiembre, el cúter *Dorrà* ponía vela hacia Punta Arenas y llegaba allí el 14 de septiembre.

Monseñor Fagnano y todos los misioneros de Punta Arenas recibieron con mucho dolor la noticia del atentado, y enseguida quisieron ir en su ayuda, pero no había ningún barco en el puerto. Se pensó en enviar el cúter de vuelta a Dawson, con víveres y medicamentos indispensables, a la espera de una embarcación más grande.[47]

El cúter *Dorrà* llegó de nuevo a la isla el 17 de ese mes. Algunos días después de la partida de este cúter de Punta Arenas, llegaba la *goleta Florencia*, de apenas 4 o 5 toneladas de capacidad. Tenía una sola bo-

47. No había naves mercantiles ni de cabotaje, pero sí había una nave de guerra de la flota chilena, llamada *Angamo*, anclada en Punta Arenas para socorrer cualquier naufragio. Su capitán se decía muy amigo de monseñor Fagnano, pero no lo demostró en este caso, porque monseñor Fagnano le suplicó que fuese con su nave a socorrer a los pobres misioneros de la isla Dawson y que verificase que no hubiera sucedido nada al cúter *Dorra* que estaba tardando tanto, y este se excusó diciendo que no conocía esas aguas y por eso no quería correr el riesgo de perder su nave. ¿No es una vergüenza que un comandante de una nave que está precisamente anclada en ese lugar no conozca esas aguas? ¡Cosa que conocen todas las naves mercantiles, de guerra y de tránsito por el estrecho de Magallanes! Y, además, si eso hubiese sido así, ¿no había cartas de navegación para consultar? Más bien era una excusa —y muy pobre— para no pasar por benefactor de los salesianos ante sus amigos de Punta Arenas que los odiaban. Siendo que en este caso, hubiese sido su deber cumplir con un acto de caridad impuesto por el Gobierno Nacional, porque precisamente esa nave se encontraba en Punta Arenas para socorrer a los pobres náufragos de esa zona. Este capitán, que temía perder su nave en un acto de misericordia, la perdió poco tiempo después en las mismas aguas chilenas, más conocidas incluso que el estrecho de Magallanes, porque partió enseguida para Valparaíso y la nave golpeó contra una roca al pasar cerca de Ancud. Bastaron pocos minutos para que se fuese a pique al fondo del mar. Con muchas dificultades, apenas se pudo salvar la tripulación, pero todo el resto se fue al fondo del mar con la nave. ¡¿No habrá sido un castigo de Dios o al menos una solemne lección que el Señor quiso darle al capitán?! Si hubiese usado esa caridad con los pobres náufragos, quizá el Señor le hubiese ahorrado esa grave humillación y él no hubiese hecho tanto daño a su nación.



Vapor Oreste en el canal Almirantazgo, en la Tierra del Fuego, marzo de 1909. Al rescate de los misioneros.



Isla Dawson. Efecto del viento sobre las plantas cerca del mar; no pueden crecer derechas. (F.: Duran)



Isla Dawson. Efecto del viento sobre las plantas cerca del mar; no pueden crecer derechas.
(F.: Duran)

dega, tan pequeña que las personas no podían estar de pie y era tanto para los pasajeros como para la carga de mercadería. La alquiló igual y partieron hacia la isla don Ferrero junto con varios operarios. La goleta tenía solo dos tripulantes y partió de Puntas Arenas el día 17, durante la fiesta de los Dolores de María Santísima, y esta circunstancia animaba a don Ferrero a sufrir con paciencia el mal del mar y la grave incomodidad de la larga travesía en esa cáscara de nuez, terriblemente castigada por las olas, que a veces la levantaban hasta las estrellas y la lanzaban de nuevo al vacío.

En ese incómodo espacio, la gente estaba tan aplastada que no se podía mover, y por dos largos días y dos noches tuvieron que permanecer en ese agujero, sufriendo horriblemente el mal del mar, con el peligro de hundirse a pico de un momento a otro. En tanto, el cúter *Dorrà* había llegado a la misión con la noticia de que en Punta Arenas no había embarcación disponible de ninguna clase, y que no se sabía cuánto tiempo se tenía que esperar la ayuda. Por lo que se pensó en mandar al herido, que estaba muy grave, a Punta Arenas en ese mismo cúter. Fue embarcado el pobre catequista Silvestro y el día 18 reanudaron el viaje hacia Punta Arenas, a pesar de que el viento no era favorable y el mar estaba borrascoso.

Los tres marineros ingleses eran adictos al mar y no sufrieron tanto, pero el pobre Silvestro sufría mucho el mal del mar (además de los dolores de las heridas). El cúter era castigado por enormes olas como si fuese una simple astilla de madera. Después de tres días y tres noches de infierno a merced de las olas, y haciendo esfuerzos inauditos para avanzar, el mar se puso cada vez más agitado y el viento en contra era cada vez más fuerte. El cúter *Dorrà* fue arrojado contra la costa oeste de la misma isla, y después de una fuerte ráfaga de viento fue arrastrado a la playa, en un lugar llamado *San Pedro* y *San Pablo*. Por suerte, quedó sobre un lugar pequeño en el cual no había piedras (toda la playa estaba llena de

piedras grandes) y pudo llegar allí sin averiarse. Los tres náufragos llevaron a resguardo el cúter y pensaron cómo pasar la noche en ese desierto. Estaban empapados de pies a cabeza y habían perdido todos los víveres que tenían para el viaje. Nevaba y soplaba un viento muy frío que helaba la ropa. Para calmar el hambre, comieron los musgos pegados a las piedras (aquí, una vez más, la Providencia). Cerca de la playa, había un pequeño bosque y un arroyo con agua muy limpia. Parecía que el hombre había preparado ese lugar, porque en el medio de ese bosque se encontraba un círculo espacioso, muy limpio, que parecía una sala. En ese lugar, prendieron un gran fuego, hicieron secar su ropa y pasaron allí la noche.



Cúter Dorrà. Naufragó en las cercanías de la isla Dawson en el rescate de los misioneros salesianos el 21 de septiembre de 1889.



Pancracio, joven alacalufe de la misión San Rafael. Dawson.

El día 21, el mar estaba más calmo, aunque no del todo. Entonces, decidieron continuar el viaje para llegar lo antes posible a Punta Arenas, porque ya no podían permanecer más tiempo en ese lugar desierto y sin víveres. Pusieron en marcha el cúter, empujándolo unos 50 metros mar adentro y, con un bote pequeño, donde apenas cabían dos hombres, debieron embarcarse para llegar a bordo. En el primer viaje, se embarcó Silvestro con un marinero y cuando el bote estaba cerca del cúter, una ola muy grande lo dio vuelta y los dos hombres cayeron al mar. Un momento después, apareció Silvestro en la superficie, que se puso a nadar hacia la playa, pero el marinero no se veía. El otro hombre, que se encontraba en tierra, al no ver aparecer a su compañero, corrió para salvarlo. Lo encontró y lo puso a salvo.

Silvestro, que al principio nadaba bien, quedó exhausto por nadar solo con el brazo sano en el agua helada y tenía entumecidos los miembros, por lo que en un momento, desapareció para siempre y no fue posible encontrar su cadáver. En ese momento, el mar se embraveció y arrojó con violencia al cúter *Dorrà* sobre la playa. Esta vez, sin la suerte del día anterior, porque golpeó contra unas piedras grandes y en minutos se partió en pedazos. Los dos marineros, solos y angustiados, recorrieron a pie la larguísima playa de San Pedro y San Pablo hasta la bahía Harris, y llegaron a la misión con la triste noticia del naufragio, de la desaparición de Silvestro y de la pérdida del cúter *Dorrà*. En esa caminata, emplearon tres días. ¡Fue tan grande el dolor qué sintió don Pistone al oír el trágico fin de su fiel compañero de trabajo, el querido Silvestro! Lloró mucho su pérdida irreparable. No menor fue el dolor que ocasionó a todos los salesianos cuando supieron la noticia de la trágica muerte.

Cuando la *goleta Florencia* llegó a Dawson el día 19 y supieron que el cúter *Dorrà* había partido para Punta Arenas el día anterior, teniendo en cuenta lo bravo que estaba el mar, enseguida pensaron que podía ocurrir una desgracia. Al volver la *goleta Florencia* a Punta Arenas y comprobar que no estaban allí, monseñor Fagnano obtuvo la autorización del gobernador civil para que se mandase un barco pequeño del gobierno, llamado *Toro*, a buscarlo por si estuviese averiado en alguna playa, con la intención de salvar a los náufragos. El *Toro* partió el día 21 con un tiempo *pésimo*. Nevaba densamente, una niebla cubría el horizonte, soplaba un viento muy frío y el mar estaba agitadísimo, por lo que llegó a la isla Dawson de noche. Estaba tan oscuro que pasó cerca de la bahía Harris sin verla ni reconocerla, y fue a parar a la *bahía Faux*, que se encuentra un poco más lejos. Como en esta bahía el mar tenía bajo nivel, el *Toro* tocó fondo y faltó poco para que naufragase, porque había muchas rocas. Cuando se dio cuenta del error, volvió para atrás y entró en el puerto de la bahía Harris. Al llegar y no tener noticias del *cúter Dorrà*, fue recorriendo la costa de Tierra del Fuego

para buscarlo. Finalmente, como no pudo verlo, retornó a la bahía Harris.

Mientras tanto, los dos marineros ingleses habían llegado a la bahía Harris con la noticia de todo lo que había ocurrido, y aprovecharon para embarcarse en el *Toro* con el fin de volver a Punta Arenas. Monseñor Fagnano y el catequista Bergese también se encontraban en el *Toro*. Este fue el *bautismo de sangre* de la primera misión salesiana ejecutado por los salvajes alacalufes de la isla Dawson.

La pérdida del pobre Juan Bautista Silvestro fue muy sentida por todos los misioneros, por su voluntad y buen carácter, y también por su desempeño en el trabajo y su piedad. Tanto en Punta Arenas como en Buenos Aires, se hicieron solemnes funerales por el reposo de su bella alma, ¡aun teniendo motivos para creer que ya estaba en posesión de la gloria eterna, habiendo dado su vida por una noble causa, la de haber portado la luz del santo Evangelio y la civilización a los pobres salvajes, que ingratamente le respondieron quitándole la vida!

Así terminaba su discurso un orador en el funeral que se celebró en honor al pobre Silvestro:

> ¡Querido Silvestro, descansa en paz con Dios! Heroico fue el sacrificio que hiciste de abandonar la patria y a tus parientes y amigos para venir a esta tierra inhóspita, para hacer conocer a estos pobres salvajes la verdadera religión, que los debía hacer felices en vida y en la eternidad, y ellos respondieron a este inmenso beneficio quitándote la vida. ¡Desde el cielo, donde seguramente estarás, no olvides a estos queridos hermanos, que dejaste llorando por tu imprevista y trágica partida hacia la eternidad! ¡Acuérdate también de rogar por estos infelices salvajes, aun bajo la sombra de la muerte, para que pronto surjan a la luz verdadera y puedan gozar el grandísimo beneficio de la regeneración divina!

Otro atentado

Otro hecho que quiero contar es el siguiente: por la escasez de habitaciones, en los días festivos se celebraba la santa misa en la única habitación que se tenía, la que hacía, como se ha dicho arriba, de oficina, estudio, refectorio, taller, dormitorio y de despensa de víveres. Un buen jovencito, de unos doce años, hijo de indios, pero huérfano de padre y de madre, de nombre Daniel, que gozaba de plena confianza por parte de los misioneros, observaba que todos los domingos, mientras el sacerdote don Ferrero celebraba la santa misa, un indio robaba galletas y otros víveres de las bolsas abiertas que allí se encontraban. Muchas veces debió acusarlo con el director de la misión, pero viendo que el ladrón continuaba accionando de la misma manera, lo denunció.

Don Ferrero lo llamó y le hizo saber que no debía robar, que a todos se les daba víveres diariamente y que cualquier cosa que él necesitara debía pedirla y no tomarla a escondidas. El indio, que se llamaba *Jacinto*, no le dio respuestas, bajó la cabeza y se fue a su casa. Pero en su corazón meditó rápidamente una venganza. Tomó un arco y varias flechas y se escondió detrás de un arbusto, esperando emboscar a don Ferrero y matarlo cuando saliera de su casa. Sin embargo, la Providencia estaba en defensa del misionero. El joven Daniel, sospechaba que *Jacinto* estaba tramando una venganza y, sin hacerse ver, lo espió. Al darse cuenta de su intención, corrió a advertirle a don Ferrero que no saliera de la casa porque su vida corría peligro. Don Ferrero mandó a un hombre a buscarlo para hablar, pero sin decirle de qué se trataba. Una vez que *Jacinto* estuvo delante de él, comenzó a decirle en tono severo:

—Yo sé que tienes intenciones de matarme, ¿no es cierto? ¡Pero tienes que saber que si me matas, otros te mataran a ti! Yo veo en tu mente una mala intención. ¡Cuidado de hacerlo!

El indio se petrificó al verse descubierto y, como no le había dicho a nadie lo que tenía intención de hacer, creyó verdaderamente que don Ferrero lo había visto escrito en su mente y tuvo mucho miedo. El temor le duró para siempre. Inmediatamente, se puso de rodillas pidiéndole perdón, y confesó que era verdad, pero que no lo haría nunca más. Le entregó el arco y las flechas que tenía en sus manos, y le dijo:

—Toma, tú has visto todo aquí, aquí. —Llevó su mano a la frente.

Don Ferrero lo perdonó y se hicieron amigos. El arco y las flechas se conservan aún como recuerdo, en el Museo Salesiano de Punta Arenas.

De estos dos hechos arriba mencionados, se reconoce claramente la ingratitud de los salvajes alacalufes hacia aquellos que le han hecho bien. Y al mismo tiempo, se pone de manifiesto la caridad de los misioneros católicos, y lo digno que son de alabanza, por su sacrificio y su constante paciencia para tolerar todo, exponiendo su propia vida por amor a Dios y al prójimo.



Capitán Antonio, indio alacalufe. Terrible. Atentó contra la vida de los misioneros el 9 de septiembre de 1889. Por dos años hizo una guerra feroz a la misión de San Rafael.

El desarrollo de la misión de Dawson

Hacia fines de 1889, comenzó a crecer el número de indios en la misión de San Rafael, atraídos por las buenas maneras de los misioneros y al ver que en la misión estaban bien de cuerpo y alma. Incluso los seis asesinos volvieron junto con sus familias después de casi dos meses de aquel atentado fallido. Todos tranquilos y con aire indiferente, como si nada hubiese ocurrido. Nadie los reprendió ni fueron castigados para no atemorizar a los otros. *Capitán Antonio*, quien había maquinado el atentado, siempre sombrío y taciturno, no solo se mostraba indiferente hacia los misioneros, sino abiertamente hostil. Hacía de todo para alejar a los indios de la misión, amenazándolos incluso de muerte si no obedecían. Quería exterminar a los misioneros a toda costa y no le faltaba coraje para hacerlo. Muchas veces, se presentó de noche para incendiar la casa, pero gracias a nuestros buenos perros de guardia, que nos advertían su llegada con sus ladridos, enseguida se lo asustaba, tirando al aire algún tiro de fusil.

Uno de estos perros, llamado *Gigante*, era tan fiel y tan fuerte, que muchas veces les salvó la vida a los misioneros. Nos defendía, incluso, de los feroces perros de los indios, los cuales no podían con los europeos. Cuando un misionero se acercaba a la casa de un indio, varios perros salían afuera de improviso, muy rabiosos, y corrían para

morderlo. Pero nuestro *Gigante*, que siempre nos acompañaba, comenzaba a defendernos y los corría. Los mordía tan fuerte que les quitaba las ganas de seguir atacando. Una vez, lo vi luchando con 18 perros y los venció a todos, porque era muy diestro para morder. Fue una Providencia para los misioneros.

Durante unos dos años, *Capitán Antonio* les hizo una guerra feroz a los misioneros, matando a flechazos animales domésticos que pastaban en el campo (bueyes, vacas, terneros, etc.) y robaba cuánto podía. Los misioneros hicieron de todo para hacerse amigo de él. A menudo, le regalaban buenas y lindas vestimentas, abundantes víveres, etc. Pero todo era en vano. Nunca nadie lo había visto sonreír, siempre iba orgulloso o enojado. Era el terror de los indios, el que alteraba la paz. Finalmente, en una lucha que tuvieron con los indios onas de la Tierra del Fuego, en la que se batieron duramente un centenar de salvajes alacalufes con otros tantos onas, *Capitán Antonio* tuvo la clase de muerte que él quería darles a los misioneros. Después de haber sido herido por varias flechas, dos indios fuertes lo tomaron de las manos y un tercero le cortó el cuello. El mismo fin tuvo su hijo primogénito Francisco, y en las mismas circunstancias. Él había sido uno de los que intentaron asesinar a los misioneros don Pistone y Silvestro. El otro hijo de *Capitán Antonio*, de nombre José, herido en un pie por una flecha, pudo escapar y venir a refugiarse a nuestra misión, donde permaneció toda su vida y se hizo un buen cristiano.

Con la desaparición de *Capitán Antonio*, muchos salvajes que le tenían miedo y que hasta ahora no habían tenido el coraje de venir a la misión, abandonaron su vida nómade y se refugiaron con los misioneros. Se tuvieron que hacer más de 60 casas para refugiarlos a todos. En algunas de estas, habitaban hasta cuatro familias. Los niños mayores de siete años fueron alojados en el colegio interno de la misión y las niñas en el colegio de las hermanas de María Auxiliadora. Alrededor de un centenar de niños y otro de niñas pasaban muchas horas del día estudiando y otras tantas horas haciendo labor manual. Los hombres se ocupaban de cortar los árboles en el bosque y de hacer caminos y puentes sobre los pequeños ríos. Las mujeres, bajo la dirección de las hermanas, hilaban lana de oveja, tejían mantas de lana, hacían medias, etc., para uso propio y de la misión. Más tarde, se instaló un aserradero a vapor para utilizar la madera, que era abundante en el bosque, para beneficio de la misión y para darle ocupación a muchos indios que se habían quedado con nosotros. Se hicieron dos largos muelles de madera. Uno para los pasajeros y otro para la carga y descarga de las mercaderías. Siempre se pensaba en tenerlos ocupados en cosas útiles para su bien, y no se descuidaba lo principal, que era la instrucción religiosa, fin único para el cual se había establecido la misión.

Cada día, al atardecer, se juntaban los hombres en un salón llamado *Club Social*, y se les impartía cerca de media hora de catecismo. Se les hacía aprender de memoria las oraciones y después se los dejaba entretenerse charlando amigablemente. Las hermanas hacían otro tanto con las mujeres y mientras asistían a los trabajos del taller y a sus tareas femeninas, de vez en cuando, les hacían cantar cantos sagrados. A la mañana y a la tarde, algunos catequistas pasaban por todas las casas y hacían recitar a todas las familias, las oraciones del buen cristiano. Los niños y las niñas recitaban estas oraciones en grupo en la iglesia, escuchando la santa misa. Los padres de los niños, viendo que ellos eran bien tratados, que estaban vestidos decentemente y que podían verlos todos los días, estaban contentos y no se oponían a que permanecieran en el colegio. Entre los niños mejor instruidos y más inteligentes, se creó una banda de música instrumental (con unos 30 instrumentos), que dio óptimos resultados y servía para alegrar la misión en las principales fiestas del año y cuando la visitaba algún extranjero.

Uno de esos años, el señor gobernador civil de Punta Arenas, don Manuel Señoret, gran admirador de la banda de música de los indígenas, por propia iniciativa, quiso que se los llevase a Punta Arenas, para alegrar las fiestas patrias, que en esa ciudad se celebran con gran entusiasmo del 17 al 19 de septiembre y mandó un barco para que los llevara desde la isla de Dawson hasta Punta Arenas. Él mismo se hizo cargo de todo el viaje. Durante todo el tiempo que los músicos estuvieron en Punta Arenas, los trató espléndidamente. Todo el pueblo de Punta Arenas se quedó maravillado al escuchar por primera vez sus melodías. Les costaba creer que esos pequeños músicos, que tocaban tan bien, fuesen hijos de estos pobres salvajes del desierto. Considerados hasta ahora seres despreciables, incapaces de cualquier acto digno de consideración.

Los niños fueron los que indujeron a sus padres a permanecer en la misión y a no irse más del lugar. Al verse bien tratados, no querían siquiera pensar en irse con sus padres a sus penosas excursiones en busca víveres, que no siempre se encontraban en abundancia y que, a veces, no eran de su gusto. Los padres, por no contradecirlos y por no querer abandonarlos, decidían, a pesar de no gustarles, permanecer en la misión todo el año. A veces, hacían pequeña salidas y retornaban rápidamente a la misión, porque los niños lloraban y les decían que querían volver con los *capitanes buenos*.

Monseñor Fagnano, el 4 de enero de 1890, le escribía al señor rector mayor, don Miguel Rua, lo siguiente:

> ¿Y la misión de San Rafael? Hace Progresos y espero, en nombre del Señor, que aumente su reino, porque en estos meses van a venir muchos salvajes. Ya



Transportando troncos de árboles al aserradero. Isla Dawson.

se corre la voz en toda la isla y en todos los canales del archipiélago, que en la misión se vive cómodamente, que hay mucha galleta, mucha carne, ropa y que están los misioneros (capitanes buenos) que atienden y reciben con beneplácito a todos los indios. Por eso, he enviado un barco con galletas, harina, porotos, arroz, papas, mantas de lana, vestimentas y en 6 o 7 días tendré noticias sobre la salud de los misioneros y de los salvajes. ¡Oh! ¡Si tuviésemos más donaciones, cuánto bien podríamos hacer!

Otra carta de monseñor Fagnano a don Rua daba cuenta al superior del desarrollo progresivo de la misión.

Visita a la misión de San Rafael de la isla Dawson

Punta Arenas, 3 de mayo de 1890

Preparativos

Pasó abril y no quiero dejar de escribirle sobre mi visita a la misión de San Rafael. Los dos misioneros me escribieron para decirme que habían llegado otros salvajes, además de los que habían llegado en el mes de febrero y que tenían necesidad de carne, galletas y ropa para los recién llegados. Hice preparar esas cosas, alquilé una nave de 300 toneladas para transportar todo y el día 23 de abril, me embarqué con don Borgatello y cuatro hermanas de María Auxiliadora. Como no había viento, no se llegó más que a la extremidad norte de la isla. La noche del 24, se ancló allí porque sin viento, la gran corriente del sur, nos habría llevado durante la noche de nuevo a Punta Arenas.

Llegada y cordial recibimiento

A la mañana siguiente, soplaba un poco de viento y, aprovechando la corriente, se izaron las velas. A las diez, anclamos en la bahía Harris, cerca de la cual había siete casas para nuestros salvajes y dos para los misioneros y personal de servicio. Desde el barco veíamos a muchos indios correr hacia la playa y a otros en la puerta de alguna de sus casitas, que esperaban el desembarco con cierta ansiedad. Nuestro barco había izado todas las banderas y sobre la pequeña casa de la misión flameaba la bandera de Chile. Mientras tanto, don Ferrero con el personal de servicio se habían acercado a la playa. El capitán había anclado la nave y antes de que nos dijera una palabra, don Borgatello, nuestras hermanas y yo descendimos ansiosos de pisar tierra firme, conocer a todos los salvajes y animarlos a convertirse y a trabajar para poder obtener en forma segura y conveniente las cosas para poder vivir bien.

Apenas desembarcados, nos dirigimos a los salvajes, los saludamos a todos de corazón, acariciamos a sus niños y les dijimos que traíamos alimentos y ropa, que más tarde íbamos a distribuir entre todos. Si hubiese visto, querido señor don Rúa, cuántos niños alegres había en la playa mirándonos maravillados. A mí, que llevaba anteojos, y a las hermanas, vestidas de un modo extraño para ellos. Tanto, que las bautizaron con el nombre de *pingüinos*, por el parecido que tenían con aquellos pájaros debido a sus vestidos blancos y negros.

Progresos

Después de mi última visita, aumentaron el número de casas para los salvajes. Se abrió un buen camino de 20 m de ancho por 200 m de largo. Bien aplanado y cubierto con grava, como en la ciudad. Se plantaron árboles traídos del bosque a ambos lados; quedaron maravillosos. Me alegré mucho por el queridísimo don Pistone, que hace de misionero, agrimensor, ingeniero y director de las obras públicas. Me alegré mucho, también, por los trabajadores, que son casi todos salvajes. Llegamos a la casa y don Ferrero ya se había adelantado y, dejándonos de dueños de casa, se puso a repartir

arroz, porotos, galletas, carne y grasa, de acuerdo al número de individuos que componía cada familia. Se los daba a la madre para que pudiese hacer el almuerzo para sus hijos. Ya se logró que algunas familias se preparen su comida, y sabemos que saben usar la cuchara y algunos, también, han conseguido entender cómo se usa el tenedor. Se logró, además, que la mayoría de ellos se lave la cara y las manos.

Vi una gran olla en el fuego en nuestra cocina y pregunté el porqué. Me respondieron que había muchos enfermos y por esta causa se preparaba aparte la comida para ellos. Era la *influenza* (gripe) que se había introducido también en la misión. Esta enfermedad era ignorada por don Pistone y don Ferrero, porque aún no les habían llegado los diarios. Llegó la hora del almuerzo y nosotros teníamos buen apetito porque casi no habíamos comido nada en las últimas 24 horas producto del mal del mar.

Visita al pueblo incipiente

Después del almuerzo, visitamos a los salvajes en sus casitas para hacernos conocer y conocerlos a todos. Son pequeñas casas de 4 m por 3 m, cubiertas con chapas de zinc, con una sola abertura, que sirve de puerta y ventana. En el medio, se enciende el fuego, que es su cocina y también su estufa.

Vida de estos salvajes

¿Qué vida hacen estos salvajes? Cuando están lejos de la misión, van a pescar, a cazar y a buscar frutos del mar, que se encuentran en abundancia sobre estas playas. Cuando pueden cazar alguna foca o lobo marino o logran pescar en abundancia, se quedan en ese lugar, mientras duren las provisiones que el Señor les mandó. Están siempre buscando comida y otras cosas, salvo que alguna enfermedad les impida caminar. Las mujeres, los niños y los viejos, con sus perros, navegan a lo largo de la costa, sobre



Próspero, joven alacalufe de la misión San Rafael, Dawson.

sus canoas hechas de corteza de árbol, teniendo en su piso un poco de arena y grava para el fuego, que es indispensable y que no dejan que se apague nunca. Los hombres, con su arco y uno o dos perros grandes, van a pie recorriendo la playa y viendo siempre si pueden cazar algo y también lo usan para defenderse de sus enemigos, que serían otros indios o también algunos malos cristianos.

Vida de los indios en la misión

Hoy en día en la misión, los indios van por la mañana temprano al bosque a proveerse de leña para la jornada y a la hora del desayuno, comen algunas galletas con café. Después, algunos van a arreglar las calles y otros a cortar árboles en el bosque para abrir nuevas calles y senderos, y también

para traer madera para la construcción de sus casas. Mientras tanto, los chicos van a la escuela, donde don Ferrero les enseña algunas oraciones en la lengua española, a escribir sobre pequeñas pizarras y a lavarse más veces al día. Por cierto, no se puede pretender el silencio y la compostura de los jóvenes europeos. Pero ya es bastante que se puedan juntar bajo un pequeño pórtico y repetir las enseñanzas de los misioneros. El tiempo de trabajo, descanso, almuerzo, etc. está regulado por el sonido de la campana. Mientras trabajan, no se deja pasar la ocasión para enseñarles a hablar la lengua española y para hacerles repetir la señal de la cruz. A las madres se les hace también repetir la señal de la cruz cuando vienen a recibir las raciones de comida. Por lo cual, casi todas hoy en día la saben hacer.

Podemos decir que ellos creen en una vida futura, porque don Ferrero vio a una viuda que estaba una tarde sentada en un rincón de su casa, en actitud casi de plegaria, y balbuceaba algunas palabras y, al día siguiente, al preguntarle sobre su actitud, su respuesta fue que estaba recordando la muerte del marido, que había sido hace muchos años.

Después del almuerzo, los hombres continúan trabajando y las mujeres y los niños esperan la marea baja que descubre algunas piedras para correr a recoger algunos frutos marinos, moluscos, etc. Cerca de las 5 de la tarde, los hombres se retiran del trabajo y las mujeres, van a buscar su ración de alimento.

Muerte y funeral

En aquellos días, nos esperaba un hecho que conmovió a toda nuestra pequeña población. Hacía tres meses que un indio musculoso llamado Juan sentía fuertes dolores de cabeza y los sentía tan frecuentemente que no podía ir a trabajar. Cuando lo visité, me dijo que se sentía mal, que le dolía la cabeza y que sufría mucho. Poco después, me llamaron apurados porque creían que se moría. Enseguida me di cuenta por los síntomas que se trataba de un ataque apoplético. Le di coraje y le dije que yo tenía remedios a bordo y que enseguida se los traería. Pero en realidad, temía que el mal fuese incurable. Les dije a los hermanos que sería mejor bautizarlo, porque estaba realmente en peligro de morir. A las 7 de la tarde se bautizó y a las 10 murió. Siempre asistido caritativamente, después de miles curas inútiles. Toda la familia del muerto y algunos vecinos se quedaron alrededor de un gran fuego, llorando y mirando el cadáver que estaba en un rincón de la casa. Habíamos hecho preparar el féretro donde se lo puso mientras se daban órdenes para preparar el cementerio. Don Borgatello acompañó a algunos indios y dirigió las tareas. Con señas, más que con palabras, les decía a los salvajes que el cadáver sería sepultado en ese lugar, pero que su alma estaba ya en el paraíso por la virtud del bautismo.

No se pudo terminar en dos días el sendero que se tenía que abrir para llevar el cadáver hasta la sepultura. Por lo cual, se lo tuvo que dejar en su casa, una segunda noche. A la mañana siguiente, con la señal de la campana, se reunieron todos los indios en la casa del difunto y don Borgatello, vestido de sacerdote y precedido de la cruz, que era cargada por un indio, fue a la casa del muerto y, cumplida la ceremonia ritual, se dirigieron al cementerio. Todos los indios seguían el cajón hasta el sepulcro y era conmovedor ver por primera vez en esa isla avanzar una procesión silenciosa por la costa del mar y subir por entre los árboles a una pequeña colina para depositar el despojo mortal de un pobre indio apenas bautizado. Era la primera vez que se celebraba en esta tierra la ceremonia fúnebre con la cual la Iglesia honra a sus muertos. Todos los indios se mostraban maravillados, especialmente los de la familia del difunto. A la tarde, su familia abandonó su casa y se retiraron para estar solos. Hasta que me fui, los vi preocupados y extraños. A los misioneros les di instrucciones para que estén aten-

tos y trataran de impedir que este luto se prolongara demasiado y fuera origen de hechos extraños y dolorosos.

Fiesta de San José

Nos preparábamos para celebrar la fiesta patronal de San José y queríamos hacer algo solemne. Todos esperábamos el domingo con ansiedad. Don Pistone y Don Borgatello se encargaron de arreglar un pórtico a modo de iglesia, adornándolo de la mejor manera posible. Don Ferrero y yo nos encargamos de distribuir camisas, pantalones, calzoncillos, camisolas y chaquetas, y las hermanas distribuyeron ropa entre las mujeres, las jovencitas y las niñas. Todos corrieron a sus casas a vestirse. Fue un ir y venir constante por dos horas. Había algunos que, al vestirse, se ponían la camisa sin lavarse, otros se sacaban el calzado y andaban solo con medias, y había quienes venían con los calzoncillos puestos por fuera de los pantalones y de otros modos. Sin quererlo, parecía un carnaval. El barco, aún anclado en la bahía, había izado todas sus banderas en señal de fiesta. El capitán vino con casi toda la tripulación a asistir a la santa misa. Nuestro hermano Tarable se había aferrado a la campana para hacerla sonar llamando a la fiesta de la capilla. Mientras me vestía para la santa misa, don Pistone arreglaba a los jóvenes y a los hombres, y las hermanas, a las mujeres y a las niñas. El capitán y el piloto del barco ocupaban un lugar distinguido.

A la señal de la cruz, todos los indios se arrodillaron con un recogimiento conmovedor. Don Borgatello comenzó a recitar los actos de fe, de esperanza y de caridad, que todos repetían palabra por palabra. Después del *sanctus* se entonó un cántico: *Corazón santo*, cantado solo por nuestros misioneros y las hermanas. Ese fue un momento de encanto para los pobres indios que, por primera vez, escuchaban un coro y una canción tan bella. Ellos también querían cantar y miraban el movimiento de los labios de nuestros salesianos y de las hermanas, y hacían una especie de rumor en voz baja para participar del canto. Al final de la misa, se exhortó a los indios a que continuaran siendo buenos, trabajasen para conseguir sus alimentos y vestimentas y escuchasen a nuestros misioneros para entender bien el catecismo, y así recibir el bautismo como nosotros. También dirigió algunas palabras al personal de servicio, recomendándoles que fuesen un buen ejemplo para los indios y no se pelearan nunca con ellos.

Don José Fagnano
Prefecto apostólico

La divina Providencia engaña los perversos planes de un funcionario público del Gobierno. La captura del capitán Antonio Alacalufe

¿Qué puede hacer un mal hombre para hacer fracasar los planes de Dios? El Señor se burla de sus injustos planes. El hecho siguiente es una prueba de ello: después del atentado de los salvajes contra don Pistone y Silvestro, ocurrido en la misión el 9 de septiembre de 1890, todos los salvajes se habían alejado, por temor a recibir algún castigo, y no volvieron hasta después de varios meses para alejarse nuevamente en pocos días. Era sospechoso ese continuo ir y venir. Se quedaban de ocho a quince días en la misión y después se iban entre quince días y un mes, y no se decidían a quedarse definitivamente con los misioneros, a pesar del buen trato que se les daba.

El gobernador de Punta Arenas, que quería la isla Dawson para él, pensaba valerse de esta inestabilidad de los salvajes para cerrar la misión y conseguir lo que buscaba. Para tal fin, hacía visitas frecuentes para sorprender a la misión sin salvajes y entonces declarar su inutilidad ante el gobierno. ¡Parecía una conspiración! Cada vez que él iba, encontraba siempre salvajes y cada vez más. ¡A menudo sucedía que los salvajes habían llegado esa misma mañana,

después de una ausencia de casi un mes! Era evidente que el Señor lo confundía. Una vez, el gobernador estaba muy seguro de que no encontraría indios y había ido a la noche en su barco *Toro*, acompañado de un ministro de casación, que había hecho venir desde Valparaíso. ¡Fue grande su sorpresa y frustración cuando pudo constatar que había unos 221 salvajes! Muchos de los cuales habían llegado esa misma noche a la misión. ¿Qué hizo entonces? Para ocultar su malvado plan, fingió haber llegado con el ministro de justicia para castigar a los asesinos de los misioneros, porque preveía que este acto iba a disgustar a todos los salvajes y los iba a alejar para siempre de la misión. Entonces, puso en ejecución su plan maquiavélico.

Hizo capturar a *Capitán Antonio*, promotor de ese hecho, a tres de sus cómplices y a otros culpables. Los llevaron atados a Punta Arenas para castigarlos. Todos los salvajes, al ver este acto hostil por parte de los marineros del *Toro*, sin saber por qué se llevaban a su capitán, amigos y familiares y llenos de terror, temiendo que se hiciera otro tanto con ellos, se alejaron de la misión para no volver más. Mientras los cuatro asesinos viajaban a Punta Arenas, *Capitán Antonio*, con las manos atadas en la espalda, paseaba orgulloso por la cubierta del barco, fingiendo una total indiferencia. Cada vez que pasaba por debajo de una media res de buey recién carneada y colgada de una cuerda, miraba primero a su alrededor para comprobar que nadie lo veía, luego saltaba, mordía la carne cruda y le sacaba un buen pedazo, que después se comía. El comandante de la nave y varios oficiales lo espiaban por una de las ventanillas y se reían de esa comedia.

En Punta Arenas, los asesinos fueron sometidos a interrogatorio ante el juez. Primero, el juez se dirigió a *Capitán Antonio*, preguntándole por qué motivo habían atentado contra la vida del padre. *Capitán Antonio*, haciéndose el desentendido como si no hubiese comprendido de qué se trataba o simulando que se hablaba de otra cosa, con la máxima indiferencia, respondió haciendo la señal de la cruz: *Padre, Hijo y Espíritu Santo*. Y no le respondió ninguna otra pregunta al juez. Por lo que tuvo que conformarse con meterlo preso. Los otros asesinos hicieron algo parecido, fingiendo no saber ni entender de lo que se les hablaba. Después de dos o tres días en prisión, viendo el juez que tenía que mantenerlos, dio orden de que dejaran abierta la prisión para que se escapasen. Así lo hicieron por la noche y se fueron hasta punta Carrera,



Mujeres fueguinas de la misión San Rafael, Dawson

desde donde cruzaron a la isla Dawson en una canoa construida por ellos mismos. A la mañana siguiente, al comprobar la fuga de los indios, el juez simuló preocupación y mandó soldados a buscarlos, pero en secreto les dijo que no los encontraran. ¡Hermosa comedia!

El ministro chileno fue a Punta Arenas a felicitar a monseñor Fagnano por el progreso de la misión y por los sacrificios que hacían para civilizar a esa gente, y terminó diciendo que había ordenado la captura de los principales asesinos del atentado para dar una saludable lección a los salvajes y para demostrar su admiración y la protección del Gobierno hacia los misioneros. Monseñor Fagnano, sin saber hasta ese momento cuál era el fin que había guiado al ministro de justicia y al gobernador hasta la isla de Dawson, reprendió al ministro por esa acción hecha sin su consentimiento porque la consideraba perjudicial para los salvajes, a quienes no le había causado una buena impresión. Aún no estaban en condiciones de comprender el justo valor de los castigos que se le quería dar a los asesinos. Monseñor Fagnano los visitó en la cárcel, los tranquilizó y les aseguró que no les harían ningún mal. Con la vuelta de los asesinos a la misión de Dawson, volvieron todos los salvajes y volvió la concordia y la armonía. Muchas veces, el gobernador hizo visitas a la misión, con el propósito de hacerla cerrar si no encontraba indios en el lugar. Pero siempre fue desilusionado en sus intentos, porque cada vez que iba, encontraba que los indios aumentaban en número como por encanto. La divina Providencia, que velaba por estos pobres infelices, engañó los perversos planes del gobernador S., que siempre conjuraba en su contra.

Otra visita del monseñor Fagnano a la misión San Rafael en Dawson

Punta Arenas, 31 de mayo de 1890

Viendo cuánto se hizo en estos meses, comenzaré diciendo que he visitado la misión San Rafael, sirviéndome del Vapor Nacional *Toro*, perteneciente al Gobierno de Chile. Vinieron conmigo dos hermanas, para ver dónde podíamos establecer su residencia. Llevaba todo lo necesario para construir la nueva casa de la misión: maderas, chapas de zinc, clavos, etc., y también harina, porotos, galletas y lo que pudieran necesitar nuestros hermanos y los indios. El vapor era el mismo que nos había llevado antes y que había transportado a los prisioneros. Entonces, al verlo aparecer, fue tal el temor que casi todos los indios abandonaron las casas y huyeron a esconderse en el bosque. No valieron las palabras de don Ferrero y mis gritos para retenerlos. Cuando desembarcamos, yo llamaba a los indios por su nombre, les decía que traía galletas para ellos, les hacía señas con el pañuelo blanco y logré que algunos se quedaran y que estuviesen tranquilos. Después, los visité a todos, escuché sus quejas y les aseguré que todo se iría remediando poco a poco y les recomendé mucho que cuidaran de sus niños.

Un indio de nombre Ambrogio, señalándome el barco me decía «Malo vapor, malo vapor, capitán malo», y tocándome amablemente la espalda, me decía «¡Vos buen capitán, vos más bueno!». Me dijo que no quería que sus niños fuesen a Punta Arenas y se expresaba en su lengua con tanto afecto acerca de sus niños que me conmovía profundamente. Le respondí que nadie llevaría a los niños a Punta Arenas y que estarían ahí mismo, en la misión. Aquí haremos una casa grande, una iglesia y una escuela, y los pequeños estarán siempre con nosotros y contigo. Se puso contentísimo y fue a repetir todo esto a las madres y a los compañeros.

Arregladas todas las cosas, entregado el diseño de la casa y aprobadas todas las observaciones por los cuatro carpinteros para la construcción de la casa de la misión, me embarqué para Punta Arenas, donde se debía bendecir la nueva capilla de María Auxiliadora.

Sacerdote José Fagnano
Prefecto apostólico

Punta Arenas, 29 de mayo de 1890

El mes pasado, fui con nuestro señor prefecto apostólico, monseñor Fagnano a visitar la misión de San Rafael a la isla Dawson. ¡Era la primera vez que iba y me tocó hacer de funebrero! Porque en esos días había muerto un indio, y como aún no había cementerio, tuve que ponerme a dirigir a cuatro indios para preparar un terreno y hacer excavar una fosa sobre una pequeña colina que estaba cerca de la plaza de la misión. Y además, tuve que hacer preparar una calle que conduzca a ese lugar. Nos costó dos días enteros terminar el trabajo debido a que el bosque en el cual se debía trabajar era muy intrincado. El indio que había muerto se llamaba *Capitán Sombrero*, porque la primera vez que se hizo ver, estaba íntegramente desnudo, con un sombrero de copa en la cabeza. Un sombrero cilíndrico muy alto y firme que no se sabe de dónde lo había conseguido. Era una persona alta, y al verlo así, presentaba un aspecto cómico. Enseguida se lo llamó con ese nombre y le quedó para siempre. Antes de morir, recibió el santo bautismo y se le impuso el nombre de Juan.

Lo que sucedió con su entierro fue también algo cómico. Todos los indios, envueltos en sus pieles de guanaco, quisieron acompañar al difunto hasta su última morada. Las mujeres iban con su carga sobre la espalda, con palos y cueros de guanaco atados con cuerdas de piel de foca. Para ir al cementerio había que pasar un pequeño río, pero no tenía puente y todos lo pasaron a pie. Después de unos 30 metros, el sendero era empinado y difícil de subir. Todas estas personas vestidas con pieles de guanaco con el pelaje para afuera, subiendo en cuatro patas, parecían animales. La mayoría iba adelante y solo unos pocos atrás. Llevaban el ataúd sobre una tabla. Pero, al llegar a ese sendero empinado, como no lo podían llevar de esa forma hasta arriba, pensaron en atarlo con una cuerda y tirar desde lo alto, y así se hizo. Mientras tanto, los indios asistían al espectáculo, ubicados en dos largas filas a los lados del sendero. De repente, la cuerda se rompió y el ataúd, que estaba llegando casi a la cima, patinó hasta abajo. Para completar la escena, la tapa se desclavó y el muerto salió despedido, ante la sorpresa y el estupor de todos los indios, que al unísono reaccionaron con fuertes risas y carcajadas, diciendo «¡El muerto no quiere subir al monte!». Se tuvo que colocar nuevamente el muerto en el ataúd, clavar mejor la tapa con clavos más fuertes y hacerlo llegar a la cima del monte.

Sobre su tumba se puso una gran cruz y se bendijo el cementerio. Don Ferrero se dirigió a los indios allí presentes con algunas palabras de circunstancia, haciéndoles ver la brevedad de la vida y diciéndoles que si uno vive bien, el alma irá a disfrutar de un mundo mejor y para siempre, allá arriba en lo alto, etc. Apenas don Ferrero terminó de hablar, un jovencito muy despierto dijo: «Él murió porque estaba enfermo, ¡pero yo no moriré porque estoy sano!». Y a pesar que don Ferrero había dicho que todos debíamos algún día morir, el indio no se convenció y rápidamente agregó «Solo los enfermos mueren. Los sanos no».

En la tarde de la vigilia del Patrocinio de San José, quise ir con el catequista Tarable a hacer una excursión por la isla para conocer algunos lugares por el bosque, donde había un sendero nuevo que don Ferrero había hecho hacer hacía poco. Este llegaba a la bahía Willis. Caminamos muy bien hasta esta la bahía, pero a la vuelta, Tarable quiso tomar el sendero viejo o, mejor



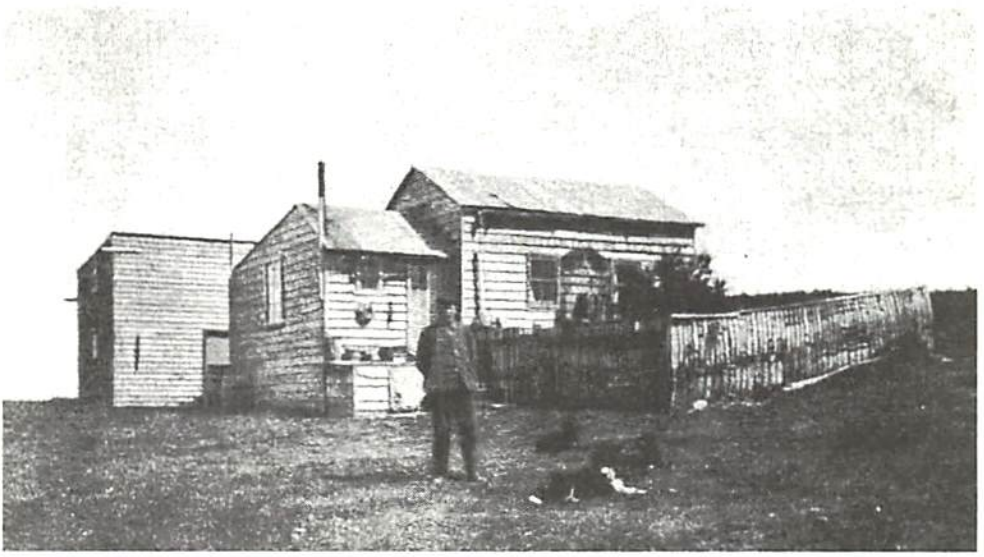
Antonito, joven alacalufe de la misión San Rafael, Dawson.

dicho, un sendero que usaban antiguamente los indios, que según él era más corto, aunque era muy tortuoso y poco caminado. Nos metimos en este y caminamos cerca de una hora, hasta que se vino la noche, se hizo muy oscuro, y por la densidad del bosque y la altitud de los árboles, perdimos totalmente el sendero. Andábamos vacilantes por esa oscuridad, yendo de una parte a la otra para tratar de encontrar el sendero perdido. Pero era en vano, ya que, por un lado, había un pantano que se profundizaba y nos llegaba casi hasta las rodillas y, por el otro, estaba lleno de agua estancada. Más adelante, se oía el murmullo de un canal que atravesaba el camino. Estábamos rodeados de un bosque muy denso, con arbustos espinosos, árboles grandes, caídos desordenadamente unos sobre otros y cubiertos de musgos.

Tarable tenía una caja de fósforos y yo algunos papeles de diarios y una libreta. Encendíamos una hoja por vez, para tratar de ver el sendero. Pero no era posible encontrarlo. Intentamos muchas veces prender un poco de fuego para calentarnos y para iluminar el lugar. A pesar de todo el empeño que poníamos en esa tarea, no lo lográbamos, incluso estando rodeados de tanta leña, porque toda estaba mojada o verde. Cuando se terminó el papel y se terminaron los fósforos, nos encontramos en una completa oscuridad, tanto que no nos veíamos entre nosotros a menos que estuviésemos muy cerca. Quien no conoce un bosque virgen, difícilmente se podrá dar una idea de que no se puede dar un paso si no hay al menos algún sendero marcado.

Nos preguntábamos qué hacer, sin saber qué respondernos. Quizá tendríamos que pasar la noche allí, no había otro remedio, ¡paciencia! Nos sentamos sobre el tronco de un árbol enorme, que tenía mucho musgo que tomaba la forma como de un almohadón. Decidimos pasar la noche allí, pero el frío comenzaba a helarnos los huesos y la noche era demasiado larga. Probamos pedir ayuda muchas veces, gritando «¡Socorro!» «¡Ayuda!». Pero nuestra voz se perdía en el bosque y nadie nos respondía. Pensábamos: «¡Qué pena sentirán nuestros hermanos cuando no nos vean llegar a casa! ¿Qué pensarán de nosotros?». Ese era el pensamiento que más nos afligía. Monseñor Fagnano debía estar apenado por nuestra ausencia. Tal vez mandaría algunas personas a buscarnos. ¡¿Pero cómo encontrarían nuestros rastros?!

Así trascurrieron dos horas, que nos parecieron eternas. Recitamos el santo rosario



Casa de los pastores en la isla Dawson. San Francisco.

y a cada décima de avemaría, gritábamos muy fuerte «¡Ayuda! ¡Socorro!». Pero nadie nos oía. Cuando terminamos el rosario, gritamos con más fuerza, porque nos parecía que oíamos ladrar a los perros. «¡Me parece que no estamos lejos de casa! ¡Coraje!». Cuando de golpe, sentimos un tiro de fusil. Esto nos animó mucho, porque era como un indicio de que alguno iba a venir sobre nuestros pasos. ¿Pero cómo responder? ¡Si hubiésemos tenido aunque sea un arma de fuego para poder responder! Pero desgraciadamente no teníamos más que un bastón. Continuamos gritando y después de un tiempo, nos respondieron algunas voces a la distancia. «¡Estamos Salvados!» —dijimos.

Por un rato fue un llamar y responder entre nosotros. Ciertamente, venían en nuestra ayuda. Pero después de un tiempo, las voces se iban debilitando y alejando cada vez más, hasta que las dejamos de oír por largo rato. «¡Quizá habrán tomado el sendero nuevo! — decíamos. ¡Y ahora, pobre de nosotros! ¡¿Quién sabe cuándo nos encontrarán?!». De hecho, en la casa sabían que nosotros habíamos ido para aquella parte. Después de más o menos un cuarto de hora, sentimos nuevamente que nos respondían. Esta vez, las voces se hacían más claras y nos indicaban que venían a nuestro encuentro. En efecto, después de 10 minutos nos encontraron tres hombres que había mandado monseñor Fagnano para buscarnos. Provistos de luz, armas y hachas para abrir el camino. Agradecimos a Dios y nos fuimos con ellos. Fue bueno quedarnos en ese lugar porque a poca distancia de allí había un laberinto intrincadísimo de árboles caídos, con muchos pozos llenos de agua y grandes pantanos. Nos hubiésemos visto en bastantes problemas.

Llegamos a la casa muy tarde entrada la noche. ¡Qué decir de la preocupación de monseñor Fagnano y de todos los hermanos de la misión, en toda aquella larga noche que pasamos fuera de la casa! Hacían miles de conjeturas: «¿Les habrá ocurrido alguna desgracia?, ¡quizá quedaron empantanados!, ¿habrán encontrado indios y les habrán hecho daño?» Cuanto más nos retrasábamos, más crecía su temor. Fue muy grande la alegría cuando nos vieron llegar cantando aquellos versos de Dante:



Misión salesiana de San Rafael en la isla Dawson. Vista desde el muelle.

En el medio del camino de la vida,
Me encontré en una selva oscura
Porque la senda había perdido.

¡Ay, cuán dura es
Esta selva salvaje, áspera y fuerte
Cuyo recuerdo renueva el miedo![48]

Agradecimos una vez más a Dios y a María Auxiliadora y nos quedamos todos con el corazón en paz. El día siguiente, domingo, se celebró con toda la solemnidad posible la fiesta patronal de San José y el onomástico de monseñor Fagnano.

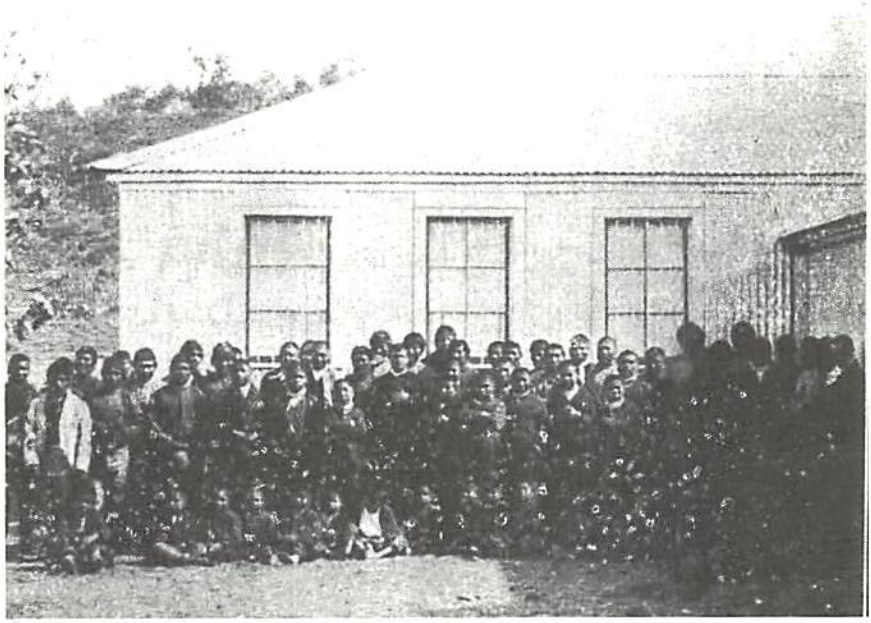
El primer fruto asegurado de la Tierra del Fuego. Muerte edificante de la jovencita india Luigia

Punta Arenas, 25 de enero de 1889

El día 8 del corriente mes, daba su alma a Dios, nuestra querida india Luigia. Una fueguina que gozaba de todo el beneplácito de nuestra santa religión. ¡Pobre hija! Había sido recogida por mí en Tierra del Fuego, después del asesinato de su padre. Fue llevada a Patagones y de allí, a fines de 1887, llevada a Italia, en compañía de dos hermanas de María Auxiliadora. Había sido presentada por monseñor Cagliero a Don Bosco, como primer flor de esta lejanísima misión. ¡Qué viva alegría manifestó cuando estuvo ante la presencia de aquel hombre que había mandado a América a sus salvadores! ¡Cuántas oraciones hizo cuando supo que Don Bosco estaba gravemente enfermo! ¡Cuántas lágrimas derramó cuando supo la noticia de su muerte y cuando fue llevada a ver su cuerpo durante su funeral y entierro!

De regreso en América, recordaba siempre todo lo que había visto y oído de Don Bosco. Al desmejorar su salud, por tantas dificultades sufridas en su infancia, el señor la llamó para hacerla participar del premio dado a su benefactor. Realmente, su muerte fue la de un angelito. Conservó siempre su

48. Son los primeros versos de *La divina comedia* (*Divina Commedia*), de Dante Alighieri, los cuales, en italiano, rezan de la siguiente manera: «Nel mezzo del cammin di nostra vita, / Mi ritrovai per una selva oscura; / Chè la diritta via era smarrita. / Ahi quanto, a dir qual'era, è cosa dura, / Questa selva selvaggia ed aspra e forte / Che nel pensier rinnova la paura!» (vv. 1-6). (N. del T.)



Indios civilizados en la misión de San Rafael en la isla Dawson.



Mujeres indias civilizadas en la misión de San Rafael en la isla Dawson.



Camino a través del bosque de la isla Dawson

conciencia, hasta el mismo momento de su muerte. Ella misma quiso confesarse, y recibir con mucha devoción el sacramento de Jesús, el óleo santo y la bendición papal. Algunos días antes de morir, había regalado una imagen a cada una de las hermanas y a las indias que la acompañaban en su casa. Se había encomendado a ellas, para que oraran por ella. Por su parte, había prometido orar por todos cuando estuviese en el paraíso.

El último día de su vida, quiso que yo esté siempre al lado de ella. Si por cualquier cosa me alejaba, llamaba enseguida a la hermana que la asistía y le decía «¡Rápido, rápido llamen a don Fagnano, porque me muero!». La muerte no le asustaba, y hablaba amablemente de esta. Se tranquilizaba cuando le hablábamos de la Virgen, de Jesús, del paraíso. Media hora antes de morir, me dijo:

—¡Padre, tengo tanto frío!». La animé a sufrir, por amor a Jesús, para tener más méritos y le ponía la manta y le secaba el sudor frío que caía de su frente.

—¿Irás a buscar a mi madre y a mis hermanos y los bautizarás para que puedan también ellos ir al paraíso con Jesús?

—Sí —le respondí muy conmovido—, cuando llegues al paraíso ruégale a Jesús, para que dé la gracia y convierta a tu mamá, a tus hermanos y a toda tu tribu que vive en el bosque. Saluda a la Virgen por mí y por las hermanas y saluda también a Don Bosco.

—Sí, padre, ahora estoy muy cansada...

—Dale un beso al crucifijo y descansa —le sugerí. Le presenté el crucifijo y enseguida sentí el suspiro de la agonía, entonces me apuré a sugerirle algunas plegarias y a recitar el *proficiscere*.[49]

49. Es una oración que pronuncia un religioso ante una persona agonizante, que dice: «Parte alma cristiana de este mundo en nombre del padre que te crió, en nombre de Jesucristo que te redimió, en nombre del Espíritu Santo que te santificó. Hoy sea tu descanso en la Jerusalén celestial, y veas a Dios por siglos eternos». *Ejercicios espirituales para Religiosas*. Ill.mo y R.mo señor D. Fr. Miguel de Santander. Del Consejo de su Majestad, obispo Amizonense. Auxiliar y gobernador del Arzobispado de Zaragoza. Madrid, 1804. (N. del T.)

A mitad de la oración, exhalaba el último suspiro. Le cerré los ojos y lloré de consolación. ¡Qué muerte santa! Esto asegura el primer fruto de nuestra misión en la Tierra del Fuego. Firmemente, creo que ahora está en el paraíso para interceder por sus hermanos, porque vivió y murió como una santa. Su cadáver, que fue expuesto todo el día 9, tomó una coloración tan bella, que cada uno que la veía decía «¡Es un angelito!». Al día siguiente, se la sepultó. Se cantó misa solemne de cuerpo presente y luego se la llevó al cementerio, seguida de sus buenas maestras y compañeras, que no pudieron alejarse de su tumba, sin antes derramar lágrimas por la que tanto se había hecho querer. ¡Oh! ¡Quiera Dios hacer progresar nuestra misión por la santa muerte de esta fueguina, en pro de sus compatriotas! A tal fin, rece también usted, amadísimo don Rua, y quiera bendecir a su hijo y hermano.

Sacerdote José Fagnano

Desde la misión de San Rafael en la isla de Dawson (1891). Duras pruebas. Un naufragio en el puerto. Consolaciones. Linterna mágica. Lo que dice una cruz. Una visita de señores chilenos. Nuevos cristianos. Comodidades indias. Buena cosecha

Dawson, 18 de abril de 1891

Después de un año, aquí estoy de nuevo visitando esta misión de San Rafael, por encargo de nuestro señor prefecto apostólico monseñor Fagnano. ¡Oh! ¡Cuánto progreso se ha hecho en un año!, ¡cuánto han trabajado nuestros hermanos y las hermanas de María Auxiliadora! Ya se comienzan a ver los frutos abundantes de civilización y salud entre estos pobres salvajes.

Pruebas

Es cierto que el enemigo de las almas, busca por cualquier medio alterar la obra benéfica de los misioneros, pero por la gracia de Dios, no conseguirá lograrlo. Como ejemplo de algunas tentativas, usted sabrá, señor don Rua, que todos los meses, debemos mandar desde Punta Arenas los víveres para los misioneros y para los indios. Sin embargo, no pasa un mes sin que surjan incidentes que nos impidan o nos retarden el transporte. A veces, no se encuentran carros u hombres para llevar la mercadería hasta la playa. Otras veces, faltan los marineros o están borrachos. A veces pasa que faltan los botes para llevar los víveres a bordo o no se encuentran naves disponibles, que puedan ir a la isla. Muchas veces, pretenden sumas exorbitantes. También sucede que, cuando la carga está a bordo y estamos por partir, el capitán de la nave está borracho, en un estado que le es imposible poder dirigir la nave. Porque ni siquiera puede manejarse a sí mismo y estar en pie. La misma tripulación hace huelga. En esos casos, conviene tener paciencia y esperar a que se mejore. En suma, cada vez que se tiene que socorrer a los misioneros y a los indios de San Rafael, sucede algo.

Una vez, debíamos partir con cinco ayudantes, cuatro hermanas de María Auxiliadora y cuatro jóvenes, para llevar todos los víveres y un caballo. Parecía un milagro que teníamos todo a nuestro favor. Incluso el mar estaba en calma, con viento en popa, y habríamos llegado a la isla en pocas horas si hubiésemos podido hacer el viaje sin ningún disturbio. Eso hubiese sido un milagro, una victoria ganada sobre el infernal enemigo. Pero ni bien la *goleta Fueguina* que debía llevarnos levó el ancla y desplegó sus velas para alejarse del puerto, la nave fue a dar de proa contra un vapor nacional argentino llamado *Tyr*, que había anclado pocas horas antes a 300 metros de nosotros. Por un descuido del capitán, que dejó el timón a su antojo, la goleta sufrió daños en la parte delantera debido al ímpetu del golpe.

Entre la confusión y el miedo, tratábamos de pasarnos a bordo del vapor *Tyr*. Pero cuando se supo que no había ningún

peligro, nos mantuvimos en la goleta. Mientras tanto, el capitán, un inglés de edad avanzada, con la máxima indiferencia y sangre fría, como si nada hubiese pasado, continuaba tranquilamente fumando su gran pipa. Cuando los pasajeros le preguntaron si se podía continuar el viaje, respondió tranquilamente: «No, no se puede. Más tarde». Tuvimos que tener paciencia y volver a tierra. Al día siguiente, se pudo contratar otra goleta, la *Enriquette*, que era mucho más pequeña que la anterior, por lo cual, no fue posible cargar el caballo, ni todas las provisiones. La *Fueguina* debió permanecer en el puerto más de un mes para las reparaciones necesarias.

Otras pruebas más terribles sucedieron en la misma misión, a veces, por obra de algún salvaje pérfido que sembraba zozobra entre sus colegas, buscando alejarlos de los misioneros; otras, por obra de alguno de los civilizados, puestos a sueldo al servicio de la misión y por tantas otras circunstancias, que sería demasiado largo de explicar. *¡Pero viva Dios!* Todas estas batallas nos hacen ejercitar un poco la paciencia y no nos quitan nuestro coraje, sino que lo aumentan. Nuestra fe en el Señor es ilimitada, como también nuestra energía para trabajar por la salud espiritual de estos pobres salvajes, que ya en gran número disfrutan del beneficio de la cristiana civilización.

Consolaciones

Una vez que abandonaron su vida bárbara y vagabunda y establecidos aquí, como un solo pueblo, como una sola familia, se ocupan de llevar a pastar los animales, cortar árboles en el bosque, hacer calles, excavar canales, construir muelles para carga y descarga de los víveres. Todo bajo el régimen de los misioneros, de los cuales reciben también, el alimento, el alojamiento, la instrucción religiosa y la educación cristiana y civil para transformarse en hombres útiles a la sociedad. Es la antigua forma del gobierno patriarcal, donde el monarca y el mismo misionero son respetados, amados y obedecidos, como el padre de familia.

Don Pistone, que sucedió a don Ferrero, que pasó al norte de Chile, es el alma y la vida de todo este movimiento. Al frente de los salvajes, él es el primero en manejar el hacha y el pico, en guiar los carros, etc., en suma, en dar el ejemplo de trabajo a estos pobres indios. En la dirección de los trabajos campestres, lo acompañan seis ayudantes expertos en agricultura, que también ayudan en el catecismo de los indios. Don Pistone suele llevar al bosque un viejo fusil, para dispararle a cualquier pájaro y, de paso, para hacerle ver a los indios la potencia del fusil e intimidarlos. Se maravillan mucho cuando ven que el pájaro cae muerto y no ven la flecha que lo hiere, sino que escuchan solamente el ruido del disparo del fusil. Ese ruido les impone terror y temor, y eso está bien porque así no se animan a molestar a los misioneros que con esta arma son superiores a ellos, en caso de que les viniese la tentación de sublevarse.

La primera vez que oyeron el ruido infernal del fusil, algunos, muy asustados, se tiraron cuerpo tierra y otros escaparon a esconderse como si los persiguieran. Ahora no tienen tanto miedo. Pero es fácil imaginarse la idea que tienen de lo que puede hacer esta arma, que de momento hace tanto ruido y puede matar animales y, si fuese el caso, también a una persona, con solo un *¡pum! ¡pum!* Por lo tanto, con este temor potentísimo, se pudo amansar su naturaleza salvaje. Pero, además, con amor es que se ha podido adiestrarlos, llevarlos hacia una vida estable y se les ha enseñado a hacer importantísimas tareas.

Una noche se hicieron varios disparos al aire y se vieron una infinidad de chispas. Una anciana, de nombre Ottavia, tuvo tanto miedo que corrió a esconderse en el bosque vecino, porque creía que todas las estrellas del firmamento iban a caer a la tierra y la iban a matar. Estuvo escondida muchos días sin comer y se hubiese muerto en ese lugar si no se hubiese notado su ausencia y

no se la hubiese ido a buscar para traerla de vuelta a su casa.

La bahía Harris, en la isla Dawson, donde está situada la misión, está tomando un aspecto bellísimo. Se admira una amplia calle que desde el mar conduce a la casa principal de la misión y una bella y cómoda calle que, de la casa de la misión, conduce a una pequeña colina muy verde. Un lugar para paseo, desde donde se ve toda la misión y el mar. En la cima de la colina, circundado por una empalizada, está el campo santo, con una cruz alta en el medio, a cuya sombra reposan hoy en día 12 indios, todos bautizados antes de su muerte. A menudo, allí van los indios a llorar y a orar por sus muertos. Sobre las tumbas se ven ramos de flores campestres de varios colores. Las casas de madera de una sola planta van creciendo en número. Se ha desmontado parte del bosque para hacer un terreno que sea cultivable, para transformarlo en huerta. Mientras don Pistone y sus ayudantes adiestran a los salvajes adultos en la vida campestre y le dan instrucción civil y religiosa, don Del Turco les da clases a los niños, y las hermanas de María Auxiliadora a las niñas, que hoy en día conforman un gran número. Las hermanas también tienen dos talleres, uno para las jovencitas y otro para las mujeres grandes, donde enseñan a coser, lavar la ropa, hilar la lana de oveja, tejer mantas, hacer medias, etc. Todo para uso de la misión. Mientras trabajan, las buenas hermanas les enseñan el catecismo, les hacen rezar, cantar y estas personas se sienten contentas. La lengua que se enseña y que se quiere que todos entiendan y hablen es la española, que es la que se usa en todo Sudamérica.

Diálogo con un solo interlocutor. Ciencia de los parentescos en los indios

Cuando llegué a esta isla, fue a mi encuentro un niño muy despierto y muy simpático, de unos doce o trece años, quien tocándome



Francisco, joven alacalufe de la misión San Rafael, Dawson.

la mano con ingenuidad, me dijo en buen castellano «¡¿Buenos días padre, cómo está?!», y sin esperar respuesta, continuó diciendo «Bueno, gracias». Me reí y pensé que este buen jovencito había entendido bien las lecciones. ¡Bravo!

—¿Cómo te llamas? —le pregunté en castellano.

—¿Cómo te llamas? —me respondió.

—¿Eres bueno?

—¿Eres bueno? —repitió.

Me di cuenta, entonces, que de castellano no sabía nada más que el saludo que me hizo al principio, y que por cierto no entendía nada de lo que decía. Lo había aprendido de memoria y lo repetía como un loro. Había llegado hace poco tiempo a la misión.

Fui rodeado de una multitud de hombres, mujeres y niños. Muchos de los cuales

me conocían del año pasado y todavía se reían de cuando me perdí en el bosque de noche. Se acordaban de aquel momento e imitaban mis gritos cerrando los ojos, para indicar la oscuridad en la cual me encontraba. Uno me pedía la manta de viaje que llevaba plegada en mi brazo. Otro me pedía un cortaplumas. Un jovencito me pedía una pelota para jugar. Una jovencita, un espejito. Los niños, en cambio, me pedían dulces: *Karùk* o *Mácen.* Le pregunté a una jovencita, que no podía tener más de dieciséis o dieciocho años, si el bebé que tenía en brazos, de unos dos o tres años, era su hermano. «No», me respondió rápidamente y con toda seriedad me dijo «¡Es mi madre!». ¡Pobre mujer! Pensar que debe haber estudiado tanto para aprender esa respuesta así de difícil.

Nuestros buenos indios han aprendido los primeros rudimentos de nuestra santa religión y las oraciones de la mañana y de la tarde. Estas son recitadas en grupo por los que van al colegio. Por sus casas pasan nuestros hermanos, van cada tarde, de familia en familia, para hacerlas recitar las oraciones. Me sentí conmovido al oírlos cantar tres o cuatro cantos sacros entonados con maestría. Es admirable el respeto que tienen en la iglesia y la atención que prestan a los divinos misterios y a las explicaciones del catecismo. El primer domingo que los vi, me alegró muchísimo, pero el olor que dejan, no solo en la iglesia, sino en cualquier lugar donde permanecen algunos minutos, sea el dormitorio, la escuela, el refectorio, etc., es mucho y casi insoportable. Es un hedor como de una foca podrida, que todos los indios tienen en su piel y por más que se laven, jamás se lo sacan de encima. Se necesita tener siempre las puertas y las ventanas abiertas para que el mal olor se vaya. Lavar a menudo el piso y desinfectar las habitaciones no alcanza para sacar este olor. El olor penetra en el piso y en las paredes de madera. Es una penitencia para nuestros hermanos, que todo el día deben vivir cerca de ellos. Pero este sacrificio lo hacen voluntariamente y por amor a Dios. ¡Otro que agua de colonia!

Linterna más que mágica

La tarde del primer domingo, 5 de abril, quise alegrarlos con un espectáculo nuevo para ellos. Había traído de Punta Arenas una linterna mágica, con muchas proyecciones luminosas y un pequeño órgano. ¡No se necesitaba nada más! Reían, saltaban, bailaban y pataleaban de alegría. ¡Estaban todos amontonados! Su alegría era máxima, su curiosidad estaba puesta a prueba. Las imágenes en color eran bellas y variadas. Algunas religiosas y otras humorísticas. ¡Qué placer repentino tenían al aparecer cada nuevo personaje! ¡Cuántas exclamaciones! ¡Cuántas preguntas! De cada cosa, yo les daba una breve explicación. Pero al aparecer un *ecce homo*, no hubo tiempo de hablar y hubo un grito unánime de júbilo, que estalló al instante: *¡Jesús! ¡Jesús el salvador!* ¡Qué escena tan conmovedora! Era un acto público de gracia, de reconocimiento, de amor, que este pobre pueblo, hasta ayer salvaje, le ofrecía a Dios a poco tiempo de haber aprendido a conocerlo. ¡Oh! ¡Cómo lo habrá recibido el buen Jesús! ¡Cuánta conmoción para su corazón adorable! Toda la tarde fue muy bella y le gustó muchísimo a esta pobre gente.

Se les había avisado que al otro día, en la nueva iglesita, se celebraría una función solemne y se haría la bendición y colocación de las estaciones del *viacrucis*. No faltó ningún indio. Todos querían estar presentes desde el principio al fin.

¿Qué dice una cruz?

El día 7 de abril, con don Pistone, me fui hasta la punta San Valentín, más al norte de la isla, donde teníamos una casa sucursal, confiada a dos pastores para el cuidado de las ovejas. El viaje se hacía a través de una densa arboleda en el medio del bosque, donde nuestros hermanos habían abierto un

sendero. Parte se hacía entre grandes pantanos, con peligro de que se hundieran los caballos hasta el cuello, y parte sobre la playa por un terreno lleno de piedras y arena. Debido al pésimo estado del sendero, se emplearon cinco horas, más o menos, a caballo, a pesar de que no hay más que 18 millas. La casa de punta San Valentín está situada en un lugar muy bello, cerca de un pequeño lago muy límpido de agua de vertiente, que desemboca en el mar. Rodeada de pequeños bosques siempre verdes y alegrada con el dulce canto de miles de pájaros. En las tranquilas aguas del lago, nadan centenares de patos salvajes, pavos salvajes (*Kaikenes*),[50] cisnes blancos de cuello negro (*cygnus nigricolli*)[51] y flamencos (*phoenicopterus ignipaliatus*).[52] En los árboles abundan los pájaros cantores: los papagayos verdes (*canorus patagonus*),[53] los pinzones (*phygilus gayi*),[54] los pájaros carpinteros, los petirrojos (*trupiali, loyca*),[55] las alondras.[56] Muchas aves de rapiña. El gorrión ordinario (*milvagus pezoporus*),[57] el blanco y negro (*milvagus albogularis*).[58] Varias especies de águilas (*buteo tricolor*).[59] El cóndor (*sarcorhamphus gryphus*).[60] Por los prados adyacentes, hay numerosísimos *ibis malanopis*,[61] becasinas (*thinocorus rumicivorus*)[62] y *vanellus cayannensis*,[63] *bernicla dispar*,[64] etc.

Podríamos decir que es un paraíso terrestre. Como hasta ahora ningún cazador ni ninguna persona los ha molestado, estos pájaros se multiplicaron desmedidamente. En primavera, se encuentran miles y miles de huevos en los alrededores de la punta San Valentín. Están esparcidos por todos lados. Otros nueve laguitos, todos de agua dulce, son producto de las vertientes y de

50. Cauquenes, de los cuales asociados al agua dulce en Tierra del Fuego se encuentran tres especies: cauquén común, cauquén real y cauquén colorado. Probablemente aquí se refiera al cauquén común, que aparece mencionado a veces también como *Bernicla.* (N. de la E.)

51. Nombre científico válido actual: *Cygnus melancoryphus*. (N. de la E.)

52. Nombre científico válido actual: *Phoenicopterus chilensis*. (N. de la E.)

53. El único miembro de la familia *Psittacidae* (loros, cotorras, papagayos) que habita en la zona es la cachaña o cotorra austral: *Enicognathus ferrugineus*. El nombre válido actual de *Conurus patagonus* es *Cyanoliseus patagonus patagonus*, que corresponde al loro barranquero, cuya distribución conocida no llega a estas latitudes. (N. de la E.)

54. *Phrygilus gayi* corresponde al comesebo andino, si bien también podría estar considerando en esa época al comesebo patagónico, cuyo protónimo es *Phrygilus gayi patagonicus* Lowe, 1923. (N. de la E.)

Si bien no son verdaderos «pinzones», en algún momento se habían clasificado como *Fringilla gayi* Gervais, 1834, género que sí corresponde a los pinzones. (N. de la E.)

55. Posiblemente se refiera a la Loica (*Leistes loyca*). (N. de la E.)

56. Si bien no hay alondras en la zona, un ave que se menciona como «parecida a una alondra» es la calandria, de la cual la calandria mora, *Mimus patagonicus*, puede observarse en cercanías del estrecho de Magallanes. (N. de la E.)

57. La especie denominada *Milvagus pezoporus* corresponde al chimango, cuyo nombre válido actual es *Phalcoboenus chimango*. (N. de la E.)

58. Probablemente, el carancho o matamico blanco, cuyo nombre válido actual es *Phalcoboenus albogularis*. (N. de la E.)

59. Puede haberse referido a alguna especie de aguilucho. El águila presente en la zona es el Águila mora, *Geranoaetus melanoleucus*. (N. de la E.)

60. El nombre válido actual para el cóndor es *Vultur gryphus*. (N. de la E.)

61. Nombre científico actual de la bandurria austral: *Theristicus melanopis*. (N. de la E.)

62. El nombre citado *Thinocorus rumicivorus* corresponde a la agachona chica, una especie del mismo orden (Charadriiformes) pero de una familia distinta. (N. de la E.)

63. La ortografía correcta sería *Vanellus cayennensis*, que corresponde a una denominación antigua de una especie de tero. El nombre científico aceptado actualmente para la especie presente en la zona es *Vanellus chilensis*. (N. de la E.)

64. Protónimo de *Chloephaga picta dispar*, cauquén común. (N. de la E.)

los derretimientos de las nieves de los montes vecinos. Estos laguitos tienen una circunferencia de 2 km, aproximadamente, y todos tienen riachos que desembocan en el mar. La intención de nuestra ida a la punta San Valentín era la de ir a reconocer el lugar del naufragio del *cúter Dorrà*, cerca de la playa de San Pedro y San Pablo. Para poner una cruz en memoria de nuestro pobre hermano, Juan Bautista Silvestro, que se ahogó allí hace dos años, mientras escapaba de la furia de los salvajes de la isla. Por lo tanto, el día 9 temprano en la mañana, celebramos la santa misa y nos pusimos en camino.

Habíamos tomado como guía al jefe de los pastores, un francés que estaba seguido de dos grandes perros. Él nos decía que en cuatro horas podríamos ir y volver. Por lo que no creímos necesario llevar víveres para el viaje. Solamente llevamos un pedazo de pan, por simple precaución. Pero llegó el mediodía y no estábamos ni en la mitad del camino. Se debía pasar por entremedio de grandes matas, arbustos y estepas. Atravesar riachos, descender por despeñaderos, por los que era imposible galopar. Cerca de la una del mediodía, cansados y con mucho apetito, hicimos una parada para comer, cerca de un riacho muy limpio. Ese pedazo de pan que habíamos traído hubiese servido para quitar nuestro apetito. Pero teníamos los dos mastines, que nos miraban con aire suplicante y parecía que nos querían decir que ellos también tenían hambre. Pensamos, entonces, en dividirlo en cinco partes y abandonarnos en las manos de la divina Providencia, que siempre buena, no dejó de acudir en nuestra ayuda.

Después de *doce horas* de camino a caballo, llegamos a un lugar al anochecer. ¡Triste lugar! La playa estaba llena de grandes piedras. Detrás de un barranco alto, encontramos un pequeño bosque que en su centro tenía un lugar espacioso y circular y parecía una habitación. A pocos pasos, había un arroyuelo de agua pura y era un lugar bueno para pasar la noche. Mientras el pastor recogía leña seca para alimentar el fuego encendido en el centro del bosquecito que nos servía para calentarnos las piernas casi rígidas del frío, con don Pistone, descendimos a la playa para buscar algunos moluscos (especie de ostras), los cuales encontramos en abundancia y debían servirnos de cena, desayuno y almuerzo al día siguiente. Los comimos crudos, cocidos al fuego, asados sobre las brasas y de todas las formas, y nos parecían exquisitos, porque nos quitó un poco el apetito. ¡El hambre es una cosa muy fea! También los dos mastines debieron comer moluscos, aunque nunca en su vida los hubiesen probado y no les gustasen mucho. Mientras tanto, se había hecho de noche y tratamos de dormir. No teníamos mantas ni pieles, ni ninguna otra cosa que nos sirviese de cama. Tampoco teníamos nada para cubrirnos y el frío se hacía sentir bastante. ¿Qué hacer entonces? Para liberarnos de la humedad del terreno, extendimos ramas secas en el lugar, la silla de montar nos serviría de almohada, y nos encomendamos a nuestro ángel custodio para tratar de dormir algo. Pero no fue posible, a pesar del lecho cómodo y de la almohada mullida que ayudaban a calmar el dolor de los miembros cansados, porque se agregó una brisa muy fría, un gran aguacero y, por último, para completar el cuadro, un fuerte viento que sacudía las plantas y no nos dejó cerrar un ojo en toda la noche.

Con la primera luz de la mañana, más agotados que el día anterior, ensillamos nuestros caballos y nos fuimos al lugar de la playa donde había sido el naufragio del *cúter Dorrà*. ¡Qué espectáculo desolador se ofreció a nuestra vista! ¡¿Quién sabe cuántos barcos habrán naufragado en esta playa?! Remos, salvavidas, escaleras, cajones, vigas con hierro, cuerdas, toneles, pedazos de botes y goletas, tablas, etc. En suma, una infinidad de desechos de barcos estaban confusamente mezclados con troncos de árboles que el viento y la marea ha-

bían sacado de raíz y los habían lanzado al mar desde la costa opuesta del continente. Aquí vino a golpear el *cúter Dorrà* y se estrelló contra las rocas, ahogándose nuestro pobre Silvestro el 21 de septiembre de 1889, día que no olvidaremos jamás por la terrible insurrección de estos salvajes.

Tomando dos vigas de las mejores que habían servido para las velas del *cúter Dorrà*, las llevamos a la cima el montecito, cerca del mar. Hicimos una cruz, procedimos a su bendición, recitamos las exequias con el *de profundis*, y escribimos la siguiente inscripción sobre una tabla que clavamos a la cruz: *Aquí naufragó el cúter Dorrà y murió ahogado Juan Bautista Silvestro, catequista y misionero salesiano, el 21 de septiembre de 1889, víctima del primer ataque feroz de los salvajes alacalufes. R. I. P.*

¡Oh, querido Silvestro! ¡Alma bella que por noble causa dejaste la vida en esta inhóspita tierra! ¡Intercede por los pobres indios de la isla Dawson! ¡Haz que todos puedan conocer rápidamente la verdad de Dios! Que todos puedan gozar del beneficio de la civilización que tú les quisiste llevar, en compañía de tus hermanos.

Dejamos el lugar llenos de tristeza, retomamos el sendero de regreso y llegamos a la punta San Valentín casi por la noche. Al día siguiente, continuamos el viaje a la misión de San Rafael, sin ningún incidente.

Una visita. Nuevos cristianos

El día 14 de abril llegó inesperadamente a la isla Dawson la goleta *Express*, con muchos señores y señoras chilenas que venían para visitar la misión. Entre las primeras familias, estaba la familia *Wilnes* de Valparaíso, que admiró el progreso hecho en breve tiempo. Dejaron provisiones de víveres y de ropa para distribuir entre los indios. La llegada de estos señores se aprovechó para administrar el santo bautismo a 17 indios adultos, ya preparados. La ocasión era propicia, para proponerles ser padrinos, según la ocasión. Para que ellos pudieran ayudar a estos pobres infelices. Dicho y hecho. Estos gentiles señores aceptaron la propuesta con mucho placer y al otro día, el 15 de abril, se hizo la función. Los nuevos cristianos tomaron el nombre de sus padrinos en el santo bautismo.

Delicadezas indias

En esta circunstancia, ocurrieron algunos hechos risueños que voy a narrar, no por edificantes, sino para que se vea a qué punto llega todavía el salvajismo de algunos indios en Dawson, después de un año y medio de continuas lecciones de civilidad por parte de los misioneros. Mientras en la iglesia se hacían los preparativos para la sacra función y la campana alegraba con su tintineo, los nobles visitantes estaban en la plazoleta distribuyendo objetos que habían traído para todos los que iban llegando a la casa de Dios. Ocurrió que la primogénita *Wilnes*, la señora Elvira, distribuía unos anillos de coral rojo, junto con camisas, delantales, pañuelos y echarpes. La primera que recibió un anillo, creyó que era un confite, porque nunca había visto en su vida un objeto igual y no sabía sobre su uso. En vez de ponérselo en el dedo, se lo puso en la boca y le dio tal mordida, que si no hubiese sido tan duro, lo hubiese hecho polvo. ¡Ni que hablar de las grandes carcajadas de aquellas señoras! Mientras que la pobre india, se quedó muy sorprendida, porque no sabía de qué se reían. Cuando se le enseñó que el anillo se debía poner en el dedo, ¡pidió también uno para su bebé de pocos meses, que lo tenía envuelto en una piel de guanaco en su espalda! Esto generó más risas.

Otra mujer se presentó con un niño de casi dos años en brazos que, además de ser regordete y de cara fea, como son casi todos los salvajes, tenía una cubierta negra de suciedad, de la cabeza a los pies, algo que a una persona civilizada le da asco. Una de las señoras chilenas se le acercó y le dijo



Margaritas de los pantanos, isla Dawson. (E. De Agostini)

que lo limpie, que vaya a lavarlo. La india, sin decir nada, sacó la lengua como las bestias y (*horresco referens*)[65] comenzó a limpiarlo y a pasarle la lengua por toda la cara, tragándose toda la inmundicia. Al ver esto, las buenas señoras se alejaron a toda velocidad, para no ver este espectáculo que para ellas era nuevo y les provocaba náuseas. Pero más tarde se desternillaron de risa. Ya tendrán ocasión de recordarlo con sus amigas de Valparaíso. Son cosas que causan rechazo de solo oírlo; sin embargo, los misioneros deben ver cosas peores a cada paso. Como por ejemplo, ¡ver comer con gusto ciertos animalitos! Un poeta burlón del 600 los llamaba *los caballeros de plata en campo de oro.*

Un día me tocó cortarle el cabello a una india anciana, recientemente llegada a la misión desde los canales. Tenía estos animalitos que le poblaban la cabellera de una forma extraordinaria, como nunca había visto en mi vida. Era un verdadero hormiguero. Tanto es así que había unos sobre otros, hasta dos, tres y cuatro. No bastaba peinarla, para sacarle todo esos enemigos que se habían refugiado en ese bosque. Se necesitaba, entonces, cortar el bosque desde las raíces. Y así se hizo. Estando la mujer sentada, me hizo seña para que le depositara el cabello cortado sobre sus rodillas, donde tenía puesto un pañuelo no demasiado limpio, para recogerlo. Mientras yo tiraba los cabellos sobre el lugar indicado, ella, junto a un nieto de más o menos ocho años, ¡jugaban carreras a ver quién comía más de estos bichos! Cuando terminé de cortarle el cabello, la mujer envolvió el pañuelo para llevárselo (porque no había hecho tiempo para terminar de comerlos to-

65. Locución latina, que traducida literalmente significa «me horrorizo al contarlo». Es la frase que pronuncia Eneas al contar el espantoso fin de Laoconte y de sus dos hijos, al ser devorados por serpientes salidas del mar (en Virgilio, *La Eneida*). (N. del T.)

dos). ¡Se levantó de donde estaba sentada y empezó a buscar diligentemente en la tierra los que se habían caído inadvertidamente y se los llevaba a la boca! Una vez le pregunté a un jovencito que estaba intentando comérselos, si le gustaban y él me respondió que sí, que eran muy buenos: *Olic*. Le pregunté qué sabor tenían y ¡me respondió que eran dulces!: *¡Mácen!*

Cuidado los de estómagos delicados. Cuidado quien no tenga una buena dosis de paciencia y cínica indiferencia. Los visitantes disfrutaron al escuchar cantar con dulzura loas al Señor por aquella gente bruta, y también quisieron escuchar algunos cantos indígenas. De esto no se me ocurre decir mucho. Son cantos que atraen a las piedras, como aquellos de Orfeo. Imitan los gritos de algunos de los pájaros más comunes de esta región (cuervos, pingüinos, patos, gorriones, etc.). Sin embargo, nuestros benefactores se fueron muy satisfechos y animaron a los hijos de Don Bosco y a las hijas de María Auxiliadora a que siguieran con su obra regeneradora. El señor Wilnes y su amigo el señor Blanchard (este último, un rico negociante de Punta Arenas) pasaron una noche en la misión. Cuando se fueron a dormir y creían que nadie los oía, hablaron de la impresión que habían tenido del lugar y de aquel día. Escuché que decían lo siguiente:

—¡Qué vida de sacrificios llevan estos misioneros! Están acá solos en este desierto, segregados de todo el mundo civilizado, en medio de estos brutos sin educación, corriendo peligro su vida a cada momento, porque estos salvajes son muy traidores. ¡No hay dinero que pueda pagar tanto heroísmo!

—Por mí, no estaría aquí —decía el señor Wilnes— ni que me dieran todo el dinero del mundo.

—Tampoco yo —respondió Blanchard y continuó—: sin embargo, los misioneros están contentos, están alegres, y se diría que no sienten el gran sacrificio que ellos hacen para salvar estas almas. ¡Es una obra verdaderamente meritoria delante de Dios y delante de todo el mundo!

Buena cosecha

El próximo invierno, nuestros hermanos esperan poder persuadir a otros 40 salvajes para que se queden en la misión. Hasta ahora, estos van y vienen, indecisos de dejar su vida nómade. Quiera el cielo que lo hagan por su bien. De esta forma, en la próxima primavera la misión aumentaría el número de convertidos. Debo también hablar de otra excursión que hice con don Pistone a la bahía Loma, en el suroeste de la isla. Lugar donde suelen retirarse los indios que, a pesar de su salvajismo, saben elegir magníficamente los lugares que parecen fortalezas inexpugnables. Son pequeños bosques que hay en las altas colinas, muy densos, cerca del mar y bien reparados del viento. Su vivienda está hecha con algunos postes enterrados en la tierra, en semicírculo, curvados y atados en la punta, recubiertos con pieles de foca. Como sus casas son muy bajas, dentro de estas deben permanecer en cuclillas o sentados, porque no es posible permanecer de pie. En el centro o cerca de la entrada, hay siempre encendido un gran fuego, día y noche. Cuando ven que alguien se acerca, si no lo conocen, lanzan flechas y largan a sus perros, que son bravos. Si ven que son superiores, se dan a la fuga, internándose en el denso bosque. Esperamos, también, poder ganar a estos indios para la civilización y para Dios.

Visita de monseñor Fagnano a la isla Dawson. Un nuevo grupo de indios bautizados (1890)

Punta Arenas, 15 de diciembre de 1890

Celebrada la fiesta de la Inmaculada Concepción, nos fuimos a la misión de la isla Dawson. Me embarqué en el vapor del Gobierno de Chile, el *Pilcomayo*, con don Pis-

tone, que había venido a pasar un mes con nosotros en Punta Arenas, un clérigo y cuatro jóvenes que frecuentaban el oratorio festivo, como premio a su asistencia. En el mismo vapor viajó, también, la superiora de las hermanas de Punta Arenas, sor Ángela Vallese. Eran las 10 de la mañana del 9 de diciembre cuando zarpamos y a las 5 de la tarde entrábamos en la bahía Harris y en el puerto San Rafael. Allí éramos esperados con impaciencia por los hermanos que carecían de víveres y por los neófitos que estaban deseosos de recibir el santo bautismo. En el puerto, nos recibieron don Ferrero y don Del Turco, con sus alumnos y con los hermanos Tarable, Forcina e Ibáñez, que eran todos de la misión. Las hermanas, con las residentes y con una buena cantidad de mujeres y jóvenes, recibieron a su superiora.

Apenas descendimos a tierra, estaban todos a nuestro alrededor para saludarnos. Algunos nos decían «Buenas tardes», otros nos decían «Finalmente han venido. Los esperamos tanto. No se vayan rápido», y otras mil cosas más. A poca distancia, sentía las voces de los jovencitos y de las niñas que estaban alrededor de la madre superiora gritando: «¡Viva Jesús! ¡Viva María!». Eran escenas muy conmovedoras teniendo en cuenta que, en el pasado, estos pobres salvajes se oponían a la civilización e incluso tenían miedo de escuchar la palabra *cristiano*.

Saludamos a toda esta gente y nos dirigimos a la residencia. Visitamos las obras de la nueva casa y, satisfechos de cómo marchaba la misión, nos retiramos a cenar. Después de la cena, nos reunimos en conferencia con los hermanos de la misión que me hicieron un recuento de la instrucción impartida. Supe con agrado que había 33 indios, 28 de los cuales estaban preparados para recibir el santo bautismo. Al día siguiente, visité la escuela y me di cuenta del progreso que se había producido. Todos los niños saben silabear y algunos ya leen correctamente. Escriben rápidamente en sus cuadernos y en la pizarra y responden lentamente algunas de las preguntas del catecismo que han aprendido de memoria, pronunciando bien la lengua española. Hay bastante disciplina, a pesar de lo pobre que son estas criaturas. Digo esto porque, mientras yo tomaba examen a un jovencito muy despierto, otro más pequeño y más despierto aún, para dar a sus compañeros una muestra de su destreza y sin ningún miedo, saltó desde el banco, apoyó su cabeza en la tierra, alzó sus piernas contra la pared y no hizo más que caerse magistralmente.

Al pasar por la escuela de las jovencitas, una vez más, pude convencerme de que las hermanas de María Auxiliadora consiguen maravillas en estas misiones. Las jovencitas son muy pulcras, saben leer, escribir, coser, lavarse su propia ropa y han tomado ya el hábito de lavarse más veces al día las manos y la cara. Saben, también, zurcir sus propios vestidos cuando se les rompen. Y, además, saben responder muchas preguntas sobre el catecismo y las oraciones del buen cristiano. Las hermanas están trabajando para hacerles un vestido nuevo y un uniforme a todas las que van a ser bautizadas. Don Ferrero y don Del Turco, junto a don Pistone, están ayudando a la instrucción de los adultos, con quienes está trabajando el hermano Forcina.

El día 11 de diciembre, se había establecido como día de la solemne administración del bautismo. Esa mañana, se ocuparon de que los neófitos se higienizaran bien y se les hizo repetir la verdad del catecismo que habían aprendido. Después del mediodía, se reunieron todos en la capilla nueva, que todavía no estaba inaugurada. Para esta celebración, yo había invitado al comandante del *Pilcomayo*, para que estuviese con sus oficiales e hicieran de padrinos de los niños y de los adultos. Con ellos, también vino el señor Rousseau, que era el jefe de una comisión enviada por la Sociedad Geográfica de París, para visitar estos lugares. A nuestra entrada, los neófitos se levantaron de unos bancos provisorios y entona-

ron a coro una bella canción que habían aprendido. Después, alternativamente, los grupos de niños y hombres y de niñas y mujeres respondieron juntos a todas las preguntas del catecismo que yo hacía en voz alta. Luego, se administró solemnemente el augusto sacramento. Era admirable ver la atención que ponían en esta sublime ceremonia. Estaban inmóviles, en religioso silencio. Tenían los ojos fijos sobre mí y sobre mis ayudantes de servicio. Era un espectáculo que alegraba nuestro corazón. El reino de Dios se ampliaba sobre la tierra y se ganaban otras almas para el paraíso.

La celebración fue un poco larga, ya que, para dar mayor solemnidad a cada momento, se intercalaban cantos sacros con acompañamiento del *armonio*. Igualmente, dejó a todos con una alegría indescriptible. Los nombres impuestos a los nuevos cristianos fueron aquellos de los superiores de Torino, de nuestros ayudantes y algunos también en recuerdo de benefactores de la misión. Era bello ver aquel grupo de indios repetir con placer y con alegría sus nuevos nombres después de la sagrada celebración, con una sonrisa en sus labios y con alegría en el corazón por haber sido regenerados en la gracia. Corrían alrededor mío para agradecerme y deseaban que todos los salvajes pudieran gozar de esa gracia. Me pedían que les dejara ir a la Tierra del Fuego y a los canales vecinos para inducir a sus compañeros y amigos a venir a la misión, para que probaran esa pura y gran consolación. Estos deseos y estas propuestas me llevaban a los Siglos XVIII, XIX, y a más siglos atrás, cuando los apóstoles recibieron al Espíritu Santo y salieron del cenáculo, plenos de santa alegría y de magnánimo ardor y se esparcieron a predicar la divina palabra, hasta los confines más extremos de la tierra. Cuando los antiguos cristianos se transformaban, a su vez, en misioneros y se apuraban a llevar esta divina palabra a sus parientes y amigos. Entonces, una dulce idea se presentó en mi mente. ¿Serán ellos también misioneros? ¡Oh! Quiera Dios que se haga realidad el ideal de nuestro padre Don Bosco: *¡salvar a los salvajes por medio de los salvajes mismos!*

José Fagnano
Prefecto apostólico

Punta Arenas, 20 de julio de 1891

Estoy de regreso de la misión de San Rafael de la isla Dawson. Cuando llegué, estalló una salva de aplausos, un grito unánime de alegría y de esperanza. Al poner los pies en tierra, ocurrieron escenas que me conmovieron hasta las lágrimas. Recordé a Don Bosco cuando nos decía «Orad» y desaparecía, dejándonos en la incertidumbre. Pero después retornaba sonriendo y era recibido con júbilo por sus hijos, a quienes tranquilizaba.

El retorno del hijo pródigo

Veintidós indios de los canales que el mes pasado no habían decidido quedarse definitivamente en la misión, al sentir el rigor del invierno, volvían a la casa de la misión. Algunos cabalgando por las altas colinas cubiertas de nieve y otros por mar. Todos muertos de frío y con una piadosa música de niños llorando. Venían casi todos de la bahía Loma. Las mujeres estaban cargadas como mulas, llevaban un montón de hierba seca para usar de camastro, leña seca sobre las espaldas para hacer fuego y una cantidad de canastos hechos con juncos de los pantanos. También traían pequeños barquitos para cambiar por galletas, tabaco o ropa. Algunas llevaban sobre la espalda una o dos criaturas en estado adámico. ¡Pobre mujeres! ¡Estaban cansadas como burros de carga! Un paso atrás, las seguían un grupo de hombres, que avanzaban sin carga, salvo unos pedazos de piel más o menos largos y más o menos enteros, que los cubrían. No hubo necesidad de declaraciones ni de recomendaciones. Fueron amablemente recibidos y alojados por diferentes familias en sus casas. Se mató un



Dos razas que se extinguen. 1. Angelito Harris, alacalufe – 2. Pedro Gama, ona. Civilizados en la misión San Rafael, isla Dawson.

gran buey, se les dio galletas, que hacía poco habían llegado, y se buscaron las mejores prendas de vestir que había en la casa. Era un movimiento general, una fiesta para vestir y para atender a estos pobres que, como el hijo pródigo, retornaban a la casa donde habían probado anteriormente la comodidad, la alegría y el bienestar de una familia cristiana, de donde se habían alejado en busca de mejor comida y más libertad.

Diariamente, se les administran víveres y los sacerdotes instruyen y preparan para el santo bautismo a aquellos que todavía no lo han recibido. Los hermanos ayudantes, expertos agrícolas, adiestran a los hombres para el trabajo campestre, y las hermanas de María Auxiliadora tratan de acostumbrar a la mujeres a las tareas de la casa.

El indio evangeliza al indio

La alegre acogida y el buen tratamiento parecen haberles tocado el corazón, porque parece que no se quieren alejar de la misión. En algún momento, cuando se acerca la primavera, les vienen ganas de volver a la vida nómade. Las instrucciones recibidas no son en vano porque les sirven para hacer de los misioneros sus propios hermanos, como ya lo hicieron tantos otros. Por los canales que corren entre las numerosas islas de la Tierra del Fuego, transitan continuamente canoas de indios cazando focas, nutrias, etc. Me contaron los capitanes y marineros que a veces, cuando pasan por ahí, al acercarse a estas canoas, sienten cantar tres o cuatro canciones, en la lengua es-

pañola. Son, precisamente, algunos de los cantos sacros que los misioneros de la isla Dawson les enseñaron en estos tres años, desde que está implantada la misión.

Hace unos pocos días, llegó a la misión un jovencito que ya fue bautizado el año pasado, trayendo a un compañero huérfano de padre y madre, que nunca había visto a un misionero. Se presentaron los dos ante don Pistone, pidiéndole por favor que los aceptáramos en nuestra casa, donde ya hemos recogido muchos huérfanos. Cuando don Pistone le preguntó el nombre al recién llegado, como no entendió la pregunta, comenzó a recitar el *padrenuestro* en lengua española y lo repitió muy bien, como si hiciera un año que lo recitaba de memoria todos los días. ¡Se lo había enseñado el compañero! Cuando el hermano Asvini le preguntó cómo se llamaba a otro niñito de seis años que vino a la misión, con su mano hizo la señal de la cruz y después, poco a poco, casi silabeando, continúo recitando la oración dominical en lengua española. Asvini maravillado, le preguntó si sabía otra cosa, y el pequeño salvaje, con la ingenuidad propia de su edad, entonó la canción *Corazón santo*, que los misioneros les hacen cantar muy a menudo. ¿Quién le había enseñado esas cosas a estos chiquitos? Dos jovencitos que habían estado en la misión por algunos meses y después se habían alejado junto a su madre.

La obra de los misioneros, gracias a Dios, nunca es en vano. La divina Providencia dispone que aquellos que se alejan por poco tiempo de la misión sean emisarios, porque llevan los primeros rudimentos de nuestra santa religión a los demás indios dispersos en las islas. Y los invitan a ir en busca de los misioneros, especialmente, cuando se encuentran con graves necesidades. Es en ese momento que nos debemos disponer a instruirlos y a prepararlos para el santo bautismo.

Llegada de otros indios a la misión de Dawson

Punta Arenas, 10 de mayo de 1892

Tengo una bella noticia para darle. En una de mis cartas que le escribí el año pasado, le decía que la instrucción religiosa que los indios reciben en la misión de San Rafael en la isla de Dawson les sirve para catequizar y para traer a la misión a otros salvajes. Y bien, esta es la bella y nueva noticia para darle: los indios que habían partido esta primavera con sus canoas, lograron catequizar a otros indios y ya comenzaron a volver. El jueves 5 pasado, haciendo el cierre de los ejercicios espirituales en San Rafael, recomendaba a los hermanos y a los indios que le oraran al buen Dios para que aumentara el número de los salvajes en la misión y para que otros tantos viniesen con buena voluntad a rendirse a los pies de la cruz. Esa mañana, once indios recibieron la santa comunión.

Cerca de las 10 de la mañana, llegaron dos canoas a la bahía Harris. Remaban a cuatro remos y con toda la fuerza, para vencer la corriente y tratar de escapar rápidamente de una lluvia muy intensa, que parecía un diluvio. De la primera canoa, desembarcaron nueve indios guiados por un hombre ya conocido, de nombre Santiago, que ya había estado en la misión hacía mucho tiempo y se había alejado temporalmente con permiso de los misioneros. Con aire de amigo, Santiago se adelantó a todos y le dio la mano al hermano Asvini, a Ferrando y a Scikora, que se habían acercado a la playa, y presentó a los recién llegados. Les hizo seña a la segunda canoa para que se acercaran, porque se encontraban en medio de amigos. Todos los neófitos de la misión, muy contentos por esta llegada, sin siquiera tener en cuenta la lluvia, corrieron hasta la playa para ayudar a traer la canoa a tierra. Los hicieron pasar a sus casas, encendieron grandes fuegos para calentarlos y para que se sequen sus míseras

pieles, que apenas cubrían sus cuerpos. Mientras tanto, Asvini, gran almacenero, con otros hermanos les llevaron carne, galletas, grasa y cuánto pudieron para que estuviesen bien, porque se los veía demasiado flacos y parecía que tenían mucho apetito —más bien, hambre. Las hermanas de María Auxiliadora, que también habían ido hasta la playa, se dedicaron a la tarea de vestir, especialmente, a los más chicos, que estaban apenas cubiertos, y trataron de reunir a cada familia para asignarles a cada una su propia habitación.

Apenas se pusieron al abrigo y se repusieron, el jefe del grupo, el indio Santiago, vino a nuestra casa y se presentó, primero a don Pistone y después a mí, y dio cuenta de su viaje. Dijo cómo había encontrado a mucho de los indios, que por ahora no había podido traer a más de quince y que los otros estaban preparando sus canoas porque también vendrían. ¡Pobre indio! Cuando se había ido, don Pistone lo había vestido bien y le había dado galletas, carne, etc. Ahora estaba tan mal que ya no se lo reconocía. Yo me alegraba de verlo hablar a don Pistone con tanta confianza, acompañar a los nuevos salvajes a ver nuestra casa, la iglesia, los talleres, indicarles por dónde se pasaba de un lado al otro y cuáles eran los trabajos. El pobre se encontraba en su casa y parecía que quisiera decirles a los invitados: ¿vieron que es cierto todo lo que les han contado tantas veces? Los pobres salvajes lo seguían por todos lados, casi desconcertados, y no comprendían cómo había tantas y tantas cosas en aquel pequeño mundo.

Me daba pena tener que partir rápido de San Rafael, pero tenía otras urgencias que atender en Punta Arenas. Les recomendé mucho a estos nuevos recién llegados, a don Pistone y a los otros hermanos, para que los adoctrinen para hacer el bien y los orienten hacia la moralidad y el trabajo, y que estén siempre atentos a la *traición*. Prestando siempre atención y previniendo el mínimo peligro, espero que no tengamos que llorar otras desgracias personales y sufrir la pérdida de las conversiones ya hechas. Después de aquel golpe de insurrección, se necesita mucho tiempo y mucho trabajo para reconquistar su confianza.

La ayuda enviada en estos días fue providencial. Se necesitarán más cosas para vestir a estos indios y también a los nuevos que pronto llegarán. ¡Le ruego a Dios que recompense a nuestros benefactores! Continuamos los preparativos para el nuevo lugar a fundarse en el cabo Peña, en la isla grande, donde esperamos atraer a los onas, que hasta ahora se muestran indomables y renuentes a la civilización.

Las cimas de todas las montañas comienzan a blanquearse de nieve y el frío comienza a helar los lagos. Si continúa en aumento, estaremos obligados a dejar por poco tiempo las misiones *volantes*, que solemos instalar en algunos lugares, cuando hay buen tiempo.

Sacerdote José Fagnano
Prefecto apostólico

Exposición de las misiones de América en honor a Cristóbal Colón, Génova (1892). Las misiones salesianas de la Patagonia y Tierra del Fuego son bien representadas. Los indios al pie del papa

Don José Beauvoir representó la misión salesiana de la Tierra del Fuego en la exposición de las misiones de América, llevada a cabo en Génova en el año 1892, en honor de Cristóbal Colón, por el cuarto centenario del descubrimiento de América. Llevó a algunos fueguinos: *Daniel*, de unos veinticinco años, con su mujer, *Margarita*, que no pudo llegar hasta Génova porque murió en Montevideo, dejando una niña de pocos meses que fue hospitalizada en la misma ciudad, un niño de nombre *Marquitos*, de unos seis años, y *Silvestro Canale*, de once años. Todos alacalufes junto con *José Aldobrandini*, de nueve años y de raza ona. La presencia de estos fueguinos en la exposición de Génova no fue motivada por una

venal ostentación, sino para adherir al insistente deseo de la Comisión de la exposición para mostrar a Génova —y a todos los extranjeros— cuáles eran los frutos del descubrimiento de América. Frutos que se recogieron bajo el amparo de la augusta religión católica, por obra de los misioneros en tierras inhóspitas y salvajes.

Finalizada la exposición, estos fueguinos, junto a tres patagónicos, llevados a la exposición por don Milanesio, fueron recibidos por el papa León XIII a quien le agradó mucho la visita. Fueron presentados por monseñor Juan Cagliero el 15 de noviembre de 1892. Uno de los patagónicos, llamado Santiago, en nombre de todos sus compañeros, leyó el siguiente documento:

¡Bendito Padre!

Permitid que un hijo vuestro, venido desde las más remotas tierras australes, postrado a vuestros pies, en nombre de todos sus coterráneos de la Patagonia y de la Tierra del Fuego, le exprese los sentimientos de devoción, de reconocimiento y de filial afecto por las obras de los misioneros que nutren nuestro corazón.

Hace poco tiempo, nosotros éramos salvajes, tribu errante e hijos de la muerte. No conocíamos a Dios, Nuestro Creador, ni a Jesucristo Nuestro Redentor, ni a su vicario en la tierra. Ahora somos hijos de Dios, de la Iglesia y herederos del paraíso. Somos miembros de la familia cristiana y también hijos de la civilización.

A vos, bendito padre, te debemos estos inmensos beneficios. A vos que habéis enviado a los misioneros salesianos, quienes nos han instruido en la verdad de la fe, que nos han dado la vida del espíritu y nos han liberado de la muerte, del error y del pecado.

Gracias a Dios y a vos, bendito padre, por estos beneficios recibidos, queráis bendecirnos a todos. Bendícenos a nosotros aquí presentes y a nuestros hermanos *lejanos*, nuestras tierras y nuestras casas. Bendice a aquellos que ya os conocen y a aquellos que aún no os conocen, para que iluminados por la fe, puedan poseer la gracia de Dios y conseguir su eterna salvación. Y hagamos votos por vuestra preciosa salud en estas fiestas de Jubileo. Rogamos a Dios que alivie vuestras tribulaciones y quiera conservaros para el bien de la Iglesia y la salvación de la sociedad.

El santo padre, que seguía con suma atención las palabras que surgían de los labios de este joven patagónico y estaba evidentemente conmovido, cuando este terminó de leer, tomó el documento de sus manos diciendo que quería conservarlo en recuerdo de su Jubileo. Luego, con la improvisación que le surgía sencilla y espontáneamente de su corazón de padre y con los ojos fijos en los salvajes, comenzó a explicarles el inmenso beneficio que les había otorgado Dios, haciéndoles alcanzar la luz de la religión católica. «Cuando dijiste que en un tiempo eran salvajes, privados de los beneficios de la fe, dijiste una gran verdad. Es verdaderamente grande el beneficio de la vocación de la fe de Jesucristo, que es la base de la sacrosanta religión». En vuestra llamada a la fe veo un signo de predilección de la divina bondad hacia vosotros y, por consiguiente, el Señor exigirá de ustedes gran fidelidad, unidad y una correspondiente gratitud. Deberéis, entonces, con vuestro buen ejemplo y celo, ser apóstoles entre vuestros compañeros que están ahora en las tinieblas de la muerte, a fin de que puedan también ellos gozar del gran beneficio de la fe, y tener ellos también, como habéis dicho, la vida del espíritu».

Luego, pasó a considerar a los misioneros, como dignos de su afecto y gratitud, porque no habían ahorrado cansancio ni sacrificio ni privaciones en pos de la salvación de sus almas y que los debían considerar como sus segundos padres. Y agrega:



Taller de las niñas alacalufes de la misión San Rafael en la isla Dawson. Sor Juana Valgimigli, directora a la izquierda y sor Virginia De-Florio a la derecha; esta última fallecida.



Taller de las niñas huérfanas, de la misión de San Rafael en la isla Dawson.



Mujeres alacalufes civilizadas en la misión San Rafael. Isla Dawson.



Hombres alacalufes civilizados en la misión San Rafael. Isla Dawson.



Kon Adam, médico-hechicero de la misión Candelaria.

«Por esta razón, estos buenos misioneros fueron ángeles enviados por Dios, por la Iglesia y por el papa, para llevarles la luz de la fe y el llamado a ser parte de la familia cristiana y del Reino de Jesucristo. Os recomiendo afectuosamente que seáis fieles a la llamada que Dios os ha hecho a través de sus mensajeros.

»Mostraos durante toda la vida observadores de la divina ley y haced que vuestra tierra, que del fuego toma el nombre, se transforme en un verdadero fuego de amor a Dios, unidos siempre a la Iglesia de Jesucristo y a su vicario el papa».

Luego, dirige la palabra a los misioneros, animándolos a seguir con celo trabajando por la salvación de las almas. «Si se dice que el haber salvado un alma da casi la certeza de una eterna salud, ¿qué hará el Señor con vosotros que habéis salvado tantas almas en las misiones? Aquí tenéis a vuestro superior monseñor Cagliero, lleno de celo por estas almas. Él os precede en la gran obra. Seguid el ejemplo y salvad muchas almas, porque hay muchas aún por salvar».

El santo padre se alegró por los indígenas, por la suerte de haber estado allí y que pudiesen volver a su tierra, gloriosos y satisfechos. Sabiendo que aún no conocían San Pedro, les recomendó con afabilidad ir allí, y sonriendo agregó: «Mirad muy bien su majestuosa cúpula». Y dirigiéndose de nuevo a todos, continuó: «Deseo que mi palabra sea de *confort* y admiración para todos vosotros los misioneros salesianos y las hijas de María Auxiliadora. Y con todo afecto y alegría, comparto mi apostólica bendición para vosotros y vuestras misiones». Y, poniéndose de pie, con voz grave y verdadera ternura pronunció las solemnes palabras: *«Benedictio Dei Omnipotentis, etc.»*.

La goleta Fueguina

Casi a fines de febrero de 1892, se compró una pequeña goleta llamada *Fueguina* y con esta se hicieron algunos viajes. Pero resultaba insuficiente para las necesidades de la misión. Por lo cual, se vendió muy poco tiempo después. Al día siguiente de haberse vendido, hubo un temporal —más bien un huracán— que estrelló a la pobre *Fueguina* contra las rocas de la rada del río Seco y la hizo pedazos. Fue una suerte que la misión la hubiese vendido a tiempo. Casi a fines de abril del mismo año 1892, se compró otra goleta un poco más grande que la *Fueguina*, la cual fue de mucha utilidad para la misión. Fue llamada *María Auxiliadora*, para que tuviera la especial protección de la Madre Celestial. Y los hechos demostraron que siempre estuvo protegida por María Santísima y no en vano se la había puesto bajo su especial protección.

Enseguida dio una magnífica prueba. En su primer viaje, desde Ancud a Punta Arenas, el cual duró casi 23 días, enfrentó varios peligros, con furiosos temporales que la podrían haber hecho naufragar. Fue la primera nave que pudo entrar en el río Grande de la Tierra del Fuego para fundar la misión destinada a los salvajes onas, cuando no se encontraba ningún barco que se quisiera arriesgar a entrar en aquel río.

La primera procesión con la estatua de María Auxiliadora en la misión de San Rafael y la consagración de la isla Dawson a María Santísima

El 8 de diciembre de 1892, fiesta de la Inmaculada Concepción de María Santísima, después de haber celebrado con gran devoción y solemnidad todo el mes de María, se pensó festejar concluyendo con una espléndida procesión con la estatua de la Virgen Santísima Auxiliadora. Fue una verdadera sorpresa y novedad, porque hasta ahora no habían visto nada parecido estos pobres indios. El director de la misión, que ahora era don Bartolomé Pistone, estudió la forma de darle el carácter más elegante y poético que fuese posible.

Después de la cruz procesional, venían dos jovencitos del pequeño clero, llevando dos cirios. Atrás venía una decena de parejas de jovencitos indios a caballo. Le seguían las jovencitas y las mujeres. También ellas de a dos, guiadas por las buenas hermanas de María Auxiliadora y sus maestras. Por último, los jovencitos y los hombres llevaban la estatua de los Milagros de María Auxiliadora, de una grandeza natural, escoltada por cuatro misioneros a caballo; dos de cada lado, y circundada del clero cantando loas a la reina del cielo. Cerraba la procesión la banda musical indígena de la misión. La procesión marchó alrededor de la plaza, luego hacia la playa y después volvió al centro de la gran plaza, donde don Pistone hizo un brillante discurso sobre la Virgen y lo cerró con la consagración de todos los corazones de los presentes y de toda la isla a María Auxiliadora.

Con una palabra enardecida, arengó a los indios diciendo: «¡Aquí está indiecitos e indios, nuestra Madre! ¡Aquí está la que los ha reunido bajo su manto celestial ¡Ella, la que le da el pan cotidiano que vosotros coméis! ¡Ella, la que envió aquí a los misioneros salesianos para que cuidaran de vosotros y para que les enseñaran las cosas necesarias para la salvación de vuestra alma, para que algún día pudieran ir allá en lo alto, en el paraíso. Vuestro reconocimiento y amor hacia la Madre de Dios debe ser grande, muy grande y para toda la vida. Desde este momento, yo consagro toda esta isla a María Auxiliadora. Para que la Virgen santa la proteja y la defienda de todos sus enemigos visibles e invisibles. Consagro también a todos vosotros, mis queridos indios, y a todos vuestros compañeros esparcidos en los alrededores, para que algún día, ellos también puedan venir a vivir a esta santa misión. De parte vuestra, indios e indias, jurad al pie de María Auxiliadora que siempre la amaréis, que siempre te comportaréis como dignos hijos suyos. ¡Alzad en alto vuestras manos en signo de aprobación y gritad fuerte conmigo: *sí, lo juramos*!». Un coro de más de un centenar de voces resonó por toda la plaza y por la playa, repitiendo dos veces: «¡Sí, lo juramos! ¡Sí, lo Juramos!», acompañando el grito con un levantamiento general de las manos.

Prosiguió el orador: «¡Y viva para siempre nuestra querida y buena Madre Celestial María Auxiliadora!, y el pueblo respondió: «¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!». Fue en aquel momento de universal expansión de todos los corazones y de gran entusiasmo, que la banda musical dio comienzo, entonando el *Himno Nacional de la Misión*, como lo llamaba don Pistone, cantando todos los indios a coro, con mucho entusiasmo, lo siguiente:

Con el ángel de María
Las grandezas celebrad,
Desbordados de alegría
Sus finezas publicad.
¡Oh, María, madre mía,
Oh, consuelo del mortal!
¡Amparadme y guiadme a la patria celestial!

A la música se unió una salva de artillería, el disparo de algunas bombas, que retumbaron por toda la isla y el sonido jubiloso de las campanas.

Desde la Tierra del Fuego

Punta Arenas, 17 de marzo de 1892

Estoy de vuelta de la isla Dawson y de la Tierra del Fuego, agradeciendo a Dios, con salud y después de haber pasado más de un mes entre peligros y dificultades. Había ido allí a principios de febrero, en busca de un lugar adecuado para el establecimiento de una nueva misión. Dicté los ejercicios espirituales a nuestros hermanos y a las hermanas de la misión de San Rafael, con la ayuda de nuestro querido don Beauvoir y, una vez hechos los preparativos necesarios, llegamos con nuestra pequeña embarcación a la costa oeste de la Tierra del Fuego, en frente de nuestra misión. Venían conmigo don Beauvoir, los hermanos Giovanni Ferrando y Emilio Ibáñez, el joven Cesario Villalobos y dos indios, uno ya bautizado de nombre Luis y el otro, llamado Octavio, aún no bautizado. Luis habla bien la lengua española y la lengua *yagán*, y entiende bien y habla un poco de la lengua *ona*. Octavio, que es un ona puro, entiende pero no habla la lengua española. Viene con nosotros por ser práctico en el campo y para poder relacionarse con las tribus del centro de la Tierra del Fuego.

Desembarco en la Tierra del Fuego

El día 15 de febrero, a las 3 de la tarde, desembarcamos con todo el equipaje, la carpa, víveres y nueve caballos, y acampamos en la falda de la montaña llamada *Nosepic*, palabra de la lengua inglesa que quiere decir *pico no lo sé*.[66] Es el principio de una cadena de montañas que costea el canal del *Almirantazgo*, entre la isla de Dawson y la Tierra del Fuego, de norte a sur y se une, por consiguiente, a otra cadena que costea el canal *Beagle*, de este a oeste, donde se alzan los montes Darwin y Sarmiento. Este último es el más alto de la Tierra del Fuego.

Y se preguntará: ¿qué cosas llevaban para esta misión? Llevamos dos bolsas de galletas, un poco de arroz, dos kilos de pasta, un poco de azúcar y café. Un poco de carne y pescado y una pequeña carpa para repararnos a la noche en tiempo de lluvia. Esto para nosotros. Para los indios, llevamos tres grandes bolsas con mantas de lana, medallas de María Auxiliadora y uno que otro rosario. Teníamos también un altar portátil, para celebrar el santo sacrificio.

El primer día de marcha

El día 16, nos levantamos a las 5 de la mañana, hicimos nuestra meditación y, mientras don Beauvoir celebraba la santa misa, recitamos las oraciones y el rosario. Después del debido agradecimiento, ensillamos los caballos y nos dispusimos a partir. Nuestro objetivo era conseguir un paso que

66. El autor se refiere al cerro que actualmente figura en la cartografía como 'Pico de Nariz', también conocido como Pico Nariz o Pico Nose, que está en las cercanías del puerto Yartou, en el oeste de la Isla Grande de Tierra del Fuego, frente a la isla Dawson. (N. del T.)

nos comunicara con el río que desemboca al norte del cabo Peña. Pero no se pudo continuar, debido a lo tupido del bosque virgen y a las grandes extensiones fangosas. De modo que, por muchos años, no será posible este paso. Digo muchos años porque se necesitaría cortar los árboles para que el viento y el sol sequen el terreno, para que puedan pasar hombres y animales. Visto que era imposible, nos dirigimos al este por la playa sur de *bahía Inútil* hasta donde terminan los bosques.

El primer día de camino, el indio Octavio era el encargado de llevar la carne sobre el caballo, obviamente, pero, a la noche, cuando pensamos en parar, se dio cuenta de que la había perdido. Se mostraba muy triste por eso. Lo animamos diciéndole que no tenía importancia y que el Señor mandaría lo que fuese necesario. Era inútil mandarlo a buscarla porque, entre tantos barrancos y arbustos por los cuales habíamos pasado, hubiese sido imposible encontrarla y habríamos perdido un tiempo precioso. Acampamos a la noche en un sitio donde un arroyo se perdía en una pequeña llanura, en el mismo punto donde hace unos cinco años habíamos encontrado dos familias de indios. Estábamos cansados por ser el primer día de marcha y también porque fuimos maltratados por el viento proveniente del suroeste, que es común aquí, y la lluvia. Después de cenar un poco y habiendo hecho las oraciones todos juntos, nos fuimos a la cama, la cual consistía en un cuero de oveja, una piel de guanaco y dos mantas. Nos dormimos tranquilos, pensando que para esta época, los indios se encontrarían en el centro de la isla, cazando guanacos. Nuestros indiecitos se acostaron cerca del fuego y lo tuvieron encendido toda la noche. Es una costumbre que no pueden abandonar, especialmente, los yaganes que, por vivir en las cercanías de los bosques presentes en todas las islas del archipiélago, tienen leña en abundancia.

Una cena preparada por la divina Providencia

En la mañana del 17, comenzamos a viajar a las 10, y nos dirigimos directamente al suroeste, dejando a nuestra derecha las montañas y los bosques. Avanzamos por un terreno muy ondulado, infestado de ratones y topos. En la República Argentina los llaman vulgarmente *tucu-tucu*, quizá sea por el ruido que hacen con sus patas traseras al golpear cuando excavan la tierra, como los conejos. En Chile, los llaman *coruru*. Son grises y gordos como los ratones de agua y pertenecen a la familia de los conejos. Son una providencia para los indios, porque son fáciles de cazar y los hay en abundancia. Son casi una plaga. Se asan con la piel y no son feos de gusto, pero nuestro rechazo es muy grande para poder disfrutarlos como comida.

Caminamos hasta las cinco y media, viendo humo a la derecha y a la izquierda, señal de que había salvajes. Pero como nuestro objetivo principal era llegar rápido al río Grande, para ver y diseñar el lugar para establecer una nueva misión, no podíamos en ese momento ocuparnos de los fueguinos que encontrásemos. Pero estamos seguros de que apenas fundemos la casa de la misión vendrán a refugiarse con nosotros.

A la noche acampamos en medio de un bosquecito al borde de un lago pequeño. Armamos nuestra carpa, encendimos el fuego y con las provisiones que teníamos, tratamos de ver qué haríamos para cenar. Disponíamos solo de un poco de arroz, un poco de grasa y un pedazo de cebolla. Durante el día, habíamos visto algunos guanacos, pero no le fue posible cazar ninguno a nuestro cazador, Emilio Ibañez. Parecía que la cena iba a ser bien magra, cuando sentí hablar a nuestros dos indios que comentaban entre ellos que querían comer carne. «Yo quiero comer carne», decía Luis. Y Octavio, triste y mortificado porque él la había perdido en el camino, le señaló el



Eva, mujer de Adam, misión Candelaria.

lago donde chapoteaban algunos patos salvajes. Sin decir nada, se levantaron y corrieron a la orilla del lago. Uno entró y comenzó a gritar y hacer gestos con las manos, mientras el otro corría alrededor, tratando de juntar a los patos y hacerlos salir del lago. Entendimos su intención y Emilio Ibáñez junto con Cesario Villalobos y los tres perros que los acompañaban, en un abrir y cerrar de ojos, se acercaron y cazaron unos once pobres patitos, que todavía no podían volar por tener pocas plumas. Exclamé: «¡Qué bueno es el Señor, que viene en socorro de sus ciervos!». Qué alegría tenía el indio Octavio cuando se vio provisto de una caza tan abundante. Él y Luis desplumaron cuatro, los acercaron al fuego y se los devoraron como antipasto apenas se tostaron y esperaron la cena, que consistió en cinco o seis platos de sopa, otro de carne cocida, galletas, etc.

Me alegré viendo a todos contentos y agradecí de corazón a la Providencia. Yo también cené un poco, recité las oraciones y me fui a dormir por algunas horas para poder levantarme a hacer la guardia.

En guardia contra los salvajes. Un campamento. Un cacique

Digo hacer la guardia porque debíamos estar muy atentos para evitar sorpresas de parte de los indios que se podrían llevar algún caballo para comérselo o incluso podrían matarnos por invadir sus tierras. Estos salvajes poseen el sentido o la idea de la

propiedad. Cazan pájaros, guanacos y zorros sobre una superficie más o menos extensa, limitada por alguna elevación o por algún riacho, en la que ningún extraño a la tribu debe poner un pie si no quiere entrar en guerra con ellos, lo que es sinónimo de la pérdida de algunos hombres y el secuestro de algunas mujeres y niños, tomados por el ganador.

Buscamos el nacimiento del *río Grande* yendo siempre al sudeste, pero en esta dirección se extendían algunos bosques. Por lo que después de 6 días de marcha entre valles, colinas y riachos, yendo por un terreno lleno —más bien, minado— de *cururus*, llegamos el día 22, a unos 40 kilómetros al oeste de su desembocadura en el Atlántico. El día anterior habíamos visto humo en muchos lugares, signo de que estábamos ya en la zona de caza de los onas. Más o menos a las 3 de la tarde, cruzamos el río y llegamos a un islote lleno de pastura, con uno que otro árbol. Nuestro intérprete, Luis, descubrió a poca distancia un *cao grande*, o sea, una casa grande de indios, o mejor aún, un campamento. Yo lo animé a que se acercara con Octavio y les dijera a esos indios cuál era nuestro objetivo: buscar un lugar adecuado para fundar una casa para procurarles comida, vestimenta y un buen cobijo para sus hijos. Pero que les avisara de no acercarse a nosotros de noche porque los perros y los otros animales les podrían hacer mucho daño. Que vinieran a visitarnos a la mañana siguiente porque tendríamos muchas cosas lindas para ellos.

Luis y Octavio se vistieron con unas pieles de guanaco y partieron. Mientras tanto, don Beauvoir y yo exploramos el pequeño islote, tratando de encontrar un paso para salir al otro día y seguir el viaje a lo largo del río. Era casi la noche cuando volvieron nuestros dos indios, acompañados de un tercero, el capitán de la tribu. Estaba cubierto con una piel y con las piernas ensangrentadas porque, dos días antes, se habían enfrentado con otra tribu, y en la lucha habían perdido dos hombres. Viendo nuestro fuego, pensaron que era la tribu enemiga, que había venido a instalarse cerca de la suya. Pero al enterarse por nuestros dos indios que nosotros éramos amigos y que los defenderíamos de cualquiera que intentara hacerles daño a ellos, a sus mujeres, a sus niños y a su tribu, nos vinieron a ver llenos de alegría. El capitán no aceptó la sopa y las galletas que le ofrecí, pero tomó un pedazo de carne y lo devoró en un instante. Después, le regalé una manta de lana y le puse al cuello una medalla de María Auxiliadora, prometiéndole que al día siguiente le devolvería la visita. En la noche, de todas maneras, permanecimos atentos, porque en la exploración que hicimos con don Beauvoir, habíamos descubierto pisadas frescas de hombres, de mujeres o niños, con un perro.

Una tribu en la carpa del misionero

A la mañana, mientras hacíamos la meditación, según lo acostumbrado, comenzaron a llegar los indios. Ordené que fuesen recibidos alrededor del fuego. Terminada la primera misa, me dispuse a preparar la segunda celebración y ellos se colocaron todos en orden, delante de nuestra carpa. Al comienzo de la misa, llegaron las mujeres y las niñas, que se colocaron delante de la carpa, atrás de los hombres. Luis, que hacía de dueño de casa, les indicaba que hicieran silencio. Después se hizo la señal de la cruz, recitó las oraciones de la mañana y el santo rosario, y cada tanto se dirigía a ellos, en actitud seria, queriendo demostrar que él sabía todo eso.

Al finalizar la misa, vino a la carpa el capitán y me ofreció una piel de guanaco, que acepté y se la di a Luis porque no tenía. También renové el pacto de defensa en favor suyo y de su tribu. Hice venir a los hombres y después a las mujeres delante de la carpa y les regalé una manta de lana y una medalla a todos. Les pregunté dónde estaban sus ancianos y sus niños, y me dije-



Eva, mujer de Adam, misión Candelaria.

ron que se habían quedado en sus casas, es decir, en el campamento que está en medio del bosque. Finalizada la distribución, ensillamos los caballos. Todos los indios estaban estáticos observando cada movimiento nuestro y de los caballos, y se maravillaban por todo. Para darles mayor confianza, mientras se cargaba la carpa y los víveres, puse en el lomo de un caballo a un niño de unos diez años y, tomándolo de la mano, lo hice pasear a la vista de ellos. Esto les provocó muchísima alegría y viendo que nos preparábamos para partir, nos saludaron y comenzaron a prepararse para volver a su *cao* y contarles a los adultos y niños que se habían quedado allí.

Una visita al campamento de los indios

Como todo estaba listo, nuestro hermano Ferrando quiso hacerles ver la fuerza de nuestras armas. Al disparar el fusil, se asombraron, pero también se quedaron tranquilos, porque Luis les explicó que las armas eran buenas para la caza y también para su defensa. Al dar la señal de partida, los indios se encaminaron por un atajo y nosotros tratamos de evitar los lugares fangosos. Después de tres cuartos de hora, estuvimos con nuestros amigos que nos esperaban en el bosque, especialmente, aquellos que todavía no habíamos visto. Entre todos conté 152. A quien todavía no tenía, le di una manta y una medalla, recomendándole colgársela al cuello. Prometí que pronto nos volveríamos a ver y que hablaríamos del Creador del universo. Que nos esperaran en *dos lunas*. Estábamos por dejarlos, cuando vi que uno arrastraba una pierna al caminar. Me acerqué y vi que tenía la pierna derecha totalmente muerta, desde la rodilla hacia abajo. Le hice entender que con muletas podría caminar mejor, y que nosotros le traeríamos dos. Luego, los invité a venir hasta la misión de San Rafael, para que vieran *nuestras casas grandes y lo que se hacía por los indios*, y se acercó un joven de unos catorce años que decidió acompañarnos, con su arco y un mazo de flechas.

Al partir, los pobres salvajes estudiaban cómo manifestar su alegría por haber encontrado gente tan buena y tan fuerte para defenderlos. Había quienes nos traían flechas, otros nos traían arcos. Algunas mujeres se sacaban sus brazaletes de caracoles para regalárselos a don Beauvoir, a los hermanos y también a mí, que ya estaba sobre el caballo. Les dejé un rosario que recibieron con mucho agrado.

La expedición sigue y perdemos el camino

Partimos contentos de haber alegrado a estos pobrecitos, que pronto serán, esperemos, buenos cristianos, estando no muy lejos del lugar donde fundaremos la nueva misión. Nos acompañaron con mucho afecto hasta pasar el río y después de un cuarto de hora, los perdimos de vista. Como

era el 23 de febrero, le di el nombre de *Benizio* al nuevo indio, que estaba muy contento de venir con nosotros. Era una jornada fría y el viento molestaba mucho. La nueva dirección, hacia el este, hacía que fuesen desapareciendo los bosques y, por consiguiente, la leña, tan necesaria en campo abierto. Don Beauvoir estaba en la vanguardia. Deseábamos alcanzar rápido la desembocadura del río, patrullar los lugares vecinos y elegir el lugar que más se adecúe para fundar la nueva misión. Pero nos sorprendió la noche en un pequeño valle, donde no había leña; solo abundaba el pasto. Allí acampamos. Recité breves oraciones y rápidamente me fui a mi camastro a dormir, porque estaba muy cansado. Pero con el pensamiento de que estaba entre indios, me despertaba más de una vez y vigilaba, por si hubiese alguna novedad. Todos dormían, excepto don Beauvoir, que por no haber podido armar bien su carpa y extender su camastro. No pudo cerrar un ojo.

A la mañana, nos levantamos temprano y después de las acostumbradas prácticas, volvimos a retomar el camino. En un momento, nos dimos cuenta de que estábamos cercanos al mar. El hermano Emilio Ibáñez le ordenó al indio Benizio que vaya a la cabeza y que nos guíe por el sendero más corto. Observando la brújula, dos horas después, me di cuenta de que nos dirigíamos directamente al norte. Primero creí que el objetivo había sido esquivar cualquier paso no adecuado. Pero media hora después, me vi frente al cabo *Sunday*, 15 millas al norte del cabo Peña y a 11 millas de la desembocadura del río Grande. Los hice parar, preguntando ¿por qué nos habíamos desviado? Y al darnos cuenta del error, los hice retomar nuevamente la dirección sur. Don Beauvoir se sentía muy cansado y me dijo: «Tengo necesidad de descansar un poco, conviene que me quede aquí. Pueden adelantarse y cuando encuentren el camino que venga alguno a avisarme y enseguida yo los alcanzo». Lo dejamos en la costa de un pequeño laguito, poblado de una inmensa cantidad de patos, que nos estaban ensordeciendo con sus molestos graznidos. Giramos a la derecha de una colina y sentí decir: «¡Indios, indios!». Los hice detener y di aviso de proceder con cautela y unidos.



Catalina, india ona de la misión Candelaria.

Se vieron huir tres indios, uno detrás de otro, hacia los arbustos. Nosotros avanzamos tranquilamente, teniendo siempre el ojo puesto en el lugar donde se habían escondido aquellos tres indios. A cien metros de distancia, le dije a Luis que gritase que éramos nosotros, que estábamos de paso y que no les haríamos daño. Entonces uno sacó la cabeza afuera y después se levantó. Era una mujer que gritó fuerte que ella hacía leña, que tenía un único hijo, que estaba cazando en los alrededores y que no quería hacernos mal. Todos nos acercamos y vimos que también las otras dos personas eran indias, una de las cuales tenía un niño sobre sus espaldas. Las saludamos y les dimos unos pedazos de galletas, pero las tiraron. Les preguntamos si había indios antes

de llegar al río Grande y la primera, la más vieja de todas, seguía repitiendo que tenía un hijo solo, que andaba cazando en los alrededores y que no querían hacernos mal... y que no había otros indios.

Encuentro con una tribu peligrosa

Seguimos bajando de la colina y vimos dispersarse otros tres o cuatro indios. En ese momento, la buena anciana que lentamente nos había seguido, comenzó a gritar que no continuásemos por ese camino, porque había muchos indios que nos matarían con sus flechas. No hicimos caso a sus gritos y avanzamos seguros. Pero me di cuenta enseguida de que estábamos en medio de una tribu guerrera, que ya había tenido relaciones con los cristianos. Mandé adelante a nuestros indios para que se encontraran con estos salvajes y los tranquilizaran, mientras nosotros avanzábamos lentamente. Después de que hablaron con nuestros galantes hombres, rápidamente se tranquilizaron, se detuvieron y vinieron hacia nosotros. Con una seña a nuestros indios, me dieron la mano. Mientras nos saludaban y miraban nuestros caballos, yo traté de advertirles que no le hicieran mal a una persona de nuestra caravana, que se había atrasado. Hablaba de don Beauvoir, a quien le mandé a Octavio para advertirlo que nos encontrábamos entre indios.

La cantidad iba creciendo alrededor nuestro y los que venían, tenían cierta audacia y cierto desorden, que no me gustaba mucho. Les di un poco de galletas, que aceptaron, y algunas mantas a los mayores. Las otras que me quedaban las partí por la mitad, para poder cubrir a todos los niños y niñas. Nuestro Luis hizo un trabajo buenísimo hablándoles de la misión, la casa, el colegio, la capilla, la goleta, los animales, los alimentos y la ropa, para que al escuchar esto, se alegraran y tranquilizaran. Les pregunté si conocían el río Grande, y ellos me indicaron que se encontraba cerca, a unas 10 millas.

Sobre la costa derecha de este río, un ingeniero de nombre Julio Popper había hecho una pequeña casa para quedarse allí algunos días para ver si encontraba oro en la costa del Atlántico, pero luego la había abandonado. Entonces, queríamos saber si esa casa todavía estaba de pie y le pedí a Luis que preguntara. Pudimos entender que la habían utilizado para hacer fuego. Luis les dijo que eso no estaba bien, que nosotros volveríamos, haríamos casas, y que si alguno hiciera lo mismo con las nuestras, él sabría cómo hacérselos pagar. Parecía que este discurso les causaba impresión y lo escuchaban con atención.

Finalmente, vi aparecer a lo lejos a don Beauvoir con Octavio. Primero pensé en disparar dos tiros de carabina, como para que pareciera una demostración de festejo. Pero, en realidad, la intención era mostrarles a los salvajes que nuestras armas podrían defendernos de cualquier tentativa de ataque. Habiéndome encontrado con don Beauvoir, y ya lejos de ellos, supe que la noche anterior estos salvajes nos habían espiado y habían tratado de sacarnos algún caballo. Pero no lo lograron, porque los animales estaban atados cerca de la carpa y eran vigilados por nuestros buenos perros guardianes. Dos días después, encontramos esqueletos de caballos, que seguramente le habían robado al señor Popper durante su excursión en busca de metales, prueba de la poca fidelidad de estas tribus.

Lugar donde establecer una nueva misión

A las 5:30 de la tarde, acampamos sobre la costa izquierda del río, donde nos sorprendió un poco de lluvia. Era sábado. El domingo descansamos y visitamos mejor aquel lugar que nos pareció apropiado para fundar la nueva misión. Está situado cerca del borde de un lago, distante medio kilómetro de la margen del río y a cinco de la desembocadura. En algún momento será el puerto de Tierra del Fuego, como el río Negro lo es para todo el territorio de su nom-

bre y de la Patagonia Septentrional. El lunes visitamos bien el río Grande, así llamado porque es el más grande de la Tierra del Fuego, tanto por extensión como por profundidad. Corre de oeste a este, yéndose un poco al norte, 5 millas antes de desembocar en el Atlántico. Su desembocadura está a 11 millas al sur de cabo *Sunday* y a 5 o 6 millas al norte del cabo Peña. Con marea baja, mide 3 m de profundidad y con marea alta alcanza los 9 m, por lo que es apto para que entren barcos. La marea llega hasta 5 kilómetros hacia dentro de la desembocadura. Por eso, creo que en ese lugar se debería fundar la casa para tener agua dulce y para la comodidad del transporte. Su lecho es de 100 m en marea baja y de unos 500 m en marea alta y el fondo es de grava. Los peces entran en abundancia cuando crece la marea y siempre queda un gran número cuando baja. Los bosques se encuentran a 40 km al oeste de la desembocadura de dicho río, y a unos 15 km al sur. Por consiguiente, la leña necesaria para la misión, se deberá recoger algunos días al mes, y esta puede ser una buena ocupación para los indios.



José, jovencito ona, misión salesiana, Tierra del Fuego.

Lucha entre los pobres salvajes y los colonos europeos

El objetivo de mi viaje se había cumplido. Pero antes de volver, quise pasar por la bahía de San Sebastián y asegurarme de varias noticias que había tenido acerca de las masacres de indios que viven a la altura de los montes que circundan el norte de la Tierra del Fuego, sobre el estrecho de Magallanes. Los hechos eran los siguientes: (i) el Gobierno de Chile concedió, sobre el estrecho de Magallanes, más de 200 000 hectáreas de terreno a dos sociedades inglesas que importaron ovejas. Los indios que habitaban las faldas de estos montes vivían de la pesca, de los frutos de mar y de los guanacos y, al ser echados, tuvieron que replegarse hacia el sur, donde había menos guanacos y no tenían costa. Entonces comenzaron a hostigar a los pastores, robándoles sus ovejas y caballos y rompiendo sus alambrados. Desde ese momento, se inició la guerra, en la que los indios perdían la vida y los pastores las ovejas. Por supuesto, no se puede justificar el hecho de que 20 o 30 indios roben 500 o 1000 ovejas, rompiéndoles las patas. Pero mucho menos se puede defender a aquellos hombres civilizados que, por haraganería, no cuidaban de su rebaño y después asesinaban a cualquier indio que encontraban.

Perseguían y degollaban bárbaramente a hombres, mujeres y niños. Además, como en esta parte del norte de la Tierra del Fuego se encontró oro en el lecho de muchos ríos, vinieron personas de todas partes que, a decir verdad, no eran de lo más educada del mundo y cometían infamias y da-

ños a cualquiera. Por eso, el odio de estos salvajes por los blancos y los civilizados. Teniendo en cuenta, además, que el guanaco era perseguido por los perros de los cazadores cristianos, que no los dejaban acercarse más a los indios y estos sufrían hambre, los indios eran, en parte, excusables por lo que hacían en contra de los civilizados. Realmente, me han contado crueldades abominables cometidas por los europeos, y sé que son verdaderas. Hechos de muerte y masacres. Por lo que creo que es necesario fundar esta nueva misión.

Los *onas* son bien formados físicamente y capaces de ser bien instruidos. No es conveniente que se unan a los yaganes de la misión de San Rafael. Porque estos están infectados con enfermedades que le han contagiado los europeos y que, por desgracia, las van pasando de generación en generación.

Quiera el Señor que podamos ocuparnos rápido, también de estos pobres salvajes, poder formarlos como buenos cristianos y así poder mejorar sus vidas.

Don José Fagnano
Prefecto apostólico

En mi última carta decía que una vez diseñado el lugar para fundar la nueva colonia, nos dirigimos al norte de la Tierra al Fuego, hasta la bahía de San Sebastián, donde había desembarcado en el año 1886 por primera vez.

Junto a los dos indios que habíamos llevado de la misión de San Rafael como intérpretes y a Benizio, del cual ya le hablé en mi otra carta, se agregó otro más, deseoso de venir con nosotros, para ver la realidad de lo que le contábamos. Pero después de un día de camino, este último nos dejó sin decir nada y después de él, la noche del tercer día, se fue también Benizio, siguiendo su mal ejemplo. Benizio era de carácter muy bueno, había aprendido a hacer la señal de la santa cruz y repetía bien el *padrenuestro* y el *avemaría*, palabra por palabra. Comenzaba a comer galletas y a probar la sopa. Pero nunca se le pudo hacer poner pantalones. Se cubría solo con piel de guanaco. Como lo tratamos siempre bien, esperamos volverlo a ver cuando regresemos. Él nos ayudará a reunir a los otros.

Dificultades y peligros en el retorno

Nada digo de las peripecias del retorno, en la que estuvimos obligados a atravesar lugares pantanosos y abrir caminos en medio de bosques muy tupidos. Estábamos muy cansados y los caballos estaban agotados. Tuvimos que abandonar a uno en medio de una pradera, el cual, seguramente, será el alimento de alguna tribu salvaje. Nos había sido muy útil en Santa Cruz, Gallegos, Punta Arenas y San Rafael. Hubiésemos querido parar un día para que el caballo retomara fuerzas, pero hacía ya cuatro días que vivíamos con pocos víveres. No se encontraban guanacos para cazar y no había más arroz, ni papas. Había solo un poco de café y un poco de azúcar. Por lo tanto, era necesario apurar el paso, aunque eso costara perder el caballo.

Llegamos al lugar indicado, frente a la isla Dawson, donde hicimos tres fuegos, como ya se había convenido con los nuestros de la misión, para que nos vinieran a buscar con nuestra goleta *Auxiliadora*. Hacía dos días que soplaba un viento frío, con un poco de lluvia, y las olas se elevaban altísimas contra la costa oeste de la Tierra de Fuego, que estaba llena de rocas. Por eso, sabíamos que no era prudente que nuestro capitán Francisco Forcina se hiciera a la mar para buscarnos. Pasamos el día y la noche castigados por el viento y la lluvia, y aturdidos por el rumor de las olas. Mientras buscábamos un lugar en la playa para anclar la goleta, recogimos buena cantidad de moluscos. Algunos fueron hervidos en agua y otros, asados, y nos sirvieron para alimentarnos durante ese tiempo, porque ya no nos quedaba nada.

Finalmente, ante nuestra vista que se fijaba ansiosa en la misión de San Rafael,

apareció un punto blanco en la bahía, que se dirigía hacia el norte y se hacía cada vez más grande. Más tarde distinguimos los mástiles y las velas. Era la esperada goleta *Auxiliadora*. Pero estando muy cerca de nosotros, cambió de rumbo y comenzó a dirigirse al sur, y se acercó a la playa a unas 3 millas. Bajó las velas, se detuvo y arrojaron un bote al agua, para venir hacia nosotros. Eran cuatro remeros que avanzaban muy lentamente, mientras el piloto, nuestro hermano Jacinto Villacura, arrojaba la sonda al agua de cuando en cuando. De repente, el bote giró y retornó a la goleta. ¡Qué ansiedad para nosotros! Pero eso fue necesario para salvar al bote y la goleta.

El tiempo empeoraba y las olas se levantaban furiosas. Si hubiesen continuado avanzando, el bote se hubiese partido en pedazos y ellos hubiesen muerto. Vimos con alegría que pudieron alcanzar la goleta, donde los esperaban ansiosamente. A las 3 de la tarde, al calmar un poco el viento, nuestra goleta se acercó un poco más, y pudo anclar. El capitán mismo descendió al bote con una bolsa de galletas y un pedazo de carne. Llegaron cerca de la playa, pero al ver que era peligroso, gritaron que nos acercáramos y nos avisaron que no era prudente embarcarnos ese día. Nos acercamos para recibir los víveres, mientras el bote avanzaba lentamente. En un momento, un fuerte oleaje los acercó repentinamente a la playa y nos arrojaron la carne. Yo entré al agua, pegué un salto y entré al bote. Los marineros comenzaron a remar muy fuerte y nos alejamos de la playa.

Llegada a la misión de San Rafael

El viento se hacía más fuerte y a duras penas pudimos alcanzar la goleta. Todos mojados, especialmente, quien escribe que, sentado en la proa, recibía todo el oleaje que golpeaba la barcaza. ¡Qué espantosa jornada y qué pésima fue esa noche! Sufría por el mal del mar, pero mucho más pensando, no en nosotros, sino en aquellos que



Felipe Benizio, indio ona de la misión Candelaria.

se habían quedado en tierra. Si al menos el tiempo se hubiese calmado un poco. Pero no, amenazaba ser peor al día siguiente. Nuestra goleta *Auxiliadora* parecía una cáscara de nuez agitada por las olas. Los mástiles crujían y la cadena del ancla se sacudía. La segunda noche fue un poco más calma, pero no tanto. Lo suficiente como para permitirnos bajar a tierra. A la mañana siguiente, me levanté temprano y llamé al capitán y a los demás para recitar las oraciones; luego, hicimos un sondeo y comprobamos que el ancla había sido arrastrada hasta cerca de la playa. Si hubiésemos navegado media hora más con un tiempo tan malo, hubiésemos naufragado. ¿Qué hacer en esta situación? Invocamos al corazón de Stella Maris del mar, levantamos ancla y

retomamos el viaje hacia San Rafael, a donde llegamos a tiempo para celebrar la santa misa.

A pesar de los inconvenientes y de los peligros, tuvimos suerte, ya que ese mismo día, el temporal empeoró y nos hubiésemos hundido si hubiéramos estado navegando. Finalmente, el tiempo mejoró. La *Auxiliadora* pudo ir a buscar a los que habían quedado en la playa y traerlos al día siguiente, en medio de la alegría de todos los hermanos, con los que cantamos un *tedeum* por el éxito de nuestra exploración. Si Dios quiere, a fin de este año comenzaremos a evangelizar también a los onas. Por todo esto, amadísimo señor don Rua, debemos preparar todo lo necesario para establecernos definitivamente en el centro de la Tierra del Fuego, sobre el río Grande, al norte del cabo Peña. Bien puede imaginarse cuántas cosas debemos conseguir. Confiamos en la divina Providencia para que movilice a favor nuestro los corazones de los buenos cristianos y de cada persona caritativa que desee la conversión de tantas almas y la civilización de tantas tribus, todavía salvajes.

Sacerdote José Fagnano
Prefecto apostólico

Dificultades superadas para fundar otra misión para los salvajes onas en la Tierra del Fuego. El flete del vapor Amadeo. El desembarco desafortunado en la bahía de San Sebastián. Un ensayo sobre los costos de las misiones (1893)

Con la misión en la isla de Dawson se había previsto muy bien la civilización de los indios *alacalufes* o salvajes en canoa. Pero faltaban los *onas*, conocidos más apropiadamente con el nombre de salvajes a pie, que viven en la isla grande de Tierra del Fuego. Esta raza era juzgada como antropófaga. Era la más infeliz y miserable de las tres razas indias, dentro la prefectura apostólica. Ningún civilizado osaba poner un pie en esta isla por temor de ser asesinado por estos bárbaros salvajes. Cuando los misioneros salesianos estaban por partir de Punta Arenas para establecerse entre ellos y civilizarlos, los habitantes de esta ciudad lamentaban su suerte, porque decían que iban a enfrentarse con la muerte: «¡Pobres sacerdotes! ¡Ustedes van a hacerse matar por esos feroces salvajes!».

Monseñor Fagnano había explorado ya dos veces aquella isla grande, para buscar un lugar adecuado para establecer una misión permanente. La primera vez, fue el 21 de noviembre de 1886, cuando formó parte de la expedición de exploración argentina compuesta por el señor Lista, oficial mayor del Ministerio de Guerra, un médico y 25 soldados que desembarcaron en la bahía de San Sebastián, al este de la isla, recorriendo toda la costa argentina. La segunda, en diciembre de 1887, desembarcó en Gente Grande y recorrió la costa chilena. Una tercera vez, en compañía de don Beauvoir, atravesó la Tierra del Fuego, desde bahía Inútil hasta la bahía de San Sebastián y el *río Pellegrini*, también llamado *río Grande*, por ser el mayor río de la isla. Él había visto que el mejor punto para establecer la misión era cerca del *río Pellegrini*. Con tal objetivo, había obtenido del Gobierno argentino el permiso para ocupar una buena parte del terreno cerca del río, hasta que el gobierno no dispusiese otra cosa.

Cuando se intentó establecer definitivamente aquella misión, surgieron miles de dificultades. Don Beauvoir así le escribía al señor don Rua:

> Previendo, quizá, el inmenso bien que la nueva misión le haría a las desgraciadas almas de estos pobres salvajes, que andan errando en esta isla, y la gran vergüenza que esto les daría, el infierno adoptó todas las acciones perversas que pudiese encontrar en contra de la misión, generando tempestades traicioneras, espantosas y tremendas y tormentas

impetuosas, formidables e incesantes. ¡Pero viva Dios! Él siempre triunfa ante el infernal enemigo. La fuerza, el coraje y la constancia que nunca perdieron los misioneros en medio de tantas pruebas son señal cierta de su continua asistencia.

Se alquiló el barco mercantil llamado *Amadeo*. El único barco a vapor que había en aquel tiempo en el territorio de Magallanes que hacía el servicio de la costa. Lo pagamos a razón de 22,5 libras esterlinas por día, o sea 562 liras italianas. Si queríamos ser bien atendidos, también debíamos pagarles a los marineros las horas trabajadas fuera de reglamento, es decir, fuera del horario de 6 de la mañana a 6 de la tarde, además de otros gastos del personal, empezando por el capitán y hasta el último pinche.

El 29 de mayo de 1893, subieron a bordo del barco don José Beauvoir, que debía ser el director de la misión; don Juan Bernabé, arquitecto que dirigiría los trabajos de la construcción de la misión; Antonio Bergese, catequista y carpintero; Paulo Ronchi, también catequista y cocinero; Juan Ferrando, catequista y pastor; Cesario Villalobos y Roberto Aravena y su familia; Miguel Calafate, indio civilizado ona, y cuatro carpinteros contratados a 300 libras mensuales. Además, la carga contaba con los víveres y las viviendas.

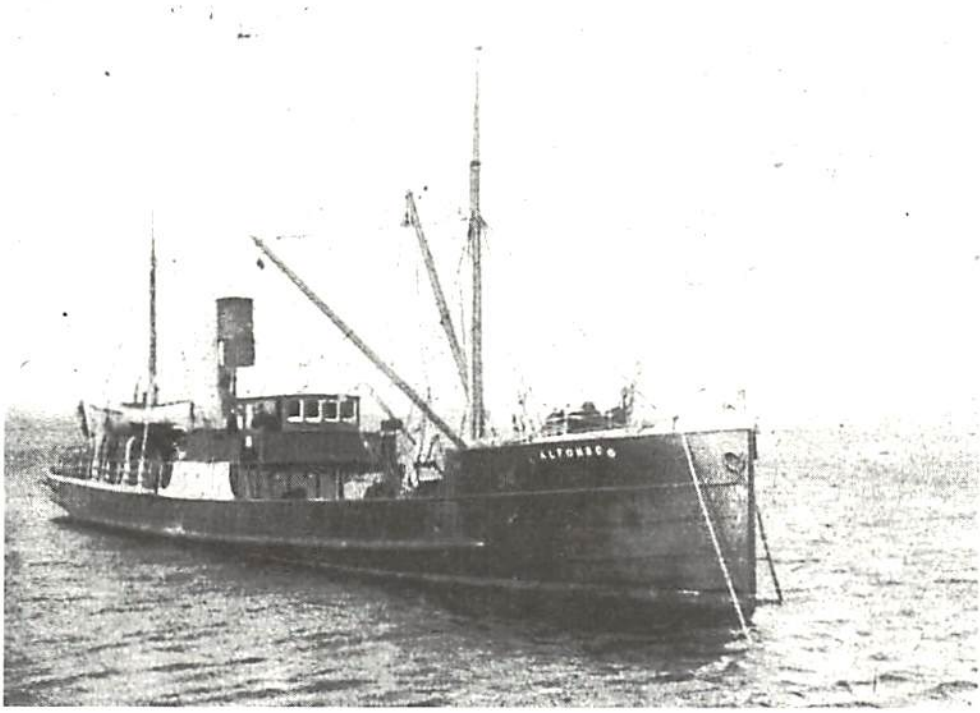
Esa nave se transformó en otra arca de Noé por todas las cosas que llevaba, que no solo eran animales. Se cargaron 32 vacas, 12 terneros, algunas cabras, perros de caza, perros pastores y perros de guardia; 195 000 pies de madera para trabajo, 3000 tablas, una gran cantidad de chapas de zinc onduladas para el techo de las casas; víveres para cerca de un año, calculado para un centenar de personas y no sé cuántas otras cosas, por un peso total de *150 toneladas*. Se trataba de fundar una población en un lugar demasiado desierto y muy apartado de cualquier lugar habitado, donde no se podía llegar con frecuencia,



Luis y León, onas civilizados en la misión Candelaria.

por la falta de medios de transporte y por los grandes gastos que significaba cada viaje.

El viaje de ida y vuelta, carga y descarga, duró nada menos que *¡34 días!*, mientras que hoy en día, el mismo vapor no emplea más de 8 días —o a lo sumo 10— haciendo la misma operación. El motivo era que durante el viaje, se trabajaba y se navegaba nada más que desde las 6 de la mañana, hasta las 6 de la tarde. Se paraba en cualquier lugar donde se encontrase la nave, desde las 6 de la tarde hasta las 6 de la mañana del otro día. Navegaban a velocidad media (sino, no se podía ganar mucho). Lo peor fue que una vez que se llegó a la desembocadura del río Grande y estando muy cerca del puerto donde se debían descargar los pasajeros y todas las cosas, el capitán del vapor se negó a entrar, diciendo que había recibido órdenes de no entrar de su patrón, que era



Barco Alfonso en el río Grande (Tierra del Fuego) con marea alta.

un armador.[67] Si los misioneros querían entrar en el puerto propiamente dicho, deberían asegurarle el vapor, pero teníamos fundados motivos, para pensar en no asegurarlo. El capitán, quizá, hubiera intentado encallarlo en la playa, para que se le pagaran los daños, o incluso para que se le pagara el valor del vapor en su totalidad. Entonces, decidió volver a Punta Arenas con toda la carga, sin hacer caso de las protestas de los misioneros. Antes del *Amadeo*, en ese mismo río, había entrado la nave del Gobierno argentino, llamada *Golondrina*. Además, el capitán tenía el plano o carta topográfica del río y no podía poner la excusa de que no había bastante profundidad para poder entrar con su barco. Por otro lado, don Bernabé y don Beauvoir decidieron ir en un bote a explorar la zona, haciendo sondeos en el canal, en la desembocadura del río y en el puerto Golondrina. Pero de nada sirvió ese trabajo para convencer al capitán de entrar con su nave. En realidad, no era el temor de perder su nave, sino otro motivo, poco noble, que poco después se supo.

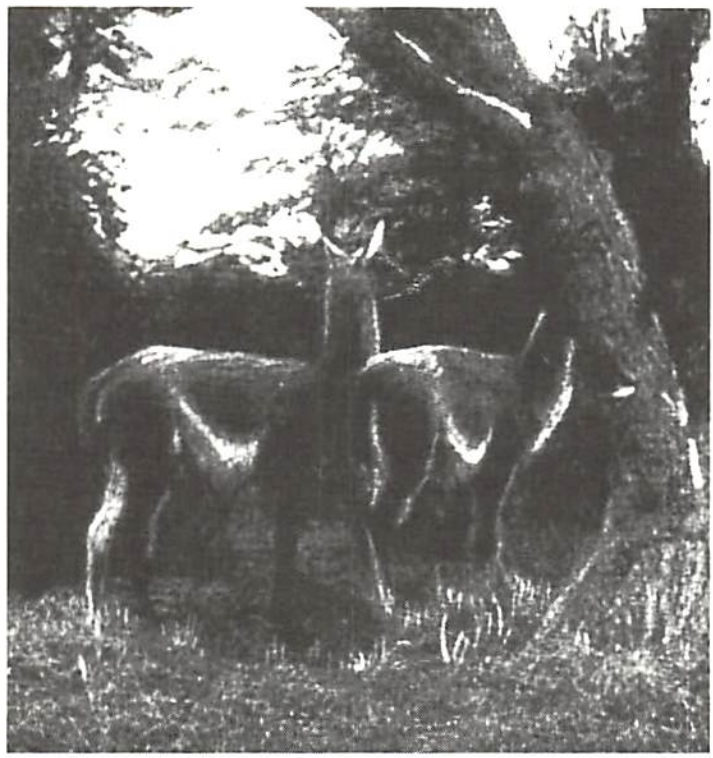
67. Se trata de José Menéndez, acaudalado estanciero de humilde origen. Nacido en Asturias (España). «... El Amadeo fue el primer vapor que se registró con matrícula de Punta Arenas, en 1892, propiedad de José Menéndez que, ferviente monárquico, lo bautizó con ese nombre en recuerdo del que fuera rey de España entre 1870 y 1873, Amadeo I». «Todos los barcos incorporados a su flota deberán llevar un nombre que empezará por "A", lo que permitía evocar a quien los viera navegar los orígenes del acaudalado armador, su amada región de Asturias. Así, surcaron por los mares patagónicos el Amadeo, Alfonso, Alejandro, Antártico, Atlántico, Austral, Apolo, Arturo, Avilés, Andalucía, Alejandrino o Araucano». Marchante, J. L. *Menéndez, rey de la Patagonia*. Buenos Aires, Losada, 2014, págs. 91 y 154. (N. del T.)



Barco Alfonso en el río Grande (Tierra del Fuego) con marea baja.

Al regresar a Punta Arenas, en las cercanías de la bahía San Sebastián, don Beauvoir le pidió por favor al capitán poder descargar al menos algunas cosas en esa bahía, lo suficiente como para tomar posesión de la isla. El capitán aceptó, pero lo hizo con tanta mala suerte que se perdieron muchas cosas. Primero descargó 3000 tablas, dejando ocho en el mar, a merced de las olas, para que estas fueran arrastradas a la playa en vez de remolcarlas, como indicaba la prudencia. Las olas, por el contrario, las empujaron a alta mar y se perdieron. También descargó muchas chapas de zinc sobre una barcaza que por estar muy cargada, se hundió ante la mirada de los marineros y del capitán. Estas deberían haberse pagado, porque su pérdida había sido culpa de los marineros. Pero no se hizo el reclamo, para evitar una discusión más. Se desembarcaron también vacas, dos de las cuales se ahogaron por haber estado atadas a un bote que se dio vuelta. Poco faltó para que se ahogase el catequista Bergese, que se encontraba también en este bote. Se pudo salvar nadando, pero el bote, propiedad de la misión, también se perdió. También se perdieron los víveres de esa carga. Buena parte de los víveres desembarcados fueron a parar al mar y otros llegaron a tierra muy mojados. También fueron desembarcados algunos caballos y algunas cabras. Don Beauvoir, Bergese, Ronchi y Ferrando, junto con dos pastores, se quedaron en aquel lugar, llamado *Carmen Silva*. La otra gente, con todo el resto de la carga, siguió viaje a Punta Arenas y se dejó toda la carga en la misión de San Rafael, en Dawson. Antes de que el *Amadeo* partiese de la bahía San Sebastián y debido al mal tiempo y a la gran tempestad, se rompió la cubierta de la caldera de la sala de máquinas y se corrió riesgo de naufragar.

Mientras tanto, los misioneros que habían desembarcado en la bahía San Sebastián, se instalaron provisoriamente cerca del río Gama, a 200 metros del lago formado por el río *Gama* y de otros dos riachos. A pocos metros de distancia del punto donde llegan las altas mareas, sobre una playa muy estéril, fabricaron dos refugios lo mejor que pudieron como para prote-



Dos guanacos en el bosque. Tierra del Fuego.

gerse de la intemperie. Eran de madera y muy precarios; poco reparaban de los vientos que, a menudo, son casi continuos y soplan furiosamente. Tampoco los reparaban de la lluvia, de la nieve y de la arena, que se levanta por el viento en forma de nube y golpea constantemente contra los pobres refugios. Bajo estos miseros refugios, pasaron todo el largo y cruel invierno, con temperaturas que alcanzaron los 20 °C bajo cero, desde junio hasta noviembre. Cinco meses de continuo sufrimiento en aquel triste desierto. Vivían de la carne de guanaco, que iban a cazar dos veces por semana.

Aquel primer intento fallido le costó igualmente a la misión *¡40 000 pesos!* El flete del *Amadeo* costó *765 libras esterlinas*, o sea 19 125 *liras italianas*. Además, parte de la carga se arruinó y otra parte se perdió. Debíamos también pagar el salario de los marineros y afrontar otros gastos. Para pagar la deuda contraída, tuvimos que afrontar el 12 % y también el 18 % de interés, estando la misión en un momento crítico. Es decir, un interés acumulativo, que se calculaba *día por día* y que se le agregaba al capital. ¡De modo que fue un daño que costó 40 000 pesos! Un ensayo de lo que cuestan las misiones.

Río Grande, Tierra del Fuego,
febrero de 1894

Nuestra construcción, toda de madera, realmente nos reparaba muy poco del viento que, a veces, en forma continua, sopla furiosamente. Además, la lluvia, la nieve y la arena que el viento levanta en forma de nubes castigan constantemente nuestro pobre refugio. No obstante esto, debíamos tener

paciencia y esperar por cuatro largos meses, calculando las semanas y los días que tenía que emplear don Bernabé para llegar a Punta Arenas, hablar con don Fagnano, preparar un nuevo embarco y venir en nuestra ayuda. En este tiempo, escribí algunas cartas a Punta Arenas que envié por medio de mineros que iban y venían. Pero no tuve ninguna respuesta. A veces, veíamos algún barco pasar cerca. Mientras tanto, los víveres disminuían para nosotros y para los animales, que también mermaban en número porque tuvieron que ser sacrificados para nuestra alimentación. Todos enflaquecían. No teníamos carne, ni tampoco perros para ir a cazar guanacos. Las balas de la pistola no podían servir más que para cazar pájaros, que por fortuna había en abundancia, gracias a Dios. A veces, se unían a nosotros los empleados de un comisariado del Filaret (una Sociedad —creemos— de exploradores) y a menudo venían los mineros, a veces hasta un número de 20. Con esta gente era necesario compartir familiarmente la comida preparada. Esto lo hacíamos de corazón y con mucho placer, pero no sabíamos si íbamos a poder seguir delante de esta manera, por mucho tiempo.

Decidí entonces ir yo mismo por tierra hasta Punta Arenas. Estábamos a fines de septiembre. Pedí prestado los caballos del encargado de Páramo y con estos me fui hasta la estancia de los señores Montes y Wales, cerca de punta Anegada, en el estrecho de Magallanes. Crucé el estrecho y llegué a Punta Arenas en cuatro días.

Otra atrevida empresa concretada felizmente

Aquí no se encontraba ningún barco que quisiera lanzarse al mar en esta estación tan mala. Por eso, don Bernabé no había podido mandar ninguna ayuda. Pero yo, que sabía en el estado miserable que había dejado a los hermanos y ayudantes, no pude tranquilizarme. Por más que todos en Punta Arenas trataban de disuadirme, tomé nuestra goleta *María Auxiliadora* y alquilé otra llamada *King-Kischer*, las cargué con caballos, víveres y maderas y encomendándome a las plegarias de los queridos hermanos y jóvenes, *in nomine domini*, comencé el viaje el 27 de octubre.

A pesar de las malas condiciones de la estación y de los fortísimos vientos que nos castigaban, nuestras dos pobres goletas, guiadas por cierto por María Santísima, pudieron superar borrascas, esquivar muchas rocas y llegar felizmente a la bahía San Sebastián, donde éramos esperados como ángeles salvadores. Aquí embarcamos a los hermanos y sus ayudantes. Cargamos la mayor cantidad posible de cosas y nos lanzamos hasta el río Grande. Queríamos cumplir absolutamente con la empresa que se nos había confiado a nuestra obediencia. Las dificultades y los obstáculos encontrados en la desembocadura del río Grande no fueron menores a los de la primera vez. Pero, finalmente, con la ayuda de Dios y de María Santísima, conseguimos anclar en el puerto de Golondrina. Esto ocurrió a las 7 de la mañana del 11 de noviembre, fiesta de San Martín y vigilia del patrocinio de nuestra querida Madre María. Al otro día, domingo, fiesta del patrocinio de María, descansamos en el puerto Golondrina y yo pude, por primera vez, celebrar la misa en esta playa que, desde ahora, será el centro de nuestra querida misión. El lunes, hice levar anclas de las dos goletas y, con la marea creciente, avanzamos unas tres millas hasta el lugar donde anclamos. Así se hizo, y pudimos bajar las cosas prácticamente a pie cuando bajó la marea.

El establecimiento de la nueva misión

Enseguida di orden a los carpinteros de levantar un cobertizo de 10,20 m de largo por 4,50 m de ancho y 3,60 m de altura, con tres ventanas y dos puertas. Un portón al este, una puerta al oeste y dos plantas: planta baja y primer piso. Este último sirve para dormitorio y depósito de víveres. El

inferior, para capilla y oficina. Está ubicado en una linda posición, a unos cincuenta pasos del río, en el puerto María Auxiliadora. Así llamado, porque nuestra goleta fue la primera que felizmente ancló ahí. A unos 50 m al noroeste, hice levantar otra cabaña que sirve de establo para los animales, con un patio cercado adelante.

Después de esto, la goleta *King-Fischer* partió rumbo a la colonia de Dawson y la *María Auxiliadora*, para la bahía de San Sebastián, a donde yo fui a caballo para desarmar las cabañas improvisadas que habíamos construido y recuperar todo el material que habíamos dejado. Todo esto se podría haber hecho en poco más de una semana si el viento y las tormentas no nos hubiesen obligado a dejar anclada nuestra pobre goleta en la bahía San Sebastián por casi un mes. Esta llegó por segunda vez a este puerto el día 22 del corriente mes (febrero de 1894).

Esto es, amadísimo padre, lo que se pudo hacer en siete meses por esta misión. Aquí estamos rodeados de indios. Por todas partes se levantan inmensas hogueras, quizá para asustarnos. A poca distancia de nosotros, hay una docena de chozas, pero sus habitantes se alejaron al vernos llegar. Iremos nosotros a buscarlos. Quiera el Señor ayudarnos a conquistarlos. Ore y haga orar, venerado señor don Rua, por nosotros y por todos estos salvajes. Apenas hayamos logrado hacer un poco de bien a esta gente, lo tendré informado, para que después pueda unirse a nosotros para dar gracias al Sumo Dador y a nuestra buena María Auxiliadora.

Sacerdote José Beauvoir

Fueron vencidas todas las dificultades para establecer la misión llamada de la Candelaria, cerca del *río Grande*. La goleta *Auxiliadora* había llegado al puerto en un día consagrado a María y esto era de buen augurio. Parecía indicar que María misma quisiese fundar esa misión para beneficio de los pobres salvajes y la tomaba bajo su especial protección. Los hechos demostraron rápidamente que de verdad fue así. Desde entonces, esa misión prosperó siempre. Establecidos los misioneros, comenzaron rápido a fabricar la nueva colonia. En breve, surgieron dos colegios para ambos sexos, muchas casas para los salvajes, casas para los misioneros y para las hermanas de María Auxiliadora, con una bella iglesia en el centro de la colonia, que era capaz de albergar a muchas personas. Los salvajes no tardaron en acercarse a la misión y viéndose bien tratados, decidieron permanecer cerca de los misioneros, de los que recibían ropa, comida y alojamiento gratuito, además de educación moral.

Monseñor Fagnano, le contaba todo esto al señor don Rua del siguiente modo:

Punta Arenas, 30 de abril de 1894

Bendito sea el Señor en su gran misericordia y bendita la memoria de nuestro Don Bosco, que previó cuanto debía suceder en esta misión a la que nadie atendía. Usted sabe, oh amadísimo señor don Rua, que el año pasado, en junio, se hizo una expedición costosísima para fundar una misión en el centro de la Tierra del Fuego, que se debieron enfrentar muchos problemas y vencer miles de dificultades, debido al lugar, el tiempo, etc. Y bien, Nuestro Señor ha coronado nuestros esfuerzos con un éxito muy grande.

Aquí le ofrezco una carta del querido don Beauvoir, que se encuentra a la cabeza de esta misión, en la que me anuncia el arribo de 170 indios, que ciertamente aumentarán cada día al verse bien recibidos, bien tratados y ayudados en su pobreza, en su educación y en la de sus hijos y en la defensa contra las torturas de los buscadores de oro y de los pastores, que llegan hasta matarlos, como a tantos animales, para cometer más libremente otros miles de actos ilícitos.

Los deseos de los misioneros son satisfechos. Los indios fluyen hacia ellos. Carta de don Beauvoir al monseñor Fagnano

Río Grande, 12 de abril de 1894

Reverendísimo y queridísimo
monseñor Fagnano:

Hasta que desembarcamos en la bahía de San Sebastián en su costa estéril, nuestro deseo más grande era el de juntar lo más pronto posible en nuestra misión a muchos salvajes que estén vagando por la isla grande. Pero aún no pudimos construir nuestra casa, porque estábamos ansiosos, esperando que nos socorrieran con víveres desde Punta Arenas. La mañana del Viernes Santo, 23 de marzo, me levanté decidido a mandar a alguien hasta el canal del Almirantazgo, frente a la misión de San Rafael, en la isla de Dawson, para pedir víveres. Cuando en un momento, apareció un grupo compuesto por nueve indios, seguidos de mujeres, niños y niñas y de una gran multitud de perros, sobre la costa derecha del río, precisamente, frente a nuestros refugios. Ante esta vista y lleno de alegría, mandé enseguida al encuentro, al hermano Juan Ferrando, al indio Miguel Calafate y a Roberto Aravena, quienes intercambiaron algunas palabras y volvieron inmediatamente trayendo consigo a tres indios vestidos como cristianos. Estos dijeron ser de bahía Tetis, la última bahía de la extremidad sur de la Tierra del Fuego, y que sabiendo de nuestra misión en Río Grande, se habían unido entre ellos para venir a visitarnos y que había otros que esperaban que el agua del río bajara, para poder pasar. Cosa que después hicieron.

Estos tres indios de la bahía Tetis saben un poco de español, en particular uno llamado Copelo,[68] que ha hecho un viaje a Buenos Aires y sabe hacerse entender bastante bien. Este dijo en nombre de todos que eran buenos, que venían como amigos y que, sobre la orilla opuesta, estaban sus familias, las cuales vendrían al día siguiente, porque se daban cuenta de que nosotros queríamos hacerles bien y que queríamos, especialmente, a sus niños. Comenzamos, entonces, a hacerles ver que queríamos hacerles bien. Les distribuimos galletas y una manta de lana para cada uno. Después, al partir, les dijimos que los esperábamos con placer al otro día y que les regalaríamos camisas, pantalones y muchas otras cosas.

Al otro día, comenzó a venir desde el río una columna interminable de personas, cubiertas con pieles de guanaco y seguidos de una infinidad de perros. Se acercaron a la playa y, apenas bajó la marea, pasaron a la margen izquierda. Los más grandes ayudaban a los más chicos, y las mujeres llevaban consigo algunos niños. Otras también llevaban pequeños bastones para hacer sus chozas provisorias, con pieles, cordones de cuero y corteza de árboles. Traían canastos con pedernales para hacer flechas, piedras para encender fuego, coruros, ratones, etc. Trajeron sus chozas cerca de nosotros. A las 2 de la tarde, ya todos habían pasado el río y habían depositado sus utensilios en la costa y vinieron a nuestra casa. Muchos de ellos tenían la cara pintada, algunos de rojo, otros de negro. Todos estaban tan sucios y llenos de barro que daban náuseas. Les distribuimos mantas, una para cada uno de los grandes y media para cada uno de los chicos. También les dimos galletas y otras cosas para comer, que eran recibidas con señales de alegría y de reconocimiento.

Recibidos los regalos, las mujeres se fueron a levantar las chozas a unos 200 me-

68. Podría tratarse del selknam Seriot, más conocido como Capelo, quien era originario de bahía Tetis, había estado en Buenos Aires, como menciona Borgatello, y todavía estaba vivo en marzo de 1894. Poco tiempo después sería asesinado en la estancia Harberton por una partida policial comandada por Ramón Cortez. (N. de la E.)



Niñas onas de la misión Candelaria.

tros de distancia de nuestra casa y los hombres se esparcieron por el lugar, para luego volver a acercarse a la puerta y a las ventanas para observar, hacer preguntas y pedir galletas, carne, etc. A las 5 de la tarde, sentimos un grito y, de golpe, todos los hombres volvieron a sus chozas donde las mujeres habían prendido el fuego. Le pregunté al indio Copelo qué había sucedido y me respondió que se veían venir indios desde el norte, desde cabo Sunday, a unas 11 millas de distancia, y que ellos debían prepararse para defenderse. Por esa razón, se fueron a agarrar sus arcos y flechas y salieron de sus chozas para dirigirse hacia el lugar donde venían los otros indios. Una decena de ellos fueron como vanguardia y el grupo más grande, formado por más o menos 40 indios, se quedaron a la expectativa, a poca distancia de sus chozas.

Al poco tiempo, llegaron desde el norte algunos indios y después otros, y otros más, trayendo a sus familias, sus utensilios y sus perros. Después de algunas discusiones de ambas partes, la vanguardia habló con los primeros que llegaron, que parecía habían respondido amigablemente. Por eso, sin ninguna demostración hostil, los dejaron venir a todos hasta nuestra casa. También ellos recibieron regalos y se retiraron contentos a levantar sus chozas a 50 m de distancia de los otros. Esa fue para nosotros una jornada de verdadera fiesta. A la noche, hicimos cocinar, en dos grandes ollas, carne y porotos, que distribuimos a todos los recién llegados, y que comieron con mucha satisfacción. Al otro día, volvieron algunos a llevarse su ración de carne y porotos, y aprovechamos la ocasión para enseñarles nuestro modo de cocinar que les llamaba mucho la atención. Al tercer día, comenzamos a darles alguna instrucción religiosa. ¡Buen Dios! ¡Qué feliz combinación!

Justo en ese día del año, que se llama a la reflexión por el gran misterio de nuestra redención, para estos indios había comenzado su cristianización. Don Del Turco y los hermanos Ferrando y Ronchi, contaron los indios que habían llegado y eran 170. ¡Sí, digo bien, 170! ¿Dónde encontraremos tantos víveres para mantener a tanta gente? Sería el momento de preguntar a Dios sobre la fe del taumaturgo San Gregorio para multiplicar lo que nos quedaba. Nos dimos cuenta de que estos indios no eran los que habíamos visto nosotros en nuestra exploración del año pasado. Nos preguntábamos cómo íbamos a hacer cuando vengan tam-

bién aquellos. Por otra parte, para ocuparnos convenientemente de civilizar a todos estos indios, chicos y grandes, hombres y mujeres, el personal actual no basta. Yo sé, señor prefecto, que usted hace lo que puede por esta importante misión, pero ahora es absolutamente necesario dirigirse a los superiores de Turín para rogarles que hagan un esfuerzo para ayudarnos rápido.

Sacerdote José Beauvoir

Esta es la carta de don Beauvoir. Como ve, señor don Rua, las necesidades son grandes y, por consiguiente, es necesario que el señor prefecto nos ayude como dice el director de aquella misión, y que nos ayude con personal y con medios materiales. Esta es, verdaderamente, una obra del Señor y la congregación salesiana, que se la ha puesto sobre sus hombros, necesita que se la sostenga. Quiera, por consiguiente, explicar dicha obra a los beneméritos colaboradores salesianos y a cuantos aman esta obra. Porque todos, de un modo u otro, con oraciones, con donaciones y con su propia persona, todos tienen que participar para que se pueda lograr.

Sacerdote José Fagnano
Prefecto apostólico

Se comienza con la instrucción religiosa. Primeros bautismos. Los indios que han llegado superan los 350

Nuestra Señora de la Candelaria,
Río Grande, 10 de mayo de 1894

Hace unos meses, mandé a Punta Arenas, a su dirección, una carta por medio del hermano Bergese, encargándole retornar pronto con víveres, ropas, animales, etc. Pero ahora, dudando de su rápida vuelta, por causa del mal tiempo que reina y que se ha mantenido desde la partida del barco, Jacinto Villacura, acompañado del joven Cesario Villalobos y de dos familiares, atravesaron la Tierra del Fuego de este a oeste para pedir ayuda a la misión de la isla Dawson. La urgente necesidad me obliga a hacer este sacrificio de disminuir la dotación de la misión en cuatro personas y, por consiguiente, su fuerza material, y de someter a estos queridos ayudantes a las graves dificultades de un camino intransitable, entre bosques y grandes pantanos (*tembladeros*), en los cuales, a veces, se pueden hundir los caballos y las personas por la formación del terreno, que tiene un poco de pasto, con unos dos metros de agua y un fondo de barro.

Después de la partida de Bergese, reuní a los hermanos y les hablé de la dificultad de mantener a tanta gente hasta que volviera el barco, que más o menos tardaría dos meses. Les recomendé la mayor prudencia en la distribución de los víveres y les dije de la necesidad de animar a los hombres a cazar, pescar, buscar *tucu-tucu*. También insistí sobre la prudencia de estar armados y atentos cuando hablaran con los salvajes, y que no se dejaran rodear demasiado por ellos. El valiente Ronchi, para disipar cualquier temor, dijo «¡Padre, no tenga miedo, María Auxiliadora ha conducido a estos indios hasta aquí y ella los mantendrá pacíficos! Además, estoy yo».

Si alguna vez en mi vida recé con tanta devoción fue, verdaderamente, esta vez, viéndome rodeado de tanta gente y con tanta responsabilidad. Los indios, además, comprendieron la circunstancia en la cual nos encontrábamos y comenzaron a ir a cazar, a pescar, a recoger ciertas hierbas y raíces y venían siempre cargados. A la tarde, se reúnen para las oraciones y para una simple explicación de catecismo, traducido por el intérprete. Se canta, se reza, y se va hacia adelante. El domingo bautizamos a un pequeño salvaje que habíamos recogido en la costa de San Sebastián, en el pasado mes de septiembre. Según su deseo, le llamamos Pedro, como el príncipe de los apóstoles y le impusimos el apellido *Gama*, por el río vecino a esta costa. Los indios miraban sorprendidos, observando toda la



Indias onas hilando lana, misión de la Candelaria.

ceremonia, la cual les fue explicada poco a poco por el intérprete, y si bien no entendieron muy bien, comprendieron que la celebración era *una gran ocasión*.

El 27 de abril, cerca de las 11, los salvajes vieron venir a otros salvajes desde la parte septentrional, desde el cabo Sunday, que parecían ser muchos. Rápidamente, se reunieron cerca de sus chozas y se prepararon para defenderse. Solo después de tres horas, se presentaron seis. ¿Saben quién estaba entre ellos? El indio *Benizio*, el mismo que en marzo del año pasado nos había abandonado y no quiso seguirnos más. Estos formaban la vanguardia y venían para avisarnos que iban a venir con sus familias. El día 28 se esperaba que vinieran todos, pero vinieron el día 30. Era cerca de las 10 de la mañana cuando sentí gritos en las chozas y me fui a fijar. Vi a los hombres de pie, con arcos y flechas, que se adelantaron unos doscientos metros. Unos veinte se detuvieron y se escondieron entre los arbustos y los otros siguieron su carrera hacia el norte. «¿Qué pasa?», le pregunté al intérprete, y sin esperar respuesta, corrí a juntarme con los salvajes que estaban entre los arbustos. Entre estos estaba el cacique, un joven de unos veinte o treinta años, de una altura de casi dos metros, de carácter simple y bueno, a quien le pregunté si eran otros salvajes. Respondió que eran muchos. Le pedí entonces un arco y flechas y, apuntando hacia el norte, hice seña de tirar y todos comenzaron a reírse. Enseguida corrieron a juntarse con sus compañeros. Entonces, me volví rápido a la casa, ensillé un caballo y me junté con todos ellos. Por medio del intérprete, les hice entender a los recién llegados que no queríamos pelear, que se acercaran todos hasta nuestra casa para recibir carne, galletas y ropas, porque ellos eran nuestros amigos. Me dirigí a la casa y mi ejemplo fue seguido por todos. Eran unos 150. Entre los primeros que habían llegado y estos sobrepasaban los 350.

Llegaron a la casa y se comenzó a distribuir carne, galletas, mantas, etc., y se cocinó una gran olla de porotos. ¡Oh, qué familia teníamos ahora! ¡Cuántos tiernos niños! Ya hemos comenzado a enseñarles las palabras más necesarias y parece que las aprenden con facilidad. Venga a vernos, amadísimo don Fagnano, y ayúdenos lo más rápido posible, porque en pocos días se consumirá todo lo que tenemos y, quizá, no

podremos hacerles entender a esta gente que nos faltarán víveres para alimentarlos.

Cierro aquí, recomendando al ángel tutelar de la Tierra del Fuego que ayude a las personas que le llevan esta carta. Reciba los saludos de los hermanos y de estos indios.

Suyo, devotísimo en el Señor.

Sacerdote José Beauvoir

Progresos en la isla Dawson (1894)

En febrero de 1894, monseñor Fagnano le escribía a don Rua:

El mes pasado he visitado la misión de San Rafael en la isla Dawson, donde he tenido nuevas satisfacciones, al ver el avance en la civilización y en la vida cristiana de estos pobres indios. Las mujeres ya saben hacer bien las tareas: cocinan, saben asearse y muestran gran deseo de aprender el catecismo y de poder pronto confesarse y tomar la comunión. Casi todas las niñas también han aprendido a cocinar, a lavar su ropa y a plancharla. Las más grandes están encargadas de cocinar para todos los internos y lo hacen muy bien. También de parte de los hombres se nota un gran avance. Se muestran más animados para trabajar y se sienten orgullosos de pertenecer a nuestra misión, centro de civilización. Los niños, fuera de su hora escolar, se ocupan con placer de los trabajos materiales, como ser, cuidar el ganado cuando van a pastar, llevar leña a la casa, cortarla en pedazos, ir a cazar o a pescar, ordeñar las vacas, hacer el suero con la leche, hacer queso y hasta el pan. Casi una docena de ellos saben, también, ayudar en la santa misa y hacen con mucha devoción la santa comunión. Esto aparenta ser una de las más devotas parroquias de Europa. Incluso, uno de los últimos días que estuve allí, quisieron hacerme escuchar con cuánta precisión saben seguir la misa cantada, con el acompañamiento del armonio.

Este progreso nos da aliento y nos hace tener muchas esperanzas, ya que estos indios, con su palabra y con su ejemplo, nos ayudarán mucho para atraer a otros indios para convertirse.

Noticias sobre la misión de Dawson. Llegada a la misión de otros salvajes. La escuela de música progresa. Espíritu de sacrificio de monseñor Fagnano

Punta Arenas, 27 de abril de 1894

A las 10 de la noche del martes de la semana pasada, con un tiempo tormentoso, un viento frío y nieve, monseñor Fagnano, que apenas había llegado de la misión de la Candelaria, partió de vuelta hacia la isla Dawson con el mismo vapor con el cual había llegado, junto con don Pistone y don Scagliola, para llevar a aquella misión de San Rafael, a 12 salvajes que le habían sido confiados unos días antes y víveres a nuestros queridos hermanos. A esa noche de tormenta le siguió un día no menos malo para viajar. Continuó soplando un viento muy frío y, cada media hora, había ráfagas de nieve. Nuestros pobres hermanos pasaron casi todo el tiempo viajando, ya que el jueves a la mañana temprano, con un tiempo igual de feo, estaban ya de vuelta con don Bernabé, quien se preparaba para partir a la misión de la Candelaria en Río Grande.

Nos trajeron buenas noticias de la misión de San Rafael. La iglesita de madera está terminada y es muy linda. Le falta solamente el campanario. Inauguraron un muelle de pasajeros bastante cómodo para el embarco y el desembarco. Hubo mucha alegría al ver llegar nuevos salvajes, entre los cuales había un cierto *Jacinto*, compañero de *Capitán Antonio*, el más cauteloso hasta ahora con nosotros y el que, eficazmente, cooperó en la triste insurrección contra don Pistone y el pobre Silvestro en 1889. Vino con toda su familia, decidido a permanecer para siempre en la misión. Fue recibido muy cortésmente, aunque se merecía unos palazos, y se le asignó incluso una casa para vivir.



Alejandro, jovencito ona de la misión Candelaria.

La escuela de música va haciendo progresos, como también va progresando el espíritu de la religión en medio de estos salvajes. En una palabra, esta misión comienza a darnos algunas satisfacciones. Pero debemos luchar mucho para seguir adelante, por los altos costos que necesitamos afrontar para poder sostener las dos grandes misiones de San Rafael y Nuestra Señora de la Candelaria.

Monseñor Fagnano, a veces, está demasiado preocupado, pero después se abandona ciegamente en los brazos de la divina Providencia, y nosotros estamos seguros de que esta no nos fallará, ni siquiera en este momento de necesidades. Mientras admiramos la gran fe en la divina Providencia de nuestro querido prefecto apostólico, estamos, además, altamente satisfechos por su espíritu de sacrificio. Animado en la gloria del Señor y en la salud de las almas, siempre está en la lucha y no conoce peligros de ninguna clase. La otra semana, cuando desembarcó en el río Grande, para ir a la misión de la Candelaria, con la nieve que caía en abundancia y con un viento muy intenso, al no poder llegar el barco hasta la costa, se descalzó y se metió en el agua helada y en el barro hasta la rodilla para llegar a tierra. Antes de irse de Punta Arenas, yo le había provisto de unas buenas botas. Pero a su regreso, encontré que en sus pies tenía unas sandalias harapientas. ¿Qué había hecho de aquellas botas? Confesó que, en aquella capilla, vio que al joven indio Calafate se le salían los pies de sus zapatillas rotas y cuando lo vio caminar con dificultad para ir a tomar la santa comunión, se le partió el corazón de verlo así, se sacó sus botas y se las regaló. Este acto de abnegación y de sacrificio hace que sea muy simpático, incluso entre los indios, que lo llaman el *Padre Grande*, y a nosotros nos anima a soportar voluntariamente cualquier contratiempo.

Sacerdote Maggiorino Borgatello

Noticias sobre la misión de la isla Dawson. La rubéola cobra víctimas. La enfermedad, remedio saludable del alma

Punta Arenas, 26 de abril de 1905

Mientras en Punta Arenas hacía estragos la rubéola[69] (llamada aquí alfombrilla) y cosechaba víctimas en cantidad, especialmente,

69. Infección causada por un virus, contagiosa, que afecta niños y jóvenes y que suele ser leve. Aunque puede causar malformaciones en el feto y aun muerte. No hay tratamiento específico. Solo se aconseja reposo, aislamiento y medidas que tiendan a aliviar los malestares y bajar la fiebre (Branco Mautner, *Medicina*. Buenos Aires, Centro Editor de la Fundación Favaloro, 1998, pág. 464). Se la conoce como enfermedad clínicamente independiente en el año 1881. Se asocia su causa a un virus en el año 1938. El virus es aislado en el año 1961 y recién en el año 1969, se dispone de una vacuna, para prevenirla. (N. del T.)

entre los niños, en Dawson, la salud pública era excelente y no se conocía todavía esta enfermedad. Pero apenas llegó el barco que nos conducía, apareció de golpe dicha enfermedad fatal. Pocos días después, casi todos los indios que estaban en la misión fueron atacados por esta enfermedad. Hicimos entonces de médicos y enfermeros. Los que fueron obedientes a nuestros consejos mejoraron todos y rápido. Algunos que, en cambio, fueron rebeldes a cualquier tratamiento y se dejaron guiar por su capricho y que prefirieron las tontas curas aconsejadas por los *médicos-hechiceros*, que solo se reducían a masajes, acompañados de cantos y gemidos misteriosos, lo pagaron con su vida. Con solo decir que algunos más ancianos, en vez de permanecer en el lecho, bien resguardados del frío, como aconsejaban todos los médicos para esa enfermedad, preferían estar afuera a la intemperie, tirados boca bajo, sobre el terreno húmedo y con el pecho desnudo, para aliviarse un poco con el frío, porque se sentían muy acalorados por la fiebre. Otros, bebían grandísimas cantidades de agua helada. Se les gritaba de no hacer eso, porque morirían. Pero era como gritar al viento. Sin experiencia, los pobrecitos creían que nosotros les impedíamos un poco de alivio y nos decían, casi suplicándonos, «Dejar... Dejar... Un poquito. Aquí estar bien fresco, en casa mucho calor... No resistir... Mucha sed... Hace bien agua fresca». Si obedecían en el momento, rápidamente, salían afuera apenas se encontraban solos y bebían cuánto podían. En efecto, hacer esto era casi obligar a la Providencia a hacer milagros. Los más civilizados, en cambio, los más jóvenes que vivían en nuestro colegio, cumplieron con todas las prescripciones y ninguno murió. Más bien para muchos, la enfermedad del cuerpo fue un remedio saludable para sus almas y tomaron esto con el corazón resignado, de la mano de la Providencia, como una dulce visita del Señor. Hicieron una confesión general y recibieron con devoción la santa comunión, como consuelo.

Una tarde, sin que nadie dijera nada, me mandaron a llamar y quisieron confesarse todos conmigo, que era para ellos un extraño. Los encontré bien dispuestos y con gran fe y devoción. De hecho, me parecieron dignos de ser llevados como un ejemplo o un modelo para tantos cristianos europeos de hoy en día que, en las prácticas religiosas, si es que aún las hacen, se contentan solamente con la apariencia, sin tener ningún sentimiento. ¡Bravo, indios! ¡Han sido los últimos en llegar a nuestra santa religión católica y están entre los primeros por vuestro fervor!

Progresos de la misión de San Rafael. De salvajes a artistas

Punta Arenas, 25 de septiembre de 1894

El día 14 del corriente fui a la misión de San Rafael, en la isla Dawson, donde encontré grandes progresos. Han construido un buen muelle, de un largo de 30 metros, demasiado fuerte y cómodo, como para que aquel que desembarca no se moje los pies. Ya en tierra, desde el muelle, se ve una calle larga y recta que conduce a la iglesia, que es hermosísima y elegante y que resulta muy útil para centenares de personas. Tiene un lugar en el fondo, adecuado para el coro; se aprecia una gran cruz instalada en el medio de la amplia plaza que parece querer abrazar a toda la nueva colonia. Día a día, van aumentando sus construcciones para los nuevos civilizados. La iglesia y las casas de los misioneros y de las hermanas de María Auxiliadora están circundadas de bellas construcciones para la escuela, el taller y los dormitorios para los niños, las niñas y las viudas. Hay una escuela de música instrumental, un hospital, una panadería, un matadero de animales para uso de la colonia y, un poco más alejado del muelle, hay unas cuantas casas que están en orden simétrico, donde ya habitan varias familias de indios.



Banda de música instrumental de los fueguinos, misión salesiana de San Rafael en la isla Dawson.

Sobre un monte alto que domina toda la misión y la bahía de Harris, un poco más allá de un pequeño río, está el recinto del cementerio. Los indios hospedados en la colonia han aumentado mucho y es lindo verlos mostrarse bien educados. A mi llegada, muchos me vinieron a ver para darme la bienvenida, y pedirme noticias de los otros misioneros de Punta Arenas y también sobre mí. Especialmente, preguntaban por *Padre Grande* (monseñor Fagnano) y me daban la mano como si yo fuese un gran amigo. Verdaderamente, da placer ver a estos indios de aspecto áspero usar modos tan gentiles y expresar sentimientos buenos en lengua española, a pesar del poco tiempo que se encuentran en la colonia. Se ve que Dios bendice verdaderamente esta misión y da grandes satisfacciones a la tarea de estos pobres misioneros.

El señor gobernador civil de Punta Arenas, don Manuel Señoret, que había escuchado la banda de música de Dawson y le había gustado, me pidió hacerla ir a Punta Arenas para alegrar la fiesta patriótica que se celebra cada año los días 17, 18 y 19 de septiembre. Puso a mi disposición una nave del Gobierno para la ida y la vuelta de los músicos. A estos buenos niños no les parecía real, poder ir a la ciudad de Punta Arenas, de la cual habían escuchado tantas veces repetir el nombre y hablar de su magnífico progreso, y hacer un hermoso paseo en un cómodo barco para hacerles ver a todos su valentía para ejecutar los instrumentos musicales.

Llevé 28 niños, que apenas hace siete meses han tomado los instrumentos y ya los manejan con gran maestría, tanto que sorprenden. Los tres días de las fiestas patrióticas tocaron en la plaza pública. Se presentaron, además, durante la distribución de los premios a los estudiantes de las escuelas del gobierno y en la casa del gobernador durante un refrigerio ofrecido a los cónsules y las autoridades locales, recogiendo siempre aplausos entusiastas y despertando en todos gran sorpresa. Todos querían ver-

los, abrazarlos y colmarlos de regalos. También tocaron varias veces en la iglesia, durante las celebraciones sacras, y acompañaron las alabanzas sagradas. Tenían un repertorio de casi 20 piezas, todas lindas y que causaban buen efecto. Su maestro es un italiano que tiene mucha paciencia y habilidad para enseñarles, y sabe hacerse querer por los jovencitos. ¿Quién hubiese dicho que han pasado tres años desde que estos pequeños salvajes bajaron de los bosques, casi desnudos, ignorantes de todo, y que en breve tiempo, se han transformado en artistas tan expertos? ¡Parece un sueño! Sin embargo, es una realidad cierta y segura que llena el corazón de los misioneros. Y es, seguramente, una consolación. Llama la atención de muchos y despierta la admiración de aquellos que pensaban que era imposible la civilización de los salvajes fueguinos.

Estos queridos indiecitos de la isla de Dawson, en los pocos días que estuvieron en Punta Arenas, agradaron mucho a toda la población con su comportamiento en las funciones sacras en la iglesia. A más de uno de estos habitantes, le surgieron lágrimas de alegría por su angelical comportamiento, por cómo recibían la santa comunión y por su precisión en las ceremonias en las que servían en la santa misa, vestidos de sotana, como cualquier monaguillo. Muchas ma-



Mariana, jovencita ona de la misión Candelaria

dres se los presentaban a sus hijos como modelos. A muchos les costaba creer que estos jovencitos que veían vestidos modestamente, que eran amables en el trato, que ejecutaban con tanta maestría los instrumentos y que cantaban con un tono justo y una bella voz, fuesen hijos de salvajes. Además, los veían piadosos y respetuosos de Dios. Pero los rasgos de la cara y el color de su piel, revelaban bastante bien que eran verdaderos hijos del bosque. Indígenas fueguinos, verdaderos y legítimos. ¡Oh, queridos hijos del desierto! ¡Que vuestra plegaria también pueda llegar hasta el trono de Dios y que, cada día, atraiga la divina misericordia sobre esta tierra infeliz y sobre sus desafortunados habitantes, vuestros hermanos! ¡Recuerden, también, rezar por vuestros benefactores, por medio de los cuales, ahora están dónde están!

Ayer fueron enviados otros nueve indios provenientes del canal Smyth. Dos hombres, dos mujeres y cinco niños, que estarán con ustedes para aumentar la población de la isla de Dawson y participarán de los grandes beneficios de la religión y de la civilización. ¡Oh! ¡Quiera el Señor conceder esta gracia a todos vuestros compañeros que todavía vagan por estas regiones!

Sacerdote Maggiorino Borgatello

La primera visita de monseñor Fagnano a la misión de la Candelaria. Viaje malo. Llegan más salvajes. Necesidad de construir más casas para ellos

Punta Arenas, 19 de agosto de 1894

Vuelvo de la misión de Nuestra Señora de la Candelaria, después de un viaje un poco cansador de 28 días. El día 22 de julio nos embarcamos don Pistone, el hermano Forcina y yo. Tuvimos 10 días de tormentas continuas, de manera que el tiempo nos obligó a refugiarnos, más de una vez, en los pequeños golfos de estos canales, y solamente el día 10 de agosto pudimos encarar la desembocadura del río sobre el Atlántico. Eran cerca de las 9 y había marea alta, cuando el capitán, con la sonda en mano, comenzaba a dirigirse hacia la entrada. Se veía una especie de cordón de espuma que, partiendo desde el cabo Sunday (o Domingo) al norte, alcanzaba el cabo Peña en el sur. Era la espuma de las olas al romper en las piedras, que se encuentran en el mar por toda la parte oriental de la Tierra del Fuego. Frente a nosotros, la cadena blanca y espumante era interrumpida por espacio de 300 metros. Era la desembocadura del río Grande.

El pequeño barco marchaba a un cuarto de su velocidad y toda la tripulación estaba sobre el puente, lista para cualquier maniobra. A cada minuto, se oía el grito del capitán que anunciaba la profundidad del agua y se veía, en la cara de todos, la ansiedad por los posibles peligros. Aunque se avanzaba sondeando primero con el bote, no se habían disipado todos los temores. El fondo iba disminuyendo a medida que nos acercábamos a las piedras de la entrada, que yo las miraba como si fueran columnas de Hércules. Cuando ya las tuvimos a los costados, sentí gritar «¡Cuatro metros! ¡Cuatro y medio!», y con lágrimas en los ojos exclamé «¡Viva Dios! ¡Viva María Auxiliadora!». Ya estábamos en el río, fuera de todo peligro, y en poco tiempo estaríamos en el puerto de Río Grande. Lloré de alegría, porque si este pequeño barco podía entrar en este río, estaba asegurada la misión de la Candelaria y asegurada la conversión de aquellos desventurados onas, que ahora son objeto de una cacería cruel por parte de una sociedad *explotadora* que obtuvo, en arriendo del Gobierno de Chile, una gran extensión de esta tierra para la ganadería: *un millón doscientas mil hectáreas.*

Cuando entró al río, el vapor ancló y yo descendí en una canoa de cuatro remos y me dirigí a la casa provisoria de la misión, que se veía a 5 km de distancia, sobre el margen, a la izquierda del río, donde me es-

peraban ansiosos los queridos hermanos. La casa que habitan consiste en dos habitaciones en planta baja, con un pequeño ático. En una de estas habitaciones se da clase, catecismo y es refectorio y dormitorio para los hermanos. La otra sirve de estudio y almacén para todas las cosas necesarias para la misión, además de ser el dormitorio del director don Beauvoir. Cuando llegué, había 170 indios. Todos los otros, que habían llegado los meses anteriores, se habían alejado en busca de víveres. Pero no se deben haber alejado mucho, ya que se ven los humos de sus fuegos a no mucha distancia. De hecho, un buen número de ellos, volvió el 14 de este mes. Lo que asegura que muchos otros están por volver.

Es necesario, por consiguiente, pensar en construir casas para los indios, para los misioneros y para las hermanas de María Auxiliadora. También escuelas, talleres, una gran iglesia, un hospital, etc. Si el Señor nos bendice y los colaboradores nos ayudan con sus donaciones, esperamos entre septiembre y mayo poder construir todos estos edificios, y formar en poco tiempo un lindo poblado. El lugar en el que está ubicada ahora es muy abierto y llano, desde donde se ve a muchísima distancia. En el cabo Peña, distante unas pocas horas de aquí, hay un bellísimo valle, rodeado de pequeños montes, todos cubiertos de arboleda, en donde estaríamos bien protegidos de los continuos y fortísimos vientos que soplan en estos lugares. Pero, por ahora, la prudencia nos aconseja no permanecer en lugares peligrosos, en dónde podríamos ser atacados fácilmente por los indios, si así lo quisieran. Por consiguiente, es mejor sufrir un poco el viento, pero estar seguros.

En estos días, don Bernabé está preparando un montón de madera que cargará en el vapor para comenzar con las construcciones que le he dicho anteriormente. Por ahora, pienso en la construcción de 100 pequeñas casas para los indios, pero quizá no alcanzarán. Tendremos necesidad de que el Señor nos asista con su amorosa Providencia para construirlas y para las necesidades que tendremos para mantener las cientos y cientos de familias que se acercarán a la misión.

Sacerdote José Fagnano
Prefecto apostólico

La misión de la isla Dawson progresa visiblemente, pero el demonio mete sus garras. El bergantín *Teresina B*. Una pelea con los indios alacalufes. El diario *El Magallanes*. Muerte del indio Santiago. La verdad, tarde o temprano, sale a la luz. El cacique Andrés (1894)

La misión salesiana de la isla Dawson progresa notablemente, al punto que, a poco tiempo de fundada, ya tiene el aspecto de una verdadera población civilizada. A principios de 1889, aquel lugar era verdaderamente un desierto. Ahora, en cambio, se ve una hermosa iglesita, una escuela, una casa para los misioneros, talleres y casas para los indios, bien ordenadas, con plazas, etc. Todo indica progreso. Los salvajes que habitan esta misión, poco a poco, van habituándose del todo a la vida civilizada, de tal modo que muchos de ellos se han habituado al nuevo estilo de vida cristiana y desean hacer participar de los grandes beneficios de la religión y de la civilización a los otros salvajes, y les piden permiso a los misioneros para ir en busca de otros pobres salvajes, que todavía no gozan de la civilización. Fue en una de estas excursiones de los indios para buscar a otros y conducirlos a la misión de San Rafael que el demonio enojado quiso meter sus garras. Queremos contar un luctuoso hecho que ocurrió entre los indios y las personas civilizadas en la bahía Hidden, el sábado 10 de marzo de 1894, un hecho que generó prejuicios sobre la civilización de estos pobres salvajes y el desarrollo de la misión.

El domingo 4 de marzo, había partido de Punta Arenas hacia el canal Smyth, el bergantín *Teresina B*, llevando a cuatro

buscadores de oro. Ocho días después, el 11 de marzo, Domingo de Pasión, el bergantín *Teresina B*, volvía a Punta Arenas, con la bandera a media asta en signo de luto. De los cuatro que habían partido, volvía uno. El capitán había muerto, otro estaba mortalmente herido y el tercero, qué hacía de capitán, tenía algunas heridas. ¿Qué había sucedido? Una pelea con los indios alacalufes. Así es como lo contó el diario de Punta Arenas *El Magallanes*, poco amigo de la religión católica y de los indios.

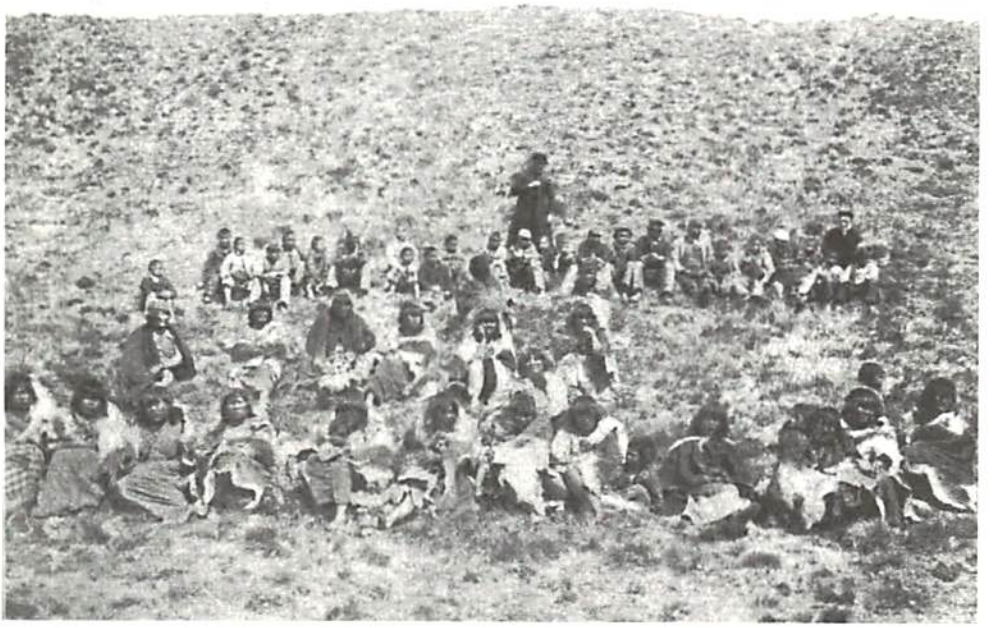
> Los cuatro que habían partido en el *Teresina B* eran los austríacos: Esteban Buntilich, el capitán, Antonio Sgomvich, José Giagnetich y el portugués, Juan Ferreira.
>
> El viernes llegaron hasta el *Teresina B* algunas canoas de indios fueguinos, y fueron recibidos por los exploradores, intercambiaron víveres por pieles de nutria y se retiraron muy tranquilamente y en forma amistosa, en apariencia. Ese mismo día, Giagnetich bajó a tierra a buscar leña y a lavar algunas cosas. Fue visto por los indios y no le dieron importancia.
>
> El sábado, a las 10 de la mañana, estando a bordo del bergantín el capitán Buntilich y los marineros Ferreira y Sgomvich, llegaron tres canoas y una balsa con indios. Eran siete u ocho indios adultos, entre 10 y once mujeres y algunos niños. Tres minutos después, llegaba Giagnetich trayendo la leña cortada. Mientras este último hacía el trasbordo de la leña, desde su barcaza al bergantín, y Ferreira y Sgomvich estaban acomodándola en el depósito de proa, los indios se acercaron al bergantín, ataron sus canoas y subieron. Después de haber intercambiado algunas palabras con el capitán Buntilich, algunos de ellos se precipitaron sobre él y lo hirieron con hachas hasta matarlo.
>
> Muerto al capitán, corrieron al depósito de proa para atacar a Ferreira y Sgomvich. Estos, al ver el ataque y muerte de Buntilich, tomaron sus armas. Pero Sgomvich tenía una carabina de un solo tiro. Mientras tanto, los indios con sus hachas trataron de atacarlos e hirieron en la espalda a Ferreira. Este, herido, pudo ir hasta la popa y traer balas para Sgomvich, quien en ese momento comenzó a dispararles, sin saber cuál había sido el éxito de sus disparos. Esto duró algunos instantes y cuando Sgomvich se dio cuenta de que en la cubierta no había ningún movimiento, salió del depósito y encontró al capitán muerto, y vio que los indios ya se habían ido hacia la costa. Como pudo, colocó en un lecho a Ferreira, que estaba herido en la espalda y en una mano. Salió después a cubierta para observar si veía a Giagnetich en su barcaza y pensó que había cortado la cuerda y se había escapado de los indios.
>
> Viéndose solo y temiendo un nuevo ataque, levó anclas, alzó las velas y salió del puerto, disparando algunos tiros para llamar la atención de Giagnetich, en caso de que estuviese cerca. Pero, al no tener respuesta, se fue hacia Punta Arenas, donde llegó, como dijimos antes, a las 7 de la mañana del domingo 11 de marzo, después de haberse encargado él solo, durante 150 millas, de las velas, del timón y de Ferreira.
>
> A las 5 de la tarde de ese mismo día, zarpó de Punta Arenas el barco del Gobierno, *el Cóndor*, hacia la *bahía Hidden*, para buscar al marino Giagnetich. Durante todo el lunes, recorrieron ese puerto y las vecindades, y no encontraron ninguna pista de él. Pero, en un punto de la costa, vieron sobre un montón de ramas, dos cadáveres de indios. Uno era de un hombre y el otro de una mujer, y fueron traídos al puerto de Punta Arenas y de allí los llevaron al cementerio.
>
> El reverendo don *Fortunato Griffa*, salesiano, con otros dos señores, revisaron los cadáveres para reconocerlos. El



Celebrando las exequias de los 6 marineros del barco La Ciudad de Amberes *muertos en el naufragio en Punta San Valentín, isla Dawson, 3 de febrero de 1909.*



Seno de Última Esperanza en el territorio de Magallanes.



Primeros indios onas hospedados en la misión Candelaria. Director Don Griffa F. (Tierra del Fuego).



Mujeres fueguinas buscando leña para sus hogares. (F.: De Agostini)

hombre tenía cuatro heridas de bala. Era un tal Santiago, indio fueguino, civilizado, que hacía un tiempo que estaba en la misión salesiana de la isla Dawson.

El Cóndor partió enseguida a la misión salesiana de Dawson para tener información de Santiago. En la misión no se sabía todavía nada de lo que había sucedido.

Hasta aquí, el diario *El Magallanes*, que termina invocando de parte del Gobierno *un exterminio general de todos los indios de la Tierra al Fuego*, agrega por cuenta propia *«Que la causa de este atentado había sido, únicamente, el robo de la leña que juntaron los marineros y, quizá, para apoderarse de los víveres que había a bordo»*. En cuanto al robo de la leña, no puede ser cierto, porque leña hay en abundancia y los indios no se preocupan por esta. Porque hoy están en un lugar y mañana en otro, y en todas partes la encuentran en cantidad. Tampoco puede ser para apoderarse de lo que había a bordo. Estos indios venían de la misión, donde habían aprendido que no se debe robar ni atentar contra la vida de otro. ¿Cuál habrá sido, entonces, el motivo de aquel atentado? Todos los indios de la isla Dawson y todos los misioneros salesianos interrogados, sin saber del horrendo hecho, coincidieron en una sola voz en decir que Santiago era un hombre incapaz de hacer mal a nadie.

¡Pobre Santiago! Era el mejor indio de aquella misión, de naturaleza pacífica, alegre y muy amable, amante del trabajo, obediente, educado, y el que mayormente se interesaba por buscar indios para conducirlos a la misión. Cada año, en esa época, solía hacer esta santa excursión y volvía siempre con una buena cosecha. Ahora, hacía solo 25 días que había partido nuevamente desde la misión con ese objetivo. ¡Qué lamentable fin le esperaba!

¡Ah! Por desgracia, a nosotros nos consta que en estas inhóspitas regiones, se cometen, de parte de los civilizados europeos, hurtos mucho más graves que el de la leña. Hurtos que, con nombres más apropiados y mucho peores, afectan el corazón de los salvajes, que sienten que son tratados como cualquier cosa, como simples animales, siendo ellos también humanos y con derecho a la defensa propia. ¡Ah! Civilización moderna, civilización laica, ¡cuánto más bárbara eres que los mismos salvajes, cuánto más inhumana en tu refinamiento y soberbia!

De todas maneras, sin importar cómo hubiese sido la cosa y de qué parte hubiese estado la razón o la sinrazón, no es motivo para invocar el exterminio de los pobres indios de la Tierra del Fuego. No todos son culpables. Está claro que el demonio, el eterno enemigo del hombre, debió meter sus garras. ¡Pero viva Dios que protege a los pobres indios de la Tierra de Fuego, los que, por más salvajes que sean, son siempre hijos de Dios y almas redimibles en la preciosa sangre de Jesucristo!

Una visita rápida, por parte de la autoridad gubernativa a la isla Dawson bastó para calmar la ira contra los indios. Los progresos realizados en pocos años, incluso entre los salvajes adultos, han demostrado muy bien que también estos son susceptibles de civilizarse.

La verdad, tarde o temprano, sale a la luz

La prensa sectaria y enemiga, no solo de la religión católica y de sus ministros, sino también furibunda contra los pobres salvajes, porque son protegidos de los misioneros, busca todos los pretextos para desacreditar y hacer mal a unos y otros. Pero la verdad, tarde o temprano, sale a la luz. Poco tiempo después de este atentado, llegaron a la misión de San Rafael en Dawson, muchos indios de los canales, entre los cuales, estaban aquellos que se encontraban presentes en el suceso del bergantín *Teresina B.* y contaron con lujo de detalles lo que había sucedido allí.

Así sucedieron los hechos: sobre la playa de bahía Hidden, se encontraban reunidos varios indios alacalufes, eran hombres, mujeres y niños, deseosos de ir a la misión de Dawson. Cuando llegó el bergantín *Teresina B.*, algunos estaban pescando, otros cazando pájaros y otros, cerca del fuego, cocinando moluscos sobre las brasas y comiendo. Las mujeres y los niños, al ver el bergantín, huyeron rápidamente a esconderse en el bosque vecino; solo quedaron los hombres. Algunos de los hombres de la tripulación descendieron a tierra, los saludaron y les ofrecieron vender algunos objetos (cuero de focas, arcos, flechas, etc.) a cambio de galletas, tabaco, licor, etc. Los indios, al verse bien tratados, al día siguiente se presentaron en la playa con sus mujeres e hijos y ayudaron a los marineros todo el día a recoger leña y a transportarla al bergantín.

Todo era alegría y tranquilidad y se trabajaba tranquilamente, de común acuerdo entre los indios y los marineros. Al tercer día, todos los indios estaban ayudando a los marineros a llevar leña a bordo. En un momento, varios indios que estaban a bordo, oyeron al capitán con sus compañeros tramando una conspiración contra ellos en la habitación de abajo de la cubierta. Creyendo que ninguno de los indios los escuchaba o lo comprendía, el capitán les decía a sus compañeros: «Matamos a estos hombres y nos llevamos a sus mujeres y niños».

El cacique *Andrés*, un indio de unos cuarenta años, hombre astuto y de índole feroz (que no había estado nunca en la misión salesiana), enseguida comprendió lo que hablaban, y pensó la forma de oponerse a la agresión de los marineros. Se lo dijo a sus compañeros, quienes aprobaron su plan. Se puso al acecho y, apenas el capitán salió



Indios onas – Tierra del Fuego.

a la cubierta, el cacique *Andrés* le dio un golpe en la cabeza con un hacha a corta distancia y lo mató al instante. Luego, corrió para matar a los otros dos marineros que estaban sobre la cubierta e hirió a uno de ellos. Pero en aquel momento, el que estaba sano, el tal Sgomvich, con un fusil hizo fuego a diestra y siniestra, matando e hiriendo a los indios que se encontraban en la cubierta.

Aterrorizados, los indios escaparon rápidamente, y Sgomvich, cuando no oyó más ruido a bordo, salió a la cubierta y disparó muchas veces sobre los indios que estaban sobre la playa, matando a muchos de ellos e hiriendo a muchos otros. Entre ellos, murió el pobre Santiago y su mujer, que para nada habían formado parte de esa pelea y estaban tranquilos en la playa. El *cacique Andrés*, único autor del asesinato, pudo escapar y se vino a refugiar en la misión y, después de algún tiempo, se hizo cristiano.

Como esta, se puede decir que todas —o casi todas— las peleas que hubo entre los blancos civilizados y los salvajes fueron porque los civilizados querían robar o violar a las mujeres indias y, también, porque querían apropiarse de sus niños. Las fieras también defienden a sus hijos. Mientras que los marineros del bergantín *Teresina B.* no se metieron con las mujeres y los niños, los indios se mostraron como buenos amigos. Pero cuando oyeron que los marineros querían matarlos para robarles a sus mujeres y niños, se transformaron en feroces y los defendieron, matando a los conspiradores. En tal caso, no es motivo para aborrecer a los salvajes y proclamar una campaña de exterminio, como hizo el diario *El Magallanes*. Cualquier europeo, encontrándose en la misma situación en la que se vieron los salvajes alacalufes, hubiesen hecho otro tanto, o quizá peor, para no ser asesinados y para que no les roben a sus seres queridos.



Capitán Andrés, indio yagán. Terrible.

La misión de la Candelaria en la Tierra del Fuego

El diario de Buenos Aires, *La Nación*, de principios de 1895, publicaba la siguiente información que dice haber sido tomada de algunos habitantes de Ushuaia, capital argentina de la Tierra del Fuego.

> Desde hace más de dos años, los salesianos y las hermanas de María Auxiliadora se encuentran establecidos en la costa del río Grande, en un punto que denominaron la Candelaria.
>
> Allí reunieron a más o menos 300 indígenas *onas*, de los cuales un centenar no se aleja nunca de la misión y los misioneros les suministran, junto con la instrucción religiosa y civil, alojamiento, comida y ropa. La llegada del

barco que trae a bordo nuevos compañeros recogidos en las costas y en los canales, además de víveres y mantas para protegerse del frío, que con frecuencia es de 9 y hasta 20 °C bajo cero, es siempre un momento de verdadera alegría para la Candelaria.

La misión no ha conseguido aún los resultados obtenidos en la isla Dawson, en la misión de San Rafael. Pero a pesar de los modestos inicios y la guerra, que ha hecho difícil su fundación, y gracias a los sacrificios de los misioneros y de las hermanas de María Auxiliadora, tenemos fe en que tendrá éxito, y este resultado se podría asegurar más si el Gobierno Nacional, no conformándose con ayudar a las autoridades locales a seguir el camino de estos desinteresados y valerosos soldados del progreso, les diese, además, su protección, a fin de que no sea tan lenta y ardua su obra tan benéfica para aquellos hijos recomendados al cuidado de nuestro Gobierno, en la Constitución.

De una importante publicación de esta ciudad, hemos reunido datos que deben tener en cuenta nuestros mandatarios, para reconocer el servicio de aquellos que, con verdaderos sacrificios, trabajan con nosotros para el progreso del país.

Los gastos de los misioneros salesianos en el territorio de Río Negro, Neuquén, Chubut y Tierra del Fuego se calculan en $100 000 (escudos) anuales. Esta gran suma, haciendo excepción de aquellos subsidios del Gobierno Federal y de algunas donaciones de los católicos argentinos, es fruto del trabajo y del sacrificio personal de los misioneros salesianos y de las ayudas hechas por las sociedades de beneficencia extranjeras para sostener las misiones para nuestros indígenas, desde 1885 hasta ahora. Sería bueno que el Gobierno y todos nosotros tengamos presente estos datos y servicios para estimarlos y valorarlos, cada uno desde su esfera.

Isla Dawson, misión de San Rafael

Punta Arenas, 1.° de junio de 1894

La goleta *María Auxiliadora* partió de Punta Arenas el 3 de mayo con el director de la misión salesiana de la isla Dawson, el reverendo don Bartolomeo Pistone, con el objetivo de recorrer el estrecho de Magallanes y los canales adyacentes, para recoger cuantos indios encontrarse en el camino, con ganas de ir a la misión de Dawson. El día 23 del mismo mes, volvía a Dawson después de 20 días de viaje por el Estrecho. Por causa del mal tiempo, no pudo hacer un viaje más largo. En el puerto Gallant y San Miguel, recibieron varios indios y pasaron a la isla Castellano, donde había varado una ballena, que los salvajes la habían comido casi toda. No quedaba más que una costilla y un pedazo de espina dorsal.

Aquí, había una gran cantidad de chozas hechas con ramas. Parecía un pequeño pueblo, pero los salvajes se habían ido. La goleta fue entonces a la isla Carlos III, donde había muchos indios, y a la península Ulloa. Pero un fuerte viento la obligó a retroceder al puerto de San Miguel, donde fue obligada a permanecer durante ocho días. Recordando que en la isla Dawson se necesitaban víveres, don Pistone no continuó el viaje y retornó a la misión con pocos indios y llegó, precisamente, cuando no había más que media bolsa de harina. La goleta irá en poco tiempo a buscar salvajes nuevamente.

La goleta María Auxiliadora partió para Dawson con la siguiente carga:

200 mantas de lana	550 pesos
50 quintales de papas	1000 pesos
200 quintales de harina	1680 pesos
25 quintales de porotos	500 pesos
20 quintales de arroz	240 pesos
10 quintales de azúcar	520 pesos
100 chapas de zinc	374,40 pesos
Víveres varios	1050 pesos
Madera trabajada	1060 pesos
Total	6974,40 pesos

Progreso de esta misión. Otros seis bautismos

Mientras tanto, la población de la isla Dawson, poco a poco va aumentando en este año. Solo hasta fines de mayo, ya sumaban 79 los salvajes nuevos en la Tierra del Fuego que eran recuperados bajo la sombra de la cruz. El domingo *in Albis* fue algo solemne para toda aquella población indígena. Los hombres cumplían con edificante comportamiento el precepto pascual y entre ellos había diez nuevos cristianos que, con gran fe y devoción, recibían por primera vez el pan eucarístico. Después de la santa misa, el director de la misión, don Pistone, administraba solemnemente el santo bautismo a seis nuevas personas. Fue indescriptible la alegría que tenían ese día los misioneros y todas aquellas personas. Para hacer más solemne la fiesta, se escuchó el sonido de las campanas, la alegría de la música, la reunión fraterna de los nuevos cristianos preparada por los misioneros, la carrera de caballos, entre otras diversiones. ¡En un pueblo civilizado no se hubiese deseado algo mejor!

La segunda visita de monseñor Fagnano a la misión de la Candelaria y las primeras hermanas de María Auxiliadora

La misión Nuestra Señora de la Candelaria, a la cual le hicimos una segunda visita en la pasada primavera (1905), promete tomar grandes proporciones y conseguirá ser, según la esperanzada concepción, muy ventajosa. Situada en el centro de la Tierra del Fuego, fácilmente accesible para todos los salvajes que viven en el norte, hasta el estrecho de Magallanes y en el sur, hasta el cabo San Diego, abarcando a casi a todos los habitantes de esa gran isla. Todos los indios, con el tiempo, dejarán seguramente sus niños a los misioneros salesianos para que los eduquen y para su beneficio y el de la sociedad.

El nuevo poblado para los indios

Hemos dado comienzo a los trabajos de fabricación del nuevo pueblo, que surgirá sobre una planicie a la izquierda del río Grande, a 2 km de distancia de su desembocadura y a 2,5 km del puerto *Turín*, lugar que, a nuestro juicio, resulta el más adecuado, tanto para reunir a los indígenas como para usar de puerto. Se trazó la plaza de 100 m por 100 m, y en el medio se colocó una cruz alta, con mástil para la bandera, y se trazaron, también, amplias calles de 20 m de ancho. Al oeste de la plaza, se alzó la iglesia, y a los costados, los colegios y la escuela para los niños y las niñas. En la otra parte, se extienden las casas de los indios. Todas simétricas, ocupando cada una superficie de 25 por 50 metros. Todas con el frente hacia la calle, de modo que forman un verdadero poblado, que produce la admiración de los salvajes.

Estos se ven cada vez más limitados para vivir, porque han sido expulsados de sus territorios por algunos particulares que alquilaron esas tierras a los Gobiernos de Chile y Argentina. Por consiguiente, no pueden obtener con facilidad sus alimentos y se ven obligados, por el hambre, a robar ovejas y caballos. Los que arriendan esas tierras, sin ningún problema, los amedrentan con sus armas y también los matan. Por lo que, urge proveer a la misión de animales, para que les sirvan de alimento y, también, para proveerles trabajo y asegurar su manutención y educación. Lo mejor sería llevar ovejas, que se crían bien en esa región, para darles trabajo a los indios en la cría y para que aprovechen su carne y su lana. A mí juicio, no hay otro modo mejor y más económico que este para civilizar a estos salvajes.

Pero ¿cómo se podrá hacer esto con la ayuda actual? Los pocos animales que se traen de tanto en tanto, desaparecen rápido por la gran afluencia de indios, que se deben alimentar para poder instruirse religiosamente. Terminadas estas ayudas, estos

pobres salvajes estarán obligados a alejarse en busca de alimentos y no podrán volver rápidamente. Por un lado, por la distancia, y por otro, por no tener la certeza de tener alimentos en nuestra misión. Como ve, amadísimo señor don Rua, con el desarrollo de esta misión, se requiere mayor cantidad de medios materiales, más personal y más víveres. Es por esto que he ido a Italia para animar su corazón.

Viaje y recibimiento

Para esta nueva visita a la misión de la Candelaria, había salido de Punta Arenas en la tarde del 3 de marzo de 1895, en el vapor *Torino*. Venían también cinco hermanas de María Auxiliadora para encargarse de la instrucción de las niñas y de las mujeres. A las 3 de la tarde del día siguiente, llegamos a la desembocadura del estrecho de Magallanes, donde anclamos para esperar el buen tiempo y así poder hacer la travesía hasta la desembocadura del río Grande. Entrada la noche, se desencadenó un fuerte viento que, si nos hubiese sorprendido en altamar, ¡Dios sabe cuánto hubiese hecho sufrir a las hermanas! Cuando se calmó el viento, volvimos a partir para poder llegar a la madrugada del 1.º de abril a la desembocadura del río Grande. Pero después de 3 horas de navegación, el tiempo comenzó a descomponerse y el mar empezó a agitarse y nos vimos obligados a alejarnos de la costa. A eso de las 10 de la noche, continuamos.

Durante toda la noche y al día siguiente, el mar continuó muy agitado, causando mucho malestar, no solo a las hermanas, sino también a los marineros. Cerca de medianoche, con el mar tranquilo, tratamos de acercarnos a tierra. Pero estábamos tan lejos que no conseguíamos ni siquiera verla. Finalmente, a las 8 de la mañana del 2 de abril, comenzamos a ver las cimas de las montañas, y a las 9, vimos el cabo Sunday, que se encuentra al norte de la desembocadura del río Grande. A las 10, llegamos frente al río y esperamos una hora para que suba la marea,



Iones Koscpay, joven ona de la misión Candelaria. (F.: De Agostini)

ya que solamente con marea alta se puede entrar en estas aguas. A las 12, estábamos anclando en el puerto *Torino*. Ya los hermanos Ferrando y Bergese nos habían visto y estaban preparándose para descender a la playa con los carros para bajar la carga.

A nuestro arribo, la marea bajó y el vapor quedó completamente sobre la arena. Nos esperaban don Beauvoir y los hermanos, que se alegraron mucho al vernos, porque nos esperaban hacía mucho tiempo. Estaban ansiosos de escuchar noticias de los superiores y de ver llegar a las hermanas, cuya cooperación no solo era útil, sino indispensable para la misión.

Al bajar del vapor, fuimos rodeados por los indios, que estaban maravillados de ver a las hermanas, por la forma en que estaban vestidas, por la manera amable con la que los trataban, y enseguida las bautizaron, en su lengua, con el nombre *Kàste-ciàci*, que quiere decir *pájaros pingüinos*, por su se-

mejanza en el vestir (blanco y negro). Con qué placer iban las niñas a saludar a las hermanas y con qué alegría veían las hermanas su nuevo campo de trabajo.

En busca de los indios y el encuentro con ellos

Al día siguiente, con el pequeño Pedro Gama, salí en busca de una tribu de indios, que creía estaban muy lejos de la misión. Pero los encontramos durante el viaje, porque venían a buscar a los misioneros para tener víveres y estar protegidos de los indios malos y de los malvados y crueles civilizados. Me decían que *los blancos* o *Koliòt* habían matado con fusiles a dos de sus compañeros y que ellos habían logrado escapar. ¡Cuánta pobreza y cuánta desnudez y miseria! Con un frío de 5 grados bajo cero, la mayoría de ellos no tenían nada encima. ¡Pobrecitos! Junto a las primeras casas, levantaron una especie de choza y después se acercaron a la casa de la misión para saludar a todos. No permití que saluden a las hermanas en ese estado.

Distribuimos primero mantas y ropas para que se cubriesen. Los lavamos, los vestimos y los enviamos a sus chozas en donde los dejamos. ¡Infelices salvajes! Alégrense de que vuestro estado haya conmovido el corazón de tantas almas generosas. Ha conmovido al amadísimo superior don Rua, quien ha preparado un buen número de misioneros para que vengan a esta tierra, para consagrarse enteramente a ustedes. Y ha conmovido tanto a los buenos colaboradores y colaboradoras que me han dado para ustedes donaciones de caridad.



Angelito, joven ona de la misión Candelaria con el brazo quemado, Tierra del Fuego.
(F.: De Agostini)

Monseñor Fagnano va en busca de los salvajes del archipiélago de la Tierra del Fuego. Terrible temporal

Reverendísimo y queridísimo don Rua:

Sea alabado nuestro Señor Jesucristo. He hecho una breve excursión por el archipiélago de la Tierra del Fuego, al sur del estrecho de Magallanes, sobre un pequeño vapor de 30 toneladas, en busca de los pobres salvajes que andan siempre vagando, en espera de alguna ballena que pueda varar. Me acompañaban algunos indios y dos hermanos, Scikora y Asvini. La primera noche la pasamos sobre la costa sur de la isla Dawson, donde acampamos sobre la orilla de un arroyo porque a bordo no había comodidad para que durmieran tantas personas. El 7 de febrero a las 4:30 de la mañana nos pusimos nuevamente en movimiento, por el canal Gabriel, que divide la isla Dawson de la Tierra del Fuego en la parte

suroeste y entramos en el canal de la Magdalena, donde esperábamos encontrar algunos indios que hacía tres años que no venían a la misión. Cerca de las 2, una pequeña canoa desembocaba en este canal.

Nos dirigimos hacia ella y el indio que la conducía, al principio, se había asustado, pero cuando nos acercamos, y luego de reconocernos, se alegró y fue un grito de alegría de todos nosotros cuando reconocimos al indio Agustín, con su mujer Catalina y su suegra, una anciana sorda. Saltó a bordo y les dijo a las mujeres que siguieran hacia su choza. Le pregunté por sus compañeros y me dio la noticia de la muerte trágica de Santiago y su mujer y la de otros indios y manifestó su deseo de volver a la misión. Cuando llegamos a la choza, encontramos al viejo capitán *Andrés*, con su mujer y otro anciano enfermo, que nunca habíamos visto en nuestras misiones. Estaban resueltos a dejar esa vida nómada y refugiarse en nuestra misión. Dejaron sus canoas a merced del mar. Llevaron solamente dos pieles de foca para protegerse de la lluvia en la noche y un perro para cada uno. Pasamos al canal *Cockburn* y, a las 6, vimos un humo en la costa. Nos acercamos y encontramos al indio Guillermo con su mujer, su padre y otra mujer. Se hizo algo para cenar, recitamos las oraciones todos juntos y después de pasada una hora alrededor de fuego, nos preparamos para dormir.

A la mañana siguiente, en las primeras horas del alba, estábamos todos a bordo. Mientras el vapor se dirigía al canal Santa Bárbara, celebramos la santa misa e hicieron la comunión nuestros hermanos. Llegamos en el día a un pequeño puerto, donde habitan dos cristianos civilizados, como dicen los indios. Están establecidos en ese punto, para comprarle a los indios las pieles de foca y de nutria, dándoles a cambio tabaco, ropa y especialmente alcohol. El gobierno prohíbe este comercio de bebidas espirituosas, que representa la muerte de la mayor parte de los pobres indios. Pero igual se hace, porque no hay nadie que lo impida. Encontramos a algunos de estos salvajes y, cuando sus compañeros los invitaron a venir con nosotros y estaban por aceptar, uno de esos dos cristianos austríacos, intentó oponerse. Tuve que usar mi autoridad, alegando que los indios no eran esclavos de nadie y mucho menos de ellos, y que si se oponían, los iba a denunciar con el Gobierno. Mientras embarcaban, el austríaco le dijo en voz baja a uno de nuestros indios que se quedase, que ellos tenían alcohol, mientras que en la misión no iban a encontrar. El indio Emanuel, en el mejor español, le contestó al austríaco: «Nosotros misión vestir bien, calzar bien, comer bien, linda casa, más no emborrachar, porque malo». ¡Qué lección le dio un indio a un civilizado!

Fui el último en embarcarme, aconsejándoles a esos dos infelices civilizados que cesaran con su comercio inmoral y que cesaran de vivir de ese tipo de trabajo, provocando escándalo entre los indios. ¡Dios quiera que me hayan escuchado! Transitando con mucho cuidado entre las piedras por el canal Santa Bárbara, encontramos una pobre niña de quince o dieciséis años, abandonada por su hermano y su padre, porque no tenía la mano izquierda y no podía remar. Es decir, no la llevaron con ellos porque representaba una carga. Nosotros, con mucho gusto, la recogimos y ella aceptó con mucho placer; se reunió con las otras mujeres y seguimos el viaje, dirigiéndonos al estrecho de Magallanes, a la altura del *puerto Gallant*, al que yo quería ir porque más de una vez los indios se refugiaban allí. En ese momento, nos sorprendió un terrible temporal que nos hizo pasar tres horas de angustia. Como el pequeño vapor no tenía comodidad, los 30 indios que llevábamos y nosotros estábamos en el puente. Con la primera ola que golpeó el vapor, los indios se asustaron y se amontonaron todos en una sola parte, poniéndonos en peligro a todos. Pero los marineros, entrenados, agarraron a las mujeres y a los niños y los hicieron descender —más bien los empujaron



Anselmo Ke-toon, joven ona de la misión Candelaria. (F.: De Agostini)

hacia el depósito— y en pocos minutos, salimos del peligro. Nos podríamos haber dado vuelta.

Después de tres horas, se entró en puerto. Bajamos todos, hicimos un gran fuego para secarnos la ropa y preparamos una buena cena. Se cantaron algunas loas, se rezó y todo fue alegría. El día siguiente fue empleado para navegar. Parte en el estrecho de Magallanes, en el canal Gabriel, y parte en el canal del Almirantazgo. Llegamos a San Rafael a la 10 de la noche. Ante la señal de la llegada del vapor, se levantaron todos los indios de la misión y corrieron al puerto donde desembarcamos. ¡Qué fiesta y qué alegría! Los recién llegados se mezclaban con los de la misión, se abrazaban y se invitaban a sus casas. Solo después de una hora, todo se tranquilizó en el pequeño poblado que forma nuestra misión. Don Crema, don Carnino y el resto les dieron provisiones a los nuevos indios y al otro día hubo fiesta.

Cuando me retiré a mi cabina, lloré de consolación al ver la misión producir tantos frutos y progresar cada día más. Hace diez años, me hubiese asustado de recibir 30 indios, todos de una sola vez, para vestirlos, calzarlos, alimentarlos, albergarlos y ocuparlos en tareas. En la actualidad, se hizo todo sin esfuerzo, en un momento, y con toda facilidad se les distribuyó todo lo necesario. Alabado sea el Señor que llama a estos salvajes a salvar sus almas por medio de nuestra congregación, que manda hermanos y hermanas para cuidar por su salud y por la salud de sus almas.

A las 11, estaba de nuevo a bordo del vapor para volver a Punta Arenas, a donde llegué el día 11 a las 7 de la tarde, debido al mal tiempo.

Monseñor José Fagnano
Prefecto apostólico

Otra excursión de monseñor Fagnano al archipiélago fueguino con el vapor Ventura en busca de salvajes

Debí ausentarme 4 meses de Punta Arenas y de las misiones para visitar a su eminencia, monseñor Sabatucci, internuncio en Buenos Aires, y también para tratar temas de las misiones de Santa Cruz, Gallegos, Candelaria y Ushuaia, en el territorio argentino. Por consiguiente, no pude escribir durante este tiempo.

Apenas llegué de Buenos Aires, despaché todas las cartas amontonadas en mi escritorio, y el día 4 de este mes, habiendo alquilado el vapor *Ventura*, partí para San Rafael a las 10 de la noche. A la mañana, el vapor ancló en la punta ubicada al noreste de la isla Dawson, donde tenemos la casa del Buen Pastor. Estuvimos dos horas para darme tiempo a celebrar la santa misa, saludar a los hermanos y ver si tenían necesidad de alguna cosa. A las 7:30, me embarqué de nuevo y en dos horas recorrimos las 12 mi-

llas, que es la distancia entre la casa del Buen Pastor y la misión de San Rafael. Me esperaban en el muelle don Crema, don Zenone y otros hermanos, con niños del colegio. Al mediodía, me alegré de ver a todos los indios volver del trabajo y retirarse a sus casas, donde eran esperados por sus mujeres y sus niños para el almuerzo. Sentí pena al enterarme sobre la muerte de algunos a causa de la neumonía que los ataca inexorablemente, tanto en la misión como en los bosques y en la costa del mar. Tenía pendiente ir por los canales del archipiélago, ya que en febrero pasado, por falta de carbón, el vapor no pudo recorrer algunos canales. Por consiguiente, había dejado muchos puntos sin tocar.

Me embarqué con el hermano Asvini y cuatro indios que eran prácticos en los canales, sabían la lengua alacalufe y conocían a los indios. Partimos recorriendo el estrecho de Magallanes y descansamos en una pequeña bahía. Se evitó una roca, en la cual se había encallado hace unos años el vapor *Cantón*, cargado de rieles que transportaba a Valparaíso y que se perdieron. A la mañana temprano, zarpamos dejando a la derecha *el puerto Gallant* y nos dirigimos al canal Santa Bárbara, donde esperábamos encontrar algunos indios. A las 10, llegamos a una isla ocupada por la gente del señor comandante Daniel Cruz Ramírez. Aquí anclamos en el *puerto Aurora*.

El Señor nos había guiado, porque enseguida salieron de sus chozas algunos indios y los que estaban con nosotros les gritaron haciéndoles entender que teníamos víveres y ropa para distribuirles. Hice descender a los indios con Asvini. Estos encontraron 13 indios, de los cuales solo tres o cuatro estaban cubiertos. Cuando los invitaron a venir a la misión de San Rafael, aceptaron con placer. El señor Villegas, agente del señor Ramírez, no solo no puso obstáculos, sino que los animó a venir, diciendo que allí estarían mucho mejor y más tranquilos con sus familias. Entre estos indios, había uno



Sanches Rafael, jovencito ona de la misión Candelaria, Tierra del Fuego. (F.: De Agostini)

que nos hizo entender que había perdido a su mujer y me di cuenta enseguida de que era así, porque tenía una criatura de 13 meses que lloraba continuamente. El hermano Asvini tenía entre sus provisiones una botella de leche y esta fue providencial para aquella niña.

Partimos hacia el *puerto Tilly*, situado en el estrecho de Magallanes, en el islote Carlos III, que está ocupado por un señor. Llegamos a la tarde y allí se anclo. Desembarcaron Asvini con dos indios, el piloto y un marinero; se dirigieron a los tres habitantes de la casa, le dijeron el motivo de su llegada y le preguntaron si allí había salvajes. El encargado respondió, en inglés, que no había. Aquí no tenemos indios. Volvieron con esta noticia, pero yo dudaba y, con los binoculares, investigaba y observaba hasta la colina que estaba cerca del puerto. Todos estábamos persuadidos de que allí había indios. Desembarqué con una lluvia

torrencial y presentándome al encargado, le dije que si tenía cartas para llevar a Punta Arenas, se las llevaría con mucho placer e insistí que dejara venir a los indios, porque deseaba hablar con ellos.

Había traído conmigo al indio que había perdido a la mujer y les dije «Este indio me dice que ha perdido a su mujer y que quizá se encuentre aquí. Si así fuese, le pido, por favor, que la deje venir con su marido». Esta gente me volvió a decir que allí no había indios ni indias, y que podía registrar toda la casa. Le respondí que yo no era policía para registrar la casa, pero que la ropa que estaba colgada cerca de la puerta indicaba que había indios, y que yo me iba, lamentando saber que no daban un buen ejemplo a los salvajes. Mientras sucedía esto en la casa, yo había ordenado que dos indios, Samuel y Emanuel, revisaran el bosque circundante en busca de salvajes y que uno se quedara en un punto sobre la playa para indicar el lugar donde reunirse. Allí iría la barcaza a buscarlos. Si encontraban indios, debían decirles que los esperábamos a bordo para hablar con ellos y para llevarlos a la misión si ellos quisieran venir. Estaba casi seguro que había salvajes, porque en la playa había visto una canoa con remos. Finalmente, nos fuimos a bordo en espera de cualquier señal.

El indio Samuel, con ojos de lince y con práctica, había encontrado dos indios y dos indias, de los cuales uno era conocido ya de la misión. Ya reunidos con Emanuel, bajaron desde el monte a la playa, en el lugar donde estaba esperando un tercer indio. A la señal convenida, se bajó la barcaza desde el vapor y, silenciosamente, se navegó hasta acercarse a la playa. Los indios saltaron sobre la barcaza, pero no tan despacio como para no despertar a los dos perros guardianes que comenzaron a ladrar. Las dos mujeres, al sentir eso y ver que se abría la puerta de la casa, la cual estaba a una distancia de 100 metros, se tiraron al agua para llegar a la barcaza, que no podía acercarse tanto a la playa. Las mujeres fueron rescatadas por nuestros indios. Estaban fuera de sí por haberle hecho esto al cristiano malo, como dijeron luego. Llegaron a bordo todos, alegres y contentos, sin decir palabra, porque temían que les dispararan. Ya dentro de la bodega, se los vistió porque estaban empapados. Después de cenar un poco y de las habituales oraciones, fuimos todos a descansar.

A las 4:30 de la mañana, el vapor zarpaba y se dirigía al norte por el canal Gabriel. A las 7, los indios indicaron un lugar donde había una choza con un buen grupo de seres humanos. Eran 15, entre hombres, mujeres y, especialmente, niños; estaban desnudos y tan delgados que daban pena. Nos acercamos, el vapor ancló y enseguida se tiró la barcaza al agua. Al acercarse la barcaza, algunos niños trataron de esconderse, pero el indio Samuel, con aire de capitán, gritó: *«Ciáloklo»* («deténganse», en su legua). Les dijo que no tuvieran miedo, que éramos todos buenos, y que teníamos carne (*Yépper-n*) para comer, etc. Como por arte de magia, se detuvieron y volvieron a entrar a la choza. Solo los hombres esperaban afuera a los recién llegados.

En un momento, decidieron acercarse y comenzaron a correr hacia la barcaza, llevando sus pieles y sus perros. No les digo qué placer tenía yo al ver correr hacia nuestras misiones a estos pobres salvajes, que parecen destinados a sucumbir, víctimas de la corrupción y de la poca caridad de los civilizados. El pobre indio encontró aquí a su mujer. Una de las mujeres volvió a ver a su hijo y el indio Samuel tuvo la suerte de encontrar a su madre que lo abrazó llorando. Volvimos a partir después de dos horas de estar parados allí, y al día siguiente, con buen tiempo, llegamos a la misión a las 7:30. Al silbato del vapor, concurrió al muelle toda la población de San Rafael y era hermoso ver a todos los indios en el muelle. Ver a las familias y verlos reencontrarse con un amigo, con un pariente o un conocido fue muy lindo. San Rafael, de quien se hacía la novena, me había acompa-

ñado y nos había hecho encontrar las almas que buscábamos.

Monseñor José Fagnano
Prefecto apostólico

Lucha entre los civilizados y los salvajes. Mercado indigno. Europeos inhumanos a la caza de los pobres salvajes de la Tierra del Fuego. La sociedad explotadora de la Tierra del Fuego. Calumnias atroces contra los misioneros. Persecución contra los pobres fueguinos (1892 a 1895)

Es doloroso decirlo, pero a pesar de esto, es verdad. En la Tierra del Fuego había hombres que se decían civilizados y pretendían pasar por cristianos. Sin embargo, sin asco alguno y sin escrúpulos de conciencia, masacraban a indefensos e inocentes salvajes. Algunos, casi por diversión y otros, iban a la caza y se proclamaban, sin vergüenza alguna *cazadores de salvajes*. Uno de ellos fue el famoso *Julio Popper*, un judío buscador de oro, quien, con un cinismo sin igual, se hizo fotografiar junto a algunos de sus compañeros, cazando a los pobres salvajes. Un cierto *Maurizio*,[70] con engaños y violencia, pudo raptar a 11 salvajes, entre hombres, mujeres y niños, y los llevó a la Exposición Universal de París de 1889. Los expuso al público en jaulas de hierro, como si fuesen antropófagos, dándoles como alimento solamente carne cruda. Al haber sido descubierto por las autoridades gubernamentales, los abandonó a su suerte y huyó. Seis de ellos murieron miserablemente y los otros cinco fueron recibidos por los misioneros salesianos en la misión de San Rafael, en Dawson. Era un mercado indigno el que hacía esta persona con estas pobres víctimas. Mientras los misioneros salesianos hacían lo mejor para civilizar y cristianizar a estos pobres fueguinos en el Territorio Argentino de la Tierra del Fuego, se constituía en el Territorio Chileno una sociedad anónima llamada *Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego*[71] con el objetivo de transformar una vasta región en criadero de ovejas y de otros animales. Para tal fin, esta sociedad pidió al gobierno chileno 1 200 000 hectáreas de terreno, que se les otorgó gratuitamente por un período de veinte años.

Los accionistas eran en su mayor parte ingleses y el gerente era un ruso.[72] Los ac-

70. El autor se refiere a Maurice Maitre. Así describe el hecho la antropóloga Anne Chapman. «... A fines de 1888, nuevamente se capturó a once nativos —esta vez eran selk'nam, los antiguos "hombres-oens"— y los llevaron primero a París, donde fueron exhibidos como caníbales salvajes, y después a Londres. Esta vez fue Maurice Maitre, un ballenero belga, quien los secuestró en el estrecho de Magallanes, en la costa chilena de la isla grande. Como al parecer usaron pesadas cadenas para capturarlos, "como tigres de Bengala", no es sorprendente que, durante el viaje, uno de los hombres fuera asesinado mientras trataba de defenderse, y que otro muriera. Así, solo nueve seguían con vida cuando Maitre los llevó a París...». *Yaganes del cabo de hornos. Encuentros con los europeos antes y después de Darwin*. Santiago de Chile, Pehuén, 2012, pág. 668. (N. del T.)

71. Así explica el escritor José Luis Alonso Marchante su creación: «... Era hora de poner finalmente en marcha los ambiciosos proyectos empresariales de los hermanos Braun. El primero y más urgente será la creación de una gran compañía para el aprovechamiento ganadero de las concesiones en Tierra del Fuego. Para ello, Mauricio Braun tomará como base la "concesión Nogueira", legalizada por el decreto supremo n.º 2616, del 9 de junio de 1890, que otorgaba nada menos que 1 009 000 hectáreas a José Nogueira. Este inconmensurable territorio, junto con las concesiones realizadas el año anterior de 350 000 hectáreas, abarcaba prácticamente toda la parte chilena de Tierra del Fuego. Además, estas entregas de grandes extensiones de tierra en la isla se hicieron a título gratuito, es decir, sin obligación de pagar arriendo alguno». «... Ahora bien, para acceder a la explotación de esta concesión se exigía la creación de una empresa con un capital mínimo de un millón de pesos, sin establecer mayores obligaciones en cuanto a poblamiento. Valparaíso, la ciudad con el puerto más grande del hemisferio sur, será el escenario de la fundación, el 31 de agosto de 1893, de la todopoderosa Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego». *Menéndez, Rey de la Patagonia*. Buenos Aires, Losada, 2014, pág. 162. (N. del T.)

72. El autor se refiere a Mauricio Braun, nacido en Kiev, Ucrania, Rusia. Hijo de Elías Heinrich Braun, llegado a Punta Arenas en 1874, y de Sofía Hamburger. Designado director-gerente de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego en su fundación. (N. del T.)



Julio Popper, judío, a la caza de los salvajes en la Tierra del Fuego.



Salvajes expuestos en París en la Exposición de 1889 como antropófagos, por un cierto Mauricio.

cionistas se quedaron en sus respectivas ciudades, donde vivían en forma permanente, y mandaron para que cuidaran a sus animales a muchos pastores ingleses, escoceses, noruegos, etc., todos ellos protestantes. Estos pastores, brutos y poco humanos, viendo a los salvajes vestidos en forma miserable, con pieles de animales y sucios y habiendo venido ya desde sus orígenes con el preconcepto de que estos salvajes eran antropófagos y muy malos, les tenían miedo y pensaron que la mejor forma de deshacerse de ellos sería matándolos. Armados con fusiles, recorrían los campos y mataban bárbaramente a cuanto salvaje encontraban. Para disculparse, les hacían creer a sus patrones que los salvajes mataban ovejas y robaban a más no poder, y que los atacaban en sus propias casas y ellos debían defenderse. Pero en realidad, los salvajes nunca robaban animales, ni molestaban a los pastores. Hasta que vieron con sus propios ojos, que estos mataban a muchos de sus parientes y compañeros: *¡Pum! ¡Pum!*, y por eso, trataron de defenderse como podían y de vengarse, matando algunas ovejas y cortando los alambres de sus alambrados, para que las ovejas quedasen en libertad. Esto lo hacían, no solo por necesidad, sino para vengarse y en represalia, creyéndose superiores a los pastores. En breve tiempo, la lucha se hizo muy feroz, llevando siempre la peor parte los pobres salvajes.

Los señores accionistas, no solo no les prohibieron esta horrenda carnicería, muy inhumana e injusta, sino que los estimulaban a continuar con esta bárbara e inicua empresa. Llegaron a poner el precio de una *libra esterlina* por cada salvaje que mataran. Más o menos como se pagaba en la Patagonia a aquel que mataba un *león-puma*, y lo que más sorprende es que haya quienes se han enriquecido matando a estos pobres hombres, mujeres, y hasta tiernos niños. Los pastores exageraban muchísimo los daños que hacían los salvajes, por lo que, después de una deliberación de parte de los accionistas, se decidió exterminar a todos los salvajes de la Tierra del Fuego, porque perjudicaban sus intereses materiales. Si en vez de esto, los hubiesen tratado bien, les hubiesen dado de vez en cuando algún animal para comer o incluso comida de otro tipo, los salvajes no hubiesen hecho nunca ningún daño, como no le hacían a los misioneros, que los trataban bien. En cierto modo, esta *Sociedad Explotadora* era obligada por la justicia a ayudar a estos pobres salvajes, que eran los primeros y los únicos dueños, hasta ese momento, de todo ese territorio que ahora les querían quitar para siempre, sin ninguna compensación.

Con la ocupación de aquel vastísimo territorio, donde abundaba la caza, los salvajes se vieron confinados a lugares donde era difícil vivir. No se encontraban más *caurros* u otros animales para su alimentación, y estaban obligados a morirse de hambre si no robaban algún *guanaco blanco* (oveja) que los *Koliòt* (europeos) habían importado a sus tierras. Pero esta mezquina sociedad no lo pensaba de este modo y matándolos encontró el modo más cómodo para sacarse de encima a estos miserables. Como no les bastaban los fusiles, estos crueles envenenaban a propósito grandes pedazos de carne que esparcían por todo el campo, para que los salvajes que comían la carne que encontraban murieran envenenados. De hecho, muchos encontraron la muerte por este motivo con las más crueles agonías.

Los misioneros se ofrecieron a recibirlos en la misión en Dawson, gratuitamente o al menos con el pago de un pequeño subsidio por cada individuo que la sociedad les mandase, por ejemplo, la libra esterlina que se pagaba para matarlos. Pero la sociedad no aceptó la oferta de los misioneros, disculpándose y diciendo que era inútil tratar de civilizar a esta gente, que eran peores que las bestias. Pero, en realidad, lo hacían para no dar esta pequeña contribución a los misioneros. Incluso no faltó alguno que calumniara atrozmente a los misioneros de la misión Candelaria, publicando en un diario

de Punta Arenas *«que los misioneros mandaban a los indios que estaban con ellos a robar las ovejas de la Explotadora para poder enriquecerse»*. Más bien, algunos —quizá los mismos que escribían esto— mandaban a robar algunas ovejas que la misión tenía para alimentar a los pobres indios, y les cortaban las orejas para hacer desaparecer la marca que las distinguía.

En otra oportunidad, el mismo diario publicaba que los misioneros se ofrecían a recibir a los salvajes en la misión de Dawson al precio de una libra esterlina por cada individuo, para hacer comercio con esto, generando una *corriente interminable*, recibiendo por una parte a los salvajes, para después mandarlos a otra parte de la Tierra del Fuego y así, ir juntando libras esterlinas. ¡Se necesita toda la maldad de un perverso *sectario* para imaginar una cosa semejante! ¡La acción más santa y humanitaria fue interpretada por algunos del modo más vil y degradante! ¡Es el demonio que le mete en la cabeza esos pensamientos para desvalorizar el mérito!

Mientras tanto, la persecución continuaba y los pobres fueguinos que podían corrían a refugiarse en la misión de la Candelaria para salvar su vida. A muchos de estos infelices yo mismo los vi llegar a la misión mutilados horriblemente. Uno había perdido un brazo, otro, una pierna, un tercero, una mano. Una jovencita de unos quince años tenía una rodilla totalmente destrozada por una bala. Un joven de unos veinte años había sido perforado por una bala a la altura del estómago, aunque con el tiempo pudo mejorar. Otro joven estaba herido en un pie. A una mujer la habían golpeado en un ojo y a un hombre una bala le había arrancado todo el labio inferior y se le veían todos los dientes. ¡Cuántos heridos se tenían que curar y hospedar en la misión Candelaria! ¿Si eran tantos los heridos que llegaban, cuántos habrán sido los muertos? Nunca nadie los contó y nunca se sabrá cuál fue el número. Los pobres indios estaban aterrorizados de esta bárbara carnicería. Muchos murieron de pena al ver a sus parientes asesinados por los crueles *Koliót*, pero ninguno fue capaz de levantar una enérgica y eficaz protesta en defensa de ellos.

Un testimonio ocular, digno de fe, de un buen señor chileno, jefe de los pastores de una *estancia* de la Tierra del Fuego, un día me contó aún muy horrorizado esta espeluznante tragedia: «Una vez me encontraba cerca de una choza india donde se habían juntado unos 15 pobres salvajes, entre hombres, mujeres y niños. Todos estaban sentados pacíficamente alrededor del fuego, hablando alegremente, en las cercanías de la *Estancia Sara*, cuando de improviso, un pastor inglés de nombre Islop, con un cuchillo en mano y sin decir palabra, se abalanzó sobre ellos como un tigre sediento de sangre humana e hizo una carnicería general. Hombres, mujeres y niños, fueron *degollados* en un instante. Hubiese querido desarmar a aquel monstruo, pero me di cuenta de que no hubiese podido y que también yo hubiese sido asesinado. Solo pude agarrar a un niño de unos ocho años y salvarlo, dándome a la fuga. Este niño ha crecido, es muy bueno y me está muy agradecido por haberlo salvado de la muerte. Este tal *Islop* era un cruel asesino que mató a muchos salvajes. Una vez le pregunté:

—¿Por qué matas a tantos pobres inocentes? ¿Qué mal hacen las mujeres y los niños especialmente?

—Niños, ahora pequeños, pero más tarde grandes y después malos como los grandes. Son como los leones; cuando son pequeños, son buenos y cuando grandes, son feroces —me respondió. Mejor matarlos a todos para que se pierda la raza.

Era inútil hablar con este monstruo. Pero también lo hacía, porque recibía un pago». Hasta aquí, el relato del buen chileno jefe de los pastores.

Pero *Islop* pagó muy caro y no pudo disfrutar en paz y por mucho tiempo el fruto de tantos homicidios. Un día, medio borracho, se había dormido sobre la pen-



Grupo de 24 salvajes onas de la Tierra del Fuego en un bosque. (F.: De Agostini)



Jovencitos onas de la misión Candelaria, Tierra del Fuego. (F.: De Agostini)



Misionero celebrando misa en un toldo, Tierra del Fuego. (F.: De Agostini)



Salvaje ona y familia cazando. (F.: De Agostini)



Salvajes onas de la Tierra del Fuego. (F.: De Agostini)

diente de un alto acantilado en las cercanías de la bahía de San Sebastián. Mientras dormía, se cayó de espalda, se rompió el cuello y murió instantáneamente. Aún hoy se señala el lugar de su muerte y se siente una especie de terror al acercarse, porque se atribuye este hecho a un castigo de Dios bien merecido, como una condena recibida de ese modo; y la memoria de Islop aún se mantiene en la execración entre todos los habitantes de la Tierra del Fuego en la Patagonia.

El periódico de Punta Arenas *La Razón*, de fecha 14 de marzo de 1895, dice lo siguiente:

> El gobierno chileno, al rentar tierras fiscales en gran cantidad (a la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego le concedió nada menos que 1 200 000 hectáreas), se reservó la facultad de fundar pueblos y misiones donde lo creyese conveniente. Esta medida, que debería ser la salvación de los indios, si el gobernador de Punta Arenas hubiese cumplido con su deber, ha sido en cambio la causa de su casi total destrucción.

Los salvajes son los únicos que, inconscientes de sus derechos, protestan contra la ocupación de sus tierras. Mientras estos existan, el Gobierno podría, cuando quisiera, mandar allí a los salesianos, por ejemplo, a fundar misiones para ocupar el terreno que ellos quisieran.

Esto, por cierto, disgustaría a los que rentan estas tierras. Por lo cual, es necesario suprimir a los indios con armas de fuego, pagando a empleados un precio por cabeza, y también ¡envenenando la carne de las ovejas, para que estos la coman!

¿Hubiesen continuado estas masacres si el gobernador, cumpliendo con su deber, hubiese reprimido este estúpido vandalismo, escuchando así el más imperioso impulso de la razón, de la justicia y de la humanidad?

Hubiese bastado para esto un solo gesto, una sola desaprobación por parte del gobernador para impedir tal abominación, y así hubiese terminado para siempre esta gran vergüenza para la República y para la humanidad.

¿El gobernador les hubiese podido asegurar a sus amigos la posesión tranquila de las concesiones obtenidas sin estos delitos? ¿Por qué se continúa aún ahora con estas matanzas? Porque de esta manera se da lugar a la impunidad y porque existe el hábito de complacer a los amigos que, de algún modo, son útiles.

Hubo una brillante ocasión para informarle al Gobierno sobre estas infamias y para terminarlas. Con el pretexto de vigilar las oficinas del Estado, vino a esta región un ministro del Tribunal de Apelaciones, quien, después de haber amenazado a los empleados no complacientes con el gobernador, fue con ellos a recorrer toda la Tierra del Fuego, para informarse minuciosamente del negocio del cual él era accionista (en la Sociedad Explotadora) y tomó conocimiento del asesinato de los salvajes. Volvió al norte y le aseguró al gobernador que no se hiciera problema por el caso, en el cual había sido acusado y, además, le prometió silenciar ante el Tribunal de Apelaciones los dos procesos criminales que se habían iniciado anteriormente, de los cuales no se hizo más mención desde ese momento.

¿Qué le dijo este ministro del Tribunal a la Nación, al Gobierno y a su propia conciencia a su regreso a la Capital? ¿Será posible que un ministro de Justicia haga silencio sobre delitos inauditos que se cometen en su jurisdicción? Si esto hace un ministro de la Corte, guiado por miseros intereses y por parentesco, ¿no estará, por consiguiente, asegurada la impunidad del bárbaro guardián de estas inmensidades? No solamente la impunidad, no, mil veces no, sino también el más tenebroso silencio que podía alentar a los miserables defensores de la inaudita inmundicia.

Por esto se evitó la comunicación con la Tierra del Fuego. Por esto se aísla, se asedia y se colma de atenciones a quien viene animado con el deseo de ver la realidad. Por esto el gobernador, al no responder a nuestra terrible acusación en su diario *El Magallanes*, cree



Baño de las ovejas, Candelaria, Tierra del Fuego

silenciar todo. ¿Hubiese sido posible imaginar que si el presidente de la República de Chile, y de todos los chilenos, hubiese sabido una palabra de todo este paquete de deshonra y maldad, hubiese callado y consentido un proceder tan innoble? ¿Podríamos imaginar que, si los ministros, el Congreso, la Comisión de los Conservadores, los hombres de buen corazón y, por último, la prensa del país hubiesen visto esto, no se hubiesen sublevado, con el corazón lleno de ira e indignación contra aquellos que deshonran y traicionan así al país, a su Gobierno y a la humanidad entera?

Este periódico pudo salir solo 33 veces, porque el gobernador amenazó con un castigo muy grave al primero y más fuerte redactor, que era el doctor Midleton, y corrompió a sus adeptos para que no siguieran editando este periódico. También trataba de evitar que este periódico llegase al norte y al centro de la República de Chile.

Otros hechos de persecución en contra de los salvajes de la Tierra del Fuego

Una goleta que había salido de Punta Arenas había llevado a *Gente Grande* (puerto de la Tierra del Fuego de la parte chilena) una carga de víveres para la *estancia* ubicada en ese paraje. Como la *estancia* estaba un poco alejada de la playa y escondida atrás de una altiplanicie, ninguno vio cuando la goleta llegó al puerto, descargó las cosas en la playa y se fue. Sucedió que poco después, pasó un grupo de salvajes compuesto por hombres, mujeres y niños y, al ver tantas bolsas llenas de cosas que nunca habían visto, creyeron que el mar las había traído a la playa y se las llevaron. De todas las cosas útiles que había allí, solo tomaron las *bolsas vacías* para cubrirse. Por lo que vaciaron todas las bolsas que tenían harina, arroz, porotos, café, azúcar y muchas otras cosas. Dejaron el contenido de estas tirado en la playa, se vistieron contentos con las bolsas vacías y siguieron su camino, internándose en la isla. No se llevaron ninguno de los víveres, ignorando que fuesen buenos para comer, y solo se llevaron las bolsas vacías.

Unas horas después de que los salvajes se fueron, llegaron en carros los encargados de la *Estancia Gente Grande*, para llevarse los víveres. ¡Qué grande fue su sorpresa al encontrar todos los víveres tirados en la playa! Se preguntaban entre ellos si era posible que eso lo haya hecho la gente de la goleta. ¿Quién habrá sido el malvado que hizo esto? «Seguramente, habrán sido los salvajes», dijo uno de ellos. En ese momento, llegó un pastor que venía a caballo del interior de la isla y comentó que había visto unos salvajes vestidos de blanco, con bolsas vacías y que algunos estaban manchados con harina. Esto explicaba el misterio. De inmediato ordenaron una expedición para castigarlos severamente y quitárselas. Varios hombres, armados con fusiles, los atraparon enseguida e hicieron una horrenda matanza. De esta manera, estos pobres salvajes pagaron demasiado caro su inocentísimo robo.

A la entrada de un bosque cerca de un lugar llamado Santa María, se encontraba una choza de indios onas, construida con cueros de guanaco puestos sobre una empalizada en semicírculo. Al lado del fuego, había cuatro hombres y algunas mujeres asando unos pedazos de carne para su almuerzo. Llegaron dos europeos armados con fusiles y pronto concibieron un plan cruel. Hablaron en voz baja y uno se fue a esconder en el bosque, mientras que el otro permaneció en el lugar. Querían eliminar a los hombres para robarse a las mujeres. El europeo que se quedó le ordenó a un indio que vaya a buscar leña para el fuego. El indio obedeció y fue para el bosque. A los pocos minutos, se sintió un disparo de fusil. El europeo que se encontraba en el bosque había matado al indio. El europeo manda a un segundo indio a buscar leña y también, a

los pocos minutos, se escuchó un disparo de fusil. El europeo repitió la orden a un tercer indio y a un cuarto, con la excusa de que los anteriores no volvían.

El último indio sospechó lo ocurrido con sus compañeros y buscó el modo de que no lo mataran. Mientras se internaba en el bosque para escaparse, sintió un disparo de fusil y una bala que le pasó muy cerca. Se tiró al suelo fingiendo estar muerto y no se movió por lo menos por media hora. Cuando no escuchó más ruido y le pareció que ya no era observado, se arrastró un centenar de metros hasta internarse en el bosque, donde permaneció oculto hasta muy tarde en la noche y, protegido por la oscuridad, corrió hasta la misión salesiana de la Candelaria para ponerse a salvo. Todavía asustado, contó todo lo sucedido: cómo los *Koliòt* habían matado a sus tres compañeros y cómo él se había salvado con la estrategia de hacerse el muerto. Las mujeres quedaron a merced de estos perversos europeos. Una sola pudo escapar y fue a la misión Candelaria, confirmando el hecho narrado. De las otras mujeres, nunca más se supo que les sucedió, porque jamás aparecieron.

El colmo de la persecución (1895). La exportación de indios a Punta Arenas. El reparto cruel e inhumano. Cómo se tergiversan los hechos

Sobre la playa de la bahía de San Sebastián en la Tierra del Fuego, el mar había depositado una ballena muerta y más de 300 salvajes habían puesto sus chozas en las cercanías, haciendo pródigos banquetes cada día con la carne casi podrida de este cetáceo. Desde hacía un mes, este alimento suculento era la delicia de ellos y estaban contentos con el don que les había dado el *Espíritu Grande*, porque la carne de ballena era para ellos una comida exquisita. A pesar de que estaba podrida, les gustaba demasiado e, igualmente, la comían con avidez sin la mínima repugnancia. Un día, pasaron por allí unos hombres de la *Estancia San Sebastián*, y los invitaron a ir a la estancia, prometiéndoles buenas vestimentas, buena carne y muchos regalos. Los indios no querían aceptar la invitación porque ellos estaban bien en ese lugar y preferían la carne de ballena a cualquier otra. Pero estos dos europeos insistieron tanto y les prometieron tantas cosas buenas que los salvajes decidieron ir.

Apenas llegaron a la estancia, estos europeos encerraron a los hombres en un gran galpón donde se suele esquilar a las ovejas, y a las mujeres y los niños en otra. Pasaron la noche encerrados en esas cárceles improvisadas, lamentándose, llorando y con gritos de dolor y desesperación tratando de escaparse aunque inútilmente. A la mañana siguiente, al amanecer, tres hombres armados con fusiles, hicieron salir a los hombres de su cárcel y los obligaron a marchar hacia un lugar desconocido, con amenazas de fusilarlos. A pesar de sus protestas, debieron obedecer con el corazón estrujado de dolor por tener que abandonar a sus mujeres y niños en manos de enemigos, sin saber qué sería de ellos y de sí mismos. Llorando y gritando, comenzaron a andar, mientras que las mujeres y los niños, aún encerrados en la cárcel, mezclaron sus lamentos y llanto con el de sus maridos y padres. Rápidamente, se corrió la voz entre ellos de que esos hombres los llevaban lejos para fusilarlos. Les pedían perdón a los *Koliòt* si los habían ofendido de algún modo, pero sus súplicas y lágrimas no enternecieron el corazón de estos tres europeos. La caravana iba directamente a *bahía Inútil*, sede de la *Explotadora*.

Al atardecer, los europeos ordenaron a la escuadra de indios detenerse para comer algo. Encendieron un gran fuego y prepararon carne asada para todos. Todos se sentaron en el suelo y comieron carne de cordero asada. Los europeos habían dejado los fusiles a una cierta distancia y después de haber comido bien y bebido mejor, se recostaron a fumar pipa. Habían bebido muchos vasos

de *whisky*. Los salvajes los observaron. Se dieron cuenta de que ese era el momento justo para reaccionar y liberarse de las manos de esos tres tiranos. Cualquier civilizado hubiese hecho lo mismo, encontrándose en la misma situación. En pocas palabras, se dieron cuenta y razonaron: habían raptado a sus mujeres e hijos y ahora los querían matar a ellos. «¿Qué mal hemos hecho para merecer este castigo tan grave? ¿Quiénes son estos *Koliòt*? ¿Por qué debemos obedecerles? Nos han robado nuestras tierras, han espantado nuestros guanacos, han hecho morir nuestros coruros (*àpen*) y ahora también nos quieren quitar nuestras vidas. ¿Qué hacemos? Defendámonos. Ahora es el momento». Diciendo esto, se levantaron como un solo hombre y se lanzaron rápido sobre ellos, los desarmaron y con los cuchillos que ellos mismos llevaban les cortaron la cabeza y rompieron en pedazos los fusiles, porque no los sabían usar. Cantada la victoria, se internaron en la isla en un lugar escondido. También las mujeres y los niños pudieron huir de su prisión y se unieron a sus maridos y padres.

Este es el hecho verdadero y genuino, contado por muchos de los indios que se encontraban entre los prisioneros y que pudieron escapar de ese modo de los tres *Koliòt*. Varias mujeres también confirmaron lo que se dijo. Ahora veamos cómo se invirtió el hecho desde el diario liberal de Punta Arenas *El Magallanes*, órgano del gobernador S.,[73] enemigo de los indios fueguinos y que se dio a conocer al público. Escrito en letras de bloque, el diario publicaba:

> Horrible asesinato cometido por los indios de la Tierra Del Fuego. Tres pastores de San Sebastián bárbaramente degollados. Sería tiempo de terminar con esta raza salvaje.
>
> Hace unos días, tres pastores de la Estancia San Sebastián sorprendieron a un gran número de salvajes mientras mataban corderos y ovejas de propiedad de la Explotadora, y como estos trataron de molestarlos, se abalanzaron sobre ellos, los desarmaron y les cortaron la cabeza. Ya no es posible tolerar más este estado de cosas que continuamente pone en peligro la vida de tantos pobres civilizados. En Europa, nos creen aún salvajes. El Gobierno tiene el deber de deshacerse de esta gente que constituye una vergüenza para nuestra República.

Esto y tantas otras cosas decía el diario antes citado. El resultado de esto fue que pocos días después, el gobernador S., por iniciativa propia, mandara un barco del gobierno a bahía Inútil (Tierra del Fuego) con un buen número de soldados armados, para capturar a todos los indios que encontraran, hombres, mujeres y niños, para llevarlos a Punta Arenas, con orden de que aquellos que no quisieran rendirse a las buenas, fueran asesinados sin reparo alguno. Los soldados desembarcaron en bahía Inútil y recorrieron toda la zona que va hasta la bahía San Sebastián. No tardaron en encontrar muchos grupos de indígenas reunidos alrededor de sus fuegos, guiados por las huellas aún frescas dejadas por estos sobre la nieve. Algunos eran de los que habían podido escapar de la mano de los tres pastores de la Estancia de San Sebastián que, junto con otros compañeros, hombres, mujeres y niños, estaban pacíficamente reunidos.

---

73. El diario *El Magallanes* creado el 7 de enero de 1894, tuvo como uno de sus fundadores al gobernador del Territorio de Magallanes entre 1892 y 1896, Teniente de Navío Manuel Señoret, quien contribuyó a la formación de la todopoderosa Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego en agosto de 1893, cediendo a las pretensiones de los hacendados. Recibió a cambio un poco más de 15 000 hectáreas de la concesión, lo que le dará una suculenta renta anual. En julio de 1895, es responsable del vergonzoso «remate de indios» ocurrido en Punta Arenas. José Luis Marchante, *Menéndez. Rey de la Patagonia*. Buenos Aires, Losada, 2014, págs. 164-165, 218-219. (N. del T.)



Indios onas de la Tierra del Fuego transportados a Punta Arenas por el Gobernador S.

Apenas los soldados los vieron, sin decir palabra, dispararon, fusilando hombres, mujeres y niños, hiriendo gravemente a muchos. Los pobres indios, al verse atacados por los soldados a tiro de fusil y viendo cómo muchos caían muertos, se arrodillaron, y con los brazos abiertos en cruz, imploraban misericordia. Pero las balas continuaron cosechando víctimas sin piedad. Recién cuando los soldados vieron diezmado el número de fueguinos, desistieron de su infame objetivo y apresaron a los sobrevivientes no heridos. Condujeron a los sanos a la bahía Inútil para embarcarlos a Punta Arenas y dejaron en el lugar a los heridos, muchos de los cuales murieron miserablemente con atroces dolores. Los prisioneros eran 165. Casi todos se encontraban totalmente desnudos. Una vez que llegaron a Punta Arenas, los hicieron desembarcar y los encerraron en un lúgubre cobertizo cerca del puerto de pasajeros.

Mientras tanto, el diario de Punta Arenas antes citado, *El Magallanes*, en su número del 5 de agosto de 1895, publicaba lo siguiente:

> Ayer, en la bahía Inútil, muchos pobres indios, *estimulados por el hambre y el frío, se presentaron espontáneamente a pedir trabajo.* No siendo posible para el gobierno darles trabajo en esa isla, se pensó en traerlos a Punta Arenas y repartirlos entre los pobladores. El señor gobernador hace un llamado a toda la población para que ayude a esta pobre gente, *nuestro prójimo*, con ropa y mantas, porque llegaron casi desnudos y para que cada familia tome a uno o más individuos para su cuidado y para hacerlos trabajar, dándoles comida, ropa y alojamiento.

Más o menos eran estos los términos usados por este diario, órgano del gobernador S., y de su exclusiva propiedad. ¡No es necesario ningún comentario! Muchas familias de Punta Arenas, especialmente los negociantes de raza noble, mandaron solícitamente ropa de toda especie, usada y nueva, mantas de lana, incluso piezas enteras de tela, para los pobres indios. Al día siguiente, 6 de agosto, el gobernador, sen-

tado en un sillón en la puerta de su oficina en la planta baja que daba a la calle, delante de la plaza Muñoz Gamero (plaza principal de la ciudad), *como un monarca asiático* (así se expresaba en esos días un periódico semanal de Punta Arenas, *La Razón*), hacía venir ante su presencia a esta multitud de mendigos para distribuirles, en presencia de todo el pueblo, lo *puramente esencial* para cubrir su desnudez. De hecho, muchos indios tenían mantas hechas con pieles de nutria de mucho valor, que el gobernador se las hizo sacar para reemplazarlas con mantas de bajísimo precio.

Para poder llegar a la oficina del gobernador, distante unos 350 metros del cobertizo de la playa donde estaban encerrados, los indios debieron atravesar la parte más céntrica de la ciudad, pasando entre una multitud de hombres, mujeres y niños de todas las edades que, curiosos, deseaban verlos. Este fue un espectáculo poco decoroso y poco digno de alabanza entre gente que pretende llamarse *civilizada*. Estos pobres indios, al verse desnudos entre tanta gente que los observaban ávidamente y que les hacían burla por su aspecto rudimentario y que se reían y hacían chistes sin piedad, se sentían profundamente humillados con muchísima vergüenza. Muchos se cubrían la cara con las manos para no ver a la gente que se reía de ellos. Después de haber recibido cada uno su ropa, estos pobrecitos fueron llevados nuevamente al cobertizo de la playa, siempre guiados por los soldados. El pueblo murmuraba en voz baja: «¿No hubiese sido mejor que el gobernador se hubiese dignado a acercase al cobertizo donde estaban los indios a entregarles esas pocas ropas, o quizá acercárselas por medio de otras personas, ahorrando así tanta humillación para los indios, y de paso evitar un espectáculo tan indecoroso para los adultos y para los jóvenes, que debieron sentirse ofendidos?». Toda la ciudad se sintió escandalizada por la conducta del gobernador S.

El 13 de agosto, se hizo la distribución de los indios a las personas que los pedían. Todos querían niños o niñas, o incluso jóvenes, pero ninguno quería saber nada de recibir un adulto, hombre o mujer, menos si eran viejos, y tampoco tiernos bebés. Cuando comenzaron a arrebatar a los niños de los brazos de los padres fue una escena bárbara y espeluznante que no se puede describir. El padre y la madre gritaban desesperados y se tiraban furiosos sobre los soldados raptores, que les arrebataban a sus hijos para dárselos a personas desconocidas. Les pegaban y los mordían. Ninguno hacía caso a los lamentos, a los gritos, a las lágrimas de estos pobres desgraciados, como si no tuviesen voluntad propia y no fuesen humanos de esta tierra, como todos los demás, y nuestros hermanos. ¿Y a quiénes les regalaban esas niñas y niños? ¡Al primero que se presentaba! Sin importar si era cristiano, protestante o judío, si era una persona de buena conducta o *un negociante de carne humana*. En verdad, muchas de esas hermosas niñas terminaron en *casas de prostitución*. ¿Y los misioneros? Le habían pedido al gobernador alojar en la misión de Dawson a todos estos niños, apenas llegaron a Punta Arenas. Pero hubo un solemne rechazo al pedido. El motivo se sabía y lo diré más tarde.

¿Cómo se puso fin a la carnicería de los pobres salvajes de la Tierra del Fuego?

Se hicieron eco de la voz de los misioneros salesianos varios diarios religiosos y liberales, tanto de Chile como de la República Argentina, estigmatizando con toda la energía posible el indigno tratamiento que se hacía de aquella pobre raza indígena, por hombres que pasaban por civilizados, pero que, en realidad, eran más salvajes que los propios indígenas. Estos, porque eran ricos y poderosos, se creían con derecho a atacar a estos pobres desamparados y hacerlos desaparecer de su tierra natal para disfrutar tranquilamente de esas extensísimas praderas.

Hablaron mucho del tema *El Chileno*, *La Unión*, *El Porvenir* (de Santiago de

Chile), *La Ley* (diario ultra-radical de Chile) y *La Nación*, *La Prensa* y otros diarios de Buenos Aires. Todos al unísono, pedían que el Gobierno mandase una comisión para que investigase si los hechos que se narraban eran ciertos, y si así fuese, que castigaran a los autores de semejante atentado. Finalmente, la Corte de Apelaciones de Valparaíso resolvió enviar al señor Manuel A. Cruz, magistrado de aquel tribunal, para hacer una visita extraordinaria y observar cómo estaban las cosas. (29 de enero de 1896).

El diario *La Unión* de Valparaíso, en un artículo de fondo, del 1.º de diciembre de 1895, así se expresaba:

> La esclavitud y la barbarie en Chile.
>
> Hacia la mitad del mes último, hemos tenido la ocasión de leer en un diario popular de Santiago la narración de ciertas escenas ocurridas en la parte austral de nuestro territorio. La forma sensacional y dramática con la cual eran narrados estos hechos nos indujeron a creer que podía haber en esto mucha poesía imaginativa del artista y esto fue la causa por la cual no le habíamos dado, hasta ahora, la importancia que esos hechos tenían.
>
> Las noticias particulares de carácter enteramente seguras que ahora hemos recibido nos han hecho ver que, desgraciadamente, esos hechos eran reales, y por consiguiente, está fuera de duda que, aunque en Chile esté abolida constitucionalmente la esclavitud, una de sus autoridades la ha establecido en forma inhumana y vergonzosa.
>
> Sí, es verdad que en Punta Arenas se hizo la distribución de niños esclavos y que la autoridad delegada desde el Gobierno Central, en vez de tratar de civilizar a los salvajes que habitan en el territorio de Magallanes, les impide, en cambio, a aquellos que quieren hacerlo, y solamente trata de infundir en ellos el odio a la civilización. Con su conducta, este gobernador ha sido causa de escándalos inauditos. A juzgar por sus antecedentes, se trata de una persona culta, puesto que tiene el grado de capitán de la Armada.
>
> Con su tolerancia y aprobación indirecta, se han organizado varias cacerías de indios, grupos de gente armada que se lanzan sobre las tribus dispersas, matando con fusiles a hombres y mujeres, como si fuesen manadas de guanacos.
>
> He escuchado contar hechos que hacen estremecer y encienden la indignación del alma. Atrocidades que hoy en día no se ven ni en los países más salvajes del mundo. Así se refiere una persona digna de fe, habitante del territorio de Magallanes.
>
> Horrorizados de tal carnicería, los padres salesianos, que han fundado ya hace un tiempo una misión modelo en la isla Dawson, han pedido por favor que les entreguen a ellos a los salvajes, prometiendo que los restituirían civilizados y convertidos en personas útiles. En la casa salesiana se les da ropa, alimento y se les enseña oficios.
>
> La Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego, que ya una vez había respondido al cristiano pedido de los salesianos, enviando 225 indios, se preparaba para enviar otros 165. Pero el gobernador de la colonia, por odio a la misión, lo impidió, conduciendo a estos pobres infelices con el barco *Huemul* a Punta Arenas, donde fueron víctimas de la más grande injusticia.
>
> Desembarcados en el muelle, ese montón de personas semidesnudas, atravesó la ciudad en medio de una multitud de malcriados y mujerzuelas, que se burlaban de su poco elegante aspecto, para llegar hasta la casa del gobernador, donde recibieron una manta para cubrirse, y después los llevaron cerca del muelle, para alojarlos en un cobertizo.
>
> Al día siguiente, se procedió a la distribución de los salvajes, espectáculo

dolorosísimo e inhumano, llamado en Punta Arenas «Remate de indios», o sea, subasta de los indios, en medio de escenas espeluznantes que nunca se vieron en el mundo.

Los amigos del gobernador recibieron uno o más de estos pequeños esclavos e incluso algunos de aquellos niños y niñas fueron a parar a casas de prostitución, para servir como instrumento de la más repugnante perversidad. Cuando los indios se dieron cuenta de que les quitaban a sus niños, perdieron su habitual serenidad y dulce amabilidad y, dando gritos horribles y desesperados, trataron de proteger a sus criaturas.

Cada niño que era arrebatado de sus padres, daba origen a una escena. La madre se tiraba sobre su niño para defenderlo con su propio cuerpo, mientras que su padre con la expresión de furia en sus ojos, gritaba despertando terror, y se lanzaba sobre los raptores de su hijo, tratando de defenderlo, con sus manos, dientes y uñas, como una bestia feroz a la cual se le sacan sus crías.

Los mismos niños se resistían, abrazándose a los brazos y a las piernas de sus madres, se tiraban al suelo, se pegaban la cabeza contra las piedras, gritando desesperadamente y era necesario atarlos y arrastrarlos con mucha fuerza por la calle o cargarlos en carros como carne de carnicería.

En las noches que siguieron a esa distribución de esclavos, se oían resonar en la noche el llanto de los pobres indios, abandonados en el cobertizo de la playa. Amontonados, estos pobres padres demostraban su dolor, llamando a sus hijos con gritos capaces de conmover a las piedras. Los vecinos de ese lugar no podían dormir por el continuo y monótono lamento de estos pobres, desde la noche hasta la mañana.

¡Escenas como estas producen vergüenza y horror, y son indignas de un país civilizado! Esperamos que el presidente de la República, al conocer estos hechos, que datan ya de cierto tiempo, tratará con premura poner fin a tanta barbarie incalificable. Entristece que los medios de comunicación sean tan lentos con la colonia de Magallanes.

El fin sectario que anima al gobernador y su injustificada mala voluntad hacia la misión salesiana de la isla Dawson son hechos reconocidos, incluso por hombres de espíritu radical. Por causa de estos hechos inicuos del gobernador, los indios salvajes van adquiriendo un odio ciego hacia los blancos, odio que antes no tenían, y en vez de civilizarse, van aprendiendo una refinada inmoralidad que no viene al caso referirse.

Más o menos igual se expresa el diario argentino de Buenos Aires *La Nación*, en su número del 16 de diciembre de 1895, titulado «Los indios fueguinos: Salvajismo. Hazañas de un gobernador». Después de haber narrado los hechos de forma casi idéntica al *chileno* y *La Unión*, dice:

> Dos indios de la misión de Dawson, de nombres Luis y Octavio, que estaban ya medianamente civilizados, habiendo ido a la Tierra del Fuego para invitar a sus parientes y amigos a seguirlos a la misión de Dawson para civilizarse como ellos, al pasar por una estancia, fueron seguidos por dos hombres que les comenzaron a disparar con fusiles sin ningún motivo, por el solo hecho de ser indios. Luis y Octavio se escondieron en unos arbustos, y los perseguidores dispararon por largo rato a los arbustos con ira. Cuando los dos cazadores se alejaron, Luis y Octavio salieron de su escondite, y a los pocos pasos, se encontraron con un lago de sangre, donde yacía acribillado el cuerpo de un pobre indio, su compañero, con quien habían estado hablando momentos antes.

Después de haber descripto la distribución de los jovencitos a las familias, termina diciendo:

> Después de unos pocos días, a esos pobres indios, que nadie quiere, el gobernador los sacó del cobertizo de la playa y los confinó en un monte fuera de la ciudad de Punta Arenas, en el campo abierto, sin casa y privados de todo lo necesario para la vida. Allí pasaron el frío horrible y las lluvias y nevadas de agosto y septiembre, y allí estaban todavía el 24 de octubre, última fecha en la que pudo llegar la correspondencia. Muchos ya murieron de hambre y miseria, y los sobrevivientes están casi todos enfermos.

¿Y qué será de los pobres viejos que ninguno quiere? Estos fueron confinados fuera de la ciudad, en un lugar desierto, como seres *inútiles, inmundos* y *contagiosos*, sin casa ni alimento de ninguna clase, como si se tratara de animales irracionales y sin dueño. Durante algunos días, las autoridades les repartieron una ración de carne cruda, insuficiente para que se mantengan, y se les dejó de dar después de unos días, para que cada uno se buscase la vida como mejor pudiese.

Los pobrecitos iban a la ciudad de Punta Arenas todos los días para buscar a sus hijos, se subían a los muros y recintos de las casas para verlos y hablar con ellos (porque estaba prohibido que estos niños vean a sus padres) y, cuando podían verlos y hablarles a lo lejos, les aconsejaban que se escaparan para volver a su tierra junto a ellos. A veces, en su ciego furor arrojaban enormes piedras contra las puertas y ventanas donde sabían que estaban encerrados sus hijos, porque los escuchaban llorar desesperadamente. Los niños, a su vez, no querían quedarse con las personas a las que habían sido entregados, lloraban inconsolablemente, se tiraban al suelo, golpeaban su cabeza contra el piso, y rechazaban recibir comida de cualquier tipo, llamando en voz alta a sus padres y a sus madres. Muchos murieron de tristeza al poco tiempo, tanto los padres como los niños.

Los pobres viejos, para saciar su hambre, debían recorrer el matadero público y conformarse con las vísceras de los animales que allí sacrificaban (bueyes y ovejas) y también las patas, que se solían tirar a los perros, y de vez en cuando alguna cabeza de toro o de vaca. Pero esto no alcanzaba para alimentarlos. Un día fui testigo de una escena tragicómica que me conmovió. Una pobre vieja enferma, hundida en el barro hasta las rodillas, se peleaba con dos grandes perros por una cabeza de buey que estos estaban comiendo: no quedaba más que los huesos y los sesos. La cabeza estaba toda embarrada y maloliente. A pesar de todo, la india, después de muchas dificultades, pudo adueñarse de ese cráneo oloroso, lo agarró por los cuernos, se lo cargó sobre su espalda y se lo llevó a su campamento como precioso botín para comérselo. Los indios no tenían ollas para cocinar la carne y hervir los pocos huesos que recogían en la calle, para hacer, al menos, un buen caldo. Por lo que, esos huesos pelados no los alimentaban y se sentían morir de hambre.

A menudo, se veían vagar por las calles de Punta Arenas pequeños grupos de cinco a diez personas delgadas, una más que otra, casi como cadáveres ambulantes de cara triste, que con voz tenue y lágrimas, suplicaban a los transeúntes, repitiendo la palabra que se hizo célebre en la ciudad, *Yepperraine* (hambre de carne) o también solamente *Carájen* (hambre). Al principio, había algunas personas buenas que se apiadaban y les daban de comer, pero después se cansaron y se acostumbraron a ver ese triste espectáculo y no se impresionaban más con su miseria ni se conmovían con sus lamentos. Mientras tanto, los pobrecitos sufrían de verdad el hambre y el frío y morían en un país de suma abundancia.

Algunos indios, al ver que algunos campesinos sembraban papas (según ellos las

escondían bajo tierra), iban de noche y las desenterraban para comérselas. No sabían que esos campesinos las escondían bajo tierra para producir otras papas. No habían visto en su vida sembrar nada. Otros indios sacrificaban terneros que pastaban junto a las vacas. De aquí nace la lucha con los colonos europeos que protestaban por la presencia de los indios, y reclamaban que se los llevaran a otro lado. Para colmo de males, se propagó la rubéola y la gripe, y también muchos se enfermaron de pulmonía. En este estado, sin poder ir a la ciudad a pedir limosna, muchos murieron por falta de alimento y de medicamentos, abandonados por todos, porque nadie los visitaba en su campamento.

¿Sobre quién pesaba toda esta responsabilidad? Por cierto, ¡los autores de todo este mal fueron el gobernador y la *Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego*! Ellos, solo ellos son los verdaderos responsables que deberán comparecer ante Dios y ante la historia por tantas víctimas humanas inocentes, sacrificadas por su capricho y egoísmo. He aquí el triste cuadro que se presentó ante mi vista, cuando por primera vez me fui a visitar aquel campamento de indios, más o menos un mes después que habían llegado a Punta Arenas (a pesar que sabía que el gobierno no veía bien que yo fuese a verlos). Fui sabiendo que muchos indios se encontraban enfermos y que quizá necesitaban un consuelo religioso.

Apenas puse un pie en el campamento, me encontré con un jovencito que tendría unos veinte años. El pobre estaba tirado en el suelo, *moribundo*. ¡Yacía sobre una *capa de nieve helada, completamente desnudo*, sin absolutamente nada para cubrirse! ¡Estaba de espaldas, al aire libre, sin reparo alguno, con un frío y un viento intenso, solo, en ese estado y abandonado por todos! Sufría de neumonía. Se veía que tenía una constitución robusta, de espalda fornida, rostro relleno, alto de estatura y de bellas formas. No daba signo de estar consciente, había perdido el uso de la palabra. Su respiración era fuerte, acelerada y con jadeos, estaba en agonía y muy próximo a la muerte. Sin poder hacer otra cosa por él, me acerqué y le administré el santo bautismo. Pocos minutos después, entregaba su alma a Dios.

Hice unos pocos pasos y me tropecé con un montón de pieles de guanaco, hechas jirones y sucias, y pronto apareció la cabeza de una mujer, que estaba también moribunda. Estaba acurrucada como si fuese una pelota, a cielo abierto, abandonada por todos. También ella estaba en el suelo congelado, tan solo con esa piel de guanaco que la cubría. Al lado de ella, había un *pedazo de carne cruda* y un poco de agua en una bolsita de piel. A ella también la bauticé y, esa misma noche, pasó a la eternidad.

Vi a otras personas diseminadas por todos lados. Hombres y mujeres, casi desnudos, tirados sobre la tierra o sobre la nieve, sin reparo alguno, sin techo, sin fuego, sin vestimenta y sin alimentos, abandonados enteramente a su suerte y muy enfermos. ¡Algunos con neumonía y otros con otras enfermedades, obligados a morirse de hambre, de frío, de miseria y de abandono! Conté unos *quince* en este estado miserable. A todos les di el santo bautismo y todos murieron. Algunos el mismo día, otros, en los dos o tres días siguientes. ¡Qué dolor para mi corazón ver tanta miseria y tanto sufrimiento sin poder hacer nada para ayudarlos! ¡El gobernador sabía bien todo esto! Veía que aquellos pobres desgraciados morían, pero fingía no saberlo, ¡y dejaba que muriesen en ese gran abandono! ¡Todos los días eran dos o tres los que morían y sus cadáveres eran sepultados sin cajón, en una sola fosa (una especie de pozo), como si fuesen cadáveres de animales!

Visita oficial

Finalmente el Gobierno decidió mandar un ministro de Casación de Santiago, un cierto

M. Cruz, para que verificara los hechos publicados en los diarios, para ver si eran verdad o mentira e hiciese una investigación sobre los mismos, interrogando a los principales señores y negociantes del pueblo, y recibiendo testimonios de quienes quisiesen hacerlo, en pro o en contra. A pesar de que el gobernador S. hizo todo los esfuerzos posibles para ocultar los hechos e impedir que las personas fuesen a declarar en contra de él y en favor de los indios, publicando en su diario amenazas gravísimas a aquel que hiciese falsas acusaciones y pidiendo que fuesen castigados severamente los culpables de semejante cosa. De la investigación del ministro resultó que todos los hechos publicados por el diario *El Chileno* eran muy ciertos, y el mismo señor ministro pudo ver con sus propios ojos el estado tristísimo en el que estaban los últimos sobrevivientes fueguinos, transportados desde la Tierra del Fuego y abandonados de todos en las cercanías de Punta Arenas.

La primera medida que tomó el ministro fue la de transportar con un vapor del Gobierno hasta la misión salesiana de Dawson a aquellos pocos infelices indios enfermos que todavía quedaban vivos (unos sesenta). Pero no quiso hacer aparecer como muy culpable al gobernador, delante de todo el país, porque era un representante del Gobierno, y su modo de proceder hubiese deshonrado a toda la Nación. El ministro trató de sepultar cada evidencia y no dictó sentencia de ninguna clase. Pero en privado, no habrá dejado de informarle al Gobierno sobre la conducta incorrecta del gobernador S., tanto hacia los indios como hacia los misioneros salesianos, y también sobre su *administración poco delicada.* De hecho, algún tiempo después, fue transferido a Talcahuano, antes de terminar el período de su administración.

Otros eran, también, los de la *Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego.* Señores que habían instalado sus estancias en aquella isla y que perseguían a los pobres salvajes. Yo mismo recuerdo haber oído a un rico negociante, que había comprado muy barato un vastísimo territorio en la Tierra de Fuego para la ganadería, decir estas textuales palabras, delante de monseñor Fagnano: «¿Para qué tanta compasión por estos salvajes? ¡Balas necesitan, balas de plomo! ¡Por cada indio un balazo!». Recuerdo, incluso, el lugar preciso donde lo oí hablar de ese modo. Y, verdaderamente, eso que él había dicho lo cumplía a través de sus empleados. Nuestra misión, para los pobres salvajes de la Tierra de Fuego, es como el arca de Noé en el tiempo calamitoso del diluvio universal. ¡Infelices onas! ¡Su tierra debería ser un hormiguero de gente y, en cambio, hoy en día están reducidos solos a dos o tres mil!

Su desaparición se debe a las luchas intestinas entre ellos, pero por sobre todo, a la crueldad de los inmigrantes, que los han diezmado a balazos y envenenando pedazos de carne por todos lados. Al principio, los blancos los mataban por temor, creyéndolos (cosa falsa) antropófagos. Los onas, por cierto, no son antropófagos. Más bien, ellos creen que los europeos lo son, y con mucha razón, porque más de una vez los vieron matar a muchos indios inofensivos con sus fusiles y cuchillos, y vieron a algunos que les gustaba matar a tiernos niños. Hace un tiempo, y aún en el presente continúa, el interés por la sórdida ganancia empujaba a los europeos a provocar tantas víctimas entre estos salvajes. Todos saben que la cabeza de un salvaje de la Tierra del Fuego tiene el precio de una libra esterlina. Igual suma se paga en la Patagonia Meridional a quien mata un *león-puma*, que mata a las ovejas. ¡Vergüenza e infamia a quién, pudiendo, no impide tanta barbarie! ¡*La auri sacra fames*, es verdad que crea cazadores de salvajes y los hace más bárbaros que ellos, pero la sociedad, el seno de la cual salen, es responsable de tanta sangre inocente!

En nuestras dos misiones, hay muchos indios escapados por milagro de la carnice-

ría de estos inhumanos y tienen todavía las cicatrices de las heridas recibidas. ¡Pero cuántos hay que no pueden contar haber sido heridos, porque quedaron muertos en el campo! ¡Pobres infelices! No hacen más que decir «¡Blanco malo, pum! ¡Pum!». Este es el beneficio que les trajo la civilización moderna sin el misionero católico.

¿De quién es la culpa y quién es más bárbaro?

He aquí un hecho reciente, sucedido mientras yo me encontraba en la misión de la Candelaria. Un bandido, escapado de la cárcel de criminales de Ushuaia, fue empleado por un rico estanciero en la cercanía del río Grande como pastor de una sesión de su estancia, donde comenzaba el bosque y donde los indios eran más numerosos. Este hombre, al poco tiempo de establecerse en esa casucha para pastores, raptó una india joven, que amamantaba a su tierno bebé, y se la llevó con él a vivir una vida licenciosa. Este individuo, de naturaleza ardiente y feroz, hacía sufrir bárbaramente a esta pobre mujer, pegándole todos los días con pretextos fútiles.

Un día, le arrancó a su bebé del pecho porque lloraba y, con rabia, lo golpeó contra una piedra y lo mató. En otra oportunidad, le disparó un tiro de revólver en el estómago; la bala le pasó muy cerca y no la mató por milagro. Cuando se curó, la llevó a un bosque vecino y la colgó de un árbol. No conforme con esta brutalidad y mientras seguía viva, comenzó a mutilarla con refinada barbarie, cortándole sucesivamente los pies y las manos. Le abrió el vientre y, por último, le disparó un tiro en la boca. Después de este horrible asesinato, temiendo que los salvajes se vengaran por lo que le había hecho a su paisana y pariente, se dio a la fuga, cruzó el límite de la República Argentina y pasó al territorio de Chile.

El encargado de la estancia, fingiendo no saber lo ocurrido, le pidió al comisario de policía si podía enviar a ese puesto a dos soldados, hasta tanto pudiese encontrar otro pastor para reemplazar al que había huido. Ignorando por completo ese horrible asesinato, se enviaron dos soldados. Cuando los indios se enteraron de lo que le había ocurrido a su paisana y pariente, y vieron con sus propios ojos ese espectáculo espeluznante, corrieron a la casa del pastor para vengarse. Como no lo encontraron, le prendieron fuego la propiedad. En ese momento, los soldados no se encontraban y la casa estaba desierta. Cuando en la estancia se enteraron de que los salvajes habían quemado esa casucha, todos fueron invadidos por una ira muy grande, como si se hubiese tratado de una pérdida extraordinaria e irreparable. Pronto meditaron una venganza solemne para que sirviese de ejemplo a todos los salvajes —así decían ellos—, y aprendieran a respetar los bienes de los europeos, particularmente los de N. N.

Enseguida se preparó para tal fin una expedición de hombres armados con fusiles, para «exterminar a esos feroces salvajes ¡que habían tenido el coraje de incendiar, nada menos, que el cuartel de los soldados! Esto constituía, según ellos, un delito enorme, ¡porque se trataba de una rebelión contra el mismo Gobierno de la Nación! Se necesitaba aplacar esta tentativa de levantamiento: era una medida necesaria y que se imponía con urgencia». Así se le hizo creer al público, inconsciente de los hechos precedentes, y siempre dispuesto a creer al que grita más fuerte. Así fue publicado en el diario *El Magallanes*, de Punta Arenas.

A la cabeza de esa armada improvisada, marchaba un hijo del mismo N. N., el administrador, varios pastores de la misma estancia, tres soldados y el comisario de policía. ¡En total eran ocho hombres para ir en contra de un puñado de salvajes desarmados y pacíficos, para tomarlos de sorpresa y a traición! De verdad, una buena hazaña, que los llenaba de honor. Guiados por un indio traidor, que conocía donde solían jun-



Indios onas de la misión Candelaria, Tierra del Fuego.

tarse sus paisanos, los sorprendieron en sus chozas, mientras estaban tranquilos junto al fuego, y descargaron sus fusiles, matando a un gran número de personas e hiriendo gravemente a otros, que después murieron abandonados en el campo. Por último, tomaron prisioneros al resto. Entre ellos, muchas mujeres, que después fueron distribuidas entre los pastores de la estancia como *esclavas*, para que sirvieran a sus caprichos. Se apoderaron de todas sus flechas, arcos y otras curiosidades que encontraron en sus chozas, como botín de guerra y trofeos, y después las prendieron fuego. La expedición retornó triunfante como si hubiesen cumplido el acto más heroico del mundo. ¡Cobardes! ¡Derramar tanta sangre inocente y hacer sufrir a tantas pobres criaturas por la destrucción de una casucha! Pero esta sangre inocente grita venganza ante la presencia de Dios y su voz, tarde o temprano, será escuchada.

Pocos días después de este trágico suceso, me encontré casualmente con el mismo comisario de policía, que había tomado parte de esa expedición funesta. Hice con él un largo camino a caballo hasta el cabo Peña y, durante el camino, él mismo me contó con lujo de detalles lo que había acontecido. Me contó con horror que tanto el hijo del señor N. N., como todos los hombres de aquella estancia, que formaban parte de la expedición, particularmente el *administrador*, marchaban contra los pobres salvajes con tanta ferocidad que de nada servían sus exhortaciones y consejos, para que no les hicieran mal a los salvajes o, al menos, no los mataran. Me dijo que los muertos, constatados por él mismo, eran 17, pero que, seguramente, muchos otros habrán muerto en el bosque, por la gravedad de sus heridas. Me temo que los muertos han sido muchos más que 17, porque tanto el comisario como los patrones de la estancia se sintieron molestos por mi presencia, y por miedo a que los denunciase ante el Gobierno, trataban de minimizar la cosa. Pero incluso admitiendo que fuesen solo 17, ¿no era igualmente una gran *crueldad* la que hicieron estos monstruos de ma-

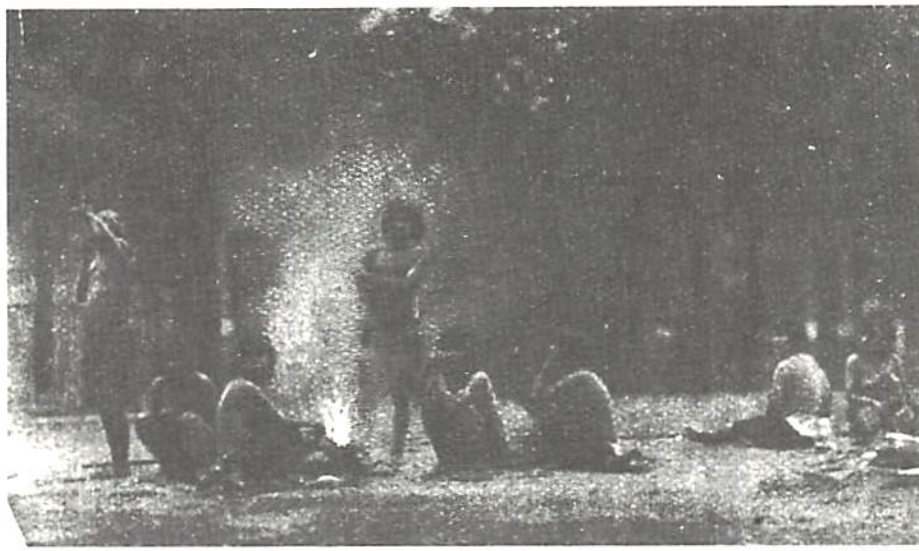
tar tanta gente por una causa tan mínima e injusta? Naturalmente, no omití reprocharles amargamente, llamándolos *crueles e inhumanos*. Pero ¡¿esto ayudaría a mejorarlos?!

Permítanme aquí una observación. Yo me pregunto, ¿quién es más culpable en estos hechos?, ¿y quién será más *bárbaro* y más *salvaje*? ¿Los fueguinos por vengar a su pariente con un daño tan insignificante, comparado con el atroz delito de los civilizados? ¿O los europeos que, después de haber cometido un asesinato tan monstruoso, se vengaban con tantas víctimas inocentes por un daño de ningún valor? Estos, a mi parecer, son mil veces más *bárbaros* y *salvajes* que los mismos salvajes, porque se abusan de su fuerza para oprimir a los débiles y cometer cualquier tipo de injusticias contra ellos, ¡matándolos tan despiadadamente como si no fuesen seres humanos, sino animales feroces!

Pero tampoco se detuvo ahí la ira y la venganza del patrón de la estancia. Después de haber publicado en el diario *El Magallanes*, como se dijo más arriba, que «los salvajes se han revelado contra las autoridades gubernamentales y han destruido la vivienda de los soldados», los acusaba de ser *perturbadores de los civilizados, además de ladrones y traidores*, y concluía *aconsejando al Gobierno de exterminarlos a todos, porque constituían un peligro permanente para todos los civilizados, que se encontraban en la Tierra del Fuego*. No contento aún, criticó a los misioneros salesianos, porque protegían a los salvajes, y con increíble audacia y desprecio dijo que «su misión de la Candelaria era la guarida de ladrones y malhechores, y que los misioneros ayudaban a sus delitos, porque una vez que los cometían, los salvajes se refugiaban en la misión salesiana y así quedaban seguros e inmunes de cualquier castigo». Por consiguiente, concluía en que la misión de la Candelaria no solo era inútil para civilizar a los salvajes, sino más bien dañina, porque era el *refugium peccatorum*, y los empeoraba; por lo que ¡se debía abolir!

Con esto, hacía entender que los indios que habían incendiado la casucha de N. N. pertenecían a la misión o que, al menos, se refugiaban en esta. Mientras que estos no habían puesto un pie en la misión, ni antes ni después de este suceso. Este diario se cuidaba muy bien de no mencionar el motivo por el cual los salvajes fueron inducidos a incendiar esta casucha del pastor, y mucho menos hablaba de la terrible matanza que la gente de la estancia había hecho para vengarse de los pobres salvajes desarmados y tomados de improviso y a traición. ¡Se requería mucha audacia y poca conciencia para publicar semejante calumnia! ¡Ciertas cosas deben darse a conocer para desenmascarar la hipocresía de cierta gente prepotente que se cree con derecho a oprimir a los débiles y ser inmunes por sus maldades, tan solo porque son ricos!

El *verdadero* motivo por el que N. N. trataba mal a los salvajes y publicaba tantas calumnias contra la misión salesiana de la Candelaria era que, no contento aún con poseer un extensísimo terreno, anhelaba también el territorio ocupado por la misión en forma transitoria, para civilizar a los pobres salvajes. Por eso, deseaba que los salvajes desaparecieran de cualquier manera, para lograr su objetivo y por esa misma razón alzaba una terrible guerra contra los salvajes y contra la misión. Una guerra motivada únicamente por sus *intereses personales*. ¿Cómo? ¿La misión salesiana es inútil y dañina y contribuye a hacer peores a los salvajes? ¡Ay! ¡Qué sería de los pobres salvajes si no estuviese la misión salesiana, para que los protegiese y recibiese! ¡Y qué sería, también, de los *estancieros* europeos si los misioneros no se hubiesen ocupado de los salvajes, si no les hubiesen enseñado a amar y reverenciar a Dios, a respetar los bienes de los demás, y no les hubiesen recomendado ser sumisos a los invasores de sus campos por amor a Dios y para su bien! Gracias a la misión salesiana los *señores*



Indios onas en el bosque al lado del fuego, Tierra del Fuego.

estancieros viven tranquilos, sin miedo a ser molestados, ni sus bienes ni su persona, ¡aunque *los estancieros* no reconozcan este gran beneficio y odien y desprecien a quienes les hacen tanto bien!

La misión es el único asilo abierto a los pobres inocentes perseguidos a muerte injustificadamente por indignos y miserables explotadores de esas tierras (antiguo patrimonio de los indios). Es asilo de los débiles contra los prepotentes y no el refugio de delincuentes y malhechores. En la misión, se enseña que Dios está presente y ve todo, por lo que puede castigar a quien hace el mal, aunque lo hiciera a escondidas, sin que nadie lo vea. Se enseña además a perdonar el daño recibido y a amar a nuestros enemigos. Todo lo que se enseña es a vivir *cristianamente*, y no a ser *ladrones*, *asesinos* y a molestar a la gente. Los indios podrían haberles hecho mal a los señores *estancieros* si los misioneros no les hubiesen enseñado la paciencia y la renuncia. En recompensa a estos servicios, los señores estancieros lanzan viles y bajas calumnias en contra de los misioneros y traman su ruina.

Uno de ellos, muy rico, fue tan audaz que vino a la misión de la Candelaria y al ver a un indio que aseguraba que le había robado una manta de su estancia, sin decir palabra, lo mató con su revólver, en presencia del mismo señor director de la misión, don Fortunato Griffa y de muchos indios, que aún viven y recuerdan con horror el hecho. El lugar preciso del triste hecho fue al pie del barranco sobre el cual se alza la cruz grande de la misión. Esta persona violaba un sitio sagrado y se hacía justicia por sí mismo, despreciando toda ley civil, sin ni siquiera interrogar al presunto culpable, abusando de su fuerza bruta contra un indio débil y desarmado, por algo de poquísimo valor que no merecía, por cierto, la pena de muerte. Esta persona faltaba así a las reglas más elementales de civilidad y de justicia: *era más salvaje que el salvaje que mató.*

Estos señores estancieros, tergiversando los hechos, se quieren hacer pasar por víctimas inocentes sometidas a la furia de los salvajes. En cambio, son ellos los ejecutores de los pobres salvajes, porque los tratan no como seres humanos, sino como *bestias feroces*. ¡Infelices onas! Si no se pone freno

ahora, no pasaran muchos años para que esta fuerte y simpática raza desaparezca de la faz de la tierra. Nuestras misiones de la Candelaria y de San Rafael en la isla Dawson hacen lo que pueden para salvarla, recogiendo con muchos gastos a todos los infelices que acuden a estas. Pero no basta. ¡Los salvajes mismos conocen los peligros y ellos mismos buscan refugio con nosotros para tener protección, y realmente son muy dignos de protección estos pobrecitos!

¿Por qué el gobernador M. S.[74] demostró ser enemigo de los misioneros salesianos y también de los indios? (1892–1896)

Con placer evitaría referirme a esta cuestión más bien odiosa, pero por el deber de la historia debo hacerlo. Cuando fue nombrado gobernador de Punta Arenas, en 1892, se mostraba muy amigo de los salesianos. Hacía poco tiempo se había quemado la iglesia parroquial, que era de madera (la cual le había costado a los salesianos la suma de 24 000 pesos chilenos, y hacía solo tres meses que se había inaugurado para el divino culto), y el gobernador prometió ocuparse para que el Gobierno concediese un buen subsidio para construir otra iglesia, que sería más grande y más linda que la precedente. Como el área donde se construiría la nueva iglesia era de solo 25 m de frente por 50 m de fondo, prometió conceder otros 10 m de frente por 50 m de fondo, sobre el terreno fiscal antiguo. Basados en su palabra y promesa, los salesianos cercaron con tablas toda el área sobre la cual se debía alzar la nueva iglesia y comenzaron los trabajos para las bases de la iglesia. Mientras tanto, se usaba un salón del Colegio San José como iglesia pública, lindante con el terreno donde debía erigirse la nueva parroquia, y se hizo sobre el fondo de los metros concedidos por el gobernador una pequeña torre provisoria de madera, para que sirviera de campanario. Sobre la torre se instalaron tres campanas que servían para anunciar a la gente las actividades de la iglesia.

Pasaron así muchos meses de armonía entre los salesianos y el gobernador. ¿Cómo ocurrió la ruptura? Don Carlos Maringer, ex párroco de Punta Arenas, poseía un terreno de 2500 hectáreas (llamado *chacra* en la lengua del país), en las cercanías de la ciudad. Al partir de Punta Arenas, tras el pedido del obispo de Ancud, le encargó a monseñor Fagnano que se lo vendiese. Monseñor Fagnano, siempre de corazón generoso, aceptó el encargo y poco tiempo después se lo vendió al cuñado del gobernador (que después se supo que estaba en sociedad con el mismo gobernador S. en esta compra). El costo fue de $2500, o sea, cerca de 3000 liras italianas. Se hizo la escritura pública, en la cual se decía que monseñor Fagnano había *recibido el importe*. Sin embargo, el comprador atrasaba día a día el pago, creyendo, quizá, que como era cuñado del gobernador, se le debía *regalar esa propiedad*. Monseñor Fagnano, después de haber esperado pacientemente mucho tiempo, y conociendo la mala voluntad del comprador, se puso firme para que se le pagara, citándolo antes al juez. El comprador, sin alternativa alguna, pagó, pero monseñor Fagnano y todos los salesianos, desde aquel día, perdieron para siempre la amistad del gobernador S. que se transformó en su acérrimo enemigo.

Su primer acto hostil fue revocar la concesión del terreno de 10 por 50 m, dados para la parroquia, y como en ese terreno se había edificado la torre que servía de campanario, mandó a que se *la sacara de inmediato*, de lo contrario, no permitiría que se tocaran las campanas. Estando en la pésima

74. Se trata de Manuel Señoret Astaburuaga (1852-1900). (N. del T.)



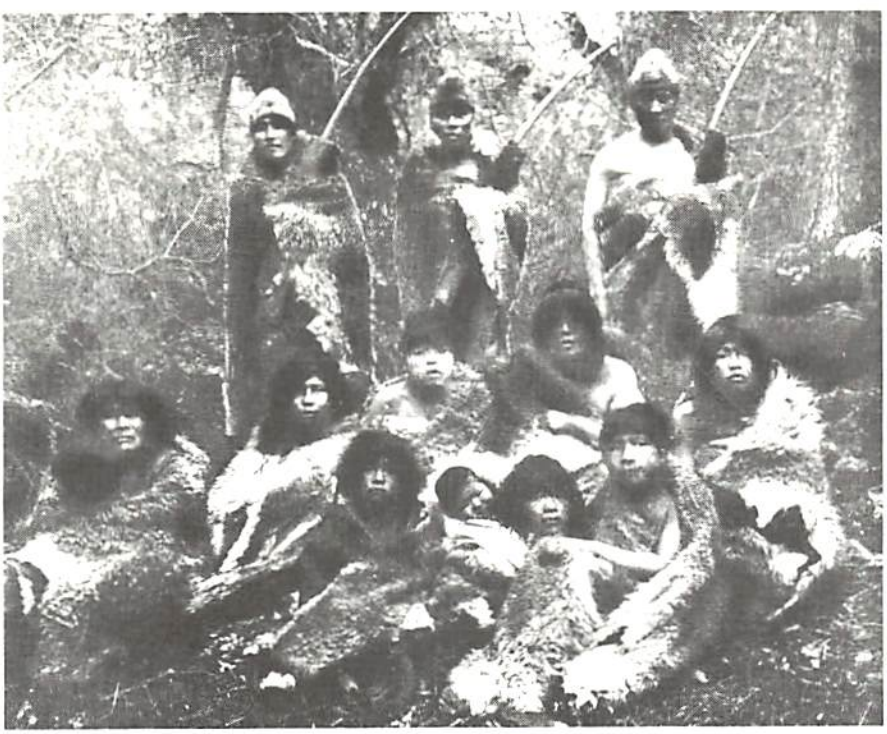
Familia onas. Modo de llevar a los niños.



Mujeres salvajes onas, Tierra del Fuego.



Mujeres indias onas civilizadas en la misión de la Candelaria.



Salvajes onas de la Tierra del Fuego. (F. De Agostini)

estación invernal e imposibilitados de transportar la torre a otro lado, monseñor Fagnano pidió tres meses de plazo para trasladarla, pero se le concedieron solo ocho días. Luego de esos ocho días, el gobernador mandó a su cuñado con unos soldados a cerrar la torre, y así, por tres largos meses, no se pudieron hacer sonar las campanas para los oficios religiosos ni para anunciar las muertes. La población entera estuvo indignadísima por esta medida del gobernador y, como no tenía precedente, se la tomó como un ultraje a la religión católica, y también como una venganza personal, por lo que fue creciendo la animosidad y la poca estima hacia el gobernador. Este, a su vez, hacía pesar su mano sobre los pacíficos habitantes. Se había erigido como un verdadero dictador con plenos poderes, sin que ninguno osase o pudiese contradecirlo. Porque estando lejos del gobierno central, sin ninguna comunicación, no habiendo telégrafo y con un servicio postal solo cada 15 días y a su arbitrio. Mucha de la correspondencia no llegaba a destino. Mientras tanto, monseñor Fagnano, que se encontraba en Santiago, ciudad capital de Chile, tuvo ocasión de hablar con el presidente de la República, *señor Jorge Montt*, el cual le escribió de su puño y letra al gobernador S. que no molestase a los salesianos. Pero este, no le hacía caso al presidente, porque era su gran amigo y compañero de escuela, por lo que se trataban de tú.

Informado monseñor Fagnano que el gobernador continuaba persiguiendo de mil formas a los salesianos y que no quería por cuenta propia conceder el espacio de 10 m por 50 m para el terreno de la parroquia, se presentó una vez más al presidente y este, por su autoridad, concedió el terreno en cuestión que tanto se necesitaba para construir la nueva iglesia, según los planos aprobados. Volvió monseñor Fagnano de la Capital en la vigilia de Navidad, trayendo el decreto del presidente, del cual el gobernador había recibido copia, y ese mediodía sonaron todas las campanas de fiesta para anunciar a los fieles la solemnidad del he-



Vehículos del campo, Tierra del Fuego. (E. Veiga)

cho, que era, al mismo tiempo, un triunfo sobre la obstinación del gobernador S.

Por cinco largos años los salesianos de Punta Arenas tuvieron que soportar una odiosa e injusta persecución de parte de este gobernador, que buscaba por todos los medios e incluso por su diario *El Magallanes*, desacreditarnos frente a la población y al Gobierno. Hacía una activa campaña para sacar a los jovencitos de nuestro colegio, que con tanta buena voluntad asistían, para que se fuesen a la escuela del Gobierno e incluso inventaba calumnias para impedir que la gente viniese a la iglesia.

¿Y por qué odiaba a los indios?

Por mala voluntad contra los salesianos, a quienes veía trabajar con tanto empeño para civilizarlos, obteniendo buenos resultados, por lo que el pueblo los estimaba mucho. Anhelaba poseer la isla Dawson, donde los salesianos habían instalado la misión para los indios. Había recibido la promesa formal del presidente Montt (su amigo) de que, una vez que no hubiese más indios en esa misión, él podría ocupar la isla y hacerla suya. Sabía desde el principio que en esa misión, los salvajes iban y venían continuamente, antes de radicarse de forma definitiva, y no se les podía impedir ese modo de vida sin violar su libertad. Muchas veces, estaban fuera de la misión ocho, quince y más días y después volvían. Este quería sorprender a la misión cuando no hubiese indios para declararla enseguida innecesaria y expulsar, así, a los misioneros. Por eso, mandaba continuamente un barco del Gobierno y a menudo se presentaba él en persona, para observar si había indios o no. Ya tenía listo a todo el personal para ocupar la isla y para hacer una fábrica propia, con su mayordomo, etc., y estaba *segurísimo* de esto. Pero Dios lo confundía siempre y no le permitió el cierre de esta misión, que hubiese sido un grave daño para todos estos pobres salvajes. Protegidos de modo especial por María Auxiliadora, cada vez que este iba o mandaba a ver si había indios en la misión, encontraba siempre un aumento en el número, y nunca podía lograr su cometido. Algunas veces, los indios habían llegado recién, después de una ausencia de muchos días.

No le quiso entregar a los salesianos los indios sacados de la Tierra del Fuego, y prefirió arrancar de sus padres a los niños y repartirlos entre los habitantes de Punta Arenas, y dejar a los hombres y mujeres abandonados a su suerte, para que se murieran en la miseria. Esto fue así, en realidad, porque deseaba que no hubiese más indios en la isla Dawson para poder ocuparla rápido. Este era el motivo por el cual les hacía la guerra a los pobres salvajes.

La caza de las focas y una grave calumnia

El Gobierno chileno había prohibido la caza de las focas de doble pelo, por la gran matanza que se había hecho en poco tiempo, para que no se perdiese la raza. Una compañía de cazadores de focas, compuesta por unas quince personas, pocos años antes, volvía de una cacería de tres a cinco meses trayendo entre dos y tres mil pieles de este anfibio, las cuales se vendían a razón de una o dos libras esterlinas cada una. Pero, últimamente, después de mil penurias, apenas traía dos o tres pieles. El Gobierno prohibió la caza por algunos años bajo pena de multa grave a los contraventores.

La goleta *Auxiliadora*, propiedad de la misión salesiana, no se ocupaba más de la caza de las focas, porque, aunque hubiesen tenido voluntad de ir, no habrían tenido ni siquiera el tiempo de hacerlo, dado que tenían que llevar víveres a las dos misiones de San Rafael y la Candelaria. A pesar de esto, era muy vigilada por el gobernador S. Cada vez que la goleta iba a Dawson, seguramente, al día siguiente llegaba un barco del gobierno para ver si realmente había ido a Dawson o a cazar focas. El barco iba siempre a constatar que la goleta *Auxilia-*

dora estuviese en la misión. Cuando volvía a Punta Arenas de cualquier viaje, aunque hubiesen sido pocos días, se presentaban algunos guardias gubernamentales para revisarla, y nunca encontraron una sola piel de foca en todo el tiempo que la goleta *Auxiliadora* navegó en las aguas de Magallanes y la Tierra del Fuego. Y bien, ¿Quién lo creería? A pesar de toda esta escrupulosa y gran vigilancia que se le hacía, y que no se le encontraba la más mínima trasgresión a las ordenes gubernamentales con respecto a la caza de focas, igualmente, el gobernador S., con una imprudencia inaudita, hacía publicar en su diario *El Magallanes* que *la goleta Auxiliadora de propiedad de los salesianos andaba continuamente cazando focas, a pesar de la prohibición del Gobierno, burlando así la ley de la República, llevando a cazar a todos los indios de la misión de San Rafael, y que los comerciantes de Punta Arenas debían aceptar el precio de las pieles de foca que los salesianos imponían.*

Se necesitaba toda la audacia para publicar semejante calumnia en una ciudad donde los salesianos eran bien conocidos y donde desde el primero al último habitante podía dar fe de la falsedad de esta acusación. Ningún comerciante podía asegurar haber comprado pieles de foca a los salesianos. Pero la piedra se había lanzado y, si en Punta Arenas se reían de la desvergüenza del gobernador S. en afirmar esa acusación, en la Capital de la República y en muchas otras ciudades de Chile, la piedra fue recogida por varios diarios anticlericales y repercutía más y más veces hasta el hartazgo, tanto que el asunto fue llevado a las Cámaras de Diputados y de Senadores y discutida con mucha vehemencia, con grave daño para los pobres e inocentes salesianos y para la religión. Estos se vieron en la necesidad de protestar con energía por esta calumnia y pedir al Gobierno que se hiciese una *investigación* por el mismo juez de Punta Arenas, para que se supiera si esa denuncia era verdadera o falsa.

Después de muchos reclamos, el Gobierno accedió y nombró para tal fin al juez de Punta Arenas, el *señor Waldo Seguél*, muy amigo del gobernador. El juez, muy en contra de su voluntad inició la investigación, y no se ocupó demasiado de esta. No se presentaba ninguna acusación de ningún individuo, ni siquiera del mismo gobernador S., el más interesado en hacer ver a los salesianos como culpables en este asunto. Prueba clara de la inocencia de los salesianos. Pero el juez, en vez de terminar rápido la investigación y de dictar sentencia, ¡la prolongó a lo largo *de siete años*!, hasta que después, ha pedido de los salesianos, el juez mandó a *sobreseerlos* por falta de delito y pruebas. Pero esto ocurrió cuando nadie ya recordaba la calumnia difundida para dañarlos y ningún diario se hizo eco de esta decisión del juez de Punta Arenas. De modo que los salesianos quedaron ante la opinión pública y ante el Gobierno mismo, bajo la imputación de haber infringido la ley sobre la prohibición de la caza de focas y de haberse enriquecido mediante la venta de pieles de estos animales.

Otra calumnia que hizo mucho daño a los misioneros

Con el emplazamiento de las dos misiones de San Rafael en la isla Dawson y de la Candelaria en la Tierra del Fuego, teniendo que construir tantas casas para los indios, escuela e iglesia, etc., y proveer de víveres y ropa a cerca de mil personas privadas de todo, y habiendo, además, sufrido los dos colosales incendios que destruyeron la gran iglesia de Punta Arenas, de reciente construcción, y todas las casas de la misión de la Candelaria, los salesianos se vieron en un momento devorados por las deudas, al punto de no saber cómo seguir adelante. Recurrieron a los superiores de Turín, pero también estos no estaban pasando por un buen momento y poco podían ayudarlos. Se recurrió a la caridad pública de la Capital

de la República, Santiago, y algunas cosas comenzaban a llegar. Los negociantes de Punta Arenas, que hasta ahora nos habían suministrado víveres y materiales de construcción a crédito —¡obligándonos a pagar un interés del *18 por ciento anual*!—, por miedo, quizá, a que no les pudiésemos pagar más, dejaron de entregarnos por un tiempo lo que necesitábamos, al extremo de no darnos más crédito (¡ni siquiera de *2 liras*!, que era el valor de compra de algunas escobas en el negocio de Stubenhrauch). El gobernador bien sabía las tristes condiciones en la cual nos encontrábamos y, lejos de compadecerse, se burlaba, publicando en el diario *El Magallanes* que los salesianos *¡teníamos más de un millón de pesos!*, lo que fue motivo para que disminuyesen las donaciones, ya escasas, que las buenas personas hacían para socorrer a nuestras misiones.

Era aquella una dura prueba a la que nos sometía el Señor para hacer resaltar mejor el trato amoroso de la divina Providencia y, al mismo tiempo, hacer conocer a todo el mundo que esta obra de la civilización y cristianización de los salvajes era *obra de Dios* y no humana, porque a pesar de tantas contrariedades y persecuciones, la obra debía de triunfar brillantemente. Contra toda la providencia humana, la ayuda no tardó mucho en llegar, y se pudieron pagar todas nuestras deudas y las misiones prosperaron, sin ser interrumpidas. ¡Viva Dios y nuestra Madre Celestial María Auxiliadora!

¡¿El amigo de los indios?! ¡Qué ironía!

El señor gobernador, para hacer creer al público que quería a los indios y los protegía, pero en realidad para *hostigar y molestar* a los misioneros que los cuidaban, hizo publicar en su diario *El Magallanes* que había nombrado a un señor que cuidaría de los indios y este sería llamado *El amigo de los indios*. Naturalmente, este *amigo* no prestaba su servicio *gratuitamente*, sino que percibía un *salario* de la gobernación (*de 200 pesos mensuales*) sin ganárselo. Hubiese sido mejor que no se ocupase de los indios, porque, de hacerlo, era solamente para dañarlos. Los amigos verdaderos de los indios eran, sin duda, todos los misioneros salesianos, que dedicaban toda su vida a ayudarlos, sin retribución alguna. Pero el gobernador fingía no conocer el beneficio que los misioneros hacían a los salvajes, y por su desprecio, nombró a una persona para que fuese *El amigo de los indios*, ¡como si ninguno pensara en ellos! ¡Una verdadera ironía!

Este *amigo*, de nombre *Canales*, a menudo venía a la misión de San Rafael y con palabras agradables y en nombre del gobernador, trataba de sacar de la misión a todos los jovencitos mejor educados y robustos para después distribuirlos a su gusto en ciertas familias de Punta Arenas, donde no reinaba el respeto a Dios y los pobrecitos se encontraban expuestos a miles de peligros de perder sus almas. Lo consiguió varias veces, pero después, al conocer el engaño de este *falso amigo*, los misioneros se opusieron enérgicamente, amenazándolo, pues si volvía con sus perversos designios a esta misión, lo azotarían con justa razón. No volvió más. Pero con esto se ve hasta donde llegaba la malicia del gobernador S.

Miseria en la Tierra del Fuego

(Diario de Buenos Aires)

La Nación, de Buenos Aires, publicó en el mes de septiembre de 1895 lo que sigue:

Hemos dicho que en los días pasados, por falta de lugar en el barco *Villarino*, no ha podido venir una tribu de indios onas, que está en *Ushuaia*, capital Argentina de la Tierra del Fuego.

Nos referiremos a una nota original que el jefe de la Policía de aquel territorio envió al gobernador, y este envió al Ministerio del Interior, en la cual se demuestra cómo

aquella desgraciada gente fue salvada de una muerte segura en el campamento que se había formado a dos millas del puerto de *Harberton*.

El jefe de Policía, señor Ramón Cortés, partió de Ushuaia en la *ballenera Cabo de Hornos*, de matrícula chilena, ofrecida gratuitamente por su propietario el señor Luis Fique, con dirección al puerto de Harberton, para llevar ayuda a los indios.

Frente a punta San Juan, encontró al señor Bridges, que le dijo que los indios se encontraban en peligro de morir de hambre y frío, y lo siguió en su embarcación.

Llegó al puerto designado al día siguiente, luchando con el viento y el mar tormentoso, y se dirigió enseguida al lugar donde estaba la tribu, en las cercanías del bosque, sobre un terreno cubierto de nieve.

Puedo asegurarle, señor gobernador, dijo el funcionario citado, que en tantos años que sirvo en este territorio, muchas veces he tenido ocasión de ver con mis propios ojos cuadros muy tristes, pero jamás un espectáculo similar. Eran un montón de seres humanos demacrados y desnudos. Uno llorando la muerte de su pequeño, que no había podido resistir a la inclemencia del tiempo, mientras otros se revolcaban sobre el suelo húmedo de las chozas destruidas, acercándose al triste fuego hasta quemarse.

En el extremo de una choza estaba acostado sobre un montón de ramas un niño de unos ocho años, con su cara escuálida y amarillenta que mostraba síntomas de agonía. A su lado, se encontraba su madre en un estado tal de desesperación, que parecía que se había vuelto loca: lloraba, reía, gesticulaba, acompañando sus movimientos con gritos angustiantes. Le brotaba abundante sangre del pecho, de los brazos y de las piernas, a causa de los cortes que se había hecho con un pedernal afilado, según las costumbres de las mujeres onas para demostrar su gran dolor.

Es cierto, señor gobernador, que si nuestra ayuda no hubiese llegado pronto, estos desgraciados hubiesen muerto, porque habían acudido a un último recurso para alimentarse, comiendo los restos podridos de una ballena, que hacía más de un año que se encontraba muerta en la costa cercana.

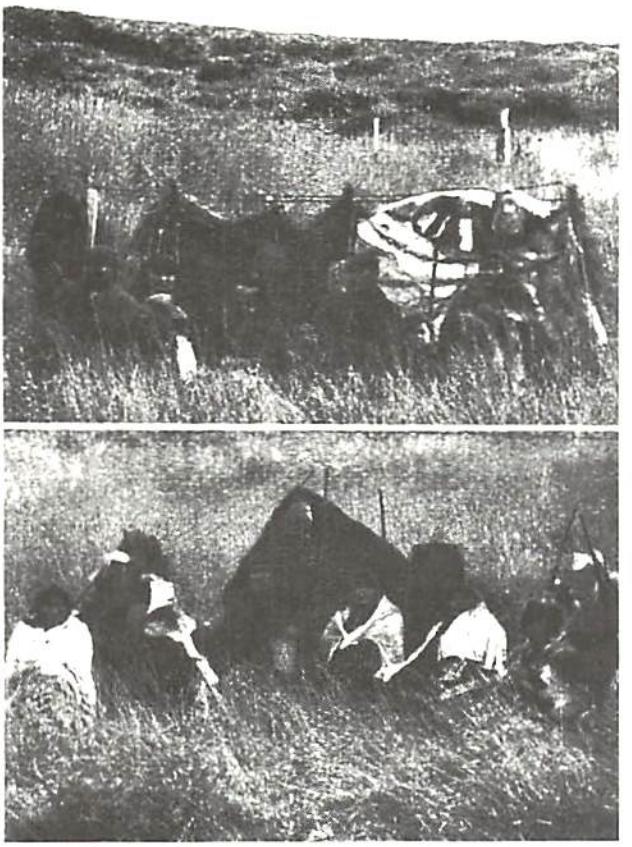
Al final de la nota, estaba este otro párrafo como complemento del cuadro descripto:

V. S. me conoce, sabe de la buena voluntad que siempre he tenido para servir y la que mis subalternos han demostrado para secundarme, pero creo mi deber decir a V. S., no para mí, sino para ellos, que hay serio peligro en repetir una comisión como la efectuada, porque no hay voluntad capaz de resistir sin protestar a tanto sufrimiento y privaciones, máxime teniendo en cuenta la calidad de la gente empleada a mis órdenes en la policía.

Once días tardaron los expedicionarios en volver a Ushuaia con los indios, teniendo que dejar a diez en el establecimiento del señor Bridges, porque estaban enfermos.

Algunas observaciones a propósito

1.º El diario en cuestión no dice el motivo de la miseria de los pobres salvajes onas de la Tierra del Fuego. Esta se debe reconocer por la invasión de aquellos terrenos por los codiciosos europeos, que obligan a los pobres salvajes a abandonar su propia tierra, donde abunda la caza, obligándolos a refugiarse en lugares donde no hay nada que cazar y ni siquiera leña para el fuego. El mismo señor Bridges, del cual se habla arriba, hijo del exministro protestante inglés del mismo nombre, el cual recibió por donación del Gobierno argentino, nada menos que *40 000 hectáreas* de terreno en las cercanías de Harberton (como compensación de su misión evangélica protestante inglesa en Ushuaia), para usar para la ganadería, con bosques frondosos, de los cuales obtiene buena madera, lejos de socorrer a



Toldos de los indios onas donde no hay bosque. Tierra del Fuego.



Aserradero a vapor (externo), misión de San Rafael en la isla Dawson.

los pobres indios, no los quiere tener en su tierra.

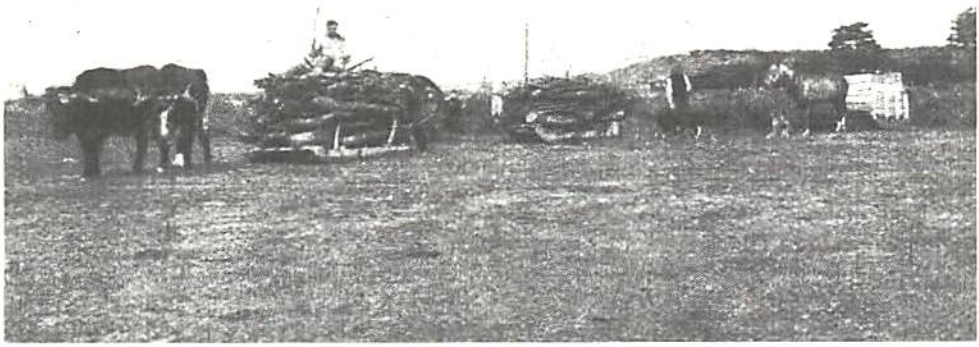
Este les da trabajo a algunos jóvenes que son muy hábiles, pagándoles, pero a los viejos, las mujeres y los niños que son incapaces de trabajar no los ayuda. Muy diferente es la acción de la misión católica de los salesianos. Esta les da a todos, indistintamente, alimento ropa y vivienda cerca de la misión (y de preferencia a los enfermos y a los que no pueden trabajar), además de la educación civil y la instrucción religiosa que imparte a todos, y en particular, a los niños, que los aloja *gratuitamente* como pupilos en sus colegios. La misión protestante inglesa fue ayudada por mucho tiempo por la Sociedad Bíblica, mientras que la católica de los salesianos debía contar solamente con las donaciones de los benefactores privados. La misión protestante no hizo nunca escuelas para los niños. No les enseñó nunca a los indios la lengua del país, que es la española y se esforzaban por enseñar la lengua *inglesa.* Todo se reducía a hacer comercio con los indios, vendiéndoles artículos de vestir o alimentos, en compensación por su trabajo, o a cambio de arcos, flechas u otras curiosidades. Quien llevaba estas cosas a la misión, recibía a cambio alguna ropa u otra cosa. Quien no podía llevar nada, no recibía nada.

El ministro protestante Bridges renunció como pastor evangélico y se hizo pastor de ovejas. Pidió y obtuvo del Gobierno argentino, como arriba se dijo, *40 000 hectáreas* de terreno en el lugar llamado Harberton y allí fundó su estancia. Los hijos del ministro compraron otros terrenos en las cercanías de Harberton y cerca del río Fuego, donde establecieron otra estancia, llamada *Viamonte.* La totalidad del terreno que poseen los hermanos Bridges supera las *ciento veinte mil hectáreas*, con más de *medio millón de ovejas*, y una gran cantidad de ganado bovino y equino. Fabricaron bellas casas, con todas las comodidades de la vida civil. ¡La misión evangélica anglicana protestante, en pocos años, les ha procurado un espléndido bienestar y una fortuna colosal!

Una visita a la isla Dawson. Impresiones de bienvenida. Progresos de la misión. Descaro increíble de diarios sectarios. 400 o más salvajes alojados

Punta Arenas, 8 de mayo de 1896

Estoy de regreso de la misión de San Rafael, en la isla Dawson, adonde he ido a hacer los santos servicios de ejercicios espirituales. Esta misión está bendecida propiamente por el cielo y cada día está más floreciente. Allá se puede comprobar que la obra de nuestros hermanos misioneros y de las hermanas de María Auxiliadora no es ineficaz. Mientras más aumenta el número de indios alojados, se hace más sensible y consoladora la benéfica influencia que produce sobre ellos la educación religiosa. Estos 400 o más indios antes vagaban por los campos y bosques como bestias, desnudos y privados de todo, sin un lenguaje que los pudiese relacionar con el pueblo civilizado y sin leyes que frenaran sus pasiones. Ahora, en cambio, están vestidos decentemente, viven en casas cómodas, saben hablar una lengua civil, trabajan, respetan las cosas de los demás y son religiosos. ¿No es esta, amado padre, una prueba contundente de la saludable obra que sus hijos en la misión de San Rafael son capaces de hacer, gracias a la enseñanza y a la práctica de la divina religión, que por sí sola basta para amansar el corazón de los salvajes y hacerlos sociables? Sí, la práctica de los preceptos de nuestra santa religión es el termómetro más preciso, con el cual medir la altura de la cultura que se imparte a los pobres indios, y en la isla Dawson, puedo asegurarle, este termómetro marca muy alto, porque las confesiones son siempre muy numerosas y los que toman la santa comunión en las principales fiestas alcanzan, o quizá sobrepasan, el centenar, sin tener en cuenta a los



Modo de transporte, Dawson, misión del Buen Pastor.



Tres buenos jovencitos alacalufes de la misión de San Rafael: Ángel Fabbiani, Miguel Rua y Felicita Bisio, que volaron al cielo después de una vida muy edificante

niños, que viven como pupilos en el oratorio. 400 personas, como lo son ellos, me parece un número significativo. Y no se puede creer que asistan a los santos sacramentos, sin ni siquiera saber de qué se trata. Yo estuve con muchos de ellos, confesé a un buen número, y por eso puedo decirle que están bien instruidos en los misterios de nuestra santa religión, saben cómo deben recibir los sacramentos de la confesión y la comunión como cualquier civilizado, y se someten a estos con verdadera convicción.

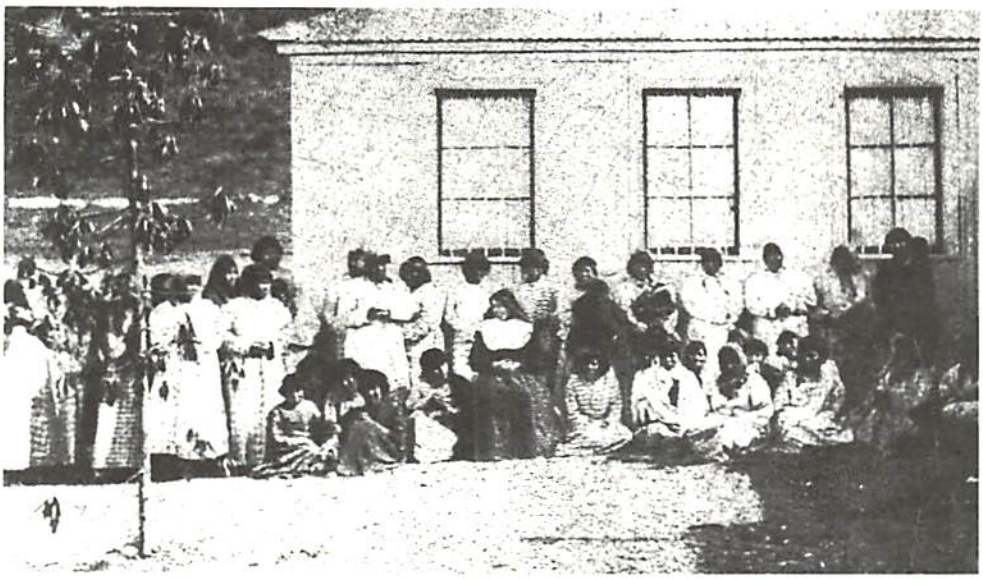
Estas son mis impresiones sobre los progresos de nuestra misión, la cual espero que continúe creciendo. *El hombre enemigo del Evangelio* (*el diablo*) hace de todo para hacer fracasar nuestra obra, pero nosotros, fieles a María Auxiliadora, despreciamos todas sus artes malignas y no le tememos. Con María Auxiliadora hemos triunfado y triunfaremos en el futuro.

Un diario sectario, en estos últimos días, tuvo la osadía de publicar, que los hijos de Don Bosco, después de siete años de trabajo en la misión de Dawson, no han civilizado todavía a ningún salvaje, y que por lo tanto esta misión es inútil. ¡Qué imprudencia! ¡Se necesita cerrar los ojos, o no tenerlos, para no ver la luz en pleno mediodía! Pero no ignoramos el motivo por el cual se publicó semejante calumnia contra nosotros. Son personas interesadas en establecerse en esa isla, para poder explotarla a su gusto y por cuenta propia. Mientras estén los salesianos ocupándose de los salvajes, estas personas no pueden ocupar la isla. Por eso le hacen la guerra a la misión, difundiendo calumnias, para que el Gobierno retire el permiso que nos ha dado para ocuparla por veinte años, con la esperanza de adueñarse de la isla. No perderemos el ánimo por esto, oh amadísimo padre, pero con coraje continuaremos en esta obra de nuestra salvadora con la divina ayuda, y cuando hagamos cualquier cosa más de lo posible, repetiremos para nuestra consolación el *servi inutiles sumus* del Evangelio. ¡Mientras tanto, oraremos a Dios para que quiera iluminar ciertas pobres mentes egoístas, que juegan en la densa oscuridad y en las sombras de la muerte, con los pobres salvajes del bosque!

Sacerdote Maggiorino Borgatello

Isla Dawson. La superiora general de las hermanas de María Auxiliadora visita la misión de San Rafael y de la Candelaria (1896)

El 1.º de julio de 1896, la misión de San Rafael en la isla Dawson era toda alegría y fiesta. Los indios, estos pobres hijos del bosque, acá refugiados y transformados por la caridad de los misioneros en un pueblo civilizado y creyente, plenos de júbilo, esperaban a la superiora de las hermanas de María Auxiliadora, la reverenda madre Caterina Daghero, que llegaba para visitar los trabajos de las hermanas en la misión. El recibimiento no solo fue cordial y solemne, sino mayor, marcado por la característica de un amor filial, tanto que una madre no hubiese podido esperar una prueba más grande de amor. Estos buenos indios superaron toda expectativa. La superiora se quedó con ellos cinco días. Visitó cada familia en sus casitas. Asistió a la distribución de la carne, harina, porotos y arroz que se daba cada día para su alimentación a todas las familias. Visitó la escuela, los talleres de los niños, de los jóvenes, de las mujeres y de los hombres. Vio con maravilla trabajar a los indios con una gran máquina de cortar madera, como bravos operarios. Asistió también, no con poca conmoción, a una academia músico-literaria, dada por los jóvenes en su honor, y no solo en lengua castellana, sino también en italiano. Distribuyó un centenar de vestidos entre las mujeres y unas cuarenta mantitas a las niñas, y todos por la gran alegría que sentían, saltaban, aplaudían, reían y lloraban. Era un espectáculo conmovedor. Para aumentar la



Mujeres fueguinas civilizadas en la misión San Rafael, Isla Dawson.

alegría general, monseñor Fagnano quiso administrar el santo bautismo a 23 mujeres y a una niña de casi 12 doce. La superiora hizo de madrina de todas, imponiendo a cada una el nombre de óptimas colaboradoras salesianas, las cuales tendrán así una nueva protegida que orará por ellas en modo especial. Fue un día paradisíaco para todas estas mujeres.

Las nuevas cristianas pasaron de la iglesia al comedor de la casa de las hermanas, donde los educandos estaban con las maestras y con la superiora misma que, para festejar, les servían en su casa para hacerles honor. Era la mesa de la más noble caridad. ¡Era el festejo de los primeros cristianos! En la mañana siguiente, se hizo un oficio religioso solemne en honor de María Auxiliadora, con una numerosa comunión general. Todo fue muy exitoso y la superiora, muy satisfecha por el progreso de aquella misión, partió el 5 de julio, de nuevo para la Tierra del Fuego, para visitar la misión de la Candelaria. También en la misión de la Candelaria, la reverenda madre Daghero tuvo un espléndido recibimiento, no inferior al que tuvo en Dawson, y pudo constatar el progreso de la misión, a pesar del poco tiempo de fundada.

Una grave desgracia. Incendio de la misión Nuestra Señora de la Candelaria

El 12 de diciembre del año 1896, en la misión de Nuestra Señora de la Candelaria, situada en la Tierra del Fuego, estallaba un formidable incendio, del cual nunca se pudo conocer la causa. Este fue ayudado por un fortísimo viento, que nunca falta en este lugar, y en menos de media hora, redujo a cenizas todos los edificios de esta bella y grande misión, después de apenas tres años, que con tantas dificultades y gastos se había fundado. ¡Fue un daño material de casi *ciento sesenta mil liras*! Pero lo peor fue que los pobres misioneros y los indios alojados allí, tuvieron que sufrir hambre (por haber perdido todos los víveres) y muchas privaciones. Esta es la carta en la que se daba la triste noticia al superior don Rua de esta desgracia:

Punta Arenas, 26 de diciembre de 1896
Amadísimo señor don Rua:

Esta es mi última carta para usted en 1896, amado padre. ¡Oh! ¡Cómo quisiera poder darle noticias buenas y consoladoras que alegren su ánimo paterno! Pero esta vez ni siquiera puedo cumplir con mi buena voluntad, porque me toca narrarle un feo ataque que *el eterno enemigo de las almas* hizo a nuestra misión de la Candelaria de Río Grande, para desanimar a nuestros hermanos y hacerlos desistir de la santa empresa de evangelizar a estos pobres salvajes. Sí, buen padre, en la Tierra del Fuego, la lucha entre el bien y el mal es tremenda y feroz, y el demonio, desterrado por los misioneros hasta en lo más íntimo de su dominio sobre estas tierras, bufa y pone en marcha todos los medios de los que puede disponer para reconquistarlo. Y no pudiendo, con su astucia, trata de arruinarnos en lo material, lo había intentado aquí en Punta Arenas, y lo logró en la Candelaria, quemando toda la misión. Así fue como ocurrió. Señor don Rua, no hago más que transcribir fielmente lo que me comunicó el director de la Candelaria, don Fortunato Griffa.

El día 12 de diciembre, a la una y media de la tarde, no se sabe cómo, se prendió fuego la casa de las hermanas de María Auxiliadora y, en menos de una hora, se redujo todo a cenizas. Todo el edificio grande de madera destinado a las hermanas, a las mujeres y a las jóvenes indias, la iglesia, la casa de los salesianos, el hospicio de los jovencitos. ¡Todo fue reducido a cenizas!

¡¿Cómo describir el pánico de los misioneros, de las hermanas y de los indios, que fueron espectadores de esta gran ruina?!

Los indios, especialmente espantados al ver semejante incendio, gritaban y lloraban con desesperación. Esos momentos terribles eran para perder la cabeza. Se trató por todos los medios posibles extinguir el fuego, y los indios demostraron gran predisposición e hicieron una especie de *rescate* de las cosas que se podían transportar, así fue posible salvar de las voraces llamas, algunas cosas de primera necesidad. Sin embargo, es casi nada comparado con todo lo que se han devorado las llamas. Dos grandes casas y una magnífica iglesia de un valor total de $80 000, o sea, más de *160 000 liras italianas*, ¡sin tener en cuenta las infinitas dificultades y sacrificios de casi cuatro años de trabajo!

Y ahora, acá estamos de nuevo, en el desierto, sin casa y sin medios de subsistencia, rodeados de una multitud de indios siempre famélicos, que nos piden pan y ropa. Pan material y pan espiritual, ¡y nosotros estamos imposibilitados de cumplir!

Es por cierto bien angustiante nuestra situación, pues últimamente hemos recibido 165 indios, sin contar aquellos que son nómades, indecisos todavía de cuándo será el momento en que se quedarán para siempre con nosotros.

¿Qué hacer? ¿Debemos abandonarlos a todos, ahora que han hecho tantos progresos en el estudio de la religión y de la civilidad? ¿Debemos retirarnos de esta misión que tanto promete para la iglesia y para la civilización de estos salvajes, y por el bien de la sociedad? No debe ser así, la Providencia lo remediará.

Mientras tanto, con las pocas chapas de zinc, medio quemadas, construimos dos cabañas, una para las hermanas y las indias, y otra para nosotros y para los indios, a los cuales trataremos de mantenerlos con ánimo. ¿Pero, cómo haremos para vivir? Si la Providencia no viene en nuestra ayuda, este invierno moriremos todos de hambre y frío.

Escriba, queridísimo director don Borgatello, a monseñor Fagnano y a don Rua, para que puedan ayudarnos a tiempo. ¿Quién sabe?, ¡quizá la voz del amadísimo, nuestro superior don Rua, despierte entre nuestros donantes de Europa, algunas almas generosas que estén a favor de esta infelicísima misión! Hágame esta gracia, señor director, porque usted tiene más medios

de comunicación con el *viejo mundo* que yo, y Jesús tendrá como recompensa la adquisición de más almas para el paraíso.

Esto, amado padre, es cuánto me escribió el queridísimo don Griffa, y yo, muy feliz de poder ayudarlo de cualquier manera, me dirijo a Vuestra Reverendísima, y de cuánto sé y puedo, le suplico y le pido que tome en consideración seriamente la crítica situación de esta misión, recomendándola en modo particularísimo a nuestros queridos benefactores. Cualquier mínima donación, sea dinero, objetos, alimento o ropa, puede ser vital para nuestra misión, y yo confío que serán muchos los que cooperarán, privándose de cualquier cosa, para ellos superflua, para ofrecerla a la salvación de las almas de más de un centenar de salvajes.

Mientras tanto nosotros, privando de algunas cosas a esta misión de Punta Arenas, hemos comenzado a enviar a la Candelaria, algunos utensilios de cocina, los más urgentes; telas para vestimenta; cubiertas de lana para dormir y 100 bolsas de harina.

Ver a nuestros queridos hermanos y también a las hermanas de María Auxiliadora muy resignados y bien dispuestos a continuar trabajando en esta misión, aunque tengan que sufrir mucho, crea, señor don Rua, que me da mucha alegría y la certeza de que el Señor nos mandará la ayuda necesaria.

Mientras tanto, ore, amado padre, y haga orar mucho por todos estos hijos de la Tierra del Fuego, porque después de todo esto, el demonio no duerme, sino que ahora trabaja mucho más.

Nota importantísima

Terminada esta carta y pronto a partir, recibí otra carta de don Griffa, en la cual dice que los salvajes del bosque ahora se aprovechan de nuestra crítica situación para dañarnos de cualquier modo. Una banda, hace unos días, invadió la misión y robó todo el ganado, 59 animales que constituían el único recurso de vida para nuestros misioneros. No obstante esto, de los 165 indios que viven en la Candelaria, hasta ahora, ninguno abandonó la misión. Es más, en estos últimos días vinieron otros. Por lo cual, ahora hay más de 200 indios. ¿Qué será de ellos?

Otra voz de la misión de la Candelaria

(Carta de Sor Luisa Rufino, directora de la misión femenina)

Misión de la Candelaria, Río Grande,
1.º de marzo de 1897

Reverendísimo señor don Rua:

Hace ya casi tres meses que estamos en continúa angustia por el futuro de esta atormentada misión de la Candelaria. El frío aumenta cada día más y nosotros no tenemos todavía dónde refugiarnos. Dos cobertizos improvisados, donde penetra el viento y la lluvia, son uno la vivienda de los misioneros salesianos y 46 jóvenes indios y el otro, el de las hermanas de María Auxiliadora y 41 jovencitas indias. Además, alrededor de nosotros, hay otros 300 indios adultos, que no quieren irse de la misión, a pesar de que el director Griffa les dio permiso por necesidad. En medio de la desgracia, es muy satisfactorio, sentir el gran afecto que nos demuestran estos pobres salvajes. Si viera, señor don Rua, cómo se han convertido en indulgentes con nosotros. No tenemos con qué cubrirlos, y ellos no se lamentan. No tenemos para distribuir las raciones diarias de comida, como se hacía antes y ellos no dicen nada. Nos compadecen y prefieren sufrir con nosotros, en vez de andar vagando por el bosque y el desierto.

Esto, sin embargo, buen padre, no nos desliga del deber de proveerles ropa, casa y víveres, a esta pobre gente. Más bien, su afecto nos obliga a hacerlo lo antes posible. El invierno avanza a grandes pasos y, entonces, ¿qué será de nosotros? ¿Qué será de

estos pobres jóvenes y jovencitas y de estos queridos salvajes, que están hoy en día mal hospedados y peor vestidos? ¿Debemos verlos debilitarse por el frío y por el hambre, y nosotros, impotentes por no poder ayudarlos, languidecer junto con ellos?

¡Oh, buen padre don Rua! ¡Si la voz de los misioneros no ha sido suficiente para llegar al corazón de los buenos colaboradores y colaboradoras salesianos, le ruego agregue esta, de una hermana que sufre inmensamente en medio de estos infelices salvajes! ¡Oh! Dígales a estos valientes promotores de la gloria de Dios y de la salud de las almas que vengan rápido en nuestra ayuda, que nuestra necesidad es extrema. Es cuestión de vida o muerte; vida, no solo material, sino también espiritual, de tantos pobres salvajes. ¡Oh! ¡Cuántas almas quedarán sin poder salvarse, si por desgracia nos faltaran los medios y tuviésemos que retirarnos de este centro!

El director don Griffa se ha ido a Punta Arenas para ver si puede solicitar algunas cosas de aquellos misioneros, pero tenemos poquísimas esperanzas, porque ellos también están económicamente como nosotros. Pero igual nos han ayudado. Nuestra fe en la divina Providencia está vivísima. La que viste espléndidamente el lirio del campo y nutre a los pájaros que vuelan, y está en la generosidad y caridad de los buenos colaboradores y colaboradoras salesianos que nunca han faltado a la obra de Don Bosco.

La ingenua oración de cada día, de tantas tiernas almas recién regeneradas en el agua bautismal, sube al trono de Dios para implorar las celestes bendiciones sobre estas personas, para que las mueva la piedad sobre nosotros y confiamos mucho en que la ayuda de esta buena gente no faltará en esta tristísima circunstancia actual.

Perdone, buen padre, lo apasionado de este pobre corazón. Agradecida junto a todas mis queridas hermanas, nos recomendamos todas al Señor y a María Auxiliadora.

Su devotísima y obedientísima en el Señor.

Sor Luisa Rufino
Directora

La misión destruida resucita a una nueva vida

El Señor ponía a prueba la fe de sus siervos. No por eso se desanimaban en su obra de caridad en favor de los pobres salvajes. Sin pausa, se pusieron manos a la obra para la reconstrucción de la misión, sirviéndose de las pocas cosas que habían podido ser salvadas de las llamas, en espera del nuevo material, que en poco tiempo sería enviado desde Punta Arenas. Se eligió para la reconstrucción de la misión un lugar mejor, distante 9 kilómetros al norte del precedente, más próximo al *cabo Domingo*, vecino al mar, y esto por varios motivos. Primero de todo, para evitar el contacto de nuestros indios con la gente de la estancia de un señor,[75] que después de que nosotros establecimos nuestra misión sobre la costa opuesta del río Grande, puso su estancia justo frente a nosotros, lo que era un peligro constante para la moral.

Todo el bien que los misioneros hacían a los indios, con la instrucción religiosa y el buen ejemplo era sofocado por el mal ejemplo que recibían de la gente que trabajaba en ese lugar. La mayoría sin fe ni moral. Estos incitaban a los indios al perverso uso del alcohol y, de esta manera, los incitaban a rebelarse contra los misioneros. Muchos abusaban de las mujeres indias. La moralidad de los pobres fueguinos estaba muy oprimida. Los misioneros estaban demasiado preocupados por este tráfico indecoroso, de este constante ir y venir de los indios a la estancia mencionada y de los

75. Se trata de la estancia Primera Argentina, de José Menéndez. (N. del T.)

trabajadores de esa estancia a nuestra misión. Lo que hubiese terminado por corromper enteramente a los hombres, mujeres y niños. Pero no sabíamos cómo remediar tan grave inconveniente. Quizá Dios había permitido este daño material con el incendio de la misión para que se alejaran de la causa del desorden y se ayudara al bien espiritual de las almas confiadas a nuestro cuidado, y lo logró de este modo, alejando para siempre el problema.

La misión ganó mucho al haber sido trasladada a ese lugar, más lejos del puerto, quedando liberada de tanta visita inoportuna y peligrosa. De este modo, los indios se vieron pronto más protegidos y más cuidados. En segundo lugar, se eligió ese sitio porque allí había abundancia de agua cristalina de vertientes, buena pastura para los animales, terreno seco y más fértil, y también, porque estaba reparado de los fuertes vientos dominantes, por medio de un largo y alto barranco. Donde se encontraba antes, faltaba el agua buena, había pantanos y estaba expuesta a todos los vientos, porque se ubicaba sobre una planicie, circundada de fosas llenas de agua estancada, que constituían un peligro continuo para los animales. Al principio, con el apuro de construir la misión, se había buscado la proximidad del puerto, sin tener en cuenta otra cosa. Además, se había pensado en evitar cualquier sorpresa de parte de los salvajes, eligiendo un puesto elevado y sin estorbos de cualquier clase, para dominar con la vista todo el entorno de la misión. Pero ahora que se podían remediar todos estos inconvenientes, se concretó el traslado.

Se bendijo por consiguiente al Señor que había permitido el mal, para obtener un bien mayor. Había permitido el mal material para obtener un gran bien moral y también un bien material. No todas las desgracias traen daño. Adiestrados por la experiencia, esta nueva misión no se fabricó como una sola unidad, como la anterior. Las casas fueron separadas unas de otras, con notable espacio, y la iglesia se aisló también, de modo que si se producía cualquier incendio de una casa, no se propagaría el fuego a las otras. Es un poco molesto, en especial en invierno, el tener que salir a la intemperie para trasladarse de una casa a la otra. Por ejemplo, de la escuela o el taller, pasar al refectorio, al dormitorio o a la iglesia. Pero es una buena prevención, que nos pone al reparo de tener que llorar más adelante, el día menos pensado, la total destrucción de la segunda misión. De hecho, una vez se incendió la cocina, pero ningún otro edificio sufrió daños. Las familias de los indios vivían por separado en varias casitas cerca de la misión. La nueva misión no se pudo construir con tanta elegancia como la primera, por falta de medios. Pero el Señor la bendijo de más.

¿Por qué la misión se llama Candelaria?

Por un voto hecho a María Santísima en reconocimiento de su paternidad y protección, cuando liberó de una muerte segura a don Antonio Ferrero, primer director de la misión de San Rafael en la isla Dawson, el 2 de febrero de 1889, cuando este se debía embarcar en Punta Arenas con víveres y animales para ir a fundar aquella misión.

Así fue como sucedió el hecho: una vaca salvaje molestada por los perros y herida corría furiosamente por la playa, atrás del pobre don Ferrero. Cuando ya estaba a sus espaldas, este se tropezó con su propio hábito y cayó a tierra El animal, en vez de atropellarlo, como se suponía, continuó su carrera desenfrenada pasándolo y dejándolo intacto. Don Ferrero, había invocado la ayuda de María Santísima Auxiliadora. Como la misión de Dawson tenía ya el nombre de San Rafael, se pensó en darle a la próxima misión, el nombre de Nuestra Señora de la Purificación, llamada en América del Sur de la Candelaria, en memoria de este hecho que había ocurrido justamente en la Fiesta de la Purificación de María, el 2 de febrero.

Fue una bella gracia de María Auxiliadora, no solo por la protección de la persona de Don Ferrero, sino también porque, si hubiese muerto, se hubiese tenido que suspender la fundación de la misión hasta no se sabe cuándo, porque no había ninguna otra persona disponible para reemplazarlo.

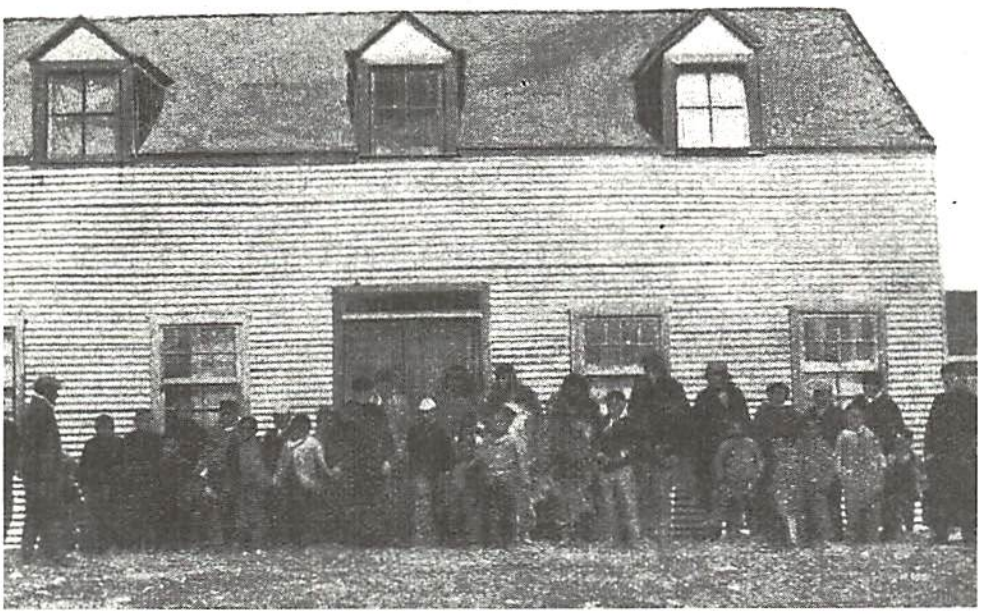
La vida de los misioneros entre los salvajes de la Candelaria y de San Rafael

Para que se tenga una idea de la vida de los pobres misioneros, especialmente, en los primeros años, tanto de la misión de San Rafael como, en particular, de la Candelaria después del incendio, narro lo que vi con mis propios ojos. En el colegio de la Candelaria había ochenta jóvenes internos de entre siete y doce años. El maestro era entonces don Juan Zenone, ayudado por el director, en aquel tiempo, don Fortunato Griffa, y más tarde, por el maestro don Guillermo del Turco. Don Zenone daba clases a los jóvenes dos horas a la mañana y dos horas a la tarde en un salón relativamente chico y bajo, donde se respiraba un aire saturado de feo olor, realmente pestilente; pero, además, estos también ayudaban en la iglesia y en el refectorio, que era igualmente pequeño y con el mismo olor feo (porque los indios emanan continuamente de su cuerpo un olor salvaje y hediondo, semejante al olor de la foca o de un cuerpo en putrefacción, muy desagradable al olfato, y que a veces estimula el vómito). Los maestros debían dormir en el mismo dormitorio donde los salvajes dormían, para asistirlos durante la noche. Lo mismo les pasaba a las hermanas de María Auxiliadora con las jóvenes.

¿Cómo era el dormitorio? ¿Cómo eran los lechos? El dormitorio de los jóvenes era una habitación en planta baja, no lo demasiado grande como para contener a ochenta chicos. A falta de camas y de espacio para colocarlos, se ponían sobre el piso muchas ramas (de un arbusto de follaje fino llamado *mortilla*) sobre todo el piso, con un espesor de 15 cm. Sobre estas, se colocaban a los niños, unos cerca de otros, envueltos cada uno en una cubierta de lana o de piel de guanaco. Todos estaban alineados y donde estaban los pies de los de la primera fila, se apoyaba la cabeza de aquellos que estaban en la segunda fila. Donde estaban los pies de la tercera fila, apoyaban la cabeza los de la cuarta fila, y así sucesivamente. Cuando todos estaban acomodados y la habitación estaba enteramente ocupada, el asistente se acostaba en un ángulo, sobre un catre, en el que tenía como colchón un cuero de oveja.

Si en los otros salones, donde los jóvenes estaban poco tiempo durante el día, el olor se hacía insoportable, ¡imagínense en estos dormitorios, donde debían pasar toda la noche! Se debe agregar que parte de estos jóvenes, sea por debilidad o sea por pereza para levantarse del lecho para hacer sus necesidades naturales, encontraban más cómodo hacerlas en el propio lecho. A pesar de que se mantenían abiertas las puertas grandes y las dos ventanas, el olor era sofocante al extremo. ¡El *sudor* impregnaba el piso! De modo que cada mañana, el maestro asistente o el mismo director, con tridente en mano, debía tirar afuera todo ese inmundo montón de ramas, para que el sol y el viento las secara, para después poder volverlas a poner a la noche en el dormitorio y las cambiaban solamente cada 8 días, porque esta planta escaseaba. Era tanto el mal olor que salía de aquel dormitorio que con solamente pasar adelante de la puerta abierta, aunque sea una distancia de 10 o 20 metros, se necesitaba recurrir a un pañuelo para taparse la nariz si uno no quería que se le revolviera el estómago.

En la iglesia, cada vez que los indios iban para las funciones sacras, también dejaban un hedor tal que se necesitaba abrir puertas y ventanas todo el día y lavar el piso. Incluso con todo eso, no se lograba nunca hacer desaparecer el olor, porque pe-



Primeros indios onas hospedados en la misión Candelaria; delante de la casa. Tierra del Fuego.

netraba en la madera del piso y de la pared. Qué decir, además, del tener que presenciar sus costumbres poco urbanas y de poca educación, su poca delicadeza en la limpieza, en el comer, en el tratar a otras personas, etc. Vi una vez una mujer que tenía en brazo a un niño de pocos meses y masticaba algo extraño, porque le salía de la boca una baba oscura verde amarillenta. Le pregunté qué hacía. Como ella no podía responderme porque tenía la boca llena, me respondió su hija, diciendo: «Mastica tierra y jabón para hacer espuma y con eso lava el cuerpo de su niño». «¡Buen hallazgo! — dije para mí. ¡Lo propondré de ejemplo a mis amigos!».

A un indio que tenía mucha tos le di un emplasto *Bertelli* para que se lo aplicase sobre el estómago. Enseguida lo mordió para comérselo, pero cuando lo tuvo entre los dientes no lo podía deshacer, por lo que gritaba *«¡Lèpsòn! ¡jèpsarè!»* (¡malo, malo!). El *aceite de ricino*, que a los niños europeos les disgusta tanto y lo miran con horror, los niños indígenas, en cambio, lo toman con placer y lo beben a sorbos para sentir bien el sabor, y se tomarían una botella entera si uno les diese permiso. Todo lo que sea aceite y grasa les gusta mucho. Se diría que el *paladar* y *el olfato* de los indios son bastante distintos del de los europeos. Muchas cosas a las cuales los europeos le sienten feo gusto y olor pésimo, a los indios, en cambio, les gusta. Como por ejemplo, las carnes putrefactas de las ballenas, de las focas, de los pingüinos o los huevos, incluso con el pollo adentro. Rarezas como estas se ven a cada momento. Pero poco a poco, con la paciencia de los misioneros que los instruyen, estos pobrecitos van aprendiendo, hasta que se vuelven civilizados y bien educados. Pero mientras tanto, no deja de ser un grave sacrificio para los pobres misioneros.

Isla Dawson. Aumento de indios

El Boletín salesiano del mes de mayo de 1897 publicaba:

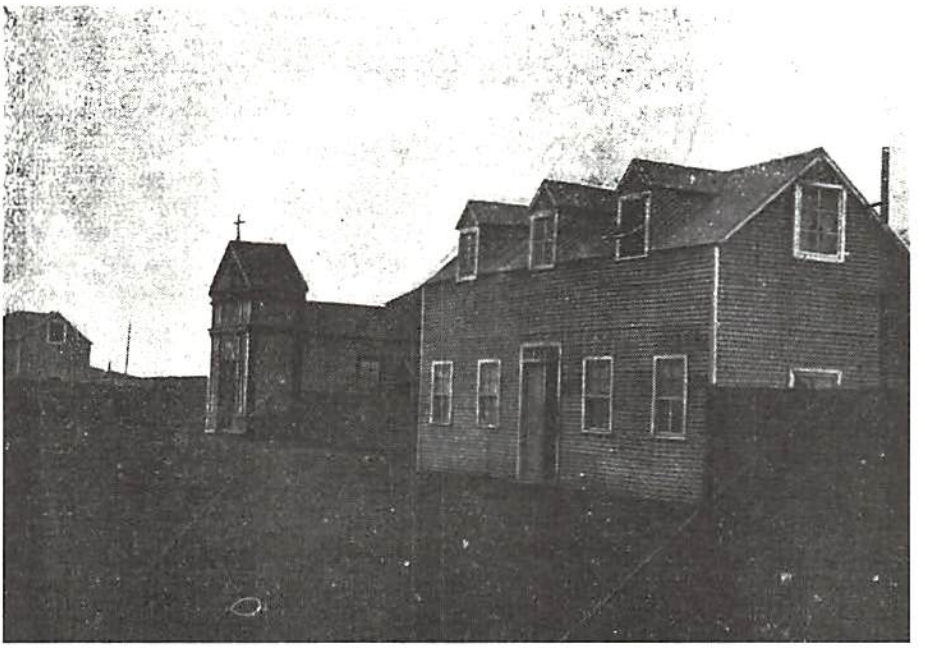
> En la misión de San Rafael continúan aumentando los indios. La última semana de febrero pasado, la autoridad de Punta Arenas mandaba 10, y el 2 de marzo, nada menos que 60 de una sola vez. Estos fueron apresados en la isla grande de Tierra del Fuego mientras les robaban animales a los propietarios (...) y mejor para ellos que fueron entregados a los misioneros. Los pobrecitos estaban en un estado más salvaje de lo que se puede imaginar, y el primer trabajo de los misioneros fue lavarlos y cubrirlos, porque se encontraban en un verdadero estado adámico. Aumentó así el número de indios y aumentaron en proporción las necesidades de las misiones, y por esto, nuestros queridos hermanos, mientras hacen tal anuncio, apelan en forma sentida, a todos los buenos colaboradores y colaboradoras salesianos, para que puedan en su caridad recordar a estos pobres salvajes, que son también redimidos en la sangre preciosísima de nuestro Señor Jesucristo.

Visita a la isla Dawson. Vida de los indios civilizados. Admirables progresos

Primero fui a San Rafael, ¡¿cuántos progresos encontré desde mi última visita de hace unos seis meses?! Al lado de la plaza donde está la iglesia, vi que se había construido un lindo hospital con dos grandes salas, que ya pueden prestar un buen servicio, en caso de necesidad. Al lado de la casa para las hijas de María Auxiliadora, había una casa para las viudas y para las solteras. Un poco más lejos, muchas nuevas casas para los indios. También un aserradero a vapor, que trabaja incesantemente, para dar los materiales para construcción, y lo que más me impresionó es el lugar donde se trabaja la lana. Allí están ocupadas todas las mujeres y jóvenes indias.



Iglesia de la Candelaria con un grupo de personas de la misión.



Misión de la Candelaria.



Misión salesiana de la Candelaria, Tierra del Fuego.
Director don Crema y comisario de Policía.

Que bello espectáculo ver a estas pobres criaturas, de aspecto salvaje, trabajando con tanta inteligencia en este taller. Están las que lavan la lana, quienes la escardan. Otras tejen mantas para las camas, paños para hacer sus vestidos, gorros para las mujeres y ponchos para los hombres. Los hombres trabajan en el aserradero o cortando árboles y transportándolos hasta el aserradero, para hacer calles y otros trabajos. Las jóvenes internas del hospicio de las hermanas hilan la lana, muy sutilmente, para tejer medias, camisetas, mantas y ropa interior. Lo hacen con tanta perfección que no se distinguen de los hechos en Europa.

El gobernador provisorio, señor Mariano Guerrero Bascuñán, enviado del Gobierno superior para todo lo que es del Territorio, sabiendo de mi visita a Dawson, tuvo la amabilidad de poner a mi disposición el Transporte Nacional *Casma*, y de acompañarme él mismo a la misión. Desembarcó junto con el comandante Luis Silva Lastarria y quiso visitar todo. Quedó muy satisfecho por la dirección que se le había dado a la misión. Visitaron las escuelas, los dormitorios, los talleres de carpintería, zapatería, panadería, la *curtiembre* que se hizo para preparar el cuero necesario para nuestras misiones y el aserradero a vapor. Siempre con palabras de gran elogio y de verdadera satisfacción, por la disposición y el orden de las misiones. Fue muy agradable la impresión que tuvieron en el taller de las jóvenes, al verlas trabajar con tanta habilidad y escucharlas responder con mucha franqueza a todas las preguntas que ellos les hicieron, y no cesaban de hablar del encomiable sacrificio de las hermanas y de los salesianos que se ocupan de estas misiones.

Estos señores partieron después de haber tenido un modesto refrigerio en nuestra compañía, y yo me quedé para los ejercicios espirituales y me di cuenta del verdadero progreso espiritual de estas almas, que es lo que buscamos después de todo. En este tiempo, he podido ver cómo oran y con



Indios onas civilizados en la misión candelaria con Sofía la Negrita, Tierra del Fuego.

cuánta devoción adhieren a los santísimos sacramentos de la confesión y de la comunión, tanto los jóvenes del colegio, como las niñas que están con las hermanas. Todos los días hay muchas comuniones, pero el domingo, siempre es muy solemne, porque la comunión, se puede decir, es general. Después del trabajo, los hombres se reúnen en una sala para recibir las instrucciones religiosas del sacerdote Antonio Grosso y de los hermanos Scikora, Asvini, Tarable y Raimondi. Además, tienen algunas lecciones de nomenclatura de la lengua española y algunas nociones de aritmética. Es un placer asistir a la salida de la escuela de estos bravos alumnos. Lo hacen, precisamente, como lo hacen los niños de los colegios primarios de las ciudades y de los pueblos. También gritan de alegría y se dan a la carrera, siguiéndose unos a otros hasta que llegan a sus casas, donde sus madres ya les han preparado la cena.

También la mujeres tienen instrucción religiosa todos los días en la casa de las hermanas, desde las dos hasta las tres de la tarde. Después, trabajan en el taller, dirigido también por las mismas hermanas y, de este modo, se logra que se alejen de sus casas para aprender y dejen la costumbre de estar al lado del fuego todo el día, y así no están expuestas a la insidia de cualquier indio. En los días que estuve en esta misión, me satisfizo plenamente la dedicación que tienen las hermanas para enseñar a cada uno la parte que les toca: Sor Juana Valgimigli, ayuda a las mujeres, enseñándoles el modo de cocinar, de tener limpia la casa y los muebles; sor Antonieta Taparello, les enseña todo lo que tiene que ver con el telar, los cantos de la iglesia, y otras tareas de la casa; sor Arcángela Marmo, se ocupa de atender todo lo de la escuela de las niñas, sus talleres de calzado, tejido, entre otros, y también de sus dormitorios, y sor Catalina Dabbene y sor Herminia Sánchez, se ocupan de la sastrería, que es la única que provee todas las ropas necesarias para la misión, sea para los hombres como para las mujeres.

Es este un verdadero pueblo de campo que consta de 450 personas, a las cuales se les debe dar todo: víveres, ropa, instrucción, educación, además de infundirles la idea de la civilización cristiana y acostumbrarlos al trabajo, que suelen rechazar por naturaleza. Hay algunos jóvenes más grandes, educados en nuestras misiones, que formarán quizá su familia con jovencitas educadas por las hermanas. De ellos esperamos, en un tiempo no lejano, un buen resultado, viéndolos trabajar en provecho de ellos y de la misión, la cual hasta ahora depende solamente de usted, pobre señor don Rua, y le tengo que confesar, sinceramente, que se me estruja el corazón cada vez que debo incomodarlo con mi frecuente pedido de ocho o diez mil liras en oro. Quiera el señor estimular a alguna alma buena para que nos dé su generosa ayuda para poder salvar alma y cuerpo de estos salvajes, y con esto, poder darles ropa, comida, mantenerlos y darles una ocupación. Tanto las personas, como las sociedades que han obtenido terrenos del Gobierno ahora sacan a estos pobres infelices por la fuerza de sus propias tierras, para sacarles provecho con la ganadería, y los salvajes se vengan, apoderándose de animales que pastan en las tierras donde vivían sus padres. De aquí nace la guerra feroz entre civilizados y salvajes, en la que estos últimos terminan siempre muriendo frente a las armas de los primeros. ¡Oh! ¡¿Quién, entonces, no querrá ayudar a nuestra obra, que tiene como objetivo poner fin a esta lucha sangrienta, conservar una raza de hombres que está por desaparecer de la faz de la tierra y conducir a tantas miles de almas hacia Dios?!

Misión de la Candelaria. Las habitaciones improvisadas después del incendio. Frío y hambre. Avance de la civilización. Proyectos y cómo se pueden realizar

Debo hablar todavía de otra misión que tiene los mismos objetivos de esta, pero que

sin duda está más necesitada de la caridad de los buenos. Me refiero a la misión de la Candelaria, que fue destruida por un voraz incendio en diciembre del año pasado. Me trasladé a aquella misión apenas terminé la visita y los ejercicios en Dawson. Con la ayuda que usted me ha mandado, he podido alquilarle a la Casa de Comercio Whallen y Compañía, un pequeño y viejo vapor llamado *Biene*, de 200 toneladas y cargado de víveres, caballos, tablas, y chapas de zinc (lo necesario para reconstruir la misión). Junto con don Griffa, el coadjutor Coffré y dos carpinteros a sueldo partimos de Punta Arenas el 25 de junio pasado. Se embarcaron también dos hijas de María Auxiliadora: sor Teresa Bragutti y sor Rosina Massobrio.

El viaje se podía hacer en treinta horas, ¡pero el mal tiempo nos tuvo en el mar casi cinco días! Llegamos en la mañana del 30. El aire helado y el suelo congelado nos congelaban las piernas. Vinieron a recibirnos: don Beauvoir, que se encontraba en una misión por la Tierra del Fuego, y don Zenone con todos los jovencitos indios que estaban viviendo en la casa de la misión, que eran casi 56. Subimos unos dos kilómetros y fuimos a la casa improvisada después del incendio. ¡Oh! ¡Cuánto me estruja el corazón ver tanta desolación en una estación del año tan rígida! Sin embargo, nuestros misioneros y las hermanas de María Auxiliadora estaban contentos y alegres. Imagínese dos casuchas, las paredes y el techo hechas con chapas, todas quemadas y llenas de agujeros. ¡Se hará una idea de cómo viven desde hace casi siete meses! Un cobertizo de 6 m por 4 m, sin piso, con dos puertas y una ventana, y una infinidad de agujeros por donde entra el viento, el polvo y la lluvia, servía de capilla a la mañana, de escuela para los niños y de refectorio para los misioneros. Una carpa baja, abierta por todos los lados, servía de sala para el catecismo, de refectorio, de recreación para los niños y de depósito de leña. La casa y la capilla de las hermanas eran del mismo estilo, pero un poco más reparadas, aunque también tenían agujeros en el techo, por los cuales se podían ver bien las estrellas todas las noches, con un frío que



Misión salesiana de la Candelaria vista a vuelo de pájaro, Tierra del Fuego



Misión salesiana de la Candelaria vista a vuelo de pájaro, Tierra del Fuego

hacía descender la temperatura a 10 y 15 °C bajo cero.

Nuestra llegada fue para ellos una verdadera Providencia, ya que desde hacía unos días les faltaba pan y otros alimentos. Las hermanas lloraban de alegría, porque ya no sabían cómo seguir adelante: desde hacía algunas semanas sufrían hambre. Di rápidamente orden para que se comenzaran los trabajos para la nueva casa. Se ha elegido otro sitio un poco más reparado del viento, entre el cabo Sunday (Domingo) y el cabo Peña, con un terreno aledaño para la ganadería. Espero que para fin de este mes se pueda habitar. Aquí todo se construye en madera y no es de maravillarse si se construye en poco tiempo. Los indios de la Tierra del Fuego, que se muestran tan bravos con los habitantes de los alrededores, con nosotros parecen mansos corderos, esto es debido a que ellos son tratados bien y aquí no se molestan a sus mujeres. Da placer verlos ir civilizándose de a poco, especialmente, los niños y las niñas, bajo el amoroso y paciente cuidado de los misioneros y de las hermanas. Los adultos son cariñosos con sus hijos, pero están muy contentos de dejarlos con los misioneros, porque los ven bien tratados, bien vestidos y ven que aprenden a hablar y tratar con los civilizados.

Los queridos niños ya recitan muy bien las oraciones en lengua española y también en latín. Cuando están en la capilla, parece que estuvieran en uno de nuestros colegios. Estudian con ganas el catecismo e incluso ahora se están preparando unos cuarenta para la primera comunión. Las jovencitas tienen mucha disposición para cualquier clase de trabajo femenino. A los jovencitos, se trata de habituarlos a la vida de la ganadería. Esto estará más acorde a su forma de vida al aire libre, en el campo, porque además los ayuda a mantener su salud y les da el medio para ganarse la vida. En este momento, no les faltaría la tierra. Sería necesario introducir animales para la cría, antes de que vengan otros a apoderarse de estas tierras, con peligro de vida para ellos mismos. De este modo, también podríamos comenzar a trabajar la lana, para darles una ocupación a las mujeres, como ya se hizo en Dawson, y proveerles la ropa necesaria para vestir a estos indios y a tantos otros que vendrán a la misión.

Su número aumenta en forma continua. Solo pocos días antes que yo llegara a la Candelaria, habían estado tres indios pidiendo refugio para ellos y para todas sus tribus, que eran unos 100 individuos. Urge, por consiguiente, atender las necesidades del presente, pero conviene pensar en el futuro de tantos indios. El proyecto arriba expuesto sería más sencillo y de mayor utilidad. ¡Oh, amado señor don Rua! ¡No se canse de explicarles a nuestros queridos colaboradores y a todos los buenos cristianos, la causa de esta importante misión! Recordemos que es el sueño más dorado de nuestro inolvidable padre Don Bosco. Si a veces parecen demasiados grandes los sacrificios que por esto debemos hacer, recordemos que están dirigidos directamente a conseguir para Jesucristo, miles y miles de almas como precio de su preciosísima sangre.

La alegría que muestran nuestros queridos hermanos y las hermanas de María Auxiliadora de la Candelaria, en medio de toda clase de tribulaciones, la buena voluntad y el amor que los indios demuestran por la vida civil cristiana, y la ingenua y fervorosa oración que cada día alzan al Señor para sus benefactores valgan de estímulo a todos los buenos, para que se impongan cualquier privación, a fin de socorrer a estos pobres misioneros salesianos de la Candelaria.

Sacerdote José Fagnano
Prefecto apostólico

Una visita al pueblo de los onas. Impresiones

Partí de Punta Arenas el 11 de noviembre en compañía del indio Silvestro Canales Alacalufe y después de una hora y media de camino a caballo, alcanzamos el río Seco al norte de Punta Arenas. Aquí embarcamos en el vapor *Amadeo*, directamente a *San Gregorio* y de ahí a *Río Grande*, en la Tierra del Fuego.

El viaje por el estrecho de Magallanes no podía ser más agradable y encantador: el mar tranquilo y el horizonte sereno hacían atrayentes aquellas áridas costas. Pasando cerca de *punta Anegada*, cerca de la primera angostura del Estrecho, veíamos los últimos restos del vapor trasatlántico *Corocoro*, naufragado sobre la playa fueguina pocos meses antes, mientras llevaba una carga de minerales chilenos hacia Europa. Era, en efecto, nuevo y de una capacidad de tres mil o más toneladas. Este naufragio me recordó a muchos otros que eran tragados todos los años por las aguas de este Estrecho por los peligrosos remolinos, debido a las piedras que no se pueden ver. Entrando en el océano Atlántico, el *Amadeo* fue directamente a la desembocadura del *río Grande* sin inconvenientes de ninguna clase. Pude celebrar la santa misa a bordo, a la cual asistió el capitán, dando un buen ejemplo a todos los marineros, y a un buen número de pasajeros que asistieron. Era domingo, fiesta del patrocinio de María Santísima.

En la desembocadura se debió anclar para esperar que el flujo de agua aumente en el río Grande, para que se pudiese entrar y proseguir el camino hasta llegar al puerto. Después de algunas horas de espera, con la marea alta, el *Amadeo* entró lentamente y con gran temor y precaución, para no dar con cualquier piedra o banco de arena, como por desgracia suele suceder. Por fortuna, estaba ya cerca del puerto donde debíamos desembarcar cuando, por la bajada de la marea, el vapor quedó en seco y debió quedar allí hasta la próxima suba de la marea. Después de tres horas, el *Amadeo* quedó en un lugar totalmente seco, por lo cual, bajamos a pie y pasamos el lecho del río.

En la costa nos esperaban el director de la misión, don Fortunato Griffa y algunos indios con caballos, para conducirnos a la misión. Llegamos en una hora, siempre cabalgando por un sendero plano, seco y protegido por la barranca. Los otros hermanos y los indios vinieron a nuestro encuentro para darnos la bienvenida en la entrada del pequeño pueblo. Fui rápidamente circundado por una multitud de avispados niños y de salvajes adultos. Estos últimos, vestidos con sus hábitos indios. Una simple piel de guanaco, que no cubría más que la mitad de su cuerpo. Tanto los hombres como las mujeres son de alta estatura, oscilando la media entre 1,74 m y 1,80 m, no faltan algunos que llegan casi a los 2 m, verdaderos gigantes. Son lampiños y los pocos pelos que le nacen sobre la cara se los arrancan, como también los pelos de las pestañas y de las cejas. Me hicieron mil preguntas: quién era, de dónde venía, cómo me llamaba, si me iba a quedar para siempre con ellos, si les traía regalos y otras cosas por el estilo. Se veía la inocencia y el candor en sus rostros, especialmente en los jovencitos. Yo estaba sorprendido de tantos signos de bon-

dad. Sonreía y respondía a algunos, como mejor podía, regalándoles algunas chucherías. A los niños, dulces; a los jóvenes o más grandes, pelotas de goma; a las mujeres, espejitos y adornos de vidrio y perlitas para hacer collares, por las cuales se vuelven locas, pues sustituyen los que tienen hasta ahora, que son de conchillas, que llaman en su lengua *C'éms*, o pequeños huesos de pájaros que llaman *Kóten*. Me hice rápidamente amigo de ellos y también ellos me regalaron una gran cantidad de arcos y flechas que llevé a nuestro museo de Punta Arenas. Estos indios onas son mucho más alegres que los alacalufes y más expansivos, y da placer tratar con ellos. Los alacalufes o indios de canoa son taciturnos, tristes, parecen siempre ofendidos y no inspiran confianza. De hecho, no se puede confiar mucho en ellos porque son traicioneros y ladrones. Los onas bromean, ríen de corazón y fuerte, con toda ingenuidad y sin fingir. Son, también, más trabajadores que los alacalufes.

Visita a la misión y al terreno aledaño

Visitando la misión, pude observar con sorpresa y maravilla que nuestros queridos hermanos, en pocos meses, hicieron prodigios. Fabricaron ya cuatro casas que, por el momento, resultan suficientes para las necesidades de la misión: en dos de ellas están hospedados los misioneros, con sesenta jovencitos salvajes y en las otras dos, las hermanas de María Auxiliadora con sesenta y dos indiecitas. Tanto los niños cómo las niñas, son casi todos huérfanos, ya que sus padres fueron asesinados por los cazadores de indios. Sería mayor el número, si la influenza (gripe) no hubiese llevado a muchos al otro mundo. Ahora, todos los que quedan están gozando de plena salud. En la misión, ya son más de 25 familias de indios casi civilizados, y todos juntos superan los 250, formando así un verdadero pueblo de campo. Falta todavía la iglesia, pero esperamos que la Providencia nos provea el material necesario para poderla construir, al menos para el próximo invierno.

Los progresos de las jovencitas educadas por las hermanas son maravillosos, mucho más si se considera la capacidad de esta gente, el poco tiempo que llevan viviendo en la misión y su poca costumbre de trabajar. Los sacramentos de la confesión y comunión son tomados todos los domingos con verdadera devoción, y yo mismo me doy cuenta del gran bien que se les hace. Es loable, por consiguiente, el mérito de los misioneros y de las cinco hermanas que tanto trabajan y se sacrifican por una obra tan grande, aunque poco apreciado por el mundo. De esto se trata la educación de los niños y de las niñas salvajes. También los jóvenes trabajan y estudian, pero no sorprende a los visitantes, porque su trabajo es en el campo y no se aprecia. Los hermanos don Zenone, Ferrando y Pablo Ronchi los entrenan muy bien.

Aprovechando el tiempo libre, el 19 de noviembre quise visitar todo el territorio concedido provisoriamente por el Gobierno argentino a nuestra misión. Me acompañó nuestro pastor inglés, Bertrán, y recorrimos casi 20 000 hectáreas, siempre a caballo. Salimos de la casa a las 9 de la mañana; nos dirigimos en primer lugar al *cabo Domingo*, después, al *río Chico*, a *Carmen Silva* y de allí fuimos hasta el *cañadón de la Mala Noche* y alcanzamos nuevamente el río Grande (donde se había construido la antigua misión que se quemó) cerca de las 4 de la tarde.

En la ruina de la antigua misión se había construido una pequeña casucha con algunas chapas de zinc, rescatadas de las llamas, y allí vivía un indio pastor con Juan Ferrando. Cuando partimos de la Candelaria a las 9 de la mañana, habíamos tomado solamente una taza de café, y después de haber hecho una cabalgata de más o menos siete horas, sentimos hambre. Ni Imaginar, entonces, cuánto placer tuvimos al acercarnos a esa pobrísima casucha ennegrecida

por el humo, por dentro y por fuera, porque sabíamos que íbamos a encontrar a un amigo que nos iba a recibir bien. No fuimos desilusionados, pero fue de un modo demasiado curioso. El pastor indio y también Ferrando nos recibieron afectuosamente y rápidamente se dispusieron a preparar algo para comer. Tenían un poco de arroz cocido y pensaron en hacer una fritada con arroz y huevos. Ferrando le dio un canasto al indio, diciéndole:

—Ve a buscar algunos huevos de pájaros.

—¡Si debemos esperar a que vuelva con los huevos de pájaros para comer, sí que estamos perdidos! —dije rápidamente—. ¡Quién sabe cuándo volverá!

—No hay que tener miedo —respondió Ferrando—, es cuestión de pocos minutos, porque el campo está lleno de nidos de pájaros. —No había pasado más de diez minutos, cuando el indio volvió con un canasto casi lleno de grandes huevos de pavos salvajes (Kaiquenes). El arroz estaba ya caliente en la olla: Ferrando tomó dos huevos, los rompió y dejó caer sobre el arroz el contenido. De los huevos, cayeron dos pichones junto a un líquido rojo amarillento. Cuando me puse a protestar porque esos huevos estaban incubando, Ferrando, con un movimiento rápido de la cuchara mezcló estas cosas con el arroz y rió fuertemente, sin hacer caso a mis palabras. Tomó otros dos huevos, los rompió, e igual a los anteriores, estos también tenían pichones, y los volvió a mezclar en la fritada.

—No saben lo que es bueno —dijo irónicamente—, los huevos con pichones son los mejores. De hecho, los indios prefieren estos y no los otros. ¿Quieren probar? De lo contrario, el indio está listo para comerse los pichones si a ustedes no les gusta.

Diciendo esto, los agarró de la olla con la mano y se los dio al indio y este se los devoró medio crudos, en dos bocados. La fritada de arroz y huevos se transformó en algo rojizo como si tuviese sangre, y con un olor desagradable. Pero el hambre la hizo transformar en algo gustoso y la comimos toda, porque no había ninguna otra cosa para quitarse el hambre. Terminada la comida, el burlón de Ferrando se reía con ganas, por habernos hecho esta broma y decía:

—¿No les había dicho que los huevos con pichones eran los mejores? ¡Ahora lo saben también ustedes, porque los han probado y los encontraron muy sabrosos! ¿No es cierto?

—Dime con quién andas y te diré quién eres —le dije yo. ¡Por andar con estos salvajes, que comen cualquier cosa que encuentran, has aprendido a hacer lo mismo y quieres que todos hagamos lo mismo y nos transformemos también en salvajes como los pobres fueguinos!

Pero era hablar al viento, porque Ferrando continuaba riendo fuertemente. Verdaderamente, Ferrando comía cualquier carne que comieran los salvajes: coruros, ratones, zorros, etc., y lo hacía con mucho gusto. Cuando podía, les hacía comer esas carnes también a los civilizados para reírse después a sus espaldas. Es un tipo muy curioso, los indios lo quieren con locura.

El predio de la misión es sin duda el mejor de toda la Tierra del Fuego, por el terreno en sí y por su posición excepcional. Hay cinco pequeños lagos, todos con una circunferencia media de entre 5 y 6 km, cuatro son de agua salada y uno de agua dulce. Hay dos pequeños arroyos, uno que pasa a poca distancia de la misión, que tiene un largo de 5 m y 1 m de profundidad, y otro cerca del *cabo Domingo*, llamado *río Chico*, mucho más grande y profundo. Cerca de la casa y a lo largo de toda la barranca, hay muchas fuentes de agua cristalina, una de las cuales brota muy cerca de la misión, con un chorro grueso y muy limpio. Todo es plano, pero la pastura no es muy densa, ni muy tierna, debido al fuerte viento que sopla continuamente. El terreno es casi plano, con algunas pequeñas ondulaciones y colinas. El montecito más alto se encuentra cerca del mar y se llama *cabo Sunday* o

cabo Domingo, que tiene una altura de cerca de 80 m, que se mete un poco en el mar y parece un poco más alto de lo que es. No hay ni siquiera un árbol, ni un arbusto en todo el terreno. Hay una pequeña planta que es muy fina y que se extiende por la tierra y da un pequeño fruto dulce, como el enebro rojo, llamada *mortilla.* De esta se sirven los indios y también nuestros misioneros para hacer fuego y también lo usan como paja, para dormir sobre esta, como si fuese un colchón. La misión está a solo quinientos metros del mar, y se encuentra sobre una planicie, defendida del viento del oeste, que es el más dominante, por un alto barranco de cerca de diez metros de altura.

Arqueólogos y naturalistas en la isla Dawson. Progresos de esta misión. A la punta San Valentín (1898)

12 de enero de 1898

Volví a Punta Arenas el 24 de noviembre, y allí me encontré en los primeros días de diciembre con la nave *Belgique*, que traía una comisión de arqueólogos y naturalistas belgas que iban a explorar el *Polo Antártico.* Visitaron con gran placer nuestro pequeño museo territorial, el observatorio meteorológico y toda la casa, y vieron algunos indios onas, alacalufes y tehuelches, que están en casa. Nos dijeron que deseaban visitar nuestra misión de San Rafael y le pidieron al gobernador un pequeño vapor para ser transportados. Pusieron a su disposición la escampavía *Toro*, por lo cual, el 9 de diciembre, monseñor Fagnano me designó para acompañarlos y partimos hacia la isla Dawson. Debían venir todos, pero a última hora pudieron venir solo tres. Estos eran el doctor Federico A. Cook, el doctor E. G. Racovitza, naturalista, y el doctor Enrico Arctowsky. El primero, venía para estudiar el tipo onas y tomó muchos apuntes, medidas, fotografías, etc. El segundo, para estudiar la flora de esta región y recogió muchas plantas, flores, etc., y el tercero, para el estudio de la mineralogía y recogió varias piedras y piritas. Los tres eran muy gentiles y ocuparon muy bien el breve tiempo que tenían a su disposición. Estuvieron muy contentos de hacer esta visita.

Yo me quedé allí quince días para suplir al director don Bernabé, el cual, como buen arquitecto, era útil en Punta Arenas, para la dirección de los trabajos de la nueva iglesia, que estaba en construcción. En ese tiempo, con toda comodidad pude constatar los grandes progresos hechos en estos últimos dos meses. Fue mejorado el puerto de pasajeros ya existente y se agregó un muelle nuevo para carga y descarga de la mercadería con mayores facilidades. Está casi terminada la construcción del *matadero público*, el gran cobertizo de 50 m de largo por 14 m de ancho, debajo del cual se encuentran la sierra a vapor, los talleres mecánicos, los tornos, las maderas, etc. Los onas y los alacalufes, hasta hace poco tiempo ignorantes e incapaces, ahora trabajan muy bien y con amor. Conté unos *ochenta hombres* robustos, ocupados, parte en el aserradero, y parte en la tala de árboles del bosque cercano, en el corte en tablas y en el transporte de los troncos, con bueyes, hasta el aserradero. Otros llevan las tablas ya cortadas hacia el muelle, etc. Y todo esto es realizado con mucho placer. Todo es movimiento y vida. Han crecido también el número de casas para los indios y para las otras familias ya civilizadas. Se instaló, también, una curtiembre de pieles bovinas, donde trabajan los onas dirigidos por un maestro. Se hizo para ocupar a los indios, instruirlos y para utilidad también de la misión. En la isla, en la actualidad, hay prácticamente 70 casas y forman un verdadero pueblito, con iglesia, escuelas, masculinas y femeninas, hospital, taller de zapatería, carpintería y sastrería, máquinas de varias clases, horno para hacer el pan, etc.

En un gran salón, se junta un centenar de mujeres indias y, bajo la dirección de una hermana, aprenden a coser, hilar y tejer



Dawson. Trabajos en el bosque.

mantas de lana y hasta hacer prendas de vestir, por ejemplo, camisetas, medias, pantalones de franela y otras cosas. Estas pobres salvajes hacen maravillas, trabajan muy bien y con habilidad. Al mismo tiempo oran, cantan loas sagradas y están contentas. Todos también frecuentan con amor la iglesia y toman los sacramentos de la confesión y de la comunión con verdadera devoción. Comparando lo que eran estos infelices hace solo dos años, no se puede menos que exclamar: *¡Aquí está la mano de Dios!* En la fiesta de la Inmaculada se hicieron 130 comuniones y se llevó, solemnemente, en procesión la estatua de María Santísima Auxiliadora. ¡Gloria y gracia a nuestra buena Madre Celestial!

Tengo todavía otra noticia reconfortante para darle, amadísimo padre. En la punta norte de la isla Dawson, en el lugar llamado de *San Valentín*, distante unas 20 millas de la bahía Harris, donde está la misión de San Rafael, se está formando otro centro o pueblito. Hay unas casas y una pequeña iglesia que se bendijo y se inauguró el 19 del mes de diciembre pasado. La iglesia está dedicada al *Buen Pastor*, porque en ese lugar hay ovejas y pastores, que son de la misión. Allí se tiene la intención de poner una casa para jóvenes solteras, las que por desgracia abundan en este lugar, para tratar de ponerlas en el buen camino. La prueba ya dio buenos resultados y creo que de este modo se hará un gran bien. La primera joven hospedada aquí, de casi diecisiete años, fue mandada por el juez de Punta Arenas, porque fue apresada varias veces por robar algunas considerables sumas de dinero, y no se corregía con el castigo de la cárcel. Además, una jovencita de esa edad, no podía permanecer en la cárcel pública donde hay, en general, solo hombres de mal vivir. Recibida por las buenas hermanas del *Buen Pastor*, la joven se corrigió en breve tiempo, y ahora está casada con un italiano, con el cual se lleva muy bien y también se lleva bien con la sociedad. En la actualidad, en San Valentín, están las hermanas y algunas jovencitas de estas características (unas quince), junto con un sacerdote estable y con algunos de nuestros coadjutores y varios pastores.

El señor presidente de la República de Chile, doctor Federico Errazuriz, visita la misión de San Rafael en la isla Dawson

Punta Arenas, marzo de 1899

El día 12 de febrero pasado a las 10 de la mañana, el señor presidente de la República de Chile llegaba a Punta Arenas, a bordo del magnífico crucero *O'Higgins*, seguido de otra nave del gobierno, el *Zenteno*, y del transporte *Angamos*. La comitiva que honraba al señor presidente era la siguiente: el ministro de Culto y Colonización, don Ventura Blanco Viel, eminente católico; el señor ministro de Justicia y de Instrucción Pública; el ministro de Guerra y Marina; el expresidente del período anterior, contralmirante Jorge Montt; tres consejeros del Estado; dos senadores y diputados; un general; un coronel; el edecán de Su Excelencia; dos ministros de la Corte Suprema; el hijo del presidente; el secretario particular; el médico de Su Excelencia, el señor Carlos Silva Vildosola, colaborador salesiano, joven de mucho talento, corresponsal de tres diarios chilenos: *El Chileno*, *El Porvenir* y *El Ferrocarril*, otros personajes de importancia.

Como nuestro querido señor inspector, monseñor José Fagnano, no se encontraba en aquel momento en Punta Arenas, por haberse tenido que ir a Gallegos con don Fossati para tener una entrevista con el señor presidente de la República Argentina, el señor Julio Roca (allí tenemos una misión) y el señor ministro de Culto, doctor Amancio Alcorta, el abajo firmante, tuvo que representarlo en compañía del párroco don Maggiorino Borgatello.

Fuimos al puerto para saludar a Su Excelencia, el presidente de la República de Chile. Cuando bajó a tierra, una multitud inmensa de gente lo aclamó y lo acompañó hasta la casa de Gobierno, pasando entre numerosos ornamentos y banderas. Poco después, fuimos honrados con la visita del señor presidente con su séquito. Con satisfacción, visitaron nuestra casa, las escuelas, el Museo Territorial, el Observatorio Meteorológico, y la iglesia parroquial en construcción (casi a punto de ser terminada) que fue alabada por su arquitectura y belleza (trabajo de nuestro hermano don Juan Bernabé). Terminada la visita, pasaron a nuestro refectorio, donde tomaron un refresco. Don Pedro Marabini, director del Observatorio Meteorológico, leyó unos versos de bienvenida al señor presidente, escritos por él mismo, que le agradaron mucho por su expresión y elegancia, y despertaron unánimes aplausos. Estos versos fueron pedidos por el presidente para tenerlos como recuerdo de su visita a nuestra casa y a la ciudad de Punta Arenas.

Visita a nuestra misión de la isla Dawson

El día 13 de febrero a las 6 de la mañana, acompañé, junto con don Pedro Marabini y toda la comitiva chilena, al señor presidente en su visita a nuestra misión de Dawson, embancándonos en el transporte *Angamos*. La escampavía *Toro* había precedido a la comitiva para dar aviso a la misión de la visita al señor presidente, de modo que a la llegada de Su Excelencia todo estuviese en orden para recibirlo. La bandera chilena flameaba sobre los edificios y todos los indígenas se dirigieron alegres a la costa para saludar al digno representante de la Nación chilena. El panorama era encantador: sobre un fondo verde, circundado de montes cubiertos de bosques frondosos, se destacaban las pequeñas casas de los salvajes. De los labios de todos surgían, espontáneamente, estas palabras: «¿Quién podría ni siquiera imaginar que en esta extremidad meridional, donde imperan los vientos y donde el frío y la naturaleza hace estéril los campos, existan seres humanos de corazones magnánimos, que tienen por ideal y lema de su benéfica sociedad: *"La salvación de las almas y la civilización de los indígenas fueguinos"*?».



Visita del señor presidente de Chile Dr. Federico Errazuriz, a la misión salesiana San Rafael en la isla Dawson, 1899.

El señor presidente, acompañado del director de la misión don Juan Bernabé, visitó la casa y el colegio de los salesianos, los talleres y la escuela, y el taller femenino, bajo la dirección de las hermanas de María Auxiliadora, admirando el orden. Observó los cuadernos de los jóvenes y las jóvenes y se entretuvo hablando familiarmente con muchos de ellos. Una persona de la comitiva tomó varias fotografías de los indios y de los talleres. Los visitantes se llevaron de regalo varios objetos trabajados por los indios: arcos, flechas, cestos, mantas de lana, medias, ropa interior, etc., que fueron aceptados con sumo placer como recuerdo de la misión. Todos quedaron plenamente satisfechos del progreso de la misión, alabando el cuidado y el gran trabajo de los misioneros y de las hermanas de María Auxiliadora, haciendo votos por la prosperidad de las misiones.

Esa misma tarde volvimos a Punta Arenas en el mismo transporte *Angamos*. El señor presidente volvió a visitar nuestra casa de Punta Arenas al día siguiente, y se congratuló con monseñor Fagnano tanto por el progreso de la misión de Dawson como por la de Punta Arenas.

Sea todo para la mayor gloria de Dios.

Sacerdote Vittorio Durando

Con los fueguinos de la Candelaria. Progreso religioso. Refugio para los pobres inmigrantes

Punta Arenas, marzo de 1899

He regresado de la misión de la Candelaria, donde he estado 25 días, asistiendo y dictando ejercicios espirituales a los hermanos y visitando a nuestros indios. Las escuelas marchan discretamente bien; debemos conformarnos con poco si queremos conservar la salud de estos pobres indios, porque la vida sedentaria y el encierro les hacen mucho mal. Por eso, los tratamos de ocupar más bien en los trabajos materiales, al aire libre, para que crezcan más robustos. No quiero decir con esto que no aprenden nada.



Algunos indios onas de la misión Candelaria

No. De hecho, saben responder sobre el catecismo, historia sacra, geografía de su territorio, aritmética, sin contar la lengua española, que para ellos es algo nuevo. Esta lengua la comprenden todos, hombres, mujeres, niños y niñas. Los más pequeños la hablan poco, pero se hacen entender discretamente. Algunos saben ayudar en la santa misa. Todos en la iglesia oran en español, cantan loas sacras y, de este modo, esculpen en sus mentes conceptos y palabras en este lenguaje.

Visitando el taller de las mujeres y la escuela de las niñas, he encontrado mucho progreso en la fabricación de medias, ropa interior, camisetas, mantas de lana, mayor limpieza en la lavandería, en la escuela, en los patios. Todas están muy animadas y se portan bien. En los hombres y en los jóvenes, he visto mayor destreza en los trabajos encomendados: atender a los animales, conducir los carros, hacer cercos con postes y alambrados, cuidar las ovejas, esquilarlas, juntarlas, cuidar de las vacas, ordeñarlas, trabajar en la huerta, hacer el pan, trabajar en la carnicería, etc. De modo que algunos podrían ya trabajar en los grandes establecimientos ganaderos, si los que los dirigen tuviesen cierto cuidado por su condición física, porque son débiles, a pesar de su gran contextura. He notado progreso en la instrucción religiosa, haciéndoles preguntas colectivas e individuales.

Con placer, he notado que nuestras misiones sirven también de refugio, no solo a los indios, sino también a los pobres inmigrantes, que algunas veces por falta de trabajo, porque son víctimas de un naufragio o por enfermedad se quedan en nuestra casa. Los ayudamos en todo lo que podemos y los salvamos de la muerte. Desde hace tres meses se encuentra convaleciente en cama, en nuestra enfermería de la Candelaria, un tal Carlo Peruzzi, buscador de oro, de cuarenta y ocho años, originario de Maggianico (provincia de Milán), que sufre de reumatismo agudo en la espina dorsal. ¡Pobre hombre! Atacado de estos dolores en el sur de la Tierra del Fuego, se puso en viaje hacia el norte con dos compañeros, uno de los cuales se ahogó al querer vadear el río Grande. Los restantes pudieron llegar a nuestra misión implorando caridad. Se ayudó al sano, que era austríaco, para que

continuara su viaje en busca de trabajo. Pero el enfermo no podía andar más, por lo cual, se lo dejó en la enfermería, se le administraron remedios y se hicieron todas las curaciones posibles. Ahora comienza a levantarse, pero tendrá todavía para dos o tres meses, por lo menos. Como ve, querido don Rua, nuestras misiones cumplen una gran obra de civilización, en especial, en esta estación tan cruda, y son un bien, no solo por la predicación del Evangelio, sino también por la obra humanitaria que hacen. Por lo cual, para que se cumpla con tal fin, pedimos a nuestras congregaciones y a nuestros colaboradores que oren y que nos ayuden.

Monseñor José Fagnano
Prefecto apostólico

Misión de San Rafael en la isla Dawson. La fiesta de San Francisco de Sales. Nota de los trabajos hechos

Punta Arenas, 11 de febrero de 1943

Tuve el placer de pasar quince días en la misión de San Rafael, en la isla Dawson, desde el 22 de enero al 5 de febrero del corriente mes, que fueron para mí días en el paraíso. Visité todas las casas de la misión y aquellas que están distribuidas en toda la isla. Nuestros queridos hermanos, sustraídos de todo el mundo y siempre ocupados en sus trabajos con los indios, se alegran siempre cuando pueden ver a algún hermano de Punta Arenas o de otras partes. Pasé con ellos la fiesta de San Francisco de Sales. ¡Hubiese visto, amadísimo padre, qué esplendor en las celebraciones sacras! Celebré misa en medio de un coro de avispados niños indios, de bellas voces argentinas, que acompañaron una misa devota, bajo la dirección del hermano Pedro Savarino. El 31 de enero celebré otra misa en honor de nuestro venerado fundador Don Bosco.

Como estos hermanos no habían tomado nota de los trabajos hechos en la isla y del valor tanto para nuestra política como para cerrarle la boca a cierta gente insidiosa, que tuvo el coraje de decir que los salesianos no habían hecho nada hasta ahora para el progreso material de la isla Dawson, aproveché el tiempo libre que tenía y tomé nota de todo, hice de agrimensor, medí todo los cercos, alambrados, puentes, etc., y conté todas las cabezas de ganado. He registrado todo y encontré un capital muy considerable, que nuestros hermanos han invertido en los muchos trabajos a beneficio de la misión, tanto para ocupar a los indios como para mantenerlos. Una copia de este escrito estará en la isla de Dawson para el que lo quiera ver, y otra copia la enviaré a Vuestra Señoría Reverendísima, para que tenga una idea de los muchos trabajos hechos en esta floreciente misión, por nuestros hermanos ayudados por los indios. ¡Dios bendiga su sudor, *nunc et in perpetuum*!

El reverendo don Paulo Albera, representante del sucesor de Don Bosco, visita las misiones de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego

Febrero de 1901

El reverendísimo don Paulo Albera fue el encargado de visitar todas las casas salesianas de América, en nombre de don Miguel Rua, primer sucesor del venerable Don Bosco. Partía de Turín hacia fines de agosto de 1900 y llegaba a Buenos Aires el 16 de septiembre del mismo año, recibido con honores, no solo en esa ciudad, sino también en las casas salesianas de América que visitó. Llegaba a Punta Arenas a principios de febrero de 1901, acompañado de su secretario, don Calogero Gusmano. Su primera visita, después de la de Punta Arenas, fue a la misión de San Rafael en Dawson, y la segunda, la de la Candelaria, en la isla grande de Tierra del Fuego. El señor don Gusmano describe estas dos visitas en el *boletín sale-*

siano del mes de octubre y en el de diciembre de 1901.

Las peripecias de nuestro viaje y nuestra estadía en Punta Arenas

Tierra del Fuego, 20 de marzo 1901

¡Punta Arenas! Llegamos de noche y estaba ostentosamente iluminada, y nos hizo olvidar en un instante lo aburrido que fue el viaje en el *Jorkshire*, un vapor inglés que hace el viaje de Liverpool a Valparaíso, y que no pertenece a la compañía *Pacific Steam Navigation*. El vapor que debía hacer esta ruta fue mandado por el Gobierno al cabo de Buena Esperanza y la compañía tuvo que alquilar uno en desmedro de los pasajeros. Es una mole inmensa de 130 m de largo por 14 m de ancho: un barco de carga que *ab immemorabile* no recibe pasajeros, no muy limpio y mal servido en todo. Pero fue una Providencia, porque otro vapor quizá no hubiese resistido los tres días de tormentas que tuvimos. Eso decían algunos pasajeros que ya habían hecho más de una vez aquella ruta y que nunca se habían encontrado con una tormenta tan terrible. Es cierto que el presente impresiona más que el pasado, pero por desgracia fue cierto que el tramo desde Montevideo a Punta Arenas fue muy feo. Mientras el vapor en su marcha normal va entre 13 y 14 millas por hora, este no podía recorrer más que cuatro. Por lo cual, llegamos a nuestra meta con dos días de atraso.

Pero todo mal trae casi siempre unas migajas de bien y nuestro retraso nos dio satisfacción, pues pudimos celebrar la misa del domingo para los pasajeros. Parecía difícil, estando en un vapor inglés. Cuando se le preguntó al dueño de casa, nos dijo que a bordo de ese vapor nunca se había celebrado misa. Sin embargo, una señora lo pidió y obtuvo del capitán el permiso para que se llevara a cabo el rito sacro en el salón de primera clase. Supimos, después,



Reverendísimo don Paulo Albera. 2.do sucesor del venerable Don Bosco.

que era la prima de nuestro difunto don Ortuzar Camilo, redactor del *Boletín Español* y escritor de valiosísimas obras ascetas. Se recordaron, entonces, las virtudes de este hermano y su huida de Chile para no ser nombrado obispo y tantas otras anécdotas, que don Francesia ya ha descrito muy bien en la biografía de don Camilo.

Punta Arenas está sobre un suave declive que termina en la costa del mar y en la parte opuesta, está rodeada de pequeñas y exuberantes colinas y circundada por los ríos Minas al norte y Mano al sur. La Señora del Estrecho es visitada continuamente por un gran número de naves. Punta Arenas presenta todas las condiciones para trans-

formarse en un gran centro de comercio, el puerto franco atrae a negociantes de todas partes y se encuentran aquí las comodidades más refinadas de cualquier ciudad. Cuando monseñor Fagnano llegó aquí por primera vez, esta ciudad no contaba con más de mil personas, ahora alcanza las ocho mil: ingleses, alemanes, franceses, austríacos e italianos son los que forman la mayor parte de la población. Los chilenos son relativamente pocos. Sus calles son rectas y amplias, de no menos de 20 m de ancho y tres de estas calles, incluso, llegan a tener 50 m. Se comienza a ver uno que otro edificio en piedra y ladrillos. El resto de las casas son todas de madera, no se excluye de esto nuestro colegio. Los incendios están a la orden del día y se hacen más terribles por el viento continuo que domina la ciudad. No pasa una semana sin que no desaparezca alguna casa, y los lectores del *Boletín* saben cómo nuestra iglesia de Punta Arenas fue devorada por un incendio que fundió hasta las campanas.

Fue entonces que monseñor Fagnano decidió fabricar la nueva iglesia y ¿sabe cuánto costaron los primeros ladrillos? La fabulosa cifra de 300 liras los mil ladrillos. Ahora está casi terminada. ¡Si viera lo estupenda que es la iglesia! Tiene 48 m de largo por 18 m de ancho, con tres naves de estilo clásico, y todo es obra de nuestros hermanos. A parte de ellos, pocos han puesto manos a la obra: don Bernabé fue el arquitecto y nuestros hermanos coadjutores trabajaron de albañiles y carpinteros. El señor don Albera quiso celebrar la misa en el altar mayor, aunque no estaba consagrada, y hubo una buena concurrencia. Punta Arenas no posee otra iglesia. Don Borgatello es el párroco y su jurisdicción se extiende por casi 195 000 km^2. No hablo del recibimiento hecho a don Albera y de la alegría que tenían los hermanos, ya que estando en el último extremo del continente americano, no ven nunca un superior. En 1892 fue monseñor Cagliero, pero no los pudo ver a todos. ¡Oh! ¡Cómo sienten esta especie de abandono! Es uno de los más graves de sus sacrificios.

En la isla Dawson

Partimos de Punta Arenas la tarde del 14 de febrero. En el puerto nos esperaba un pequeño vapor, en el cual se amontonó mercadería, animales y hombres, teniendo estos últimos que poner atención de no ser pateados ni mordidos por los compañeros de viaje. A todo esto, por si fuera poco, esa noche una tormenta espantosa retardó la llegada por ocho horas. El agua pasaba de una parte a la otra del pequeño vapor, con olas muy grandes, y no había ningún lugar para repararse. Fue un contraste demasiado marcado, cuando después de quince horas de aquel infierno, entramos en la pintoresca bahía Harris, sobre cuya costa fue edificada nuestra misión de San Rafael. Las olas suaves, el aire templado, las colinas y los bosques que circundan a la misión, frondosos y agradables a la vista, y un poco más lejos, se veía una enorme cruz. Con el silbato prolongado del vapor, nuestros hermanos se dieron cuenta de nuestra llegada, porque se observó de inmediato sobre la playa un movimiento no habitual, con agitación y una gran emoción.

En un instante, se levantaron banderas de todas partes, los jóvenes guiados por los salesianos fueron hasta el puerto. Los indios adultos dejaron su trabajo y se apuraron para adelantarse. Varias barcas remaban con toda fuerza para ir al encuentro del vapor. En una estaba el director, que fue el primero en venir a besar la mano del señor don Albera y traer el saludo reverente de los hermanos y de los indios. Mientras tanto, desde el muelle, continuaban los aplausos y los vivas. Se extendieron los brazos hacia el mar y se sintió repetir con afecto, de voces aún salvajes, nombres queridos al corazón de cada salesiano. Don Albera lloró. ¿Quién podría recordar en ese momento lo tedioso y difícil del viaje?

La isla Dawson se extiende por 13 300 km²,[76] está cubierta de bosques frondosos y cuenta con más de 20 millones de árboles; fue cedida por veinte años para uso de los salesianos por el Gobierno chileno, para trabajar en beneficio de los indios, que no hace mucho tiempo ascendieron a casi 500. Ahora, la muerte los ha diezmado un poco. Aquí se hacen revivir los tiempos del feliz Paraguay: es una gran familia en la cual los salesianos y las hermanas de María Auxiliadora hacen de jefe de familia. Cada familia tiene su casa aparte, las mujeres saben preparar el almuerzo y la cena. Las viudas viven juntas. Todas, durante el día, trabajan en un gran taller, guiadas por las hermanas. Cincuenta y cuatro niñas están en el colegio de las hermanas y 50 niños en la de los salesianos. Los hombres son distribuidos en varios trabajos. Algunos pescan, otros atienden a los animales, especialmente las ovejas, que les sirven de alimento. Muchos se ocupan de talar bosques y hacer caminos. Varios de nuestros hermanos coadjutores han hecho casi 2 km de algo parecido a una *vía férrea*, pero toda de *madera*. Monseñor Fagnano proveyó una sierra, que cuesta cerca de 120 000 liras. Los troncos cortados se ponen sobre un carro y son conducidos al aserradero para transformarlos en tablas.

Los indios, en general, trabajan poco y tienen necesidad de ser siempre guiados, tanto que no ven más allá de sus intereses y no saben comprender cómo los salesianos no ponen algunos operarios prácticos, que harían inmensamente más provechoso aquel aserradero. ¡Pobrecitos! ¿No comprenden que monseñor Fagnano y sus compañeros no tienen otro objetivo que ayudar con todos los medios posibles a enaltecer a estos pobres indios, para hacerlos útiles a sí mismos y al territorio que habitan, y por medio del trabajo, santificar sus almas? No hay duda de que son muchos más sus equivocaciones que los beneficios que aportan. Pero no importa, ¡no es una satisfacción para los mismos indios ver que la mantas con la cuales se cubren, las camisas, las medias y la vestimenta, en gran parte, son obra de sus mujeres! ¡Oh! ¡Cuánto los enaltece, cuánta nobleza! Es el único trabajo en el cual pueden ser ocupados, porque el clima excesivamente frío, no permite el cultivo de la tierra.

Se necesitaría, de hecho, no tener corazón, para no sentir conmoción al ver el domingo cuando suenan las campanas, a todo aquel pueblo llenar la amplia iglesia. Los hombres por una parte y las mujeres por otra orando al unísono. El señor don Albera distribuyó a casi un centenar el pan de los fuertes y, más tarde, la palabra divina, justamente el domingo de carnaval, mientras tantos cristianos civilizados se vuelven locos por las calles ultrajando a su Creador. ¡Oh! ¿No es este un espectáculo conmovedor para el corazón de un cristiano? Es cierto, el cementerio de esta isla guarda los restos de varios centenares de indios, pero todos muertos cristianamente. Se cuentan cosas edificantes, se tiene casi la certeza de su eterna salvación, y esto consuela el corazón de nuestros buenos hermanos, que aman a los indios como los amaría un padre. Esta raza que parece destinada a desaparecer por la destrucción, tanto por las grandes enfermedades transmitidas por los extranjeros como por la sangre derramada por el espanto.

Qué difícil es llegar a la Tierra del Fuego

Frente a la isla Dawson está la Tierra del Fuego. Con tres horas de navegación, se llega a su costa, pero para ir hasta nuestra misión de la Candelaria, cercana al cabo Sunday, ubicada casi en el lado opuesto de la isla Dawson, el camino no solo es impracticable, sino también peligroso y muy

76. La isla Dawson tiene una superficie de 129 000 hectáreas (1 290 km²). (N. del T.)

largo. Por consiguiente, nos fue necesario atravesar de nuevo el estrecho de Magallanes y girar a la derecha para llegar casi a la mitad de la isla. Pocos tienen idea de las dificultades que se encuentran en estos lugares. A la ida hemos sido afortunados, porque hemos llegado en 35 horas.

Aquí, en América, la cuaresma casi no existe, pero viajando en estos mares, se ayuna, se abstiene de comer carne y se evita la promiscuidad. Lo sabe mi estómago, que por 36 horas no probó ni siquiera agua. Y tuvimos un óptimo viaje. Las hermanas, en cambio, partieron antes que nosotros, pero les llevó 17 días. Un vapor argentino, llamado *El fueguino*, estuvo en peligro de naufragar. El único pasajero, el cabo de policía de una parte de la Tierra del Fuego, perdió todas sus cosas; el agua le llevó hasta su cama, y monseñor Fagnano, que lo había tenido de alumno en el colegio de San Nicolás, le regaló el colchón con todo lo necesario. Me decía este señor que había viajado mucho por los mares y que había atravesado el Atlántico y el Pacífico, pero nunca se había encontrado con una tormenta tan terrible.

—Encomendé mi alma ¡y en 7 días hice el viaje de 40 horas! ¿No es cierto —preguntaba, dirigiéndose a nuestro capitán— que hace muchos años no se veía una tormenta similar?

—¡Claro! —les respondió para consolarlo.

¡Pobrecito! No había viajado nunca por esos lugares, en los cuales, es común lo que a él le parecía extraordinario.

A unas 20 leguas de nuestra misión, en la bahía Policarpo, un vapor francés, de 120 m de largo, con toda clase de mercaderías, encalló y no fue posible moverlo. El dueño cedía el 60 % a aquellos que recuperaran la mercadería. Fue allí que el *Elena* se tuvo que quedar 18 días para recuperar toda la carga. Nosotros no sabíamos nada. Nos habían dicho que volvía a buscarnos en tres días. Imagínense nuestra ansiedad. Cuántas suposiciones hacíamos, allí en la gran isla, verdaderamente aislados del resto de la humanidad. No hay telégrafo, no hay correo y los privados pagan para tener la correspondencia, cuando se puede. Las dificultades de aquellas costas, son extraordinarias. Esto, naturalmente, hace que el transporte sea carísimo. ¡Cuántas veces monseñor Fagnano se vio obligado a alquilar un barco por 1000 liras al día, para después no poder embarcar los víveres que necesitaba transportar! Una vez, tenían víveres por más de cien mil liras a bordo de un vapor, pero se pudieron desembarcar cosas insignificantes, porque el capitán no quiso acercarse a la playa, salvo que Monseñor le asegurase el barco. Hechos como este podría relatar muchos. Se necesitaba el coraje de monseñor Fagnano y su confianza en la divina Providencia para encarar tan ardua tarea y combatir los innumerables obstáculos de la naturaleza, en medio de tantas dificultades, que incluso hoy en día perduran.

En nuestra misión de la Tierra del Fuego

Llegados al lugar del desembarco, debimos hacer diez kilómetros a caballo para llegar a nuestra misión. Aquí debo repetir lo que dije de Dawson: dos colegios, el de los salesianos y el de las hermanas, franqueaban la iglesia y las rodeaban unas sesenta casas para los indios. Era mucho más bella la misión vieja. La gran iglesia y más de 100 casas para los indios se habían esfumado en una hora. He visto poca gente con tanto coraje como monseñor Fagnano. Cada vez que recuerdo esta desgracia, no puedo contener las lágrimas. Después de cuatro años, fueron centenares de miles de liras que se perdieron. He ido a ver las ruinas y el lugar donde vivieron por más de un mes los hermanos con los niños y las hermanas con las jovencitas. Un cobertizo hecho con chapas de zinc que impedían el paso del granizo, pero no del agua y del viento. Privados de víveres por varios meses, se alimentaron solo de carne y con su gran entusiasmo.

Nuestra misión de la Tierra del Fuego

tiene una extensión de 20 000 hectáreas. Hay suficiente pastura y se tienen los animales necesarios para dar de comer a los indios, que consumen cerca de 200 kg de carne al día. Cada indio no cuesta menos de $1 al día. Imagine, por consiguiente, todo lo que se necesita para mantenerlos. Solo una profunda confianza del monseñor en la divina Providencia le permite continuar, porque los cálculos humanos, ciertamente lo harían desistir. Sufre al no poder ir al bosque en busca de las otras ovejas perdidas. La condición financiera es verdaderamente tristísima. En los momentos difíciles, vuelve a leer la carta de Don Bosco y recuerda la insistencia de este, nuestro buen padre, desde el principio de las misiones, para que se abrieran rápido las de la Patagonia y la de Tierra del Fuego. Don Bosco conocía muy bien estos lugares, tanto que mereció en 1883 una medalla de oro por la conferencia que hubo en el salón de la Sociedad Geográfica de Lyon. Don Albera ha recordado más de una vez cómo él mismo fue enviado a recibirla junto con el señor don Barberis.

El representante de don Rua había decidido quedarse pocos días en esta misión de la Candelaria, porque el 14 de marzo debíamos partir con don Malan para el Mato Grosso, pero en estos lugares se sabe cuándo se llega, pero no cuando se parte. El vapor nos dejó 15 días más, a causa del mal tiempo. ¡Qué ansiedad! No se sabía nada, no se tenía ninguna comunicación. Era una espera continua. Yo aproveché la ocasión para hacer una excursión a caballo. Pero la salud precaria y el frío intenso no le permitieron a don Albera hacer lo mismo. Para ocupar el tiempo, porque los compromisos pendientes nos hacían parecer mucho más largo de lo que realmente era, me he informado de algunas cositas, con la esperanza de poder transmitírselas a nuestros colaboradores.

Durante el viaje de Montevideo a Punta Arenas, sabiendo que íbamos a la Tierra del Fuego, muchas personas con la máxima seriedad nos preguntaron si era realmente cierto que los fueguinos tenían un alma como nosotros, que eran seres racionales, etc. Muchos tienen esta idea y de esta manera se puede explicar el modo en el cual los han tratado. Nosotros, en cambio, los hemos visto, los hemos tratado y si bien no tienen la capacidad de los pueblos civilizados, no les falta inteligencia. Sienten gratitud y apenas llegó el monseñor, los invadió una alegría qué les hacía decir: «He aquí el Papá Grande». Después de algunos días, los niños andaban alrededor del señor don Albera y algunos hacían juegos con él. Aprenden el catecismo y el último domingo que estuvimos allí, dimos la santa comunión a 20 de los 33 jóvenes que estaban en el colegio, los otros eran demasiado chicos. Los hombres y las mujeres adultas han salido de una vida no siempre conforme a la moral, y ahora todos viven como buenos cristianos. ¡Oh, cuántos otros se podrían arrebatar de la mano de la barbarie y del pecado si se tuviesen los medios!

Sé que si muchos señores y señoras pudieran constatar todo el bien que se les hace, se creerían afortunados de poder emplear parte de su dinero en este objetivo tan santo y verdaderamente humanitario. Después de la visita a nuestras misiones, aprecio más lo que decía el *Curato d'Ars*, que el Señor les había hecho saber que el mejor empleo del dinero que se podía hacer era destinarlo para las misiones, y no es de sorprenderse, que haya escrito: *«Amo tanto las misiones que si después de la muerte pudiera incluso vender mi cuerpo para establecer una sola misión, lo haría con mucho placer».*

El más bello monumento a Don Bosco

En una *biografía de Don Bosco*, escrita aquí en América, a propósito del 2 de febrero de 1888, día en que fue su solemne funeral, al que asistieron más de 100 000 personas y en el que unas 20 000 personas formaron parte del cortejo, el autor expresa:



Mujer y niño onas.

Turín secaba su llanto al ver que en el momento mismo en que perdía su gloria más preciosa, se erigía ya su eterno monumento. Sí, el monumento más espléndido de Don Bosco son las miles de personas que acompañaron su cadáver. Son los torrentes de lágrimas que han humedecido su sepulcro. Son las montañas de coronas que han cubierto su tumba. Son los signos de dolor, que han llenado el mundo, y que han encontrado eco, incluso en los periódicos más hostiles a la Iglesia.

Yo, sin embargo, creo que si este admirador de Don Bosco hubiese visto cuánto han trabajado sus hijos en las misiones de la Patagonia y la Tierra del Fuego, no hubiese dudado un instante en exclamar que estas misiones son lo que más le había llegado al corazón de Don Bosco, porque son el monumento más grande y más glorioso que nunca se pudiera imaginar en honor a él. El señor dice: *Sobre la tumba del justo, haré crecer flores y su memoria, como perfume de incienso, pasará, querida y bendecida de generación en generación.* En estos días, en

que el mundo católico tiene los ojos puestos en Valsalice,[77] en el monumento internacional erigido a la memoria de Don Bosco, no puedo menos que recordar aquellas flores que se cultivan al lado de su tumba, que son las inteligencias y los corazones de 200 clérigos que fervorosamente se preparan para consagrar su propia vida a las misiones de la Patagonia y de la Tierra de Fuego, y la de África y la China, y como los primeros cristianos se fortalecían en la fe delante de las reliquias de los mártires en las catacumbas, así nuestros futuros misioneros, frente a las cenizas de nuestro inolvidable padre fundador, se inspiran con el recuerdo de sus grandes ejemplos y enseñanzas, animándose en la práctica de sus heroicas virtudes, inflamándose del fuego de amor que siempre ardió en el pecho de Don Bosco, fuego que lo hizo apóstol de Turín, de Italia, de Europa y del mundo, procurando, en una palabra, ser hijos dignos de un incomparable y queridísimo padre.

Un monumento a Jesús Redentor

Leí en la *Civilización católica* que, llegada la hora en que cerraba el siglo XIX y se abría paso el siglo XX, y un festivo resonar de campanas se escuchó en el aire nocturno de la ciudad eterna, haciendo eco en el campanario que está sobre la torre del Capitolio, y la oración de miles de corazones, como nube de incienso, subía ferviente hacia el trono de Dios junto a aquella del Augusto del Vaticano, que en ese mismo momento quiso, en su capilla privada, ofrecer la ostia de paz y orar por la salud de todo el mundo, en el alba del nuevo siglo.

Estaría errado si no dijera que nuestros hermanos de la Candelaria, junto con sus indios, se unieron a la oración ferviente de los miles y miles de corazones, y que de hecho, quisieron erigir sobre la punta más alta de la Tierra del Fuego, en el cabo Sunday, una capillita dedicada al Sagrado Corazón de Jesús y un monumento a Jesús Redentor, y al comenzar el nuevo siglo, quisieron ofrecer oraciones por las conquistas de su adorabilísimo corazón. Don Albera, monseñor Fagnano y el que escribe, fuimos en peregrinación. Y aquel humilde homenaje de los salesianos y de sus indios a Jesús, ha servido ya de guía a los vapores que navegan en estos tormentosos mares: verdadera imagen de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Conclusión

Al cerrar esta carta, debo hablar del instrumento principal del cual se ha valido la divina Providencia para hacer tanto bien: este hombre extraordinario que es monseñor Fagnano. ¿Quién puede decir cuántas veces, en los veinticinco años de misión, ha puesto en peligro su vida para el bien de las almas y a cuántas privaciones se ha sometido? Frío, calor, hambre, naufragios, todo lo ha probado. Le han ocurrido las cosas más extrañas. Los trabajos más repugnantes han sido hechos por él con una caridad admirable. Nunca ha conocido peligros, y donde la obediencia y la salvación de las almas lo han llamado, él ha concurrido. Argentina, la Patagonia, el archipiélago de la Tierra del Fuego, Chile y Perú recuerdan los trabajos de este infatigable apóstol.

En nuestra larga y forzada estadía en la isla grande, me había confiado muchos episodios de su aventurero apostolado. Pero al final, me prohibió absolutamente hablar de esto. Me reconforta el pensar que la obediencia le haya ordenado poner en papel cuanto le haya ocurrido. Me crea su Devotísimo.

Sacerdote C. Guzmán

77. Se trata del Instituto Técnico Agrícola Valsalice, fundado por Don Bosco en 1879 en Turín (Italia). Fue el primer instituto de estudios superiores de los salesianos. (N. del T.)

Un justo juicio sobre la desaparición de los onas de la Tierra del Fuego. La última palabra

El director del Museo de Etnología y Antropología de Chile, doctor Aureliano Oyarzún, en su memoria presentada al señor ministro de la Pública Instrucción de la República en 1920 (Santiago de Chile, Moneda 1170), después de haber visitado y estudiado atentamente a los indios onas de la Tierra del Fuego, dice entre otras cosas lo que sigue:

Todos los indios onas de la Tierra del Fuego, en el presente, se reducen a un número de apenas 500. Solo en 1896, según escribía Germán Wienghardt en su libro *El Territorio de Magallanes*, se estimaba que no fuesen menos de 4000. Después se supo que el número era muy superior. De hecho, los fuegos de sus chozas se veían en todos los valles de aquella región, desde el estrecho de Magallanes hasta el canal Beagle, y las huellas de los cazadores se veían por todas partes, signo evidente de que era mucha gente. Ahora bien, ante un resultado tan desalentador, surge espontáneamente la pregunta: ¿dónde se fueron todos aquellos indígenas? ¿Qué ha ocurrido con ellos? ¿Dónde están esos hombres fuertes y esbeltos? ¿Dónde están esas mujeres agraciadas y bellas? ¿Dónde está la juventud tan alegre y agradable? ¡Todos han desaparecido! Pero esta obra de devastación no la llevó a cabo la peste ni la guerra, pero sí el enfrentamiento con los blancos y, sobre todo, la voracidad de los civilizados.

Es falsa la opinión, por desgracia radicada en muchos círculos, que atribuye la extinción de la raza ona a la introducción de la *sífilis*. Pues bien, ningún médico ha afirmado nunca que esta enfermedad fuese generalizada en estos indígenas, y yo, que los he examinado con especial atención, para asegurarme de si existía esa enfermedad entre ellos, me convencí absolutamente de que no existía este mal. Me parece que muchos viajantes se han engañado, confundiendo por sífilis, lo que en medicina se llama: *impétigo contagioso*.

Casi lo mismo se debe decir de la *tisis pulmonar*, porque ningún facultativo ha examinado jamás un número tan grande de indios ni nunca ha hecho la autopsia de sus cadáveres. Yo he visto solo tres casos de esta enfermedad entre tantos individuos que he examinado. Dudo que haya quien pueda creer que la tuberculosis pulmonar haya sido la sola y única causa de la desaparición de una raza, cuyos representantes, por centenares de años, se han acostumbrado al clima rudo de esa isla Grande, que tanta veces la han recorrido de una punta a la otra, durante su vida nómade, teniendo especialmente en cuenta que no tenían otra ropa que una mísera piel de guanaco.

La medicina moderna considera a la tisis como un indicio infalible de la debilidad general de un organismo, que va perdiendo la fuerza de reacción contra la infiltración de microorganismos patógenos.

Esta observación, es la base para afirmar que debe haber intervenido otra causa más potente, para predisponer al organismo del indio a esta enfermedad y llevarlo a la tumba. Causa que, según mi opinión, era la falta casi completa de una alimentación apropiada a sus costumbres.

La explotación por la fuerza y la sustracción de sus tierras, invadidas y ocupadas por los civilizados, les quitó todos los medios de subsistencia. ¡Aquí está la causa principal que diezmó los campamentos de indios y que ha roído la fibra vital de la robustísima raza ona!

El indio, sin defensa y dócil, fue echado de sus tierras, sobre las cuales tenía título legítimo desde hacía mucho tiempo, por la sola ocupación, que nunca fue disputada por nadie. Si el pobrecito, echado de su tierra, huía a protegerse en otra parte, ahí lo esperaba seguramente la muerte por medio de las balas de los blancos. A este nivel tan bajo llegó la voracidad y la inhumanidad del hombre civilizado. A tal punto que la cabeza de los indios constituía para ellos

solamente un artículo de comercio. ¡Porque el astuto comerciante le pagaba al asesino una libra esterlina por cada cabeza de indio que asesinaba y después vendía el cráneo al Museo de Londres por cuatro libras esterlinas! El avaro *estanciero*, que quería limpiar su campo, pagaba la misma suma por un par de orejas humanas, y también utilizaba la *estricnina* para envenenar grupos enteros de indígenas inocentes.

No voy a informar aquí los nombres de aquellos cazadores de indios, porque son ya demasiado conocidos y condenados por la opinión pública. Pero me satisface poder decir que ninguno de ellos lleva apellido chileno. Pero esta persecución de los indígenas, hecha según un plan premeditado, puesto en práctica con refinamiento y conducido sin ninguna consideración, fue la causa verdadera y principal de su extinción, sin negar que haya habido otras causas menores que contribuyeron a desgastar la fibra vital de su existencia.

Hasta aquí la citada memoria del señor director del Museo de Etnología de Chile, doctor Aureliano Oyarzun. *¡Y es verdaderamente así, aunque se diga lo contrario!*

El bautismo de 85 indios onas de la Tierra del Fuego

El 1.º de febrero de 1909, desde Río Grande, Tierra del Fuego, el misionero don Juan Zenone, escribía a modo de sumario al señor don Rua:

> En cuatro excursiones hechas en los años 1907-1908, he podido administrar el santo bautismo a más niños y jovencitos, a un adulto enfermo y a una mujer muy anciana. En total, 85 indios onas. He llegado cerca del cabo San Pablo. Me preparo para visitarlos nuevamente y espero llegar hasta *Harberton* (canal Beagle) por el lago Fagnano. Los fueguinos que encontré en tales excursiones fueron 208 (una de ellas, realizada el año pasado, duró 44 días).

La muerte del Reverendísimo señor don Miguel Rua y la elección de su dignísimo sucesor, don Pablo Albera

La muerte del primer sucesor del venerable don Juan Bosco, el veneradísimo y queridísimo señor don Miguel Rua, ocurrió el 6 de abril de 1910. Fue muy sentida en todas las casas salesianas de los dos mundos, pero particularmente en las misiones de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego, que eran tan queridas y protegidas por él. Todos los misioneros, los alumnos de sus colegios y los indios residentes en las distintas misiones elevaron sus fervorosas oraciones y su llanto hacia Dios, para el reposo de la bella alma de su amadísimo padre e insigne benefactor. Aunque en sus corazones estaban convencidos de que él ya gozaba de la gloria del paraíso, porque siempre vivió como santo y murió santamente.

El dolor solo fue mitigado, en parte, al escuchar la buena noticia de la elección de



Reverendísimo don Miguel Rua, 1.er sucesor del venerable Don Bosco.

su sucesor en la respetabilísima y muy querida persona del señor don Albera. La elección no podía caer en una persona más digna y más benemérita como él. Todos los corazones estaban exultantes de viva alegría al oír esta noticia (que a ninguno le sorprendió, conociendo sus méritos), porque era conocido por todos los habitantes de nuestras misiones, por haberlas visitados pocos años antes. Su figura simpática e impregnada de dulce caridad era recordada con placer, y a menudo los indios hablaban entre ellos y con los misioneros llamándolo: *el hombre bueno* (*Olec-Ción*).

¿Cómo finalizó la misión de San Rafael en la isla Dawson?

La misión de San Rafael en la isla Dawson progresaba día a día y era la alegría de los misioneros salesianos, que veían coronado su trabajo de buenos resultados. En la parte *noroeste* de la isla, en la llamada *punta San Valentín*, a fines de 1898, se había establecido otra residencia con el nombre de Buen Pastor, donde las hermanas de María Auxiliadora tenían un instituto de educación para las jóvenes solteras y para aquellas necesitadas de una atención especial, porque eran huérfanas y todas hijas de inmigrantes. Fue una institución que dio buenos frutos.

Cuando ya se pensaba de pedir al Gobierno chileno que les concediese a cada familia india un pequeño terreno con algunas cabezas de ganado para hacerlos propietarios y formar así un pueblo modelo fue cuando los indios comenzaron a morir uno tras otro, por una u otra causa, y en breve, la pobre misión de San Rafael se vio casi despoblada. Comenzó a diseminarse la *rubéola* o la *escarlatina*, provocando una horrenda mortandad. Después vino la *influenza* o *gripe*, que también cosechó muchas víctimas, y por último, mucha gente murió de *neumonía*. ¡Se tuvo que agrandar el camposanto unas dos veces, y siempre terminaba siendo insuficiente, porque había cada vez más muertos! ¡En poco tiempo se sepultaron más de 800! De quinientos o más indios que vivían en la misión se redujeron a unos ochenta. El único consuelo que les quedaba a los misioneros era el de haberlos hecho buenos cristianos y de haberlos visto partir para la eternidad con la más alta disposición, indicio de que serían felices para siempre. Y la buena intención de transformarlos en útiles para la sociedad. Casi todos los indios recibieron los santísimos sacramentos antes de morir y muchísimos, especialmente, los jovencitos y jovencitas, tuvieron una muerte verdaderamente edificante, digna de envidia. No pocos tuvieron visiones celestiales antes de morir como ya fue contado.

Habiendo transcurrido el tiempo que el Gobierno chileno había concedido a los salesianos para ocupar la isla, para civilizar a los salvajes, que eran veinte años, el Gobierno la entregó a una sociedad anónima de unos señores chilenos, para ser explotada por otros veinte años. Los 85 indios, que todavía permanecían en la misión de San Rafael, fueron incorporados a la misión Candelaria de la Tierra del Fuego, entre agosto y septiembre de 1911.

Así llegó a su fin la misión de San Rafael de la isla Dawson, que comenzó con tantos buenos augurios, que dio fértiles frutos y que tanto sudor y sacrificio les costó a los misioneros salesianos, no siempre apreciado por todos como se lo merecían. Pero el Señor, que es justo y aprecia todas las cosas, los habrá valorado, para darles a su debido tiempo, la justa recompensa. El gobierno hubiese concedido una prórroga por otros veinte años o mientras hubiese indios en la misión de Dawson. Pero, por las intrigas de dos señores interesados, los salesianos tuvieron que retirarse *pro bono pacis* y con grandes daños, incluso materiales.

Estos señores habían prometido pagar el valor de las casas, del aserradero a vapor, de las herramientas de campo, y todo cuanto los misioneros habían dejado en aquella isla, que era de un valor de

500 000 pesos, pero decidieron pagar solo 135 000 pesos. Casi inmediatamente vendieron sus derechos a una sociedad anónima y esta, también se había comprometido a pagar el valor de las casas y herramientas de campo en 135 000 pesos, pero no fueron de palabra. Fueron atrasando la promesa de pago de un día para otro y pasaron los años y nunca pagaron un centavo.

En esa isla, ahora hay cerca de 500 personas que están para cortar árboles y usar el aserradero a vapor y otras tantas personas para la ganadería, privados de sacerdotes para las prácticas religiosas y para la instrucción de sus niños. Si se hubiesen quedado los misioneros, esto no hubiese sucedido.

Una visita a la misión de la Candelaria, después del fin de la misión de San Rafael

Punta Arenas, 11 de enero de 1912

Sobre el principio del mes de agosto del año pasado, tuve el placer de acompañar a nuestro amadísimo prefecto apostólico monseñor Fagnano, a la capital de Chile. Desde allí, pasando por la altísima Cordillera, llegamos a Buenos Aires, Montevideo e Islas Malvinas, para visitar a nuestros hermanos. De regreso a Punta Arenas, monseñor Fagnano quiso que lo acompañase a visitar nuestra misión de la Candelaria en la Tierra del Fuego. Esto fue el 6 de octubre. Llegamos el día 8, domingo, muy temprano, y después de la celebración de la santa misa, visitamos la misión, donde encontramos a todos los indios muy alegres y sanos.

Algunos de los que fueron llevados desde la misión de San Rafael de la isla Dawson encontraron parientes; un hermano o una hermana, un cuñado o un tío. Por lo cual, hicieron rápidamente amistad y no sintieron tanto el cambio. Algunos, sin embargo, acostumbrados a ver frondosos bosques en Dawson, especialmente los alacalufes, miraban con nostalgia las extensísimas praderas sin árboles ni arbustos, ni siquiera insignificantes, y se preguntaban «¡¿cómo haremos para calentarnos este invierno?!». Se les respondió que el carbón fósil y la leña que se transportará desde Punta Arenas van a suplir esta deficiencia. Aceptaron la respuesta con entusiasmo.

Los hermanos habían preparado a algunos jovencitos para recibir el sacramento de la confirmación y las hermanas de María Auxiliadora habían preparado a algunas niñas. Monseñor Fagnano tuvo la alegría de confirmarlos. Fue una bella y edificante fiesta. Estos indios están todos bien instruidos en la verdad de nuestra santa religión y es bello verlos con qué respeto asisten los domingos a la santa comunión y a otras celebraciones, a lo largo del año. Se los ve siempre compenetrados.

De regreso a Punta Arenas visitamos a los hermanos de *Ushuaia*. Todo el viaje fue muy bueno, con un mar tranquilo. El canal *Beagle* es siempre encantador por donde uno lo vea, y vuestro reverendísimo bien lo recordará, porque lo ha navegado. En sus costas, los altos montes que lo flanquean están coronados de blanquísima nieve y en sus faldas hay frondosos bosques siempre verdes. La costa del mar está cubierta de bellísimas flores y llena de pájaros acuáticos de varias especies. Hay innumerables islotes esparcidos por aquí y por allá, algunos de los cuales están cubiertos de bosques frondosos y otros, de estéril canto rodado. Los pequeños montes están vestidos de pasturas o simplemente de musgo y liquen de varios colores. Miles de escenarios caprichosos, que se descubren a cada momento, hacen pasar al viajante de sorpresa en sorpresa. A veces, parece que el barco se quedase bloqueado sin poder avanzar, pero a luego aparece un pasaje a la derecha o a la izquierda, que no se veía hasta último momento, y el barco majestuoso y tranquilo continúa navegando sobre el líquido elemento.

Algunos señores argentinos que viajaban con nosotros observaban la marcha desde el puente del barco, y más de una vez, se dirigían al capitán diciéndole, no sin impaciencia: «Señor capitán, ahora quedaremos encerrados y no podremos seguir. ¿No ve que estamos rodeados de montes y el canal no tiene salida por esta parte?». Y el capitán sonreía graciosamente sin hacer caso a sus protestas. Cuando de golpe se veía una curva hasta el momento oculta, y justo cuando parecía que el barco iba a chocar con algún islote, daba vuelta por esa parte y navegaba tranquilamente. «¿Quién lo hubiese dicho? —decían maravillados estos señores—, ¡esto es un laberinto increíble!» A veces, pasa tan cerca de la costa, con montes que caen a pico, que parece que se pueden tocar con las manos. En algunos lugares no hay playa y las aguas son profundas.

La exuberante vegetación que se encuentra en casi todas las altas montañas de este encantador canal del archipiélago fueguino, contrasta mucho con las muy bajas temperaturas que reinan en estas regiones. Por lo exuberante, al verla, diría que es una vegetación tropical. Cosa extraña y casi inverosímil, más bien única en el mundo. En la falda de las altas montañas, a veces el hielo desciende casi hasta tocar el mar. En las pequeñas entradas, reparadas del viento y a poquísima distancia del hielo, se encuentran pequeños bosques con árboles altos y frondosos, circundados por arbustos de varias especies de rara belleza. Los árboles son de dos tipos: hayas, llamadas *robles*, naturales del lugar (*Nothofagus antarctica*) y *coibos* (*Nothofagus betuloides*). Este último conserva sus hojas siempre verdes y da buena madera para trabajar.[78]

Entre los arbustos están: (i) el *canelo* (*Drimys winteri*), que pertenece a la familia de las magnolias, por las bayas y las flores blancas, como las del naranjo, muy perfumadas, y con bellas hojas verdes brillantes, su madera no sirve, pero su corteza es aromática y medicinal; (ii) la *leñadura* (*Maytenus magellanicus*),[79] especie de olivo de bellas hojas siempre verdes y olorosas; (iii) la *fucsia* (*Fuchsia magellanica*), también de hojas siempre verdes y con unas campanillas de color rojo vivo; (iv) el *calafate* (*Barberis buxifolia*),[80] un arbusto espinoso que da frutos como las bayas de enebro, pero dulces; (v) la *parrilla* (*Ribes magallanicum*),[81] de bayas negras y dulces.

Debajo de estos árboles y arbustos, y en las praderas vecinas, se ve una infinita cantidad de flores de bellos colores. Hay lirios blancos y de colores, campanillas blancas delicadas y de agradable aroma, violetas blancas, amarillas y lilas. En los pantanos crecen margaritas con una altura de hasta uno o dos metros, forman ramos de flores blanquísimas y de rara belleza. En los torrentes que forma el deshielo, crecen vainillas muy perfumadas. Se podría decir que la naturaleza ha querido presumir de su belleza en esta tierra desierta y atormentada por las tempestades, para alegrar la vista de los que pasan por allí, para alentarlos a quedarse. Cada año, muchos norteamericanos que aman el deporte, eligen visitar estos canales para gozar de su belleza y encanto.

En este último viaje hemos recorrido casi toda la Isla Grande de Tierra del Fuego.

78. Al *Nothofagus antarctica* se lo conoce actualmente como 'ñire'; y al *Nothofagus betuloides*, como 'guindo' o 'coihue', si bien ha recibido los nombres de 'coibo' y 'roble de Magallanes'. Falta aquí la otra especie del mismo género que se encuentra en toda la zona: la lenga (*Nothofagus pumilio*). (N. de la E.)

79. Ortografía correcta actual: *Maytenus magellanica*. (N. de la E.)

80. Actualmente *Berberis microphylla*. (N. de la E.)

81. Ortografía correcta actual: *Ribes magellanicum*. (N. de la E.)

Desde la Candelaria y de Santa Inés. Primeras comuniones de ancianas y cinco bebés. Río del Fuego. Gran riesgo de ahogarse en el Río Grande.

Punta Arenas, 30 de abril de 1912

Por orden de monseñor José Fagnano, nuestro venerado prefecto apostólico, fui a visitar a nuestros hermanos de la misión de la Candelaria y Santa Inés en la Tierra del Fuego. Los encontré en perfecta salud y muy animados para trabajar por la gloria de Dios y la salvación del alma. En la Candelaria, todos los indios adultos, hombres y mujeres, habían festejado la Santa Pascua de Resurrección del Señor y repitieron la santa comunión el domingo *in Albis*.[82] En esta circunstancia, la recibieron por primera vez también cinco mujeres indias que habían alcanzado a entender de lo que se trataba (al menos era de suponerse, por su *muy tierna edad*, como se puede ver): *Catalina*, de cuarenta años; *Alejandra*, de sesenta años; *María*, de sesenta y cinco años; *Josefa*, de sesenta y ocho, y *Aventura* de setenta. A estas cinco *tiernas chiquitas*, se les unieron otras cinco, y estas últimas eran verdaderamente jovencísimas, con un candor angelical, preparadas muy bien por las hermanas de María Auxiliadora. Ellas eran: *Candelaria*, de seis años; *Cecilia*, de cinco años y medio; *Anita*, de cinco años; *María*, de cuatro años y medio, y *Presentación*, de cuatro años. ¡Qué contraste entre las primeras y las últimas! Se podría decir, rosas en flor junto a sus pimpollos. Fue un día de paraíso para todos. Las buenas hermanas se ocuparon de servir la mesa y las agasajadas se sentían colmadas de alegría.

También tuve mucho placer al visitar por primera vez las misiones ambulantes (volantes) de *Río Fuego* y *Santa Inés*, y ver tantos buenos indiecitos avispados y de caras inocentes como ángeles, que don Juan Zenone educa y entrena en la fe cristiana. Enseguida me rodearon como a un viejo amigo, me preguntaron miles de cosas y deseaban que yo les diera algún regalito. Fuera de todos los peligros de las grandes ciudades, estos indios crecen buenos e inocentes.

Río Fuego se encuentra a cuatro buenas horas a galope de caballo de la misión de la Candelaria. Una hora para llegar al río Grande y tres horas para llegar a la residencia volante del *río Fuego*. La casa se encuentra junto a un pequeño bosque, no alejado de la costa del mar, sobre una planicie, y está rodeada por chozas. El lugar es agradable. A la ida, atravesamos el río Grande sobre una frágil barcaza, en compañía del coadjutor Ferrando y un niño de nueve años, aproximadamente. Corrimos grave peligro de ahogarnos. Al atravesar el río sobre la barcaza, teníamos que llevar con nosotros dos caballos, los cuales tenían que venir detrás a nado, y siendo arrastrados con una cuerda. Ferrando remaba con fuerza inaudita para adelantar la barcaza, pero los caballos, parados sobre la playa, no querían saber nada de entrar en el agua. Yo tenía la cuerda de mi caballo y el niño tenía la del caballo del que remaba. El niño, al ver que el caballo hacía más fuerza que él, ató con muchos nudos la cuerda a la barcaza. De golpe, los dos caballos se lanzaron con ímpetu al río, y nadaron adelantándose, y el caballo atado, hizo girar la barcaza sobre sí misma tan bruscamente, que faltó poco para que se diera vuelta. Yo le grité

82. El domingo en Albis es, en el año litúrgico de la Iglesia católica, el segundo domingo de Pascua, es decir el domingo que le sigue. Con la reforma litúrgica ocurrida después del Concilio Vaticano II, este domingo se llamó segundo domingo de Pascua o domingo de la octava de Pascua, celebrado también desde el 2001 como domingo de la divina misericordia. (N. del T.)

enseguida: *«Desata, desata la cuerda y deja que el caballo quede libre»*. Pero la cuerda tenía tantos nudos que, sumado a la fuerza que hacía el caballo, no se podía desatar fácilmente. Mientras tanto, el caballo continuaba adelantándose. La corriente impetuosa golpeaba la barcaza y amenazaba hundirla a cada instante. Si eso hubiese ocurrido, hubiésemos estado perdidos.

Un grito de corazón a María Auxiliadora fue nuestra salvación. El caballo, asustado por nuestros gritos, se frenó, y pudimos desatar la cuerda y dejarlo ir hasta la costa y cruzamos el río. La querida Virgen Auxiliadora nos hizo ver su protección. ¡Viva para siempre, buena Madre! Cuando llegaron a la otra costa, los caballos se dieron a la fuga desenfrenadamente y nos costó mucho tiempo poderlos agarrar, y esta fue la causa que nos hizo llegar a nuestra casa muy tarde por la noche. Esto les causó mucho temor a nuestros hermanos, porque al oírnos llegar a esa hora y como no nos esperaban, creyeron que éramos malhechores. Al regreso, nos agarró una lluvia intensa que nos acompañó por casi tres horas y nos empapó de mil maravillas, con un viento frío que helaba hasta los huesos.

Aquella carrera precipitada de ida y vuelta en dos días, con pésimo tiempo, fue para mí la causa de un grandísimo cansancio y un poco de malestar, porque ya estoy entrado en años y no tengo más resistencia para cabalgar como en otros tiempos.

El viejo Kórnu-Kón de los onas

Kórnu-Kón Adán, el *doctor o hechicero*, era el más viejo de todos los indios conocidos en la Tierra del Fuego y, por lo tanto, pariente de todos, por parte suya o de sus mujeres, porque se había casado tres veces. Su primera mujer se llamaba Eva. Estos nombres de *Adán* y *Eva* les fueron dados con el santo bautismo por los misioneros, porque eran los más viejos de todos los indios. Si él no tenía ochenta años, le faltaba muy poco. Pero a mi parecer, los sobrepasaba. Gozaba de fama de buen doctor o hechicero por parte de todos los onas de la Tierra del Fuego y era llamado para visitar a enfermos a mucha distancia, y al mismo tiempo, era temido, porque también era *cacique* o *jefe de tribu*, por la gran cantidad de parientes que tenía y por su fuerza hercúlea.

Apenas conoció a los misioneros salesianos, se convirtió rápidamente en su amigo y estuvo siempre en nuestras misiones de la *Candelaria* o de *San Rafael*. Recibió el santo bautismo y se transformó en un buen cristiano y dejó su arte de la magia, con todos los encantos que usaba para curar a los enfermos. Quizá era el hombre *más feo* de los onas, pero a pesar de esto, era muy simpático y al mismo tiempo jovial, y sabía hacerse querer por todos, por su carácter alegre, siempre dispuesto al chiste como lo haría un niño.

Recuerdo como si fuese hoy mi primer encuentro con él, aunque hayan pasado ya veinte años o más. Me encontraba en la casa de la misión de la *Candelaria* y él venía de la costa del mar donde había estado pescando. Su vestido era propiamente *adámico*, de acuerdo a su nombre, con la sola diferencia de que el primer Adán llevaba una faja de hojas y este segundo Adán ¡llevaba una faja de *pescados*! ¡Sí, de *pescados*! Cuando se retira la marea (a más de 2 km), en los pozos, en los agujeros llenos de agua y debajo de las piedras, hay muchos pescados, llamados peces de las piedras o del barro. Son negros, viscosos, sin escamas, feos a la vista, pero excelentes al paladar. Los indios los cazan con su arpón y después los van hilando con la cabeza para arriba y la cola que casi toca el suelo, y lo ajustan alrededor de su cintura. Nuestro Adán, venía triunfante con este curioso vestido. Todo su cuerpo estaba pintado con barro blanco, a excepción de la cara y de sus cabellos, que estaban pintados de rojo. Cuando estuvo cerca, me dijo: *«Dame pan*

y yo te doy pescados». Hablaba muy rápidamente y repetía muchas veces la misma cosa.

Entré a la casa y le di algunos panes y él, aunque yo no los quería, porque no me gustaban de solo verlos y porque habían estado también en contacto con su cuerpo que no estaba limpio, me dejó algunos pescados y contento se fue a su choza. Desde aquel día fuimos siempre amigos. Cada vez que me veía, saltaba alrededor mío con alegría, me tocaba la cara, los ojos, la espalda, el estómago, diciéndome en su lengua onas: *Jo-hó-pen-jo-hó-pen ólce* (*amigo lindo, bueno*). A él le compré varios objetos indios y curiosidades para nuestro museo de Punta Arenas, como por ejemplo, arcos, flechas, arpones, lazos hechos con cuero de ballena y una choza entera. Cuando le pregunté cuánto quería, me dijo al oído, en voz baja como en secreto, para que ninguno lo escuchase *«un tik-tik»*. Quería decir un reloj de bolsillo. Así llaman los fueguinos a los relojes, por su tintineo o sonido producido por el movimiento de los engranajes. Aunque ellos no conocen la hora, les gusta sentir aquel sonido, creyéndolo en su imaginación quizá el ruido de algún alma del pasado encerrada en aquella caja cilíndrica. Cuando vio que se le cumplía su ardiente deseo, no se contenía de tanta alegría ¡creyéndose el hombre más feliz del mundo! El reloj que le di era de muy poco valor. ¡Lo abría a cada rato para ver el movimiento de las esferas y de los engranajes, y se lo hacía ver a todos como una cosa de otro mundo!



El kon *Adam (médico-hechicero) del pueblo Candelaria, Río Grande, Tierra del Fuego.*

Era curioso verlo contar las monedas. Las grandes, decía que eran *hombres*, las medianas, que eran *mujeres* y las pequeñas, que eran *niños*. Cuando las contaba decía: «Este, hombre; este, hombre; este, hombre. Esta, mujer; esta, mujer; esta, mujer». Cuando tenía las monedas más pequeñas decía: «Este, niño aimerén, no sirve» (niño, malo, no sirve), porque las monedas pequeñas eran de poco valor.

En su juventud, nuestro Adán debe haber pasado ciertamente por muchas peripecias, por muchos peligros y batallas, a juzgar por todas las heridas que tenía en su cuerpo. No hace muchos años, un día cuando volvía del campo de cazar, fue agredido por un indio prepotente con el fin de robarle la mujer que lo acompañaba. Adán tenía una herida en la cara que se la había hecho su adversario con una flecha. Él mismo contaba que ese indio era *aimerén* (muy malo) y se pelearon por largo rato, pero finalmente ganó Adán y pudo llevarse a su mujer.

—Apenas estuvimos a salvo —cuenta Adán—, nos arrodillamos, alzamos los ojos al cielo y con las manos pegadas al pecho dijimos: «¡Padre nuestro que estás en los cielos!». —Agradecieron así al Señor con la oración del *pater noster*.

Esto me probó que Adán tenía verdadera fe en Dios, al cual le atribuía la victoria sobre su enemigo. Adán se confesaba a

menudo y con devoción. También el día de Pascua y el domingo *in Albis* se había confesado y había recibido a Jesús en sacramento en su corazón, y el viernes siguiente, 12 de abril, estando con otros indios trabajando en el campo, haciendo un alambrado para los animales, fue sorprendido por una grave parálisis, que le dejó inmóvil el brazo y la pierna izquierda. El día anterior, los indios habían cazado una zorra fueguina grande (*Canis magellanicus*) y habían hecho una gran fiesta, se habían tomado la sangre cruda, apenas salida del animal y habían comido de esa carne salvaje, más de lo habitual. Adán también comió con avidez, recordando los tiempos de su juventud y muchos le atribuyeron a esto la causa de su mortal enfermedad. Fue llevado a la casa sobre un carro y, al ver que el caso era grave, lo confesé y le administré el óleo santo. Al darse cuenta que estaba por morirse, se despidió de todos los parientes, tocándole la mano a cada uno mientras repetía: *«Uriüke, uriüke»* (adiós adiós).

Su agonía fue larga y dolorosa. Pero el pobrecito, estando consciente, balbuceaba continuamente el *avemaría* y el *padrenuestro* y decía «Jesús, José y María les doy el corazón y el alma mía, etc.». Era edificante verlo por su paciencia y su conformidad con el deseo de Dios, al cual se recomendaba continuamente. Murió plácidamente el 23 de abril de 1912, a las 3 de la tarde. Su mujer, apenas lo vio grave y sabiendo que iba a morir, comenzó a separar sus cosas de las de su marido: la manta del lecho, el cuero de guanaco y de oveja, etc. Yo quería cubrirle los pies con un cuero de oveja, porque los tenía helados, pero la mujer me lo sacó de la mano, diciéndome «Esto es mío» y lo puso aparte. Cuatro horas antes que Adán muriese, su mujer, siguiendo la costumbre de los indios onas, comenzó a quemar todo lo que le pertenecía a su marido y el fuego duró hasta que este dio su último suspiro. Ropas, cueros, armas indias (arco, flechas, arpón, cuchillos, adornos), etc., todo fue a parar a las llamas. Incluso el reloj que tenía desde el año pasado y el dinero que se encontraba en una pequeña bolsita (treinta pesos), ¡dejando al pobre Adán tirado *en el piso*, solamente con la camisa y el calzoncillo que tenía puesto! Así son las costumbres de los indios. Los parientes no quieren heredar absolutamente nada de cuanto posee en vida el difunto, por temor al espíritu maligno, que ellos creen que pueda estar en esas cosas. Incluso, creen que es lo que los puede hacer morir, por lo cual, queman todo, hasta la choza donde esta persona vivía.

¡Oh! Con cuánta verdad y sentimiento dije sobre su féretro las exequias: *¡Et cum Lazaro quondam paupere aeternam habeas réquiem!* Murió verdaderamente pobre. El día siguiente, el 24, di misa *pro defuncto* en honor a su bella alma; estaba presente toda la colonia india y muchos tomaron la santa comunión. El director don Fortunato Griffa acompañaba a los cantores con el *armonio* y luego todos acompañaron el féretro al camposanto, donde recitamos las últimas plegarias sobre su tumba, junto a los indios. Paz a su alma.

Piedad y vida cristiana de los fueguinos. Procesión de Corpus Domini. Cómo asisten a los sacramentos

Misión de la Candelaria. Río Grande,
1.º de junio de 1913

Los indios establecidos en nuestra misión de la *Candelaria* van civilizándose y transformándose cada día más en buenos y fervorosos cristianos. En la actualidad, tenemos 82 estables, sin contar con aquellos que todavía llevan una vida nómade y que nos visitan de cuando en cuando, pero que pronto se establecerán permanentemente. Casi todos los adultos han tomado la santa comunión y es un consuelo ver con cuánta devoción cumplen con este augusto sacramento.

Para la fiesta de nuestra querida Madre Celestial María Santísima Auxiliadora, que

se celebra solemnemente, se hicieron dos bautismos de adultos, marido y mujer, y fueron siete los admitidos a la primera comunión, repartidos de este modo: ocho niños y cinco niñas (de los cuales tres no tenían aún los cinco años, pero estaban excelentemente instruidos, siendo alumnos internos de las hermanas de María Auxiliadora), tres mujeres de unos cuarenta años y un hombre. En el mes de abril pasado fui llamado para bautizar y administrar algunas confirmaciones a niños en la bahía de San Sebastián. Fui acompañado por el hermano de monseñor Fagnano, señor Antonio, y con nuestro *carro*, empleamos dos días para la ida y otro tanto para la vuelta. La ida fue discretamente buena, pero el retorno fue *pésimo*. El frío era intenso y el viento también. Nos agarró el agua, por lo que sufrí una fuerte *neumonía* que me duró casi 20 días y temía que se agravara.

En ese lugar aislado, sin medicamentos ni médicos, tenía que ponerme únicamente en las manos de Dios para que dispusiese de mí como quisiese. Los queridos hermanos y las hermanas de María Auxiliadora estaban asustados por mi estado, y temían que muriese. Oraban incesantemente para interceder en el trono de Dios y de María Auxiliadora, designaron a la *venerable madre sor Mazzarello*, con la promesa de hacer pública la gracia si yo me curaba. La gracia no se hizo esperar mucho y yo me uní a ellos para agradecer a mi benefactora, junto a Dios y a María Santísima Auxiliadora. El Señor quiere que trabaje todavía un poco más en este asunto que me ha confiado.

Para la fiesta de *Corpus Domini* se hizo la procesión, por primera vez en esta misión con el santísimo sacramento. Esto fue una verdadera novedad para estos pobres indios, que no habían visto nunca en su vida una procesión religiosa. Esta ceremonia sacra los llenó de sorpresa y de júbilo. Todos tomaron parte, desfilando de dos en dos, con una vela encendida en sus manos y con mucha prolijidad. Se improvisó una capilla con un bello altar, en una nueva sala de la misión (que había sido construida para un observatorio meteorológico), y la procesión hizo una parada allí, se impartió la bendición y después se volvió a la iglesia. No podría haber provocado una mejor impresión para las almas de todos.

Cada primer viernes del mes se hace con mucha devoción el ejercicio de la buena muerte[83] y todos, sin excepción, se comulgan. Varios se comulgan también diariamente, y casi todos en los días festivos. Por lo tanto, cada tarde al avemaría, se recita el santo rosario en la iglesia. Toman parte casi todos y lo recitan muy bien. ¡Quién hubiese visto a estos pobres hijos del desierto hace quince años o más, y volviera a verlos ahora! Verdaderamente, no los reconocería, porque han cambiado mucho. Antes estaban casi desnudos y con unos pocos trapos sucios, sin una idea de la fe, sin saber que tenían un alma para salvar, y andaban vagando por estas tierras sufriendo miles de dificultades y miserias. Ahora, están bien vestidos y bien ubicados como personas, y viven en familia, en casas decentes, comprenden la nobleza de su origen y trabajan y oran, esperando alcanzar algún día el paraíso, donde el *Gran Espíritu Timaulk* los espera para gozar eternamente. ¡Este es el beneficio de la civilización traída por nuestra santísima religión, que de ser

83. San Juan Bosco llamaba al retiro mensual: «ejercicio de la buena muerte», lo cual resultaba un poco extraño dado el carácter alegre del santo. Don Bosco era realista e invitaba a enfrentarse a lo verdaderamente esencial. Para él los verdaderos valores son los que están por encima de la misma muerte, aunque en la vida cotidiana se los olvide ante el montón de preocupaciones que supone. La mejor manera de encontrarse dispuesto a vivir bien, es vivir como si se estuviera dispuesto a morir en cualquier momento. Desde esa época, él aprovechó ese día para hacer lo que llamaba el ejercicio de la buena muerte, es decir, para aprender a morir serenos y en gracia de Dios. (N. del T.)

poco menos que brutos, los transforma en excelentes ciudadanos y fervorosos creyentes, útiles a la sociedad y dignos del premio celestial!

¡Sea bendito nuestro padre Don Bosco que promovió una obra tan bella de caridad! ¡Desde el cielo, debe gozar ciertamente al ver realizado su ardiente deseo y su sueño! Gloria y bendiciones también a usted, amado padre, que continúa el camino trazado por el benemérito fundador, y a todos los colaboradores salesianos que, con su ayuda y su plegaria, cooperan para la realización de tanto bien.

Humildísimo y obedientísimo hijo de Jesús y María

Sacerdote Maggiorino Borgatello

Desde la misión de la Candelaria, Tierra del Fuego. El mes de María. La fiesta del Santo Natalicio

El bello mes de María se celebró con toda solemnidad desde el 9 de octubre al 10 de noviembre (la mejor época para esta misión, antes de que comiencen los trabajos fuertes de la esquila de las ovejas, su baño, etc.). Celebrado todas las tardes alternándonos entre don Grosso y quien suscribe, con asistencia general de todo el personal y los indios de esta misión. Se cerró el mes con una comunión general, misa cantada y una bellísima procesión a la noche, en la cual se llevó la estatua de María Auxiliadora, entre el júbilo y el entusiasmo de todos, pero en particular de los indios, al ver que se llevaba la imagen de María Auxiliadora, tan querida por todos, cerca de sus casas. Una vez que regresó la procesión a la iglesia, me dirigí a todos los presentes con algunas palabras sobre la voluntad de María, exhortando a todos a confiar en su potente patrocinio, y se hizo la consagración de todos los corazones allí presentes, de la misión y de la isla. Se celebró también, con mucha solemnidad, la bella fiesta de la Inmaculada Concepción de María Santísima, el 8 de diciembre. Precedida de la novena de oración y de las bendiciones con el santo sacramento, coronada con una comunión *verdaderamente general* de todos los indios, y una misa cantada.

También se celebró la fiesta del Santo Natalicio, precedida de una novena rezada cada noche. La celebración de la medianoche fue espléndida y tranquila. Tuve la fortuna de celebrar las tres misas y de distribuir casi *sesenta* comuniones. Todos los indios tomaron parte con mucho placer. Al salir de la iglesia, a la 1:30 de la madrugada, se veía ya el alba, y a las 3 salía el sol para ponerse a las 20:45. ¡Diecisiete horas y media de sol! casi no se ve la noche.

A la celebración faltó solamente un indio alacalufe de nombre *Brasito Kosceckt-tor*, que se quedó dormido, porque no escuchó el sonido de las campanas. A la mañana siguiente, el pobre estaba muy mal por no haberse despertado, porque hubiese querido tomar parte de la celebración, y se excusó conmigo diciéndome: «¡Noche dormir grande! Campana nada sentir: *kép*, *kép*. Esta noche dormir profundamente, nada sentir campana, nada, nada». Este indio es muy curioso para hablar. Siempre usa el adverbio *grande* en vez de decir mucho, bien lejos, etc.: *comer grande, pasear grande, dormir grande, trabajar grande, orar grande, etc.* Dice que le gusta: *comer grande, pasear grande y dormir grande.* ¡A más de uno en este mundo le gustaría hacer lo mismo, si pudiese!

Todos están contentísimos y muy alegres y ninguno sueña con irse de nuevo. Ninguno se emborracha (como por desgracia lo hacen algunos que se encuentran en ciertas *estancias* vecinas a nosotros). Son, en cambio, bastante moderados para comer y para beber. Son trabajadores, de carácter tranquilo y pacífico. Asisten con regularidad a los santos sacramentos de la confesión y la comunión casi todos los domingos, y algunos incluso, diariamente y cada tarde, recitan en común el santo rosario en la iglesita. Cada sábado y vigilia de solem-

nidad se imparte la bendición con el santo sacramento.

En todo este año 1913, desde enero hasta fines de diciembre, se hicieron *nueve mil doscientos ochenta y tres comuniones. Esto es, más de setecientos setenta al mes, lo que es resulta un verdadero consuelo.* En conclusión, no se podría desear más de esta pobre gente, que en un tiempo no muy lejano era totalmente salvaje e ignorante de la religión. Esta misión con razón se puede llamar: *¡El cristianismo feliz!*

Los ángeles de la Tierra del Fuego

Misión de la Candelaria,
15 de diciembre de 1913

El Señor nos había dado tanto buenos jovencitos que eran verdaderamente nuestra alegría. Tres de ellos y una de las niñas eran los más buenos y avispados que haya conocido, verdaderamente ángeles humanos. Se tenían las más grandes esperanzas en ellos, pero la guadaña cruel de la muerte se los llevó imprevistamente, con poca diferencia de tiempo uno de otro. El Señor lo da y el Señor lo toma. *¡Sea siempre hecha su divina voluntad!* Dotados de una rara inteligencia y de índole amable, se hicieron querer y estimar por cuantos los conocieron. Aprendieron la lengua del país con mucha facilidad (el español) y la doctrina cristiana, de tal forma que merecieron ser promovidos para la santa comunión a una edad muy tierna. ¡Era un consuelo verlos con qué devoción y recogimiento asistían a la sagrada misa eucarística casi todos los días! La inocencia se veía pintada sobre sus rostros, siempre alegres y sonrientes. Los cuatro tuvieron una santa muerte.

El primero que voló al cielo se llamaba *Julio Ciaciár*, hijo de Matías, indio ona. Tenía cerca de diez años. En la vigilia de su muerte, lo confesé y le administré el óleo santo al verlo muy enfermo. Prometí llevarle el santo viático al día siguiente, pero con gran sorpresa, lo vi en la iglesia a la mañana siguiente, en los brazos de la madre, ¡porque siendo domingo, deseaba oír la santa misa! Durante toda la misa la madre lo tuvo sentado sobre sus rodillas, porque el pobrecito estaba casi en agonía, y tanto la madre como el niño recibieron la santa comunión con gran devoción, siendo esto muy edificante para todos los presentes. Al llegar a la casa, el querido *Julio* empeoró, hasta que cerca de las 4 de la tarde, conservando hasta el final sus facultades intelectuales y repitiendo la santísima jaculatoria, se iba al paraíso. Justo en la fiesta del Purísimo Corazón de María, el 24 de agosto de 1913. Todos lo lloraron, se hizo una hermosa misa en su honor y fue acompañado al cementerio.

El que lo siguió se llamaba *Antonio Esperanza*, hijo de José, indio alacalufe. También él tenía diez años. La madre varias veces —porque llevaba enfermo casi un mes— lo llevó a la iglesia en las fiestas y tomaba con su hijo la santa comunión. ¡Esa escena piadosa era un espectáculo que siempre enternecía el corazón! Pero al darse cuenta el buen Antonito de que la muerte se avecinaba a grandes pasos, quería siempre estar al lado del sacerdote para que lo bendijese y orase junto a él. Y verdaderamente oró con devoción hasta su muerte, sin cansarse. Me cansaba más rápido yo de sugerirle oraciones y jaculatorias que él de repetirlas. Era siempre él quien me animaba a orar, diciéndome: «Oremos, oremos todavía». ¡Se extinguió plácidamente, sin agonía, como una lámpara a la que le falta el aceite! *Todos los santos* lo habrán querido para celebrar su fiesta el primero de noviembre de 1913.

Sofía Lamén se fue al cielo a reunirse con sus compañeros en la bella fiesta de la Presentación de María Santísima al Templo. Esto fue el 21 de noviembre del mismo año. La naturaleza no fue benévola con esta pobre niña en cuanto a su aspecto exterior, pero la gracia la había compensado ampliamente con su carisma celestial. De piel negra, labios gruesos y salientes, con los ca-

bellos enrulados y abundantes, incluso sobre la frente. A primera vista, dejaba una impresión desagradable a quien la veía. Por cierto, no se asemejaba nada a la raza ona, ni a la alacalufe, sino más bien a la africana. Por lo general, el Señor balancea los dones con sus criaturas: a quién le da mucha belleza exterior, no suele darle mucha gracia interior y viceversa, aunque hay algunas excepciones. Recuerdo haber visto personas de rara belleza, pero después, al haberlas tenido que tratar, supe que su interior era malvado e inmundo. Y esto que me sucedió muchísimas veces a mí, lo escuché decir de otras personas con gran experiencia en tratar a mucha gente en el mundo y lo escuché de sacerdotes excelentes, dedicados al cuidado de las almas. Por consiguiente, no es de maravillarse que una persona fea de cara pueda ser bella de alma.

Nuestra Sofía Lamén, de sobrenombre *la negrita*, era por supuesto una de estas. Cuanto más fea era en su exterior, más bella era en su corazón y en su carácter, que la hacían ser una verdadera joya de niña. Por su inteligencia, su voluntad de corazón y su piedad, superaba a todas sus compañeras, a pesar de que todas eran muy buenas y modelos de virtud. Esta niña había sido abandonada por sus propios parientes en el campo a la edad de solo tres años (al parecer, porque era muy fea), y la divina Providencia, que siempre vela por las criaturas, hizo que la encontraran las buenas hermanas de María Auxiliadora que, casualmente, pasaban por ese lugar. Fue recogida y educada por ellas con particular cuidado, en su colegio de la Candelaria. Rápidamente, se transformó en una niña modelo. Cuando alguno la despreciaba o se sorprendía de verla tan fea —y no era raro que ocurriese—, ella, en vez de ponerse mal o mostrarse afligida, sonreía graciosamente y parecía que disfrutaba de corazón al verse despreciada.

Me consta que este acto de humillación que sentía le daba mérito inmediatamente ante Dios y no se mostraba disgustada. A veces le confiaba sus propias penas y sensaciones a la directora de las hermanas, diciéndole con toda candidez: «El demonio algunas veces me tienta para ser mala, pero yo corro inmediatamente a los pies de Jesús, le rezo de corazón y la tentación se va. No quiero escuchar más al demonio, porque me da miedo, es demasiado malo y es enemigo de Jesús, por eso no lo quiero. En cambio, quiero mucho y amo a Jesús, porque es bueno y sé que me hace bien. Él, todos los días, se ofrece a mí en la santa comunión».

Ahora tenía cerca de trece años y no pasaba día que no se comulgase, y lo hacía con tanto recogimiento y devoción que era de maravillarse. Cada vez que podía recibir del sacerdote una bendición de María Auxiliadora, quedaba fuera de sí por la alegría y aprovechaba para pedirla cada vez que se confesaba, cosa que hacía todos los días. Era también un perfecto modelo de obediencia, porque nunca se negaba a ningún trabajo que se le pidiera por bajo y humillante que fuese, y siempre lo aceptaba con buen ánimo y contenta, demostrando su buena voluntad.



Sofía Lamén, llamada la Negrita, *vivió y murió santamente en la misión Candelaria, Tierra del Fuego (1913).*



Jovencitos onas de la misión Candelaria en uniforme, con el director Don Griffa Francisco.



Hombres y jóvenes onas civilizados en la misión Candelaria, Tierra del Fuego.

El 15 de agosto de 1913, Fiesta de la Asunción al Cielo de María Santísima, después de haber asistido a la santa misa con gran devoción y de haber tomado con vivo entusiasmo la santa comunión como siempre, la beata Virgen le avisó que su muerte estaba próxima. Al salir de la iglesia, la reverenda hermana directora, Juana Valgimigli, al verla vivamente conmovida, le preguntó que tenía, y la niña le narró ingenuamente cómo la Virgen le había avisado que pronto se iría al paraíso.

—¿Será efecto de tu fantasía? —le dijo la hermana.

—No, mi buena madre, es realmente cierto que la Virgen me dijo que debo morir pronto. Pero estoy contenta. Iré al cielo en compañía de la beata Virgen.

No estaba para nada enferma. Desde aquel día fue siempre más buena, preparándose, como decía ella, para la muerte. Luego se enfermó y a pesar de estar enferma, cada mañana, aunque con dificultad, quería que la llevasen a la iglesia para recibir la santa comunión, que no abandonó nunca hasta su muerte. Un alma tan bella y virtuosa no podía permanecer mucho más tiempo sobre esta tierra de exilio, y la Virgen la quiso con ella en el paraíso, tal como le dijo en su fiesta de la Presentación al Templo, poco después que había recibido, con gran devoción, todas las bendiciones religiosas de María Auxiliadora. Su plácida muerte fue sin agonía, expirando mientras intentaba orar. Se celebró la misa y sus compañeras ofrecieron la comunión en su honor y todos los indios la acompañaron hasta su última morada.

Su memoria está aún viva y lo estará por mucho tiempo en bendiciones. Sea dicho esto con toda la reserva, pero sus maestras, condiscípulas y amigas la creen junto a Dios y narran hechos maravillosos atribuidos a su intersección. He aquí uno de ellos: su maestra desde hacía muchos días padecía dolores agudísimos de dientes que no la dejaban vivir en paz. Recordando lo buena y obediente que era *Sofía, la negrita*, se retorcía por el exceso de dolor y se dirigió a esta niña diciéndole con fe: «Sofía, si tú estás en el paraíso, demuéstramelo, haciendo que termine este gran dolor de dientes que me atormenta». Al finalizar la invocación, recitando tres veces el *de profundis*, el do-



Mujeres y niñas onas civilizadas en la misión Candelaria.



Misión Candelaria vista de frente. Tierra del Fuego.



Indios a caballo en el pastoreo de las ovejas. (F.: Duran)

lor cesó enseguida y no se repitió más. Otro gran favor lo obtuvieron las hermanas de la Candelaria después de orar invocando a *Sofía, la negrita.* Era un favor muy especial y tenían poca esperanza de conseguirlo.

El último de estos ángeles, que se fue al cielo en el año 1913, fue el querido y simpático jovencito *Juan Koscpáy*, de casi doce años de edad, hijo de indios onas. Si los anteriores eran buenos, este era óptimo. Si los anteriores eran inocentes y piadosos, este era inocentísimo y piadosísimo. Era despierto, tenía ingenio, hábitos simples, índole amable, voluntad enérgica y un corazón muy tierno. Si se le pedía hacer algún trabajo, obedecía siempre rápidamente, sin hacer distinción sobre quién se lo pedía, ya sea un superior, un igual o un inferior, y siempre con una sonrisa en los labios. Nunca fue visto triste y por eso era queridísimo por todos. ¡Qué útil vestido de monaguillo en el altar en la santa misa y en otros oficios sacros! Se diría que era otro San Luis. Nunca mereció un regaño de nadie. Los días que escuchaba la santa misa, tomaba la comunión con gran devoción, costumbre que nunca dejó mientras pudo ir a la iglesia. Y en sus últimos días de enfermedad, cuando no podía acercarse más a la iglesia, rogaba al sacerdote que le llevase al querido Jesús a su lecho y lo recibía en su corazón con tanto fervor que daba envidia a los ángeles del cielo.

El Señor también se apuró a recoger de este mundo a esta hermosa flor del desierto, antes de que el fuego de la pasión pudiese secarla y los ángeles la trasplantaron en el bello jardín del paraíso el 10 de diciembre de 1913, tercer día de la octava de la Inmaculada Concepción de María y fiesta del Traslado de la Santa Casa de Loreto, después de haber recibido el santo viático y el óleo santo, asistido hasta el final por el sacerdote y varios hermanos. Tampoco tuvo agonía. Pocas horas antes de expirar, quizá previendo que estaba vecina la muerte, oraba continuamente y pedía con insistencia que se orase, diciendo a los que estaban con él: «Oremos, oremos».

Tenía aferrado fuertemente el santo crucifijo y lo cubría de besos a cada instante, hasta que, pronunciando por última vez su oración jaculatoria favorita: *¡Jesús, José y María expire en paz con ustedes el alma mía!*, daba su bella alma al Creador. Tuvo una muerte santa como santa fue su breve vida. También por este buen jovencito se hizo una bella misa, todos los indios hicieron por él la santa comunión y lo acompañaron al cementerio, llorando por su pronta partida hacia la eternidad, pero creyéndolo unánimemente ya santo en el cielo.

¡Es así cómo viven y mueren los niños del desierto, los hijos de los salvajes de la Tierra del Fuego! Y no son estos cuatro los únicos que vivieron y murieron santamente. ¡Son un centenar! Entristece, sin duda, ver partir para la otra vida a tantos queridos angelitos, aunque reconforta y hace nacer la más linda esperanza. Pero, por otra parte, hay motivo para alegrarse, sabiéndolos felices con Dios y con María Santísima para toda la eternidad, lejos para siempre de los peligros de vivir por largo tiempo en este mundo corrupto. Recuerdo siempre las palabras del muy sabio pontífice León XIII, de feliz memoria, cuando en la audiencia que tuvimos con don Durando en agosto de 1898, le dije que los fueguinos morían fácilmente, y me contestó: «¡Paciencia, con tal de que se salven!».

Si Dios lo dispone así, será ciertamente mejor para ellos. Conformémonos entonces con su santa voluntad y cumplamos nuestra misión igualmente. Estos queridos angelitos, que ahora se divierten alrededor del trono de Dios, serán nuestros intercesores. A mí, si pudiera, me gustaría contarles tales ejemplos a los niños de Italia, de Europa y de todos los países civilizados, y decirles: *¡Imítenlos! ¡Laudate, pueri, Dominum, laudate Nomen Domini!*

Un serafín del santísimo sacramento. María Pacífica

Punta Arenas, 2 de enero de 1896

Es este un querido angelito, una india yagán mestizo que la muerte nos arrebataba en la época del nacimiento de María Santísima. Se llamaba María Pacífica Grande. Tenía solamente siete años de edad, pero el juicio y la prudencia de un adulto. Fue recogida con su madre, en la más tierna edad, en la misión de Dawson y educada por las hermanas de María Auxiliadora. Estas supieron infundir bien en el corazón de la tierna niña el santo respeto a Dios y el amor a María Santísima Auxiliadora, que la hicieron un modelo de niña cristiana. Aunque tuviese de nombre *Pacífica*, era de un carácter vivísimo que no podía estar quieta un momento, pero bastaba que se le dijese «Se buena y quédate quieta por el amor de Dios, por el amor de Jesús y María», que rápidamente se comportaba como una santita.

A los seis años ya sabía perfectamente todas las oraciones en castellano y latín, comprendía los misterios del santo rosario, el que sabía recitar con placer y devoción. Sabía de memoria todo el pequeño catecismo y demostraba entenderlo bien, porque siempre hacía miles de preguntas a sus maestras. Ya se confesaba y tenía un ardiente deseo de hacer su primera comunión para recibir a Jesús —como ella decía— en su corazón. En todos los momentos de recreación, encontraba el modo de escaparse un rato hacia la iglesia para arrodillarse en la escalera del altar y entregar su corazón a Jesús, diciéndole, más con lágrimas que con palabras: «¡Mi querido y buen Jesús, dile a las hermanas que me permitan hacer la santa comunión! ¡Deseo recibirte en mi corazón! ¡Dame esta gracia!». Especialmente en las principales festividades, cuando veía que sus compañeras iban a tomar la santa comunión, las envidiaba, las acompañaba al altar con sus ojitos vivos y húmedos de lágrimas, y a menudo lloraba y escondía su cara entre sus manos para no dejarse ver por sus compañeras.

—¿Por qué lloras? ¿Te sientes mal? —preguntaban las hermanas.

—No —respondía—, lloro porque no puedo tomar la santa comunión. ¡Permítanme que tome la santa comunión también yo! ¿Cuándo podré tomar yo también mi primera comunión? —Insistía en preguntar.

—Cuando seas un poco más grande y más buena.

—Sí, quiero ser muy buena, pero permítanme lo antes posible recibir al buen Jesús en mi corazón. Yo lo amo mucho a Jesús y deseo recibirlo pronto. Permítanme tomar la santa comunión también a mí.

Pero las hermanas, por su tierna edad, no se animaban a admitirla en la sacra misa, temiendo de ser criticadas, a pesar de que sabían de su gran capacidad y gran preparación. La piadosa niña sabía también leer muy bien y escribía por su cuenta. Esta bella flor no debía permanecer por largo tiempo en esta tierra: *Raptus est ne malitia mutaret sensus eius*. En la novena de la asunción se enfermó. Al principio parecía que era poca cosa, pero la enfermedad fue empeorando día a día. Se hicieron todas las curas posibles, pero fue en vano. Desde los primeros días de su enfermedad, sorprendía a quienes la visitaban, porque no hablaba de otra cosa que de ir al paraíso con los ángeles y los santos, con Jesús y María. No hablaba nunca de curarse.

Al principio de la novena de la natividad de María Virgen Santísima, desmejoró mucho y esto, rápidamente, nos hizo temer por su pérdida. Ella misma pidió confesarse, y lo hizo con tanta devoción que enterneció a su mismo confesor. Después, renovó la oración para que se le permitiera recibir a Jesús en su corazón, porque quería ir con él al cielo. Cuando su confesor le prometió apagar sus ardientes deseos, llevándole la santa comunión, se vio cómo su cara súbitamente cambió de color, y de pálida se tornó rosada; una dulce sonrisa apareció en sus labios y brotaron lágrimas de

esos ojos ofuscados por la enfermedad, y repitió varias veces con sollozos: «¡Sí, sí, venga Jesús a mi corazón! ¡Gracias, padre, gracias! ¡Oh! ¡Podré finalmente hacer mi primera comunión!».

Se preparó con emoción. Enseguida las buenas hermanas arreglaron su dormitorio y su lecho del mejor modo posible. Le pusieron en su cabeza un finísimo velo blanco y una corona de rosas blancas, y la prepararon para lo que debía ser para ella su *primera comunión* y *viático para la eternidad.* Ella lo sabía y se regocijaba con afecto para su buen Dios. Cuando fueron a avisar a sus compañeras, todas quisieron estar presentes en aquella ceremonia. Guiadas por las hermanas, todas acompañaron con velas encendidas el santísimo sacramento, desde la iglesita del instituto hasta la habitación de la enferma. Se diría que era un coro de vírgenes que seguía al cordero inmaculado, que iba a tomar posesión de un corazón inocente para transportarlo hacia el gozo eterno. Fue muy grande la alegría de la pequeña enferma cuando vio en su pequeña habitación aquel noble cortejo, y lloró de consolación. Cualquiera de sus compañeras hubiese deseado estar en su lugar, porque sabían lo buena e inocente era.

Una vez cumplido este gran acto, las hermanas la ayudaron a hacer la acción de gracias y ella repetía con devoción las palabras de la oración que amorosamente se le habían sugerido. Tenía una sed ardiente que la atormentaba, y pedía continuamente agua, que se le daba de a una cucharadita por vez, para que no le hiciese mal. Durante el acción de gracias no se le quiso dar, por temor a que le provocase vómitos, como le había sucedido anteriormente. La pobrecita, que no podía resistir más ese calor abrasador, se dirigía con gran afecto a Jesús y le decía «¡Mi dulce y buen Jesús, permite que me den agua! ¡Jesús, dame agua!», y una vez que la conseguía, decía «¡Gracias, mi buen Jesús! ¡Qué bueno eres!», y así continuaba orando.

Recibió con gran ternura y devoción la santa confirmación, después, el óleo santo y la bendición apostólica *in artículo mortis.* Pocas horas antes de morir, decía que veía un ave de rapiña muy fea y mala, que se había posado cerca de ella y le daba miedo. Yo esparcí agua bendita sobre su lecho y en el lugar donde la niña decía que veía a ese pajarraco feo, rápidamente, me dijo que el pájaro había desaparecido, y que en vez de este, había venido una *linda señora*, vestida elegantemente, con un sombrero de paja y un bastón en la mano, semejante a la divina pastora, que se representaba en un cuadro que estaba en esa misma habitación, que parecía muy amable y buena y le producía gran placer contemplarla. Esta bella y amable señora habrá sido, por cierto, María Auxiliadora, la patrona de las misiones salesianas, y la gran amiga de la enferma, que venía a consolarla y a llevarse con ella a su pequeña protegida.

Parece que lo había comprendido, porque rápidamente se puso a cantar con toda la voz que le quedaba, y con fuerza, los siguientes versos a María:

Con el ángel de María
Las grandezas celebrad
Transportados de alegría
Sus finezas publicad.

¡Oh, María, madre mía,
Oh, consuelo del mortal!
Amparadme y guiadme
A la patria celestial.

Este canto, que los indios de la misión de Dawson cantan con entusiasmo, y los pequeños músicos indígenas acompañan de maravillas con los instrumentos musicales de la banda, y que don Pistone llama el *himno nacional*, me hizo recordar aquella misión donde están sus compañeros. Entonces, le dije

—María Pacífica, ¿cuando estés en el paraíso, te recordarás de orar por tus parientes y paisanos indios? —Esta palabra (indios) la desconcertó inmediatamente. Me acordé de que ella no quería que la lla-

maran india (sinónimo de salvaje) ni que se llamaran indios a sus compatriotas. Me corregí, rápidamente. —No, tú eres cristiana, y cristianos son también todos aquellos que viven en la misión de Dawson. Pero tú debes encomendar todos al Señor y a la beata Virgen Auxiliadora, para que sean preservados en la verdadera religión, y también debes orar por todos los indios salvajes que aún no son cristianos, para que puedan conocer al verdadero Dios y salvarse.

—¡Oh! Sí, voy a rezar mucho por todos —dijo la pobrecita con calma—, pero en particular por usted, querido padre, que me ha hecho cristiana, que me ha dado la santa confirmación, la primera comunión y el óleo santo. Por monseñor Fagnano, por la madre superiora de las hermanas, por todos los salesianos y las hermanas de María Auxiliadora.

Continuó nombrando una larga serie de personas que ella conocía y que estaban presentes, alrededor de su lecho de muerte. Luego, le dijo adiós a todos los que estaban ahí, tocándole la mano a cada uno y después les dijo que quería descansar. En efecto, se quedó un poco aletargada por algunos minutos, luego se despertó y continuó pidiendo agua y orando, hasta que, con la sonrisa de un ángel, expiró su inocente alma, a las 9 de la noche del día 6 de septiembre.

Después de su muerte, su cara tomó un aspecto angelical, todos la contemplaban con cariño y se alejaban de allí con pena repitiendo unánimemente «¡Es una santita!». Sus funerales —así lo dispuso Dios para honrar a aquel pequeño serafín—, fueron espléndidos, porque concurrió mucha gente, a pesar de no haber sucedido nada de extraordinario para atraer a tanta gente. Las hermanas quisieron celebrar una hermosa misa con música, y las compañeras de la difunta, después de que todas tomaron la santa comunión en su honor, quisieron llevarla ellas mismas hasta su última morada. ¡He aquí un angelito más en el paraíso! Un angelito qué partía desde los vírgenes bosques de la Tierra del Fuego, un verdadero serafín del santísimo sacramento.

María América (india ona)

Un señor rico, cónsul en Punta Arenas, de religión protestante, vivía desde hacía muchos años con su mujer y no habían tenido hijos. Pensó entonces en adoptar por hija a una niña india de la Tierra del Fuego de casi diez años. La llamó América, la hizo instruir por muchos maestros que le enseñaron la lengua española, la inglesa y la alemana. Vestía elegantemente y estaba en todas las fiestas sociales en compañía de la señora que ella llamaba mamá. Hizo viajes a Europa con sus padres adoptivos y visitó Inglaterra, España y Alemania. Se sentía feliz. Pero pasado algunos años, se le manifestaron síntomas de tuberculosis. Estos señores se alarmaron primero y, después, comenzaron a disminuir su amor por ella, a maltratarla y a segregarla de la familia.

Al visitar el hospital, la encontré sumida en la más grande tristeza y casi desesperación, porque no podía concebir el repentino cambio que habían tenido estos señores con respecto a ella. Siempre los había considerado como sus progenitores, porque le demostraban mucho amor y ella le pagaba de la misma manera, y ahora la habían abandonado y no se preocupaban más por ella. Se preguntaba: «¿Por qué este extraño cambio? ¿Qué cosa he hecho mal?». Yo trataba de consolarla, exhortándola a confiar en Dios que nunca abandona a sus criaturas, y a sufrir por su amor para así merecer la gloria del cielo. Pero no me comprendía. Ninguno le había hablado nunca de Dios, ni de la eternidad. No sabía qué cosa era orar y creía que todo terminaba con la muerte. Le aconsejé ir a la misión salesiana de Dawson, donde la recibirían bien y tendría una asistencia especial por parte de las hermanas de María Auxiliadora, y ese clima, mucho más acorde a su estado, la ayudaría a mejorar y, además, se

encontraría mucho mejor y cuidada. Escuchó mi consejo y fue a la misión con una recomendación mía que le presentó a la superiora de las hermanas. De hecho fue recibida muy bien y rápidamente comenzó a mejorar.

Vivió algunos años con discreta salud y después recayó su enfermedad y murió. Pero en todo ese tiempo que estuvo en la misión, pudo instruirse en nuestra santa religión y prepararse para tener una muerte santa. Se transformó, de hecho, en una persona piadosa y buena, que merecía ser propuesta como modelo de voluntad y paciencia. Recibía a menudo la santa comunión y era devota de María.

En una visita que hice a aquella misión fui a verla, sabiendo que su mal se había agravado. Había recibido esa misma mañana todo lo referente a nuestra santa religión y se encontraba tranquila y sonriente. Apenas me vio, me dijo: «Espero que la muerte me venga a buscar». Se alegró mucho al verme y no terminaba de agradecerme el favor que le había hecho por haberme ocupado para que ella fuese recibida en aquella bendita misión, donde había estado muy contenta y se había preparado para morir bien. Me contó un sueño misterioso que había tenido la noche precedente, en el que había visto a María Auxiliadora rodeada de ángeles y la había invitado a ir con ella al cielo. La beata Virgen la había llamado por el nombre, diciéndole: «María América ven conmigo. Yo te quiero mucho». Dijo que aquella visión la había llenado de gran consolación y que no veía la hora de ir con la beata Virgen al paraíso. Me dijo que desde el cielo, donde esperaba ir con toda seguridad, iba a rezar mucho por mí y por todos los salesianos y las hermanas de María Auxiliadora, para que todos continuemos haciendo mucho bien a sus compatriotas. Me pidió, por consiguiente, la bendición de María Auxiliadora, que yo le di con todo el cariño del corazón Después de recibirla, repitió algunas santas jaculatorias, entre las cuales estaba su favorita: *Jesús, José y María, expire en paz y con ustedes el alma mía*, y después cerró las pupilas y se durmió plácidamente en el Señor. ¡Qué bella y envidiable muerte la suya!

Tenía cerca de dieciocho años. En el bautismo había tomado el nombre de María. ¡Cuántas muertes tan preciosas y envidiables he visto entre estos salvajes convertidos! Da envidia, verdaderamente, verlos partir de este mundo hacia la eternidad tan bien dispuestos, llenos de fe y de alegría, como si fuesen a una fiesta, y con la esperanza firme que se revela en sus rostros de entrar, rápidamente, en una vida mejor, para disfrutar por siempre. Con tan bella disposición, es de esperar que ellos entren en el cielo. ¡Qué bien pago son los trabajos de los misioneros, que salvan almas así de bellas y así de queridas por Dios! ¡Qué bien empleado es el dinero de los benefactores que ayudan a una obra tan grande y tan santa!

María Auxiliadora consuela a los indios a punto de morir Miguel Bernabé Rua. Ramón Díaz

En estos últimos tiempos, el Señor ha demostrado de varios modos un gran amor por estos pobres salvajes de la Tierra del Fuego. Fue su Providencia que les envió a ellos a los caritativos misioneros para darles alimento material de los que ellos estaban privados, casas para habitar, vestimenta conveniente para cubrirse y repararse del frío y todas las cosas posibles para la civilización. Le ofrecieron, especialmente, el alimento espiritual para sus almas, haciéndoles conocer al verdadero Dios y la verdad de la santa fe, todo lo necesario para salvarse.

También la Virgen Auxiliadora se interesó mucho por la prosperidad material y por la salvación eterna de estos pobres salvajes. Muchos jovencitos y jovencitas, de costumbres simples, fervorosos cristianos y cándidos de

corazón como palomas, fueron avisados por María Santísima de su próxima muerte e incluso disfrutaron de la presencia visible de ella. Verdaderamente, consuela constatar que más de una vez la Virgen bendita, se complace en mostrar su materno patrocinio, haciéndose visible a muchos de ellos para consolarlos en sus aflicciones, y también para exhortarlos en la perseverancia en la fe o para avisarles de su próxima muerte y, especialmente, para asistirlos en su agonía.

Miguel Bernabé Rua

Podría referirme a muchos hechos con respecto a este tema. El primero que fue favorecido por la visión de María fue el santo jovencito Miguel Bernabé Rua, el ahijado de nuestro inolvidable superior y padre, el señor don Rua. Era un indio alacalufe de la isla Dawson. Tuve el honor de bautizarlo el 15 de abril de 1891, junto con otros 16 salvajes de aquella isla, todos adultos y bien preparados por nuestros queridos hermanos de esta misión. En ese entonces, era muy prometedor, porque era muy bueno y por su carácter abierto; era alegre y despierto. Haberlo puesto bajo el cuidado de nuestro santo superior don Miguel Rua resultó de buen augurio. Hubiese hecho cosas grandes si hubiese vivido mucho tiempo.

Fue entre los doce y trece años que la gracia del santo bautismo fue prodigiosa en él. Desde aquel día, se transformó en el joven más dócil, más piadoso, más obediente,



Visión y muerte santa del pío jovencito alacalufe Rua Miguel Barnabé. Misión San Rafael, isla Dawson.

más amable y más cuidadoso de cuantos salvajes y civilizados hubiese en esa isla, al punto de merecer ser propuesto de modelo de todos. Dotado de un discreto ingenio, aprendió rápidamente los primeros rudimentos de nuestra santa religión y las oraciones cotidianas, que recitaba con placer y devoción desde la mañana a la noche, siempre de rodillas. Aprendió a cantar varias loas sacras, que a menudo cantaba con gusto a lo largo del día y les enseñaba a sus compañeros. En la iglesia tenía un comportamiento devotísimo. Estaba siempre atento a las funciones sacras y a las ceremonias religiosas, y a la hora de la recreación, hacía pequeños altarcitos y pasaba el tiempo imitando al sacerdote celebrando la santa misa y dando la bendición con el santísimo sacramento. Y esto no lo hacía para reírse de las cosas de la iglesia o para burlarse, sino por devoción y por el gusto que sentía al hacer aquella ceremonia sacra. Lo demostraba por el comportamiento serio que tenía, lo que agradaba a los mismos compañeros y a los superiores que lo veían.

Cuando podía ayudar en el altar vestido de monaguillo era muy feliz, y lo hacía con tal piedad, que encantaba a cuantos lo veían. Siempre alegre, dulce y gracioso con todos. Estaba listo para obedecer con buen ánimo el mínimo pedido de cualquier superior o de cualquier persona. Compasivo con los que sufrían, a menudo se privaba él mismo de algunos objetos para dárselos a sus compañeros más necesitados y por eso era muy amado por todos. Una vez, recuerdo haberlo visto regalar sus propios calzoncillos a un salvaje que recién llegaba y que no tenía otra vestimenta que una manta inmunda. Apenas vio a aquel infeliz de su edad casi desnudo y sucio, corrió a su dormitorio, se sacó los calzoncillos, y después, muy alegre se los vino a regalar, aunque no lo conociera. Esta acción en un jovencito salvaje es muy apreciable porque, en general, están más dispuestos a recibir que a dar. En otra oportunidad, lo vi hacer lo mismo con la comida, privándose él mismo, para dársela a otro compatriota suyo, más infeliz y más necesitado que él.

Era de compleción grácil, cumplía lo que se le ordenaba, pero también por su cuenta hacía otras cosas, sin esperar nunca que se lo pidiesen, como por ejemplo, llevar leña a la cocina, encender el fuego, llevar agua, barrer la casa, etc. Se preocupaba mucho por tener limpia y bien aseada la escuela. Siembre quería barrer y ordenaba cada cosa con maestría. Todos tenían un buen concepto de él y ninguno le hacía el mínimo reproche. Nunca pronunciaba una palabra incorrecta, nunca hacía un gesto que pudiese interpretarse como escandaloso u ofensivo para otra persona. Siempre modesto en el mirar, parco en el hablar y sobrio al comer, era un buen ejemplo para los que lo veían y lo trataban.

Pero una flor así delicada no podía permanecer mucho más tiempo en este mísero mundo. Los ángeles lo querían con ellos en el paraíso, para que no se perdiese con los años. Una neumonía lo obligó a quedarse en cama casi dos meses. Siempre alegre, humilde y paciente, sufría sus dolores con rara resignación, sin tener nunca un suspiro de lamento. La enfermedad lo benefició para acrecentar sus méritos para la eternidad, y para hacerse conocer y apreciar mejor por todos. Amaba hablar y sentir hablar siempre de Dios y de María Santísima. Durante su enfermedad, se confesó varias veces y recibió con mucha devoción la santa comunión. La última vez que recibió la santa comunión por viático, todos sus compañeros quisieron acompañar el santo sacramento hasta su lecho, con las velas encendidas. ¡Era la primera vez que se veía algo parecido en esa misión y era un espectáculo conmovedor! Don Del Turco lo asistía y lo preparaba con oraciones y don Pistone le administró el santo viático. Este querido jovencito, después de haber recibido la santa hostia, estaba tan contento que lloraba de consolación. Con los brazos cruzados sobre el pecho, apretaba fuertemente su Señor Sacramentado, como si temiese

que se le fuese de las manos, mientras con el corazón y con la voz le dirigía encendidas y afectuosas palabras. Cuando se le preguntó si iba gustoso al paraíso, respondió: «¡Oh! ¡Sí! ¡Sí, vamos, vamos al paraíso!».

Siempre repetía jaculatorias, especialmente, su favorita: *¡Jesús, José y María, les doy el corazón y el alma mía!* En la fiesta de San Francisco de Sales, el 29 de enero, estando peor de lo habitual, se le administró el óleo santo y la bendición papal. Parecía que esa noche iba a morir, sin embargo, sobrevivió hasta el 31 de enero, aniversario de la muerte de nuestro querido padre Don Bosco. Parece que Don Bosco quiso retardar su muerte para tenerlo con él ese mismo día. Eran las 7 de la mañana del 31 de enero y todos estaban en la iglesia, algunos celebrando, otros asistiendo a la santa misa y orando. El catequista Juan Asvini era el que estaba junto al enfermo. Parecía que dormía cuando de golpe se despertó y se sentó en la cama y pidió *un arco y una flecha.*

—¿Qué quieres hacer con estas cosas? —preguntó Avsini—.

Para conformarlo, le dio el arco y la flecha. Una vez que el niño lo tuvo en la mano, este sonrío dulcemente e hizo el acto de querer tirar, apuntando la flecha a lo alto, hacia el cielo, casi como si quisiese decir: «Así deseo ir al cielo veloz cómo está flecha». Después, rápidamente dejó caer el arma y agarró el crucifijo que estaba en el lecho, lo besó varias veces con amor. Siempre con cara sonriente, alzó las manos en alto, como si quisiese abrazar un objeto, fijó los ojos en un punto de la habitación.

—¡Me voy! ¡Me voy! ¡Oh, qué bello que es! ¡Qué bello! —exclamó, estático, sin mover los párpados.

—¡Jesús, José y María! —le dijo Asvini.

El enfermo ya no lo escuchó más y se quedó con la mirada fija y estático, como viendo un objeto.

—¡Virgen! ¡Vamos! —dijo después de unos minutos.

Fueron las últimas palabras y se dejó caer exánime en su lecho. Después de muerto, su cara tomó un aspecto angelical, se transformó en más bello de lo que era en vida. Cándido como el lino, los ojos cerrados, los labios con una dulce sonrisa. Parecía que reposaba serenamente y que no estuviese muerto. Todos querían verlo y estar cerca de él. Era el primer santito de raza silvestre que volaba al cielo desde el bosque de Dawson.

Ramón Díaz

Ramón Díaz era un indio alacalufe de casi dieciocho años, que el 24 de octubre de 1906, fiesta de San Rafael, patrono de la misión de Dawson, se encontraba gravemente enfermo, tanto que, pensando en su muerte inminente y después de haberle administrado el santo viático, se le quería dar el óleo santo. Pero el piadoso joven, con rostro sereno y tranquilo, le dijo al sacerdote que lo asistía: «Padre, no moriré todavía. La Virgen me dijo que moriré en la fiesta de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre de este año. Don Bosco también me lo confirmó». No se le hizo mucho caso a sus palabras, porque el mal progresaba visiblemente a cada instante, y casi estaba en agonía. Pero mejoró y pasó todo el mes de noviembre con buena salud, al punto de que nadie pensaba que fuese a morirse el 8 de diciembre, como él aseguraba continuamente. Pero fue realmente así. Pocos días antes de la fiesta de la Inmaculada, se enfermó gravemente y murió el mismo día de la fiesta, el 8 de diciembre.

Una jovencita india alacalufe de nombre *Bernardina*, de unos quince años, también de la misma misión de Dawson, pocos minutos antes de morir y pasar a la eternidad, se sentó sobre su lecho y con una cara radiante de alegría pronunció con voz clara y decidida estas textuales palabras: «¡Oh, Virgen Purísima, tú que me llamas al cielo y yo que deseo que venga pronto la muerte para unirme a ti, para estar en vuestra com-



En la misión de la Candelaria (Tierra del Fuego), en el mes de junio de 1913, la Virgen Santísima Auxiliadora se le aparece a un indio de nombre Eliseo, gravemente enfermo, y lo sana prodigiosamente.

pañía para siempre!». Dicho esto, apoyó la cabeza sobre la almohada y expiró. Otra joven de casi quince años, llamada *Mercedes*, antes de morir, aseguraba ver cerca de ella a la beata Virgen, y esto le daba mucha alegría.

El indio Eliseo, simpático viejito de unos cincuenta años o quizá más, de hábitos simples y fervoroso cristiano de la tribu ona, vivía en la misión de la Candelaria, desde hacía tres días. Estaba gravemente enfermo, física y moralmente, y padecía de insomnio. Además de los dolores físicos que lo atormentaban, sentía también graves pesares morales, por la pérdida de su mujer que lo había abandonado y que él tanto amaba, y también por otros motivos, por los cuales el pobrecito sufría demasiado. Una mañana, lo veo salir muy alegre de su casa y me maravillé de su pronta mejoría. Le pregunté cómo se había mejorado así tan rápido sin haber tomado ningún remedio. El buen indio, sonriendo graciosamente, me hizo seña de entrar en su casa, porque quería comunicarme una cosa que no quería que la supiesen los otros. Acepté la invitación y entré en la habitación donde él dormía. Con misterio y visiblemente conmovido me dijo: «¡Esta noche yo ver a la Virgen María! ¡Virgen María venir aquí... justo aquí, en este lugar! —y me indicaba el lugar preciso donde se le había aparecido la Virgen—. Tres noches yo no dormir nada... yo llorar siempre... muchos dolores... mucho frío. Yo orar mucho... todo solo... no más María mi mujer. La Virgen venir a consolarme. ¡Oh! ¡La Virgen! ¡Era linda, muy linda! ¡Demasiado linda! ¡La cara linda! ¡Vestido lindo! ¡Mirada linda! ¡Todo lindo! ¡Nunca había visto una cosa más bella! ¡Ella me miraba, me sonreía lindo! ¡Contenta la Virgen! ¡Muy contenta! ¡La Virgen sola sanar! ¡Desde el comienzo, la Virgen se aparece a los pies de

mi cama, después, poco a poco, caminar hasta cerca de mi cara y después no verla más!»

El indio no sabía encontrar otras expresiones para describir a la Virgen santa sino con estas simples palabras: *¡Linda... linda... linda!* Al decir esto, se le cayeron algunas lágrimas, ¡lo que era el más bello testimonio de que el buen anciano decía la verdad! Y, además, la prueba era su instantánea mejoría. La Virgen, viéndolo tan afligido y sufriendo, lo había visitado y consolado con su dulcísima mirada, su bella presencia y su amable sonrisa, y le había devuelto la salud.

Pero entre tantos indios de las misiones salesianas de San Rafael y de la Candelaria que tuvieron la fortuna de ver a la beata Virgen María antes de morir, ninguno tuvo una experiencia tan extraordinaria con la tierna madre, como la fervorosa cristiana, la simple y humilde joven india ona *Cándida Donoso*, soltera, de unos veinticinco años de edad. Esta la vio tres veces, en tres días distintos, y la última vez, la visita de la beata Virgen duró 27 minutos reloj, según da fe una persona que se encontraba presente. María Santísima le dijo que había ido a visitarla porque la había visto sola y sufriendo. Voló al cielo el 13 de diciembre de 1906, quinto día de la octava de la Inmaculada Concepción de María Santísima.

Cándida Donoso: sus visiones celestes y su santa muerte

Diciembre de 1906

Tuvo tres visiones, como dije más arriba. La primera, el día 11; la segunda, el día 12, y la tercera, el día 13 de diciembre, que fue el día de su muerte. Personas autorizadas dan testimonio por haber estado presentes y haber presenciado la conversación animada de la persona que estaba muriendo con la persona invisible, acompañada con gestos de manos, con exclamaciones plenas de entusiasmo, expresiones vehementes, gran alegría en su cara y tanto afecto en el corazón, que no dejaba duda de que realmente no hubiese una visión celestial. Los indios no son capaces de fingir algo así ni de mentir, y mucho menos, cuando están en el final de su vida.

Esta joven era una india de las más inteligentes y de las más civilizadas de la misión, de gran talento y muy bien instruida en materia de religión. Era de estatura más bien ordinaria, de constitución robusta, de buen aspecto, de carácter vivo, despierto y ardiente pero humilde, de buen trato, siempre alegre y jovial con todos y muy obediente con sus superiores. A menudo, se confesaba y tomaba la santa comunión con extraña piedad. Era muy devota del Sagrado Corazón de Jesús y promovía su culto. En los tres meses de enfermedad, nunca salió de sus labios un lamento o un murmullo, tanto sea por la comida, como por la medicina o por las curas que se le hacían. Nunca pidió nada especial para comer o para beber que fuese de su agrado. Siempre se contentaba con lo que se le daba y se esforzaba para mostrarse alegre, aunque la enfermedad la atormentase. Cuando se le preguntaba si deseaba sanarse, siempre respondía: «Se haga la voluntad de Dios». Era un verdadero modelo de cristiana, y por eso, no es de maravillarse que el Señor abundase en sus gracias más preciosas y en sus bendiciones, y que la Virgen Auxiliadora, que la amaba tanto, la haya favorecido con sus visiones celestiales.

Con estos divinos favores, el Señor apuntaba, quizá, a confirmar la fe de los indios catecúmenos, minada por los europeos malvados, quienes con sus vidas irregulares y sus pésimos consejos, ponían en duda todas las verdades eternas que les habían sido enseñadas por los misioneros católicos. Estos emisarios de Satanás le decían a los pobres indios: «No crean lo que le dicen los misioneros. ¡No es para nada cierto que existe Dios, el paraíso y el infierno! ¡Los engañan! ¡Lo hacen para lograr sus fines!»,

y cosas similares. Estos pobres indios no sabían a quién creerle, porque los misioneros también eran europeos, como los aventureros que les decían estas cosas. Por eso, el Señor multiplicaba sus gracias y no era indiferente, y se revelaba ante estas criaturas porque los quería salvos para premiar, al mismo tiempo, la labor de los pobres misioneros.

Volviendo a nuestra *Cándida Donoso*, la primera visión que tuvo fue de breve duración. Ella misma se la contó con toda simpleza y confianza al director de la misión, don Carnino, y a la directora de las hermanas, sor Juana Valgimigli, en estos términos: «He visto a la beatísima Virgen María, rodeada de muchos ángeles, me llamó por mi nombre y me dijo: "¡Ven Cándida!", haciéndome seña con la mano derecha. Y yo respondí: "Espera un poquito"». El director don Carnino, le preguntó cómo estaba vestida la Virgen y Cándida contestó: «Toda de blanco y con una corona de flores muy bella sobre su cabeza —y agregó—: ¡La Virgen era muy bella! ¡Muy bella!

Después de esta primera visión, la enferma empeoró mucho. Se le administraron los últimos sacramentos (viático, extremaunción y bendición papal *in articulo mortis*). Al día siguiente, 12 de diciembre, a las 4 de la tarde, tuvo la segunda visión, estando presente su hermana Carolina, ya casada con un indio de nombre Cipriano. Le contó a la directora de las hermanas diciendo:

—Se me apareció de nuevo la Virgen Santísima, rodeada de ángeles, con Don Bosco y cinco indias muertas en la misión, parientes y amigas, ya todas cristianas. Las indias que aparecieron eran: Martina, Isabel Quinta, Mariana Montes, Rosina Fierro y Marcelina Navarro. Esta última es mi sobrina, de unos cinco años, hija de mi hermana Carolina aquí presente. Estas indias comenzaron a decirme: «¡Cándida, ven con nosotras!», «¡Es muy bello el paraíso!», «Hemos venido a invitarte para que vengas con nosotras».

—¡Tía, soy muy feliz al lado de la Virgen —dijo Marcelina—, ven rápido tú también! ¡Aquí se está muy bien! Enseguida venir también mi padre Cipriano.[84]

—¿Y tu hermanita de 9 meses —le pregunté—, que está muy enferma, también vendrá?

—No todavía, ella vendrá más tarde. Si mi hermanita muriese ahora, mi mamá sentiría mucho dolor; mi muerte ya le ha causado demasiado sufrimiento. Pero mi padre Cipriano vendrá pronto.

Al ver a Martina, me maravillé de verla en el paraíso y dije—:

—¡¿Cómo?! ¡¿Martina hace poco tiempo que murió y ya está en el paraíso?! ¿Tan poco tiempo en el purgatorio?

—¡Es por María Santísima! —respondió Martina, señalándome a la Virgen—. Estoy en el paraíso, pero se lo debo a ella.

Al sorprenderme de la voluntad de María de venir a verme, Marcelina me dijo—:

—La Virgen venir a verte, porque estabas sola (como si dijese: ¡Viéndote abandonada, vino a ayudarte y consolarte! ¡Es la voluntad de María!).

Después, todos se fueron y yo no verlos más.

Cándida Donoso, después de esta segunda visión, no quería saber más nada de mejorarse, ni de tomar medicamentos. Per-

84. Cipriano era el indio más civilizado, más inteligente, más trabajador y bueno de la misión. Tenía unos treinta años, robusto. El 12 de diciembre gozaba de óptima salud y nada hacía pensar su cercano fin. Quince días después comenzó a enfermarse de neumonía y moría santamente, el 7 de febrero del año siguiente, es decir, apenas dos meses y medio después. Marcelina, hija de Cipriano, era una niña despierta, muy inteligente, de buen carácter, muy piadosa y religiosa. Cuando murió, fue llorada por todos los que la conocían. La hermanita de Marcelina, de nueve meses en ese entonces, estaba tan enferma que pensaban que moriría, pero se curó y vivió muchos años más. Esto vendría a confirmar una vez más la veracidad de la visión de la india Donoso.



Cipriano, Cándida Domoso y Carlota todavía salvajes. Bautista ya civilizado. Indios onas de la misión Candelaria, Tierra del Fuego.

suadida de que debía morir, pensaba solo en el paraíso y oraba con gran devoción, besando repetidamente el santo crucifijo, el santo rosario, el escapulario del Sagrado Corazón. Cerca de las 5, sor Rosa Veneroni fue a visitarla y viéndola tan postrada, quería ofrecerle algo de beber o de comer, pero ella rechazaba todo. La hermana de la enferma, Carolina, que estaba allí, le dijo a la hermana: «Cándida no querer nada más; solo pensar Jesús y María, ¡solo hablar de Jesús!».

El día 13 a las 7 de la mañana, la enferma estaba muy ansiosa por recibir la santa comunión. Era tan grande su deseo, que le suplicaba a quienes la iban a ver que llamaran al sacerdote, para que le llevara la santa eucaristía. Envió a tres de sus compañeras, una atrás de otra en poco tiempo, para que llamaran al sacerdote y a la directora de las hermanas. Al ir estos dos, Cándida les suplicó que le hicieran el gran favor de darle la santa comunión, diciendo: «¡Deseo recibir a Jesús! ¡Quiero a mi Jesús! ¡Denme a Jesús!». Lo suyo era un verdadero delirio por recibir la santa comunión. En vista de tal situación, no fue posible negárselo, aunque la había recibido dos días antes por viático. La recibió con viva emoción en el corazón, y apenas la recibió, comenzó a agradecer fervorosamente. En su semblante se notaba una alegría celestial, y estaba tan tranquila como si le hubiesen desaparecido los dolores.

Después de agradecer, se dirigió a la directora de las hermanas, diciendo: «¡Adiós, sor directora, nos vemos en el paraíso!». Y al verla muy afligida por su pérdida, agregó: «¡Pobre sor directora, todos morir y quedar sola!». Entonces, la directora, vivamente conmovida, le pidió que cuando estuviese en el paraíso, se acordase de esa misión, de todos los superiores salesianos, de las hermanas de María Auxiliadora y de todos los benefactores de la obra salesiana. Que orase mucho por todos y no se olvidara de sus compatriotas indios. Ella le respondió que no se olvidaría de ninguno. A eso de las 9 de la mañana, Cándida tuvo la tercera visión, con varias personas presentes que lo

testimonian, entre las cuales estaba sor Rosa Veneroni, que constató la larga duración de la visión con su reloj. Mientras la buena hermana que la asistía, le sugería varias jaculatorias, que la enferma repetía con todo el corazón, de golpe, Cándida fijó los ojos sobre un punto, tomando su cara un aspecto celestial que expresaba alegría y seriedad.

—¡La Virgen! —exclamó.

—¿Qué dices, Cándida? —le preguntó sor Rosa Veneroni—, ¿es acaso la Virgen? ¿La ves? ¿Dónde está?

—Estar allí, allí... —Y moviendo la mano hacia los pies del lecho, indicaba el lugar donde veía a la beata Virgen, y exclamó—: ¡Oh, la Virgen! ¡Que linda la Virgen! ¡La Virgen sonríe! ¡La Virgen mirarme con placer! ¡Muy bella la Virgen! ¡Demasiado bella la Virgen! ¡Qué lindo es estar con la Virgen! ¡Sonríe! —Siempre con la mirada fija en ese punto, Cándida sonreía alegremente, demostrando que gozaba de esa visión—. ¡Pero mira, mira qué bella es la Virgen! —repetía continuamente, casi estática—, ¡demasiado bella la Virgen! ¡Muy bella! ¡Oh, qué linda! ¡Oh, que linda!

—¿Pero dónde está la Virgen, Cándida, que yo no la veo? —le preguntó Sor Veneroni.

—Allá, allá... —dijo indicando el punto donde la veía.

—¡¿Pero cómo no la ves?! ¡Oh! ¡Qué bella, qué bella es la Virgen!

Entonces, sor Veneroni se acercó a ese lugar y levantando la mano, le preguntó:

—¿Quizá aquí?

—No, más alto —respondió la enferma.

La hermana se puso en puntas de pie y volvió a preguntarle:

—¿Quizá aquí?

—Sí, sí —respondió Cándida—, ¡allí estar! Justo allí... ¡Qué bella es la Virgen! ¡Qué bella! —y después agregó—: ¡Los ángeles! ¡Muchos ángeles hermosos! —Y se recreaba con esa bendita visión.

En ese momento, entró a la habitación la directora de las hermanas, sor Juana Valgimigli, y enterándose de que Cándida veía a la Virgen, se acercó a la enferma y le preguntó:

—¿Cándida, qué dice la Virgen?

—La Virgen dice «Yo verte muy enferma, pobrecita, y sola, y venir a acompañarte» —respondió la enferma y siguió—: ¡Qué buena que es la Virgen! ¡Yo querer mucho a la Virgen! ¡Yo querer ir pronto con la Virgen! —Desviando su mirada hacia la derecha, desde el punto donde ella decía ver a la Virgen, exclamó llena de júbilo—: ¡Don Bosco! ¡Oh! ¡Don Bosco! ¡Qué lindo Don Bosco! ¡Don Bosco mirarme! ¡Don Bosco sonríe! ¡Lindo Don Bosco! ¡Lindo Don Bosco!

—¿Cómo sabes que es Don Bosco? —le preguntó la directora—, ¿cómo lo conoces?

—Igual al cuadro que hay en el colegio.

Poco después, Cándida comenzó un diálogo con seres invisibles, respondiendo demasiado fuerte a las preguntas que estos les hacían, como si estuviesen muy lejos.

—¡No! —comenzó diciendo y, luego, dirigiéndose a la hermana, dijo—: Don Bosco pregunta si hay aquí un sacerdote. Don Bosco decir llamar un sacerdote — dijo dirigiéndose a la hermana.

Se lo fue a llamar y después de un intervalo, Cándida dijo:

—Dos hermanas: sor Rosa y la madre directora. No, no hay un sacerdote aquí. —Se había mandado a buscar a un sacerdote, pero como tardaba en venir, repetía con insistencia—: Don Bosco decir llamar un sacerdote rápido. Don Bosco decir de llamar aquí a todas las hermanas.

Fueron a llamar, también, a las otras tres hermanas que estaban en la misión. Vino el sacerdote don Antonio Grosso, y todos pudieron ser testigos de la visión de Cándida. En tanto, la enferma, mostrando su rosario, comenzó a hablar serenamente con las personas invisibles, siempre con el rostro alegre y con los ojos fijos en el mismo punto donde decía ver a la Virgen y a Don Bosco. Después de algunos minutos,



Sor Virginia De Florio.

dirigiéndose a sor Rosa Veneroni y señalando con la mano a la izquierda donde decía que estaba María Santísima, dijo con énfasis:

—¡Monseñor venir!

Sor Rosa, creyendo que se refería a monseñor Fagnano, que estaba por venir a la misión en esos días, le respondió:

—¿Cómo? ¿Viene monseñor Fagnano?

—No, monseñor Fagnano no. Vendrá otro monseñor más joven, también cercano a la Virgen. Yo no conocer. —Nadie sabía a quién se refería. Quizá se trataba de monseñor Lasagna, de santa memoria, que tanto trabajó para la civilización de los pobres salvajes del Mato Grosso en el Brasil—. ¡Oh! ¡Don Bosco! ¡Don Bosco! ¡Contento Don Bosco! ¡Sonríe mucho a mí Don Bosco! ¡Mirar lindo! ¡Mirar lindo a mí y sonreír! Me hace señas de ir hacia él.

»Don Bosco preguntar si está ahora el sacerdote —dijo Cándida dirigiéndose a las hermanas. —Vuelve con la mirada de golpe a lo alto, al punto anterior, y dice fuerte como si diera una respuesta—: ¡Sí, el sacerdote estar aquí conmigo!

»¡Oh, qué lindo es Don Bosco! —dice, nuevamente, en dirección a las hermanas—. ¡Don Bosco muy contento! ¡Él decir a mí, ir con él!

Y sonriendo graciosamente, hacía muchas exclamaciones de alegría y júbilo, hacía María Santísima y hacia Don Bosco, repitiendo continuamente frases de admiración a la belleza de la Virgen y Don Bosco.

»¡Cuantas hermanas! ¡Oh! ¡Cuántas hermanas hay! —dijo Cándida y, de pronto, reconoció a una de ellas y exclamó con alegría—: ¡Sor Virginia! ¡Oh! ¡Linda Sor Virginia! ¡Contenta y alegre Sor Virginia![85]

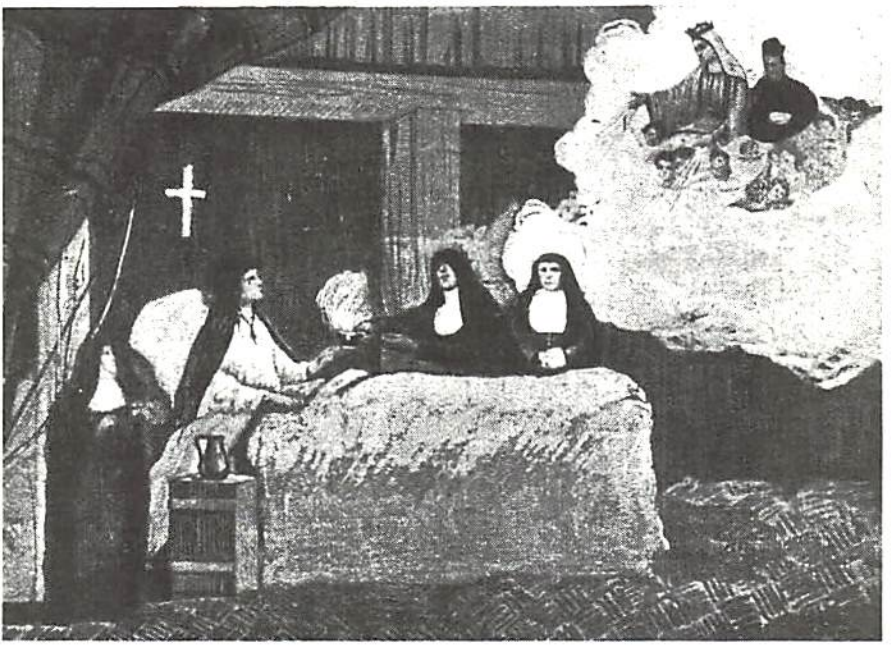
Parecía que momento a momento se iban multiplicando las personas en la visión de Cándida, volvía su rostro a la derecha y a la izquierda diciendo:

—¡Cuánta gente! ¡Muchos ángeles! ¡Todo bello! —Se levantó de su lecho y exclamó con más fuerza y conmoción, elevando su mirada al cielo—: ¡Oh... también Jesús venir! ¡Qué bello, qué bello es Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! —exclamaba continuamente—. Jesús me hace señas con las manos de ir con él —les decía a las hermanas y gritó fuerte hacia lo alto—: ¡Sí, voy, Jesús! ¡Voy, Jesús! ¡La Virgen! ¡Qué bella la Virgen! ¡Cuántos ángeles! ¡Qué bello es Don Bosco! ¡Todo es bello! ¡Todo es bello! —exclamaba, dirigiendo su mirada de un lado al otro.

Finalmente, después de una larga contemplación, extasiada y fuera de sí por tanta alegría y maravilla, Cándida comenzó a decir:

—¡Oh Jesús! Estar muy cansada, ¿cuándo poder venir? —y enseguida, dijo con sorpresa—: ¡Oh, Jesús se va! —empezó a llamarlo fuerte— ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Je-

85. Sor Virginia De-Florio, romana, hermana de María Auxiliadora, estuvo en la misión de Dawson por tres años y murió santamente, después de una vida santa dedicada a ayudar a las pobres mujeres indias.



Cándida Donoso, la india ona más civilizada y ferviente cristiana, poco antes de morir ve a María Santísima, al venerable Don Bosco y a otros seres celestiales, por 27 minutos de reloj. Misión de San Rafael en la isla Dawson, 1906.

sús! Se va. ¡Jesús! ¡Ah! ¡Jesús se va! —Alzando la vista a lo alto, llena de fervor, haciendo esfuerzos como para lanzarse al cielo, exclamó tres veces con toda su voz—: ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Voy, Jesús! ¡Voy, Jesús! ¡Voy, Jesús!

Permaneció inmóvil algunos minutos mirando al cielo. Luego, dirigiéndose a las hermanas, les dijo con aire triste:

—¡No más Jesús! ¡Jesús se fue!

—¿Cómo? ¿Se fue Jesús?—le preguntó sor Rosa— ¿No está más aquí?

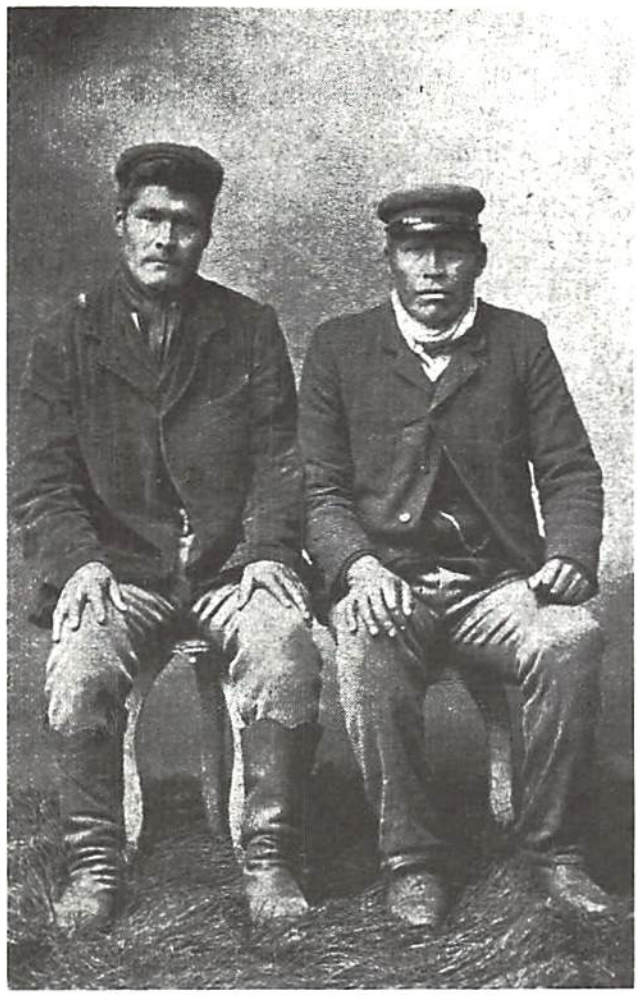
—¡Sí, Jesús ya se fue! ¡No estar más aquí!

—¿Y la Virgen también se fue?

—No –negó Cándida—, la Virgen siempre estar aquí. ¡Bella, la Virgen, bella, muy bella! ¡Demasiado bella! —Repetía esas palabras sonriendo graciosamente. Luego, suplicando, comenzó a decir—: Está bien. ¡Oh, Virgen! ¡Vamos, vamos! ¡No más... no más...! ¡No puedo más! ¡Vamos rápido hacia Jesús, vamos al cielo!

Diciendo esto, se dejó caer en el lecho, se acomodó, bajó los ojos y entró en agonía. Conservó lucidez plena y el perfecto uso de sus sentidos hasta el final. Repitió jaculatorias al Sagrado Corazón de Jesús, a María Santísima y a San José. Dos horas después, daba su alma al Creador. Su muerte fue tranquila y feliz como la de una santa. En efecto, es de esperar que su alma haya ido directamente al cielo, recibida con festejos por María Auxiliadora y el Sagrado Corazón de Jesús y, también, por nuestro venerable padre Don Bosco, quienes la llamaron repetidamente de este exilio de lágrimas para hacerla participar de la eterna gloria que ellos gozan en el cielo.

Después de muerta, el rostro de Cándida Donoso tuvo una expresión tan serena y dulce que daba placer y envidia contemplarla, y todos los indios, que tienen rechazo por los muertos y no quieren verlos, ni siquiera a los más queridos, querían contemplarla y la proclamaban santa.



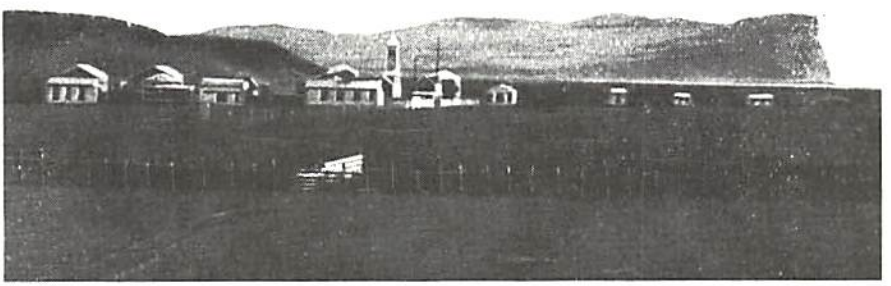
Pedro Gama (a la izquierda) y Cipriano (más bajo y a la derecha). Indios onas civilizados en la misión salesiana.

Esta buena india tenía una confianza ilimitada en su confesor que la guió por dos años, don Giacomo Spreafico, y sintió mucho su ausencia cuando este fue transferido a Punta Arenas. Tanto lo sufrió que desde ese día comenzó a empeorar visiblemente. Siempre le pedía a Dios la gracia de que su confesor volviese antes de que ella se muriera. Dios no le concedió esa gracia, pero, a cambio, la hizo digna de tres revelaciones celestiales antes de su muerte que la reconfortaron mucho. Las palabras de la beata Virgen, que le dijo que al verla sola, abandonada y sufriendo, había ido a consolarla, quizá, se referían a la ausencia de su confesor habitual, a quien ella tanto quería tener a su lado en el último momento de su vida.

La muerte de esta india fue verdaderamente preciosa y digna de envidia para todos nosotros. Ella nos hizo exclamar: ¡Con cuánta disposición mueren los salvajes fueguinos, civilizados en las misiones salesianas! ¡Estos fueguinos tan odiados y perseguidos a muerte como si fueran bestias



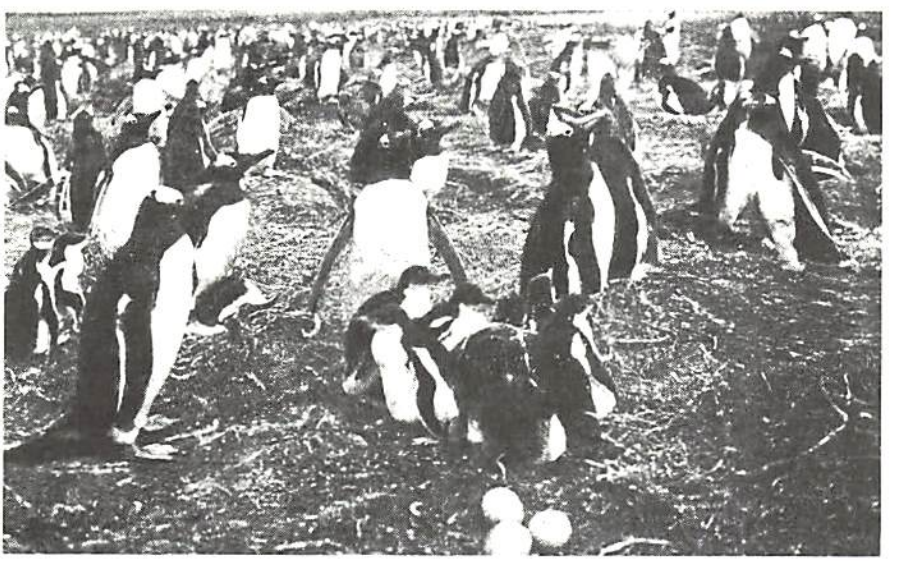
Un misionero salesiano en viaje por la Patagonia Meridional.



Misión salesiana de la Candelaria. Tierra del Fuego, vista desde el Norte (cabo Domingo).



Pingüinos de las islas fueguinas y de Malvinas. (F.: Ryan)



Pingüinos de las islas fueguinas y de Malvinas. (F.: Ryan)

feroces! ¿Y por quiénes? ¡Por gente civilizada que pretende ser cristiana! ¡Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros! Estos señores, que cazaban a los salvajes, habían recibido el precioso don de la fe y de la civilización, pero fueron indignos al cometer actos inhumanos y bárbaros contra estas infelices criaturas, despreciando la ley del Creador. Mientras que estos pobres fueguinos, que apenas conocían su noble origen y la verdad de la santa fe, respondieron siempre a la gracia de Dios y merecieron la divina complacencia. Los primeros, serán, quizá, condenados al suplicio del infierno, y los últimos serán destinados a la gloria eterna del paraíso.

¡Misterio que debería hacer abrir los ojos a más de un cristiano! El Señor quiere la salvación de todos, pero pretende nuestra colaboración a sus gracias divinas. El fervor de los fueguinos, aunque fueron los últimos en conocer al verdadero Dios y la fe católica, supera muchísimo al fervor de muchos viejos cristianos. No es de maravillarse, por lo tanto, que el Señor se muestre generoso con ellos con revelaciones celestiales, porque es sabido que con los simples y humildes de corazón, él tiene preferencia: *Cum simplicibus sermocinatio, eius.* Además, es curioso constatar que casi todos los indios de nuestras misiones mueren en las principales fiestas de María Santísima. Esto demuestra que ellos son muy amados por la reina del cielo y que la Virgen los quiere a salvo.

Conclusiones

Contrariamente a lo que aseguraban muchos señores, que solo se dejaban llevar por las apariencias exteriores o tenían intereses personales que los hacían hablar de ese modo, y decían que *no era posible civilizar* a los salvajes fueguinos, nosotros hemos visto cómo han correspondido a los cuidados de los misioneros salesianos. Eso que no pudo hacer la *espada* por tanto tiempo lo pudo hacer la cruz y la religión santísima de Jesucristo. Los hechos hablan por sí mismos sin necesidad de ninguna explicación. Es cierto que la mayor parte no ha sobrevivido (debido a los graves daños sufridos por la guerra de exterminio que se hizo por mucho tiempo), pero aquellos que sobrevivieron fueron suficientes para probar que eran dignos de ser civilizados y de transformarse en cristianos.

Injustamente y erróneamente fueron acusados de animales feroces, irracionales, antropófagos, dañinos para la sociedad, y que solo merecían, por ser culpables, la muerte. Ellos han logrado el fin para el que fueron creados, es decir, el de conocer y amar a Dios en esta vida, para después gozar de su presencia en la patria celestial. Dios no premia el largo vivir, pero sí el buen uso de la vida, y los fueguinos emplearon santamente la vida que Dios concede.

Los misioneros se deben considerar satisfechos de su obra, por haber hecho por ellos todo lo que podían para salvarlos del exterminio de los perversos estancieros, civilizarlos, hacerlos cristianos y conservar su larga vida para el bien de la sociedad. Todo fue posible, excepto procurarles una larga vida terrena. Pero con mejor suerte y más mérito, lograron hacerles alcanzar la vida eterna del cielo que es lo más importante, por lo que su trabajo no fue infructuoso.

Alabados sean Dios y la Virgen Santísima Auxiliadora de los cristianos.

TERCERA PARTE

La obra de los misioneros salesianos entre los inmigrantes

La obra de los misioneros salesianos entre los inmigrantes

Centro de civilización, Punta Arenas, capital del territorio de Magallanes. Primera y segunda revolución. Progreso de Punta Arenas

Mientras los misioneros salesianos se ocupaban de civilizar a los salvajes de la Patagonia Meridional, los canales y la Tierra del Fuego, no descuidaban a los inmigrantes, que día a día se iban radicando en aquellas lejanas tierras, hasta entonces poco pobladas y que se creía inhabitables. Poco a poco, se formaron centros civilizados que se transformaron en pueblos y ciudades importantes, por ejemplo: *Punta Arenas*, *Porvenir y Última Esperanza*, en la República de Chile. *Gallegos*, *Santa Cruz*, *San Julián*, *Deseado y Ushuaia*, en la República Argentina.

Punta Arenas, Capital del Territorio de Magallanes

La ciudad de *Punta Arenas* está ubicada hacia la mitad del estrecho de Magallanes, sobre la costa, a 53,10° de latitud sur y a 70,54° de longitud oeste, según el meridiano de *Greenwich*.

El estrecho de Magallanes se cree que fue descubierto por Fernando de Magallanes, intrépido marino portugués, el 1.° de noviembre de 1520. Este canal comunica el océano Atlántico con el Pacífico. Su largo desde el cabo Vírgenes al cabo Pilar es de 583 km y su ancho varía según la amplitud de sus arroyos o la desembocadura de algunos canales. El ancho mayor se calcula en unos 30 o 40 km y el menor, en unos 3 km.

Cuando los primeros salesianos se establecieron en Punta Arenas, en 1887, esta ciudad no tenía más de ochocientos o mil habitantes.

Un poco de historia de la ciudad de Punta Arenas

En el siglo XVI, *Sarmiento de Gamboa* había establecido una colonia en la península de Brunswick, sobre el estrecho de Magallanes, a 50 km al sur de Punta Arenas, a la que llamó San Felipe, en homenaje a su soberano de España, Felipe II, en el año 1584.

El corsario inglés *Cavendich* la designó con el triste nombre de *Puerto del Hambre*, por el desastroso final de sus primeros colonos. Había encontrado solo 15 hombres y tres mujeres, de los 400 que había dejado Sarmiento. Todos los otros se habían muerto de hambre. Los que dejó *Cavendich* también murieron, menos uno que fue recogido por otro corsario inglés, *Andrew Merrick*, en los primeros días del año 1590.

El 21 de septiembre de 1843, el gobierno de Chile fundó el fuerte *Bulnes* (así llamado por el presidente de la República, don Manuel Bulnes), en el antiguo puerto de San Felipe o *Puerto del Hambre*, con el objetivo de que sirviese de colonia penal, a la que se enviaría a los reos acusados de delitos graves, desde el centro de la Repú-



Primeros misioneros salesianos que partieron para América el 14 de noviembre de 1875. 1. Don Cagliero Juan – 2. Superior Reverendísimo Don Juan Bosco – 3. Señor Gazzolo, cónsul argentino – 4. Don José Fagnano – 5. Gioia, maestro zapatero y cocinero – 6. Scavini, maestro carpintero – 7. Don Valentín Cassini – 8. Don Juan Bautista Baccino – 9. Don Belmonte, superintendente – 10. Don Domingo Tomatis – 11. Don Allavena – 12. Molinari, maestro de música.

blica. Pero lo abandonó al ver que el lugar no era apropiado, por no tener agua potable y por estar bajo la amenaza de los salvajes alacalufes de los canales, quienes se concentraban allí, especialmente, en invierno.

En 1849, se estableció un presidio militar en Punta Arenas, el cual se encuentra, como ya se dijo, a 50 km al norte. En Punta Arenas se comenzó a fabricar una que otra casucha de algunos particulares, especialmente, cerca del río de *las Minas*, para buscar oro. Ese lugar era mucho mejor, porque había dos pequeños ríos, el río de *las Minas*, arriba mencionado, y el río de *las Manos*, con buenos bosques para obtener combustible y buena pastura para el ganado. Así comenzó la colonia y el pueblo de Punta Arenas, según el decreto del 8 de julio de 1853, tomando el nombre de *Territorio de Colonización*.

Cuenta la historia —y aún hoy hay colonos que lo atestiguan— que aquellos colonos del fuerte Bulnes, hicieron un largo viaje a pie a través de montes y bosques, que los llenó de gran pesar y fatiga, especialmente, por la falta absoluta de víveres, tan necesarios para vivir. La Providencia, sin embargo, hizo que encuentren algunos indios de buen corazón que les dieron pescados y carne para poder seguir su viaje. Necesitaron cuatro largos días para llegar a las cercanías de Punta Arenas. Al mismo tiempo, un barco grande iba por mar, llevando los pocos víveres que les quedaban, las herramientas de agricultura, vestimenta y muebles, con unos diez pasajeros y algunos inválidos que no podían hacer el camino a pie. Pero en el viaje, cerca de *Tres Brazos*, el barco enfrentó un fuerte huracán que lo estrelló contra una roca y lo partió.

Toda la gente a bordo desapareció y nunca más hubo noticias, ni de ellos ni de sus cadáveres que nunca llegaron a la playa.

Esta es la odisea de los primeros fundadores de Punta Arenas, pero a pesar de que el gobierno había abolido el nombre de *colonia penal*, sustituyéndolo por el de *Territorio de Colonización*, continuó enviando relegados a Punta Arenas hasta 1891 y unos doscientos soldados debían garantizar el orden público. El problema era que los soldados, que eran entonces voluntarios, indisciplinados y con poca moral, en un lugar tan abandonado y privado de toda comunicación con el centro de la República y de otras cosas, no eran la mejor garantía del orden público, sino más bien un verdadero peligro para los pobres colonos.

Primera Revolución (1851)

De hecho, el 21 de noviembre de 1851, estalló una gran revolución, promovida por los mismos soldados, en conjunto con los detenidos (que eran cerca de doscientos), en perjuicio del señor gobernador y de los colonos. Comenzaron asesinando al pobre gobernador civil, señor Benjamín Moños Gamero, distinguido marino de la armada chilena, y fusilando al buen capellán, el padre Franciscano Gregorio Acuña, el 3 de diciembre del mismo año. Después, se lanzaron sobre la incipiente colonia y la sometieron a hierro, fuego y sangre. El jefe revolucionario era el sanguinario teniente Miguel J. Cambiaso, quien llevaba escrito sobre su bandera: *Soy asesino en la tierra y pirata en el mar.* Este fue quien mandó a saquear la iglesia, para luego incendiarla.

Un testigo ocular de aquellos sucesos, el subteniente don José del Carmen Díaz, dice que, en el saqueo de la iglesia, algunas mujeres de los soldados robaron los manteles de los altares y todas las telas para hacer camisas para uso propio, manteles de mesa, etc. Los convictos tomaron los cálices sagrados y los profanaron bebiendo aguardiente en ellos. Los rebeldes entraban en negocios y casas particulares, provocando todo el desorden posible e imaginable. Robaban cuanto se les antojaba, se emborrachaban, mataban a los dueños de casa y terminaban prendiendo fuego las casas, que eran de madera.

Los jefes revolucionarios, después de haber incendiado toda la colonia, se embarcaron en la nave *Florida* para irse a Europa, y así evitar el justo castigo que debían recibir en su patria. Pero cuando la nave estaba llegando a las Islas Malvinas, varios de sus compañeros delincuentes, de común acuerdo con la tripulación, sorprendieron de noche a Cambiaso y a sus compañeros íntimos y, después de atarlos y encerrarlos en sus propias cabinas con cepos en los pies, ordenaron hacer regresar la nave a Valparaíso. Al llegar allí, el feroz Miguel J. Cambiaso, fue fusilado junto a ocho de sus compañeros rebeldes, el día 4 de abril de 1852, en el cerro del Panteón.

Segunda Revolución (1877)

Hubo otra revolución el 11 de noviembre de 1877, promovida, otra vez, por los soldados, unos 180 oficiales, junto a 200 relegados saquearon, asesinaron e incendiaron muchas casas. Se quemaron todos los edificios públicos, las casas del gobierno, los barrios, las cárceles, etc. (menos la iglesia), junto a muchas casas de colonos. Mataban a cuantos se oponían a sus perversos designios y violaban a las mujeres. Lo primero que hicieron los soldados y los convictos al comenzar la revolución, fue capturar al capitán Ghilardi, su jefe y comandante del presidio militar, porque decían que era muy riguroso y malvado, que trataba muy mal a los soldados y a los prisioneros. Le hicieron sufrir el más horrendo martirio en el umbral de su casa. Lo mutilaron con despiadado refinamiento, barbarie y cínica tranquilidad, cortándole de a poco las manos, los pies, etc. Por último, después de haberle sacado los ojos y arrancado la lengua, lo mataron y prendieron fuego su casa.

El gobernador Doublé Almeida pudo escapar a tiempo, junto al capellán Matulsky, franciscano, dirigiéndose al fuerte Bulnes, o *Puerto del Hambre*, donde se encontraba la cañonera *Magallanes*, nave del gobierno chileno, que estaba haciendo estudios hidráulicos. El 14 del mismo mes, volvieron a Punta Arenas con esta nave. Los rebeldes, apenas vieron llegar al puerto la nave de guerra *Magallanes*, la cual disparó cuatro cañonazos sobre el muelle y la costa para atemorizarlos, y vieron llegar, al mismo tiempo, un trasporte alemán, se dieron rápidamente a la fuga por la calle Argentina, robando todos los caballos y el ganado que encontraron a su paso.

La revolución duró, afortunadamente, tan solo tres días, pero fueron días infernales. Algunos colonos pudieron huir a los bosques cercanos, a pesar de que hacía mucho frío, era de noche y había mucha nieve, y permanecieron allí hasta el fin de la revolución, sin alimentos ni ropa adecuada para el mal tiempo. En aquel momento, muchos hombres se encontraban dedicados a la caza de las focas (llamadas lobos marinos) y las mujeres estaban aterrorizadas. Los rebeldes, sabiendo que muchas mujeres se habían escondido en el bosque, intentaron buscarlas. Pero algunos hombres de buena voluntad, armados con fusiles, se constituyeron en sus defensores desplegándose en la entrada del bosque, y no permitieron que las molestaran. En la ciudad, se encontraron 62 hombres muertos en las calles. Muchos otros cadáveres aparecieron en los alrededores de la ciudad.

Los rebeldes que huyeron del merecido castigo lo recibieron de ellos mismos durante la larga travesía, desde la Pampa Patagónica a Buenos Aires. Cuando uno descubría que su compañero tenía una gran suma de dinero, lo mataba durante la noche para robársela. Pero ese, a su vez, era asesinado por otro por la misma razón. De modo que se fueron matando continuamente para robarse entre ellos antes de llegar al final de su viaje. Poquísimos lograron llegar a Buenos Aires y también estos tuvieron un mal fin. Se puede decir que ninguno de ellos pudo gozar el fruto de su propia fechoría.

La colonia de Punta Arenas permaneció casi sin crecimiento desde 1877 hasta 1890, sin sobrepasar la cantidad de mil habitantes. Fue el gobernador general Manuel Valdivieso, de feliz memoria, quien le dio impulso a la colonia. Comenzó a conceder terrenos de 25 por 25 m o de 25 por 50 m gratuitamente a quienes lo pidieran, con la condición de que, en el período de un año, lo cercaran y construyeran una casita de madera. Así constituida la propiedad privada de bienes inmuebles, muchas familias se radicaron definitivamente e hicieron venir a muchas otras familias amigas o parientes de Europa o de otras partes.

El tener un *puerto franco* y la exención de cualquier impuesto de gobierno o comunal, sea sobre terrenos, casas, fábricas, etc., como así también sobre artes y oficios o profesiones de cualquier tipo contribuyó mucho al crecimiento de esta colonia. La ciudad tuvo una importante expansión cuando se instaló la industria de la cría de ovinos, que dio resultados espléndidos. El gobierno concedió *gratuitamente* un permiso de ocupación provisoria de grandes extensiones de terreno a quienes lo pidieran, y así comenzó la industria de la cría de ganado ovino, que hoy en día es una fuente de riqueza para todo el Territorio de Magallanes.

El nombre de Punta Arenas le fue dado por estar construida sobre una franja de tierra que se interna en el mar y que termina en arena. La ciudad se asienta sobre una planicie que desciende hacia el mar, en la península Brunswick. Está rodeada por detrás, en la parte sudoeste y norte, por una doble cadena de montes, los primeros bajos y cubiertos de hierba, y los segundos más altos, cubiertos por bosques frondosos y con algunos picos de 1300 a 2000 m sobre el nivel del mar, cubiertos de nieve durante tres cuartas partes del año. Dos pequeños ríos la dividen y casi la encierran, uno al

norte, llamado *río de las Minas*, el mayor, y otro al sur, llamado *de las Manos*, que es de menor tamaño.

El puerto de Punta Arenas se encuentra reparado de los vientos del 1.er y 4.º cuadrante, pero está expuesto a los del 2.º y 3.er cuadrante que, aunque son raros en ese lugar, a veces soplan con tanta violencia que agitan muchísimo el mar, tanto que hunden pequeñas embarcaciones y a otras las tiran hacia la playa. En el año 1888, cuando los misioneros salesianos de la segunda expedición a la Tierra del Fuego llegaron a Punta Arenas, en todo el puerto, no había más que un barco anclado, que servía de depósito de carbón, y una goleta, llamada *Chilota*. Las casas eran todas pequeñas y de madera, y muchas de estas se encontraban en pésimo estado. Las calles estaban apenas marcadas, llenas de piedras y pantanos. La única iglesia estaba en medio de una calle y era de madera como todas las casas del pueblo. Era muy antigua (de 1854), estaba caída de un lado, se llovía adentro y no medía más de 12 m de largo por 6 m de ancho. Tenía 2 m de atrio y 2 m detrás del altar, que servía de sacristía. Estaba en pésimo estado y no contaba con las cosas más elementales para el culto divino. Era atendida por un capellán del gobierno, el cual no siempre estaba en el pueblo. No había otros sacerdotes. Aquella iglesia, aunque pequeña, nunca se llenaba, ni en los días festivos, aunque hubiese una sola misa. Generalmente, no asistían más de tres o cuatro personas.

Había una sola escuela mixta, de primero y segundo elemental, mantenida por una señora de poca instrucción. Había un gobernador civil con ocho o diez policías, un médico, un farmacéutico y unos pocos empleados de gobierno. Una sola goleta, la *Chilota*, hacía el servicio de la costa y un barquero, con una pequeña barca a remo, hacía el servicio del puerto. Otro barco a remo hacía el servicio del comando del puerto y no había ningún otro.

Llegada de monseñor Fagnano y de los primeros salesianos a Punta Arenas

El 21 de junio de 1887, monseñor Fagnano prefecto apostólico, un clérigo y un catequista coadjutor, desembarcaron en Punta Arenas. No tenían más que algunas piezas de equipaje. La estación era demasiado fría y la nieve cubría todo el campo. Al no tener casa propia, tuvieron que alojarse por algunos días en un alberque público, donde pagaron un alto precio por el mezquino alimento que se les daba y la incómoda y fría habitación, hasta que compraron una casa. Apenas desembarcaron, fueron enseguida a visitar al señor gobernador civil, un cierto Sampayo, que los recibió cortésmente.

Ocupación de los salesianos

Los salesianos abrieron enseguida una escuela para niños y, cuando llegaron las hermanas de María Auxiliadora, abrieron también otra escuela gratuita para niñas con oratorios festivos y recreativos para ambos sexos que comenzaron a dar buenos frutos. La iglesita fue reparada del mejor modo posible, pero era necesario hacer una nueva, porque era muy pequeña y resultaba poco útil. Con la escuela y con la iglesia, se comenzó a trabajar con los inmigrantes de todas las naciones, aunque al principio con escasos resultados, en especial, con los adultos.

A una mujer que se comulgaba solamente para Pascua (quizá la única vez al año que tomaba la santa comunión), le decían *la santa* por antonomasia, a pesar de que pocas veces iba a la iglesia y que su conducta pública y privada dejase mucho que desear. Era tan raro para la gente escucharla la santa misa en los días festivos, que cuando los salesianos insistían en sus prédicas que la gente fuese a misa, muchos decían que «los salesianos querían introducir la costumbre de ir a misa los domingos», algo que les parecía extraño y para nada obligatorio.

A pesar de todas las cosas que los misioneros hacían para conducir a esta población hacia el bien, no se veían resultados prácticos. Muchos de los habitantes eran reclusos o facinerosos refugiados en este último rincón del mundo, para escapar de la prisión o de la muerte. Había también algunos *comunardos*[86] escapados de París.

Pero el Señor, que quería a estos desgraciados pobladores, comenzó a movilizarlos con castigos, ya que no querían escuchar por las buenas las voces de sus sagrados ministros. Mandó enfermedades que causaron muchas víctimas, como la escarlatina, la influenza, la viruela, etc. No había hospitales ni lazaretos y los apestados eran abandonados por todos por temor a ser contagiados. Cuando no hay respeto y amor a Dios, no se puede ser caritativo con el prójimo. Los salesianos hacían de enfermeros; las muertes imprevistas y repentinas se sucedían sin interrupción. Había quienes morían por caerse del caballo, otros ahogados en el mar o al tratar de cruzar algún río, otros por un síncope, congelados en el campo, quemados vivos en sus casas o borrachos, etc., sin que ninguno de ellos pudiera recibir los santos sacramentos.

¡Qué dolor significaba para el corazón de los salesianos! Ellos hubiesen querido que todos muriesen en la gracia de Dios. La indiferencia religiosa era espantosa. ¡La pequeña iglesia estaba siempre desierta en los días festivos y tanto más en los feriados! A ninguno le interesaban los santos sacramentos. El bautismo de los niños —si es que pensaban bautizarlos— no lo hacían hasta los dos, cinco o más meses, ¡incluso años!

En el año 1888, se festejó el mes de María, con toda solemnidad, desde el 7 de noviembre hasta el 8 de diciembre, según la costumbre americana. La novedad atrajo a un buen número de personas a la celebración de la tarde, más bien para escuchar los cánticos y la música que para escuchar las prédicas que se hacían. A pesar de que don Beauvoir y don Ferrero predicasen con frecuencia sobre la necesidad de recibir a menudo los santísimos sacramentos de la confesión y de la comunión, y explicasen muy bien estos dos importantes sacramentos, al finalizar el mes mariano, que coincide con la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, apenas *cinco personas* tomaron la santa comunión: tres niñas que la tomaban por primera vez y dos mujeres suizas. ¡Las únicas comuniones en todo aquel mes y en todo aquel año! Después de que monseñor Fagnano predicara toda la Novena del Santo Natalicio y con la gran solemnidad del caso, ¡apenas dos mujeres tomaron la comunión! Se trabajaba desde hacía un año y medio sin ver ni siquiera la sombra de un fruto lejano. Los brazos se cansaban, pero aun así se continuaba esparciendo la buena semilla que, con el tiempo y la ayuda de Dios, debería producir sus frutos.

A menudo se era profeta sin quererlo. Cuando se aconsejaba a alguien a cumplir con los deberes religiosos y se veía que no quería saber ni hablar de estos, se le decía: «¡Cuídese que la muerte no está lejos!», «¡Con el Señor no se bromea!» o «¡Piense en salvar su alma mientras tenga el tiempo de hacerlo!». Y no era raro que esos fueran los últimos avisos que el Señor enviaba a esas personas para que se convirtieran. Recuerdo entre todos a un tal Miguel Navarete, que andaba casi todos los días del año a caballo para ir a buscar ganado bovino al

86. Se llamó así a los que formaron parte de un breve movimiento insurreccional que gobernó la ciudad de París del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871, instaurando un proyecto político popular socialista autogestionado, que se llamó «La Comuna», y que fue reprimido por el Gobierno provincial con extrema dureza. Represión que culminó el 28 de mayo de 1871, después de lo que se denominara «la semana sangrienta», que dejó como saldo 10 000 muertos, 200 edificios y monumentos históricos destruidos e incendiados y el sometimiento de París a la ley marcial durante 5 años. (N. del T.)

campo, para llevarlo al matadero o para otros negocios, pero nunca ponía sus pies en la iglesia. Un domingo de noviembre, al verlo, monseñor Fagnano le preguntó si había ido a misa ese día y él respondió:

—¡¿Qué misa?! ¡Tengo muchas cosas que hacer en vez de ir a misa!

—También usted tiene un alma para salvar —agregó monseñor Fagnano—. Piénselo bien.

—Ahora no tengo tiempo —replicó Navarete—. En cuanto a morir, no será pronto. Cuando lo sea, entonces, lo pensaré. —Seguidamente, se fue.

¿Quién hubiese dicho que ese sería el último domingo que pasaría en esta tierra? Sano y robusto, en la flor de la edad (treinta y ocho años), con mujer e hijos que lo adoraban, la vida le sonreía, pero la muerte estaba a su espalda. Ese fue el último aviso que le enviaba el cielo a través de monseñor Fagnano. El viernes de esa misma semana, al volver del campo a caballo, justo a la altura de la plaza pública, al dar una vuelta brusca con el caballo, cayó mal y se golpeó la cabeza contra una piedra y murió en el acto. El domingo siguiente, se lo sepultó con la concurrencia de mucha gente porque era muy conocido. Este hecho provocó mucho temor en los pobladores y sirvió de prédica para tantos descuidados en sus deberes religiosos. «*¡Estote parati!*», dice nuestro Señor. Debes estar siempre preparado para morir bien, porque la muerte viene sorpresivamente, como un ladrón por la noche.

Me acuerdo también de una tal Juana de la Cruz Coloma, una anciana de unos setenta años que vivía muy pobremente con su marido de la misma edad. Ambos eran chilenos y eran muy indiferentes y descuidados en cuanto a la religión, a pesar de que pretendían pasar por buenos cristianos. Un día, el marido vuelve del campo, se sienta a la mesa para el almuerzo y le pide a su mujer un vasito de aguardiente. La mujer va a buscarlo a la habitación próxima y se lo ofrece, pero el marido estaba apoyado con los codos sobre la mesa, con la cara escondida entre las manos sin moverse. La mujer lo sacudió, diciéndole: «¡Dormilón! ¿Qué haces? ¡Toma y bebe, verás lo bueno que es!». Al ver que no respondía, lo sacudió más fuerte y se cayó al suelo. ¡Estaba muerto! La muerte imprevista de su marido debería haberle abierto los ojos para prepararla para morir bien, pero por desgracia, no escuchó la lección divina.

Muchas veces los misioneros la exhortaban a que se confesase y dejase el vicio del alcohol. Ella respondía que no tenía tiempo, que no podía acercarse a la iglesia (y después se la veía paseando por el pueblo, visitando todas las tabernas y pidiendo limosna), que bastaba la intención, porque ella era muy religiosa y tenía un pariente sacerdote, etc. Tenía un baúl lleno de cuadritos antiquísimos, tan ahumados que no se alcanzaba a distinguir a quienes representaban y decía que eran los santos que la protegían y que tenía toda la confianza y esperanza puesta en ellos, por eso estaba segurísima de salvarse.

—¡Hace cincuenta años que no me confieso ni tomo la comunión! —decía la mujer—. Desde que me casé con mi marido en Santiago, hemos vivido siempre como dos palomas y ahora me veo sola en el mundo, viuda y no sé qué será de mí.

—Confíe en el Señor más que en esos cuadritos ahumados. Haga una buena confesión y santa comunión, frecuente la iglesia, deje el alcohol y verá que se sentirá contenta. Piense que ya tiene un pie en la tumba.

Pero era como hablar al viento. Un mes después de la muerte de su marido la vi de casualidad en la entrada de una casa, donde yo había ido a llevarle los santos sacramentos a una moribunda. La pobre Juana yacía sobre dos pieles de oveja con mucha fiebre. Al verla tan enferma, le supliqué que se confesara y se preparara para una santa muerte. Me dijo que no estaba preparada en ese momento para su confesión, que otro día ella misma me mandaría a llamar. Con

temor de que la pobre anciana tardase mucho en llamarme y se muriera sin recibir los santísimos sacramentos, le dije que al otro día pasaría a la misma hora a confesarla, que se preparara reflexionando sobre los mandamientos de Dios y con la oración. Prometió hacerlo, quizá, para sacarse de encima mi presencia, más que con el ánimo de cumplir con lo prometido.

De hecho, al día siguiente fui al lugar, tal como había dado mi palabra, pero con mucho dolor vi que Juana no se encontraba más en ese lugar. Para no confesarse, se había ido de la casa sin dejar dicho dónde iba, diciéndole al dueño de casa «Si viene el misionero para confesarme, dile que me confesaré en el momento de mi muerte». Le pedí que le dijera: «Usted dígale a esa pobre infeliz en mi nombre: "¡Mientras tenga tiempo!", porque no siempre el Señor espera la comodidad del pecador». ¡Dios quiera que lo pueda hacer!

Esto sucedía un día sábado. El lunes siguiente, es decir, apenas dos días después, mientras estaba en la puerta por salir a ver a un enfermo, vino un jovencito corriendo a decirme:

—Rápido, rápido, padre, venga a confesar a Juana de la Cruz Coloma, que se está muriendo.

Corrí, pero el corazón me decía que llegaría tarde. Me faltaban solo cien metros para llegar a la habitación y en dos minutos estuve en el lugar. No podía hacerlo más rápido. Apenas llegué, había mucha gente en el lugar y me dijeron:

—¡Padre, ha llegado muy tarde! ¡La Juana ya murió!

—Si vine corriendo lo más rápido que pude; apenas me avisaron, respondí, ¿cómo murió tan rápido?

—Sí, murió de forma imprevista —me dijo una de las mujeres que estaba allí—. Sin agonía. Esta mañana comía y bromeaba con todos, como lo hacía a menudo, tanto que no parecía enferma. De golpe, se puso a gritar «¡Me muero, me muero! ¡Rápido, un sacerdote que me quiero confesar!». Esas fueron sus últimas palabras y murió. Mandé enseguida a mi hijo a buscar al sacerdote, pero la Juana murió enseguida, y aunque hubiese volado, no hubiese llegado a tiempo.

—¡Pobre infeliz! —dije yo—. Rechazó al sacerdote dos veces, argumentando que se confesaría en el momento de su muerte, ¡creyendo que la muerte estaba muy lejos, y ya la tenía muy cerca! ¡*Estote parati*, nos grita constantemente Dios!

¡Hodie si vocem domini audieritis, nolite obdurare corda vestra! (Si hoy el Señor os manda buena inspiración, no endurezcáis vuestro corazón, si quisierais salvaros).

El primer despertar de fe en el mes de María de 1889

El primer despertar lo obtiene la Virgen en su bello mes, noviembre-diciembre, en el año 1889. Después de crearse las asociaciones religiosas del Sagrado Corazón de Jesús para las mujeres, la Inmaculada Concepción para las solteras, la de San José para los hombres y la de San Luis para los jóvenes, se vio aumentar la piedad. Las hermanas de María Auxiliadora contribuyeron mucho a este despertar de fe, especialmente, entre las niñas y las mujeres.

La iglesita comenzó a llenarse en los días festivos y a ser insuficiente para contener a todos los fieles. Se hacían bellas celebraciones todos los domingos, con cánticos, música y explicaciones del santo Evangelio. Se debía construir rápidamente otra iglesia más grande; y no siendo suficiente otra, se construyó una tercera. Varios protestantes abjuraron y entraron a formar parte de la Iglesia católica. Muchos pecadores públicos se convirtieron y llevaron una vida edificante. Monseñor Fagnano informaba de este despertar de fe al señor don Rua con la siguiente carta:

Punta Arenas, 4 de enero de 1890

El 8 de diciembre, consagrado a la Inmaculada, hicimos el cierre del mes de la Virgen. ¡Cuántos cambio ocurrieron en dos años! A la mañana, se hizo una comunión numerosísima en medio del estupor de todo el pueblo, porque nunca se había visto una celebración igual. ¡Con cuánta devoción participaron todos y con cuánto recogimiento! A las 10, la misa solemne con diácono, subdiácono y clero. El canto fue acompañado por música de la *schola cantorum* de las hermanas de María Auxiliadora. A las 2 de la tarde tuvo lugar la procesión. Precedían la estatua de la Virgen las alumnas del colegio de las hermanas. El comandante del *piquete* envió a 200 soldados *con una batería de cinco cañones nuevos, relucientes como oro* para acompañar la procesión. Toda la población tomó parte en esta manifestación de cariño a la Virgen. Los chilenos decían que, realmente, ahora comenzaban a recordar las celebraciones de nuestras ciudades, Valparaíso, Concepción, Santiago, etc.

Don Beauvoir, que había regresado de la misión, nos ayudó a confesar y a asistir a los niños, y en todas las celebraciones, admiraba el aumento de la devoción, de la frecuencia de la toma de los sacramentos, de la concurrencia cada vez más numerosa a todos los actos religiosos del mes de María y, en particular, en el día de la Inmaculada. Alabado sea el Señor Jesús y su santísima madre por la gloria que se dio en este mes y por el bien de las almas. Otra noticia consoladora es que nuestro oratorio festivo es frecuentado por un buen número de jóvenes, con casi cien inscriptos y lo mismo ocurre con el oratorio festivo femenino de las hermanas.

Si el Señor nos manda los medios necesarios, construiremos otra capilla más decente para dichos oratorios. La iglesia parroquial casi está en ruinas.

Rezamos y esperamos.

Sacerdote José Fagnano
Prefecto apostólico

Visita del príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzos

Punta Arenas, 10 de abril de 1890

Llega el príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzos, hijo del difunto príncipe Amadeo, acompañado del ilustrísimo conde de Falicon, comandante del crucero italiano *Americo Vespucci* y vicegobernador del príncipe. Visitó con satisfacción nuestra pobre casa, preguntando muchas cosas sobre los indios, de los cuales vio fotografías con verdadera complacencia y curiosidad. Siendo día domingo, asistió a la misa parroquial y escuchó la prédica que suelo dar a la población en los días festivos. Hicimos todo lo que nos fue posible para tratarlo de la mejor manera. Se mostró muy amable, saludaba a todos y antes de partir, nos dejó una buena contribución para nuestra misión, la cual le agradecimos mucho.

El conde de Falicon quiso que le dejemos fotografiar varios lugares y también quiso fotografiarse junto a los indios que estaban en casa, y al irse, me puso en la mano una contribución. Como recuerdo de esta visita, nos dejaron una bella bandera nacional italiana, con el escudo real en el centro, que nosotros enarbolamos en nuestra casa durante todos los días que la nave real estuvo anclada en el puerto.

El día 6 de abril, por invitación del comandante, el conde de Falicon, fui a celebrar la santa misa a bordo del crucero *Americo Vespucci*, y al mismo tiempo, hice la visita de condolencia al príncipe Luis, con motivo de la muerte de su ilustre padre, el príncipe Amadeo de Saboya, ocurrida hacía poco tiempo.

José Beauvoir

Una nueva capilla en Punta Arenas y otra en la isla Dawson. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús entre 1890 y 1892

El 18 de mayo de 1890 se bendijo en Punta Arenas y se inauguró al divino culto una nueva capilla dedicada a María Auxiliadora, que estaba hecha en madera, como casi todas las casas del pueblo, y aunque de modestas proporciones, era capaz de satisfacer las necesidades de la población. Se puede decir con veracidad que *Aedificavit sibi domum María*. Sí, la santísima Virgen, ella misma se edificó su casa. Con lo poco que teníamos, la iglesita surgió como por encanto, porque los habitantes del lugar no ayudaron demasiado con sus ofrendas. Una piadosa señora de Chile, que quiere conservarse en el anonimato, contribuyó de modo particular. Deseaba, solamente, que se pusiera una lápida de mármol en el atrio de la iglesia con esta simple inscripción: *Por gracia recibida*.

Sobre el altar mayor está la bella estatua de María Auxiliadora, de tamaño natural. Ella es la patrona de nuestras misiones. Todo el pueblo tomó parte en la inauguración de la iglesita, incluso todas las autoridades locales, con el gobernador a la cabeza, señor general Samuel Valdivieso y 200 soldados al mando del capitán y oficiales.

El 10 de diciembre del mismo año, monseñor Fagnano bendijo otra iglesia nueva en la misión de San Rafael, en la isla de Dawson. Para este acontecimiento, la nave del gobierno *Pilcomayo* lo condujo a la isla, junto con algunas autoridades de



Primera iglesia construida por monseñor Fagnano en Punta Arenas en 1889, actualmente destruida.

Punta Arenas. Entre los años 1890 y 1892, hubo un gran incremento de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, por lo que se le pudo hacer mucho bien a las almas. Disminuyeron las muertes imprevistas y repentinas, y muchas personas tuvieron la fortuna de recibir todos los santísimos sacramentos en el momento de su muerte, teniendo así una muerte edificante. La iglesita de María Auxiliadora, ya no alcanzaba para recibir a las personas que concurrían en los días festivos a las celebraciones sacras, por lo que se edificó otra con proporciones más grandes, dedicándola al Sagrado Corazón de Jesús y a nuestra Señora de la Merced, patrona del pueblo.

En septiembre de 1891 se comenzaron los trabajos de construcción y se terminaron en marzo de 1892. Esta iglesia también era de madera, pero estaba muy bien hecha, cubierta en el exterior con chapas de zinc. Mide 30 m de largo por 10 m de ancho y 9 m de alto, con una elegante torre campanario sobre la fachada, de una altura de 22 m. Fue bendecida el 14 de febrero de 1892 por monseñor Juan Cagliero. Durante la ceremonia pontificia se consagró sacerdote al clérigo Fortunato Griffa.

Mediante la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, varias personas, que en un tiempo eran un escándalo por su vida licenciosa, se transformaron en muy buenas y piadosas. Muchas otras tuvieron una muerte preciosa. He aquí algunos ejemplos, entre tantas *muertes edificantes*. Un tal Antonio Fournel, uno de los ardientes revolucionarios franceses en el tiempo de la Comuna, que pudo escapar de París a tiempo para no ser ajusticiado, después de haber vivido tanto tiempo alejado de Dios, se inscribió a la asociación del Sagrado Corazón de Jesús y, enseguida, tocado por la divina gracia, cambió su vida y se transformó en ferviente cristiano y celoso propagador de la devoción del Sagrado Corazón. Comenzó a tomar la santa comunión, especialmente, todos los primeros viernes del mes. Después de una penosa y larga enfermedad que soportó con rara resignación, repetía a menudo: «Sea todo en expiación de mis pecados». Asistido hasta el último momento por el sacerdote, espiraba su bella alma, con una sonrisa en los labios, repitiendo los queridos nombres de Jesús y María, de los cuales era tan devoto. Su bella y santa muerte edificó a cuantos lo conocían y dejó en todos la certeza de su salvación.

El día 15 del mismo mes de julio, una buena hija de María, de nombre Mercedes Escobar, de quince años, que vivía cerca del *río de los Ciervos*, practicante de nuestra santa religión, tenía la muerte más santa y bella, como bella fue toda su breve vida. La Virgen del Carmen, de la cual era muy devota, la quiso con ella en la vigilia de su fiesta. En todos los que la conocieron, dejó un gran vacío por ser muy virtuosa y piadosa. Poco después, casi contemporáneamente, partían hacia la santa eternidad otras dos buenas y virtuosas jovencitas de los alrededores del *río de los Ciervos:* una de nombre Cármen Vargas y la otra de nombre María de las Mercedes Muñós, ambas de unos dieciocho años. Las dos eran bellas e inocentes hijas de María, quienes amaban orar. La Virgen las quiso con ella en el paraíso antes de que el soplo de las perversas pasiones les hiciera perder el candor de la inocencia bautismal. Tuvieron una muerte santa.

Pero además de las tres jóvenes nombradas, amerita una mención especial a otras dos, que se distinguieron mucho por su santidad en vida y su muy edificante muerte. Estas eran también hijas de María. Sus nombres: Mercedes Navarete y Catalina Zambueza.

Mercedes Navarete era hija de aquel pobre Manuel Navarete, que murió imprevistamente al caer del caballo, como se dijo más arriba. La desgracia ocurrida a su padre la hizo cambiar, porque, si bien era una buena persona, desde aquel día, fue mucho más buena. Se hizo seria y meditabunda, entregándose por completo a Dios. Tenía solo catorce años, pero ya estaba madura



Mercedes Navarrete ve a los ángeles que con un muy cándido lino hacen su mortaja.

para el cielo. Sus dos últimos meses de enfermedad, fueron edificantes para cuantos la vieron. Muy resignada a la voluntad de Dios, no quería hablar ni sentir hablar de ninguna otra cosa que no sea Dios, el paraíso, María Santísima, la eternidad y su alma. Cuando aún gozaba de buena salud e iba a la iglesia, cada vez que tomaba la comunión, se desmayaba. Muchos decían que era efecto de su debilidad, pero yo podría asegurar que no era ese el motivo, sino el gran amor a Dios Sacramentado. ¡Era necesario verla cómo se preparaba para este gran acto! ¡Parecía más un serafín del cielo que una simple criatura de esta tierra! De otra manera, ¡¿cómo se explicaría, si solo le ocurría en ese momento?! Solo después de tomar la santa comunión. No le había sucedido ni una sola vez ni en su casa ni en la iglesia ni en ninguna otra parte.

Durante su larga enfermedad, quería que hubiera un sacerdote a su lado todo el tiempo, para que orase y la bendijese, porque vivía en el campo, cerca de *río de los Ciervos*, lejos de la parroquia, a más de cuatro millas, y se lamentaba con su madre por no poder tener esa querida consolación religiosa. Pero después agregaba:

—¡Pobres sacerdotes! ¡Tienen tanto trabajo! Sé que ellos no pueden estar siempre conmigo. Son tan buenos, ¿no es verdad, mamá? ¡Ah! ¡Yo no puedo escuchar hablar

mal de ellos —le decía a la madre—, como lo hacen, por desgracia, algunas malas personas! Es una gracia que ha hecho Dios enviando a estos buenos sacerdotes a este pueblo. Rezo siempre por ellos, para que puedan tener la salud necesaria, para poder trabajar como lo hacen para la salvación de muchas almas. Y tú, madre, ¿rezas por ellos?

–¡Oh! Sí, claro, —respondía, con lágrimas, como siempre, cada vez que la escuchaba hablar de ese modo, bastante a menudo, porque era una mujer virtuosa y de gran piedad—. Debemos agradecer al buen Dios por habernos enviado a sus ministros tan buenos y celosos y debemos escucharlos como enviados del cielo.

Otras veces, le decía a la madre: «¡Oh! ¡Qué bello debe ser el paraíso! ¡Ver a Dios tal cual es! ¡Ver a María Santísima..., a los ángeles, los santos y tantas cosas bellas que habrán allí!», «¡Oh! ¡Cuánto tarda mi momento de ver este bello paraíso y de tenerlo para siempre! ¡Quisiera morir para estar siempre con Dios en la eternidad y no perderlo más..., nunca más!». A veces decía: «¡Anoche he soñado con el paraíso! ¡He visto tantas cosas bellas y ya me parecía disfrutarlas, pero después me desperté y no era más que un sueño!».

Pasaba los días y las noches en estos y otros santos coloquios. Nunca se lamentaba de sus dolores, aunque fuesen fuertes. Era muy devota de la santísima pasión del Salvador y todos sus sufrimientos los ofrecía a Jesucristo en expiación de sus pecados, para tener más méritos para el cielo. Amaba tener un crucifijo, que a menudo miraba con amor y besaba continuamente con toda ternura. Dos días antes de que esta querida hija de María volara al cielo, tuvo un sueño que contó ingenuamente a su buena madre, como el que sigue: «Me parecía ver descender del cielo un manto finísimo y muy blanco, que se posaba en nuestra casa, justamente sobre esta habitación. Mientras intentaba adivinar para qué serviría ese manto, escuché la voz que parecía de un ángel, que le preguntaba al Señor "¿Para qué sirve este manto?". Y el Señor del cielo respondió: "Esta será la mortaja para la Mercedes, porque debe venir con nosotros enseguida". Yo me puse a llorar al saber que iba a morir, y le rogué al Señor seguir con vida para ayudar a mi querida madre. Pero el señor me respondió: "No sabes lo que pides. No te será concedido vivir aún mucho más tiempo sobre la tierra porque no te conviene. Mi voluntad es que vengas pronto conmigo". Me parece, todavía, ver muchos ángeles trabajando con este manto para hacerme una mortaja. Uno de ellos le dijo a otro: "No cortes todo este manto, guarda un poco para hacer otra mortaja pequeña para la hermanita de Mercedes que se llama María, que la seguirá en breve". Al escuchar esto, le supliqué al Señor que empleara todo el manto para mí, y que no dejase una parte para hacer una mortaja para mi hermanita María, ya que sería muy grande el dolor de mi madre por mi pérdida, para que se le agregara otra. El Señor se complació de escuchar mi súplica y enseguida dio orden de usar todo el manto para mí y que no guardaran nada, y así se hizo».

La joven concluía el relato del sueño a su madre, diciendo: «Mamá, no gastes más por mí, ni en médicos ni medicamentos u otras cosas para alargarme la vida, porque todo es inútil: yo sé positivamente que debo morir». La madre trataba de alejarla de ese sueño o visión, diciéndole que no debía hacer caso a esos sueños y que se iba a curar, y ella le respondía: «No te equivoques, querida madre. Tu amor por mí te hace hablar así, pero no será por cierto como tú dices. Muero muy de buena gana».

Así ocurrió, de hecho, dos días después de aquel misterioso sueño, la piadosa jovencita moría santamente en el Señor. Recibió dos veces a Jesús por viático y todo lo de nuestra santa religión. Sus amigas rezaban mucho por su mejoría. Al lado suyo había siempre personas devotas que rezaban y leían en voz alta oraciones para los moribundos, y ella disfrutaba mucho al escu-

charlas y las acompañaba con su mente y su corazón. Conservó sus sentidos hasta el final. Estando en agonía y próxima a espirar, decía que veía a su lado a tres sacerdotes conocidos por ella, que afectuosamente la acompañaban y rezaban por ella. Uno de ellos era su confesor habitual, lo que la ponía muy contenta.

Sin embargo, no había ninguno presente. Un momento antes de morir, tuvo una expresión de insólita alegría y una piadosa persona que la acompañaba con jaculatorias, le preguntó qué le pasaba, si veía, quizá, a la Virgen bendita. Ella abrió los ojos y miró a su alrededor, inclinó la cabeza indicando que sí con una dulce sonrisa. Luego cerró los ojos de nuevo murmurando suavemente «Jesús, José y María» y se durmió plácidamente en el Señor. Apenas murió, su cara tomó un aspecto bello y gracioso, que la hacía parecer una persona celestial más que terrenal y muchas personas venían para contemplarla. Les parecía estar viendo una santa del cielo.

Apenas se esparció por el pueblo la noticia de su muerte (cosa extraña pero cierta), en vez de causar dolor, especialmente, entre las personas que eran amigas, como ocurre generalmente con otros muertos, produjo en todos gran alegría, como si hubiesen recibido una buena noticia y todos los corazones se sentían llenos de dulzura espiritual. Todos repetían unánimemente, con profunda convicción, «Ha muerto una santa».

Moría el 20 de noviembre de 1891, un día viernes, a las 3:30 de la tarde, hora en que murió Jesús Crucificado, del cual era muy devota en vida, como ya se dijo, y en la vigilia de la fiesta de la Presentación de María al Templo. La sepultaron el 22, durante la fiesta de Santa Cecilia, a la cual siempre se encomendaba. Esperamos, fundadamente, que la Virgen la haya presentado enseguida al templo de la gloria del paraíso y que Jesús la haya acogido entre las vírgenes elegidas, junto con Santa Cecilia. Sus funerales, aunque muy simples porque no había ningún lujo, atrajeron mucha gente desde temprano y fueron de los más espléndidos, como nunca se había visto en ese pueblo hasta ahora. Sus compañeras de la congregación de hijas de María, querían tomar la santa comunión como lo prescribían las reglas, en la misa de cuerpo presente que se celebraba para la difunta. Se puede decir, con toda veracidad, que *el pueblo entero y los habitantes de los alrededores tomaron parte*, y no pocos estaban conmovidos hasta las lágrimas por la consolación que sentían en sus corazones. Esa mañana, se ofrecieron 55 santas comuniones, por el alma de su compañera. ¡Bella corona de flores siempre vivas que, con espontáneo afecto, depositaron sobre su tumba!

Después de la misa, toda la gente la quiso acompañar hasta el cementerio, deseosos de llevar sus restos mortales. Al llegar allí, antes de depositar el cajón en la fosa, dije a los presentes algunas palabras sobre la joven extinta, exhortando, especialmente, a las jovencitas a imitarla. Mis breves palabras fueron escuchadas con gran atención y recogidas con vivo deseo y entusiasmo, y se escucharon sollozos y llanto por todas partes. Ese era el último tributo de afecto y veneración que un grupo entero brindaba a un alma elegida, y a una virtuosa hija de María. Todos quisieron arrojar un puñado de tierra sobre su tumba repitiendo: «¡Adiós querida Mercedes, descansa en paz y ruega por nosotros!».

¡Oh! Sí, alma querida de Dios y de la Virgen bendita, ¡descansa en paz! ¡Y observa desde el cielo a tantas hijas para que te imiten! ¡Recuérdate de todos nosotros, oh, Mercedes Navarete, que todavía vivimos en el exilio, lejos de la patria bendita! ¡Protege nuestras misiones! Intercede por este pueblo infeliz de Punta Arenas, que la mayor parte, aún duerme en la densa oscuridad del error y en la sombra de la muerte. ¡Haz que pronto se despierte en la vida de gracia y que pueda caminar por el camino de su eterna salud! ¡A ti me encomiendo, que desde hoy serás mi devota protectora!

Ese día y en los siguientes, se habló mucho de la muerte edificante de Mercedes Navarete, prueba evidente que todo el pueblo tenía veneración y gran estima por ella. De esta manera, la Virgen bendita honraba también en este mundo a una hija que la amaba tiernamente. En cuanto a la hermanita de Mercedes, *la María*, pocos días después, se agravó mucho y se temía por su vida. Todos los que la veían decían que seguiría a su hermana a la tumba, pero pasados algunos días, ante la sorpresa de todos, su salud se restableció perfectamente. Hay muchas personas que afirman haber recibido la gracia de Mercedes Navarete, y yo no lo dudo, porque he podido apreciar de cerca sus bellas virtudes. A menudo se presentan personas para hacer celebrar misa en su memoria, con la esperanza de recibir gracias espirituales y materiales, muchas de ellas afirman haber sido escuchadas. Para mí, no hay duda de que ella está en el cielo y puede interceder por las personas que la invocan.

Catalina Sambueza, de solo catorce años, también mereció ser trasportada por los ángeles al paraíso por su santa vida y hermosas virtudes. Dios la fue preparando para el gran pasaje a la eternidad con una larga y penosa enfermedad que duró *cinco meses*, que soportó con rara y cristiana resignación. Fue edificante para cuantos la conocieron. Tanto es así, que solo mirarla movía a la virtud: postrada en su lecho, hecha una llaga de pies a cabeza, tan alegre y contenta (tanto que hacía suponer que no sentía dolores de ninguna clase), oraba continuamente y se encomendaba a la oración de todos. Vivía en el campo, a unas ocho millas de la iglesia parroquial de Punta Arenas, cerca del lugar llamado *río Seco*. Se consolaba mucho cuando algún sacerdote la visitaba y mucho más cuando podía recibir la santa comunión, porque era muy devota. Confiaba su entero corazón a su confesor, como una tierna criatura con su buena madre, le manifestaba sus penas y angustias, su lucha con el espíritu de las tinieblas que trataba de molestarla y de inducirla a ofender a Dios, y tenía palabras de consolación que la llevaban a sentir alegría y calma. Le decía a su confesor:

—¡No puede creer, padre, cuánto bien me hace su visita! ¡Con su presencia, ya no siento más dolor porque me parece estar en el paraíso! ¡Oh! Venga a verme a menudo. Tráigame a Jesús Sacramentado. ¡Dios le hará merecer el cielo!

A la madre, a quien veía llorar porque sufría demasiado, le decía:

—¿Mamá, porque lloras por mí? Debes saber que estos dolores son muy queridos por mí, porque me abrirán un día las puertas del paraíso. Los sufro por amor a Jesús, y él un día me recompensará. Pronto terminarán y gozaré mucho más. ¡Oh! Sí, en el paraíso se compensarán todos estos sufrimientos cuando pueda ver a Dios, a María Santísima, los santos y los ángeles. ¡Paraíso! ¡Paraíso! ¡Que llegue rápido el paraíso! ¡No pido sanar, sino hacer la voluntad de Dios! Si no es un día, será otro. ¡Pero debo morir... y seré feliz si puedo morir santamente! Reza, mamá, para que pueda tener una buena muerte.

La madre sufría de corazón al sentirla hablar de tal modo, y hubiese querido que sanara. Pero, como era mujer cristiana, también se resignaba ante la voluntad de Dios. Esta joven era de familia pobre y no tenía otra cosa que un caballo, que quiso regalárselo al sacerdote para que la visitara seguido. El sacerdote no quería aceptarlo y le aconsejaba venderlo para procurarse medicamentos u otras cosas que necesitara. Pero fue tanta su insistencia que para verla contenta lo aceptó y ella decía: «Si me muero, celébreme una misa y haga rezar para que pueda ir enseguida al paraíso».

De esta manera, la pobrecita pudo tener la visita del sacerdote todas las semanas y recibir la santa comunión que tanto deseaba, como así también ser asistida y consolada en sus últimos momentos. Para la fiesta de la Asunción de María, el 15 de agosto, parecía estar en el final. Recibió el

santo viático con gran devoción y después mejoró un poco. En la fiesta de Santa Catalina, su santa patrona, el 25 de noviembre, se había desmejorado y recibió el santo viático con todas las otras consolaciones de nuestra santa religión. Después de la santa comunión, esta joven buena estaba visiblemente conmovida y me repitió más de una vez: «Ahora, padre, estoy contenta, verdaderamente contenta, y deseo morir si esa es la voluntad de Dios. Ayúdeme con sus santas oraciones para que pueda tener una muerte santa». Su único pensamiento era salvar su alma. Amaba a Dios y a María Santísima con ardiente amor y siempre su mente se refería a *sus dos amores*, como ella los llamaba, diciendo: «¡Mis amores sacros, Dios y María Santísima!».

Esta santa jovencita hizo, de verdad, su purgatorio en este mundo. Había adelgazado tanto que se le podían contar todos sus huesos. Le dolía todo su cuerpo y no sabía cómo ponerse porque era todo una llaga. No podía retener ningún alimento ni bebida, y no se podía creer cómo podía seguir con vida, sin comer, sin dormir y sufriendo tantos dolores. Sin embargo, ella se mostraba siempre alegre, escondiendo su sufrimiento a la gente, para tener más misericordia de Dios, sufriendo con placer por su amor. Tierna en años, pero ya cargada de méritos, volaba al cielo, como una cándida paloma, antes de la vigilia de la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, el 6 de diciembre de 1891, y fue sepultada con devoto acompañamiento. La Virgen la quiso con ella para celebrar la fiesta de gran privilegio entre todos los mortales, por la gracia concebida.

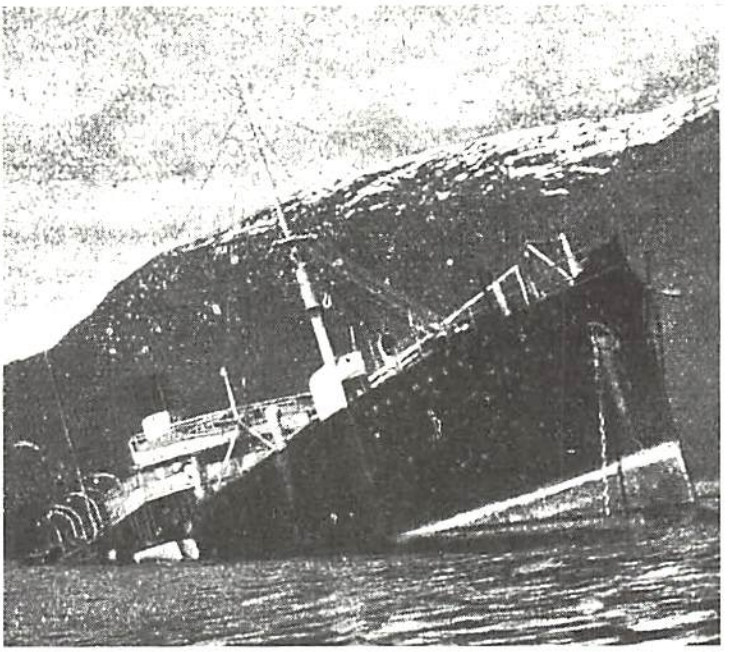
He aquí otra intercepción para el trono de Dios y de María Santísima. Esta, también, es una pequeña santa *patagona* y no olvidará nuestra causa, de la que me prometió ocuparse.

Naufragio del vapor Cotopaxi (1890) en el canal Smyth. Doce hermanos franciscanos

El día de Pascua de 1890, llegaban a Punta Arenas numerosos náufragos del vapor transatlántico postal inglés *Cotopaxi*, el cual se había hundido en el canal Smyth pocos días antes, por haber impactado contra una piedra, que se elevaba como una aguda pirámide del fondo del mar en aguas muy profundas, y en un lugar donde solían pasar siempre todos los barcos de gran porte. Bastaron apenas solo diez minutos para que el vapor desapareciera en el mar. Se pudieron salvar con dificultad los pasajeros y la tripulación, pero todo el resto se hundió.

Los náufragos permanecieron casi ocho días en las playas vecinas, con los botes con las cuales habían llegado a tierra, que los usaron como refugio. Entre los pasajeros de 3.ª clase se encontraban 12 hermanos franciscanos jóvenes, guiados por un viejo hermano laico, que venían de España e iban directo al noviciado del convento de *Cajamarca*, en el Perú. Dos o tres de los jóvenes tenían dieciséis años, los otros tenían apenas doce o trece (niños vestidos de hermanos). En los ocho días que pasaron en la playa, mientras que los otros náufragos dormían cubiertos por los botes, estos fueron obligados a dormir a la intemperie (porque nadie quería estar con ellos), recibiendo la lluvia y el viento frío e impetuoso.

Una vez que llegaron a Punta Arenas, las autoridades locales recibieron a los náufragos con honores y los ubicaron en varios albergues, menos a estos pobrecitos que fueron abandonados en el muelle, como seres despreciables. Muchos habitantes de Punta Arenas, al verlos tan maltratados, lejos de tener piedad de ellos, se burlaban y nadie tenía ni siquiera una palabra de aliento. Al enterarnos, algunos de nosotros, junto con monseñor Fagnano, fuimos enseguida al muelle e invitamos a estos buenos religiosos a venir a nuestra casa. Estos aceptaron con agrado nuestra hospitalidad



Naufragio del vapor Cotopaxi en el estrecho de Magallanes.

y se quedaron ocho días, hasta tanto llegase otro vapor que los llevaría al *Callao* (en Perú). En esos pocos días, lavamos y arreglamos bien su ropa y les dimos prendas para cambiarse durante el viaje. Al verse tan bien tratados, como si hubiesen sido nuestros hijos, estos queridos jóvenes nos tomaron tanto afecto que no querían irse. Lloraban y nos suplicaban que los dejásemos quedar con nosotros.

Recuerdo que el menor de estos hermanos tenía una llaga, producto de haberse clavado un clavo en el pie cuando estuvieron en la playa después del naufragio, y no podía caminar: Al no haber un carro para trasportarlo al muelle, lo cargué en mis espaldas con mucho placer y lo llevé al bote que lo debía conducir a bordo (una distancia de medio kilómetro), diciéndome a mí mismo: «¡He aquí un hijo de Don Bosco que lleva a un hijo de San Francisco de Asís!». Mi corazón gozaba por este acto de caridad, pensando que los dos santos fundadores desde el cielo se reirían de nosotros y se habrían felicitado al ver esta bella unión entre sus hijos.

Apenas llegaron a su convento, estos hermanos escribieron cartas de agradecimiento a los salesianos de Punta Arenas, como también lo hizo su superior. Uno de estos buenos jóvenes, ya sacerdote, pasó por Punta Arenas en el año 1912, en viaje a su patria, España, y tuve la fortuna de verlo unas horas y recordar con él esas viejas aventuras de hace veintidós años atrás. Estaba aún pleno de agradecimiento hacia Dios y los salesianos que habían sido instrumentos de la divina Providencia. Para todos los náufragos italianos se hizo una bella celebración en la iglesia. Eran un buen número de hombres, mujeres y niños que iban a Chile. Mientras les dirigía algunas palabras de exhortación, esta buena gente sollozaba y lloraba recordando la querida patria que habían abandonado, su desgracia por la pérdida de su equipaje y la incertidumbre de su futuro. La palabra amiga, dicha en italiano, los reanimó y fue-

ron todos consolados de algún modo, al encontrar amigos compatriotas en estas extrañísimas tierras, tan distantes de su patria. Amigos, que los comprendían en sus penas y estaban dispuestos a ayudarlos en lo que necesitaran. De hecho, para todos ellos, los salesianos fueron los instrumentos de la divina Providencia.

Los misioneros a favor de los inmigrantes

Desde 1889, los misioneros salesianos se ocuparon de todos los inmigrantes europeos que vivían en esas lejanas tierras magallánicas, especialmente, de sus connacionales italianos, más necesitados que los otros. Hablando del naufragio del vapor *Cotopaxi*, se comentó sobre cómo los salesianos habían ayudado a muchas familias italianas que habían perdido sus pertenencias, proveyéndoles las cosas necesarias para que puedan seguir su viaje a Chile, Perú, Bolivia, que eran sus destinos. También hicieron lo mismo con otros pobres náufragos de otras naciones, en particular, con los doce hermanos franciscanos españoles. Fueron para todos la mano de la Providencia. Cuando en Punta Arenas no había todavía un hospital y muchos pobres infelices, sin familia ni amigos, no sabían dónde ir cuando estaban enfermos, los misioneros acondicionaron dos habitaciones para estas personas, que fueron ocupadas siempre por dos o más enfermos graves. Estos eran asistidos, se les daban los medicamentos, se les proveía de las cosas necesarias y los veía el médico, todo gratuitamente.

Un cierto *Carmelo*, napolitano, que se fracturó una pierna y se la tuvieron que cortar, permaneció muchos meses en el pequeño hospital salesiano. Un tiempo después, se enfermó gravemente, y permaneció allí hasta su muerte. También se le dio sepultura, porque era muy pobre y no tenía parientes ni amigos de quienes se pudiese esperar ayuda. Un tal *Bertin*, francés, escapado de París en la época de la Comuna, ya viejo y demente, sin saber dónde refugiarse, pidió permanecer en la misión de Dawson. Fue aceptado y, aunque molestase demasiado con sus locuras, se quedó muchos años hasta su muerte. También otro francés, un cierto *Jule Leffebre*, con cierta locura



Cabo de Hornos, donde se pierden innumerables barcos

por beber demasiado, permaneció muchos años con los misioneros de Dawson hasta que murió, siendo necesario atenderlo como a un niño. Un paduano enfermo de artritis estuvo muchos años en la misión de la Candelaria. Un suizo, un cierto *Baereswyl*, que también estaba un poco trastornado, se quedó en la misión de San Rafael, en Dawson, hasta su muerte. Estos y muchos otros enfermos, de cuyos nombres no me acuerdo, fueron ayudados en la casa de los misioneros, porque eran rechazados y abandonados por todos. Muchos marineros y operarios chilenos, gravemente enfermos, fueron también cuidados especialmente por los salesianos.

Otros también fueron ayudados de un modo u otro cuando tuvieron necesidades. A una familia parmesana de apellido *Bergamini*, que había llegado hacía poco tiempo a Punta Arenas y no podían encontrar trabajo, los salesianos los ayudaron y les dieron trabajo por casi dos años. Un hijo de esta familia, de unos veinticuatro años, un día había llegado borracho en Tierra del Fuego, se peleó con un chileno y lo hirió con arma de fuego. El juez de Punta Arenas lo condenó a dos años de cárcel o a pagar una multa de *doscientos pesos*. El joven no tenía dinero y le pesaba demasiado estar encerrado en la cárcel por dos años, por lo que le suplicó al superior de los salesianos que le pagara la multa y él se ofrecía, a cambio, a trabajar gratis por un año en trabajos del campo en la isla Dawson, conformándose solamente con la comida, la ropa y el alojamiento. Por piedad, el superior le pagó la multa y lo liberó. Pero el ingrato, cuando debía embarcarse para la isla Dawson, tomó otra nave que lo condujo hacia otro lugar y burló a su benefactor.

Un italiano que se había establecido hacía poco tiempo en Punta Arenas con un pequeño negocio de pieles, le pidió a monseñor Fagnano que le hiciera el favor de traer de Buenos Aires a toda su familia, compuesta por su mujer y tres o cuatro hijos, asegurándole que le reembolsaría los gastos del viaje apenas pudiera hacerlo. Como siempre, el buen monseñor Fagnano pagó el viaje de todos, pero una vez que llegaron a Punta Arenas, este hombre no solo se olvidó de restituirle a monseñor Fagnano esa suma, a pesar de que se había enriquecido, sino que se asoció a una congregación masónica, que despreciaba a los curas y se reía de la religión católica. ¡Así pagan los ingratos los beneficios recibidos de sus benefactores! Algunos años después, este hombre moría imprevistamente.

También fueron ayudados por los salesianos muchos otros italianos. Uno de Venecia, de buena familia pero adicto a la bebida que, por eso, se había transformado en un miserable. Otros dos de Turín, también de familias *aristocráticas* pero vagabundos y ociosos, que amaban la buena vida y perder el tiempo. Al verlos en la miseria, monseñor Fagnano tuvo compasión de ellos y los ayudó. Dos españoles sin trabajo y muchos chilenos vivieron por varios meses en la casa salesiana. A muchos otros se les pagó el viaje para que se repatriaran porque no se encontraban bien en Punta Arenas. Algunos por salud, otros por falta de empleo. En una palabra, los misioneros salesianos hicieron siempre lo mejor para ayudar a aquellos que lo necesitaban y a los pobres inmigrantes europeos, especialmente, a sus connacionales italianos, aunque no siempre fueron bien correspondidos por todos.

Un hecho de aparición del demonio

En una casa de Punta Arenas que se usaba de hospital público, se encontraban dos enfermos graves en una misma habitación. Ambos alemanes y protestantes, cuya conducta dejaba mucho que desear. Una noche, uno de ellos murió y cuenta el compañero que enseguida apareció el demonio en esa habitación. «Una figura horrible se puso a pasear excitado por la habitación, con largos cuernos sobre la cabeza, los ojos de

brasa y centellantes y una cola larga y enrollada. Poco después, se paró cerca de mi lecho y me miró a la cara por algunos minutos, que me parecieron eternos. Tanto me asusté al ver a ese ser sobrenatural que casi no tenía aliento. Pegué un salto sobre lecho y le señalé al demonio a mi compañero muerto, diciéndole "¡No soy yo..., el muerto, es él!". El demonio enseguida desapareció. No pude dormir más esa noche porque mi susto era muy grande».

Este hecho me lo contó el mismo que vio el demonio, asegurándome que era verdad. De hecho, estaba muy asustado. Este hombre era el sobrino de un obispo protestante. Leía todo libro que le llegase a sus manos, bueno o malo, porque quería saber todo. Conocía muchas lenguas y las hablaba discretamente.

Influencia del demonio sobre las criaturas

Nadie puede negar que, si lo permite Dios, el demonio pueda tener influencia sobre las criaturas. Antes de la llegada de Jesucristo sobre la tierra, el demonio era dueño y tirano de las almas, haciéndose adorar en los monstruosos simulacros de las divinidades paganas. Jesucristo lo llamó *El príncipe de este mundo*. Eran muchos los poseídos que Jesucristo liberó. Donde la religión cristiana no es aún conocida o poco practicada, el demonio mantiene, todavía hoy, su cruel imperio sobre los hombres.

He aquí un ejemplo constatado por mí y por muchos testigos, no hace muchos años, en Punta Arenas, en la persona de un jovencito de unos diez años, hijo de ingleses protestantes, no bautizado. Hacía pocos días que había entrado de pupilo en el Colegio San José y se preparaba a recibir el santo bautismo. Casi todas las noches, el joven tenía visiones terroríficas y pedía ayuda. Íbamos corriendo hasta su lecho, pero no se veía nada, a pesar de que el joven aseguraba que un animal feroz lo quería devorar. Una noche, esos gritos fueron tan angustiantes, que acudieron casi todos los superiores del colegio al dormitorio donde se encontraba y les costó mucho calmarlo y hacerle ver que no había ninguna cosa que lo estuviese molestando.

El joven se había parado sobre su lecho, había agarrado la almohada y con esta se defendía de aquel monstruo espantoso que amenazaba con devorarlo, mientras, con toda su voz, gritaba desesperadamente pidiendo socorro. La lucha fue larga y terrible, tanto que el pobre joven se veía extenuado por el cansancio y el terror. Me parece verlo todavía en aquella actitud de defensa y de sentir todavía sus gritos angustiantes. Trataba de huir e intentaba abrir una ventana para tirarse, y si eso hubiese ocurrido, se hubiese suicidado, porque estaba a mucha altura. Describía al monstruo horrible que veía con todas sus particularidades, pero ninguno de los presentes lo veía. Esparcí agua bendita en aquel lugar y el monstruo desapareció. En vista de estas continuas visiones nocturnas de ese espíritu malo, se anticipó la administración del santo bautismo y después de esto, no se repitieron más aquellas espantosas apariciones diabólicas. Durante todo el tiempo que el joven vivió en el colegio, no dio más señales de que hubiese visto nada espantoso por la noche.

La maldición de una madre a su hijo

Cerca del año 1883, ocurrió en Punta Arenas este horrible hecho. Una madre, exacerbada por las continuas insolencias y maltrato que le hacía un hijo de dieciocho años de edad, un día le juró una terrible maldición. En el colmo de su enojo, llegó a decirle «¡Que una turba de demonios te lleve!». Su hijo no hizo caso a aquellas palabras y huyó de la casa. Poco después, andaba con su caballo por el campo junto con otros dos jóvenes compañeros de jarana y despreocupados se dirigieron hacia un punto llamado *Tres brazos*. Los tres anda-

ban a caballo y al acercarse al *río de los Ciervos*, un pequeño río, enlentecieron el paso disponiéndose a cruzarlo. Cuando ya estaban por entrar al agua, el joven maldecido por su madre, de nombre Muñoz, le dijo a uno de sus compañeros, llamado Antonio Sánchez:

—Antonio, dame la espuela nueva que tienes, y yo te daré la mía.

—No —respondió el compañero—, la tuya ya está vieja y es casi inservible. Tú tienes más dinero que yo y, fácilmente, puedes comprarte cuantas espuelas desees y mejores que las mías. La necesito y no te la puedo dar.

Pero Muñoz, sin importarle la respuesta del compañero, descendió rápidamente del caballo, le tomó la espuela nueva, y se la puso en el brazo derecho pensando que así correría más velozmente.

Los compañeros se reían de esta actitud extraña porque, en vez de ponérsela en el pie, se la había puesto en el brazo, y lo invitaron a subirse al caballo para continuar el camino. Pero apenas Muñoz se ajustó bien la espuela al brazo, pegó un grito muy fuerte, como si fuese una bestia feroz y se dio a la fuga precipitadamente. Al principio corría por el mismo río contra la corriente y después tomó el camino del monte y de los bosques, como un loco invadido verdaderamente por una turba de demonios. Sus compañeros lo siguieron por largo rato, llamándolo por su nombre, pero no lo pudieron encontrar más, aunque lo corrieron a caballo hasta que lo perdieron de vista y nunca más se supo nada de él. Por donde había pasado Muñoz, no había huellas o alguna otra señal que indicase que había estado por allí. Por varios días seguidos, sus compañeros, parientes y otras personas amigas de la familia lo buscaron por todas partes sin poderlo encontrar.

Los diablos, a los cuales la madre se había referido, se lo llevaron y, por cierto, lo hicieron desaparecer con su espuela nueva atada al brazo. Es lo que terminaron diciendo los que lo habían buscado inútilmente. Todo el pueblo quedó convencido de que había sido así realmente. Porque si hubiese sido de otra manera, lo hubiesen encontrado vivo o muerto. En cambio, nunca más se tuvo noticia del infeliz joven Muñoz. La pobre madre, por esta desgracia, enloqueció de dolor y permaneció muda durante toda su vida, sin poderse hacer entender más que con señas. Este hecho, a pesar de parecer extraño, me fue contado por Antonio Sánchez, el mismo compañero de Muñoz, que tenía la espuela nueva y que asegura haberlo visto correr, desaparecer y no haber tenido más noticias de él, a pesar de haberlo buscado por mucho tiempo.

Por cierto, la maldición de una madre es una cosa terrible. San Agustín cuenta un ejemplo de esta clase muy espeluznante.

Quien no crea que exista el demonio, no lea lo que sigue (histórico)

Una persona había escuchado decir que para hacerse rico en poco tiempo había que vender el alma al demonio. Era un hombre avaro y con deseos de poseer grandes riquezas. Por lo demás, era poco religioso, no frecuentaba la iglesia y menos los santos sacramentos. Insultaba horriblemente y, si podía, se apropiaba de las cosas de los otros, injustamente. Para él, era poca cosa entregar el alma al demonio a cambio de grandes riquezas, porque, en su ignorancia, no le importaba lo breve de esta vida y lo interminable de la eternidad y se condenaba así a penurias sin final, en compañía de un monstruo horrible como el demonio, solo por simples satisfacciones. No vaciló en invocar al demonio y pactar con él. Firmó un escrito y el demonio se lo llevó.

Pasaron pocos años y las riquezas codiciadas no llegaron en la cantidad que este hombre deseaba, ni siquiera para vivir bien, y ya estaba cerca de la muerte. Toda su vida estuvo llena de remordimientos de conciencia y no tuvo un momento de paz: *Non est pax impiis*, dice bien la santa escritura. Po-

seía un edificio de tres pisos, con jardín, en un pueblito de provincia. No tenía fama de buen cristiano ni de hombre honesto y bondadoso, por lo que pocos lo visitaban. Algunos misioneros, al saber que estaba gravemente enfermo, trataron de acercarse para ver si podían conducirlo hacia Dios. Pero negaba a todos la entrada a su casa y no quería recibir los santos sacramentos. El demonio se le aparecía en apariencia humana y se le sentaba a su lado, acompañándolo hasta su último suspiro.

El moribundo le repetía a quienes intentaban exhortarlo a confesarse: «Déjeme morir con él», señalando al demonio que estaba a su lado. Los presentes, sin embargo, no veían al demonio. Y así murió el desgraciado hombre. Después de su muerte, por mucho tiempo, se oyeron en ese edificio ruidos muy extraños, en especial en la noche, aparecían pájaros negros horribles, gatos horribles con ojos de fuego que aterrorizaban a quienes los veían. Era el demonio que se manifestaba de esa forma. Casi se podría decir que el edificio era de su propiedad como heredero legítimo de su protegido. Un tiempo después de la muerte del hombre, fue a vivir una maestra en compañía de su marido. Ella misma me contó que más de una vez se veía aparecer un gato gris horrible, enorme, rabioso, de ojos grandes. Aparecía sobre una mesa que se encontraba en el fondo de su dormitorio, aunque la habitación estuviese cerrada, y la miraba fijamente. Ella, por temor, se escondía debajo de las sábanas. A la mañana buscaba el gato, pero este había desaparecido. Otras veces, aparecía un pajarraco negro de forma espantosa y, de la misma manera, desaparecía, sin saber de dónde venía y hacia dónde se iba. Otras veces, el perro que estaba con ella en la habitación, en medio de la noche, se abalanzaba con furia sobre una parte de la habitación, ladrando desesperadamente como si viera una figura extraña que lo asustaba y, por más que lo llamara o le gritara más de una vez, no paraba de ladrar de esa forma. ¿Era el demonio que se hacía ver?

Esta misma maestra, se enfermó de una enfermedad incurable y dejó ese edificio, y se fue a vivir con su madre y su hermana. Aunque de jovencita había tenido buenos principios religiosos, de adulta, al sentirse muy apreciada por todos, por su belleza e inhabitual ingenio (porque era instruida y hablaba con propiedad varios idiomas), frecuentando el mundo elegante, se convirtió en frívola y abandonó toda práctica religiosa. Al verse en el final de su vida, con solo treinta años y acosada por amargos dolores, en vez de rezar a Dios para que la liberara o para que la aliviara, invocaba al demonio para que la ayudase (como si el demonio pudiese más que Dios).

Así, una noche en la que se sentía muy mal, peor de lo habitual, comenzó a gritar: «Demonio, ayúdame tú, te vendo el alma si me liberas de estos dolores, ven que te vendo el alma». Al instante, apareció sobre una mesa en el fondo de la habitación un gato enorme y feo, de color gris, con ojos cómo de fuego, fijos sobre la joven enferma. Ella tuvo miedo y se escondió entre las mantas. La madre, mujer santa, que también vio el gato y comprendió que era el demonio, se puso enseguida a conjurarlo en nombre de Dios y de María Santísima, para que se vaya sin ofender a nadie. Invocaba al Señor diciendo: «Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, *miserere nobis*». Ante esta invocación, el gato desapareció.

La noche siguiente, está joven infeliz, sintiéndose de nuevo oprimida por el mal, recurrió de nuevo al demonio ofreciéndole el alma, si la sanaba. Gritaba: «Ven, demonio, libérame de estos dolores y te vendo el alma». Apenas profirió estas detestables palabras, se oyeron enseguida pasos dirigidos hacia la puerta, como si se tratase de una persona que se acercaba y quisiera entrar. Luego, se escucharon tres golpes fuertes en la puerta, con mucho ruido, casi como si la quisiera derribar, haciendo temblar toda la casa y los vidrios de las ventanas, y enseguida se escuchó una voz clara al lado de la enferma que le dijo: «Estoy aquí, me has lla-

mado y he venido, ¿qué quieres de mí?». Era la voz del demonio que se hacía sentir. Esperaba que la enferma respondiera su pregunta y le prometiera la entrega de su alma. Pero esta, asustada por el ruido y por la voz que había oído, enseguida se arrepintió de haber recurrido al demonio, se escondió bajo las mantas y permaneció en silencio.

La madre y la hermana de la enferma, que estaban al lado y habían escuchado todo, enseguida recurrieron asustadas a la oración, invocando con fe los santísimos nombres de Jesús y de María. Cuando se hizo de día, me llamaron para que exorcizara la casa y a la enferma. La enferma se confesó, recibió la santa comunión, se tranquilizó y el demonio no volvió hacerse ver ni sentir jamás. Podría nombrar a las personas que fueron protagonistas y testigos de cuanto narré arriba, pero por delicadeza, no lo haré.

Aquellos que no quisieran creer estos hechos están dispensados de tener fe. A mí me basta con haber expuesto tales hechos, tal cual fueron referidos por las mismas personas que arriba nombré y que, en parte, yo fui testigo.

Otro hecho

Asistiendo a un moribundo en Punta Arenas, este se puso a gritar, repentinamente, «¡Saquen este perro! ¡Sáquenlo a este perro!». ¿Adónde había un perro? Ninguno lo veía. Se buscó por toda la habitación y, finalmente, se lo encontró debajo del lecho del moribundo. Lo sacaron sin oponer resistencia y apenas estuvo fuera, desapareció como por encanto y ninguno lo volvió a ver. Pero... ¿cómo sabía el moribundo que estaba ese perro, si ninguno de los que estábamos en la habitación nos habíamos dado cuenta de su presencia? El enfermo no se podía mover de su lecho y tenía los ojos cerrados. ¿Cómo podía ver a aquel perro? Preguntaron de quién podía ser; ninguno lo sabía ni tenía idea alguna. Seguramente, era el demonio en esa forma.

El demonio que estrangula a una pobre india alacalufe

En estos últimos tiempos, el Señor ha demostrado de muchos modos un gran amor hacia los pobres salvajes de la Tierra del Fuego. También la virgen Auxiliadora se interesó mucho por la prosperidad y por la salvación eterna de estos pobres salvajes. El venerable Don Bosco, en su lecho de muerte, con espíritu profético decía a sus hijos: «Propagad la devoción de María Auxiliadora en la Tierra del Fuego. ¡Oh! ¡Si supierais cuántas almas se salvarían mediante la devoción a María Santísima!». Y los salesianos, dóciles a la palabra del venerable padre, se esforzaron con toda su energía para difundir en estas tierras remotas el amor y la veneración a la gran madre de Dios.

Más de una vez, la Virgen bendita se complace de mostrar su santo materno patrocinio, haciéndose visible a muchos de ellos, a veces para exhortarlos a ser perseverantes en la fe y otras para avisarles de su muerte próxima, pero, especialmente, para asistirlos en su agonía. En los dos cementerios, de Dawson y de la Candelaria, reposan ahora, en el amor del Señor, más de dos mil indios llamados al cristianismo, que tuvieron una muerte preciosa y santa, ¡porque todos fueron dóciles a la gracia del Señor, que los llamaba con tanto amor! Pero entre tantos que escucharon la voz divina, hubo una mujer que se hizo la sorda, a pesar de tantas llamadas. Dios nos quiere salvos, pero no a pesar nuestro: él quiere nuestra colaboración.

Luisa Kuiscsciskutorelukcis, india alacalufe de la isla Dawson, desde niña había sido educada en la religión católica bajo el solícito cuidado de las óptimas maestras, hermanas de María Auxiliadora. De naturaleza muy voluble, nunca había correspondido plenamente a la divina gracia, por lo que se temía mucho de su futuro. Su padre a menudo le pegaba por su carácter malo y su testarudez. Sea dicho entre paréntesis,



Luisa Kuise-seiseutoreluk-cis, india alacalufe. Estrangulada por el demonio.

que era hija de uno de los asesinos que, en 1889, habían intentado matar al misionero salesiano don Bartolomé Pistone. A los veinte años, se casó con un pobre suizo, sin carácter ni energía, por lo que ella hacía de patrona y el marido la secundaba en sus caprichos. Abandonó la isla Dawson, donde tenía familiares y amigos, que le hubieran podido dar sanos consejos y se estableció en Punta Arenas, para ser más libre, y se dio a una vida licenciosa que era el escándalo de toda la ciudad.

En vano, los misioneros la exhortaban a dejar esa vida infame que la conducía a la eterna perdición. Prometía corregirse, pero nunca lo hacía. Dos veces, Dios misericordioso, como tierno padre que la amaba y deseaba salvarla, le envió enfermedades graves que la llevaron al borde de la tumba. Asustada, momentáneamente, prometía cambiar de vida. Pero apenas se curaba, volvía a su anterior vida con mayor entusiasmo. Recuerdo que la visité dos veces en el hospital de Punta Arenas, casi agonizante y le administré los santos sacramentos. Tan grave era su estado que pensé que moriría, cuando, con sorpresa de cuantos la vieron en ese estado, se restableció.

—Mira, Luisa —le dije entonces—, con el Señor no se bromea. Sé juiciosa, no hagas más escándalo si quieres salvar tu alma. ¡Dios soporta mucho, pero no siempre!

En una fría noche de invierno, siento golpear la puerta desesperadamente, y al mismo tiempo escucho una voz:

—¡Padre, venga pronto! ¡Luisa lo llama, muy enferma, quizá morir!

Era el suizo, marido de Luisa, que hablaba muy mal el italiano. Enseguida comprendí de qué se trataba. Salté de la cama y velozmente bajé a la iglesia, tomé el santo viático y el óleo santo y volé hasta la casa de la enferma, que estaba a un kilómetro de distancia. El corazón me decía que llegaría demasiado tarde. Caía una fina nieve y el viento castigaba mucho; no servía para nada el paraguas. Al entrar en esa mísera casucha de infamia, no encontré un lugar decente sobre el cual apoyar los objetos sacros ni otro para sentarme. Todo era inmundo y sucio, por lo que me fui al lado de la paciente y me quedé de pie.

Estaba sentada en el lecho y, por su aspecto, no se diría que estuviese tan enferma, porque hablaba fuerte y autoritariamente, por lo que me maravillé que me hubiesen llamado con tanto apuro a esa hora. Estaba discutiendo con su marido porque no la atendía. El marido le decía:

—No te falta nada. Mira, hay carne (estaba cruda con el fuego apagado), hay leche (condensada que parecía ungüento y se necesitaba agua caliente para diluirla).

—Calla borrachín —contestaba ella.

No es así como se atiende a una persona enferma. Mi presencia puso fin a la discu-

sión. Pero apenas la exhorté a confesarse, me miró fijamente y me dijo:

—¡No puedo, no puedo! ¡Tengo un demonio que me aprieta el cuello y me impide hablar!

—Qué me dices, Luisa. Estás bromeando —le respondí—, aquí no hay ningún demonio. Está Jesús bendito que viene a visitarte. Toma coraje.

—¡No puedo hablar! —insistió—. ¡No puedo... no puedo, quisiera hacerlo, pero no puedo!

—Pero sí que puedes, tú hablas muy bien y nadie te lo impide. Entonces, ¡vamos, confiésate!

—¡Yo he sido muy mala, he abusado siempre de la misericordia de Dios, y ahora me castiga! ¡Es el fin para mí!

—Luisa, no digas esto. Toma coraje, confía en Dios. Recitemos juntos el avemaría a la Virgen Santísima. —Y comencé a decir fuerte el avemaría.

—¡No, espera... espera un poco! —me interrumpió con fuerza—. ¡No puedo...! ¡El demonio me estrangula! ¡Aquí, aquí! (tocándose la garganta).

Viendo que empeoraba y su rostro tomaba un aspecto cadavérico, le grité:

—Luisa... Luisa, di solamente *¡Jesús mío, misericordia!*

Era muy tarde. Ya no escuchaba más. ¡Retorciendo la boca, vomitó mucha espuma y, al instante, murió! Su cara ennegreció como el carbón, tenía la lengua que le colgaba y los ojos estaban desorbitados. Se podría decir que la habían realmente estrangulado. Me quedé por un momento estupefacto y confuso, no sabía dónde me encontraba ni qué cosa estaba haciendo. Pero pronto me recuperé de mi espanto y recité bajo condición la absolución, aunque ya no podía ayudarla, y recomendé su pobre alma a Dios.

Al volver a casa, hacía esta reflexión:

He aquí un alma, a la que Dios había prodigado tantos favores y que, quizá, se pierda por no haber correspondido a las divinas llamadas. ¡Sin embargo, se perdió! Se burló del Señor: Le mandó un sacerdote antes de morir, que podía darle todos los consuelos de nuestra santa religión, pero fue inútil. Se los hizo ver, pero no permitió que los recibiese. ¡Qué lección tremenda para muchos que abusan tan fácilmente de la misericordia de Dios!

Primera visita de monseñor Cagliero a la misión salesiana de la prefectura de monseñor Fagnano (1892)

Cerca de la mitad de enero de 1892, monseñor Juan Cagliero había avisado por carta a monseñor Fagnano desde Buenos Aires que en unos quince días estaría llegando a Punta Arenas para conocer su misión. Pero la carta llegó a destino con el mismo vapor en el que llegó monseñor Cagliero. Por lo cual, su llegada fue inesperada e imprevista.

Cuando llegó al puerto de Punta Arenas en un vapor inglés, el mar estaba agitadísimo a causa de un espantoso temporal. El capitán del vapor inglés quería que descendiera a tierra porque tenía apuro por seguir viaje, a pesar de que era peligroso para su vida. Monseñor Cagliero tuvo que embarcarse en un pequeño bote, con dos bravos marineros que remaban y un tercero que guiaba el timón. Estando a poca distancia del muelle, las olas se hacían cada vez más amenazantes y parecía que se iban a tragar el bote. Desde el muelle, se arrojó una gruesa cuerda para que fuese más fácil el desembarco de los pasajeros. Monseñor Cagliero se aferró a la cuerda y dio un salto para poder alcanzar los primeros escalones. Pero por desgracia, golpeó con tanta fuerza con una rodilla contra el borde de un escalón, que cayó al bote de espalda y casi desmayado del dolor. Fue casi un milagro, porque enseguida el bote se alejó del muelle.

En ese momento, una gran ola golpeó contra el pobre bote y lo cubrió, empapando a todos sus ocupantes. Fue un milagro que el bote no se haya dado vuelta, por-

que la ola lo había golpeado de costado. Un poco se debió al peso que tenían las valijas que llevaba, porque lo hacía más pesado. Mientras tanto, el mar se embravecía más y no había forma de acercarse al muelle; por lo cual, el bote se vio obligado a volver al vapor. Después de unas horas, el mar se calmó y monseñor Cagliero pudo desembarcar e ir al colegio salesiano. Fue una sorpresa para todos su imprevista llegada, y no se le pudo hacer un recibimiento público y solemne como se merecía y como hubiésemos querido, para testimoniarle nuestro afecto y vivo agradecimiento. Era el primer obispo que pisaba Territorio Magallánico. Toda la población lo vio con agrado y fue muy grata su visita.

En los pocos días que monseñor Cagliero estuvo en Punta Arenas, bendijo solemnemente la nueva iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, que recién terminaba de construirse, toda en madera, con techo y paredes cubiertos con chapas de zinc, de lindas formas y con capacidad para alojar a muchas personas. Pontificó, predicó y ordenó sacerdote a Fortunato Griffa. Fue también a visitar la misión de San Rafael en la isla Dawson, donde constató la presencia y el progreso hecho por los salvajes fueguinos. Pidió llevarse cuadernos de escritura de los niños estudiantes de 2.º grado elemental, que llevó a la Exposición de Génova de 1892, y que, confrontados con los cuadernos de niños italianos del mismo grado, merecieron el primer premio de honor. La visita de monseñor Cagliero hizo mucho bien a esa misión y todos recuerdan aún después de muchos años, con mucho placer y reconocimiento, su visita pastoral y la recordarán siempre.

Cuando monseñor Cagliero pasó por Santiago, tuvo una audiencia con el excelentísimo señor presidente de la República, Jorge Montt, y en esta le manifestó su deseo de visitar la misión de la isla Dawson. Su Excelencia, el presidente, se alegró, y, para facilitar su visita, puso a disposición del obispo la corbeta chilena *Pilcomayo*, que se encontraba en ese momento en aguas de Punta Arenas. Por esta cortesía del supremo magistrado, pudo visitar la isla a los pocos días de su arribo, acompañado por el gobernador y otros señores.

El corresponsal del diario *El porvenir*, de Santiago, publicaba:

> Durante la travesía por el estrecho, que duró seis horas, pudimos relacionarnos con el comandante de la *Pilcomayo*, sumamente amable y gentil, y con los otros oficiales, y nos quedamos admirados de la cortesía de estos jóvenes marinos, como así también de su actividad y exactitud en el cumplimiento de sus deberes.
>
> A pesar de la buena calidad del vapor que nos transportaba, el mar, que casi siempre es agitado en esos parajes, no nos trató demasiado bien. Y esto nos hizo pensar en las dificultades que afrontan los misioneros, que una vez al mes deben hacer este viaje en frágiles barcos para visitar la isla, para conocer las necesidades de sus habitantes y para llevarles alimentos y otras provisiones. Después de pasar punta Valentino, navegamos por un mar más benigno. El viento gallardo del poniente inflaba las velas y hacía correr el vapor con una velocidad extraordinaria. Enseguida se avistó la casa y las chozas que se encontraban en esa parte de la isla, que es la más rica en pasturas, por lo que fue elegida para instalar la misión.
>
> Avanzamos dieciocho millas por el canal Almirantazgo y después entramos en la bahía Harris, donde se encuentra la misión. El espectáculo que se presentó ante nuestros ojos fue encantador. La casa de la misión se alzaba en el medio de una pequeña explanada al pie de las colinas que rodean la bahía, y la bandera chilena, desplegada al viento, protegía un cierto número de cabañas, alineadas entre la playa y la casa, en las que habitaban las familias de los fueguinos.

Estos, al distinguir el vapor, corrieron rápido a la playa en dos grupos, guiados por los padres y las hermanas. Al descender, encontramos a los indios, limpios y bien vestidos, algunos con sombrero en mano nos saludaban dándonos el buen día (a pesar de ser la tarde).

Les faltaban solamente los zapatos y al preguntarles a los misioneros, dijeron que no les fue posible persuadirlos, a pesar del esfuerzo, de ponerse esos arneses que le aprisionaban los pies, y que nosotros llamamos zapatos.

Viendo al obispo, los indios se acercaron y comenzaron a mirarlo fijamente con los ojos desmesuradamente abiertos, como si se encontraran frente a un ser extravagante y raro, que les llamaba mucho la atención. Los misioneros ya les habían hecho entender la importancia de su cargo y les habían dicho que se necesitaba besarle el anillo. Por eso, se acercaban a él y le tomaban la mano, haciendo muecas y gestos extravagantes. Desde la playa, nos dirigimos todos juntos a la capilla, donde se recitó un *tedeum*, y donde los pequeños indios hicieron escuchar por primera vez sus voces entrenadas para el canto.

Acompañados del maestro, con el obispo y el gobernador, dimos inicio a un examen breve de los niños. Quedamos vivamente maravillados y conmocionados, cuando escuchamos leer con tanta fluidez y claridad a esos niños de poca edad, que desde hacía muy poco tiempo habían dejado la vida salvaje, cuando los escuchamos responder con tanta exactitud a las varias preguntas del catecismo, aritmética y nomenclatura, cuando vimos sus cuadernos con caligrafía clara y correcta...: nunca hubiésemos creído encontrar tanto progreso en esos pobres salvajes, abandonados en uno de los últimos rincones de la tierra. Otro tanto debemos decir de las niñas, menos numerosas, pero muy avanzadas en los bellos trabajos de costura.

Mientras los sacerdotes se ocupan de la instrucción intelectual de aquellos niños, los hermanos coadjutores se dedican a la instrucción de los indios adultos, enseñándoles diversos oficios que ya se han comenzado a desarrollar en la isla, como puede ser la carpintería, el pastoreo, la fabricación de quesos, etc.

Estamos sumamente complacidos de haber podido admirar de cerca esta obra civilizadora y cristiana por excelencia, a la cual se han dedicado con tanta abnegación los hijos de Don Bosco, y mientras los felicitamos de corazón por los buenos resultados obtenidos, hacemos votos para que progresen siempre y puedan ver coronados sus esfuerzos y sacrificios, con la conversión de todos los fueguinos esparcidos en aquella inmensa región.

Antes de dejar la isla, pudimos divertirnos mucho viendo a los pequeños indios hacer pastar y ordeñar las vacas, enlazar a los terneros, tirar al blanco con flechas y arcos, y lanzar arpones de madera a blancos puestos a gran altura.

Desde *Porvenir* de Santiago (Chile)
4 de marzo de 1892

Los viajes de monseñor Cagliero, hoy cardenal de la santa iglesia

Monseñor Cagliero es uno de los hombres que más ha viajado en el mundo. Se calcula que en veinticinco años recorrió 100 000 leguas, o sea 500 000 km, teniendo en cuenta sus viajes por Europa, América y por distintos mares. Surcó nueve veces el Atlántico, yendo y viniendo desde Europa. Dos veces, el Pacífico, desde Valparaíso a Montevideo, pasando por el estrecho de Magallanes. Cuatro veces fue a Brasil, desde Montevideo a Río de Janeiro. Catorce veces, desde Viedma a Buenos Aires; dos, desde Viedma



Su reverendísima eminencia el cardenal Juan Cagliero, príncipe de la Santa Iglesia Romana.

a Chubut y viceversa. En 1886-87, recorrió en siete meses 13 900 km en tren, a caballo, por ríos y por mares, y se fracturó varias costillas por una espantosa caída mientras cruzaba la Cordillera. Viajó por los ríos de la Plata, Paraná, Paraguay, Uruguay, Negro y Chubut. Recorrió Brasil hasta el Amazonas, pasando por Minas Gerais, San Pablo, Santa Catalina, Rio grande, Mato Grosso. Visitó la provincia de Santa Fe, Córdoba, San Luis, Mendoza, Entre Ríos, etc. En Europa, ha viajado varias veces recorriendo Italia Septentrional y Meridional hasta Sicilia, visitando las casas salesianas. Ha recorrido España, Francia, Portugal, Bélgica e Inglaterra.

Una dolorosa prueba del Señor: el incendio de la iglesia parroquial de Punta Arenas. El Señor permite el mal para recibir un bien mayor (1892). Los hijos de la luz y los de las tinieblas. Una bella gracia del Sagrado Corazón. Se construye una iglesia mejor

El 17 de junio de 1892, día viernes y primero de la Novena solemne en preparación de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, titular de la iglesia parroquial de Punta Arenas, el Señor nos visitó, enviándonos una terrible y dolorosa prueba. Hacia las 4 de la tarde, se inició un voraz incendio en la iglesia nueva, que se había inaugurado al divino culto hacía solo tres meses. En pocos minutos, la redujo a un montón de cenizas.

Estaba hecha toda de madera, muy fuerte y bien hecha, y costó unos 30 000 pesos chilenos (cerca de 50 000 liras italianas, en aquel tiempo), de los cuales el Gobierno chileno había otorgado 6000, y todo el resto a pagar por los salesianos, que ya estaban complicados por otras deudas, por el mantenimiento de la misión de los indios y por la construcción del nuevo Colegio San José. Esto fue una grave desgracia que hizo llorar amargamente a los pobres misioneros porque, además del daño material, preveían un gran retroceso en la parte espiritual de las almas, que a ellos se les habían confiado o por lo menos un atraso en la civilización que habían planificado y al progreso de la virtud.

No se supo nunca cuál fue la causa que pudo provocar el incendio. Se inició en una pequeña habitación que estaba cerca de la puerta principal de la iglesia, lugar donde no había ninguna cosa que pudiese iniciar un fuego. El lugar y la hora en la que comenzó, por ser de día y todavía muy claro, no se puede suponer que haya sido un descuido de alguien que dejara caer un fósforo encendido, o que se haya dejado encendida una vela o farol. Todo hace suponer que el incendio fue iniciado a propósito por una mano criminal; esto es, al menos, lo que se cree. Solo Dios lo puede saber con certeza. En aquel momento, la iglesia estaba desierta: el padre Bernabé dirigía los trabajos del colegio que se estaba construyendo detrás de la misma iglesia. Solamente un cuarto de hora antes, don Bernabé había vuelto de la iglesia, donde había hecho colocar por los carpinteros una puerta en la fachada y no había notado nada de extraño. Cuando poco después sintió gritar: *¡Incendio en la iglesia!*, no lo podía creer, y respondió:

—¿Qué dices...? Eso no se puede decir ni siquiera en chiste. —Le parecía demasiado inverosímil. Pero, alzando la vista, vio un denso humo salir de la torre del campanario. Espantado, corrió y vio que de la pequeña habitación cerca de la puerta mayor salían grandes llamas. Lo primero que hizo fue ir a sacar el santo sacramento, junto con el tabernáculo y ponerlo en un lugar seguro. Apenas hubo tiempo para sacar algunos candelabros y las tres estatuas que había: la del Sagrado Corazón de Jesús, María Inmaculada y San José. No se pudo salvar ninguna otra cosa, porque el fuego en un instante se propagó por todo el edificio. Las llamas hacían crepitar muy fuerte la madera pintada con bencina y aceite, el calor era sofocante y no se podía estar cerca. No había agua y no había medios para poder apagar el fuego y la gente espantada por aquel inmenso incendio, le gritaba a cualquier temerario que intentaba introducirse en la iglesia para salvar cualquier cosa: «Huye, huye, que el edificio se cae».

Todo se quemó, incluso las seis campanas, que se *licuaron como cera.* El reloj, los atuendos sagrados, cálices, un armonio grande, cuadros, bancos, sillas... ¡todo desapareció! Por suerte, aunque resulte muy extraño, ese día no había viento. De otro modo, todo Punta Arenas se hubiese destruido. Con la iglesia se incendió, también, la casa del gobernador, los cuarteles de los soldados y la farmacia. Se aisló el fuego destruyendo una taberna, de otro modo, muchas otras casas se hubiesen incendiado. Mientras la iglesia se quemaba, se oían llantos y suspiros angustiantes de los buenos cristianos, mezclados con gritos de alegría satánica, blasfemias, calumnias y maledicencia de los malvados. Pude oír yo mismo algunas voces que decían: «¡Apaguen el fuego con petróleo!», «¡Tírenle... tírenle petróleo!». Entre las risas desmesuradas de los libertinos y de los perversos, se veían claramente los hijos de la luz, mezclados con aquellos de las tinieblas. ¡Unos, con el corazón en el colmo de su amargura y los otros, en cambio, ebrios de alegría satánica e infernal, llenos de odio y de envidia!

Hacía poco tiempo que se había fundado en el pueblo una compañía de bomberos voluntarios y este fue el primer incendio que la



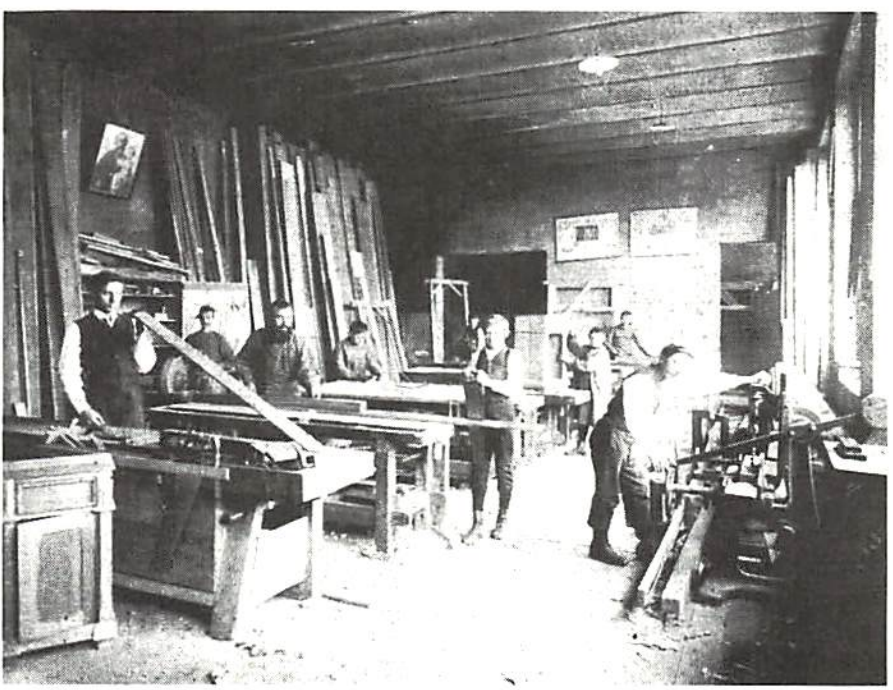
Interior de la iglesia de Punta Arenas que se incendió en 1892.

inauguró. Cuando más de la mitad de la iglesia estaba quemada, llegaron estos bomberos, vestidos elegantemente con sus nuevos uniformes de tela roja. Estos jóvenes indisciplinados comenzaron a bromear cerca del fuego, dando órdenes y contraórdenes. No había mucha agua para apagar el fuego; había poquísima en un pozo vecino que apenas hubiese podido bastar para apagar brasas. Pero ellos, haciendo alarde de su habilidad, la arrojaron sobre las altísimas columnas de fuego, y en vez de apagarlas, acrecentaron su fuerza.

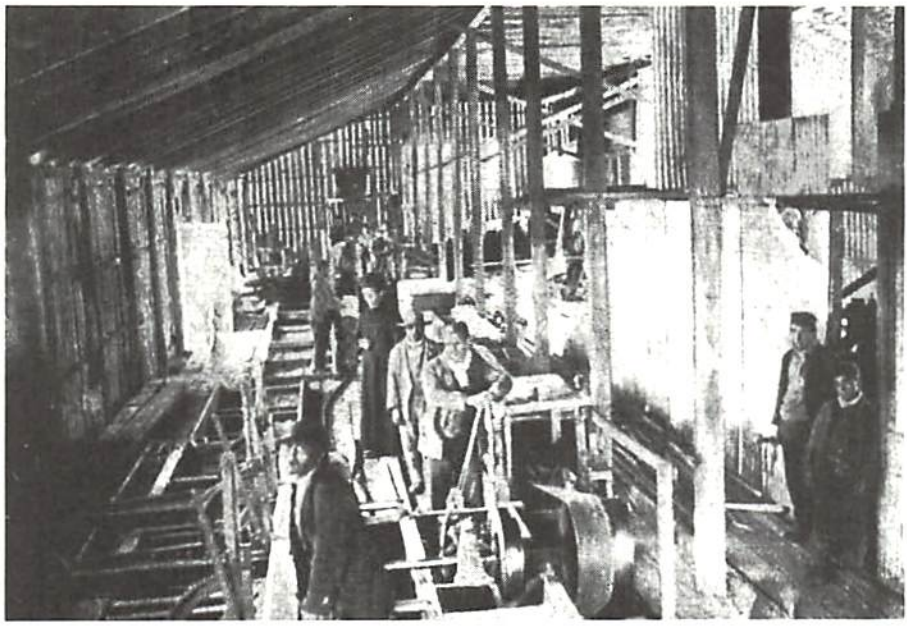
Después, cuando se necesitaba un poco de agua para apagar los últimos restos de fuego, para que no pasara a la casa vecina que se había mantenido intacta de milagro, no quedaba ni una gota. Había que destruir una taberna que comunicaba con los otros edificios, para poder aislarlos, pero faltaban las herramientas necesarias. No había un hacha, un pico o una barra de hierro, nada. La primer cosa que hicieron fue evacuarla, poniendo a salvo las botellas de licor que había. Se buscó un lugar provisorio para colocarlas. De común acuerdo, irrumpieron todos a la vez en la taberna e iban a la carrera para sacar las botellas. Finalmente, consiguieron destruir aquel pequeño edificio y como *recompensa de la heroica tarea*, por haber destruido aquel *tugurio*, el capitán hizo sonar la trompeta, para que se suspendieran todos los trabajos y que *¡todos bebiesen!* Se pasaron en rueda dos docenas de rico *champagne* y todos aquellos *valerosos* bomberos bebieron hasta la saciedad, dando *vivas* con gritos y exclamaciones, que parecían salvajes. ¡Si yo mismo y toda

la población, no hubiésemos estado presentes y no hubiésemos visto esto con nuestros propios ojos, no lo hubiésemos podido creer! ¡Los buenos pobladores estuvieron muy escandalizados! Todos los bomberos estaban borrachos: pasaron la noche en sus cuarteles, continuando con la orgía, gritando, insultando y, quizá, maldiciendo a Dios mismo y a sus ministros, como si hubiesen ganado una gran batalla.

Hoy en día, hay tres compañías de bomberos voluntarios muy bien disciplinados e instruidos, que hacen honor a su profesión y están bien provistos para extinguir cuanto incendio pudiera ocurrir. Esa noche fue terrible y espantosa para todos los salesianos de Punta Arenas. El fuego estaba todavía encendido y se mantenía vivo porque quedaba brasa. Se había levantado un poco de viento en dirección al colegio en construcción, donde había mucha viruta y paja. Hubiese bastado nada para comenzar el incendio en el gran techo de madera, y sin una gota de agua para apagarlo. Fue verdaderamente un milagro del cielo que el colegio no se haya quemado con el viento fuerte que había y que levantaba muchas chispas sobre lo que se había construido recientemente. Pasé la noche junto a la iglesia destruida, haciendo guardia para que el fuego no se propagase al colegio vecino, y para poder avisarles a los hermanos que dormían, para que en caso de incendio, escaparan y se salvaran. Mientras tanto, los bomberos en vez de vigilar el fuego, estaban encerrados en sus cuarteles, bebiendo y divirtiéndose, y solo de hora en hora venía uno (borracho) a ver cómo andaba la cosa. Parecía que les daba más placer que se quemara también el colegio antes que salvarlo, porque querían obligarme, incluso por la fuerza, a retirarme de allí, diciéndome que solo ellos tenían el derecho a vigilar. Solo para no enfrentarme con borrachos, me resigné a retirarme, sin poder ver si algún criminal intentaba incendiar el colegio.



Escuela profesional de carpintería del Instituto V. Don Bosco en Punta Arenas.



Aserradero a vapor en la misión salesiana de la isla Dawson.

Como Dios quiso, esa noche fatal pasó. Pero sea por el espanto que sentí, el cansancio o las dos cosas, tuve mucha fiebre, lo cual me obligó a quedarme en cama tres días. No faltó quién se sirvió de aquella ocasión de gran confusión para robar. Una mujer, por ejemplo, se ofreció a transportar a nuestro colegio, las sillas salvadas del incendio y se las llevó tranquilamente a su casa. Aquel día se asemejó al fin del mundo: parecía que se hubiese desencadenado todo el infierno para dañarnos. El Señor quiso ponernos a prueba para ejercitar nuestra paciencia. ¡Había comenzado bien!

Un hombre de Montevideo, de unos veinticinco años de edad, que vivía en Punta Arenas con su familia, fue herido de muerte con un puntazo de arma blanca, y no quería saber nada de recibir los santos sacramentos para morir bien. Cuando lo supe, hice que oraran muchas buenas personas al Sagrado Corazón de Jesús y, a pesar de que su familia y muchos amigos suyos me querían disuadir de hacerle una visita, me presenté al moribundo para ofrecerle mis servicios como sacerdote y párroco. En contra de lo que yo esperaba, me recibió gentilmente, agradeció mi visita y él mismo me pidió confesarse. Se confesó con señal de gran compunción y después pidió también la santa comunión por viático, y la *quería rápido*, mientras que la familia quería que esperase hasta el otro día. Se puso contento e incluso recibió la extremaunción.

Eran las 4 de la tarde cuando regresé de darle los santísimos sacramentos a aquel pobre hombre, agradecido al Corazón de Jesús por haber escuchado nuestras oraciones por su alma. Apenas llegué, me contaron el incendio de la nueva iglesia. No corrí, sino que volé hacia el lugar, para poder salvar algunas cosas, pero ya era tarde. Las llamas envolvían todo el edificio y pude salvar solo el tabernáculo en el cual estaban los santísimos sacramentos, que llevé a la capilla de las hermanas de María Auxiliadora, que continuó por muchos meses funcionando como parroquia. En cuanto al pobre enfermo de Montevideo, fue afortunado



Niñas civilizadas de la misión Candelaria.



Niños indios civilizados en la misión Candelaria, y parte del personal de la misma misión (1913).

de haber podido decir todos los consuelos de nuestra santa religión esa misma tarde, de lo contrario, no podría haberlo hecho más, porque su enfermedad se agravó notablemente y dos días después espiraba en mis brazos.

El Corazón adorabilísimo de Jesús había concedido una gracia tan grande como lo fue la conversión de aquella alma, en el primer día de la novena en preparación de su fiesta y, después, ¡permitió que se quemara su iglesia, que había sido construida con tantos sacrificios! ¡Inescrutables misterios del altísimo! Aunque esta fue una bella gracia del Corazón de Jesús. Así fue cómo se conoció más tarde. Porque esta iglesia de madera estaba en constante peligro de incendio y, además, no era lo bastante grande para alojar a los tantos concurrentes que años más tarde asistirían diariamente, con un crecimiento desmesurado. Entonces, el Señor permitió que se quemara, cuando aún no estaba terminada del todo y la población no era tan numerosa, para que se hiciese otra más grande, más bella, más sólida... para poder hacer un bien mayor a las almas y que fuese más digna de su gloria, permitiendo la construcción de otra iglesia de ladrillos.

Los misioneros salesianos no se acobardaron por esto. Después del primer aturdimiento, enseguida dijeron «¡El Señor da, el Señor toma!» y «¡Sea hecha su voluntad!». Y sin mediar tiempo, pusieron manos a la obra para construir una nueva. Como el fénix de sus cenizas, surgió una iglesia más bella, más fuerte, más gloriosa que la anterior, que hizo maravillar a los enemigos de Dios y humillar al demonio, que se habían burlado de la impotencia divina y de la obra de los misioneros. Pero mientras tanto, y por algún tiempo, se notó un notable atraso moral de los pobladores del lugar, que aún no estaban fuertemente aferrados a la fe y a la virtud. En la destrucción de la iglesia parroquial, les pareció ver un castigo infligido por Dios a los misioneros, porque no eran aceptados por él, por lo que dejaron de hacer caso a las enseñanzas de estos, y volvieron así a la indiferencia religiosa del principio. El primer domingo posterior al incendio, en la única capilla que había en el pueblo, que era la de las hermanas de María Auxiliadora, los fieles ni siquiera ocupaban *la tercera parte de la misma.*

Con la poca ayuda que cada año daba el Gobierno chileno y con las donaciones que daban los buenos colaboradores desde Europa, después de casi diez años, fue finalmente terminada la iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús y oficializada definitivamente al divino culto. Esta es un honor para Punta Arenas y sus habitantes están orgullosos. Pero dicha sea la verdad, no colaboraron más que una *mínima parte.* Los ricos, que tenían mucho dinero para sus lujos y caprichos, no tenían para la casa de Dios, aunque la veían en la miseria y sabiendo que continuamente se debía suspender su construcción por falta de medios.

Recuerdo al respecto la amarga pero justa observación que hicieron tres nobles ingleses, que visitaron la iglesia en construcción, al saber que estaban suspendidas las obras por falta de dinero, dijeron: «Al partir de Londres, imaginábamos encontrar en Punta Arenas muchos salvajes e incluso chozas indias, pero cambiamos de opinión al poner los pies sobre el muelle del puerto y ver tantas casas bellas e incluso palacios. Nos persuadimos de estar en un pueblo civilizado. Pero ahora que vemos esta casa de Dios, la única en esta ciudad, aún no terminada, y al saber que se tuvieron que suspender los trabajos de construcción por falta de medios pecuniarios, mientras vemos que hay tantos ricos que gastan su dinero en cosas innecesarias, ¡nos dimos cuenta de que los habitantes de esta ciudad no son civilizados, no son cristianos, son aún salvajes!

Una carta del obispo de Ancud al superior de los salesianos, alabando las misiones salesianas de la Tierra del Fuego

Ancud, 6 de junio de 1893

Reverendísimo padre don Rua:

Con mucho placer, vemos el notable incremento que día a día va tomando la misión salesiana en el Territorio de Magallanes. Este éxito favorable de la misión hace concebir la halagüeña esperanza que podremos, en un día no muy lejano, ver convertidos a la religión católica a los pobres salvajes de la parte más austral de América. Verdaderamente, parece que a los hijos de Don Bosco, que van marcando todas sus obras con el sigilo de la divina bendición, se les reserva aún muchas grandes conquistas. Esto que han hecho hasta ahora basta para demostrar que su misión es visiblemente providencial. Lo dicho obliga a enviar a Vuestra Reverendísima nuestras sinceras y cordiales felicitaciones y expresarle el vivo deseo que tenemos que la congregación salesiana continúe en su obra salvadora cada vez con más éxito y esplendor, y que sea una nueva y sólida columna que ayude a sostener el secular edificio de la iglesia, duramente combatido por sus eternos enemigos.

Por lo cual, junto a nuestras felicitaciones y a nuestros votos, enviamos además a Vuestra Reverendísima una súplica. Recordamos que, en ocasión de nuestra visita, nos prometió establecer en nuestra diócesis una casa de arte y oficios. Podemos asegurarle que en ninguna parte como en esta vasta diócesis son tan necesarios los institutos de estas características. Don José Beauvoir ya ha tenido la oportunidad de ver con sus propios ojos los lugares y ha palpado la necesidad de fundar cuanto antes una casa de artes y oficios. Parecería que el mejor lugar sería la parroquia de *Achâo*.

Mis compañeros de viaje y yo recordamos con mucho placer los días pasados en compañía de los buenos salesianos en Turín. En nombre de todos, reciba Vuestra Reverendísima y toda la comunidad de la santa casa, un afectuoso y fraterno saludo de su servidor.

Padre G. Agostino Lucero
Obispo de Ancud (Chile)

PD: Algunos años después se abrió la casa salesiana en Valdivia (no en *Achâo*) y así fueron apaciguados los deseos del buen obispo.

Noticias consoladoras. Abjuraciones de protestantes

Punta Arenas, 23 de enero de 1924

Hoy, fiesta de la Unión de María Santísima con San José, nuestra iglesia de Punta Arenas sintió una gran alegría. Un protestante de Escocia, un tal David Malcolm, habitante de esta ciudad desde hace muchos años, en calidad de capitán de nave mercantil, abjuraba sus errores, entraba en la Iglesia católica, recibía el santo bautismo, se reconciliaba con Dios en humilde confesión y después recibía la confirmación, el sacramento del matrimonio y por último, el pan de los ángeles. Desde hacía muchos años, vivía con una buena señora chilena, que rezaba siempre por su conversión, hasta que fue escuchada. Después de la celebración, el buen David estaba profundamente conmovido, agradecía tiernamente a Dios de haberle abierto los ojos y haberle hecho conocer el tesoro de nuestra santa religión, la única que nos puede hacer felices en esta y en la otra vida. Que el Señor le conceda la santa perseverancia.

Otros varios protestantes se convirtieron al catolicismo. Incluso, hubo varias vocaciones religiosas, tanto del sexo masculino, como del femenino, demostrando que este terreno espiritual, a pesar de que parezca árido, cuando se cultiva con la gracia de Dios, puede ser fecundo como cualquier otro terreno más fértil. Dos hijas se hicieron

hermanas de María Auxiliadora. ¿Quién hubiese dicho que las primeras vocaciones religiosas surgieron de una casa donde se conspiraba contra los religiosos y se los quería expulsar lejos de la ciudad y de la República de Chile? ¡Misterios de Dios!, ¡Cómo humilla Dios a los hombres soberbios!

En medio de tantas espinas, comienzan a salir algunas rosas. Así lo dispone el buen Dios en su infinita misericordia para fomentar el celo de sus ministros. Alabanza a Dios por todo. Dador de todo bien.

Una conversión

Hace unos días, hemos tenido un buen consuelo: al rebaño de Jesucristo se agregó una oveja. Un protestante de Berlín, hombre serio, de unos treinta años, abjuró los errores del protestantismo y abrazó nuestra santa religión. En un solo día recibió cinco sacramentos. Fue bautizado, se confesó, tomó la comunión, recibió la confirmación y, por último, el matrimonio con placer y alegría de los que lo conocen. Su joven esposa es una buena católica. ¡Dios los bendiga a ambos y les conceda la santa perseverancia!

Blasfemia y castigo

El día de la Inmaculada Concepción del año pasado, cierre del mes de María, se hizo en Punta Arenas, según lo acostumbrado en otros años, una imponente procesión, llevando por las calles la estatua de la Virgen santísima. Un protestante que estaba en la muchedumbre, no pudiendo contenerse por el enojo que le provocaba ver los muchos honores que se le rendían a la gran madre de Dios, en voz alta y con desprecio dijo: «¡Insensatos! ¡Van por la calle llevando un pedazo de metal y hacen tanto ruido!». ¡Ojalá no lo hubiese dicho nunca! Ahora, hace dos meses que está postrado en cama con las piernas rígidas y con las rodillas flexionadas y sufre horrendos espasmos. Todos reconocen en esto un castigo del cielo. El desgraciado no puede caminar más por esas calles donde había pasado la procesión dedicada a la reina del cielo que él había insultado. Esta persona, parece reconocer en esto el castigo de su pecado: habla de querer ser católico y recibir los santos sacramentos antes de morir. ¡Que María Santísima le dé en verdad gracia y pueda conocer lo poderosa y buena que es nuestra madre celeste! ¡Oremos!

Bien por mal

Otro individuo había hablado mal públicamente de los misioneros salesianos y de las hijas de María Auxiliadora. En junio del año pasado, cuando por desgracia se incendiaba nuestra iglesia y las llamas hacían arder inexorablemente todo, él disfrutaba tanto, que aumentó sus triviales insolencias contra nosotros. Pocos meses después, comenzó a sufrir un cáncer en la boca que lo atormentaba horriblemente, carcomiéndole el labio inferior. Para curarse, deseaba ir a Valparaíso, donde había un renombrado hospital. Pero siendo pobre y al no tener ninguna persona que lo pudiese cuidar, estaba desesperado por no poder ir. Pero, nuestro querido don Fagnano, que supo de su desgracia y se interesó por él. Se contactó con autoridades y le consiguió un pasaje *gratis* en un vapor, lo embarcó y le dio una carta de recomendación, por la cual sería bien recibido en ese hospital. El pobrecito partió muy contento, bendijo a los padres misioneros, que lo ayudaron en su desgracia, en reciprocidad, por las gravísimas calumnias proferidas contra ellos, y contra las misiones salesianas.

Una lección

Ninguno duda de que nuestra obra sea obra de Dios. Y es por esto que Dios permite que surjan perseguidores a cada momento y en cada lugar. Nosotros hemos encontrado muchos en Punta Arenas, en este último extremo de la Patagonia chi-

lena. Pero Dios, que permite que se hagan acosos, parece decir «¡Cuidado a quien toque mi obra!». Tuvimos ejemplos en todo momento. Y si no bastan los dos arriba referidos, agregaré un tercero. Y este trata sobre un señor que siempre nos perseguía con respecto a todo cuanto podía. Tenía un cargo en el Estado y se valía de esto para molestar a los misioneros. Ahora, y casi imprevistamente, el pobrecito fue llamado al tribunal divino.

Nosotros le rogamos a Dios para que perdone a nuestros enemigos, como deseamos de corazón que nos perdone a nosotros mismos por las ofensas que le hacemos. Pero al mismo tiempo, rogamos para que les pueda hacer abrir los ojos antes de que experimenten por ellos mismos lo caro que se paga perseguir la obra del Señor.

Dos meses de misión en la Pampa de la Patagonia Meridional

Punta Arenas, 19 de marzo de 1894

Por divina disposición, este año nos tocó en suerte, al que escribe y al clérigo Pedro Marabini, recorrer la Pampa de la Patagonia Meridional para evangelizar a los pueblos esparcidos en esta vastísima región. Invocando la ayuda del Señor y provistos de lo necesario, el día 16 de enero salimos de Punta Arenas y nos dirigimos al noreste, luego, seguimos para el norte, después al oeste y volvimos a nuestra residencia en el sur, después de haber tocado los cuatro puntos cardinales de esta prefectura apostólica de monseñor Fagnano, y haber descripto una circunferencia de más de *quinientos cincuenta leguas, o sea, dos mil setecientos cincuenta kilómetros, siempre a caballo.* Todo esto, en un período de solo dos meses.

Con nosotros venía un buen jovencito de nombre Rafael Mayorga, que cuidaba los caballos y conocía mucho el campo, pero no así los lugares y caminos que debíamos andar. Pero la divina Providencia, por medio de nuestros santos ángeles custodios, nos guiaba. Además de dos caballos para cada uno, teníamos cuatro caballos para la carga (que consistía en un altar portátil, la carpa para acampar, ropa, mantas para dormir, una bolsa de galletas y otras provisiones menores) y otros dos de refuerzo, un total de 12 caballos.

La primera parada. Dificultad para hospedarnos. La primera noche en la carpa. Abundante cosecha

La primera parada la hicimos cerca del *cabo Negro* en un lugar llamado *El paso de la avestruz*, en la casa de un señor católico, casado con una señora alemana protestante, que tenía una familia numerosa con cinco hijos aún no bautizados. Sabíamos que el dueño de casa no era tan buen cristiano y que era poco leal a los sacerdotes. Por lo tanto, nos acercamos a aquel lugar con un poco de temor, porque era de esperar cierto maltrato. Pero convenía afrontar el peligro, con la esperanza de hacer un poco de bien a esa familia y ver si era posible bautizar a esas criaturas. El dueño de casa nos recibió con gesto severo y casi amenazador, como diciendo «¿Qué vienen a hacer estos a mi casa? ¿Quizá no saben que soy enemigo de los curas?». A nuestra humilde y respetuosa pregunta de si nos haría el gran favor de permitirnos pasar esa noche en su casa, respondió con un tono seco que no había lugar para nosotros en su casa.

—No pedimos pasar la noche en su casa —agregué—, solo le pedimos poder pasar la noche afuera en el patio, en la tienda de campaña que tenemos.

—Si tienen tienda de campaña —contestó el dueño de casa—, ¿por qué no se van a unos trescientos metros de aquí, donde encontrarán buen pasto para los caballos, agua limpia, leña para el fuego y estarán mejor que en mi casa?

Necesitaba encontrar una excusa cualquiera para insistir, y le respondí:

—Es porque nuestros caballos se escaparían fácilmente, porque son de distintos lugares y no se conocen entre ellos. Le rogamos si usted fuese tan gentil de dejar que los encerremos en su corral por esta noche. Mañana seguiremos nuestro viaje.

—Pero encerrados no podrán comer, respondió el dueño de casa.

—Paciencia, respondí, por una noche no sufrirán mucho. Comerán mañana. Me interesa en especial que no se escapen. —No quise hacerle conocer mi deseo de bautizar a sus hijos, porque hubiese provocado su enojo y nos hubiese echado de su casa.

—Pero no quiero que hagan fuego cerca de mi casa —dijo el hombre—, porque tengo miedo de que se incendie.

—Estamos dispuestos a no prender fuego —respondí—, y no ocurrirá nada, porque tenemos pan y carne cocinada y no molestaremos de ningún modo, se lo aseguro. Si nos hace este favor, se lo agradeceremos muchísimo.

—Basta —dijo y agregó con más calma—, no puedo echarlos, ya que veo su insistencia en quedarse aquí, no sé por qué razón, pero les repito que estarán mejor a trescientos metros de aquí, donde hay un muy lindo lugar para que ustedes y sus caballos pasen la noche. Recuerden, entonces, si se quedan aquí, no quiero que hagan fuego. Metan sus caballos en mi corral. —Y diciendo esto, entró a la casa y cerró la puerta.

La primera dificultad fue superada. Faltaba conseguir lo más importante, pero la Providencia se había comprometido a ayudarnos. Bajamos de los caballos, los hicimos entrar al corral y después armamos nuestra carpa, a unos cincuenta metros de la casa. A la noche, vino la dueña de casa para preguntarnos de un modo muy cortés, si necesitábamos alguna cosa para comer y para dormir. Le agradecimos su atención, pero le hicimos saber que no necesitábamos nada.

—Acepten, al menos, un poco de leche —insistió la buena señora.

—Bueno —respondí, para darle el gusto—, aceptaremos con agrado la leche.

La señora se fue y, poco después, dos jovencitas nos trajeron una jarra de leche fresca. Más tarde, después de que la familia había cenado, la señora vino de nuevo para invitarnos a pasar a la casa para charlar. Era lo que nosotros queríamos. Aceptamos con infinito agradecimiento la invitación y entramos a la casa. La Providencia nos abría el camino hacia nuestro objetivo.

La casa no tenía nada de agradable. Una casa humilde de madera, envejecida por los años, tiznada por el humo, con una puerta vieja, tan baja que casi se tocaba el techo con la cabeza y sin muebles de lujo. Las paredes estaban cubiertas de fusiles, pistolas, sables y cuchillos y parecía una armería. Unos pedazos de madera muy viejos y un banco servían para sentarse. En el medio, una mesa grande servía para que comiera la familia. Después de los primeros saludos, la señora nos presentó a todos sus hijos (el marido se había ido al corral a ver a los animales) y después nos preguntó hacia dónde nos dirigíamos. Le respondí que estábamos haciendo misiones por el campo de la Patagonia, y estábamos bautizando a los niños que por la distancia, no podían ir a la iglesia de Punta Arenas, etc. Entonces me dijo:

—Yo tengo cinco hijos que debo bautizar, pero no tengo padrinos y madrinas, de otra manera los haría bautizar.

Le respondí que no era necesario que los padrinos estuviesen presentes y que ella podía nombrar a algunos que ella conociese, aunque estuviesen en Europa, y después les podía avisar por carta.

—Si es así —agregó la buena señora—, los haré bautizar, porque nunca tengo tiempo de ir a Punta Arenas, y creía que era necesario que estuviesen presentes. Y como aquí no conozco personas que pudieran hacer de padrinos, he tenido que esperar para bautizar a mis hijos. Si usted quisiera bautizarlos, le estaría agradecida.

—¿Pero qué dice, buena señora? —me apuré a decirle—. Será un placer para mí poder hacer cristianos a sus hijos y poderlos confirmar, porque tengo la facultad de administrar ese sacramento.

Enseguida se programó para la mañana siguiente la celebración de la santa misa en una casa en construcción vecina y el bautismo de los cinco niños. El menor tenía cinco años y el mayor, dieciséis (dos varones y tres mujeres). Los reunimos y les dimos un poco de instrucción religiosa, dejándoles el catecismo para que se instruyeran mejor leyendo algunas páginas por día o al menos por semana. Poco después, nos retiramos a nuestra carpa, muy satisfechos por esta segunda dificultad superada: se veía claro la intervención divina y le agradecimos a Dios de corazón.

Pasamos la noche en nuestra carpa de campo. Tendimos en el piso un cuero de oveja, nos acomodamos sobre este, usando como almohada la silla de montar y nos cubrimos con una manta de lana. El suelo era irregular y el pasto duro y puntiagudo, lo que hacía que el lecho fuese insoportable. Era la primera vez que dormíamos en carpa de ese modo y todo nos parecía extraño. Nos debíamos acostumbrar. Invocamos a Morfeo para que nos tomara en sus brazos, pero el sueño no venía. Dábamos vuelta de un lado al otro, buscando una posición menos incómoda para dormir, pero el lecho era demasiado duro y los huesos nos dolían mucho. Vagaban muchos perros cerca de nuestra carpa, ladrando sin parar y refrescando nuestra carpa con sus aguas olorosas. En las cercanías, había más de 200 bovinos (vacas, toros y terneros) encerrados y sus mugidos eran constantes y ensordecedores. Finalmente, cerca del amanecer, pudimos dormir un poco. Mientras yo soñaba que peleaba con los salvajes y asustado intentaba huir, un gallo con voz gallarda e insolente comenzó a cantar muy cerca de mis oídos. Este canto estrepitoso en ese momento del sueño, me hizo imaginar el grito victorioso de los salvajes, por lo cual salté tan fuerte, que pegué la cabeza contra el palo que sostenía la carpa. Enseguida me desperté y me di cuenta de la situación, y comencé a reírme con mis compañeros. Nos levantamos y preparamos el lugar donde celebraríamos la santa misa y bautizaríamos a esos niños.

Cerca de las siete, llegaba la señora con toda su familia. Se celebró la santa misa y enseguida se bautizaron los cinco niños y un jovencito indio de la Tierra del Fuego, que estaba al servicio de esa misma familia, y a los seis se los confirmó. La señora dijo que quería ser católica como lo eran su marido y sus hijos, y abjuró de sus errores. Ese día, 17 de enero, en el que se suelen bendecir los animales, porque está dedicado a San Antonio Abad, habíamos bendecido, con la bendición del ritual romano, a todos los animales de los campos vecinos y de la Patagonia. Así que, al final del primer día de nuestra misión, con la ayuda de Dios, habíamos recogido una abundante cosecha, y le agradecimos al Señor. Después, nos hicimos muy amigos de la familia del señor C. I., el cual quiso que el clérigo Marabini fuese padrino de uno de sus hijos. Al despedirnos, nos agradeció de corazón nuestra visita y nos regaló un buen queso que él solía hacer en su casa y que nos sirvió mucho para nuestro viaje.

He querido describir minuciosamente este episodio, porque se repitió muchas veces durante nuestro viaje y porque creo necesario hacer conocer las dificultades que se encuentran para hacer el bien, incluso en la Pampa Patagónica. Dificultades que solo se superan con la divina gracia, con la protección de nuestra buena madre celestial María Auxiliadora y con mucha paciencia.

Continúa el viaje, pasamos por Mina Rica y llegamos a Correill. Cansancio del viaje

Cerca de las 10 de ese mismo día, dejamos a la familia, pasamos por la *estancia de Mina Rica* y llegamos por la tarde a *Correill*,

donde pasamos la noche. En *Correill*, había una buena anciana chilena que estaba enferma y deseaba tanto recibir la santa comunión, que fue un motivo más que importante para que pasemos por aquel lugar, aunque nos desviásemos del camino que habíamos prefijado, para satisfacer su vivo deseo. Como no estábamos habituados a cabalgar y, además, como me había tocado un caballo muy bravo, que marchaba a los saltos, después de este segundo día de marcha, me cansé enormemente: mis huesos se sentían doloridos y tanto mi sentadera como mis piernas se habían movido tanto que sentía un gran ardor. Al bajar del caballo, me dejé caer como cuerpo muerto, sin fuerza en las piernas para sostenerme. Nos alojamos en la casa de aquella pobre gente, pero en un lecho no muy diferente al de la noche anterior en la carpa. Consistía en un cuero de oveja extendido sobre unas tablas. Tuve una fiebre muy fuerte que no me dejó cerrar los ojos en toda la noche. Decía para mí mismo: «Si en solo dos días me cansé tanto, hasta enfermarme, ¿cómo podré resistir al cansancio de dos meses continuos de esta forma? Pienso que no podré seguir así, tendré que permanecer aquí por varios días hasta recuperarme y después volver a casa». Quizá era el demonio que me metía en la cabeza este pensamiento para desanimarme y hacerme volver atrás, para que no le hiciese el bien a otra gente. También se veían signos de cansancio en el clérigo Marabini, que se mostraba muy valiente.

Me puse enteramente en las manos de Dios, dispuesto a abandonarme enteramente a su divina voluntad. Con gran sorpresa, a la mañana siguiente me levanté sin fiebre y me encontré bien para poder continuar el viaje. Supe que era la voluntad de Dios que continuase el viaje, que él me ayudaría. Así fue y, más de una vez, experimenté los hechos de su paterna voluntad. Celebrada la santa misa, a la cual asistieron devotamente muchas personas y, administradas muchas comuniones, nos pusimos de nuevo en viaje.

Llegamos a Palomares. Una doble caza. La primer misa en la carpa

Viajamos todo el día, a veces por una extensa planicie poblada de vacas y ovejas, otras por el borde del mar de la *bahía Otway*, entre cantos rodados e infinitas ramas acumuladas por las olas del mar. Un alambrado interminable, con algunos alambres de púas, nos obligaban a pasar entre muchos obstáculos, incluso a veces debíamos meternos al mar porque el camino vecino era árido, arenoso y sin un poco de pasto. No podía entender por qué el dueño de aquel campo quería tener hasta el último centímetro de aquel terreno desierto, obligando a los que pasaban a tener que hacerlo por un lugar tan incómodo. Le decía a mi compañero: «Apostaría a que este campo pertenece a un *judío* o a un gran *usurero*. De hecho, más tarde supe, verdaderamente, que pertenecía a un *judío ruso*, quien era un usurero muy conocido en Punta Arenas.

Al anochecer, llegamos a un lugar llamado *Palomares*, donde no había casas. Hicimos una parada en un pequeño valle en el que había buena pastura para nuestros caballos y un pequeño arroyito de agua dulce para pasar la noche. Mientras nuestro guía atendía los caballos, Marabini y yo armábamos la carpa. No teníamos carne para la cena, pero enseguida la Providencia vino en nuestra ayuda. En el arroyo había muchos patos salvajes. Habíamos traído un fusil con municiones para caza, pero yo no había disparado nunca con un fusil ni sabía cómo se usaba. Hice que me enseñaran y apunté a la cabeza de un pato que navegaba tranquilamente por el arroyo. La lección fue bien aprendida: con el primer disparo, el pato cayó muerto. Ya teníamos carne para la cena. Con ese disparo de fusil, la Providencia tenía en la mira procurar otro alimento necesario para el cuerpo. Quería proveer el alimento espiritual a un alma famélica desde hace varios años.

En efecto, pocos minutos después del disparo, apareció un hombre irlandés, que

era pastor de ovejas de la zona y, asombrado, al ver dos hombres con sotanas negras, nos interrogó si éramos ministros católicos o protestantes, en un castellano muy malo. Cuando supo que éramos sacerdotes católicos, se alegró mucho y nos pidió confesarse, porque hacía años que no lo podía hacer, porque no había sacerdotes en el campo. Dijo que había escuchado el disparo de fusil y la curiosidad lo había traído para ver qué pasaba. Como buen creyente, dijo que Dios así lo había dispuesto, para ajustar los asuntos de su alma. Lo invitamos a venir a la mañana temprano del otro día, para asistir a la santa misa que celebraríamos en nuestra carpa, y entonces se podría confesar y tomar la comunión. El irlandés mantuvo su palabra. Al alba, ya estaba con nosotros. Se confesó, recibió con mucha devoción la santa comunión y regresó muy contento con su rebaño. Con un disparo de fusil, obtuvimos caza doble.

Laguna Blanca. Río del Zurdo

Terminada la santa misa, comimos un poco, ensillamos los caballos y volvimos a cabalgar hasta la *laguna Blanca*. Es un lago de agua dulce muy grande. Se necesitan varias horas de buen galope, para dar la vuelta a su alrededor. Sobre su costa, hay muchas casas de madera que pertenecen a pastores. Las casas son pequeñas, de madera, bajas y tan mal hechas que casi parecen carpas. Las visitamos a todas y nos detuvimos en el grupo principal que está en el extremo del lago. Por no haber lugar en ninguna casa, armamos nuestra carpa para pasar la noche. También aquí hubo infinitos mugidos de vacas, toros y terneros durante toda la noche, que no dejaban dormir.

Al día siguiente, que era domingo, celebramos la santa misa en un negocio que tenía de todo un poco y en total desorden. La gente se ubicó, parte entre las bolsas de porotos, de arroz, de azúcar, de galletas, etc., y parte entre cueros de oveja o fardos de lana. Mientras tanto, la mayoría tuvo que permanecer afuera por no haber lugar para todos. Algunos quisieron ir a pasear a caballo en vez de escuchar la misa, demostrando no darle importancia a este acto de nuestra santa religión y a la importante obligación de santificar los días festivos. Después de la misa, prediqué la palabra de Dios, que fue escuchada con religiosa atención.

Desde la *laguna Blanca* pasamos al *río Zurdo*. Todo el campo alrededor de la *laguna Blanca* y parte del trayecto a *río Zurdo*, está lleno de *coruros* o *tucu-tucu*, una especie de ratón, que hace largas galerías bajo tierra, a una profundidad de 20 o 30 cm, que son muy peligrosas para los caballos, porque estos entierran las patas en estas galerías y corren peligro de romperse una pata y hacer caer a su jinete.[87]

Los Morros. Cañadón Verde. Las mosquitas y la potencia de los exorcismos de la iglesia

Continuando nuestro viaje, recorrimos todo el largo valle del *río Zurdo*, pasamos por la falda de unos pequeños montes de forma extraña, denominados *Morros*, los que aparecen grandes y visibles a gran distancia, porque se elevan en una planicie sin árboles ni arbustos. Después, subimos a un altiplano extensísimo, también sin árboles ni vegetación, siempre acompañados de un viento muy fuerte, por momentos de frente, de costado o de espalda, que provocaba una inmensa nube de polvo. Cerca de la noche, entramos en un pequeño valle o más bien a una quebrada, la del *río Gallegos*, donde desemboca el *río Zurdo*, lugar llamado *Cañadón Verde*. Allí había abundante pasto

87. La visita a los indios fue narrada en la II Parte, en la página 109 (de la edición original en idioma italiano).

tierno para los caballos y un arroyo de agua limpia para refrescarnos. La amorosa Providencia nos había preparado, seguramente, este lugar para pasar la noche. Paramos y armamos nuestra carpa.

Apenas bajó el sol y calmó el viento, apareció imprevistamente una nube de mosquitas, las cuales nos atormentaban terriblemente, pero era mucho para nuestros caballos, que se molestaban y se revolcaban en el suelo. Al no poder liberarse de estas, corrían desesperadamente de un lado al otro, rompiendo las cuerdas con las que estaban atados, con el peligro de que se escapasen y nos dejasen solos en aquel lugar desierto. No era posible respirar sin aspirar un buen número de estas mosquitas. Por más de una hora, fuimos espectadores de ese flagelo que nos recordaba a una de las terribles plagas de Egipto en tiempo de Moisés y el Faraón; parecía no parar. Era tarde y no podíamos cambiar de lugar el campamento, porque no estábamos seguros que no hubiese también mosquitas en los alrededores. El clérigo Pedro Marabini me sugirió exorcizarlos, para que se fueran. Le objeté que se requería de mucha fe para obtener un buen resultado. Pero también agregué: «De todos modos, probemos, apoyados no en nuestros méritos ni en nuestra fe, sino en la intersección de María Auxiliadora y en la fuerza misma de la oración, aprobada por la Iglesia, apoyada en los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo».

No había aún terminado el exorcismo, cuando toda aquella turba espantosa de mosquitas tan molestas habían desaparecido de aquel lugar, como por encanto, dejándonos tranquilos toda la noche y sin molestarnos otra vez durante todo el viaje, aunque se corría la voz de que en muchos lugares por donde pasábamos, se encontraban en grandes cantidades, no solo estos insectos, sino también tábanos. ¡Qué fuerza tiene esta oración de la Iglesia!

Río Gallegos. Paso del río Gallegos a Guar-aiken. Río Coy-Inlet

El día siguiente, después de haber celebrado la santa misa en la carpa, seguimos costeando el río Gallegos, casi hasta su desembocadura en el mar. Nos quedamos unos días en el incipiente pueblito de Gallegos, donde predicamos, administramos varios bautismos y dimos muchas comuniones. En Gallegos, llegamos a las 2 de la tarde, llenos de polvo, por lo que estimamos conveniente no presentarnos en ese estado al señor gobernador civil, sino ir antes a un albergue para restablecernos y limpiar nuestra ropa. Pero el señor del albergue (el único albergue del pueblo —y si se puede llamar albergue—) nos respondió, fríamente, que era muy tarde, que él y sus huéspedes ya habían almorzado y no había sobrado nada:

—Así es nuestra costumbre —dijo—, de comernos todo lo que se prepara y no dejarle nada a los otros.

No tenía nada listo y tampoco se pondría a preparar nada para nosotros.

—¿No tiene pan?, ¿no tiene queso? —insistí yo.

—No tengo pan ni queso —respondió secamente el dueño del albergue—, ya le he dicho que nosotros hemos comido y lo único que le queda es irse.

—¡Qué curioso! —agregué yo. Como ustedes han comido, ¿no tenemos que tener hambre nosotros? ¿No es posible que tenga alguna cosa, por ejemplo, fiambre, carne en conserva, galletas, etc.? —Puse todos los argumentos posibles, después de un ayuno de 24 horas, para tratar de conseguir de este hombre sin corazón y poco amigo de los curas, algún pedazo de fiambre. Tuvimos que pagarle muy bien por la poca molestia causada y por la poca comida. No fue posible conseguir un alojamiento para la noche. Al salir de allí, golpeamos todas las puertas del pueblo preguntando si había alojamiento por pocos días. Sea por amor de Dios o pagando. Pero todos se pusieron de

acuerdo en respondernos: «¡No hay lugar, no hay lugar!».

Nos hacía recordar el rechazo que los betlemitas le hicieron a María Santísima y a San José, durante la vigilia del nacimiento del Niño Jesús, y nos alegramos de ser tratados de la misma manera. Nos presentamos al señor gobernador y después de la visita de cortesía y de haberle notificado el objetivo que nos guiaba para ir a ese pueblo, le expusimos nuestra situación en cuanto al alojamiento, pidiéndole permiso para poner nuestra carpa en algún ángulo de la plaza pública o cerca de su casa.

—No será así —respondió el gobernador—, no permitiré que duerman en una carpa en este pueblo donde hay tantas casas. Yo no les puedo ofrecer mi casa, porque apenas puedo estar con mi familia y estamos bastante incómodos, pero conseguiré alguien que los aloje en cualquier lugar. Enseguida llamó al juez, al médico, al secretario, al delegado de la policía y no sé a cuántos otros empleados del Gobierno, para ver si podía encontrar una habitación libre con dos camas. Parecía una comedia y se diría que se burlaban de nosotros. ¿Cómo no era posible encontrar, entre tantos empleados de gobierno, un cuartucho cualquiera para dos personas y por pocas noches? ¡¿Quién lo diría?! Todos coincidieron en responder negativamente. Ningún lugar estaba disponible. Entonces yo le dije:

—Su Excelencia, nosotros no buscamos lechos, solo un reparo cualquiera, incluso dormir sobre el suelo.

—Si es así —respondió el comandante de policía—, vengan conmigo al cuartel, que los acomodaremos de alguna forma.

—Sí, sí —respondí yo, bromeando—, vamos a prisión, para que nos encierren con llave.

Fuimos al cuartel y se nos asignó una habitación donde dormía un oficial de policía que estaba ausente por una expedición al campo, por lo que no se esperaba que volviera pronto. Me acomodé en el hecho y el clérigo Marabini se acostó en el suelo, sobre algunos cueros de oveja, al lado de mi lecho. En medio de la noche, mientras dormía pacíficamente y todo era oscuridad, me desperté sobresaltado por el ruido de pasos de una persona que se dirigía hacia nuestra habitación a paso firme, como quien entra en su propia casa. Entró, cerró la puerta y se sentó en una silla cerca de la puerta, se sacó las botas y las tiró al suelo con fuerza y después se acercó al lecho para acostarse. Entonces, yo levanté la voz, preguntando:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, el dueño de este lecho —respondió el hombre desconocido—. ¿Y usted quién es y por qué viene a usurpármelo? ¿Con qué permiso ha entrado acá?

Entonces, me puse a explicarle qué es lo que había ocurrido, que me disculpara, que no tenía ninguna culpa y que estaba dispuesto a cedérselo rápidamente. El oficial se puso a pensar por un momento y después me dijo que me quedara y, aunque de mal humor, se alejó balbuceando entre dientes alguna cosa contra quién nos había dado el permiso para ocupar aquella habitación. No sé dónde pasó la noche ese pobrecito. A la mañana siguiente, cuando lo vi, le di mis disculpas y nos reímos juntos por la aventura cómica de la noche anterior. Me dijo que se sorprendió cuando oyó preguntar: «¿Quién anda ahí?» y, en un primer momento, creyó que se trataba de ladrones y tuvo miedo. Nos autorizó a quedarnos en esa habitación hasta que nos fuésemos de Gallegos. También en Gallegos quieren a los hijos de Don Bosco para que vayan a educar a la juventud. El señor gobernador ya está avanzado en años y es muy bueno. Él y su mujer insistieron, especialmente, para que oficiemos la misa en una pequeña capilla que estaban preparando. Celebramos varias veces la santa misa con asistencia de un discreto número de fieles y dimos algunas primeras comuniones a jovencitos.

Partimos del pueblo de Gallegos y atravesamos el río homónimo en el lugar llamado *Guar-Aiken*, distante unos 30 km. Lo

cruzamos con mucho temor y no sin motivo, porque este río ya ha causado varias pérdidas humanas. Algunos días se vadea muy bien por ese lugar y pocos días después, ese mismo lugar se torna peligrosísimo. Nuestro vadeo fue feliz, gracias a Dios. Visitamos algunas familias, que se encontraban en la misma costa del río Gallegos y después fuimos a *Coy-Inlet*, llamado más comúnmente *Coyle*, un valle bello y largo, por el cual corre un río del mismo nombre. Recorrimos todo el valle y visitamos varias chozas de indios y algunas casuchas de pastores europeos. En este valle hay muchos rebaños. Junto con las ovejas, las vacas y los caballos, pastan tranquilamente muchísimos guanacos.

De Coyle a Santa Cruz. ¿Camino real? Perdidos en el desierto. La Providencia. Tres Chorrillos de las lagunas Salinas. Cañadón de la Yegua Quemada. Monte León. Santa Cruz

Saliendo del *río Coyle*, en dirección a Santa Cruz, le preguntamos a un pastor si había un camino que nos llevara a Santa Cruz. Nos respondió que había un *camino real* y nos indicó el lugar por donde pasaba. Quizá quiso burlarse de nosotros, porque del *camino real* no había ninguna señal. Por casi doscientos, trescientos metros o más, se veían algunas marcas en el pasto seco y en la arena, porque había pasado algún carro. Pero después, todo desaparecía y no había más indicio de ningún camino. Se extendía ante nosotros una planicie sin fin, como el mar, sin ningún monte a la vista, sin árboles ni arbustos de ninguna clase, todo igual, árido y seco. El fuerte viento levantaba una nube de polvo, que nos enceguecía y no nos permitía ver hacia dónde íbamos. Nuestros caballos iban para la derecha y para la izquierda, y andábamos a la deriva sin saber adónde iríamos a parar.

No había ni un alma a quien preguntarle cuál era la dirección que debíamos tomar para ir a Santa Cruz. Todo era soledad y desierto profundo y ni siquiera se veían guanacos ni avestruces, como en otras partes. Era un viernes y esperábamos cualquier desventura, como siempre nos solía tocar ese día, para ofrecérsela a Dios, por lo mucho que sufrió Jesús. Tímidamente, fuimos entrando en esa soledad y después de unas dos horas de viaje en esa inmensa planicie, la carga de uno de los caballos se deslizó del lomo al vientre del pobre animal. Al sentir molestias por ese arnés que se le había deslizado al vientre, comenzó a correr desenfrenadamente, dando patadas a diestra y siniestra para sacarse de encima ese peso y esa molestia insoportable.

Los objetos de la carga caían uno a uno acá y allá a grades distancias, y el viento se los llevaba. Nuestro altar portátil se hizo pedazos y los objetos quedaron desparramados por todo el terreno. Por un lado, había un misal medio destrozado, por otro, el cáliz; más allá, los óleos santos, etc. Recogíamos los objetos a medida que caían, pero muchos de estos, por desgracia, no se pudieron recuperar. El caballo no tuvo paz hasta que no se vio completamente libre de la carga, y no fue posible detenerlo en su carrera desenfrenada. Como mejor pudimos, juntamos todos los objetos y los cargamos otra vez sobre el caballo, teniendo la precaución de ajustar mejor las cuerdas para que no sucediera lo mismo. Retomamos la marcha y a la noche nos encontramos perdidos por aquel desierto, sin la mínima orientación y sin esperanza de encontrar una persona que nos pudiese indicar el camino. En la desgracia, fuimos bastante afortunados de encontrar tres chorrillos de agua dulce, que había cerca de dos grandes lagos de agua salada, llamados *Dos lagunas Salinas*. Cerca de allí, armamos nuestra carpa para pasar la noche.

Por ser la primera vez que nos habíamos perdido en el desierto, teníamos gran desazón y se nos llenaba la mente con mil pensamientos. Habíamos escuchado contar más de una vez que personas que se habían perdido en esta pampa desierta no habían

encontrado más la dirección justa e iban de un lado al otro, hasta que sin fuerzas y sin alimentos, morían. Un año antes, un carretero que conducía un carro tirado por bueyes había dejado la vida allí por no saber salir de este desierto, después de muchos días de caminar sin rumbo y volver siempre al mismo punto. ¡¿No nos pasará a nosotros lo mismo?! Pero enseguida confiamos en la divina Providencia que no nos abandonaría. Mientras tanto, se debía pensar en la cena y no teníamos carne. Pedro Marabini agarró la carabina y fue en busca de algo para cazar. Pocos minutos después, volvió con dos patos salvajes que nos sirvieron de cena y también de desayuno para el día siguiente.

Preocupados como estábamos por nuestra triste situación, dormimos poco. A la mañana siguiente, celebramos la santa misa en nuestra carpa, con más fervor del acostumbrado, pidiendo a Dios la gracia de encontrar el camino para salir de este desierto. El Señor no fue sordo a nuestra oración. Mientras se celebraba la santa misa, nuestro guía, el buen Rafael, había encendido el fuego para calentarse y para cocinar el pato que había quedado de la noche precedente. Finalizada la santa misa, habiendo hecho la colación y habiendo ensillado los caballos, vimos venir a lo lejos un hombre a caballo. Nos sorprendió mucho su visita porque en todo el día anterior no habíamos podido ver un alma, ni siquiera guanacos o avestruces. Nos alegramos de solo pensar que él nos podría indicar la dirección que debíamos tomar para llegar a Santa Cruz. Pocos minutos después, este hombre estaba con nosotros. Lo saludamos amablemente como un enviado del cielo. Este había visto desde muy lejos el humo de nuestro fuego y había interpretado que quizá alguno pedía socorro o estaba perdido (el humo era como el teléfono de la Patagonia), y por eso vino a ver.

Llegaba justamente a tiempo. Era la divina Providencia que lo mandaba. Aquel hombre era un pastor inglés, que custodiaba un pequeño rebaño a muchos kilómetros de allí. Se llamaba *Compell*. Apenas sabía balbucear alguna palabra en castellano, pero nos pudimos hacer entender. Enseguida dijo: «¡Ah! ¿Ustedes perder la camina? *Yes, yes*... yo saber... yo saber... ¿Santa Cruz? Bien... yo caminar poquito con ustedes, después mostrar». Le agradecimos de corazón a él y a la divina Providencia, que nos socorría a tiempo y de un modo tan maravilloso. De hecho, si no hubiese sido por este buen pastor que nos orientó, ¡¿quién sabe dónde hubiésemos ido a parar?! Debíamos dirigirnos al norte y, en cambio, estábamos yendo al este. ¿Cuándo hubiésemos llegado a Santa Cruz?

El inglés nos acompañó casi una hora y después nos indicó la dirección que debíamos tomar. Cerca de la tardecita, entramos en una pequeña quebrada muy tortuosa y nos quedamos a pasar la noche en una cabaña de unos pobres pastores. Había buena pastura para los caballos y un arroyo límpido para saciar la sed. Aquel lugar se llamaba *La Yegua Quemada*. En todo aquel día no encontramos a nadie. El pastor que habitaba en esa pobre casucha era un francés y, cosa curiosa, se esforzaba para hablar el castellano a la manera del inglés, cometiendo en cada palabra un error flagrante. Nos alegró toda la tarde y buena parte de la noche, narrando sus aventuras tragicómicas, una más agradable que la otra. En particular, aquellas sobre la caza del león-puma, de los avestruces y de los guanacos. Nos invitó a comer carne de guanaco, que nos pareció muy buena. No había otra cosa, ni pan ni vino ni sopa, solamente, la carne de guanaco asada. A falta de lechos, dormimos en el suelo, sobre unos cueros de oveja. A la mañana siguiente, celebramos la misa en esa casucha y después seguimos viaje para Monte León y Santa Cruz. Un pequeño sendero nos indicaba por dónde debíamos pasar.

En Monte León no encontramos más que una mísera casa de pastores con tan solo un hombre, sin familia. Comimos algo y continuamos para Santa Cruz. En *Ba-*

rranca Blanca, que se encuentra a pocos kilómetros del pueblito de Santa Cruz, nos hospedamos en la casa de un español vasco, que vivía con una india tehuelche. Bautizamos algunos niños y para la cena, el vasco nos ofreció carne de un león-puma joven, que él había cazado ese mismo día. La carne era insípida y de un gusto especial, poco agradable al paladar. Pero el hambre la hacía parecer mejor. Saliendo de *Barranca Blanca* (altas barrancas en las proximidades de Santa Cruz), se extiende una planicie grandísima, muy triste y sin árboles. Hay un arbusto llamado *mata negra*, de más o menos un metro de alto, que es natural del lugar, y otro cuyas hojas recuerdan al ciprés. Los dos son de color oscuro y de la misma altura, de un sabor tan amargo que a los animales no les gusta. Estos arbustos muy rústicos dan un aspecto tétrico a la vasta planicie, tanto que parece que hubiese pasado el fuego y hubiese dejado solo pasto quemado y ennegrecido por el humo. La vegetación es pobrísima. Se ve muy poca hierba en la planicie y es durísima. Los pocos caballos que hay, caminan todo el día en busca del escaso alimento. Para poder alimentarse, están obligados a volver a su lugar a la noche, donde sus dueños tienen preparado heno para quitarles el hambre. Nadie va a buscarlos al campo, ya que retornan a la noche por su cuenta, porque saben que está preparado el heno para ellos. La vista de este campo deja la más triste impresión y hace recordar aquello que escribió *Darwin* sobre Santa Cruz: «¡Parece que Dios no pasó nunca por estos lugares!».

El pueblito de Santa Cruz está dividido en barrios. Uno se llama *El Quemado*, el otro *Misionero* y el tercero *El Puerto*, distante dos kilómetros uno del otro. Nos alojamos en la casa de un dálmata, casado con una chilena de Punta Arenas, en la entrada del primer barrio, en un pequeño vallecito donde había un poco de hierba seca, menos dura, y había agua dulce (porque en todo el pueblo hay agua salada). En este primer barrio, hay un subprefecto del puerto, el comisario de policía, con cuatro soldados a sus órdenes, el juez conciliador, el oficial del registro civil y uno que otro empleado del Gobierno argentino. En *El Puerto*, hay algunos almacenes para depósitos de mercadería y lana. Dos negocios de poca importancia que tienen un poco de todo, pero lo estrictamente necesario para la vida, y en cantidad limitada, y hay algunos marineros para el servicio de carga y descarga de la mercadería. En el llamado *Misionero*, se encuentra el *Presidio Militar*, compuesto por 200 soldados al mando de un capitán, varios oficiales y un comandante.

Los barrios *Misionero* y *El Puerto*, se encuentran en la costa del río Santa Cruz, que tiene un ancho de costa a costa de cerca de medio kilómetro. *El Quemado*, en cambio, se encuentra más alejado de la costa. Aunque la gente de *El Puerto* y del *Misionero* se encuentra cerca del río, no pueden usar su agua porque se mezcla con la del mar, que entra al río por muchas millas y la transforma en salada. También el agua de los pozos es salada. Quien quiera agua dulce para tomar, cocinar o lavar la ropa, necesita proveerse de agua de lluvia, en los escasos días de lluvia. O si no, la tiene que ir a buscar penosamente con botellas o barriles, hasta arroyos que están a mucha distancia del pueblo. La población es cosmopolita. Hay argentinos, españoles, dálmatas, italianos, franceses, ingleses, suizos, alemanes, etc.

Hemos celebrado varias veces la santa misa en público, porque no hay iglesias, y hemos hecho algunos bautismos. La población civil en total no llega a superar las 200 personas, y la mayoría son hombres sin familias. Todos desean tener un sacerdote estable y una pequeña iglesia para las celebraciones religiosas. Casi todos son católicos. Les dimos buenas esperanzas diciéndoles que dentro de no mucho tiempo cumpliríamos con su deseo, porque también era el deseo de monseñor Fagnano, el prefecto apostólico.

Visita al comandante del Presidio Militar y al capitán. Bendición de un cementerio. Necesidad de un sacerdote

Una vez finalizadas las misiones en los dos barrios del *Quemado* y *El Puerto*, nos fuimos al *Misionero*. Lo primero que hicimos fue visitar al señor comandante del Presidio Militar, el cual nos recibió con muy buena voluntad y cortesía, sabiendo que éramos hijos de Don Bosco (como él nos llamó), por quienes hay una gran veneración. Es una óptima persona y un buen católico. Conoce a monseñor Cagliero, del cual habló con gran entusiasmo, como así también de don Costamagna, don Piccone y monseñor Fagnano. Su señora es una dama muy gentil y muy religiosa. Quiso que almorzáramos con ellos y, al otro día, el primer día de cuaresma, quiso que celebrásemos misa para todos los soldados. Con mucho placer, aceptamos la invitación. Intervinieron todos, además del comandante, el capitán, los oficiales y las familias de los soldados (porque muchos soldados están casados y tienen hijos). Después del Evangelio, me dirigí a ellos, dándole una breve instrucción sobre las principales verdades eternas y sobre la importancia de salvar nuestra alma, que fue escuchada con religiosa atención. Durante la misa, la banda musical tocó algunas obras elegidas. Los soldados, al mando del capitán, rindieron los honores militares prescriptos. Estaban presentes casi 200 soldados y muchas mujeres y niños.

Antes de dejarnos partir para San Julián, el comandante nos hizo prometer que volveríamos, y así lo hicimos el tercer domingo de cuaresma, para complacer a todos y cumplir con el precepto pascual. Aquel día, muchos se confesaron, celebraron religiosamente sus matrimonios y concurrieron todos a la santa misa, como el primer día de cuaresma. Terminada la misa, fuimos rodeados por todos los niños y por muchos soldados y mujeres, que nos pedían un recuerdito religioso. Algunos pedían una medalla, otros un escapulario, una estampita, etc. Los conformamos a todos. Fue un día de gran alegría en el presidio. Por invitación del comandante, se bendijo un pequeño cementerio de 40 m por 40 m. Hasta ese momento, no había un cementerio y se sepultaban los muertos en el campo o cerca del lugar donde morían.

Visitamos también al capitán del presidio, que nos recibió con tanta cordialidad y gentileza como el comandante. Estuvo mucho tiempo hablando familiarmente con nosotros y quiso que almorzáramos con él. Durante el almuerzo, manifestó la gran admiración por nuestra obra de civilización y cristianización de los salvajes de Tierra del Fuego y nos dijo que hubiese querido compartir voluntariamente con nosotros el trabajo en pro de aquellos pobres infelices. Además, nos rogó que le pidiésemos al señor prefecto apostólico, monseñor Fagnano, para que procurase un sacerdote para el presidio que se ocupase, especialmente, de los muchos chicos que crecen en la completa ignorancia religiosa.

Actualmente, en el presidio se estaban construyendo 100 casas de madera para las familias de los soldados y 14 grandes carpas cerradas que servirán de depósito, hospital, y para hacer ejercicios militares y revista de los soldados, en caso de clima adverso. El lugar donde habíamos celebrado la santa misa, será destinada a capilla y, al lado, se construirá una sala que servirá de escuela para los chicos y otras dos para vivienda de los sacerdotes.

Cruzamos el río Santa Cruz. Dificultad para continuar la misión. De nuevo, la Providencia. Sin agua por más de 27 horas. Lluvia benéfica

Después de una marcha forzada de medio día, envueltos en una nube de polvo y de arena, que provocaba el viento muy fuerte y helado, cruzamos el río Santa Cruz, hasta un punto llamado el *Paso de Ibáñez*, en una barca muy frágil que hacía agua, mientras

nuestros caballos lo vadeaban a nado. El día declinaba y nosotros nos detuvimos a pasar la noche en la casa de un conocidísimo argentino patagón llamado *Ibáñez*, que hace de *Caronte*[88] en el río Santa Cruz, trasportando a los caminantes en su barca *antediluviana*, con la que pone en peligro su vida y la de los demás. *Solo porque Dios es grande* (según la expresión americana), no le sucedieron hasta ahora desgracias. ¡Pero es una verdadera audacia navegar con esa barca! Él está viejo y medio paralítico, y la barca la conduce uno de sus hijos, que está casado con una india tehuelche. Muchas veces, no es posible cruzar el río a causa del fuerte viento que levanta unas olas altas que llegan a cubrir la barca.

Cuando el río está crecido, de costa a costa mide unos 300 m. En ese momento, es muy profundo y correntoso. Una aventura con respecto al cruce de este río me la contó un protagonista inglés, un cierto Lipper, marinero y dueño del *Cutter Dorrà*, que se averió sobre la costa de la isla Dawson en 1889, donde se ahogó el pobre Silvestro. Este tal Lipper, un día quería cruzar el río Santa Cruz para ir a San Julián, su lugar de residencia, pero el río estaba muy crecido, la corriente demasiado fuerte y, además, había demasiado viento. Al ver que Ibáñez no iba a buscarlo con su barca, pensó pasar por la isla Pavón, que se encuentra a unos 2 km más arriba, hacia el nacimiento del río. Allí había una barca sobre la costa y con esta pasó el primer brazo del río y llegó al islote. Pero, al poner los pies en la tierra, la barca fue arrastrada por las olas y se perdió. Se encontró, entonces, abandonado en esa isla desierta.

¿Qué hacer? No podía quedarse allí por mucho tiempo si no quería morirse de hambre y, además, la isla se podía inundar de un momento a otro, como ocurre a menudo. Pensó en pasar el otro brazo del río a nado. Se quitó la ropa, hizo un bulto con esta y se lo ató al cuello. Pero desgraciadamente, por la fuerza de la corriente y de las olas lo perdió, y al llegar a la otra costa, el pobre inglés no tenía más ropa para vestirse. Quedó desnudo y tenía vergüenza de hacerse ver por la gente. Se acercó a la casa de Ibáñez y se escondió detrás de un arbusto esperando que alguien saliera de la casa para pedirle alguna prenda de vestir. Tuvo que esperar mucho tiempo y, finalmente, salió la india, que iba a buscar agua al río. Lipper se hizo ver y la llamó para pedirle ropa. Pero apenas la mujer vio un hombre desnudo, sin importarle quien fuese, corrió a la casa y contó que un hombre muy sospechoso estaba escondido en los alrededores.

Enseguida, salieron varios hombres armados, algunos con fusiles, otros con palos, pero pronto reconocieron a aquel hombre desnudo, como el inglés Lipper, muy conocido por todos y amigo de la casa, y luego de haberlo provisto de lo necesario, se rieron de su aventura tragicómica. Gracias a Dios, nosotros cruzamos bien, aunque nuestra barca fue arrastrada por la corriente a gran distancia. Pero a nuestros caballos, que estaban sudados del largo viaje, aquel baño de agua fría les hizo muy mal y además tuvieron que pasar la noche inmóviles, a la intemperie y con una temperatura muy baja. Durante la noche, el suelo se cubre de una escarcha blanca y gruesa. En consecuencia, esa noche se murió la mejor yegua que teníamos, la que llevaba la carga. Durante la misma noche, dos caballos, también de los más fuertes, se escaparon rompiendo las cuerdas con las que estaban atados y volvieron a Punta Arenas, porque recordaban los pastos tiernos de su lugar de origen y no se podían acostumbrar al pasto duro y seco de Santa Cruz. Nosotros, sin dinero y sin conocidos ni amigos, muy lejos de casa y ni siquiera a mitad de nuestro

88. Personaje de la mitología griega encargado de conducir a los muertos por el río Aqueronte hasta el reino de Hades. (N. del T.)

viaje, no sabíamos a qué atenernos. Recurrimos a todas las personas que creíamos que nos podían ayudar, sea con dinero o prestándonos caballos, pero fue en vano. Todos tenían la misma excusa para no ayudarnos.

Nos quedaba solo una casa adonde ir a golpear la puerta, pero todos nos lo habían pintado de un tétrico color, al punto que no teníamos coraje de acercarnos. Era un negocio de bebidas alcohólicas y, al mismo tiempo, de juego y de todo un poco. El dueño de casa era un italiano de mal augurio. Nos pedían que, por favor, tengamos cuidado al visitar ese negocio, y nos decían: «¡Serán insultados y quizá golpeados!». Nosotros estábamos dispuestos a escuchar todos los consejos y evitar ir a esa casa. Pero, nos encontrábamos en una situación de necesidad grave, y debíamos hacer la prueba y afrontar el peligro. «Dios puede disponer que también el demonio sirva para sus designios, cuando lo crea conveniente», decíamos nosotros. En nombre del Señor, fuimos. Nos encomendamos a la Virgen Auxiliadora y, confiados, nos presentamos en el negocio como quien va a comprar cualquier cosa. El dueño del negocio, apenas nos vio y nos escuchó hablar en italiano, fue toda amabilidad con nosotros, y no sabía qué hacer para hacernos sentir bien. Al escuchar nuestra triste situación, se puso enseguida a nuestra disposición, ofreciéndonos lo que necesitáramos: dinero, caballos, víveres, etc. ¡De nuevo, la divina Providencia venía a nuestra ayuda! ¡Y de quien menos se esperaba! Verdaderamente, Dios es admirable en el gobierno del mundo.

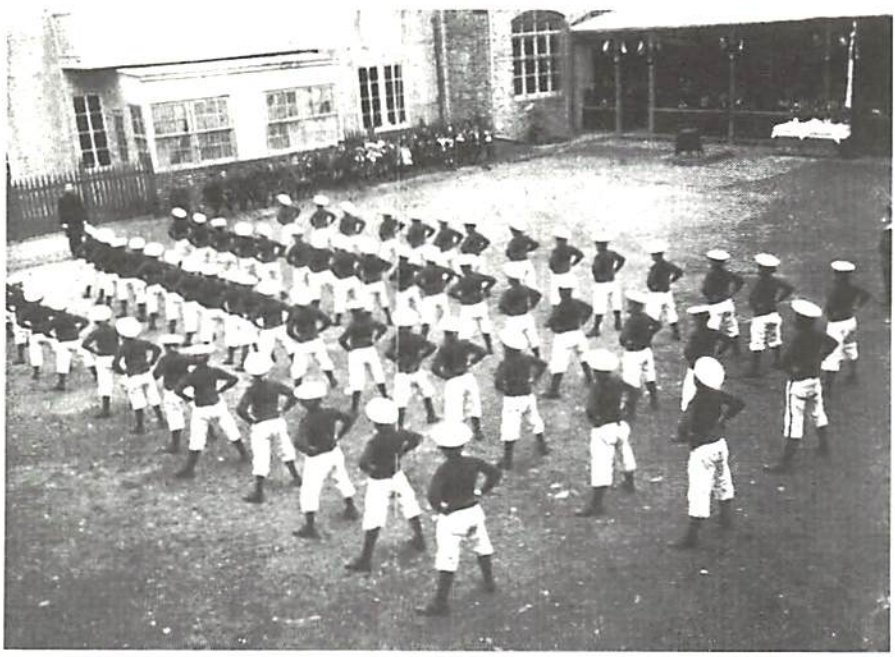
Con esta caridad que el italiano nos hizo, Dios quería ofrecerle un medio para santificarse, mediante esa donación. Porque, según las palabras del arcángel San Rafael a Tobías, *la limosna cubre la multitud de pecados y hace reencontrar la misericordia junto a Dios*. De hecho, desde aquel día, este italiano comenzó a mejorar su relación con Dios y con el prójimo y deseamos que Dios haya sido misericordioso con él, cuando dos años después se pre-



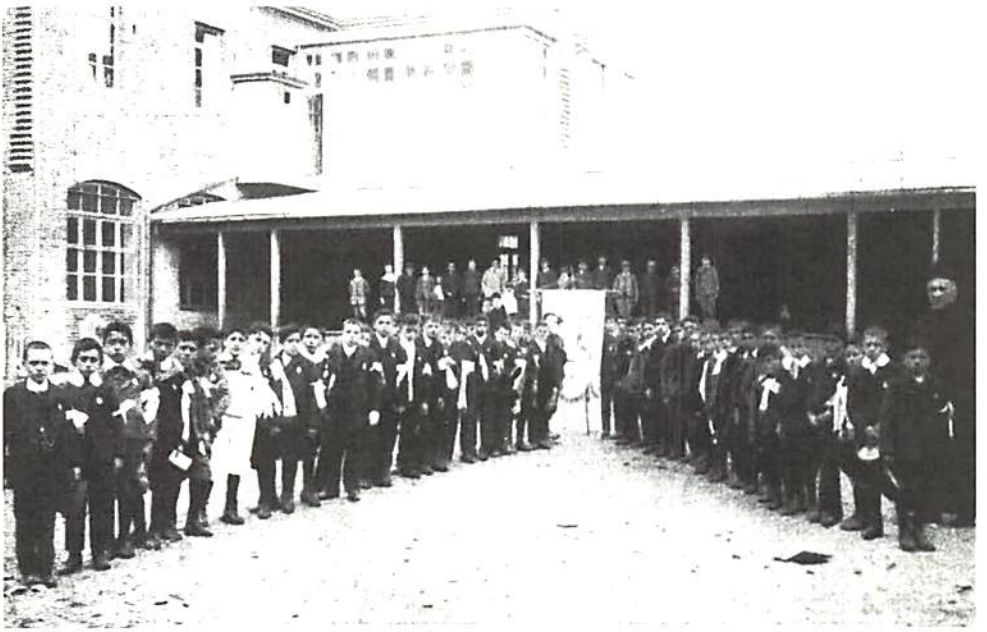
Instituto V. Juan Bosco, Punta Arenas



Músicos y jóvenes gimnastas del Colegio San José en Punta Arenas, 1911-12.



Jovencitos gimnastas del Colegio Salesiano San José de Punta Arenas, 1911-1912. (F.: Veiga)



Jovencitos de la primera comunión, 1909. Punta Arenas. (F.: Veiga)

sentó a su divino tribunal. Con el dinero prestado compramos otros caballos y continuamos nuestro viaje por la pampa que conduce a *Corpen-Kaiken*. Una extensísima llanura, sin árboles ni arbustos, solo con pasto seco, donde viven muchos indios.

Salimos de la casa de Ibáñez a las siete de la mañana; viajamos todo el día, de nuevo, en medio del polvo y siempre con el flagelo del viento, sin encontrar un sorbo de agua para calmar nuestra sed y la de los caballos. Eran ya las nueve de la noche, oscurecía, y nosotros estábamos aún buscando agua, pero no había ningún indicio: todo era árido y seco. Después de mucho andar, encontramos un poco de pasto para los caballos y allí nos quedamos: Armamos nuestra carpa con dificultad por causa del viento, y tratamos de dormir. Los animales estaban inquietos, no querían comer porque tenían mucha sed, por lo que iban de una parte a otra y no nos dejaban dormir. También, el pensar que al otro día, sábado, día sagrado dedicado a María Santísima, no se podría celebrar la santa misa, por no tener ni una gota de agua, nos afligía mucho. Era la primera vez que durante aquel largo viaje por lugares inhóspitos, estábamos obligados a no celebrarla, y por una causa tan insignificante, como lo era no tener un poco de agua. No parecía cierto. Este pensamiento nos transportaba a Galilea, recordando las bodas de Caná, cuando, faltando el vino en la mitad de la celebración de aquellos buenos esposos, María Santísima, sin que se lo hubiesen pedido, se dirigió a su Jesús y le dijo con acento de humilde súplica *«Vinum non habent»*, y consiguió enseguida el milagro. Sería oportuno, decíamos entre nosotros, que la Virgen Auxiliadora le dijese ahora a Jesús, para nuestro beneficio *«Aquam no habent»*, e hiciese hacer también un milagro para nosotros.

Hecha la oración, nos dormimos y no pensamos más. El viento continuó soplando hasta las once de la noche aproximadamente y después paró. El cielo comenzó a nublarse y cerca de las dos, después de la medianoche, nos despertó un ruido ligero

que golpeaba sobre la carpa. Era una lluvia suave que caía del cielo como maná, y nuestro pensamiento se fue rápido hacia la celebración de la santa misa. Nos levantamos enseguida y pusimos afuera todos nuestros utensilios de cocina y platos, para recoger esa gracia de Dios. Aquella lluvia milagrosa duró solamente poquísimos minutos. Recogimos con atención y cuidado el agua de toda la vajilla, y pudimos llenar un vaso. ¡Era suficiente para la celebración de la santa misa! ¡¿Cómo no reconocer en este hecho la mano visible de la divina Providencia y la protección de nuestra buena madre celeste María Auxiliadora?! Y para que se notase que esa agua era únicamente para el sacrificio de la misa, la poca que había quedado, para tomar un sorbo a cada uno, se guardó con mucha precaución, hasta que uno tropezó el vaso sin darse cuenta, y no quedó ni una gota. También los caballos se refrescaron con esa lluvia benéfica.

Celebrada la santa misa y retomado el camino, ya cerca del mediodía, encontramos un poco de agua en un pequeño valle, no demasiado limpia, pero que sirvió para nosotros y para nuestros caballos. Habían pasado *casi 27 horas* sin poder acceder al agua para que pudiesen beber nuestros caballos que se morían de sed. Después de esta experiencia, en los viajes que hacemos, siempre tenemos la precaución de llevar, además del vino, una botella de agua para la celebración de la misa. Esto fue una buena medida, porque otras veces tampoco pudimos encontrar agua. Visitamos, después, algunas familias civilizadas cerca de la Cordillera. Una de estas familias es de apellido Ledesma y está compuesta por argentinos e indios.

Nos acercamos a San Julián, sin llegar hasta el puerto, donde los habitantes son todos ingleses protestantes y sin familia, por lo tanto, nada se podría haber hecho por nuestro ministerio. Volvimos para atrás hacia Santa Cruz, pasando por las Salinas, donde hay algunas familias españolas y argentinas, y también algunas chozas de indios. El tercer domingo de cuaresma, según la promesa hecha al comandante, estábamos en el Presidio Militar de Santa Cruz, volviendo hacia Punta Arenas.

Vallecito de las Vacas. Perdidos yendo a Coyle. Aseaike. Dinamarquero. San Gregorio. Oazy-Harbour. Cabeza del mar. Río Seco

Después de un mes de larga y forzada cabalgata, con solamente pequeñas paradas para ahorrar tiempo, en las diversas misiones de la Pampa Patagónica, no solamente nos sentíamos cansados, sino que casi no teníamos fuerzas, a pesar de que estábamos apenas en la mitad de nuestro programa. Necesitábamos hacer de la virtud una necesidad, y seguir adelante hasta el fin. Era más viajar que trabajar en los ministerios sacerdotales por el bien de las almas, porque en la Patagonia, las casas, tanto de los civiles como de los salvajes, estaban separadas unas de otras por un promedio de 50 km. Algunas estaban a más de 150 km. Se trataba de llegar a la tarde para estar durante esa parte del día y a la mañana siguiente, porque durante el día, la gente trabajaba y no podía recibir nuestra instrucción, ni tampoco los santos sacramentos. Muchas veces, lo lográbamos esforzándonos en la marcha, pero otras veces, teníamos que conformarnos con dormir en nuestra carpa en el campo, empleando dos días para ir de una casa a la otra. ¡Está tan poco poblada la Pampa Patagónica! Esto explica los muchos kilómetros que tuvimos que hacer a caballo: un total de *2750* en un período breve de dos meses.

Para volver a Punta Arenas, tomamos el camino que bordea el mar, haciendo *zigzag* según las exigencias del lugar, para visitar todas las casas y chozas de los indios. Nos metimos en un largo valle, llamado *Vallecito de las Vacas*. Los habitantes de la única hacienda son todos ingleses, unos católicos y otros protestantes, pero todos solteros y

sin familia. A lo largo del valle, pasa un torrente que encontramos seco. Los bordes de este valle tienen barrancos muy altos, donde abunda el león-puma. El propietario inglés de esta hacienda, que hace muchos años que vive allí, nos contó que él solo había matado a más de 80 leones-pumas en pocos meses. Los propietarios de las distintas haciendas de la Patagonia, para poder eliminar a esta fiera tan dañina para sus rebaños, pagan una libra esterlina por cada león-puma, a quienes los maten.

Al salir de este valle, atravesamos una extensísima planicie en la que no se veían los límites. No veíamos el horizonte, por lo que estábamos perdidos, sin saber para dónde seguir nuestro viaje. Pasamos la noche en nuestra carpa, no sin la inquietud, pensando en el tiempo que perderíamos al tratar de encontrar el camino al día siguiente. Nos levantamos temprano y, después de nuestras oraciones, comenzamos a recorrer un valle por donde nos parecía que podíamos llegar a *Coyle*. Habían transcurrido ya dos horas desde que habíamos comenzado a andar por aquel valle, cuando la Providencia nos hizo encontrar con un pastor que venía a caballo en nuestra dirección. Le preguntamos si íbamos hacia la desembocadura del *río Coyle*. «¡Oh! No, no —respondió el inglés—. Yo sé el camino. El camino pasa por aquella otra parte. Vayan siempre a la derecha y encontrarán el río». Íbamos justo al revés. Le agradecimos al inglés y seguimos la dirección indicada.

Cerca de la noche, nos encontramos con la casa de unos ingleses llegados hace poco tiempo desde las Islas Malvinas, de religión protestante. Fueron los únicos en todo nuestro viaje que nos negaron hospitalidad, muy sagrada en toda la Patagonia. Anduvimos un kilómetro más y armamos nuestra carpa cerca de un arroyo de agua dulce donde, además, había buena pastura para nuestros caballos, y allí pasamos la noche. Aquí nos encontramos mejor que si hubiésemos estados alojados en una casa. Pietro Marabini, con su carabina tuvo una buena caza y, a falta de leña para hacer fuego, usamos excremento seco de animales, muy usado en la Pampa Patagónica, donde no se encuentra leña. A la mañana siguiente, continuamos el viaje, vadeamos el *río Coyle* hacia su desembocadura, donde se divide en dos brazos, ambos correntosos y bastante extensos. Felizmente, lo cruzamos bien. Visitamos algunas familias de inmigrantes europeos, españoles, ingleses, franceses, y algunas chozas de indios, que viven en la costa del *Coyle*, que no habíamos visitado todavía, y de allí nos fuimos hacia el río Gallegos. Vadeamos el río Gallegos en *Guar-aiken*, donde ya lo habíamos vadeado a la ida, y —también esta vez— gracias a Dios, sin ningún incidente desagradable.

Visitamos, nuevamente, el pequeño pueblito de Gallegos, y para no tener que pedir alojamiento por una noche, en vista de las grandes dificultades de la última vez, resolvimos partir la misma tarde, con la esperanza de encontrar alojamiento en *Paleaike*, donde nos dijeron las autoridades de Gallegos (quizá, para entusiasmarnos a partir enseguida y liberarse de una molestia) que podríamos llegar cómodamente en dos horas. Eran las cinco de la tarde y, aunque tardáramos tres horas, podríamos llegar a *Paleaike* con luz. Exigimos los caballos para llegar temprano y no tener que incomodar a los dueños de la casa donde deseábamos alojarnos si llegábamos por la noche. Estos eran alemanes protestantes. El viento, como ciclón, soplaba furioso y nos llenaba de polvo, y muchas piedritas que se levantaban por el mismo viento nos golpeaban en la cara y apenas podíamos ver el camino. La carga de nuestros caballos se desacomodaba a cada rato por el viento y las volvíamos a acomodar con dificultad. Nuestro guía Rafael nos dejó a mitad de camino, para ir a buscar un caballo nuestro que habíamos dejado un mes antes para que descanse en la hacienda del señor norteamericano Wil Klark. Pasaron las dos horas, pasaron tres y cuatro horas, y no llegábamos nunca a *Paleaike*.

Llegó la noche. El viento continuaba soplando más fuerte y se agregó un aguacero con granizo. Los caballos, más cansados que nosotros, no querían caminar más, se iban del camino y se escondían. A lo largo del camino, había piedras enormes, y los caballos sueltos y sin carga se escondían detrás de esas piedras y los perdíamos de vista. Necesitábamos contarlos a cada momento para evitar que alguno se perdiera. Todo esto era una verdadera desesperación para nosotros. Mientras tanto, se trataba de ver si había indicios de la casa que buscábamos, pero no se podía ver nada en esa densa oscuridad. Finalmente, a las 10 de la noche, escuchamos algunos perros que ladraban no muy lejos y, poco después, vimos aparecer la luz de una ventana que desapareció rápido. Nos alegramos por haber llegado al lugar tan deseado. Pero los habitantes de la casa se habían ido a Punta Arenas y quedaba solamente una mujer, que tenía miedo de recibirnos a esa hora de la noche por temor a que fuéramos ladrones. Tuvimos que explicarle quiénes éramos, estando fuera de la casa y ella adentro con la puerta cerrada. Cuando supo quiénes éramos, abrió la puerta, nos hizo pasar a la cocina, encendió el fuego para que se seque nuestra ropa y preparó algo de cena. El Señor la recompense por tanta caridad y nosotros le estaremos eternamente agradecidos. Extendimos algunos cueros de oveja (en la misma cocina) y nos acostamos a pasar la noche.

A la mañana siguiente, cerca de las 8, llegaba nuestro guía Rafael con el caballo, y enseguida partimos a *Dinamarquero*, pasando primero por *Aseáike*, donde visitamos a una familia inglesa protestante y a algunos pastores chilenos católicos. La noche la pasamos en *Dinamarquero*, en la estancia del señor José Fiól, español, a cuyo servicio están muchos pastores chilenos. De *Dinamarquero* nos fuimos a *San Gregorio*, sobre la costa del estrecho de Magallanes, donde está la gran estancia del señor José Menéndez, español de Gibraltar,[89] con muchos pastores de varias nacionalidades, la mayoría ingleses protestantes. Costeamos siempre el estrecho de Magallanes, visitando todas las casas que encontramos a nuestro paso, hasta *Oazi-harbour*, donde encontramos una buena familia holandesa católica, que nos trató muy bien. Dos de sus hijos hicieron la primera comunión y otro menor vino a estudiar a nuestro colegio de Punta Arenas.

Seguimos por *Cabeza del mar*, donde hay un hotel, después por *cabo Negro* y *río Seco* y, finalmente, retornamos a nuestra sede en Punta Arenas, empleando en todo el viaje dos meses, es decir, 60 días exactos. El día 16 de marzo, vigilia del Domingo de Ramos, como obsequio a la obediencia hacia nuestro venerable superior monseñor Fagnano, quien deseaba que estuviésemos en Punta Arenas para la celebración de la Semana Santa, habíamos vuelto con el consuelo en el corazón de haber podido hacer un poco de bien, con la gracia de Dios.

Dificultades de estos viajes. Descripción de la Pampa Patagónica. Conclusiones

Durante nuestro largo viaje, siempre a caballo, cruzamos cuatro ríos grandes y diez pequeños. Algunos los cruzamos varias veces, como por ejemplo el río Chico de Santa Cruz. Encontramos más de 115 lagos, casi todos de agua salada. Algunos los encontramos secos, con su lecho cubierto de blanquísima sal. En general, la Pampa Patagónica es una extensísima llanura que parece nivelada, sin árboles ni arbustos, ni siquiera los hay insignificantes. Los pocos montículos que aparecen de vez en cuando son altiplanos. Se recorren varias millas sin

89. José María Menéndez nació el 2 de noviembre de 1846, en Miranda, Asturias (España). Disponible en: www.menendezbehety.com.ar (N. del T.)

ver arbustos de una altura mayor a medio metro. Todo es árido, la tierra es de color plomo y arenosa. La poca hierba que crece en matas es dura, seca y punzante, tanto que los animales que no están acostumbrados no la pueden comer. Entre mata y mata, se encuentra grava de varios colores, muy límpida y brillante, pulida por el viento continuo, que levanta la arena y las deja al descubierto.

Al atravesar esta planicie, en la cual no se ven los límites y donde no hay ningún monte o elevación de ninguna clase, que pueda servir de punto de orientación. Si no se tiene una brújula o el sol como guía, es difícil arreglárselas. Resulta mucho peor cuando se agrega el viento, que levanta polvo y envuelve al pobre caminante como en una nube, y le impide ver por dónde va. Como si se encontrara en medio de un gran océano, en el que donde quiera que mire, no se ve más que cielo y agua. La tierra parece que se abriera, formando hendiduras en forma de canales o pequeños valles, llamados *cañadones*, serpenteantes, de una profundidad de entre 5 y 10 m por un ancho de 20, 50 o hasta 100 m, y un largo de algunos kilómetros. En esto cañadones, es más fácil encontrar pasturas más abundantes y más tiernas y, también, agua. Sirven de reparo del viento, en especial si uno debe pasar la noche en el campo. Las casas de los pastores y las chozas de los indios, suelen ubicarse en esos lugares, por lo que no se ven hasta que no se está cerca del lugar.

Es desolador para quien recorre esta región ver la miseria de esta tierra sin cultivar, especialmente si uno viene del fertilísimo suelo italiano. Aquí rara vez llueve, el viento sopla continuamente y tan fuerte que seca todo. No hay quien se atreva a cultivar, porque todo el trabajo se torna en vano. Lo único que da ganancia es la cría de ganado, especialmente ovejas, de las que obtienen lana y carne. No pocos se dedican también a criar bovinos y caballos. Hasta ahora, la Patagonia está muy poco poblada, por la condición de la tierra. Se necesitan miles de hectáreas para la cría de ganado. En general, se calcula una hectárea de tierra por cada oveja. En ciertos lugares, no son suficientes cuatro hectáreas de tierra para mantener una sola oveja. A veces, se cabalga por días enteros sin ver una persona o una casa. Solo el guanaco, el avestruz y algunos pocos pájaros interrumpen la monotonía de estas soledades. No rara vez nos hemos encontrado en situaciones críticas. Pero la divina Providencia, que amorosamente vela por sus hijos, viene siempre en nuestra ayuda, porque al partir nos pusimos plenamente en sus manos.

En Europa, hay un proverbio que dice: *Quien no sabe orar, vaya al mar*. Creo que para la Patagonia se podría decir esto otro: *Quien no sabe orar, vaya sin guía a la Pampa o al desierto de la Patagonia*. Esto podríamos decir nosotros, que nos tocó un guía poco práctico, por lo que tuvimos que orientarnos por el sol —cuando este tenía la amabilidad de hacer ver su preciosa cara, lo cual era bastante raro— y con ayuda de la brújula, que no bastaba para lugares tan difíciles, sin senderos y sin cartas topográficas. Después de que el viajero ha viajado todo el día entre una polvareda muy fastidiosa, a veces molestado por el viento, otras por el granizo, al caer el sol, queda en medio de una extensísima llanura sin límites y desorientado y no encuentra un reparo donde pasar la noche ni un poco de hierba para alimentar a sus caballos cansados ni un sorbo de agua para humedecer la boca. ¡Oh! ¡Una persona se ve tan pequeña en ese momento, en este inmenso mundo, y siente la imperiosa necesidad de pedir ayuda al cielo! ¡Cómo viene espontáneamente a los labios la oración! ¡Oh! ¡Tú, que reinas glorioso en lo alto del firmamento, ten piedad de mí! ¡Socórreme en esta necesidad! ¡Hazme encontrar la salida en esta soledad! Varias veces estuvimos en esta situación, pero la divina Providencia, a quien damos infinitas gracias, fue siempre benigna con nosotros. Después de haber puesto a prueba

nuestra fe y confianza en ella, siempre nos socorrió amorosamente.

Es más que desolador ver la vida infelicísima que tienen los habitantes de la Patagonia. Lanzados en este interminable desierto, donde no hay iglesias ni ministros de Dios que los instruyan en los asuntos de la religión, se olvidan de Dios y del alma, y terminan con el corazón aferrado a los miserables bienes de la tierra. A los animales y al barro. Sus hijos crecen sin ninguna educación moral y religiosa, sin instrucción literaria, ignorando, incluso, los deberes más simples del cristiano. Viven en grupos, en pequeños centros, separados muchos kilómetros unos de otros, por lo que también son difíciles las relaciones y la comunicación entre ellos. Si uno se enferma, no puede recibir la visita del médico, no puede tener medicamentos, y lo que es peor, muere sin asistencia religiosa, dejando incierta su salud eterna. ¡Pobres criaturas! Todos estos grandes sacrificios para acumular un poco de dinero, que al morir deberán dejar, a pesar de todo, en manos de algún ingrato, que no se acordará de sus sacrificios.

Puerto Stanley (Islas Malvinas). Estado de aquella misión

En las Islas Malvinas, pertenecientes a los ingleses, hay cerca de dos mil habitantes, de los cuales, un cuarto son católicos. En la capital, Stanley, hay una bellísima capilla y una escuela, ambas bajo nuestra dirección. Viene mucha gente a las celebraciones de la capilla, por la mañana y la tarde en los días festivos. Vienen no solo los católicos, sino también los protestantes, quienes, a pesar de que hay dos iglesias de su culto, prefieren honrar, al menos con su presencia, la antigua fe de sus antepasados. El respeto por la casa del Señor es realmente grande y muy admirable. Todavía no tenemos un coro organizado, pero estamos de acuerdo con las disposiciones recientes de la santa sede de que canten los fieles, y si el canto alguna vez no es muy armónico, es, sin embargo, muy devoto.

La escuela es frecuentada por 50 niños y 35 niñas. Más de la mitad son protestantes, sin embargo, es muy consolador ver que todos en forma indistinta aprovechan la instrucción impartida. Sin duda, el trabajo más difícil de los misioneros, pero que les da más satisfacción, son las visitas a los católicos esparcidos por diferentes lugares de la isla. Estos católicos esperan con ansiedad al sacerdote que les ofrece la posibilidad de cumplir con sus deberes religiosos. Los salesianos se ocupan de esta misión desde 1888. Antes estaba en ejercicio el reverendísimo padre Foran, un sacerdote irlandés que vivía en Buenos Aires y visitaba de tanto en tanto estas islas, donde ha dejado su memoria permanente. Después del padre Foran, vino nuestro don Diamond, el cual tuvo una tarea difícil que cumplir, porque por muchos años tuvo que atender solo la escuela y la iglesia. Y sin embargo, consiguió también construir la casa, que ahora sirve de residencia de los salesianos. Él y don O'Grady tienen casi todo el mérito de haber hecho el esfuerzo a favor de nuestra santa religión en este lugar. Los oficiales y marineros de los barcos de guerra, que de tanto en tanto visitan las islas, siempre han aprovechado los servicios de nuestros sacerdotes para cumplir con sus devociones.

Lo que causa pena en el alma del misionero en este lugar es la poca fe y la falta de la prueba segura del espíritu católico, que es la frecuencia con que se cumple con los sacramentos. Esto se debe, sin duda, a la indiferencia religiosa que en estos tiempos nos rodea y también a algunas ideas contrarias a nuestra santa religión.

Comuniones hechas en la parroquia de Punta Arenas en 1894: 10 870 en todo el año

Estas cifras indican un despertar de fe y gran progreso del catolicismo en todo el

pueblo. Seis años atrás, después de un largo mes de predicaciones, se habían realizado apenas cinco comuniones.

Alabado sea Dios.

Dos admirables conversiones: del protestantismo y del judaísmo

Punta Arenas, 21 de febrero de 1895

1.º Desde el protestantismo

Entre las tantas pruebas, con las cuales se argumenta, claramente, que nuestra santa religión católica apostólica romana es la única y verdadera religión, fuera de la cual no hay salud, una no menos importante es que muchos de aquellos que en la prosperidad pertenecieron a varias sectas disidentes, en el momento de su muerte se arrepienten, cambian de opinión y desean morir en el seno de la Iglesia católica. Mientras que nunca se ha oído de algún practicante católico, que en el final de su vida se haya arrepentido de pertenecer a la iglesia romana y haya pedido pasarse a las filas del protestantismo.

Uno de estos hechos lo hemos tenido aquí, en Punta Arenas, el último 21 de enero, fiesta de Santa Inés. Un protestante de buena fe, de nombre Oscar Legergren, nacido en Argentina, pero de origen alemán, joven de veintiocho años, se encontraba desde hacía varios días postrado en su lecho por los dolores y próximo a morir. Esto llegó a mi conocimiento y le hice una visita amigable para saber de él, pero en realidad para ganarlo para Dios. Viéndolo resignado al deseo divino, comencé a hablarle de Dios, de la eternidad, de su alma... y me escuchaba con placer. Pero cuando le propuse abrazar la religión católica, me respondió con miles de objeciones y dificultades de diversa naturaleza e índole, pero sobretodo diciéndome con convicción que era una cosa muy fea cambiar de religión y que él no quería disgustar con eso a sus padres. No insistí más en ese momento, viéndolo muy firme en su propósito. Le rogué que aceptara una medalla de María Auxiliadora. Aceptó y yo mismo se la puse en su cuello. Desde aquel momento no dudé más de que se obtendría la gracia. De hecho, después de aquella primera visita, el enfermo se quedó más tranquilo y más resignado, y manifestaba deseos de verme siempre a su lado, para que le hablara de Dios y de la eternidad a la que se encaminaba.

Lo visitaba más veces al día y, mientras tanto, lo instruía en la verdad de nuestra santa religión. No pasaron muchos días para que el enfermo mismo pidiera retractarse de sus errores y entrar en la verdadera iglesia. «Quiero morir santamente y quiero asegurarme la vida eterna», decía. Recibió el santo bautismo *sub conditione*, se retractó de sus errores, recibió el santo viático y el óleo santo con señales muy grandes de fe y devoción, y no cesaba de agradecer a Dios que le había concedido una gracia tan grande antes de morir. Yo lo exhortaba a confiar en Dios y en María Santísima, y él me respondía: «He confiado siempre en Dios, toda mi vida, ¿cómo no confiar ahora que me encuentro tan cerca de comparecer ante él? Sí, sí —repetía—, toda mi esperanza está en Dios y en María Santísima».

Pronunciaba, a menudo, ardientes jaculatorias a Dios y a María Santísima, y besaba repetidamente la medalla de María Auxiliadora. Finalmente, con la más grande resignación en el corazón y con plena conciencia hasta el último momento, espiraba su bella alma en el beso del Señor el día 23 de enero, fiesta del matrimonio de María Santísima con San José. Ha volado al paraíso. Y tengo toda la fe de haber conseguido un intercesor en el trono de Dios, y no solo para mí, sino también para nuestra misión y nuestra querida congregación. ¡Que lo puedan imitar sus correligionarios de este pueblo y de todo el mundo! ¡Oh! ¡Qué buena es María Auxiliadora! Y es verdad que *ninguno de los que acuden a su patrocinio y la invocan de corazón se puede*

perder. Ella tiene un poder infinito sobre el corazón de Jesús, su hijo, y como madre nuestra nos quiere a todos salvos.

2.º Conversión desde el judaísmo

Cerca de un mes antes, el sábado 5 de enero de este año, la iglesia de Punta Arenas estaba exultante por la maravillosa conversión al catolicismo de un rico judío, joven de veintinueve años, que goza de la estima de todos. Sus familiares no querían, pero él supo vencer el respeto humano y sobreponerse a la voluntad de ellos. Después, se casó con una buena católica, joven, rica y noble. ¡Que sean felices!

Conversión de un joven protestante

Este un cierto José Nicolás *Kuizlenburgr*, de origen holandés, hijo de padres protestantes, joven robusto y lleno de espíritu, que, habiendo abandonado su patria a los veinte años, se estableció en Punta Arenas para ejercer su oficio de zapatero. La madre, antes de dejarlo partir para estas lejanas regiones, quería que recibiera el bautismo de cualquier ministro protestante, pero él le dijo que quería primero estudiar cuál era la verdadera religión, para abrazarla y practicarla toda la vida. Y así hizo este bravo joven. Estableciéndose en esta ciudad, se dedicó con toda su fuerza a estudiar, y durante seis años leyó libros, tomó consejos de uno y de otro, y luchó fuertemente contra su amor propio, para vencer el rechazo que le provocaba tener que decir, a su edad, que no estaba bautizado y, por consiguiente, que no pertenecía a la Iglesia de Jesucristo, única arca de salvación.

La Providencia le allanó el camino, haciéndole encontrar óptimas personas católicas en las diferentes casas en las que trabajó, quienes lo ayudaban con sus continuo buen ejemplo, y poco a poco lo instruían en la verdadera religión y lo aconsejaban de presentarse al sacerdote católico, para perfeccionarse en el estudio del catecismo y preparase para el santo bautismo. Había aprendido de memoria el avemaría y encontraba tan bello ese saludo angelical a la madre de Dios, que lo recitaba muchas veces al día. Esto le hizo obtener la protección de la beata Virgen María, la cual lo ayudó a hacerse católico. Un día, se presentó a monseñor Fagnano, nuestro amadísimo prefecto apostólico, y le pidió poder entrar al seno de la Iglesia católica apostólica romana. Monseñor Fagnano lo confío a mí para que lo preparase para el gran acto de arrepentimiento de sus errores y para el santo bautismo. Le facilité libros sobre el tema, tuve con él varias charlas y, cuando lo vi bien dispuesto y preparado, fijé el día de la sagrada ceremonia para la fiesta del Patrocinio de San José, el 26 de abril, con la esperanza de tener entre nosotros a monseñor Fagnano. Pero, por falta de viento o por vientos adversos, la goleta *María Auxiliadora*, en la cual venía, no pudo llegar desde la isla Dawson y me tocó a mí el placer de bautizar y confirmar a este querido neófito.

La celebración comenzó a las 9:30 de la mañana. El señor Corrado Pittet, de origen suizo, hacía de padrino y la señora Francisca Pittet, de madrina. Se le dio el bautismo con solemnidad y según la forma que prescribe el ritual romano para los adultos. Inmediatamente después, se le administró la confirmación, haciendo de padrino don Pietro Marabini, el cual ya había sido testigo del acto de abjuración y profesión de fe. Luego, el nuevo cristiano asistió a la santa misa solemne, cantada con música, durante la cual recibió el pan de los ángeles por primera vez.

¡Oh! ¡Qué feliz que se sentía este buen joven! ¡Y cuánto regocijo sentían todos aquellos que asistían a la celebración! Ciertamente, para él ese día fue el más bello de su vida, y para nosotros, una alegría inexpresable. Después del santo bautismo, el buen joven se transformó en muy devoto de María Auxiliadora, de la cual él decía haber recibido la bella gracia, y profesaba su

culto con toda su fuerza. En sus oraciones, oh, amabilísimo padre, y en las que se hacen en el altar de María Auxiliadora, nos encomendamos todos al Señor para que le conceda al neófito la perseverancia en sus buenos propósitos, y a nosotros, la gracia de poder tener pronto otros que imiten su ejemplo. ¡Oh! Sí, cuando tengamos una bella iglesia, capaz de contener a mucha gente, tenemos la firme esperanza de que muchos protestantes se conviertan al catolicismo, porque el esplendor y la belleza de las celebraciones católicas tienen una gran fascinación sobre los protestantes de buena fe, corazón recto y buenas costumbres. Uno de ellos le decía casualmente ayer a monseñor Fagnano: «El domingo pasado, he asistido a la misa de los sacerdotes católicos y me gustó muchísimo. La misa que celebra el ministro protestante no me gusta. No sabe nada, es un pobre ignorante. No voy más».

El Señor nos ayude a terminar rápido nuestra iglesia y haga que finalice la guerra feroz que nos hace Satanás para impedir su construcción, porque prevé seguramente todo el gran bien que se hará en esta.

Un mes de misión en la Pampa Patagónica

Punta Arenas, 6 de abril de 1895

Por pedido y con la bendición del señor prefecto apostólico, monseñor Fagnano, partimos de Punta Arenas el 2 de marzo pasado, provistos de buenos caballos y de un guía chileno. Nuestra intención era visitar varias familias de inmigrantes europeos e indígenas civilizados, e incluso salvajes, que encontráramos en nuestro camino. La primera etapa fue hasta el *Paso del Avestruz*, a la casa de un colono. Fuimos recibidos cortésmente por toda su numerosa familia, quienes nos ofrecieron un lugar seguro y lindo para nuestros caballos, un potrero donde había una buena pastura y un arroyo de agua limpia, junto al cual pusimos nuestra tienda de campaña y pasamos la noche. Al otro día, domingo, armamos el altar portátil en la casa y celebramos la santa misa, a la cual asistieron con mucha devoción todos los integrantes de la familia y sus servidores. Después de la misa, administré el santo bautismo a un niño de seis meses y a un jovencito de catorce años, y además, la confirmación a seis personas.

Cerca del mediodía partimos para *Piket-Harbour* dónde nos alojamos en la casa de un buen irlandés, un cierto Cameron, católico, que nos ha tratado espléndidamente. Dos de sus hijos fueron educados en nuestro colegio de Punta Arenas. A la mañana siguiente, todos los de la casa escucharon con mucha piedad y devoción la santa misa, celebrada en el salón mayor de la casa. Durante la misa, le di la primera comunión al primogénito Guillermo, que cuenta con dieciséis años. ¡Pobre joven! Había llegado hacía quince días de un colegio de Valparaíso donde le habían enseñado un poco de religión, pero no se habían ocupado de hacerle recibir la santa comunión. Le administré también la santa confirmación a su hermanita Eugenia, de siete años.

Aquí nos sorprendió una lluvia copiosa que nos obligó a quedarnos hasta las once y nos alteró nuestros planes. Durante la marea baja, queríamos pasar un estrecho de mar que, en menos de una hora, nos permitiría estar en la estancia del señor John, de origen inglés, adonde estimábamos llegar antes de las 10. Pero la marea había crecido y no tuvimos otro remedio que rodear *Cabeza del Mar* y pasar la noche en *Crocero*, en una llanura, donde había mucha pastura para los caballos y agua dulce en abundancia. Para nosotros, no había más que una carpa para repararnos a la noche, y al ser un lugar desierto, no podíamos ejercitar nuestro ministerio sacerdotal. Para ahorrar tiempo, no pasamos por la estancia del señor John, y fuimos directo a Oazy-Harbour, a la estancia de un inglés llamado Reynard. Durante el camino, fuimos sorprendidos más o menos tres veces por un fuerte agua-

cero, que nos empapó de la cabeza a los pies y por una granizada, con pequeñas piezas del tamaño de los garbanzos, que duró cerca de diez minutos, dejando el suelo todo blanco, como si fuese nieve. Pero gracias al fuerte viento que comenzó a soplar enseguida, nos secamos rápido.

A la tarde, por el frío, teníamos los miembros rígidos. Al bajar el sol, llegamos a la casa de este señor. Fuimos tratados muy gentilmente. La señora es francesa y católica y el marido, inglés y protestante, pero de buena fe y no odia a los católicos, por lo que respeta mucho a los salesianos y mantiene una buena amistad. Tienen varios hijos e hijas, y el mayor, nacido en Francia, tiene ya veinticuatro años. Hablan todos muy bien inglés, francés y español, y siguen la religión del padre. Tienen una maestra inglesa protestante y toda la casa tiene el aspecto de un verdadero colegio. Aquí todos se mueven y actúan al sonido de una campana, con una puntualidad escrupulosa, propia de los ingleses. Comenzando desde que se levantan a la mañana, que es exactamente a las 5:30, hasta el momento del descanso a la noche, a las 8:00. El personal doméstico y los pastores son todos chilenos católicos, y es con ellos que pudimos ejercitar el sagrado ministerio.

A la mañana siguiente, vinieron todos a la santa misa, a las 5:30. Cuatro se confesaron y tomaron la santa comunión con mucha devoción. Nuestro guía, Juan Alvarado, comenzó el viaje un poco enfermo y por el frío que tomó en el camino, por la lluvia y el granizo, se enfermó de tal modo, que tuvo que quedarse en cama por una fuerte neumonía. Comenzó a transpirar y tuvo que estar en reposo dos noches y un día, para ver si se le pasaba, pero fue inútil. El mal se agravaba cada vez más. ¡Estábamos en un verdadero problema! ¿Cómo podríamos continuar el viaje si nos faltaba el guía? ¿Y dónde encontraríamos otro guía? Esto nos preocupaba mucho, pero finalmente la Providencia vino en nuestra ayuda. Un joven de unos dieciocho años, un cierto Pedro Ramírez, experto en la vida del campo y en el manejo de los caballos, se ofreció a acompañarnos, hasta que encontrásemos un guía mejor, porque él, al igual que nosotros, no conocía el camino. Aceptamos su ayuda con placer y continuamos nuestro viaje, y el primer guía, Juan Alvarado, después de algunos días de reposo, volvió a Punta Arenas.

En el momento de la partida, casi sucede otra desgracia bastante grave, el clérigo Crema montó un caballo joven que era muy sensible al freno, porque no lo aguantaba. El caballo estaba impaciente por salir y Crema lo quiso parar tirando con fuerza de las riendas. Por ese tironeo tan imprevisto, se levantó sobre sus patas traseras y Crema, quizá, sin pensar, continúo tirando de las riendas. El caballo cayó hacia atrás. Crema saltó y el caballo cayó en medio de sus piernas. Si el caballo hubiese caído unos pocos centímetros más arriba, lo hubiese aplastado. Pero afortunadamente no tuvo ninguna lesión ni herida de ninguna clase. Esto fue considerado por todos los presentes un verdadero milagro de la voluntad de Dios y de María Auxiliadora, que sorprendió a todas las personas que habían observado lo ocurrido. El mismo señor Reynard dijo: «Agradezca a Dios, señor Crema, porque su caída del caballo es una de las más peligrosas que puede haber».

Costeando siempre el estrecho de Magallanes, visitamos varias estancias de la zona, en particular, la de San Gregorio del señor Menéndez. Paramos en lo de los señores *Woot*, miembros de una sociedad inglesa, que poseen una gran estancia donde fuimos recibidos muy bien, a pesar de ser ellos protestantes. Pasamos la noche allí y a la mañana siguiente, celebramos la santa misa con varios colonos y pastores chilenos. En el patio de la casa de los señores *Woot*, sucedió algo muy curioso. Estábamos cargando nuestra mula cerca de una barra fija de hierro. El animal, que estaba libre e inquieto, pasó por debajo de la barra

que le raspó el lomo. Este se molestó y lanzó una patada muy fuerte con sus patas traseras que dio contra la barra de hierro y la curvó. Los señores *Woot*, que estaban presentes, quedaron muy sorprendidos de la fuerza de aquella pequeña mula, que parecía un asno. Me dijeron que si no hubiesen estado allí, nunca hubiesen creído que esa barra de hierro tan gruesa hubiese sido curvada por la patada de una mula.

Se necesitaba estar atento con esa mula, porque a menudo pegaba unas patadas terribles y a traición. En compensación, tenía muy buenas cualidades. Además de su fuerza hercúlea, por la cual no parecía sentir nunca el peso que debía llevar cotidianamente, no enflaquecía nunca (como por desgracia sí sucedía con los caballos), por su buen apetito. Comía cualquier hierba, seca o incluso espinosa, por lo cual se mantenía bien. Mientras toda la comitiva marchaba regularmente, la mula en cambio, se adelantaba a la carrera, más o menos unos 200 m, y comenzaba a comer rápido, hasta que llegábamos nosotros. Cuando llegábamos, comenzaba otra nueva carrera para hacer lo mismo y así durante todo el camino.

Dejamos la estancia de los señores *Woot* y la bella costa del estrecho Magallanes, subimos sobre la doble cadena de montecitos y continuamos a lo largo de la estéril pampa para alcanzar el río Gallegos. Este era un paso bastante difícil, porque todo es desierto, sin caminos, y ninguno de nosotros conocía aquellos lugares. Los señores *Woot* nos indicaron vagamente la dirección que debíamos tomar, porque ellos tampoco estaban seguros, de modo que nos fuimos adelantando con mucho temor, previendo problemas y la posibilidad de que nos perdiéramos, como por desgracia sucedió. Eran cerca de las 8 de la mañana cuando emprendimos la marcha. La ascensión era cansadora y lenta, y debíamos andar en *zigzag*.

El panorama. Triste desierto. Los conventos y los hermanos de este desierto. Todo el día sin agua

Era magnífico el panorama que se veía desde la cima de la primera cadena de montes. Desde allí veíamos el estrecho de Magallanes con todas las ensenadas de la Tierra del Fuego: a nuestra izquierda, la larguísima punta que se interna en el mar con el nombre de *punta Dungenes*, *cabo Vírgenes* y, más cerca, *Monte Dinero*, que tiene en su cima una alta pirámide de hierro, en forma de triángulo, para marcar el límite entre Chile y Argentina. Detrás de nosotros, se veía un pequeño valle y, después, una segunda cadena de montes más altos. Más abajo, en la pampa, se podían ver otros dos montes altos, uno cerca del otro. Uno lleva el nombre de *Aymond* y el otro, *Orejas de Burro;* este último es así llamado por la semejanza que tiene con dos orejas de burro. Teníamos que pasar por el valle entre los dos montes que son antiguos volcanes, ahora inactivos.

No podíamos quedarnos a apreciar esa linda vista, porque queríamos llegar ese mismo día a Gallegos. A mediodía, estábamos en la falda del monte *Aymond*. Dan fe de que este monte haya sido un volcán la lava esparcida alrededor y las enormes piedras volcánicas diseminadas en la llanura circundante, ubicadas como si fuesen cascadas caídas del cielo. Estas piedras fueron arrojadas hasta ese lugar por las erupciones volcánicas. Lo mismo se puede decir del monte vecino llamado *Orejas de Burro*, del cual se conoce incluso el cráter. Se puso difícil el paso por ese lugar por la abundancia de piedras puntiagudas y filosas, y duró cerca de dos horas. En la carta topográfica figura un lago en las cercanías. En efecto, lo vimos, pero seco. Por un largo trayecto de unas once horas, no encontramos ni un sorbo de agua: ni una vertiente ni un arroyito ni un lago o estanque pequeño. Todo era seco y árido. Marchamos a buen galope desde las 8 de la mañana hasta las 7 de la

tarde, pero no pudimos llegar a Gallegos, ni siquiera pudimos verlo a lo lejos. La noche nos sorprendió en el desierto y este era verdaderamente un desierto triste, porque no tenía habitantes, agua, pasto, leña ni ningún reparo del viento y de la intemperie y estábamos rodeados de grandes piedras.

Acampamos cerca de dos montes de piedra, que tienen la forma de grandes edificios, y que son conocidos por los indígenas como *conventos*. Pero por desgracia, no son más que *conventos de guanacos* y, según dicen, de feroces *leones-pumas*, ya que hay una enorme caverna —que sería su refugio— donde se ven amontonados muchos huesos descarnados: los restos de sus víctimas. Antes de llegar a los llamados *conventos*, se ve una larga fila de montecitos que se llaman *hermanos*, porque parece que tuviesen la capucha sobre sus cabezas y están alineados como si estuviesen en procesión. A pesar nuestro, nos resignamos a pasar la noche en compañía de estos solitarios montecitos y hacer con ellos un poco de penitencia, con la boca seca, después de una larga jornada de viento y polvo. Pero nuestros caballos no querían saber nada de hacer penitencia. Reclamaban agua sin dar tregua. Tuvimos que atarlos a las piedras para que no se escaparan. Si no hubiésemos tenido esta precaución, nos hubiese pasado lo mismo que le ocurrió hace unos años a un pobre cocinero francés que andaba por la pampa con su caballo rumbo a Santa Cruz y que, cuando bajó del caballo, aunque lo hizo solo por unos instantes, no tuvo la precaución de atarlo o tenerlo de las riendas. Apenas el caballo se sintió libre, huyó y dejó plantado al pobre caballero, quien anduvo vagando *casi siete días*, y ya se lo daba por muerto, cuando la fortuna quiso que lo encontrara otro francés de nombre Guillaume (o diré mejor que la divina Providencia fue en su ayuda). Este lo alojó en su casa y lo tiene hasta ahora como cocinero.

Este señor Guillaume, también fue la Providencia de otro compatriota suyo. Un cierto *Meric*, quien cabalgando por la pampa, bajó de su caballo y no pensó en atarlo. Como el animal no se dejaba volver a agarrar, *Meric* le pegó un tiro con su fusil y lo mató. Luego, se sentó sobre la silla de montar y tranquilamente se puso a leer un libro de historia a los que era muy aficionado y siempre llevaba en todos sus viajes, en vez de pensar en otras provisiones más necesarias. Pensaba más en la lectura de historia que en la comida. El señor Guillaume, sorprendido de encontrar a su amigo en aquel lugar desierto, tan alejado de cualquier lugar poblado, leyendo, sin preocuparse por seguir su camino para no morirse de hambre. Le preguntó ¿qué hacía ahí?, y el otro le respondió con la máxima indiferencia, como si se tratase de algo sin importancia:

—¡Estoy leyendo esta historia que es muy interesante!

—Pero más interesante sería para usted ponerse a salvo —le dijo Guillaume—, porque le falta mucho camino por recorrer para salir de este desierto.

—Mi indómito caballo no se dejaba agarrar —repitió Meric— y lo maté. Ahora está muy manso. Después, me puse a leer este libro y me olvidé de que me encontraba en un desierto, sin alimentos y otras cosas. El señor Guillaume lo llevó a su casa y lo salvó de la muerte.

El río Chico de Gallegos. Pueblo de Gallegos

El temor de que los caballos rompieran los lazos y se escaparan nos preocupó toda la noche, y no nos dejó dormir. Porque sentíamos su continuos relinchos y movimientos intranquilos. Temíamos, sobre todo, la visita desagradable de algún león-puma que viniera a molestarnos o a molestar nuestros caballos. A la mañana, nos levantamos muy temprano, celebré la santa misa en la carpa, mientras soplaba un viento fuerte, que la inflaba como si fuese la vela de un barco, y amenazaba volarla en cualquier momento, por lo que atamos cuerdas con piedras para que el viento no se la llevara. Por experien-

cia, llevábamos con nosotros el vino y una botella de agua para el santo sacrificio, porque en aquellos lugares, hubiese sido muy difícil encontrar agua.

Apenas terminamos la misa, se desencadenó un tremendo temporal de agua y granizo. Nos reparamos como mejor pudimos. Una hora después, se despejó el cielo, pero continuó el viento furiosísimo, casi como un ciclón, durante todo el día. Nos pusimos igual en viaje, porque no era posible permanecer más tiempo en ese *convento inhóspito*. A la una del mediodía, estábamos llegando a *río Chico de Gallegos*. Apenas los caballos vieron el agua del río desde lo alto del monte, se lanzaron a la carrera hacia el valle. Tanto que no era posible controlarlos. ¡Pobrecitos! Tenían razón. Hacía 30 horas que no bebían nada, y con ese polvo y viento, sentían la necesidad de humedecer la garganta, como también la sentíamos nosotros. ¡Qué ilusión fatal! Era agua salada. El mar había entrado a lo largo del río y la había salinizado, por lo que los animales no la podían beber. Las pobres bestias no podían parar de buscar agua potable sin tregua. Andaban inquietos de un lado a otro. Se metían en el río lleno de canto rodado, rocas y zanjas. Lo recorrían por la costa, probando en todos los riachuelos, grandes y pequeños, en los estanques y pozos, esparcidos por todos lados. Pero en todos había agua salada. ¡Amargo desengaño! Se metieron en pantanos, con el peligro de quedar sepultados vivos, porque sería en vano todo el esfuerzo que pudiéramos hacer para sacarlos. Se agregó el viento, que como dije, tenía la característica de un verdadero ciclón, tanto que no nos entendíamos al hablar, al menos que estuviésemos a poca distancia, y además se corría el peligro de que se cayera la carga de los dos caballos y el mulo en el río.

Para sacar algunos caballos de las zanjas llenas de agua y pantanosas, me metí yo también con mi caballo en un pozo lleno de agua y barro y me empantané. Al verme en peligro, me bajé para aligerarle la carga al caballo, para que pudiera salir solo. Apenas el caballo pudo salir de ese pozo, se puso a correr frenéticamente y me dejó empantanado en medio del barro. ¡No podía volver a agarrar mi caballo! Y tuvieron que ayudarme mis dos compañeros, el clérigo Crema y el jovencito Ramírez. ¡Era para hacer perder la paciencia a un santo! ¡Esta historia *tragicómica* duró nada menos *que tres largas horas*!

Llevamos los caballos en contra de la corriente del río, para buscar un lugar donde poder vadearlo, donde no fuese muy profundo. Pero ninguno de nosotros sabía cuál podía ser ese lugar. Donde estábamos, el río tenía casi 300 m de ancho. Más arriba, se estrechaba pero se profundizaba. Estábamos preocupados por ver tanta agua y un vado tan peligroso. ¿A quién pedirle un consejo si en dos días de viaje no habíamos encontrado a nadie? Nos recomendamos a nuestro buen ángel custodio y fue así que la divina Providencia no tardó en venir en nuestra ayuda.

Mientras más afligidos e indecisos estábamos sobre qué hacer. Ante nuestra sorpresa y alegría, vimos acercarse a la costa opuesta del río dos hombres a caballo. Estos se metieron en el río y lo vadearon, llegando hacia nosotros. Vimos que lo pasaron sin problemas. Llegaron en el momento justo, para indicarnos por donde vadear el río sin peligro. Intercambiamos los debidos saludos con los invitados por la Providencia, y felizmente lo vadeamos también nosotros. ¿Cómo no admirar aquí la amorosa Providencia de Dios? En estas circunstancias, sentimos su voluntad paterna.

Cerca de la noche, llegamos al pueblo de *Gallegos*, ubicado en la costa del *río Gallegos Grande*, no lejos de donde desemboca en el mar. Allí encontramos buena recepción y descanso para nosotros y para las bestias. A decir verdad, nos sentíamos agotados después de tanto luchar contra el viento que levantaba no solo arena y polvo, sino también piedritas, que nos pegaban desagradablemente en la cara. En el pue-

blito de Río Gallegos, nos alojamos en la nueva casa de Gobierno, que aún no está del todo terminada, y nos quedamos bastantes días. La iglesita de madera, construida hace poco tiempo, estaba ocupada transitoriamente por soldados. Adaptamos una sala para iglesia y todos los días celebrábamos allí la santa misa, con la intervención de muchas personas. La familia del gobernador siempre asistía. Se predicaba y se administraban los santísimos sacramentos.

Este pueblito, va siempre progresando, aunque lentamente. Hay algunas casas nuevas en comparación al año pasado. Conté 32 casas, incluyendo la del gobernador y la iglesia, con unas *200 personas* en la zona del puerto. En las cercanías, en especial en la otra costa del río, hay muchas casas de pastores y estancias de señores europeos. Hay escases de agua dulce. El agua de los pozos es casi toda salada y, en general, usan el agua de lluvia que recogen de los techos en barriles, por medio de unas canaletas. En Gallegos, administramos 7 bautismos y 10 confirmaciones. Se bendijeron 3 matrimonios y se hicieron varias comuniones.

Difícil vadeo del río Gallegos. Grave peligro superado. Coyle. Santa Cruz

Sobre la costa opuesta del río Gallegos, cerca de la desembocadura, había dos niños españoles para bautizar. Para acortar camino, debíamos cruzar en barco desde el mismo puerto. De esta forma, hubiésemos empleado cuatro horas solamente. Mientras que haciendo el viaje a caballo, pasando por *Guer-Aike*, se necesitan dos días enteros. El capitán del barco *La Marta-Galle*, con matrícula de Punta Arenas, que era amigo nuestro, se había ofrecido, gentilmente, a llevarnos a la otra costa gratuitamente, con este barco con cuatro remeros, y también lo había hecho el capitán del barco *Torino*. Pero ambos con la condición indispensable de que *no hubiese viento*, porque hubiese sido imposible y porque se arriesgaba la vida.

Pero, ¡¿cuándo no hay viento en Gallegos?! Esperamos tres días inútilmente, y viendo que el viento no cesaba, nos resignamos a hacer el trayecto a caballo y vadear el río unos treinta kilómetros más arriba. El río había crecido mucho por el deshielo de la Cordillera y resultaba difícil vadearlo. El cartero, atravesando este río tres meses antes, en un lugar llamado *Kilicaiquen*, había desaparecido con su caballo en medio de las olas y nunca más se lo encontró, ni vivo ni muerto. Después de aquel suceso, se tenía miedo de vadear el río en ese lugar, y se iba más arriba, hasta *Guer-Aiken*, donde en un solo punto conocido por pocos, el río presentaba un buen lugar para vadearlo, pero no sin peligros. Algunos días antes de nuestra llegada, la corriente había volcado un carro cargado de lana, tirado por bueyes. Carro y bueyes fueron tragados por el agua.

Al llegar al lugar, tomamos un guía muy práctico en el paso del río. Este nos precedía con su caballo, mostrándonos el lugar por donde debíamos pasar. Atrás del guía, en primera línea, marchaba el clérigo Crema y, un poco más atrás, el joven Pedro Ramírez, dejándome a mí atrás de todo, para cuidar la tropa de 10 caballos. En vez de seguir al guía que avanzaba en *zigzag* (se dirigía primero a un islote que se encontraba en la mitad del río, a unos cien metros, y desde allí bajaba otros cien metros antes de cruzar a la costa opuesta, formando una especie de triángulo, para evitar un lugar profundo donde se formaba un remolino peligrosísimo), los caballos se lanzaron al río para vadearlo en línea recta, para alcanzar más rápido la costa. Los que llevaban la carga la mojaron toda, porque quedaron cubiertos por el agua, y los otros nadaban sin tocar el fondo con las patas. Al ver que no podía hacer que los caballos siguieran al guía, dejé que fuesen por donde quisieran y pensé en salvarme.

Pero ese día, por mala suerte, me había tocado el caballo que unos días atrás había tirado al clérigo Crema y se había caído so-

bre él, con peligro de aplastarlo. Este caballo, todavía joven y enérgico, quería a toda costa quedarse atrás de los otros y no quería obedecer. Si se atrasaban un poco, enseguida se alzaba sobre sus patas traseras. Por más esfuerzo que hiciera para conducirlo por donde marcaba el guía, no lo lograba. Si yo tiraba las riendas para abajo, este giraba sobre sí mismo y no quería avanzar. Si las tiraba hacía arriba, se alzaba sobre sus patas traseras, con peligro de hacerme lo mismo que le había hecho a Crema. Dos veces se levantó en medio del agua, ¡por suerte, no me hizo caer a mí y tampoco se cayó el caballo! Otras tres o cuatro veces giró una y otra vez como rueda de molino, sin avanzar. Mientras tanto, resoplaba y se ponía furioso, impaciente por continuar y ciego de rabia, amenazando con tirarme al agua. Viendo que no lo podía dominar y pensando que el tramo de agua por donde quería pasar no sería tan profundo, lo dejé libre para que pasara por esa parte.

¡No lo debería haber hecho nunca! ¡Pues casi me cuesta la vida! Luego de haber hecho apenas unos pasos, el caballo se hundió en el agua, con las patas en el barro. Por lo que tuvo que detenerse y no podía moverse ni para atrás ni para adelante. Mientras tanto, el agua corría por su lomo, con mucha violencia. El animal se quedó quieto un momento y después, con un violento esfuerzo, pudo avanzar un paso más y se volvió a quedar parado con las patas enterradas en el barro y, además, porque la corriente lo retenía. Hizo un segundo y un tercer esfuerzo y se detuvo. La corriente era cada vez más violenta. Esos pocos minutos que se detuvo me parecieron una eternidad y la incertidumbre me asustaba. El guía gritaba en vano: «¡No vaya por ese lugar, venga detrás de mí!». Crema y el joven Ramírez me miraban con suma compasión sin poder ayudarme más que con la oración en secreto, con temor a perderme de un momento a otro. Yo estaba por lanzarme al río para tratar de salvarme nadando, pero me detuve, al considerar que así vestido, con la sotana y con las botas puestas llenas de agua, no lo lograría.

Me encomendé de corazón a María Auxiliadora y ella fue mi salvación. Finalmente, el caballo hizo un nuevo esfuerzo hercúleo para liberarse del fondo y alcanzó victorioso la costa. ¡Nunca había experimentado tanto miedo como en esos minutos en los que vi la muerte de cerca! ¡Quien no se ha encontrado en una situación angustiante como esta, difícilmente podrá tener una idea acertada de lo que significa! ¡Oh! ¡Cómo llega espontáneamente la oración a los labios y sale del fondo del corazón!

Finalmente, alcancé la costa, empapado como un pato, pero a salvo, gracias a Dios. El caballo, por el gran esfuerzo que hizo, apenas llegó a la costa, comenzó una carrera desenfrenada por una pendiente muy empinada con peligro de caerse, y de hacerme caer por ese barranco. Pero aquí, también, intervino nuestra muy piadosa madre María Auxiliadora, con su potente protección. ¡Mi reconocimiento a Dios y a María Santísima será eterno por este gran favor de haberme liberado de una muerte tan trágica!

Durante todo el día tuve que viajar mojado, acompañado de un fuerte viento, sin poder cambiarme de ropa, porque toda la carga también estaba empapada. Y a pesar de todo, no sufrí ninguna consecuencia adversa. Gracias a Dios, la salud fue siempre buena durante el tiempo que duró la misión en la pampa. Pasamos la noche en la casucha de un inglés, de nombre *Adams*, que había venido hacía poco tiempo desde Malvinas. Estaba en la costa del río Gallegos, de igual nombre que el pueblo. Al día siguiente, seguimos viaje hasta el *río Coyle*, donde hicimos dos bautismos. Allí, vistamos varias familias de chilenos, argentinos, ingleses, franceses y austríacos que vivían a lo largo del valle donde corre el río, a notable distancia unas de otras.

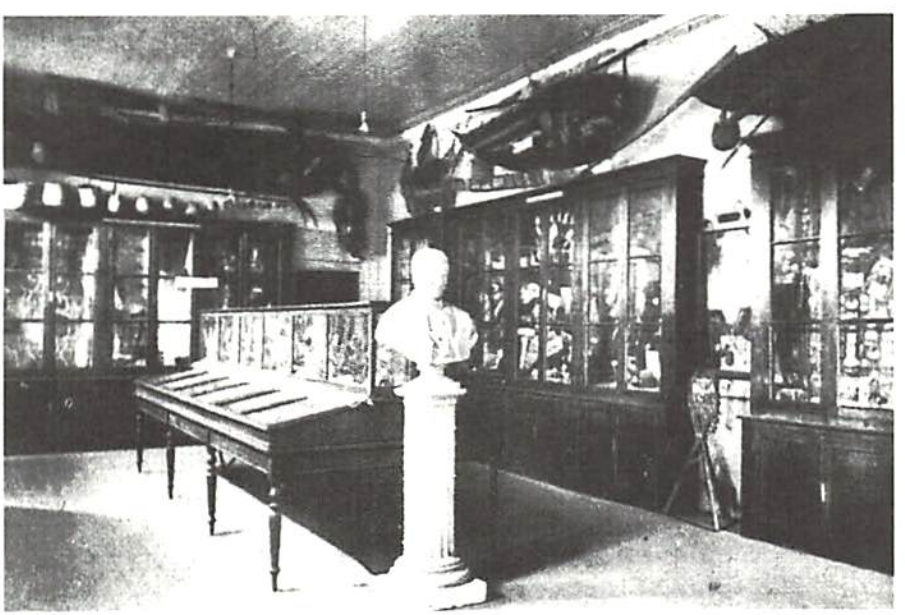
Desde *Coyle* fuimos a Santa Cruz, donde nos alojamos en la casa de una óptima familia catalana, de apellido Pedretti y

Semino. Cerca de allí, había agua dulce y buena pastura para nuestros caballos. Pero, con muy pocas comodidades para dormir, tuvimos que adaptarnos de la mejor manera posible, como voy a contar a continuación.

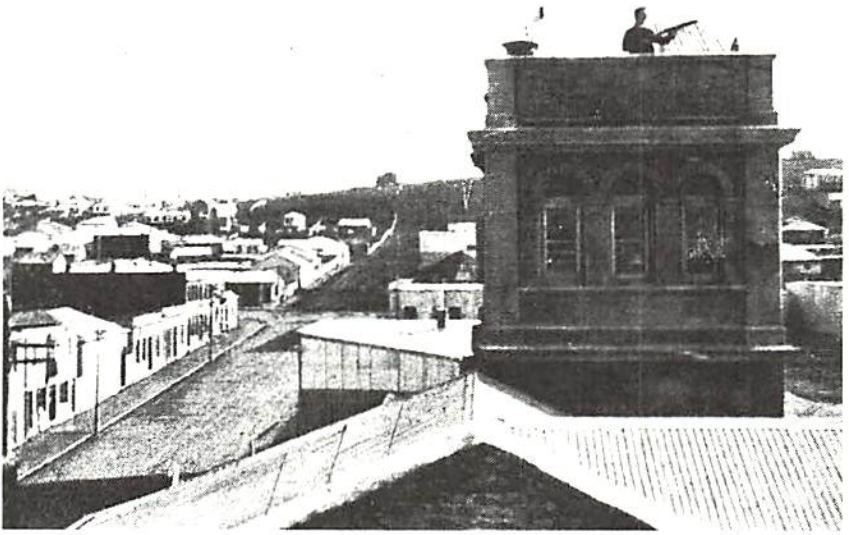
¡Una noche romántica!

Habíamos llegado a Santa Cruz muertos de cansancio, habiendo recorrido a caballo cerca de 350 km en solo tres días, en medio de una polvareda indescriptible, con frío, hambre y otras tantas dificultades. El pobre Crema se había caído del caballo y le dolía mucho una pierna. Por consiguiente, invocábamos al sueño como único restaurador y reparador de nuestros males, ¡pero qué noche nos preparaba la Providencia! Quizá, era para probar nuestra paciencia. Nuestra habitación para dormir era un galpón de chapas de zinc con un olor muy feo, donde se esquilaban las ovejas y se guardaban las herramientas y todo lo necesario para el baño de estas. Como colchón, teníamos solamente las mantas de la silla de montar tal como se usa cuando se duerme en carpa en la pampa. Un viento muy fuerte, diría casi un huracán, traía mucho polvo que entraba a través de las miles de ranuras de las paredes y del techo, y parecía una nieve abundante. Solo las piedras no podían entrar, pero pegaban contra la chapa con gran estruendo.

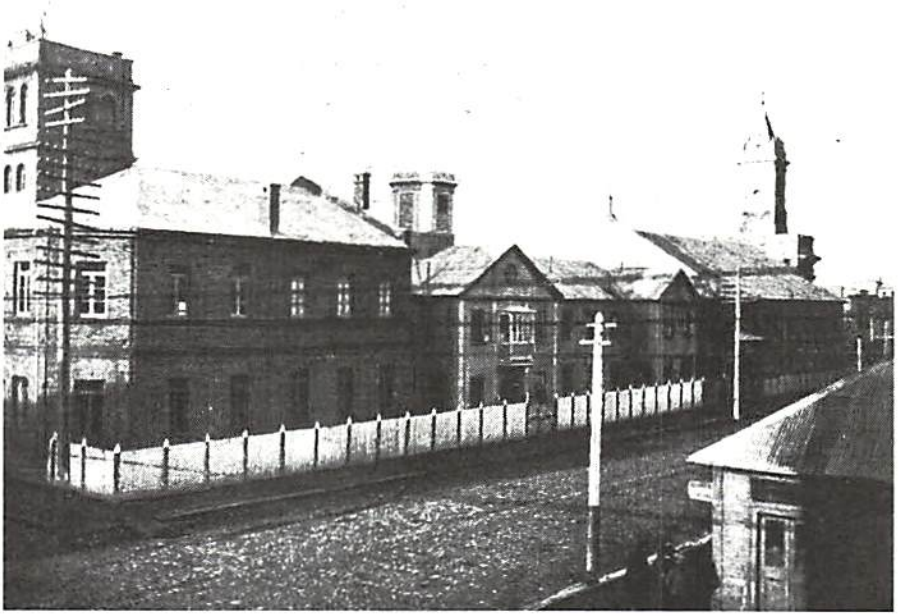
Cercano al galpón, había un corral con 150 cabras y carneros. A los carneros parecía que les gustaba dar fuertes cabezazos contra las paredes de nuestro pobre galpón. No pasaba un minuto sin que uno u otro golpeara la pared del galpón con sus cuernos, provocando un ruido que parecía la explosión de una bomba o el retumbar de un cañón. Gallos y gallinas, que estaban en nuestro mismo galpón, asustados por esos golpes continuos, cacareaban. Tres perros grandes no hacían otra cosa que ladrar. Las vacas y toros mugían. Las ovejas balaban y algunos gatos maullaban. Y por si todo eso no bastara, se oía también el grito desagradable de una lechuza doméstica, encerrada en una jaula, que nos irritaba mucho. ¡La



Punta Arenas, Museo Territorial Salesiano. (F.: De Agostini)



Observatorio Meteorológico Salesiano de Punta Arenas. (F.: De Agostini)



Observatorio Meteorológico, Colegio San José e Iglesia Salesiana en Punta Arenas.

sinfonía era completa, no faltaba ningún instrumento! ¿Cómo hacer para conciliar el sueño? Esta bella música continuó toda la noche hasta que salió el sol, de modo que no fue posible cerrar un ojo ni un solo momento. En vano, dábamos vuelta de un lado para el otro sobre el piso duro, para tratar de dormir. A cada rato, un golpe fortísimo volvía a asustarnos y espantaba a Morfeo. ¡Al alba nos levantamos más cansados que el día anterior, y todos cubiertos de un polvo no muy noble!

En el Presidio Militar han construido una pequeña iglesia. El día 19 de marzo, fiesta de San José, la he bendecido bajo la invocación de la *Santa Cruz* y de la *sagrada familia*, y se celebró por primera vez el santo sacrificio de la misa, con la presencia de todos los soldados y los oficiales del presidio, y personas de los tres barrios. Fue un día de gran júbilo para todos. En el *Misionero*, donde está el Presidio Militar, las casas más los galpones, suman un total de 105, y las personas, entre autoridades, soldados, mujeres y niños, suman unos 255. Al visitar el presidio, fuimos cortésmente recibidos por todas las autoridades, comenzando por el comandante señor *Jorge H. Barnes*, hasta el último soldado. Nos esperaban desde hacía un tiempo y antes de que llegásemos, para darnos una agradable sorpresa, se habían apurado para terminar la iglesita arriba nombrada, entre *El Puerto* y el *Quemado*, y otra provisoria en el mismo presidio, adaptando un galpón muy grande para tal propósito.

Desde el día 19 de marzo y hasta el 25, fiesta de la Anunciación de María Santísima, se dio una misión bastante intensa, predicando a la mañana y a la tarde a un numeroso auditorio y haciendo catequismo durante el día para los niños. Nuestro cansancio, gracias a Dios, fue coronado por buenos sucesos. Hemos tenido la satisfacción de consolidar 7 matrimonios, de administrar el santo bautismo a 12 niños, la confirmación a 45 personas, en gran parte adultas, un discreto número de santas co-



Don Pedro Ricaldone visitando al personal y las misiones salesianas de la prefectura apostólica de monseñor Fagnano, como representante del Rector Mayor Don Miguel Rua (1909).

muniones, y muchas confesiones. No obstante, el poco tiempo que dispusimos, se pudo hacer mucho.

¡Qué mal tiempo! Un deseo insatisfecho

Deseábamos cruzar el río Santa Cruz para visitar a varias familias en la otra costa que nos esperaban con ansias, pero no fue posible. El río estaba muy crecido, lo mismo que el Gallegos, y soplaba un viento constante, muy fuerte, casi como un huracán. El comandante del presidio se ofreció a llevarnos en un barco a vela que estaba a su disposición, pero hacía ocho días que estaba en la otra costa del río y no podía volver por causa del viento. Finalmente, retornó el sábado a la tarde y volvía a partir el domingo a la mañana. Pero ese domingo, se había programado celebrar varios matrimonios y distribuir muchas primeras comuniones. Por lo tanto, no podíamos aprovechar la ocasión. Parecía un problema, pero, en cambio, fue una gracia del cielo. La mañana se presentó con cielo muy claro, el río con olas tranquilas y la atmósfera apacible, todo invitaba a cruzarlo. El barco partió, pero después de una hora empezó a levantarse un viento muy fuerte y empujó al pobre barco río arriba, casi hasta su origen, y por varios días no se supo más nada dónde había ido y cómo había terminado. Solamente se supo que no había podido desembarcar en la otra costa.

Sentimos mucho no haber podido visitar a esas familias. Intentamos pasar el río más arriba en dos lugares. Uno llamado *Casa de Ibáñez* y el otro, *isla Pavón*, cabalgando casi un día, porque, por causa del viento tan fuerte, casi no podíamos mantenernos sobre el caballo. Debíamos abrazarnos al cuello del animal y con los ojos cerrados dejar que el caballo avanzara y nos guiara, porque estábamos envueltos en una nube de finísima arena, que nos impedía ver. Nos dimos cuenta de que era imposible cruzar el río, que la crecida era tan grande (medía más de 300 metros de ancho y las olas impetuosas se elevaban en oleadas gigantescas, parecidas a las del mar en medio de una tempestad). Con gran pesar de todos, tuvimos que volver para atrás, y por el pésimo tiempo, tuvimos que quedarnos encerrados por dos días en el romántico galpón del *Quemado*, y allí tuvimos que armar nuestra carpa dentro de este para repararnos un poco del polvo. Aquel día que queríamos cruzar el río, el comisario de policía de Santa Cruz, encontrándose en la otra costa, se aventuró a venir al Presidio, pero su vida corrió gravísimo peligro. En un momento, se vio el barco a merced de la corriente. No valían para nada los remos contra la impetuosidad del agua y del viento. Por suerte, el barco dio contra unas piedras y se detuvo. Su caballo, que vadeaba el río a nado, fue arrastrado por las olas y no se lo vio nunca más. ¡Con estos ríos no se bromea!

Vuelta a Punta Arenas. Resumen del viaje

La vuelta de Santa Cruz fue rápida, como lo fue la ida, gracias a los buenos caballos que teníamos. El tiempo era limitado: solo un mes. Llegamos a Punta Arenas en la vigilia del Domingo de Ramos, justo cuando se nos necesitaba para la Semana Santa. Mientras tanto, en los últimos días del viaje, avanzaba la estación mala. Nos tocó romper el hielo de los arroyitos para lavarnos a la mañana y para hacer beber a los caballos. El viento congelaba las manos y la cara. Nosotros no teníamos tanto temor al frío, pero sí a la lluvia y a la nieve, y estas comenzaron el día después de nuestra llegada a Punta Arenas. Dos veces nos sorprendió en el camino una descarga de granizo de casi media hora. Pero el granizo *no moja la ropa*, dice monseñor Fagnano.

Sacerdote Maggiorino Borgatello

El prefecto apostólico de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego a los pies del sumo pontífice

Roma, 26 de septiembre de 1895.

Reverendísimo señor don Rua:

Ayer fui admitido a la audiencia del santo padre León XIII para informarle sobre el progreso de nuestras misiones de la Patagonia Meridional, Tierra del Fuego e Islas Malvinas. La recepción fue de lo más amable y cordial y dejó en mí un recuerdo imborrable. Expuse al sumo pontífice el estado de nuestra casa de Punta Arenas, donde tenemos colegio pupilos, orfanato, escuelas, oratorio festivo para los niños, dirigidos por los salesianos, y otras obras parecidas para las niñas del pueblo, dirigidas por las hermanas de María Auxiliadora. Describí, también, el estado de la misión de San Rafael en la isla Dawson, donde están viviendo en vida cristiana y civil cerca de 400 indios, divididos en casas de familia, para los cuales se ha hecho una escuela, una iglesia, un hospital y talleres principales. En suma, todo lo necesario para un pequeño pueblo. Luego, el santo padre me preguntó:

—¿De qué se ocupan los nuevos cristianos?

—Santo padre —respondí—, se ocupan de cortar árboles para construir caminos en la selva virgen, cuidan de las ovejas, las vacas y los caballos, y cultivan algunas hortalizas.

—¿Hace mucho frío en el invierno?

—Santo padre, este año hemos tenido 13 grados bajo cero y en el verano, uno que otro día, el termómetro ha subido hasta los 18 grados sobre cero. Pero no dura más que pocos minutos y baja rápidamente a 9 o 10 grados. Por consiguiente, no maduran los cereales y no es posible plantar árboles frutales.

—¿De qué vivían los indios antes de que ustedes fuesen allí?

—De frutos salvajes, Su Santidad; de pescados que el mar arroja hacia la playa, de moluscos, de los pájaros que pueden cazar y, especialmente, del *tucu-tucu*, una especie de topo que se asemeja al ratón.

—¡Pobre gente! ¡Qué caridad florida ejercita la congregación salesiana! ¿Cuántos salesianos hay para atender a toda la prefectura apostólica?

—Somos 30 salesianos, santo padre, entre sacerdotes, catequistas y maestros de artes y oficios, y 20 hermanas de María Auxiliadora, que atienden a las niñas y a las mujeres. Ahora he venido para buscar por lo menos 30 personas, porque tenemos que atender otra misión que ha comenzado el año pasado, y en la cual ya hay cerca de 600 indios.

—¿Esta misión está muy lejos de Punta Arenas?

—Doscientas millas, santo padre. Vamos con algún barco y llegamos por el océano Atlántico. Luego, remontamos un río unas cinco millas. Esperamos tener allí una buena población en poco tiempo. Hemos comenzado ya la construcción de todos los edificios.

—¡Qué bien que hace vuestra congregación! Está adaptada a los tiempos que corren. ¿Supone que el superior podrá darle personal?

—Santo padre, sí. Don Rua está tan comprometido en ayudar personalmente a esta misión que me asignará treinta personas.

—En esto se ve, propiamente, la bendición de Dios, por el gran desarrollo de la congregación de Don Bosco, que año a año va creciendo.

—Santo padre, bendiga a todos los salesianos y a las hermanas de María Auxiliadora, y especialmente a nuestros misioneros. Le pido, también, la bendición especial para la compañía de San Luis, del colegio Salesiano de San José en Santiago de Chile, y otra para los colaboradores salesianos de Chile.

—Oh, sí, sí, estos hacen una bella obra, manteniendo vuestras misiones y vuestros colegios. Bendigo a los colaboradores con todas sus familias, a la compañía de San Luis y a todos ustedes.

—Santo padre, mi superior, unido al capítulo de nuestra Pía Sociedad, me encargó dejar a sus pies, Vuestra Santidad, unos obsequios especiales para esta circunstancia.

—Conozco a vuestro superior y su adhesión a la santa sede, acepto con placer estos obsequios que me dan y les doy con beneplácito la bendición.

—En ese momento, me encontraba profundamente conmovido y miraba a aquel santo, nuestro pastor, como una visión del paraíso, mientras con esfuerzo intentaba impedir las lágrimas de consolación que humedecían mis mejillas.

Monseñor José Fagnano

¡Quien tiene tiempo no espera tiempo! Visitando un enfermo en Mina Rica

Punta Arenas, 2 de abril de 1896

El 7 de septiembre me vinieron a buscar para que fuese a visitar a un enfermo en la pampa, en un lugar llamado *Mina Rica.*

—¿Cómo está el enfermo? —pregunté.

—Cuando lo dejé esta mañana se encontraba en agonía —me respondieron.

—Bien, no hay tiempo que perder. Conviene partir enseguida. Será difícil llegar a tiempo.

Muy a su pesar el guía aceptó volver esa misma tarde, porque conocía los peligros y estaba muy cansado. Pero a mí me interesaba la salud eterna de aquella alma. Ensillamos los caballos y a las 3 de la tarde emprendimos viaje. Se trataba de hacer unos 50 kilómetros hasta la casa del moribundo. Ni pensar en parar en algún lugar antes de llegar. A pesar de tener que ir a lo largo de la costa del mar unas dos horas, el camino era lindo, era pleno día y el aire, templado. Pero se hizo de noche y teníamos que pasar por un pequeño bosque y después por un inmenso pantano cubierto de nieve y hielo, y atravesar algunos pequeños ríos.

Esperábamos que la luna nos diese luz y compañía. Pero el cielo estaba nublado, y apareció recién a la medianoche, cuando ya no teníamos necesidad. Una brisa fría y húmeda cortaba la cara y helaba las manos. Los caballos caminaban despacio. No se veía más que nieve, agua y una fina película de hielo que la cubría. En algunos puntos, la nieve tenía una altura de 20 cm. En otras, la altura alcanzaba los 50 cm. El terreno era ondulado y con muchas zanjas, pero el viento había cubierto todo con nieve y se veía todo plano. Uno creía estar en terreno firme, y de golpe el caballo se enterraba en la nieve hasta el vientre. A veces, se pasaba sobre charcos de agua helada, y no era raro que se rompiera el hielo y el caballo se enterrara hasta las rodillas. Todo era silencio de muerte y oscuridad profunda. Seguía al guía casi sin verlo, y si este se cayera en un pozo o por un barranco, lo hubiese dejado atrás, porque era imposible saber por dónde andaba. No se distinguía ningún sendero: se andaba a la buena fortuna.

¡Este lindo viaje duró *siete horas y media*!, es decir, hasta las diez y media de la noche, que fue cuando llegamos a la casa del enfermo. Apenas llegué, corrí directamente a la pieza del enfermo y con ansia pregunté a las personas allí reunidas, entre el temor y la esperanza:

—¿Cómo está?

—Padre —me respondieron varias voces en coro—, llegó demasiado tarde. ¡Ha muerto hace menos de una hora!

¿Cómo quedé después de aquel anuncio? Pues es más fácil suponerlo que describirlo. ¡Cuán inescrutables son los juicios de Dios! Adorémoslo sin preguntarle. He aquí un rico, a quien nada le faltaba sobre esta tierra, que tenía casas, animales, extensísimas tierras, personas a su mando y que podía ser feliz, si existe felicidad sobre esta tierra. En un principio, vivía a pocos pasos de la iglesia parroquial de Punta Arenas, donde yo lo visité más de una vez en su larga enfermedad que duró meses, exhortándolo a que pensara en su alma y recibiera los santos sacramentos. Eludía esto, pensando que su enfermedad no era grave y

postergaba día tras día el ajuste de su conciencia. Después, decidió irse al campo, a su querida *Hacienda de Mina Rica*, donde esperaba curarse en poco tiempo. Se fue a un lugar bien lejos de cualquier centro religioso, para ocuparse más de lo material que de lo espiritual, sin darle importancia al gran negocio de su alma. Al empeorar, mandó a buscar al doctor, que no podía hacer nada más por él, ¡gastó por lo menos *mil liras*, solo por el viaje de este! Y no llamó al sacerdote, que no le costaba *nada.*

Cuando se dio cuenta de que el alma estaba por irse de su cuerpo, asustado por su grave estado, suplicó que llamen a un sacerdote para que lo absuelva. ¡El sacerdote fue corriendo, aunque ya era de noche, pero no llegó a tiempo! ¡Justos juicios de Dios! Él así avisa: *¡Quien tiene tiempo no espera tiempo!* Estos pensamientos se amontonaban en ni mente, mientras las personas de la casa me instaban a que descansara y comiera algo. Recité algunas oraciones y el santo rosario en compañía de sus servidores y me fui a descansar sin comer nada. Recién a media noche, me pudieron dar un rincón en el establo con los bueyes, vacas y caballos, donde mi única consolación y compañía fue Jesús Sacramentado, que había traído conmigo en una caja de plata y que coloqué cerca mío, en el mejor lugar posible. ¡Pensaba en su humilde pesebre de Belén, donde nació en medio de animales y le dije que pasaría una noche en ese establo junto al ganado, porque no había otro lugar en los alrededores para alojarlo mejor!

Era tanto el cansancio que sentía en mis piernas, que me temblaban mucho, y el escalofrío de la fiebre me corría por todos los huesos. El frío se había apoderado tanto de mí que por un largo tiempo no pude entrar en calor. Mi cama consistía en un cuero de oveja tirado en el piso y dos mantas de lana para cubrirme. Por tres horas no pude pegar un ojo. Pero por la madrugada, dormí un poco y desaparecieron todos los males. Me levanté a las 6, celebré la santa misa en la cámara ardiente del difunto, junto a la viuda, los nietos, todos los trabajadores y los servidores del muerto. Después de la misa, la viuda, junto a sus nietos, se acercó y me contó un sueño muy significativo que había tenido durante la noche.

—Me parecía que pasaba por un puente de piedra que cruzaba un gran río, junto a mi marido. Cuando llegábamos a la mitad del puente, la parte que habíamos pasado se rompía y caía al río, mientras que permanecía intacta la otra parte que llegaba a la otra orilla. Pero con muchas grietas, tanto que parecía que se iba a caer en cualquier momento. Mi marido fue arrastrado por el agua junto con el puente. Yo permanecí en el puente que quedaba y hacía un inmenso esfuerzo para salvarme y llegar a la otra orilla, donde se veía un lugar hermoso, con un bello jardín. Mi marido, desde el fondo del río, me gritaba: «Juana, pon atención, camina con prudencia, y ten cuidado donde metes los pies, para que no te caigas también tú en este abismo». Yo sentía un sudor frío por el peligro en que me encontraba, y caminaba muy lentamente, con mucha precaución, porque en el puente había grandes grietas y agujeros. Pero, a los pocos pasos, también se cayó esta parte del puente donde estaba yo y me caí al río, y me desperté muy asustada. ¿Dígame, padre, que significará este sueño?

—Quizá, querrá significar el puente de la muerte —le contesté—, que nos debe conducir a la eternidad. De hecho, la vida está representada por un torrente impetuoso que corre a toda velocidad y la muerte por un puente, que atraviesa la vida y se mete en la vida futura. Si nuestra vida y muerte son felices y santas, entraremos en una eternidad feliz, representada por ese bello jardín que usted ha visto. Pero, en cambio, si la muerte nos encuentra en la desgracia de Dios, el puente se rompe y llegamos a una eternidad más que desgraciada, representada por la caída del puente en el río. Será que Dios le da un aviso para que usted esté bien preparada, para que en el momento de su muerte pueda salvarse.

La vuelta fue feliz, porque la hicimos en pleno día y aunque estaba muy cansado, pude ver los peligros que había pasado la noche anterior.

Sacerdote Maggiorino Borgatello

Una ilustre visita. La segunda visita de su alteza real (*S. A. R.*), el príncipe de Saboya, duque de los Abruzos

Punta Arenas, 9 de julio de 1896

El día 29 del mes pasado, anclaba en este puerto la nave real italiana *Cristoforo Colombo*, en la que viajaba como primer teniente en viaje de instrucción, S.A.R. el príncipe de Saboya, duque de los Abruzos. Ya había pasado otra vez, en abril de 1890, con el crucero *Americo Vespucci*, acompañado del ilustre conde Falicón, comandante de esta nave y vicegobernador del príncipe, y como había hecho entonces, también visitó nuestra casa y se informó minuciosamente sobre nuestras misiones. Recordaba, todavía, con mucha precisión varias cosas de su anterior visita y de haber fotografiado en nuestra casa, a tres indios jovencitos con dos gallos fueguinos. Monseñor Fagnano lo invitó a visitar la misión de San Rafael en la isla Dawson. Pero se lamentó de no poder aceptar porque tenía que regresar enseguida a Buenos Aires. Pero aceptó, y con mucho agrado, asistir al otro día y honrar con su presencia una representación dramática que nuestros jóvenes darían en su honor y de toda la oficialidad del *Cristoforo Colombo*. Vino, en efecto, a la hora establecida con el comandante y casi toda la oficialidad de la nave. Se representó *Sejano*[90] de *Lemoyne*,[91] traducido al castellano, que estuvo espléndido, por los trajes romanos que eran muy nuevos y, en especial, por las actuaciones realizadas con mucha maestría por nuestros bravos jóvenes.

En los intervalos, fueron recitadas varias poesías en italiano, español y francés, y se cantaron varios romances de monseñor Cagliero, que gustaron muchísimo, especialmente el del deshollinador, del hijo del exiliado, del marinero y del huérfano. Asistieron, también, a esta función casi todos los cónsules de las potencias extranjeras, y muchas personas de la alta aristocracia de Punta Arenas. Estuvieron todos muy satisfechos. El príncipe estaba maravillado, y no podía creer ver tanto progreso en tan poco tiempo en este pueblo.

Después del espectáculo, que duró cerca de dos horas, pasó con todos los señores que lo acompañaban a nuestro refectorio, donde se sirvió un refrigerio. Después, el príncipe quiso visitar la iglesia, las escuelas, el observatorio y el pequeño museo territorial. Este último le gustó muchísimo por las muchas curiosidades indias, y por la variedad de pájaros y mamíferos exhibidos, propios de esta región, con los cuales hemos enriquecido la muestra en estos últimos años. Dijo que le gustaba más visitar un pequeño *museo territorial*, que uno *mundial*, porque en el primero, con una

90. *Sejano* o *Sejano, una esperanza, o sea, el pasado y el presente de la Patagonia* es una obra de teatro religioso. Drama con espíritu misionero. Consta de cinco actos, con un numeroso grupo de actores. Al representarse en 1891 en Turín, fue descripta como "el grandioso drama sagrado". El público apreciaba este drama ambientado en la antigua Roma. El 29 de junio de 1895, en ocasión de la visita del príncipe Luis de Saboya a Punta Arenas, con la nave real *Cristoforo Colombo*, la obra fue representada en el colegio salesiano. El texto se tradujo al castellano y el espectáculo fue un verdadero suceso.

91. Don Giovanni Battista Lemoyne nació en Génova el 2 de febrero de 1839 y fue ordenado sacerdote salesiano el 14 de junio de 1862. Además de ser el autor de poesías, himnos, dramas y comedias de carácter religioso, se destacó por ser el principal biógrafo del venerable Don Bosco, ya que dio inicio a la monumental obra sobre las «Memorias biográficas» del santo, de la cual escribió nueve volúmenes de los diecinueve que la componen. Falleció en Turín el 14 de septiembre de 1916 a los 77 años. (N. del T.)

simple visita, uno puede darse una idea de todo lo que hay en el territorio. Mientras que en el segundo, que en general es muy grande, no sorprende ver las colecciones, porque se sabe que en todo el mundo hay muchísimas cosas curiosas. Al final del recorrido, monseñor Fagnano le ofreció varias curiosidades indias y fotografías de los salvajes, que agradeció de corazón. Al despedirse, el príncipe dijo que recordaría por mucho tiempo su visita a Punta Arenas y la bella recepción hecha por los salesianos, y nos regaló una generosa colaboración para nuestras misiones. ¡Dios se lo pague!

Sacerdote Maggiorino Borgatello

Ejercicios espirituales. Avances de la nueva iglesia parroquial

Punta Arenas, 15 de septiembre de 1897

En estos últimos días hemos ofrecido una cantidad de ejercicios espirituales a los señores y las señoritas del pueblo, que deseaban dedicar algunos días enteramente a los asuntos referidos a sus almas y a la eternidad. Unos sesenta aceptaron la hospitalidad de la casa de las hermanas de María Auxiliadora. Otros veinte venían a todas las reuniones desde su casa. Fue muy grande el bien que se hizo en esta misión. Esperamos, por lo tanto, que esto sea el principio de un gran aumento de piedad y de religión en esta población.

Hemos tenido en estos días otra satisfacción. La nueva iglesia, que desde hace algunos años estamos construyendo con paredes de ladrillo y que más de una vez fue interrumpida por la falta de medios, ahora ha llegado a construirse hasta el techo. Falta todavía el cielorraso, el piso, el revoque de las paredes, las puertas y las ventanas. Pero con la llegada del buen clima, se han recomenzado los trabajos y los primeros fueron para el altar mayor, que una vez terminado comenzará a funcionar provisoriamente en los días festivos. Se bendijo solemnemente la colocación de la primera piedra de este altar. Cosa que no se pudo hacer al inicio de los trabajos de la iglesia. Tomaron parte de esta celebración todas las autoridades civiles y militares y una gran cantidad de pobladores.

Como puede ver Vuestra Señoría Reverendísima, el Señor continúa ayudándonos aunque nos envíe muchas espinas, a veces muy punzantes, como la de la misión de San Rafael en la isla de Dawson, con respecto a la mortalidad siempre creciente de tantos buenos jóvenes que son parte de nuestra esperanza. Nos escriben desde allá:

Este año, nuestra misión de San Rafael fue visitada por el Señor con varias enfermedades que afectaron a los jóvenes, muchos de los cuales fueron llevados al cielo de la mano de la muerte. Este año, murieron 22 y todos eran realmente dignos de adornar el trono celestial del cordero divino, por su belleza y candor.

Estos primeros frutos de la santidad, inmolados en aras de la naciente religión cristiana en estas tierras, serán fecundados de gracias especiales en favor de estos pobres indios, y esperamos con plena confianza, que estos santos jovencitos que volaron de la tierra al cielo, derramen en abundancia, divinas bendiciones sobre sus parientes y compatriotas.

El Señor lo da, el señor lo quita. Sea siempre hecha su santa voluntad. La salvación eterna está asegurada y esto nos consuela en el dolor.

Sesenta y dos días de misión por la Pampa Meridional. Desde Punta Arenas a San Julián. Un viaje a caballo de 3800 km

Punta Arenas, 19 de marzo de 1898

La obediencia me enviaba por tercera vez a hacer la misión en el campo, y fui con mucho placer, sabiendo por experiencia lo de-

seada que era la visita de los misioneros por parte de todos los habitantes esparcidos en el vasto desierto de la Patagonia, y cuánto bien se le hacía a esas almas cada vez que nosotros íbamos. No ignoraba las dificultades y las tareas que requieren estas excursiones, que se deben hacer solamente a caballo, por la dificultad topográfica del terreno, y porque no hay caminos de ninguna clase. A pesar de esto, algunos lo consideran como un agradable entretenimiento. Me fue asignado por compañero el querido hermano don Vicente Giacardi, quien, al saber bien inglés, instruía en la verdad católica y administraba los santísimos sacramentos a los ingleses católicos que son muchos en este lugar. De hecho, fue recibido por todos ellos (incluso por los no católicos) con verdadero entusiasmo, porque muchos de los primeros, desde hacía mucho tiempo deseaban llevar a cabo sus prácticas de piedad y recibir los santísimos sacramentos. Pero al no poder expresarse en otra lengua que no sea la suya, no lo podían hacer por falta de sacerdotes que supieran inglés.

Una buena señora irlandesa, muy vieja y un poco enferma, que al verla cualquiera diría que era el verdadero retrato de la reina Victoria de Inglaterra, no podía contenerse de alegría cuando vio al sacerdote y lo escuchó hablar la lengua de su querida patria:

—¡Ah! —exclamó—. ¡Cuánto le pedí al buen Dios...! ¡Todos los días rogaba que antes de morir, el Señor me mandase un sacerdote católico inglés para poder recibir los santísimos sacramentos y él me escuchó! ¡Bendito sea, ahora y siempre! —Y surgieron de sus ojos, cálidas lágrimas de compasión y de reconocimiento. ¡¿Quién diría con cuánta devoción esta mujer recibió el pan eucarístico?! Parecía estar en un dulce éxtasis de amor, fuera de sí, por tanta alegría, y repetía—: ¡Ahora sí que moriré contenta! ¡Venga cuando quiera la muerte, que no me dará miedo!

Quiso que se bendijese un terreno que había elegido para ser sepultada, para reposar, decía ella, en tierra bendita y a la sombra de la cruz. Llena de viva fe, se proveyó de mucha agua bendita, escapularios, rosarios, medallas... ¡Qué raras son las almas tan fervientes de amor a Dios, llenas de fe y de verdadera piedad, en estos tiempos que corren!

Sería muy largo si tuviese que describirle el viaje día por día. Me limitaré a contarle las cosas más importantes y a decirle los lugares en los cuales hemos estado. Donde nos quedamos más tiempo fue en Gallegos (8 días) y en Santa Cruz (6 días). En los otros lugares estuvimos solo un día o dos, porque no podíamos disponer de más tiempo. Gracias a los buenos caballos que teníamos y de haber encontrado, además, siempre buena gente, que conocíamos de años anteriores y que nos prestaban caballos descansados, pudimos recorrer en solo 62 días, unos 3800 km, entre ida y vuelta, como se pude ver en la carta topográfica publicada últimamente en Buenos Aires, de la cual traíamos una copia, para conocer los lugares donde habitaban los inmigrantes y los caminos a recorrer. Teníamos 14 caballos y los que nos prestaron en distintos lugares, que sumaban 46. Algunos los debimos abandonar en lugares desiertos, porque se quedaron sin fuerzas. Otros se perdieron, porque se alejaban del grupo sin que los volviéramos a encontrar.

Algunas veces, nos acompañaban propietarios de estancias buenos y ricos que nos dejaban hasta 20 o más caballos de reserva. Otras veces, los mismos indios tehuelches, que cambiaban de lugar para vivir, venían con nosotros con 50 o más caballos, y cuando cualquier caballo se cansaba, lo cambiábamos rápido por otro descansado y adelantábamos mucho camino. No se perdía ni un minuto, a pesar de que a veces nos sorprendía un huracán, lluvia, granizo o un viento furioso. En los últimos días, se hacía sentir mucho el frío y tuvimos, también, nieve. A pesar de todo esto, nuestra salud siempre fue buena. En Gallegos, visitamos al señor gobernador del Te-

rritorio, Dr. Matías Makinlay, quien vive allí desde hace 7 meses. Desde la muerte de su antecesor, el señor general Mayer, que nos quería mucho, fuimos recibidos con toda gentileza y quiso que nos alojemos en la Secretaría de Gobierno y fuésemos a comer con el comandante de la policía y el señor juez. Aceptamos con placer la invitación.

El señor gobernador, por su trato nos pareció una óptima persona, y de muy buena presencia, de modos corteses y educado. Habla bien italiano, español, francés e inglés. Con nosotros, prefería hablar italiano, sabiendo que éramos *hijos de la bella Italia*, como decía él, porque la quería mucho. Tiene un hijo en un colegio de los jesuitas en Buenos Aires, una hija en el colegio de las hermanas del Sagrado Corazón y dos hijos menores con los salesianos, en el Colegio Pio IX. Todos en Buenos Aires. Conoce muy bien a los salesianos y los ama y estima. Desea que los salesianos se establezcan pronto en Gallegos y nos prometió ocuparse personalmente ante el Gobierno de la Nación, para pedirle que nos ayude a edificar una iglesia y una escuela para nosotros y una casa con una escuela para las hermanas de María Auxiliadora para la educación de los niños.

Realmente sería necesario que hubiese un sacerdote permanente, porque la población crece notablemente día a día. Hay unas 150 casas, con más de 500 personas estables, sin contar con las zonas aledañas, en las que debe haber otro tanto. El pueblo tiene vida propia por el movimiento que hay en el campo, porque es el centro del embarco y desembarco de mercaderías. Monseñor Fagnano, hace ya un año que hubiese querido enviar dos sacerdotes, si los hubiese tenido disponibles y si la situación económica lo hubiese permitido. Ahora tengo la esperanza de que se pueda contar con sacerdotes. La divina Providencia pensará el resto, porque, a mi juicio, hay verdadera necesidad de asistencia religiosa en ese pueblo, porque muchos mueren sin recibir los santos sacramentos y muchos terminan perdiendo la fe, porque se ven abandonados a su suerte.

Los ministros protestantes de Punta Arenas y de Buenos Aires aprovechan la ausencia de sacerdotes católicos para difundir ampliamente sus pestíferos errores y para hacer proselitismo con visitas frecuentes al lugar, a los alrededores y al campo. Afirmándose así e induciendo a los católicos a adherirse a su secta. Algunos habitantes de Gallegos, al vernos con boinas de viaje, hechas a la inglesa, nos preguntaban si éramos ministros protestantes o católicos. Respondíamos que, por gracia de Dios, éramos sacerdotes católicos, apostólicos y romanos, que no tuviesen temor de nosotros. Ellos se alegraban porque también eran católicos y comenzaron a asistir a nuestras funciones sacras. En Gallegos, celebramos y pudimos bendecir 5 matrimonios, administramos 19 bautismos, muchas confirmaciones, confesiones y comuniones, y entre estas últimas, 10 eran por primera vez. Todos los días, celebrábamos la santa misa a las 9 de la mañana, para que todos puedan concurrir a escucharla. Después de la misa, a la tarde, se daba instrucción religiosa a los concurrentes.

En esos días, en Gallegos, se encontraba el *contralmirante de la Marina de la República Argentina*, el señor *Sollier*, que había llegado para visitar el pueblo y los alrededores. Valiente marino que viajó a Buenos Aires en un *cúter* proveniente de un naufragio, que el mar había arrojado a la playa del río Gallegos. Lo hizo reparar completamente e hizo la travesía. Tratándose de un personaje como el señor *Sollier*, que puede disponer de cualquier nave de guerra por ser un *contralmirante*, es digno de admiración el hecho de haber afrontado valientemente un viaje tan largo en un cúter de madera tan pequeño, desprovisto de toda comodidad. Nosotros lo visitamos y bendijimos el cúter.

Al ir a visitar al prefecto del puerto, encontramos al señor *Sollier*, que nos dio la

bienvenida con mucha cortesía y amabilidad, como si fuésemos sus amigos y quiso que al día siguiente almorcemos con él y el prefecto del puerto. Aceptamos la invitación y quedamos encantados con este hombre, al ver sus cualidades como político y hombre de mar. Habla tan bien el italiano, que creí que era nacido en Italia. Además, sabe bien el inglés y el francés. Conoce y quiere mucho a los salesianos: aprecia mucho su obra en la República, especialmente, a favor de la juventud pobre, y lo que están haciendo en la Patagonia y en Tierra del Fuego, a favor de los indígenas y de los inmigrantes europeos.

En Gallegos, hay tres negocios muy grandes y espléndidos, donde se encuentran todas las cosas necesarias para vivir, tanto alimentos como ropa, calzado, herramientas para el campo y para las naves, etc. Hay muebles comunes y muy lujosos para el gusto más refinado, como en las metrópolis de Europa. Hay, además, dos grandes hoteles y cafés de primer nivel, muy elegantes. Otros negocios pequeños y tabernas secundarias. Esto es prueba de que el pueblo va creciendo, porque hace unos años no existía nada de esto. También Santa Cruz progresa, pero no como Gallegos. Allí vive el gobernador del Territorio de Santa Cruz con todas las autoridades gobernativas. Su falta de progreso se debe, en parte, al pésimo estado de las tierras circundantes, que parecen maldecidas por Dios. La aridez del terreno, la pobreza casi total de la vegetación, la falta de buenos pastos para los animales, falta de combustible, etc. El viento incesante, casi furioso, que sopla allí asusta a cualquiera que por primera vez llega a esas playas desiertas y lo aleja. Los pocos habitantes que viven allí, tienen la esperanza de enriquecerse con sus tabernas, negocios de comestibles o de otras cosas, a costa de los aventureros y de los habitantes de los campos circundantes que, por necesidad, deben ir al pueblo de Santa Cruz, por las mercaderías de exportación e importación que llegan a su puerto. No es de sorprenderse que el pueblo crezca lentamente, aunque sea puerto de mar y esté muy alejado de otros puertos y sea casi un destino portuario obligado. Vi muchas casas de sociedades y de privados, y negocios que antes no existían.

El Presidio Militar fue mudado del barrio llamado *Misionero*, porque faltaba agua potable, elemento necesario en la economía doméstica, y fue transferido a Ushuaia, en la Tierra del Fuego. Con varias casas de madera que estaban en el Presidio, el Gobierno hizo construir por unos marineros, una iglesita de 20 m de largo por 8 m de ancho, con una pequeña sacristía de 2 m por 6 m, a mitad de camino entre el barrio *El Puerto* y *El Quemado*, para que sea cómodo para los dos centros habitados. Pero, en realidad, está tan distante de uno como del otro y no beneficia a ninguno de los dos. Además, la iglesita está tan mal hecha, que no tardará mucho tiempo en arruinarse. Los buenos cristianos de Santa Cruz esperaban con ansia la venida del misionero, para que bendijese la nueva iglesia y la inaugurarse para el divino culto. Esta ceremonia religiosa tuvo lugar el 10 de febrero, con la presencia de casi toda la población. Durante la misa se comulgaron 15 personas, de las cuales ocho era la primera vez en su vida que lo hacían, aunque ya estaban entradas en edad. Ahora quieren que un sacerdote se establezca para siempre con ellos, para darles alivio en vida y consolación a la hora de la muerte. ¡Dios escuche cuanto antes sus pedidos!

En Santa Cruz, administré 14 bautismos, 26 confirmaciones, escuché varias confesiones y distribuí muchas santísimas comuniones. También bauticé, administré la confirmación y le di la primera comunión a una buena niña de diez años, cuyos parientes, por ser medio protestantes, se habían opuesto hasta ahora al ardiente deseo de la niña de recibir estos sacramentos. Fue un triunfo de la divina gracia sobre aquellos corazones, debido a la oración y a la súplica incesante de una buena familia española, en la casa de quienes nos alojamos, cada vez

que debemos quedarnos en Santa Cruz. Como premio, Dios permitió que la madre de esta familia fuese la madrina de la niña bautizada, y de este modo, pudo tenerla cerca como una hija adoptiva. Para bien de la pía niña, que podrá estar bajo la mirada y los buenos ejemplos de su madrina, quien la instruirá en la verdad de nuestra santa religión.

Don Vicente Giacardi no pudo continuar el viaje, por las dificultades de andar a caballo, y porque tenía que volver para el 1.º de marzo a Punta Arenas, porque debía comenzar la escuela como profesor de inglés. Así que aprovechó el vapor del gobierno argentino, *el Villarino*, que en aquellos días debía zarpar para Punta Arenas. Mientras él se embarcaba, yo cruzaba el río Santa Cruz a 18 leguas de la desembocadura, para recorrer la pampa hasta San Julián y remontar hacia la *Cordillera*. Era el primer día de marzo. Hasta ahora, todo había funcionado discretamente bien, a excepción de habernos perdido una vez en la pampa, pero afortunadamente en un lugar donde había pasto y agua para los caballos, y de habernos sorprendido un gran temporal por casi dos horas, con agua, granizo y viento, en un lugar donde no había ningún reparo. Sin embargo, no faltan notas discordantes en estos largos y fatigosos viajes y no tardaron en hacerse sentir, incluso antes de cruzar el río Santa Cruz.

Mientras nos acercábamos al lugar donde debíamos cruzar el río, pasamos por una casa a pocos kilómetros de allí, que se veía desde el camino, donde había dos niños sin bautizar y sus padres eran argentinos católicos. Para no perder tanto tiempo en desviarnos del camino con todas las cosas, caballos y equipaje, le di la orden al guía, de seguir el camino con la caravana hasta el lugar de paso, llamado *Ibáñez*, mientras yo con otro joven iríamos a esta casa para hacer estos dos bautismos y después nos reuniríamos enseguida para cruzar juntos el río. Pero mis cálculos fallaron. El Señor así lo dispuso para poner a prueba mi paciencia y resignación, dándome motivo para sufrir un poco por su amor. Al llegar a la casa, fuimos recibidos discretamente bien, pero por más que hicimos exhortaciones a los padres para inducirlos a que consideraran la posibilidad de que yo les administrase el santo bautismo a las dos criaturas, que ya tenían algunos meses, no me fue posible obtener su permiso, aunque se preciaban de ser católicos. La causa que aducían era, simplemente, que querían hacerlos bautizar en Buenos Aires, donde estaban sus parientes, para poder hacer una fiesta con los padrinos etc. Quizá, en pocos meses o a lo sumo en un año se trasladaran a Buenos Aires para tal fin. Objeté que en tanto tiempo, esas criaturas podrían morir y quedar excluidas del paraíso, por no tener el santo bautismo. Pedí al menos que se me permitiese darles el agua bautismal y después en Buenos Aires podrían cumplir con la ceremonia. ¡Ni siquiera eso me permitieron! Sentí un gran disgusto por tanta obstinación que causaba daño a aquellos dos pobres niños, que estaban bajo la tiranía del demonio, cuando hubiésemos podido transformarlos fácilmente en hijos de Dios: era un desprecio a la gracia de Dios el no hacer caso al sacramento de la regeneración. Querían hacer una fiesta... eso era todo.

Con esta amargura en el corazón, salí de la casa y me dirigí hacia el río, buscando la casa de Ibáñez, que estaba situada en la costa opuesta. Era el anochecer, el cielo estaba triste y se respiraba un aire frío y húmedo, no veía el momento de estar en la carpa o quizá mejor, al lado del fuego en la misma casa de Ibáñez, quien tiene el oficio de *Caronte*, transportando los pasajeros sobre su miserable barcaza, construida en los tiempos de Noé. En vano iba por la costa del río buscando la casa, nuestros caballos y al guía; la niebla y el viento, que me envolvían en una nube de polvo y la oscuridad me impedían ver las cosas y, además, por todos lados reinaba el más profundo silencio. Por más de una hora anduve con el jovencito para arriba y para abajo, por el borde del río, llamando

en voz alta al guía por su nombre, pero ninguno respondía. Hicimos más de una vez el camino desde la *Salina* a *la isla Pavón*, sin encontrar ni un alma en nuestro camino. Finalmente, a las 9 de la noche, en la oscuridad profunda, sin ver el camino y estando con nuestros caballos cansados y con hambre, a pesar nuestro, nos quedamos en un lugar desierto a pasar la noche, sin la carpa ni nada para cubrirnos, con el viento fuerte y frío, que helaba el sudor que corría por todo nuestro cuerpo.

Nos ubicamos frente al islote Pavón, al pie de un arbusto de espinas largas y punzantes, llamado *incienso* por los indígenas. Usamos las sillas de montar como almohada y atamos los caballos con las riendas al mismo arbusto, porque no teníamos otras cuerdas para atarlos mejor y más seguros. Acostados en el suelo, a cielo abierto y con la cabeza apoyada sobre la silla de montar, intentamos dormir: pero fue en vano. Teníamos hambre (porque no habíamos comido nada desde las 9 de la mañana); el movimiento de los caballos, inquietos porque también ellos tenían hambre; la dureza del piso y, además, el frío que helaba los huesos alejaban de nosotros el sueño tan esperado. Fue providencial el no haber podido dormir. De otro modo, hubiésemos perdido nuestros caballos y nos tendríamos que haber quedado solos en ese desierto, porque cerca de la medianoche, primero uno y después otro consiguieron romper las ataduras que los tenían prisioneros e intentaron escaparse. Nos dimos cuenta en el momento y enseguida los seguimos, los agarramos y los atamos mejor para que no se vayan más. De otra forma, hubiese sido una gran desgracia para nosotros. Cerca de las dos de la madrugada cesó el viento y cerca de las tres comenzó una lluvia fina. Entumecidos de frío y mojados por la lluvia, decíamos: «¡Pobre de nosotros! ¡Si no morimos esta noche por este cansancio será una gran misericordia!».

Esa noche nos pareció eterna. ¡No se hacía más de día! Con las primeras luces, ensillamos inmediatamente nuestros caballos y estuvimos listos para comenzar nuevamente el viaje. Hicimos apenas unos pocos centenares de metros, y nos encontramos con otro pobre hombre perdido, que también había pasado la noche a merced del viento y de la lluvia, y nos consolamos mutuamente. Era un guardia de policía del campo. La Providencia lo ponía frente a nosotros, para enseñarnos el camino y guiarnos hacia nuestros caballos y al guía, que estaban en un barranco, al reparo del viento. Todos juntos con el guardia, cruzamos el río Santa Cruz.

El cruce lo hicimos sobre la vieja barca de Ibáñez, que hacía tanta agua por sus miles de fisuras, que se necesitaba un hombre para ir sacándola. Este trabajo lo hacía usando una cubeta y la llenaba a cada rato. De lo contrario, se hundiría. La corriente del río era tan rápida que poco servían los remos y la barca era empujada con furia y no se podía llegar a la otra costa. Las olas se cabalgaban unas sobre otras, invadiendo también la barca. Nuestros caballos cruzaron el río a nado y la barca, finalmente, llegó a la costa, pero a gran distancia de la casa de Ibáñez, porque fue empujada por la corriente. Continuó lloviendo casi todo el día, y después se levantó nuevamente viento que secó nuestras ropas.

Otra espina, la tuvimos dos días después, con la desaparición de una mula, que nos era muy necesaria para llevar todo nuestro equipaje, y que no pudimos encontrarla más. Durante la noche quedó atada a un arbusto, pero a la mañana siguiente, cuando fuimos a buscarla, ya no estaba. Con toda probabilidad, pensamos que nos la había robado la misma familia que nos había alojado, porque tenían fama de ladrones de animales, sobre todo de mulas y caballos. Se confirmó nuestra sospecha, por el hecho de que esta misma familia avara, al vernos tristes e impotentes por tener que reiniciar nuestro viaje sin la mula, con generosidad inusitada nos regaló un caballo, que no valía, por cierto, ni siquiera la mitad de nuestra mula, pero nos permitía al me-

nos alejarnos de esa casa. Diez días después, por la poca atención de nuestro guía, se escaparon dos caballos, de los mejores que teníamos, y no los pudimos encontrar más. Así que estuvimos obligados a pedir otros prestados a algunos propietarios de estancias.

Continuamos nuestro viaje por otros 15 días hasta *San Julián*, *Corpen-Aike*, sobre la costa de los ríos *Séhuel* y *Chalía* (que desembocan en *río Chico*, en Santa Cruz) hasta llegar cerca de la Cordillera. La divina Providencia, a la que siempre nos encomendamos en estos viajes fatigosos y llenos de peligros, nos salvó una tercera vez de perdernos en la pampa. Pero antes, puso a prueba nuestra confianza en ella. Otras dos veces nos perdimos, sin saber hacia dónde dirigimos y sin poder preguntarle a nadie la dirección que debíamos tomar, porque los lugares son muy desiertos. La primera, entre Santa Cruz y *Coyle*. La segunda, entre Gallegos y el río Zurdo.

La primera vez, después de un día entero de viaje, con viento fuerte y mucho frío, bajando por profundos barrancos y subiendo por colinas empinadas, nos encontramos perdidos a la noche, en un lugar solitario sin saber a dónde iríamos a parar. Pasamos la noche allí, en nuestra carpa y a la mañana siguiente, nos dispusimos a marchar hacia el mar, aunque estaba muy lejos, para tratar de orientarnos. Estuvimos así, a la deriva, por algunas horas y nos encontramos con la casa de un inglés, que habíamos buscado inútilmente el día anterior, para administrar un bautismo y regularizar un matrimonio. Con la casa, encontramos también el camino que nos conducía a *Coyle*. La segunda vez, nos sirvió providencialmente para encontrar un caballo que se había escapado desde Gallegos y que habíamos buscado en vano por mucho tiempo. Andábamos a la aventura, sin saber a qué lugar dirigirnos y nos encontramos con una gran cantidad de caballos que pastaban en un valle sin ningún pastor que los cuidara. Para nuestra sorpresa, encontramos entre esos caballos, al nuestro, casi un mes y medio después de haberse fugado, y que ya no contábamos más con encontrarlo. Lo agarramos y nos fue muy útil para continuar nuestro viaje.

Estando en plena pampa, donde no había casas ni indios a quienes pedirles un poco de comida, la Providencia nos favoreció a menudo con el alimento necesario. Sin fusiles ni armas de ninguna clase y con la ayuda de un perro, pudimos cazar un avestruz y, otra vez, tres guanacos, tres cisnes y varios patos salvajes. Debemos agradecerle mucho a la divina Providencia por habernos concedido siempre óptima salud y por habernos preservado de muchas desgracias, a pesar del mal tiempo que a menudo nos tocó, de dormir muy mal y de los muchos peligros a los que estuvimos expuestos. Una vez, fui tirado con ímpetu del caballo, en un terreno durísimo. Fue el 13 de marzo, cinco días antes de volver a Punta Arenas. Golpeé con la espalda y quedé aturdido por varios minutos, casi sin sentir nada y sin poder moverme. Pero, afortunadamente, no tuve ninguna lesión o rotura de huesos, excepto un moretón en una pierna y dolor en la zona renal, que se curó en 20 días. Podría haber sucedido algo peor, por el modo en que caí.

En todos los días de la misión y del viaje, pude siempre celebrar el santo sacrificio de la misa. Cuando no era posible en público, lo hacía en privado. En las *chozas* de los indios, se construía un altar con bolsas llenas de pieles de guanaco o de plumas de avestruz. Se ponía sobre estas la piedra sagrada y se cubría todo con una tela de seda y la manta blanca que traíamos. Muchas veces me tocó tener que celebrarla dentro de una choza tan baja, que no era posible tener la cabeza erguida, y todo el tiempo debía estar con la cabeza inclinada.

Sacerdote Maggiorino Borgatello

Consagración del Territorio de Magallanes al Sagrado Corazón de Jesús

El día 10 de septiembre, fiesta del santísimo nombre de María, después de un solemne triduo de preparación, con la exposición del santísimo sacramento durante la mañana y con la presencia de muchas personas, tuvo lugar la consagración de todos nosotros, de la población, de la ciudad y de los pueblos vecinos, e incluso de toda la Patagonia Meridional, Tierra del Fuego e Islas Malvinas, al amabilísimo Corazón de Jesús. Después del Evangelio de la misa solemne, ante el santísimo sacramento, adornado con muchas velas, monseñor Fagnano dio un elocuente discurso y pronunció en voz alta la fórmula prescrita del papa, traducida al español, que fue repetida palabra por palabra por toda la gente. En ese instante, todas las campanas sonaron festivamente, para anunciar a la distancia el gran acto que se estaba cumpliendo, y para invitar a asociarse a este júbilo universal de la consagración al Corazón de Jesús. Fue un momento solemne y de gran emoción para todos. Muchos lloraban de emoción. Después de la misa, se cantaron las letanías del Sagrado Corazón de Jesús y se impartió la Bendición con el santísimo sacramento. Esta bella celebración hará historia en este pueblo. En memoria de este acto, se colocó una lápida de mármol sobre el frente de la iglesia como recuerdo para la posteridad. En esta ocasión, concurrieron muchas personas para recibir los santísimos sacramentos, que hacía muchos años que no los recibían. Durante el triduo y la fiesta, se hicieron más de *cuatrocientas comuniones* que, para Punta Arenas, es mucho decir.

Jesús Bendito quiera, de verdad, reinar en todo el mundo y en todos los corazones, pero en modo particular en esta pobre ciudad, y en todas estas remotas poblaciones, que hasta hace poco tiempo estaban bajo la sombra de la muerte y bajo el yugo tiránico del demonio. ¡Sepan todos los pueblos de la tierra, lo dulce y suave que es el yugo de Jesucristo, y los que se encuentran felices bajo este yugo, que se dejen gobernar por su corazón muy manso y muy humilde!

Los arqueólogos y naturalistas de Bélgica que vuelven de su exploración al Polo Sur

Punta Arenas, 5 de abril de 1899

Hace 15 meses (hacia la mitad de diciembre de 1897 y hasta el 26 de marzo de 1899) pasaba desde Punta Arenas una comisión de arqueólogos y naturalistas de Bélgica, que se dirigían al Polo Sur a bordo la nave *la Belgique*, para explorar aquella región hasta ahora desconocida. Visitaron la misión salesiana de la isla Dawson, donde tomaron muchas notas sobre los indios y estudiaron la flora de aquella isla. Desde aquel momento, no se había sabido nada más de aquella expedición. Se hacían miles conjeturas diferentes sobre su suerte, pero todas eran solo hipótesis. Había quién decía que la nave se había destruido al chocar contra una roca. Otros, que se había perdido entre los témpanos o que la tripulación entera se había muerto de hambre. Especialmente aquí, en Punta Arenas, se hacía una gran cantidad de conjeturas sobre la suerte de esta nave. Pero ninguno sabía nada de verdad. Había incluso quien aseguraba haber encontrado una parte de la nave en las cercanías del *cabo Pilar*, indicio cierto de su naufragio y del mísero final de aquellos valerosos arqueólogos. Finalmente, el 26 del pasado mes de marzo, cerca de las 10 de la mañana, la nave *Belgique*, inesperadamente, hacía su ingreso triunfal en el puerto de Punta Arenas con la tripulación completa.

Fue una fiesta y una alegría general en toda la ciudad. Muchísima gente se apresuró a ir a la playa e invadió el muelle de pasajeros, para saber cómo había ido aquella expedición, si retornaban todos los exploradores, si había algún herido o enfermo a bordo, etc. Se esperaba con ansia que los

navegantes de *la Belgique* descendieran a tierra. Las primeras seis personas que desembarcaron fueron rodeados por la multitud que los acosó con preguntas sin darles tiempo a responder. Los arqueólogos visitaron a todas las autoridades civiles, y después vinieron también a visitar nuestra casa, el colegio, el observatorio meteorológico, el museo, etc. Donde quiera que ellos fuesen, una multitud los acompañaba con demostraciones de gran simpatía y alegría. Nos dejaron para nuestro museo recuerdos de *mineralogía* que recogieron en la exploración de aquellas tierras extremas. Algo que les agradecimos muchísimo.

He aquí las noticias que dieron de su viaje:

La nave *Belgique* se internó hacia el Polo Sur hasta llegar al grado 72. Allí permaneció bloqueada por el hielo. El mar se congeló y la nave permaneció encerrada y retenida por los hielos por casi 13 meses, sin poder moverse. Sobre el mar congelado, se acumuló una gran cantidad de nieve, con una capa de más de un metro. Se tomaron varias fotografías donde se observa a la nave *Belgique* enterrada, casi enteramente, en el hielo y en la nieve. En estas fotografías, se ven muchos hombres alrededor de la nave, sobre la nieve, como si estuviesen sobre tierra firme y no sobre el mar. Otras fotografías muestran a hombres sobre trineos tirados por perros, siempre sobre el mar helado.

Los arqueólogos están de acuerdo en decir que el frío del Polo Sur, al menos donde ellos estuvieron 15 meses e hicieron las observaciones, no es tan intenso como el del Polo Norte. La media sería solo de 20 °C bajo cero, con una temperatura máxima de 5 °C sobre cero y mínima de 43 °C bajo cero. Pero, por el contrario, el clima es muy variable e inconstante. A la vuelta, notaron que en solo tres horas, hubo un cambio de temperatura extraordinario, por ejemplo, de 43 °C bajo cero a solo 5 °C bajo cero y viceversa. Contaron, además, que a menudo soplan muy fuertes vientos y que son comunes las nevadas y las tempestades. Por tres meses, casi no vieron la luz del día, con noche perpetua, y por otros tres meses, casi no vieron la oscuridad, porque el día era continuo. No encontraron habitantes de ninguna especie. Los pingüinos y las focas son los únicos seres vivientes que pueblan aquellos lugares. Por falta de víveres, la tripulación muy a menudo tuvo que alimentarse de estos animales, aunque su carne es poco agradable al paladar, muy grasa, nauseabunda y de feo olor.

Desembarcaron en más de veinte lugares diferentes. Practicaron excavaciones, haciendo agujeros profundos sobre el hielo en diferentes lugares, para asegurarse si realmente se encontraban sobre el mar o sobre tierra firme. En general, estas tierras están cubiertas de roca durísima, revestida de musgo verde o de líquenes secos. No vieron vegetación de ninguna clase por el intenso frío y la inconstancia del clima. Dijeron, además, que aquellos lugares no podrían ser habitados por los europeos y que no convendría aventurarse allí con el solo fin de pescar, por los muchos peligros que se pueden correr. La nave *Belgique* golpeó más de una vez en montañas de hielo a la deriva y dicen que solo una estrella amiga los hizo salvar y los liberó de un naufragio seguro.

Esa estrella amiga fue ciertamente María Santísima, estrella del mar, a la cual ellos tanto le habían encomendado a sus seres queridos, y muchos amigos le rezaban siempre por ellos. Durante todo el peligroso viaje, murieron tres hombres de la tripulación durante la permanencia en el Polo Sur. Uno fue el doctor *E. G. Raconitza*, naturalista belga, persona muy buena y simpática, que ya sufría problemas de corazón y fue sepultado en los hielos del Polo Sur. El segundo fue un arqueólogo, también belga, que cayó al mar por los movimientos de la nave y el tercero murió de neumonía.

Dos meses de misión por el campo de la Patagonia Meridional. Desde Punta Arenas a San Julián

Punta Arenas, 25 de marzo de 1900

Estoy de vuelta de la misión campestre que cada año se suele hacer en la Patagonia Meridional y que esta vez duró 63 días. Salí de Punta Arenas el 18 de enero, en compañía del querido hermano clérigo José Mosso y de dos buenos jóvenes, Rosauro Navarete y Samuel Venegas, y 16 caballos. La primera etapa fue al *Paso del Avestruz*. A la mañana, una vez celebrada la santa misa, a la cual acudió toda la familia, y después de bautizar a un niño, continuamos nuestro viaje. Costeamos el mar, pasamos por *cabo Negro*, donde hay algunas casas de colonos europeos y un hotel francés, cerca de un bellísimo lago de agua dulce. Atravesamos el *río Pescado*, que tiene poca agua, y arribamos a *Cabeza del mar*. Así se llama un gran lago que se asemeja a una cabeza de hombre que tiene por cuello un estrecho canal que lo pone en comunicación con el mar. De aquí pasamos por *Piquet Harbour* y paramos en *Oazy-Harbour*.

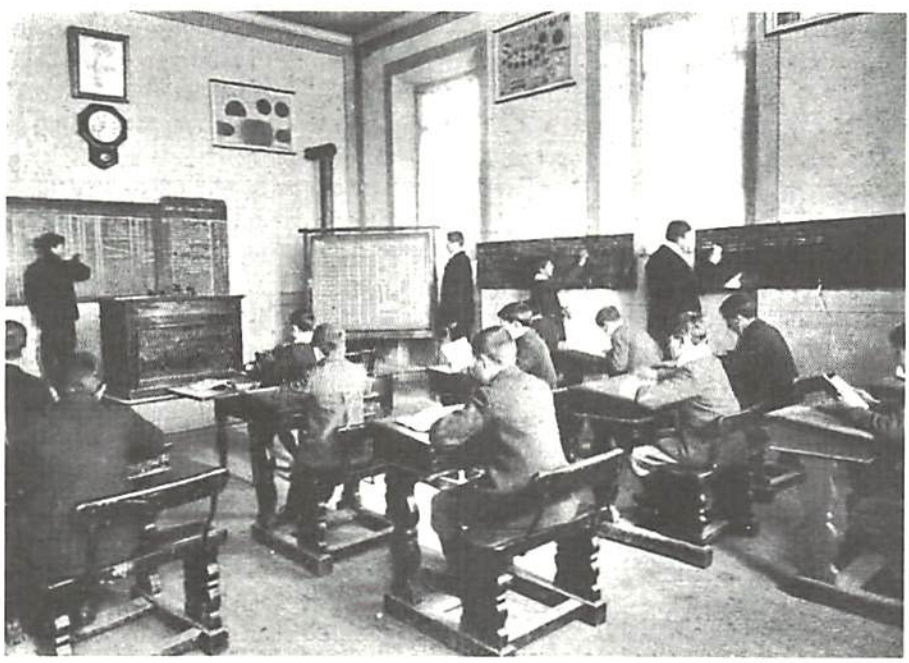
Al día siguiente, siendo domingo, nos quedamos todo el día para dar al público la oportunidad de asistir a las sagradas celebraciones religiosas y a la instrucción catequística. Por la mañana del siguiente día, dejamos las costas del estrecho de Magallanes y nos dirigimos hacia el interior, por la inmensa planicie que se extiende hasta Gallegos y, al anochecer, llegamos a *Dinamarquero*, una gran estancia de un rico holandés católico, un cierto Cameron, el cual tiene una numerosa familia y sirvientes. Allí fuimos hospedados con cierto respeto y tuvimos campo propicio para ejercitar nuestro sagrado ministerio. Desde *Dinamarquero* nos dirigimos hacia *Seaike*, pero al no haber camino ni sendero que conduzca hasta allí, y al no ser posible orientarse en esta vasta llanura, donde el viento soplaba levantando mucho polvo y el sol se había escondido entre las nubes, anduvimos más de una hora vagando a la deriva y nos sorprendió la noche en el desierto, sin agua ni pasto para nuestros caballos.

Cuando estábamos armando nuestra carpa para pasar la noche, llegó un hombre a caballo que nos invitó a ir a su casa, situada en un pequeño valle no muy lejos de allí. La casa pertenecía a una buena familia chilena. En la casa había un hombre y una mujer, que desde hacía tres años querían unirse en matrimonio religiosamente, pero no habían tenido la suerte de encontrarse con un sacerdote católico. Los dos buenos chilenos estaban muy alegres por darnos alojamiento y se dispusieron enseguida a recibir el sacramento del matrimonio, rito que cumplieron a la mañana siguiente con gran piedad. En esa casa celebramos la santa misa y también un bautismo, la confirmación y una comunión. Era la divina Providencia que había guiado nuestros pasos a aquel lugar. Creíamos que era una desgracia habernos perdido en ese lugar desierto, en cambio, había sido una disposición de Dios. Nuestro ángel custodio nos había guiado para hacer el bien a esos pobres pastores. ¡¿Cómo no admirar los caminos de Dios?!

Nos indicaron el camino a seguir para *Seaike*, y seguimos hasta donde debíamos cruzar el *río Gallegos Chico*, en el punto llamado *Paso Caudaloso*. Aquí, apenas pernoctamos. Había tanta gente que hubiésemos tenido trabajo para varios días, pero, siendo todos protestantes, nuestro ministerio no fue requerido. Fuimos hospedados en un cuartucho, donde, a la mañana muy temprano, antes de que los dueños se levantaran, celebramos en forma privada la santa misa, para no incomodarlos ni molestarlos. Al hacerse nuestro itinerario cada vez más peligroso, a causa del vasto desierto lleno de piedras y pantanos, sin un sendero marcado y teniendo que cruzar el río Gallegos Chico, juzgué prudente buscar un guía práctico para esos lugares, ya que nuestros dos jóvenes no estaban habituados. Lo en-



Colegio San José en Punta Arenas. Trabajos manuales.



Escuela comercial del Colegio San José en Punta Arenas.



Procesión de la Purísima, Punta Arenas. (F.: Veiga)



Punta Arenas. Procesión de la Purísima, 8 de diciembre de 1909. (F.: Veiga)

contramos enseguida en la persona de un indio tehuelche, de nombre Miguel Carminate, un bravo joven que había estado algunos días en el colegio de Punta Arenas.

La elección no podía haber sido mejor, porque los indios tehuelches son valientes cazadores. Cuando se viaja con ellos, no hay peligro de pasar hambre. En efecto, este joven guía no tardó en dar testimonio, aunque fuese apenas un chico de unos quince años. Al encontrar un grupo de guanacos, nuestro joven se lanzó con su caballo sobre ellos, veloz como un rayo, y cazó dos, que nos sirvieron mucho para el viaje. Anduvimos todo el día hasta las 9 de la noche y llegamos a la casa de un rico propietario norteamericano, un tal *W. Klark*, que posee 40 000 ovejas, 200 caballos y unos 100 bovinos. Tiene de esposa a una señora chilena de Punta Arenas. Nos conoce desde hace muchos años porque hemos pasado varias veces y nos hemos quedado unos cuantos días en su casa, para satisfacer los deberes religiosos de su familia y de sus numerosos trabajadores, todos católicos. Esta vez, más que en otras circunstancias, estábamos cansados y casi sin fuerzas por haber recorrido ese día más de 150 km, por lo que quisimos hacer uso de su proverbial hospitali-



Iglesia Salesiana de Río Gallegos.

dad para reponernos del gran cansancio. Pero tuvimos que repensarlo.

Dios quiso que los dueños de casa estuviesen de mal humor. Por lo que nos hospedaron con mucha frialdad. Después de habernos dado charla por más de dos horas, nos dieron un cuartucho provisto con solo dos colchones tirados en el suelo, sin mantas ni nada para cubrirnos. ¡No nos ofrecieron ni siquiera un vaso de agua! Es fácil imaginarse cómo pasamos esa noche, con el estómago vacío y mal protegidos de la intemperie, porque la única ventana que tenía esa horrible habitación no tenía vidrios, y el viento soplaba muy fuerte y frío. Nos levantamos con las primeras luces de la mañana y después de celebrar la santa misa con la presencia de una decena de personas, nos dispusimos a partir para Gallegos. Pero el viento que había soplado con furia toda la noche, se hizo más fuerte y tomó las características de un verdadero huracán, y duró hasta las 4 de la tarde. Por consiguiente, no fue posible salir antes. Cuando se calmó el viento, ensillamos enseguida nuestros caballos y después de tres horas de buen galope, llegamos al pueblo de Gallegos al anochecer. Aquí, fuimos hospedados con toda cordialidad por nuestros excelentes hermanos, que tienen una escuela pública, con una iglesia que funciona de parroquia. Pasamos tres días de paz y de felicidad religiosa

En esos días, pude constatar el progreso del pueblo. ¡Qué diferencia con los años anteriores! Cuando se llegaba a Gallegos, en ese entonces, se debía golpear puerta por puerta para mendigar hospitalidad, la cual no siempre se daba, o bien por la falta absoluta de lugares o bien, en ciertas oportunidades, por mala voluntad. Ahora encontramos una bella iglesia, que aunque es de *madera* y con techo de chapa, es linda a la vista y da gusto verla y es suficiente para las necesidades de



Interior de la iglesia de Río Gallegos.

la población. Junto a la iglesia, se levanta un modesto colegio, frecuentado por jovencitos del pueblo, y la casa parroquial con el oratorio festivo. En un futuro se levantará un observatorio meteorológico, porque el señor gobernador del territorio desea que en vez del simplísimo e imperfecto observatorio que hoy en día posee el gobierno en este centro, construyamos uno igual que el que tenemos en Punta Arenas.

En el pueblo se notan, además, muchas casas nuevas y grandes, espléndidos negocios, dos instituciones bancarias (una argentina y la otra inglesa). Hay un gran edificio en el que funciona un frigorífico para congelar carne y también una fábrica de conservas de carne en lata, que después se envían a Europa. En ese lugar, durante casi tres meses al año, trabajan más de un centenar de operarios y se faenan miles de corderos al día. Hay, además, grandes depósitos y almacenes cerca del puerto, para recibir la lana proveniente de varias estancias, un cuartel grande para los soldados, etc. Todo esto prueba que Gallegos se ha ubicado en el camino del progreso, imitando a Punta Arenas y adquiriendo vida propia por el comercio con el campo.

Al día siguiente de mi llegada a Gallegos, un rico estanciero español, que vive en la costa opuesta del río Gallegos, cerca de la desembocadura, vino a pedirme que fuese a su casa para administrarle el santo bautismo a un hijo suyo. Aprovechando la excepcional calma del río, fui acompañado por el joven indio ona *Calafate*, y dejé que descansaran los dos guías y el clérigo Mosso. El cruce se realizó de forma muy tranquila en una barcaza y duró cerca de dos horas. Al desembarcar, encontramos caballos ensillados que nos esperaban, y después de dos horas de galope estuvimos en la estancia del español. Hecho el bautismo, ese mismo día, volvimos a Gallegos con la misma barcaza, pero al regreso, el río estaba más agitado.

Celebramos la fiesta de nuestro glorioso patrono San Francisco de Sales, junto con nuestros hermanos de Gallegos, la tarde del 29 de febrero y retomamos nuestra misión en el campo. Después de 45 km de viaje por la costa del río Gallegos, debíamos vadear este río. Pero estaba un poco crecido y era tan peligroso que un cargamento de lana tirado por cuatro bueyes fue arrastrado por la corriente al arriesgarse a atravesarlo. Afortunadamente, tomamos una barcaza y le rogamos al dueño, un dálmata, que nos llevara a la otra costa, y fue tan cortés que accedió a nuestro pedido. Mientras nosotros pasábamos el río en barco, nuestros caballos lo vadeaban a nado. La tarde del día 30 de enero, llegamos a *Coyle*, todos mojados como pollos por la lluvia que nos había agarrado durante casi dos horas, y fuimos hospedados en la casa de un chileno de Punta Arenas de nombre Pedro Urbina, que tiene una familia buena y numerosa.

La mujer del señor Pedro Urbina, una buena señora, poco instruida en cuestiones de la religión, a la que tres meses antes, la muerte le había quitado un hijo, apenas me vio, me preguntó muy interesada:

—¿Padre, se puede bautizar un niño muerto?

Su pregunta me hizo reír. Me pedía una cosa imposible. Pero la pobrecita sentía mucho dolor, porque su querido Antonito, de casi dos años, había muerto sin el bautismo y estaba dispuesta a dar con gusto su propia vida para remediar tanta desgracia. Pero al enterarme de que un buen laico le había dado el agua del bautismo antes de morir, yo traté de consolarla haciéndole entender que el alma de su niño estaba a salvo en el paraíso. Fui con ella y con toda la familia al lugar donde lo habían sepultado, para bendecir la sepultura, que el amor materno había querido que se cierre con unas puertas de madera, para impedir la profanación y también para que los animales no le pasaran por encima.

El 31 de enero, aniversario de la muerte de nuestro inolvidable padre, el venerable Don Bosco, celebramos la santa misa con la asistencia de muchas personas, y distribui-

mos el pan de los ángeles a cuatro. Nos dirigimos hasta donde nace el río *Coyle*. Este río nace sobre la Cordillera, originado por pequeños arroyos que reunidos forman dos ríos, que se vuelcan al *Coyle* a medio camino de su curso: uno llamado brazo sur y el otro, brazo oeste. El principal riachuelo del brazo oeste se llama *Pelqueque* y desciende del monte que se llama *cerro de las Vizcachas*. El otro brazo sur nace en un lago llamado *Esperanza*. El río *Coyle* es bastante curioso: en algunas partes, desaparece bajo la tierra y no se ve más, para reaparecer después a la distancia de 200 metros o más, porque se filtra en la grava escondida bajo una sutil capa de tierra arenosa. En los tramos donde el río está escondido, hay pozos profundos esparcidos y llenos de agua hasta el nivel de la tierra, pero que no tienen la apariencia de pozos. Parecen más bien pequeños agujeros con pocos centímetros de agua. El incauto viajante, que inadvertidamente metiese los pies allí, se sumergiría por completo, incluso si fuese a caballo. Lo peor es que estos pozos tienen pequeñas bocas en la superficie, pero por debajo son en realidad muy grandes y se comunican con la corriente subterránea, por lo que, si uno se cae adentro, incluso sabiendo nadar, es arrastrado a la bóveda que esconde el río y difícilmente pueda encontrar la pequeña salida, pudiendo ahogarse. Estos pozos traidores son tan peligrosos que tienen el arte de hacer desaparecer a las personas. De hecho, todos los años, se cobran numerosas víctimas.

Este año, por ejemplo, ya se han tragado a dos españoles. El año pasado, a un italiano y un francés, con sus caballos. El año anterior, a un austríaco que andaba en busca de huevos de pájaros, y así podríamos seguir contando. A los lados del lecho, por todo el curso del río, se extiende un bello valle, con un ancho de casi 2 km, que tiene pasto verde, bueno y abundante, que contrasta admirablemente con el altiplano vecino carente de toda vegetación, siempre árido a causa del sol y del viento muy fuerte que sopla continuamente. Se diría que es un oasis en el desierto. Aquí se ven grandísimas bandadas de pájaros de toda especie, especialmente, acuáticos y muchos guanacos.

Casi toda la Patagonia es un terreno arenoso muy duro y seco, lleno de grava, que produce poca hierba, y no se parece a las planicies europeas. Sin embargo, hay algunos arbustos y, entre los arbustos, hay gran cantidad de piedras pequeñas de varios colores, tan brillantes, que parecen haber sido lavadas, lustradas y puestas allí. Esto ocurre por los continuos vientos que dominan esta zona, que barren la tierra y las arenas móviles, y dejan la piedra pulida y brillante, como si tuviesen esmalte. La hierba no es verde, sino más bien amarillenta y casi seca, y pincha porque tiene espinas. Los animales herbívoros no habituados a estos lugares, tienen mucha dificultad para alimentarse, por la calidad de la pastura, pero se resignan a comerla igual. Los caballos, por ejemplo, acostumbrados a comer pasto tierno en el Territorio de Magallanes, no quieren saber nada de adaptarse a esta pastura y, si no están bien atados, se escapan. Esta poca hierba, sin embargo, es muy nutritiva. Por lo que los animales que se habitúan a comerla engordan fácilmente. La hierba tierna y verde se encuentra solamente cerca de los lagos y ríos.

El río *Coyle*, en la primavera pasada, se desbordó de tal manera que arrastró en sus remolinos, miles de ovejas que estaban tranquilamente pastando en su costa, antes de que los propietarios pudieran ponerlas a salvo.

En un gallinero. Quien tiene tiempo no espera tiempo

Hay pruebas de que aquel que posterga recibir los santísimos sacramentos cuando puede, difícilmente los podrá recibir, aunque lo quiera, en el momento de su muerte. Así les ocurrió a dos hombres que conocía bien, durante mi misión entre Santa Cruz y

San Julián. En los años precedentes, pasaba siempre para exhortarlos a recibir los santos sacramentos de la confesión y de la comunión, ya que estando viejos y enfermos y, además, al encontrarse tan lejos, no tendían posibilidad de contar con un sacerdote en caso de peligro de muerte. Estos lo postergaban siempre, de un año para el otro. Ahora, pocos días antes de que yo llegase a su casa, se enfermaron gravemente. Para que se vea y se sienta que el que desprecia los sacramentos en vida, no los tendrá en la muerte, Dios dispuso que yo, no sabiendo nada de su enfermedad y por circunstancias imprevistas, retardarse algunos días la llegada a su casa. Pasaba siempre por su casa antes de ir a las otras, y esta vez hice lo contrario. En ese período murieron, y cuando llegué, ya habían sido sepultados. Sentí mucho dolor, pero vi en esto la disposición de Dios. Quien tiene tiempo no espera tiempo.

Entre el río Santa Cruz, el San Julián y la Cordillera, se encuentra un hermoso valle llamado *Corpen-Aike*, que parece un oasis. En este valle, corre serpenteante el río Chico de Santa Cruz, formando muchos islotes con abundante hierba verde. Este río, que mide de ancho un promedio de entre 50 y 80 m, en algunos puntos se estrecha a solo 10 o 12 m, y es muy peligroso. Nosotros lo vadeamos unas 15 veces. Más arriba, hacia la Cordillera, el *río Chico* se divide en dos brazos, tomando el nombre de *Chalía* uno y Séhuel el otro. Recorrimos el *Chalía* unas 50 leguas hasta la vertiente, a unos 250 km, visitando a numerosos indios tehuelches que acampaban sobre sus costas, en particular, cerca de la estancia del señor Jacobo Sebatier, aunque se conoce en realidad el nombre de *Juan Frischou*, mayordomo de Sebatier, porque es quien suele vivir en ese lugar. Ambos son franceses. Desde allí, atravesamos un campo extensísimo, un verdadero desierto, galopando desde la mañana hasta la tarde incesantemente para poder llegar ese día, que era sábado, a la costa del río Séhuel, para que el día domingo la gente que se encontraba en la estancia del señor Ledesma (argentino), pueda escuchar la santa misa. A lo largo del *río Séhuel* se ven magníficos montes de piedra, que parecen verdaderas fortificaciones, y otros parecen castillos medievales con muchas torres. Hay uno llamado *cerro de la Ventana*, que parece una torre con una ventana en el medio. Parecen obras de arte y son muy curiosos. Fue la naturaleza que se encargó de darles esas formas caprichosas.

Descendimos hasta San Julián y, por no tener carpa, algunas veces nos tocó dormir a cielo abierto. Una vez fuimos alojados en un gallinero sin puerta, junto con las gallinas. La dueña de casa hizo todo lo posible para alejarlas del gallinero por esa noche, pero las pobrecitas estaban tan acostumbradas a aquel lugar que les pareció una injusticia que fuesen relegadas a dormir a cielo abierto. Al no haber puerta que les impidiera la entrada, tantas veces que se las echaba, tantas veces volvían a entrar. Una gallina clueca con sus pollitos se metió en el lugar más apartado del gallinero, escondiendo bajo sus alas unos veinte pollitos, y no fue posible moverla de su lugar. Estuvo tranquila toda la noche, pero tempranísimo, apenas apareció el primer rayo de sol, impacientemente y con rapidez, buscó la salida, pasando sin problema con su tropa sobre nuestras caras. Como los pollitos encontraban obstáculos para salir, la clueca iba y venía nerviosa, llamando con insistencia y desesperación a sus pollitos. Nos vimos obligados a levantarnos y dejar pasar libremente a aquella familia.

Una vez, otra familia de inmigrantes europeos, nos dieron una pequeña habitación *sin techo* para pasar la noche. Tenía solamente las cuatro paredes, de una altura de casi dos metros. El viento le había volado el techo y los dueños la habían abandonado. Pero, si bien nos reparaba un poco del fuerte viento, no nos protegía del polvo, del frío y de la lluvia. Esta última comenzó al iniciarse el día y nos obligó a prepararnos

rápidamente para partir. En las casas que visitamos, poquísimas veces nos dieron un lecho para descansar. Un cuero de oveja sobre el piso o sobre una tabla de madera era el lecho común de cada noche, después de una jornada de fatigosa marcha a caballo. Esto nos dejaba entumecidos los miembros, pero estamos casi acostumbrados a este estilo de vida, y no nos parece una gran mortificación. Además, la Providencia está siempre allí para ayudarnos. Nos protege siempre de un modo maravilloso. ¡Cuántas veces, cuando ya creíamos que nos habíamos perdido en algún desierto, esta acudía imprevistamente a nuestra ayuda de un modo u otro! ¡Cuántas veces sentimos su materna ternura! Sea mil veces bendecida y agradecida.

Algunas veces, hacíamos travesías larguísimas por días enteros, en lugares desiertos, solo guiados por la brújula, como el marinero en el vasto océano, sin siquiera encontrar una persona y así y todo, llegábamos con precisión al lugar que buscábamos, tanto que la gente del lugar se maravillaba y le costaba creer que hubiésemos llegado y encontrado el lugar sin guía, siendo la primera vez que hacíamos ese camino. La Providencia guiaba nuestros pasos. Un día, partimos de las cercanías de *Coyle* a las 7 de la mañana, para dirigirnos al río Santa Cruz hacia la Cordillera, en busca de algunas familias italianas y dálmatas y de algunos indios. Por delante se extendía una llanura inmensa, de la que no veíamos los límites, sin árboles ni arbustos ni montes o colinas que nos pudieran orientar. Directamente, parecía el océano. Estaba nublado y soplaba un viento fuerte que levantaba una nube de polvo, que nos envolvía enteramente.

Sin camino ni sendero de ninguna clase, nuestros quince caballos se iban de un lado a otro. Debíamos llevarlos hacia el noroeste y, a cada momento, debíamos parar para mirar nuestra brújula. A menudo, encontrábamos que en vez de andar en esa dirección, íbamos para cualquier otra parte. Nuestros caballos, poco a poco, cambiaban de dirección y nosotros, al no ver el sol ni tampoco el horizonte, andábamos como ciegos por la gran cantidad de polvo que nublaba la vista. Las casas que buscábamos se encontraban en un profundo barranco, cerca del río Santa Cruz, protegidas por sauces y arbustos, y no se podían ver hasta que uno no estuviese casi encima. A pesar de todo esto, a las 4 de la tarde alcanzábamos el borde del barranco, en la dirección exacta hacia las casas que buscábamos, con gran satisfacción y maravillados porque ninguno nos había indicado nada, porque en toda la larga travesía por el desierto, no habíamos visto a ninguna persona a quien pudiéramos preguntarle.

La cosa más peligrosa y que siempre nos preocupó en todo el viaje, era vadear los ríos. Y bien, ¿quién lo puede creer? Sin que hubiésemos pensado en buscar una persona práctica para cruzarlo, porque era muy difícil encontrarla, aun pagándole. Confiando únicamente en la Providencia, encontramos una persona amiga en el momento mismo de cruzarlo, y no solo nos mostró el paso, sino que también nos precedió, para inspirarnos confianza. Parecía que esa persona, nos hubiese estado esperando en aquel lugar para enseñarnos por dónde debíamos vadear el río. ¡¿Cómo no agradecerle mil veces a la divina Providencia?!

Progresos del pueblo de Santa Cruz

El pueblito de Santa Cruz, en estos dos años, ha progresado bastante. Hay cincuenta familias, contando los alrededores, y cerca de doscientos hombres solteros, operarios, lo que hace un total de unas 500 personas. Hay un gran negocio de primera línea y cuatro de segunda línea, seis albergues y varias tabernas, dos panaderías, dos carnicerías, un subprefecto del puerto y un delegado de policía con algunos soldados. Hay un juez conciliador, que tiene a su cargo el registro civil, y un médico, que es el doctor Julio Larauri, antiguo alumno de

nuestro colegio de Paysandú, que siempre conserva buenos recuerdos de los salesianos. Tuve el honor de bendecir su matrimonio. Hay una escuela mixta elemental del gobierno y una maestra italiana de Turín, que da lecciones privadas en su casa.

La iglesia que yo había bendecido hacía dos años ahora se encuentra sin techo. Un fuerte huracán lo voló el invierno pasado y rompió totalmente las paredes, a tal punto que ahora el edificio era inservible. No podía ser de otra manera, porque fue construida muy mal. ¡Basta decir que la habían construido *dos marineros* con materiales de un galpón destruido! Los habitantes de Santa Cruz, en cierto modo, están contentos, porque tienen la esperanza de que se haga pronto otra iglesia mejor y que con la nueva iglesia se establezca definitivamente un sacerdote. De otro modo, dicen ellos y con razón: «¿Para qué serviría una iglesia sin sacerdotes?». Todos me preguntaron: «¿Cuándo vendrá aquí un sacerdote a quedarse?». Les dejé a todos la esperanza de que en un año vendría un sacerdote salesiano para quedarse definitivamente. ¡¿Será una realidad?!

El gobierno argentino tiene buena voluntad para que el pueblo progrese, y ha dispuesto hacer grandes sacrificios. El actual presidente, el señor Roca, que visitó el año pasado Santa Cruz y vio la necesidad de construir una iglesia más decente que esta casucha de ahora, daría lo necesario para la construcción. Se lo prometió a monseñor Fagnano.

Una familia modelo

En medio del desierto de la Pampa Patagónica, lejos de todo el desorden de la ciudad, encontré una familia feliz, digna de ser propuesta como modelo de la familia cristiana. Era una familia de origen irlandés y católica, que se compone del padre, la madre (todavía de buena edad ambos) y 9 hijos, de los cuales 5 son varones. No es una familia rica, pero con su trabajo tienen lo suficiente para vivir. En la casa reina gran paz y tranquilidad entre todos los miembros; el amor es mucho y recíproco entre ellos. No se escuchan nunca malas palabras. Las órdenes son dadas con mucha claridad y con gracia, y se obedecen, no solo recíprocamente, sino que cada uno trata de ayudar al otro. Por todos lados reina el orden y la limpieza, y aunque estén confinados en el desierto, donde raramente pasa gente, visten con cierta elegancia, pero no con lujo. ¡Parece verdaderamente una pequeña casa del paraíso!

Las tres hijas mayores se han dividido el trabajo de este modo: la primera atiende junto con la madre los trabajos domésticos, como cocinar, lavar la ropa y cuidar de sus hermanos más chicos. La segunda es una verdadera pastora y anda a caballo todo el día junto a su padre, guiando el ganado, que son dos mil ovejas, con la desenvoltura y el ímpetu de un joven competente. La tercera, con sus dos hermanos, atiende los caballos, las vacas y el huerto. A la noche, se reúnen todos alrededor del hogar, leen un libro, cenan contándose las cosas que ocurrieron en el día, rezan y después se van a dormir temprano, para levantarse de madrugada. Así hacen todos los días, sin excepción. La inocencia y la simplicidad de la vida es el secreto de su felicidad. Ante la vista de todos, se ve tal candor y bondad que emociona. ¡El Señor los conserve siempre con esta inocencia y simplicidad! ¡Quiera el cielo que todas las familias se asemejen a esta!

En estos largos viajes, por más atención que se ponga, no faltan nunca incidentes que disgustan y pequeñas aventuras. Por ejemplo, el clérigo Mosso se cayó tres veces del caballo, pero siempre con buena suerte, porque nunca se hizo demasiado daño. A mí me pasó que un día, mientras cabalgaba, el caballo se enterró hasta el vientre en un *tembladero*. Fue un milagro que hayamos salido vivos. Con un salto a tiempo pude ponerme a salvo, pero a mi caballo hubo que atarlo con varias cuerdas y solo con la ayuda de otros caballos, pudi-

mos sacarlo de allí. De otro modo, no hubiese conseguido salir solo. Estos *tembladeros* que se encuentran en algunos lugares de la Patagonia son verdaderas trampas para los incautos que no los conocen. Tienen la superficie seca, lisa y blanca como la cera, lo que le da el aspecto de terreno duro. Pero bajo una sutil capa, se esconde una masa de barro, que si uno mete un pie, le cuesta mucho sacarlo. Son peligrosísimos, porque algunos tienen una profundidad de varios metros. Afortunadamente, en el que cayó mi caballo, no era tan grande y, además, se detuvo enseguida, a poca distancia del borde. De lo contrario, ninguno lo hubiese podido salvar. Durante nuestra misión en la pampa, encontramos varias familias de inmigrantes, procedentes de Bahía Blanca y Buenos Aires, que habían hecho educar a sus hijos en nuestros colegios de aquellas ciudades y conservaban todavía óptimos recuerdos de sus educadores.

Telégrafo curioso

Desde tiempos inmemorables, en el vasto desierto de la Patagonia y Tierra del Fuego, se hace uso de un telégrafo sin cables. Este consiste en hacer fuegos. Cuando se ve a cierta distancia un fuego solo, este indica que la gente que está allí está cocinando y ninguno le hace caso. Cuando hay dos fuegos, a poca distancia uno de otro, por mucho tiempo, es signo de que allí hay alguien que se ha *perdido* y pide ayuda. Quien lo ve enciende un fuego para que la persona perdida se oriente y se dirija a ese lugar. Cuando hay tres fuegos encendidos, a igual distancia uno del otro, indica que la gente pide *socorro*, y quien lo ve enciende también tres fuegos, para hacer conocer que ha recibido el mensaje y está yendo hasta allí para ayudarle. Este último signo se usa mucho en la isla para pedir a cualquier embarcación que los pase a buscar y los lleve a tierra firme, además de para muchos otros casos.

Inauguración de la iglesia parroquial de Punta Arenas

Punta Arenas, 10 de junio de 1901

El día 1.º del corriente mes, se terminó la construcción de la iglesia parroquial en esta ciudad, que se comenzó a construir el 28 de diciembre del año 1893, y que está dedicada al Sagrado Corazón de Jesús y a nuestra señora de las Mercedes. La iglesia, en su interior, está dividida en tres naves de estilo románico. Las columnas y los pilares están revocados imitando el mármol y el resto de la iglesia, las paredes y la bóveda, están revestidas de yeso blanco.

El diario local *El Comercio*, en su número del 25 de mayo publica:

> Se han terminado los trabajos en el interior y en la fachada de la iglesia parroquial. Ahora que se han retirado los andamios, el edificio presenta un aspecto bastante armónico, ante la mirada del visitante que observe la catedral de Punta Arenas. Se tendrá un nuevo edificio en nuestro puerto. Por otra parte, con el progreso que se va produciendo, se imponía finalizar la construcción del edificio de la iglesia parroquial que, desde hace ya un tiempo, mostraba los ladrillos a la vista y todo el andamiaje frente a nuestra plaza.
>
> El exterior de la construcción quedó muy bien; más que bien, diría, elegante. El templo salesiano se alza con una sólida construcción de ladrillos y con un elevado campanario sobre la fachada de la iglesia, mostrando un reloj de cuatro cuadrantes, iluminado de noche con luz eléctrica por cuenta del municipio. Se merece nuestro aplauso y nuestra admiración.

Toda la ciudad está agradecidísima por el nuevo templo que ya está terminado. Se hicieron bellas celebraciones el día de la inauguración. El demonio estará rabioso al



Iglesia Parroquial (Salesiana) del Sagrado Corazón de Jesús y Monumento a María Santísima Auxiliadora (Punta Arenas).

ver que se ha construido una iglesia mucho más bella que la que se incendió en junio de 1892, con tanto placer para él, y donde serán honrados Jesús y María con mayor decoro y devoción. En aquel momento, fue muy grande nuestra angustia, pero confiamos en Dios y María Santísima Auxiliadora, y hoy nuestras esperanzas se han visto realizadas. El infierno está confuso y humillado al ver el gran bien que se está haciendo en esta nueva iglesia. ¡Alabado sea Dios, nuestro Señor y su santísima madre, que han sabido traer el bien desde el mal! En aquel entonces, parecía una grave desgracia, pero en cambio, fue una gracia. La otra iglesia, además de ser de madera —lo que la exponía siempre a los incendios—, en la actualidad, hubiese sido pequeña e insuficiente para la población actual. Ha sido una ventaja que se haya quemado cuando todavía había poca gente en Punta Arenas.

Punta Arenas. Visitas reconfortantes. Dos naves de la Marina Real, Umbria y Elba

Punta Arenas, 22 de junio de 1903

En estos últimos meses hemos tenido la suerte de tener la visita de dos naves de

guerra italianas: *Umbría* y *Elba*. La primera llegaba inesperadamente a la misión de San Rafael, en la isla Dawson, el Sábado Santo, 11 de abril a las 9 de la mañana. Esperaban que las campanas tocarán el *gloria* para hacer una *salva* de cañones. Pero la celebración ya había terminado y fue mejor así; de otro modo, hubiesen asustado a todos los indios. Desembarcó el comandante, junto con los oficiales y parte de los soldados. Estos hombres visitaron la misión y estuvieron muy contentos de ver a tantos indios bien civilizados por obra de los misioneros italianos: «Esto es un gran honor para nuestra querida patria, Italia», dijo el comandante al despedirse.

En la *bahía Harris*, donde la nave real ancló, los oficiales dejaron una inscripción en recuerdo a su pasaje. Hay que decir que los indios no habían visto nunca una nave tan grande y tan bella. Muchos subieron a bordo y quedaron maravillados al ver esos grandes cañones brillantes como el oro y tanto orden y limpieza en cada pequeño rincón de la nave. Recibieron muchos regalos de parte de los oficiales y los soldados, y ellos, a su vez, les regalaron algunas curiosidades indias: flechas, arcos, cestos, etc. Esta bella nave pasó después a Punta Arenas, donde se quedó algunos días para cargar carbón y víveres, y casi todos los oficiales e incluso el comandante y unos cuantos soldados vinieron a visitar nuestra casa, el observatorio meteorológico y el museo territorial.

El 18 de junio, llegaba a Punta Arenas *el Elba*, también esta es una magnífica nave de guerra. La tripulación vino a hacernos una visita junto con el cónsul italiano de esta ciudad, el señor comandante Rafael Borea Ricci de Albenga, una noble y simpática persona, con todos los oficiales y el doctor Duranti Valentini de Roma. El día 21, domingo y fiesta de San Luis, fuimos invitados a celebrar una misa a bordo del *Elba*. Monseñor Fagnano hubiese querido ir también, pero no pudo hacerlo y me mandó a mí, junto al clérigo Mosso. El día era bellísimo y el mar estaba tranquilo como pocas veces se ve en Punta Arenas. Un barco a vapor nos llevó desde el puerto al *Elba*, junto al mismo señor comandante, que tuvo la voluntad y gentileza de venir en persona a buscarnos. Los marineros habían preparado sobre la cubierta de la nave un bellísimo toldo, adornado con banderas. La nave estaba adornada para una fiesta. Se improvisó un bellísimo altar en la popa.

A las once, todos los oficiales y los soldados estaban prolijamente formados con el primer y segundo comandante a la cabeza. Eran 280 personas. Todos asistieron a la santa misa con la cabeza descubierta, religiosamente atentos y en silencio. Se escuchó un coro de jovencitos que cantó acompañado por la banda instrumental de la marina. Al terminar la misa, el segundo comandante leyó en voz alta una bellísima oración en italiano, hecha por el monseñor Bonomelli, obispo de Cremona, para todas las naves del gobierno italiano, y que se recita *cada tarde* a bordo del *Elba*. En esta oración, se pide a Dios que bendiga a todos los marineros, a sus familias, a sus queridos, a sus parientes y a la patria. Se pide que el mar esté tranquilo y que su pecho contra el enemigo de la patria sea fuerte como la coraza de acero de la nave.

Terminada la oración, se sintió un fuerte grito de todos los presentes, como si hubiese sido una sola persona: *¡Viva Italia! ¡Viva el Rey!* Seguido a esto, la banda ejecutó el himno real y después otra marcha. Luego, los soldados y los oficiales se distribuyeron por la nave y hubo tiempo para visitarla y para hablar largamente con los oficiales, y con casi todos los soldados, a los que les regalé una medalla bendecida de María Auxiliadora, que recibieron con mucho placer. Estos me dijeron que la conservarían como un precioso recuerdo de estas tierras australes. Me dijo el comandante, que todos los soldados del *Elba* son excelentes y maravillosas personas. Almorcé con la oficialidad y me trataron espléndidamente. Me parecía estar en Italia.

Después, en mi presencia, hicieron algunos ejercicios de tiro al blanco con los cañones. A algunos kilómetros de distancia, en el mar, una barca a vapor remolcaba una balsa que tenía un palo blanco y, mientras la balsa corría veloz, trataban de impactar en el palo blanco con los cañonazos. El primer golpe astilló el palo y el segundo lo derribó. Al despedirse, el comandante me dejó una colaboración para la misión.

Que el Señor bendiga a todo el personal del *Elba* y, en particular, al primer y al segundo comandante (el segundo comandante es de San Pier d'Arena, óptima persona y muy religiosa).

Misión en el campo. Desde Punta Arenas hasta Última Esperanza

Punta Arenas, 15 de abril de 1904

También este año, por divina disposición y por voluntad de monseñor Fagnano, nuestro prefecto apostólico, fui encargado de una misión en el campo de la Patagonia Meridional. Como no se pudo hacer previamente, y ahora entramos en la mala estación, que no permitirá hacer demasiado, debí limitarme a recorrer solamente el territorio chileno, dejando a los otros hermanos de Gallegos y de Santa Cruz la tarea de hacer otro tanto en la parte argentina de la prefectura apostólica. La misión duro 28 días y aquí dejo algunos apuntes:

Comencé por ir a buscar seis caballos a nuestra misión de San Rafael, en la isla Dawson, que había dejado después de la última misión en 1900, en la Pampa Patagónica, para no tener que comprar otros nuevos. Para tal fin, me embarque el 21 de febrero, en el pequeño vapor mercantil llamado *El sur de Punta Arenas*, en compañía del señor gobernador eclesiástico, don Carlos Maringer, que deseaba conocer nuestra misión, y de los hermanos, don Pedro Marabini y don Boido, Juan Chudzicki, y tres jovencitos del colegio de Punta Arenas, que iban allí a hacer una recorrida como premio a su buena conducta. Uno de ellos, un cierto Dubois, hijo huérfano de padres franceses, se iba a quedar en Dawson para engrosar las filas de los hospedados allí.

La travesía del estrecho de Magallanes fue molesta para todos, por causa del pésimo tiempo que reinaba. Las olas furiosas cubrían enteramente el vapor y pasaban por encima. A mitad del viaje, se sintió imprevistamente un formidable ruido proveniente de la máquina, como si esta hubiese explotado, lo que asustó a todos los pasajeros. Había saltado la tapa que la cubría. El vapor tuvo que parar para hacer las reparaciones necesarias, quedando a merced de las olas que jugaban con este como si fuese un simple juguete. Al mismo tiempo, se notó que entraba agua por un agujero de la quilla. Se echó mano a la bomba de extracción de agua, y se pudo remendar el agujero. Y finalizadas las reparaciones de la máquina, seguimos viaje.

Como Dios quiso, después de cinco horas de aquella malísima navegación, llegamos finalmente a la punta *San Valentín*, el primer lugar de desembarco en la isla Dawson, donde se encuentra la misión del *Buen Pastor.* Después de dos horas, continuamos el viaje hacia la misión de San Rafael, en la bahía Harris. El jovencito Dubois, al poner pie en tierra, dio un gran suspiro y exclamó: «¡De aquí no me mueven más!». El pobrecito había sufrido tanto el mal del mar, que para no encontrarse otra vez en una situación similar, estaba dispuesto a renunciar para siempre el volver a Punta Arenas.

Apenas desembarcamos, empezó una lluvia torrencial que parecía un diluvio y que continuó toda la noche. Cerca de las diez de la mañana del día siguiente, habiendo cesado la lluvia, se cargaron los caballos y algunos bovinos que se enviarían a Punta Arenas y partimos. La vuelta fue un poco diferente que la ida, pero el barco, si bien no se inclinaba de un lado a otro, lo hacía de popa a proa, recibiendo a menudo golpes muy fuertes por las olas que rom-

pían contra la proa. Eran tan fuertes que parecía que se iba a romper en pedazos. Se llegó a Punta Arenas a medianoche.

Visita de su alteza real, el príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzos

Mientras hacía los preparativos para el viaje, llegó a Punta Arenas su alteza real, el príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzos, en el crucero *Liguria*. Era la tercera vez que visitaba el estrecho de Magallanes. Como monseñor Fagnano se encontraba en la misión de la Candelaria, en Tierra del Fuego, fui con don G. Bernabé y Antonio Bergese a hacerle una visita a bordo al ilustre príncipe. Al llegar al puerto, lo vimos descender de su lancha a vapor, vestido de cazador, junto con algunos oficiales, porque iban a ir a cazar al campo. Los saludamos en nombre de todos los misioneros salesianos de Punta Arenas y lo invitamos a visitar nuestro colegio. Su alteza nos preguntó si estábamos siempre en el mismo lugar, donde nos había visitado hace unos años y si todavía éramos los mismos misioneros. Al tener una respuesta afirmativa, nos aseguró que iba a ir a visitarnos esa misma tarde o a la mañana siguiente. Sonrío amablemente cuando escuchó que habíamos leído su libro titulado *La estrella polar*, donde describe su arriesgado viaje al Polo Norte, y le dijimos que sentíamos profundamente su desgracia de haber tenido que retornar de aquella valerosa expedición con algunos dedos mutilados, a causa del hielo. «No es nada, no es nada», respondió, y nos dio la mano con entusiasmo y de corazón. ¡Qué simpático este augusto y noble joven príncipe!

Le llevamos algunas curiosidades locales de los indios que vivían en nuestra misión: arcos, flechas, fotografías, etc., y le pedimos que reciba estos humildes y pequeños presentes como signo de nuestra estima y afecto hacia la augusta persona y la reinante casa de Saboya. Y él se dignó a aceptarlos, con la más exquisita bondad, ordenando a algunos marineros que los llevarán a bordo, y lo dejaran en su gabinete. Sé que después, al volver a la nave real, los examinó minuciosamente y gentilmente se los mostró a todos los oficiales. Luego los guardó como recuerdo de nuestra misión en estas remotas tierras. Vino a hacernos una visita, alabando mucho el progreso de nuestra misión. Admiró nuestro pequeño museo territorial y el observatorio meteorológico y, al irse, nos dejó una muy buena colaboración para nuestros huérfanos. El señor le dé cinco veces más, y lo recubra siempre con las alas de su divina Providencia.

Luego, se dignó visitar también el colegio de las hermanas de María Auxiliadora, dejando una generosa colaboración de doscientas liras, y prometió enviar el médico de la nave a visitar a una huérfana enferma, lo cual hizo con mucha premura. También los señores oficiales de la nave *Liguria* visitaron el instituto salesiano y el de las hermanas de María Auxiliadora. Al augusto príncipe y a los gentiles oficiales italianos, nuestro más sentido agradecimiento.

En viaje

Me puse en viaje en compañía del catequista Paulo Cofré (chileno) y llegué la tarde del 27 de febrero al *Paso del Avestruz*, donde administré un bautismo y una confirmación. Allí se encontraba mucha gente reunida en ocasión de la yerra de los animales, y al día siguiente, siendo domingo, vinieron todos a escuchar la santa misa. Aquí pasé dos noches sin poder dormir a causa de los continuos mugidos de 300 vacas de un corral vecino, que estaban separadas de sus terneros, los cuales, a su vez, respondían al llamado de sus madres.

Luego fui para Palomares. Visité la hacienda de los señores Roca, Roux, Ladouch, Iousseaux, todo franceses, donde administré dos bautismos, ocho confirmaciones y dos comuniones. Continuando el viaje, fui a *Río Verde*, al noroeste de la pe-

nínsula de Brunswick, cerca de la hacienda de los señores Merich y Detaille, también franceses. En el hotel del señor Detaille, celebré la santa misa, en un elegante salón. Me asistió el hijo de este señor, el joven Ernesto, alumno de nuestro colegio de Punta Arenas, que estaba, en ese momento, en su casa de vacaciones y quien también tomó la santa comunión.

Río Verde

El panorama de *Río Verde* y del canal, llamado de *Otway*, es magnífico. Las pocas casas, pintadas de varios colores y con el techo rojo, se encuentran alineadas sobre el borde del mar, que allí se transforma a un canal de cerca de 300 m de ancho, y forma la parte más angosta de la península Brunswick. Se diría que el canal es como el cuello de un frasco y que serpentea por algunas millas como si fuese un río. Frente a las casas, sobre la costa opuesta del canal, hay una isla con montes altos, llamada también Otway, pero que últimamente ha sido bautizada con el nombre de *isla Riesco*, en honor al actual presidente de Chile. Atrás de las casas, hay pequeñas colinas con prados verdes que hacen de marco para las altas montañas del fondo, cubiertas casi todo el año de nieve.

En Río Verde hay una gran fábrica de grasa, donde durante varios meses al año, sacrifican a miles de yeguas salvajes y a algunas ovejas viejas. Más arriba de Río Verde, visitamos la estancia del señor *Duddis*, holandés y protestante, pero de buena fe, el cual nos trató muy bien. Este señor tiene como cocinero a un joven de Turín, que trabaja muy bien y es muy estimado por su patrón. Las otras familias y operarios son todos católicos de buenas costumbres y todos escucharon con mucha atención la santa misa que celebré. Incluso, algunos se confesaron y tomaron la santa comunión.

Retomamos el viaje, siempre costeando el mar y nos internamos en el seno de *Skyring;* llegamos a *Aguas del Espejo*, *El Salto y Mina Martha*. *El Salto* es una bellísima cascada de agua transparente, que cae casi en la playa con un ruido ensordecedor desde una altura de cerca de 2 m, y está circundada de un bosque frondoso y una pradera verde, que hacen a ese lugar encantador. El agua cae desde lo alto de un monte distante de aquí, a casi 6 kilómetros, llamado *Cerro Castillo*, porque su cumbre tiene la forma de un castillo medieval, con torres que parecen hechas a propósito, pero que son caprichos de la naturaleza, hechos sobre la piedra viva.

En *Mina Marta*, no hace muchos años, se habían encontrado algunos yacimientos de carbón fósil y se había establecido una sociedad francesa para explotarla. El jefe era un cierto *Merich*. Se hicieron muchos trabajos de excavación, que, al principio, prometían buenos resultados. Construyeron muchas casas para los operarios y depósitos. Se hicieron traer máquinas y se construyó una vía férrea. Se gastaron para estos preparativos más de un millón de pesos. Otros, hablan de casi tres millones de francos, pero la empresa tuvo que ser abandonada finalmente, porque el carbón no era de buena calidad. Hoy está todo abandonado. Las casas fueron incendiadas por los salvajes alacalufes y las máquinas quedaron allí, arruinadas y oxidadas.

Al llegar a un cierto punto, debíamos atravesar un río impetuoso, antes llamado *río Grande*, que ahora en las cartas topográficas se llama *río Pérez*. Este río tiene un ancho de 50 m. En su desembocadura, no se lo puede atravesar porque es muy profundo. Algunos que quisieron vadearlo en ese lugar fueron víctimas de su audacia y aunque eran valientes domadores de caballos y buenos nadadores, la corriente los arrastró y desaparecieron para siempre, junto con sus caballos. Tuvimos que subir algunos kilómetros hasta la vertiente, donde encontramos un buen lugar para vadearlo. Para ir hasta la costa opuesta, debimos ir por la mitad del río unos 200 metros, hasta que encontramos una buena salida.

Poco después, al ver el camino cortado por un monte y no poder continuar, anduvimos varios kilómetros por la playa, entre piedras enormes caídas desde la ladera del monte, y siempre dentro del agua, que a veces llegaba hasta el vientre del caballo, porque estábamos rodeados de altísimos montes que eran como muros. Enseguida, nos dimos cuenta de que la marea subía y todavía quedaba un largo camino por recorrer, por lo que volvimos para atrás. Pero el camino era larguísimo para hacerlo nuevamente y corríamos el riesgo de quedar sumergidos en el mar de un momento a otro. En ese momento, elevamos nuestro pensamiento a María, estrella del mar y puerto de los navegantes, y cuando ya nos creíamos perdidos, nuestros ojos vieron un pequeño declive en el monte y un sendero muy empinado que se internaba en el bosque. Lo vimos como nuestra tabla de salvación y enseguida fuimos hacia allí. Aunque teníamos que luchar para subir, lo hicimos y nos pusimos a salvo. El bosque por donde debíamos pasar era muy tupido y lleno de pantanos. Por casi seis horas tuvimos que andar entre muchos escollos. Primero, por el borde del mar y, luego, por un bosque tupido, entre pantanos, hasta que llegamos a la última punta sur de la bahía de *Skyring*.

Un misántropo

¿Cuál era el motivo que nos llevaba a aquel lugar para hacer un camino tan largo y tan difícil? Era visitar a la familia de un *misántropo*. Me habían dicho que en esa familia había cinco niños que aún no estaban bautizados y aunque me habían advertido sobre la dificultad del viaje y el mal recibimiento que me haría el jefe de familia, porque no quería ver extraños en su casa, me decidí a intentarlo, animado solo con el fin de cristianizar y hacer hijos de Dios a esas pobres criaturas.

Este *misántropo*, hacía muchos años que vivía en la Patagonia y después de haberla recorrido a lo largo y a lo ancho, sin establecerse en ninguna parte, había elegido, finalmente, aquel lugar casi *inaccesible*, porque no quería ver a nadie en su casa. Esa era su manía. Se había construido una casita con troncos de árboles en la punta extrema de la península, en el seno de *Skyring*, donde había un pequeño valle circundado de altísimos montes y bosques tupidos, refugio de muchísimos *leones-pumas*, los cuales le diezmaban continuamente el pequeño rebaño que poseía. Habiendo sido uno de los primeros exploradores de la Patagonia, en cualquier lugar que se hubiese radicado, menos en ese que él había



Misioneros visitando indios de la Patagonia.

elegido, se hubiese hecho rico. Pero quería estar solo y que no lo molestara nadie, y así lo hizo. Hacía treinta años que se encontraba en América y no había hecho más fortuna que esta. Hace nueve años vive en ese lugar, casi desconocido por todo el mundo, en compañía de su mujer (una parisina bastante instruida) y de un fiel servidor. Cada año, llega una pequeña nave a vela desde Inglaterra, que le trae los víveres necesarios para todo el año, junto con indumentaria para toda la familia, y carga la poca lana y cuero que obtiene como producto de su pequeño rebaño.

Los niños nunca habían visto a ninguna otra persona además de sus padres y el sirviente, y creían que todo el mundo terminaba allí. ¡No es de asombrarse, por lo tanto, la gran sorpresa y *terror* que sintieron cuando vieron que nos acercábamos a su casa! Estaban dirigiéndose a su casa cuando vieron que, desde el monte vecino, descendían tres hombres sobre sus cabalgaduras, directamente hacia ellos. Aunque nosotros estábamos todavía a medio kilómetro de distancia, los niños, llenos de miedo como si hubiesen visto acercarse a una bestia feroz, comenzaron a gritar desesperados y corrieron a esconderse en su casa, a excepción del mayor que, como una ardilla, se fue para el monte y se escondió en el tupido bosque, en una caverna que conocía.

Por el camino habíamos encontrado al *misántropo*, al cual le comunicamos nuestra intención: queríamos ir a su casa para bautizar a sus niños. El hombre, rudo de aspecto, con larga barba y cabello largo despeinado, quedó un poco sorprendido, pero no nos prohibió; es más, se mostró disgustado de no poder acompañarnos, porque tenía motivos urgentes que lo requerían en Río Verde. Pero nos hizo comprender que tendríamos alguna dificultad al tratar con los niños, porque no estaban acostumbrados a ver gente extraña a la familia. «Me imagino el alboroto que habrá en mi casa cuando ustedes lleguen —nos dijo—, pero vayan igual». Él prosiguió su viaje y nosotros, el nuestro.

Cuando llegamos a la casa, la encontramos cerrada y ninguno respondía a nuestro llamado. Finalmente, después de una larga espera, se abrió un poquito la puerta y por esa pequeña hendidura apareció la dueña de casa llena de miedo, sin poder hablar. Le comenté el motivo de nuestra visita y que habíamos encontrado a su marido en el camino y nos había autorizado a bautizar a sus niños. La señora nos miraba como aturdida sin dar ninguna respuesta. Le hablé en español y después en francés. Pero la señora no daba ninguna respuesta, parecía una estatua. Tenía miedo de que fuésemos ladrones disfrazados. Finalmente, al asegurarse que yo era sacerdote y párroco de Punta Arenas y que le llevaba saludos de muchas personas amigas de ella, que vivían en aquella ciudad, a toda pregunta, respondió, simplemente, «Sí», y enseguida cerró la puerta y entró en la casa para ponerla un poco en orden para recibirnos. Esperamos cerca de media hora para que la puerta se volviera a abrir y, finalmente, se abrió enteramente y pudimos entrar.

La señora parecía una tonta, ya no sabía hablar más ni en francés ni en castellano. Sus palabras eran monosílabas: *sí, no, niños tienen miedo, nunca nadie, etc.* En la habitación vecina, sentíamos los gritos de los niños, que se habían escondido debajo de la cama de sus padres, detrás del cubrecama que caía hasta el piso. Entramos con la madre a verlos y a asegurarles que no éramos *bestias feroces* y que los queríamos. Al principio, cuando entramos a la habitación, se escuchaban los gritos desesperados, tanto así que hicieron llorar a su madre. Levanté el cubrecama y les mostré unos dulces con chocolate, invitándolos para que salieran. Pero ninguno de los tres se acercaba y todos continuaban gritando como si los fuesen a matar. Finalmente, después de tanta insistencia de parte mía y de la madre, una mano me agarró con ím-

petu el chocolate (era el más grande) y enseguida salió afuera para esconderse detrás de un montón de bolsas llenas no sé de qué. Se cubrió con una manta y ahí, en silencio, comía el dulce.

Les mostré otro pedazo de chocolate a los otros dos niños que quedaban debajo del lecho y uno de ellos lo tomó con poco entusiasmo. Sin salir, se fue a esconder en un rincón más lejano y comenzó a comer el dulce sin gritar más. Dos niños ya se habían tranquilizado, pero los otros dos continuaban llorando mucho, sin darse por vencidos. Uno, debajo de la cama y el otro en brazos de la madre. Este era el menor de todos y tenía dos años. La madre, entonces, nos dijo: «Será necesario que vengan más tarde, cuando los niños estén en la cama, porque de otra manera, será imposible bautizarlos. Ahora tienen mucho miedo». Así convenimos y así lo hicimos. Al salir de la casa, armamos nuestra carpa a unos cien metros de la casa y preparamos nuestra cena frugal. Mientras tanto, los niños se asomaban por una ventana de la casa para ver nuestra carpa y nuestros caballos pastando. El niño mayor volvió a la casa a la noche, desde su escondite en el bosque. Todavía con mucho miedo y sin cenar, se fue a la cama, a pesar de los reiterados pedidos de la madre para que comiera algo.

A las 9:30 de la noche, llevamos de nuevo a la casa todo lo necesario para el bautismo. Los niños se encontraban todos en la cama, envueltos cada uno en una manta de lana, con la cara bien escondida y los ojos cerrados, creyendo que con eso no los veríamos. Solo después de muchas caricias y de haberles regalado dulces, medallas, juguetes..., conseguimos finalmente traerlos cerca de nosotros, uno por vez y hacerlos sentar sobre un banco en medio de la habitación. ¡Fue de verdad una empresa difícil! El sueño y el hambre contribuyeron más que otra cosa a amansarlos. Si no fuese de noche y no los hubiésemos encontrado en su cama casi dormidos, no hubiese sido posible acercarse. Cuando los vi, finalmente dispuestos y tranquilos, los bauticé y los confirmé a los cinco. Nunca en mi vida me había sucedido una cosa parecida, ¡ni siquiera con los salvajes de la Tierra del Fuego!

Esa pobre madre de familia, a quien los vecinos llaman la *parisina*, cuando se le pasó un poco el miedo y a pesar de su rusticidad, me dijo que poco a poco ella misma se daba cuenta de que se transformaba en salvaje y también sus niños, porque no veían personas de ninguna clase. «Hace nueve años —agregó llorando—, que me encuentro en este desierto, sin ver seres humanos, salvo mi marido y un servidor. ¡Mis niños casi ignoran que existen otras personas en este mundo, además de nosotros!». Le aconseje mandar a su hijo mayor al colegio y me prometió hacerlo el próximo año si su marido se lo consentía. ¡Pobre familia! ¿A dónde se sepultarán? No progresan en lo material, porque el *león-puma* hace desastres en su rebaño y poco a poco se van transformando, ¡hasta parecerse a los salvajes!

Durante la noche se desencadenó un fuerte temporal, con un viento impetuoso, que a cada instante amenazaba con desarmar nuestra carpa. El ruido de las chapas de zinc desclavadas del galpón vecino era ensordecedor, al punto que no fue posible conciliar el sueño. A la mañana siguiente, celebré la santa misa en aquella casa, con la madre y sus hijos (que estaban muy mansos). Hacía más de nueve años que aquella pobre mujer no había tenido la ocasión de asistir a una misa y lloraba de emoción. Cuando me despedí de esa casa, todos aquellos avispados niños se habían transformado en mis queridos amigos, y me saludaron graciosamente con una dulce sonrisa. La madre no paraba de agradecerme el gran favor que le habíamos hecho al ir a ese lugar tan solitario para bautizar a sus niños, a pesar de las muchas dificultades.

Volvimos a hacer el largo y desastroso trayecto, parte en el bosque y parte por el

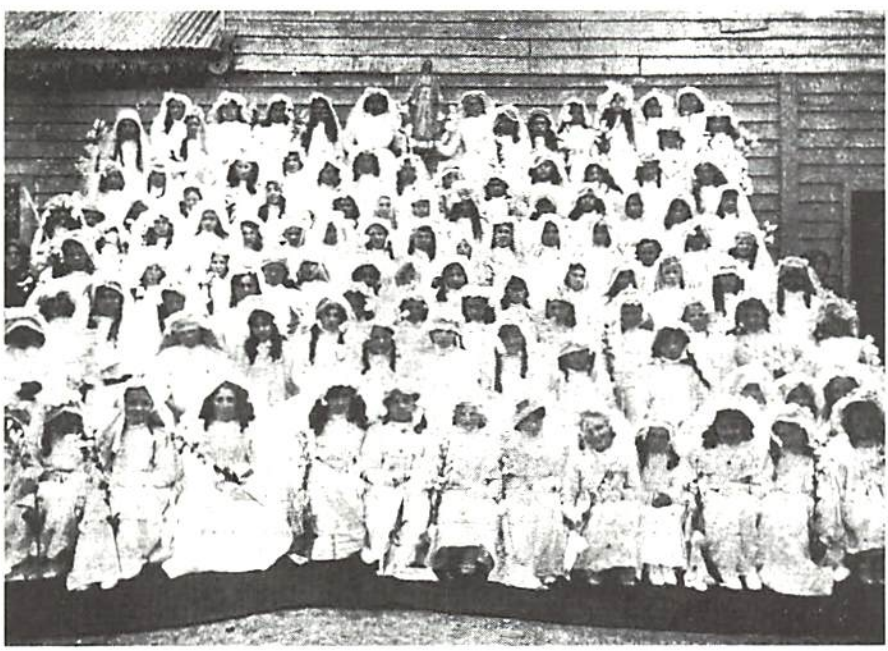
borde del mar, con otras seis horas a caballo y volvimos a Río Verde. Desde allí, continuamos el viaje hacia *Laguna Blanca*. Por el camino, visitamos varias familias chilenas para bautizar a sus niños, que prometieron mandarlos a estudiar a nuestro colegio de Punta Arenas, para prepararlos para la primera comunión. De hecho, algunos vinieron enseguida y ahora están siendo muy bien preparados.

Laguna Blanca

Se llama *Laguna Blanca* a un gran lago de agua dulce, cuya costa se recorre a caballo en no menos de ocho o nueve horas. En la costa de este lago, se encuentran las estancias de los señores *Wagner*, alemán y protestante, cuyos hijos, Arturo y Enrique, fueron educados en nuestro colegio de Punta Arenas, y cuya hija asistió al colegio de las hermanas de María Auxiliadora. Todos conservan óptimos recuerdos de sus maestros, aunque ya sean adultos. También están las estancias, de *Arnoud* y de *Bombalot*, franceses católicos. En la casa de este último, celebré la santa misa el día domingo, en presencia de mucha gente. El patrón de la estancia tiene una niña que no tiene aún cinco años, muy aficionada al *deporte del caballo*, tanto que pasaría todo el día sobre un caballo, a pesar de que ya se ha caído varias veces. Pero así y todo, no le tiene temor a los peligros de ninguna clase y no ha disminuido su entusiasmo. ¡¿Qué será cuando sea adulta?!

Los Morros

De *Laguna Blanca* pasamos a los *Morros Chicos* y después a *los Morros Grandes*. Se les llama así a algunos pequeños montes, no muy altos, cerca de los cuales hay una gran cantidad de chacras, negocios y albergues, etc., pertenecientes a franceses, chilenos, ingleses, alemanes e italianos. El dueño de un albergue, un alemán católico, tiene dos hijas en el colegio de



Asilo de niñas huérfanas, al cuidado de las Hermanas de María Auxiliadora en Punta Arenas.



Niñas de la primera comunión, Punta Arenas, 8 de diciembre de 1907.

las hermanas de María Auxiliadora en Punta Arenas. Celebré la misa en este albergue e hice un bautismo. Un comerciante de comestibles y de mercaderías de varias especies, de origen chileno, tiene un hijo en nuestro colegio de Punta Arenas. Los *Morros Chicos*, pertenecen a la República de Chile, y los *Morros Grandes*, a la Argentina.

Estos pequeños montes se ven a gran distancia, porque a su alrededor se extiende una inmensa planicie que no tiene árboles ni arbustos. Cruzamos varios ríos considerables, como por ejemplo, *el río Esperanza*, *el río Kaipón*, *el río Rubén*, *el río Tranquilo*, *el Penitente*, *el Turbio*. Afortunadamente, los encontramos a todos con poco agua. Muchas veces, estos ríos están muy crecidos, son impetuosos y no se pueden vadear, y se han cobrado muchas víctimas. El *río Penitente*, *el Rubén* y *el Turbio*, se unen a la altura de los *Morros Grandes* y forman el *río Gallegos*.

Más arriba, hay varias estancias de ingleses, y cerca de una bella y gran laguna, llamada *Cisne*, hay otra estancia, propiedad del hijo mayor del señor *Wagner*. El joven se llama *Arturo* y nos trató espléndidamente. Celebramos allí la santa misa junto a su familia y a muchos operarios. Subiendo siempre, nos acercamos a la Cordillera, detrás de la cual se encuentra *Última Esperanza*. A los pies de la Cordillera, se encuentran bosquecitos y pequeños lagos de agua cristalina y los prados son más verdes, con hierba más abundante y buena. En este lugar, la Cordillera es una larga cadena de montes, casi todos del mismo nivel, de una altura media de cerca de 500 m sobre el nivel del mar, con cimas áridas y casi siempre de piedra viva, con las faldas cubiertas de árboles y arbustos en muchas partes y en otros lugares cortadas a pico como muros. En un punto, esta cadena parece cortada, para dejar una cómoda y libre entrada al valle opuesto, llamado de *Última Esperanza*. La naturaleza quiso ser generosa con el caminante que debe pasar para la otra parte, facilitándole el camino sin obligarlo a subir hasta la cima de la Cordillera, para entrar a ese gran valle.



Plaza Muñoz Gamero y Monumento a Magallanes, descubridor del estrecho de Magallanes.



Plaza Muñoz Gamero, Punta Arenas, Magallanes.

Al pie de la Sierra Dorotea. Panorama encantador. Encuentro doloroso. Hotel de la Libertad. La Gruta del Milodón. 19 de septiembre de 1903

Poco antes de llegar a *Última Esperanza*, al pie de la *Sierra Dorotea* (así se llama la Cordillera que señala el límite entre la Argentina y Chile), me encontré con un pobre viejo, que venía solo, llorando, por los fuertes dolores que sentía en todo el cuerpo. Venía montado en una yegua, seguida de su potro, y caminaba a paso lento. Le pregunté qué le pasaba, y me dijo que el día anterior se había caído del carro cargado de lana, y la rueda le había pasado por encima. El pobre creía que se iba a morir de un momento a otro.

—¿Y a dónde quiere ir ahora en este estado? —le pregunté.

—Pienso llegar a mi casa —me contestó—, que está a *unos 100 kilómetros de aquí*. Pero tengo miedo de no llegar.

—¿Por qué no se queda en Última Esperanza hasta que se mejore?

—Porque allí no hay médicos ni medicinas y no tengo parientes que me puedan asistir. Si muero por el camino, paciencia. Si usted, por caridad quisiera confesarme, le estaría muy agradecido.

—Con todo placer lo haré, mi buen hombre.

Sin descender del caballo ninguno de los dos, porque él estaba imposibilitado y para mí era más cómodo escucharlo desde allí, lo confesé con suma consolación. Parecía que la Providencia me hubiese puesto expresamente en el camino de aquel pobre infeliz para consolarlo en su gran aflicción y prepararlo, quizá, para la eternidad. Se alejó resignado a hacer la santa voluntad de Dios, bendiciendo en su corazón la voluntad del señor que le había concedido la bella gracia a reconciliarse con él, en aquel lugar desierto, donde nunca hubiese imaginado encontrarse con un ministro de Dios. ¡No sé si habrá podido llegar a su casa! El señor hizo con él la gracia de poder confesarse antes de morir, mientras un año antes se la negó a otro chileno, que había tenido el mismo problema y casi en el mismo lugar. Pero este murió en el desierto sin ningún alivio religioso. ¡Los juicios de Dios son inescrutables! ¡Adorémoslo!

Panorama encantador

Apenas se cruza la Cordillera, estando todavía en la falda de la *Sierra Dorotea*, el panorama que desde allí se presenta no podría ser más encantador. De frente y a la izquierda, se ve en la lejanía una bella corona de altísimas montañas, con puntas agudas de una altura de 1500 m, cubiertas de blanca nieve perpetua, y más abajo, colinas verdes. A la derecha, hay montes de unos 500 m de altura, cubiertos de árboles y de arbustos de varias especies. En la planicie serpentea pacífico el mar, como si fuese un río o un lago, formando varios islotes y penínsulas de un tamaño de medio kilómetro, por varias millas de largo. Cerca del mar, a la derecha, se extiende un fertilísimo valle, con hierba abundante y con muchos arbustos. Parece una de las bellas vistas que se admiran sobre los lagos suizos.

El clima es un poco mejor que el de Punta Arenas. De hecho, la vegetación es más abundante, se ven muchos árboles, plantas y arbustos, que en Punta Arenas no se conocen. También es más abundante la flora y la fauna. Hay una gran variedad de pájaros y en algunos lugares también hay ciervos, llamado *huemul chileno*, un poco más grande que una cabra, de un solo color gris y con el pelo grueso, duro y largo. En los distintos puertos o ensenadas del mar, se ven casas, negocios, hosterías y galpones para depósito de la lana y víveres, de propietarios alemanes, rusos, franceses y chilenos.

Hace pocos años que este confín del Territorio de Magallanes se va poblando, poco a poco. En el puerto *Arturo Prat*, se ha trazado un pequeño poblado y se han distribuido gratuitamente terrenos para tal fin —



Última Esperanza, puerto Consuelo.

unos 100 lotes de 25 m por 25 m—, con la condición que los que sean favorecidos fabriquen una casa y vivan allí. Parece que hay entusiasmo en este plan. Con el tiempo, *Última Esperanza* se transformará en un centro importante, y se repartirá la tierra en pequeños terrenos y no se harán latifundios, como por desgracia se acostumbra en otros lugares.

Cada mes y a veces más seguido, algunos barcos mercantiles llegan desde Punta Arenas, lo que facilita el establecimiento de la nueva población. Sin embargo, es una lástima que no haya agua potable, especialmente, cerca del puerto *Arturo Prat*, donde se quiere construir el nuevo pueblo. Esto impedirá que muchos quieran permanecer por mucho tiempo en el lugar.

En el puerto Bories hay una fábrica de grasa que ocupa a un centenar de operarios durante unos tres meses al año. Pero donde hay más casas para depósitos y negocios es en el puerto *Natales*, en la entrada del gran canal de *Última Esperanza*, porque aquí hay un pequeño arroyo de agua dulce. En este lugar, más que en otros, quizá, con el tiempo se formará un pueblo, por la comodidad de tener agua potable, que falta en otros lugares, y porque pueden llegar los barcos con más facilidad. Aunque la posición topográfica no sea tan favorable, como en el *puerto Prat*, porque hay montes con

muchos barrancos. En *Última Esperanza* nos alojamos en un modesto albergue, llamado *Hotel Libertad*, situado en el *puerto Cóndor*, donde había tres buenas familias chilenas de Punta Arenas, conocidas por nosotros y amigos, que entre todos tenían catorce niños.

Preferimos este albergue para intentar hacer un poco de bien a estos niños, pero la primera noche, a pesar del grandísimo cansancio que sentíamos, estuvimos despiertos. Nos habíamos retirado a nuestra habitación en la planta baja, poco después de las 9:30. Cerca de la media noche y ya en silencio, comenzamos a dormirnos. En ese momento, entraron al hotel tres jóvenes borrachos que subieron gritando al primer piso y se alojaron en la habitación que estaba justo arriba de la nuestra, y tuvieron la idea peregrina de llevar hasta allí arriba nada menos que un *caballo*, con el cual se divirtieron toda la noche. Como la casa era toda de madera, se pueden imaginar el ruido que produjeron, por lo que era imposible dormir. Los tres malandrines, sabiendo que en la habitación de abajo dormía un cura, hicieron todo lo mejor que pudieron para molestar. Saltaban, bailaban, gritaban, decían frases hirientes. Golpeaban tan fuerte el piso que hacían temblar la casa. El dueño, con su familia, dormía en otra casa, un poco lejos del hotel, por lo que no podían escuchar lo que sucedía. De otra forma, estoy seguro de que hubiesen hecho algo para que terminara este bacanal.

A la mañana siguiente, apenas vi al dueño del hotel, le comuniqué mis quejas. Pero con toda calma me respondió que eso no era nuevo en su albergue y que muchas veces sucedían cosas peores. De hecho, estos tres sujetos ya se habían ido, por temor a alguna queja de parte nuestra. El nombre dado a este albergue correspondía perfectamente a la realidad: *Hotel Libertad.* ¡Se podía hacer cuanto se quisiera impunemente!

Cueva del Milodón

En Última Esperanza existe una gran caverna conocida con el nombre de Cueva del Milodón. Esta se encuentra a más o menos una hora a buen galope desde el puerto Cóndor. Está situada sobre una colina de unos 330 m sobre el nivel del mar. Es una verdadera maravilla de la naturaleza. Tiene una entrada grande de unos 80 m de ancho y cerca de 50 m de alto. Su interior está iluminado hasta el fondo. El largo mide cerca de 90 m. La cúpula es lisa, tanto que parece que hubiese estado trabajada por la mano del hombre, excepto por las muchas estalactitas que hay en el centro y en los alrededores, que parecen velas colgantes, y las estalagmitas en el piso, alguna de las cuales son tan altas que parecen estatuas de mármol blanco. Hay una hendidura en la cúpula, cerca de la mitad, que parece dividirla en dos partes. La primera bóveda, cerca de la entrada, es más alta, y la otra más baja. A medida que uno se interna, las dimensiones disminuyen mucho, tanto que el fondo de la gruta no mide más de 15 m de ancho y 10 m de alto. Una parte de la caverna, cerca de la entrada, está compuesta de grava cementada con arcilla, pero es dura como cemento. La parte interna está formada por piedra viva.

El monte que se alza como una muralla sobre la caverna, tiene una altura de unos 50 m. Cerca de la entrada, se ven seis o siete grandes bloques de tierra, que deben haberse desprendido del monte hace muchos años, porque sobre estos han crecido arbustos y plantas, como de dos o tres metros. Debajo de uno de estos bloques de tierra (de grava cementada con arcilla) vive un austríaco. Se construyó su casa allí abajo. Una especie de pequeña gruta, con la entrada cubierta con ramas de árboles y lleva una vida de ermitaño. Este fue bautizado por los vecinos con el nombre de *Milodón*, porque fue también uno de los que descubrió los huesos y el cuero de este animal antediluviano en esa caverna, hoy co-

nocida con ese nombre. Algunas piezas fueron vendidas a museos a precios fabulosos. La cueva es seca, a excepción de un solo punto por el cual se filtra agua limpia y fresca desde lo alto.

Quien se encuentra por primera vez frente a esta inmensa gruta, siente cierto temor que lo hace titubear para entrar. Muchos, después de haber transpirado para llegar hasta allá arriba, porque el camino no es muy agradable, sino pedregoso y lleno de arbustos, no tuvieron el coraje de entrar, por temor a ser aplastados de un momento a otro por la caída de algún bloque de piedra. Esto le sucedió a mi compañero Paulo Cofré y a nuestro guía, quienes al llegar a las proximidades de la cueva, al verla altísima, encastrada en una gigantesca mole, y con una cavidad enorme que parecía la boca de un monstruo que iba a devorarlos, se fueron, diciendo: «Aquí se corre peligro de vida a cada minuto». Y por más que quise asegurarles que no había peligro y que no les iba a suceder nada malo, no quisieron saber nada de entrar y ni siquiera de acercarse. En cambio, yo entré con toda confianza, recorrí de un lado al otro toda la cueva y recogí algunas curiosidades para nuestro museo de Punta Arenas, algunas estalactitas, diferentes tipos de tierra, un hueso y un pedazo de cuero con largo pelo erizado del famoso Milodón. El piso de la caverna tiene excavaciones en muchos lugares, hechas para buscar fósiles. De hecho, se encontraron muchos huesos de animales antediluvianos, casi 27 clases de animales diferentes, que hoy en día ya no existen.

Fiestas patrias de 1903

En un islote frente a *puerto Arturo Prat*, bendije un cementerio. Diez cristianos duermen allí el sueño eterno. Uno fue aplastado por un carro, otro fue asesinado, dos se ahogaron en el mar, etc. Todos murieron de muerte violenta, sin haber tenido tiempo de recibir los santísimos sacramentos. Los que se ahogaron en el mar pasaron de la alegría a la muerte. Entre estos había uno que era exalumno nuestro de Punta Arenas, un buen jovencito de unos dieciocho años de nombre *Ernesto Casola*. He aquí cómo sucedieron los hechos:

Era 19 de septiembre de 1903, tercer día de las fiestas patrióticas chilenas. Varios jovencitos achispados, después de haber recorrido las calles de la ciudad cantando alegremente, quisieron hacer un paseo en el mar. Muchos de sus amigos, viéndolos en ese estado, los quisieron disuadir por temor a que pudiese pasar una desgracia. Pero ellos no quisieron escuchar los buenos consejos.

El mar estaba tranquilo, el día sereno, el cielo muy claro y el sol brillaba. Todo invitaba a hacer un paseo. Se fueron al mar en dos pequeños botes. No se habían alejado más de cien metros de la costa cuando algunos comenzaron a bromear y a hacer mover el bote, hasta que se dio vuelta y todos quedaron sepultados en el mar. Ninguno de ellos sabía nadar y, además, vestidos cómo estaban y achispados por el aguardiente, no se pudieron salvar. El otro bote, que no estaba a más de cien metros, fue en su ayuda y con mucha dificultad pudo salvar a algunos. Aunque estaban más muertos que vivos. Tres de ellos perdieron lastimosamente la vida. Pocos días después, se encontraron dos cadáveres, pero el tercero nunca se pudo encontrar.

Ninguno de los tres muertos se imaginó una desgracia semejante al meter sus pies en el mar. Dios nos advierte a cada instante: *¡Estote parati!* (¡Estén preparados!). Desde *Última Esperanza*, pasamos al río Zurdo para visitar a los tehuelches con el cacique Mulato.[92]

92. La visita a los tehuelches fue descripta en la segunda parte página 128 (de la edición original en idioma italiano).

Desde río Zurdo fuimos a *río Gallegos Chico*, a la casa del señor Doolan, irlandés, que tiene 10 hijos, todos buenos católicos. Aquí administré un bautismo y dos confirmaciones. Visitamos en el camino varias chozas de indios, todos bautizados en los años precedentes. Nuestra visita les dio mucho placer.

Proseguimos el viaje, pasando por *Laguna Romero* y *Dinamarquero*. En este último lugar, se encuentra la *estancia* del señor Cameron, un escocés católico, que tiene una numerosa familia. Dos de sus hijos fueron educados en nuestro colegio de Punta Arenas. Aquí fuimos tratados espléndidamente y pudimos hacer un poco de bien, especialmente, a la buena madre del señor Cameron, una anciana muy enferma que estaba muy contenta por nuestra visita, y también a numerosos operarios que trabajaban en diferentes labores en la estancia. Pasamos luego por *Cabeza del mar*, donde había varias familias que nos esperaban con impaciencia y tuvimos una muy cordial acogida.

Una buena familia inglesa protestante, pero de buena fe y muy rica, me prometió poner a sus tres hijas de siete, nueve y once años, en el colegio de las hermanas de María Auxiliadora y me dio mucho placer. A estas tres niñas y a dos de sus hermanos, con permiso de la madre, les di una estampita que recibieron con mucho agrado. Su madre, muy contenta, también les explicaba el significado de cada una de las imágenes de las estampitas, diciéndoles que debían quererlas mucho como recuerdo mío, y además porque eran sagradas. Noté que toda la familia era muy religiosa, lástima que fuesen protestantes. Pero el Señor los iluminará para que hagan mucha caridad entre los pobres. El día anterior a nuestra llegada, había partido de aquella casa el obispo anglicano (protestante), que había estado una semana entera. Siendo una de las estancias más ricas de los ingleses de alrededor, donde tratan espléndidamente a los ministros protestantes, estos van con frecuencia y se quedan mucho tiempo.

Estos ministros viajan con todas las comodidades posibles y con todo lujo, sobre elegantes carrozas tiradas por muchos caballos (no andan a la apostólica, como andamos nosotros los misioneros católicos, que debemos conformarnos con andar a caballo, muchas veces prestados). Ellos tienen buenos sueldos de la sociedad bíblica y lo pueden hacer. Visitan solamente a los ricos, de quienes esperan recibir buenas contribuciones, y no se encargan de los pobres. El bien que ellos hacen en esas visitas no es demasiado. No son muy queridos, en general, ni siquiera por los mismos protestantes, que casi tratan mejor a los pobres sacerdotes católicos mal vestidos, que a sus ministros vestidos elegantemente. Porque saben que ellos lo hacen por oficio, mientras que los ministros católicos lo hacen por caridad y por amor a Dios.

Los empleados y operarios de aquella estancia son casi todos católicos. Bauticé a la niña de un empleado del telégrafo y del teléfono, y confirme a un bebé.

Retorno

La última noche la pasamos en la carpa en el campo cerca del *río Pescado*. Era ya muy entrada la noche y soplaba un viento muy fuerte, y nosotros andábamos todavía por la pampa en busca de un reparo para pasar la noche, donde hubiese agua para los caballos, que ya estaban muy cansados. Finalmente, pudimos llegar al río Pescado y acampamos cerca de sus altos acantilados, que nos repararon del viento. Eran ya las 10 de la noche cuando pudimos armar la carpa, pero no se podía dormir porque continuamente molestaban los caballos con su alboroto y los zorros que, prepotentes, venían a roer las sillas de montar y las riendas de los caballos, incluso hasta adentro de la carpa. La claridad de una vela atrajo a la carpa mariposas nocturnas, en una cantidad tan grande que nunca había visto en toda mi vida. Parecía una plaga de Egipto y molestaban mucho. Caían quemadas por la vela

centenares de ellas provocando un olor desagradable. Por eso, tuvimos que apagar la vela y cenar en la oscuridad.

Al otro día, fiesta de San José, 19 de marzo, nos levantamos a las 4:30 y celebramos la santa misa en la carpa. Partimos a toda velocidad para llegar a la casa ese mismo día, con el objetivo de formar parte de la clausura de la misión que se le había dado a la gente en la parroquia, y para saludar a nuestro querido superior, monseñor José Fagnano, prefecto apostólico, por su *onomástico*. Nos tocó un tiempo lluvioso y frío y tuve que parar por el camino a confesar a un enfermo. Pero con todo esto, igual llegamos a la casa a tiempo. *¡Deo gratias!*

Habíamos recorrido a caballo en todo ese tiempo más de 1400 kilómetros, vadeado 18 ríos considerables y cruzado 37 arroyos. Habíamos visto en este tiempo unos 45 lagos, la mayoría de agua salada. ¡Bendito sea Dios y nuestra Celestial madre María Auxiliadora, por el bien que pudimos hacer y por su visible protección!

Nota: En diferentes épocas, también dieron misiones en el campo de la Patagonia, y durante varios meses, don José Beauvoir, don Fortunato Griffa, don Ludovico Dabrowsky y otros sacerdotes. En la Tierra del Fuego, don Juan Zenone, don Victorio Durando, don Juan Noat y don Juan Johon, pero ellos no describieron sus viajes.

Propaganda protestante en Punta Arenas

29 de diciembre de 1904

Desde hace dos años, una turba de protestantes, sin buena fe, proveniente de varias partes del mundo, pero en particular de América del Norte, se han volcado sobre esta ciudad y los alrededores, y hacen todos los esfuerzos posibles para hacer proselitismo y alejar de la verdadera iglesia de Dios a tantas almas incautas, las cuales, seducidas por el oro y por las varias comodidades que ellos les prometen, abandonan desgraciadamente la religión recibida de sus padres, para abrazar los funestos errores de Lutero y de Calvino.

Por lo general, aquellos que se dejan seducir, son personas muy ignorantes en cuestión de religión y pobres de medios materiales. Los falsos profetas se presentan como *evangélicos*, arrogándose el privilegio de hacer conocer el *Evangelio puro*, sin mezcla de cosas terrenas, y regalan elegantes biblias profusamente ilustradas a quienes las quieren, y a quienes no las quieren, incluso a personas que no saben leer ni escribir, haciéndoles creer que basta con poseerla para poder salvarse.

Para engañarlos más fácilmente, actúan de este modo: con la más grande hipocresía, con aire de personas pías y devotas, se introducen en las casas de los más buenos y simple católicos de la ciudad y de los alrededores y, con discursos melifluos sobre la religión de Jesucristo, estigmatizan el vicio del alcohol que hace tanto mal a las almas y a los cuerpos de los hombres, y manifiestan el deseo de hacer una conferencia sobre *el abuso del alcohol*. Naturalmente, ninguno se rehúsa a cooperar en una obra tan meritoria y fácilmente se amoldan a sus deseos. Se invita a todos los vecinos a reunirse después de la cena en una casa y el *pastor evangélico* (que se cuida mucho de mostrarse como tal, y se presenta como un celoso *cristiano*), habla sobre el alcoholismo y las víctimas que produce cada día, exhortando a todos los presentes a abstenerse de beber alcohol.

En aquella primera conferencia, no habla para nada de religión y anuncia una segunda conferencia para la próxima semana, rogando a los presentes que traigan con ellos a otras personas. En esta segunda conferencia, después de haber hablado sobre el tema del alcoholismo, pasa enseguida y hábilmente a hablar sobre la voluntad del *Evangelio puro*, aquel que predicó nuestro Señor Jesucristo, sin mezclar errores o co-

sas terrenas, y sin la adulteración introducida por personas interesadas, y se esfuerza por demostrar que muchas de las cosas practicadas por la Iglesia católica no existen para nada en el verdadero Evangelio. «De hecho —les dice—, por ejemplo, en el Evangelio no se habla de misa ni de vísperas. Léanlo de principio a fin y ustedes no encontrarán estas palabras. Estas celebraciones fueron inventadas por los curas para ganar dinero. Nuestro Señor Jesucristo, que era un *Hombre-Dios*, no dice nunca misa ni víspera. El Evangelio, en cambio, dice que se necesita adorar a Dios en *Espíritu y Verdad*. Por consiguiente, no son necesarias las iglesias, no se necesita orar. Jesucristo ha orado por todos y es un error orar a Jesucristo. Los curas quieren que se vaya a la iglesia, porque esperan recibir limosnas de los fieles». Y continúa insistiendo sobre este argumento. Concluye su discurso diciendo: «Si alguno no estuviese convencido de todo lo que he dicho, les regalo a todos una Biblia para que la lean y se den cuenta ustedes mismos de que todo lo que he dicho es la pura verdad. No sé cómo los curas se hacen pagar por todo, yo doy todo *gratis*, según el consejo de Jesucristo que dice: *"da gratuitamente todo aquello que habéis recibido gratuitamente"*». Diciendo esto, le da a cada uno una bella Biblia, encuadernada elegantemente, asegurándole *que basta solo con tenerla en casa para salvarse*.

Como las personas que escuchan estas groserías y errores garrafales, son ignorantes, se dejan engañar fácilmente. Antes de dejar esta asamblea, el pastor evangélico escribe los nombres de los presentes, para hacerlos formar parte de la *liga antialcohólica* y después les dice: «Ahora ustedes son todos *iluminados* y no pueden retroceder más a las tinieblas, por aquello que dice el Santo Evangelio: *Quién mete mano en el arado y mira hacia atrás no está hecho para el reino de los cielos*. Estas son las palabras del Evangelio, y son bien claras». El pastor abre la Biblia y lee dos o tres veces con tono impetuoso estas palabras y después les dice: «De modo que ahora todos ustedes son seguidores del *Evangelio puro*, y no pueden volver más hacia atrás. Ninguno de ustedes, desde ahora en adelante, debe ir más a la iglesia a orar, ninguno debe ir a misa ni a vísperas, porque sería un ultraje a Jesucristo, y mucho menos deben escuchar las falsedades que dicen los curas cuando predican. Ninguno debe tener en la casa imágenes de Santos y de la santa Virgen, porque son personas como nosotros, y no nos pueden ayudar. Solo se debe honrar a Dios y a nadie más. Así lo dice la sagrada Biblia. Léanla, léanla. Y se van a persuadir que es como yo digo».

Estos buenos católicos al principio dudan, y después, poco a poco se dejan inducir a seguir los perversos consejos del falso ministro de Dios, especialmente, después que este les promete *dinero, asistencia médica gratuita cuando se enfermen, medicamentos, etc.* Estos argumentos son los más persuasivos de todos y, aunque en el corazón se sienta el remordimiento, tratan de sofocarlo con el pretexto de que *la necesidad que no tiene leyes*, y terminan por pasarse a la secta protestante.

A los alcohólicos, el pastor evangélico les promete hasta *mil pesos*, si se abstienen por un año de beber vino o licores. Muchos aceptan la propuesta, pero cuando falta poco para terminar el año sin haber probado ninguna bebida espirituosa, no falta aquel que enviado por el mismo pastor, lo tienta para hacerlo beber, fingiendo ser amigos. Lo invitan a tomar algunos tragos a escondidas, haciéndole creer que el pastor nunca lo sabrá, porque así lo han hecho ellos muchas veces. Este, creyéndose seguro, acepta. Y mientras beben tranquilamente, son sorprendidos imprevistamente por otros, también mandados por el pastor, y por ese año se pierde el premio, y la promesa se va defiriendo de año en año, para satisfacción del pastor.

Desde el principio, el *pastor evangélico* les dice a todos que no pretende nada, que

su trabajo es gratuito y que no tiene más interés que en el bien espiritual de sus almas, pero después, pasados algunos meses, viendo que estas personas se han dejado engatusar por el amo y que, seguramente, no se volverán atrás, se hace prometer de todos ellos una cierta suma al mes para su mantenimiento. Les dice «Yo también debo vivir y junto conmigo mi mujer y mis hijos. Lo dice el Evangelio, página tal, número tal: *quién sirve al altar debe vivir del altar*». Todos aceptan según sus posibilidades, pero ninguno dona menos de un peso al mes. De modo que, el que antes criticaba a los sacerdotes católicos porque recibían limosnas *espontáneamente* de los fieles y les inculcaba no darle limosna a la Iglesia ni a los sacerdotes, se olvida bien rápido de lo que ha dicho anteriormente, y no solo no se conforma con recibir de sus ovejas las limosnas que espontáneamente le ofrecían, sino que les impone una obligación estrecha y taxativa, a pesar del *buen salario* que ellos reciben de la sociedad bíblica. ¡Este es el *Evangelio puro* interpretado por los *pastores evangélicos*!

Seducidos e impregnados de los errores de los protestantes, se transforman en verdaderos fanáticos, que no los moverán ni cien cañonazos. Y esto es así, sobre todo, *porque la moral de los evangélicos es mucho más cómoda* que la de los católicos. Uno que vivía malamente le decía una vez a un amigo: «Créeme que ahora estoy contento de haberme hecho *evangélico*. Antes, los sacerdotes católicos me recriminaban por haber dejado a mi mujer legítima y vivir con otra, que también tenía marido. Pero ahora, que somos *todos hermanos y hermanas en Cristo*, el pastor no me reprocha más, porque simplemente he abandonado una hermana para estar con otra».

Un pobre borracho por excelencia, un campesino chilote, bruto, que nunca había visto un libro en su vida, ahora era nada menos que *ministro evangélico* y hacía en su casa conferencias frecuentes. También, había dejado su mísera casucha y había pasado a vivir en una casa elegante de dos plantas y vestía ropa buena. Un día fui a visitarlo y le pregunté el porqué de su repentino cambio de vida, y si era verdad lo que había oído: que se había hecho protestante, y me respondió:

—Desde que tengo en mi casa este libro (señalándome una Biblia muy grande que tenía sobre la mesa), mis cosas marchan de maravillas, porque este libro prohíbe emborracharse, mientras que los católicos no lo prohíben.

—Vuestras hijas iban a la escuela de las hermanas —dije, dirigiéndome a la mujer—, ¿por qué las han sacado?

—Es cierto —contestó—, pero imagínese que las hermanas pretendían que mis hijas llevasen la tela si querían aprender a hacer camisas.

—¿Y para quién eran las camisas?

—Para mis hijas —respondió.

—Entonces, ¿querían que otros les enseñarán gratis a cortar y hacer camisas, y además les regalasen la tela?

—¡Pero seguro! Y es por eso que las saqué de la escuela.

¡Qué pretensiones! Empecé a discutir un poco con el marido, pero la mujer con sus dos hijas adultas se pusieron a cantar muy alto (como les había dicho el pastor protestante) para impedir mi conversación, por miedo a que convenciese a aquel pobre hombre. Tuve que salir de esa casa, porque mi presencia incomodaba. ¡Esta es la *educación evangélica*!

Supe después que el *pastor evangélico* le había dado a este borrachón una buena suma de dinero y también le había regalado esa casa, para que se hiciera evangélico, junto a su mujer y sus hijas, sobre todo estas tres últimas y no tanto por él, porque como *buenas hermanas*, atraían a esa casa a muchos aventureros y los hacían entrar en la secta con sus zalamerías y modos encantadores. Por eso, este hombre, aunque bruto y analfabeto, fue promovido a *pastor evangélico* sin dar examen de ninguna clase. Por lo tanto, no era simplemente *la Biblia*, que

había en esa casa, y que estaba silenciosa sobre la mesa, lo que había hecho cambiar de opinión y de religión a aquella familia de brutos e ignorantes campesinos.

A otro *chilote* (de la provincia de Chiloé), también bruto e ignorante, que vivía en un barrio llamado *Tres Puentes*, distante una decena de kilómetros de Punta Arenas (que un año antes había sido ayudado por los salesianos, cuando su mujer estuvo enferma durante varios meses), al enterarme que había entrado en la secta de los *evangélicos*, le pregunté si era verdad y el porqué de su repentino cambio de religión. Él, que antes se mostraba como un buen católico y no faltaba nunca a la misa y a los días festivos. Me respondió:

—Ahora he conocido la verdad y la he abrazado. Antes estaba equivocado. La Biblia prohíbe orar, porque Jesucristo ha orado por todos. En la Biblia no existe la misa ni el padrenuestro y ni siquiera el avemaría. Son todas cosas inventadas por los curas.

—¿Cómo puedes saber todas estas cosas —le pregunté— si no sabes leer? No basta tener en la casa una linda Biblia dorada si no sabes leer y te fías de aquello que te dicen los otros. Ustedes que se llaman ahora *evangélicos*, es decir, seguidores del Evangelio de Jesucristo, sepan bien que no hay cosa más recomendada en el Santo Evangelio de Jesucristo que la *oración*. Él también enseñó a sus apóstoles el padrenuestro, llamada la oración dominical, o sea, la oración del Señor. Y habla muchas veces de *pedir* si se quiere recibir, de *golpear* si se desea que se abra la puerta, de *buscar* si se desea encontrar, y habla, además, de *orar siempre y nunca cansarse*. ¿Ustedes dicen que no está el avemaría? Si supieras leer, hubieras encontrado que cuando el arcángel San Gabriel fue a anunciar a la Santísima Virgen el misterio de la Encarnación del Verbo Divino, la primer cosa que hizo fue saludarla con estas palabras: *Ave, oh, plena de gracia, el Señor es contigo, tú eres bendita entre todas las mujeres*. ¿No son están las primeras palabras del avemaría? Y, después, cuando María Santísima fue a visitar a su prima santa Isabel, esta, al verla, ¿no le dijo: *Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre*? ¿Qué son entonces estas palabras, sino el *avemaría*, que todos los cristianos devotos recitan cada día?

»¿Ustedes dicen que en el Evangelio no está la misa? —agregué—. Pero ¿quién ha sido el que ha instituido el santísimo sacramento sino Jesucristo en la última cena? Esa fue la primera misa que se celebró sobre esta tierra y fue celebrada por Nuestro Señor Jesucristo mismo, ordenando a sus apóstoles sacerdotes e imponiéndoles la obligación de consagrar su cuerpo, como había hecho él: *Haced esto en memoria mía. Yo estaré con ustedes hasta el fin de los siglos*. En esencia, esa fue la primera misa. Los apóstoles y los sacerdotes, simplemente la han alargado por respeto a este augusto misterio. Pero la esencia es siempre la misma y nunca se ha cambiado.

Pero aquel pobre ignorante no se convenció de lo que le dije, o al menos fingía no creer, porque también él había recibido una buena suma de dinero del pastor protestante, para que entrase en esa secta y prestase su casa para las conferencias, para ayudarlo a hacer proselitismo. He aquí las razones convincentes que usan los protestantes para hacer cambiar de religión a tantos pobres católicos, y que los mueven a abrazar la doctrina de Lutero: ¡el *dinero*, siempre el perverso *dinero*!

Los evangélicos que tanto declaman la libertad de conciencia de parte de los católicos, ¿cómo practican ellos mismos esta libertad? He aquí un ejemplo muy reciente. Una joven de unos dieciséis años, que había sido abandonada por sus propios padres cuando apenas tenía siete u ocho años de edad, había sido recogida amorosamente por las hermanas de María Auxiliadora, y educada *gratuitamente* en el Instituto del Buen Pastor, en la isla Dawson, hasta la edad de dieciséis años, cuando tuvo que

abandonar el instituto a pesar suyo y volver junto a sus padres que la reclamaban con insistencia, amenazando con ir a la autoridad si las hermanas y la joven se resistían. Poco tiempo después, la joven se enfermó gravemente y pidió un sacerdote para poder recibir los santísimos sacramentos de los moribundos. Porque, siendo católica, quería morir como una verdadera católica. Cuando yo lo supe, fui varias veces a la casa, pero por más que suplicase a las personas que la rodeaban en su lecho de enferma, no me fue concedido acercarme a ella. No querían que la pobrecita muriese cristianamente. La dejaron morir sin la visita de un sacerdote, a pesar de que ella lo había pedido con insistencia, y el sacerdote había ido hasta la puerta de su casa. Estos evangélicos habían tenido la audacia de decirme: «*¡Debe respetar la libertad de conciencia!*». ¡Una verdadera ironía!

Ahora, la secta evangélica está construyendo una iglesia a solo 200 metros de nuestra iglesia parroquial. Los metodistas ingleses también han abierto dos iglesias, una donde se hacen las celebraciones en inglés y otra donde se hacen en español. Además, estas sectas han abierto escuelas públicas que atraen a la inexperta juventud, y por desgracia son muchos que, por novedad, mandan a sus hijos a estas escuelas y frecuentan sus iglesias. De nuestra parte, hay necesidad de abrir iglesias en varios puntos, alejados del centro de la ciudad y de la parroquia, para que sea más cómodo asistir a las celebraciones sagradas y así paralizar y destruir, si fuese posible, la propaganda protestante.

Esta población es muy voluble y amante de la novedad. Si hubiese cien colegios en la ciudad, los jovencitos los probarían a todos en poco tiempo, lamentándose siempre de



Siete nacionalidades europeas representadas por los profesores salesianos del Colegio San José en Punta Arenas (Magallanes). 1. Valentín Mausch, alemán – 2. Jacobo Bernabé, austriaco – 3. Ludovico Dobrosky, polaco – 4. Maggiorino Borgatello, italiano – 5. Juan Jones, inglés – 6. Guillermo Durán, español – 7. Juan Noat, francés.

todos los maestros, diciendo que no enseñan bien. Mientras que son ellos los que no tienen ganas de estudiar, y pretenden que los maestros hagan milagros, instruyéndolos por encanto. Nosotros ahora tenemos en construcción dos pequeñas iglesias. Una a 800 metros de la parroquia, que se va a dedicar a San Miguel, patrono de la prefectura apostólica, y la otra, a unos 10 kilómetros, en el barrio llamado *Tres Puentes*, y ambas cumplirán a su tiempo un buen servicio. *Pero serán necesarias al menos otras tres*, porque la ciudad se va extendiendo cada día más y los protestantes se aprovechan para sembrar sus perversos errores, porque nosotros no tenemos suficientes sacerdotes ni edificios para congregar a la grey de Dios, y defenderla de los lobos rapaces.

También estamos privados de medios materiales para poder competir con los pastores protestantes, porque están muy provistos por su sociedad bíblica. *La cosecha es mucha y los obreros son pocos. Se necesita orar al patrón de la cosecha, para que envíe buenos obreros a la misma.*

Además de los protestantes, que hacen mucho mal, hay muchos periódicos y diarios infames, que esparcen a mano suelta el veneno de los errores y la corrupción del pueblo, en forma espeluznante. Y el pueblo ignorante bebe estos errores como el agua, porque fomentan las pasiones. ¿En qué se transformará a esta pobre ciudad en unos años si las cosas continúan de este modo?

Las misiones protestantes

Un danés ha publicado una estadística de las misiones y de los misioneros protestantes en los países paganos e idólatras. De esta, surgen las sumas fabulosas que se recogen para el mantenimiento de estas misiones protestantes. Inglaterra ha dado en 1889 casi 26 millones de francos. Alemania, más de tres millones. Los Estados Unidos de América, otros 18 millones. ¡Son en total *47 millones* en un solo año!

Si se confrontan con esta suma, los siete u ocho millones que recauda la obra de la propagación de la fe, y si se confrontan también los éxitos inmensamente superiores de las misiones católicas, se verá la diferencia enorme que hay a favor de las misiones católicas. Estas son bendecidas por Dios, porque están fundadas en la *verdad* y en los sacrificios personales de los misioneros, mientras que la de los protestantes no pueden tener la bendición de Dios, porque son contrarias a la verdad y porque se fundan sobre la política y la conveniencia de los Gobiernos para tener prestigio entre la gente, y los misioneros ejercitan sus misiones, porque son bien pagados o solo por egoísmo personal, y no por el deseo de salvar las almas redimidas por la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

El príncipe Fernando de Saboya, duque de Udine, en Punta Arenas

Punta Arenas, 29 de julio de 1905

En los días 19, 20 y 21 del corriente mes, hemos tenido el alto honor de ser visitados por su alteza real, el príncipe Fernando de Saboya, duque de Udine, primogénito del príncipe Tomás, duque de Génova, que vino a bordo de la nave real *Calabria*. Muy cortés y afable, mostró gran placer al visitar nuestro colegio, la iglesia, el observatorio meteorológico y el museo territorial. Tomó varias fotografías de los indígenas y de nuestros jóvenes alumnos, hijos de inmigrantes europeos. Visitó, además, el colegio de las hermanas de María Auxiliadora y fotografió varios talleres donde trabajan las jovencitas. Nos regaló algunas fotografías de la nave real *Calabria*, y al partir nos dejó una buena colaboración para nuestras misiones.

Fuimos a visitar la nave *Calabria* para restituirle la visita, y en nombre de nuestro amado superior monseñor Fagnano, que se encuentra en la actualidad en Buenos Aires,

y de todos los salesianos de este lugar, le obsequiamos varias fotografías y objetos curiosos de nuestras misiones. Lo encontramos con algunos oficiales (la mayoría de Turín), que estaban tratando de revelar las fotografías que habían tomado de nuestro colegio. Nos trató con mucha gentileza, agradeciéndonos infinitamente nuestros pobres regalos, que se dignó a recibir con mucha estima y placer, porque eran objetos hechos por los indios de esta tierra remota, y nos invitó a beber con él y con el comandante, el señor Marenco de Moriondo (óptima y simpática persona), un vasito de vermut de Turín, recordándonos nuestra querida patria.

Nos preguntó cuánto tiempo hacía que trabajábamos en estos lugares, los cuales encontró interesantísimos en muchos aspectos, y de los que se informó en cuanto al número de salesianos y de nuestras casas ya existentes. Se maravilló mucho al escuchar el número de casas salesianas en América y dijo sonriendo: «¡Pero este Don Bosco! ¡¿Quién lo hubiese dicho?! ¡Fue realmente un enviado de la Providencia en estos últimos tiempos tan calamitosos para la religión y para la humanidad entera! En varias partes del Perú, Chile... y no sé cuántas otras Repúblicas de América, hemos recibido visita de salesianos italianos, hecho que nos da mucho placer porque honran grandemente a nuestra bella Italia. ¡Y quién sabe en cuántas otras partes recibiremos su visita antes de terminar nuestro viaje, ahora que nos dirigimos a la Argentina, Uruguay, Brasil...!».

Después recordó las varias veces que vio el oratorio de Turín y la bella impresión que siempre tuvo. Terminó haciendo votos por la prosperidad de todas las fundaciones salesianas, no solo de América, sino de todo el mundo, y por el superior general, el señor don Rua. Después de más de media hora de agradable y familiar conversación nos retiramos maravillados de tanta bondad y cortesía. Al partir, su alteza quiso darnos la mano afectuosamente a cada uno de nosotros.

El señor comandante *Marenco* y varios oficiales, recibieron de nosotros algunos recuerdos simples, fotografías, flechas, arcos y otros objetos curiosos. Varios oficiales nos hicieron visitar la nave real, en la que admiramos un orden perfecto. El señor doctor de a bordo fue muy gentil. Es de Turín y contó muy contento que tenía el cráneo de una foca (*otaria jubata*), o sea *león marino*, para enviar al Museo de Historia Natural de Turín. Todos partieron de Punta Arenas con una buena impresión.

La primera autoridad local ofreció un suntuoso banquete en honor de su alteza real y de toda la oficialidad de la nave real *Calabria*. A este banquete asistieron el joven príncipe, el comandante y varios oficiales, todas las autoridades de la ciudad, varios cónsules y señoras respetables. Al final del banquete, se hizo un brindis por la República de Chile y la de Italia. Estas visitas de naves italianas, que se repiten de cuando en cuando, sirven para estrechar cada vez más los vínculos de fraternidad entre las dos naciones y, también, para afianzar un mayor respeto hacia los misioneros italianos, que viven en este lejano lugar. Por lo cual, son una verdadera bendición del cielo.

Desde el Territorio de Santa Cruz

Es tiempo de que rompa el largo silencio y le dé algunas noticias de nuestra casa de Río Gallegos y de las misiones de este extensísimo territorio de Santa Cruz y le pida más personal. Como usted recordará, hace unos años, quería emprender una expedición recorriendo todo el territorio o gran parte de este, hasta llegar a los lagos *Argentino*, *Viedma*, etc., para llegar a la Cordillera, y en lo posible, cruzarla para visitar a los indios *chonos*, habitantes de las costas del Pacífico, entre los canales *Smyth* y *Metieres*, y los archipiélagos de la *Gran Madre de Dios* y de la *Santísima Trinidad*, etc. Con estos indios había hablado en 1892, a mi regreso desde Chile con nuestra *goleta*



Misionero don José Beauvoir y dos indios onas civilizados en la misión salesiana, Tierra del Fuego

María Auxiliadora. Pero era necesario que permaneciera en la misión; por lo tanto, no fuimos, a pesar del pedido de algunos jefes de tribus que venían a Gallegos para hacer sus negocios.

Es cierto que hacia Chile, don Borgatello hizo repetidas expediciones, y en 1904 llegó hasta *Última Esperanza*, pero no vino a territorio argentino. Visitó todo el Territorio de Santa Cruz en los años 1894, 1895, 1898 y 1900, y desde entonces ninguno más lo visitó, salvo en partes. El año pasado, don Dabroski hizo una excursión hasta *puerto Deseado*, pero muy rápido, por falta de tiempo. Crea, reverendísimo señor don Rua, que tenemos extrema necesidad de personal, para poder esparcir la palabra divina, no solo entre los convertidos recientemente, sino también entre los mismos civilizados, inmigrados, que están dispersos por el territorio. Porque los protestantes no duermen. El pastor protestante de Punta Arenas hace excursiones, repartiendo folletos y Biblias, catequiza, bautiza, etc.

En río Gallegos, se hace todo el bien posible. En el colegio tenemos el mayor número de alumnos que se pueda tener, unos cincuenta. Nunca fueron tantos, ni siquiera cuando Gallegos tenía más habitantes. La iglesia es frecuentada y las celebraciones se hacen regularmente. Celebramos el mes de María, que se hace en el mes de noviembre, lo más solemnemente posible. También trabajamos en el cuartel militar. El comandante me estima y no dejo de ir tres o cua-

tro veces a la semana, a hablar con los soldados y con los oficiales, y especialmente con los enfermos, a pesar del frío intenso de la estación. El termómetro llegó ya a 18 °C grados bajo cero. Otros dicen 20 °C bajo cero. Incluso, varias veces, se ha congelado el vino durante la celebración de la santa misa.

Sacerdote José Beauvoir

Algunas noticias sobre las misiones salesianas

Punta Arenas, 1907

Nuestra parroquia atiende más de once mil habitantes. También está a cargo nuestro la escuela de religión dentro de la escuela del Estado y el servicio religioso en el hospital y en las dos iglesias públicas anexas a los colegios de las hijas de María Auxiliadora. Además, es digno de mencionar nuestro bien equipado observatorio meteorológico, que recoge datos preciosos desde 1887, y nuestro museo regional, los dos muy elogiados por cuanto extranjero que pasa por el estrecho y baja a visitar Punta Arenas.

Naturalmente, también se hace el bien en las otras casas e iglesias de *Porvenir* y de *Ushuaia* (Tierra del Fuego), de *Río Gallegos* y *Santa Cruz* (en la Patagonia Meridional) y de *Puerto Stanley* (en las Islas Malvinas). En cuanto a nuestras misiones para los indígenas en la *isla Dawson* y en *Río Grande*, es de notar que la primera, en dieciocho años, ha educado y mantenido a más de *mil doscientos* individuos, y la segunda ha llegado a los ochocientos. Enfermedades rebeldes diezmaron hace algunos años a estos florecientes poblados que, sin embargo, hoy van resurgiendo a la nueva vida y van creciendo con la llegada de los habitantes salvajes del bosque circundante. Monseñor Fagnano me dijo que en estos días llegarán a la misión unos *doscientos indios*.

Algunos de los neocristianos han pasado ya a las fábricas fueguinas, donde se ganan honestamente el pan. Los que se quedaron con nosotros en la misión viven cristianamente, divididos por familias (cada una en su casita) y han olvidado sus antiguas y malas costumbres. Es de verdad edificante su devoto comportamiento en la iglesia, su conducta cristiana en todo momento y su convicción en la fe, especialmente, entre los jóvenes y niños. Cuando alguno de ellos se enferma y piensa que se debe preparar para la muerte, conmueve verlos con tanta resignación y tanto deseo de obtener aquella vida mejor, que los misioneros le han enseñado. ¡De algunos se pueden relatar los más tiernos episodios de esperanza cristiana, en esas horas extremas y terribles para los mortales comunes!

Actualmente, monseñor Fagnano está haciendo madurar un proyecto de una misión entre los tehuelches que —en un número cercano a dos mil, más o menos— pueblan las faldas de la Cordillera cerca del *río Deseado*, al norte de *Santa Cruz*. ¡El señor quiera fecundar sus santos propósitos y le envíe nueva ayuda con personal para la obra que está pensando! Si usted lo piensa, somos apenas 20 sacerdotes para 9 casas salesianas, 4 parroquias, 12 iglesias y 2 centros de misiones, sin contar con el cuidado que tenemos que darles a muchos habitantes que están esparcidos en el inmenso territorio, que se extiende desde *río Deseado* hasta el *cabo de Hornos*. Las excursiones comunes de un mes o dos a caballo no son suficientes para atender con regularidad los bautismos y los matrimonios: se necesita, a veces, disponer por lo menos de tres meses, con tres personas y 15 caballos. Por consiguiente, poco a poco, y con gran abnegación, también las tribus más salvajes se van reuniendo bajo la bandera de la cruz, y se amplían los límites de los pueblos civilizados. Este es nuestro ideal y es el más vivo deseo de nuestra vida.

Sacerdote Pedro Marabini

Desde Río Gallegos (Patagonia)

Río Gallegos, 1.° de marzo de 1909

Gallegos tiene una población de apenas 600 habitantes, la mayor parte son europeos, sobre todo, españoles. No obstante su reducida población, es el centro más importante del extenso Territorio de *Santa Cruz*, sede por lo tanto del gobernador y de las otras autoridades. El nombre de *Gallegos* se remonta a los tiempos de Magallanes. Se narra que no pudieron soportar más en la nave a algunos españoles de Galicia, porque eran rebeldes e indisciplinados, por lo que se los abandonó en esta playa desierta, en la desembocadura de un río, que desde entonces se llamó *río Gallegos*. Pero el actual poblado nace hace unos veinte años y surge únicamente para rivalizar a la floreciente ciudad de Punta Arenas, perteneciente al Gobierno de Chile.

El Gobierno argentino, al ver la importancia que tendría un puerto sobre el estrecho de Magallanes, y al no poseer ni un palmo de territorio en ese lugar, favoreció el desarrollo de Gallegos, que está bastante cercano al estrecho. Pero sea por las dificultades del puerto o por el desarrollo prodigioso de Punta Arenas que absorbe todo el comercio, el hecho es que Gallegos tuvo un primer desarrollo, en el que alcanzó más de mil habitantes y después comenzó a decaer cada vez más, y seguiría decayendo si no fuese por el sostén que le significa la cercanía con Punta Arenas y el campo.

La mayoría de los habitantes son católicos. Por eso, el prefecto apostólico, monseñor Fagnano, ya en septiembre de 1899, le encargaba al misionero salesiano, el arquitecto don Juan Bernabé, que construyera una iglesia y un colegio, que fue rápidamente frecuentado por 28 jóvenes. Un número que fue siempre creciendo hasta el año pasado, que fueron unos 66 alumnos, entre internos y externos.

Si alguno cree que el número es pequeño, piense que todo Gallegos no tiene más de 70 u 80 jóvenes entre seis y catorce años, edad en la cual la ley prescribe frecuentar la escuela. Y que, además de nuestro colegio, hay solamente una escuela mixta del gobierno. Por consiguiente, usted puede constatar claramente, amadísimo padre, que casi todos los jóvenes frecuentan nuestra escuela y son instruidos en nuestra santa religión, y esta es la más grande satisfacción que tiene nuestro corazón.

Una dificultad que encuentra el misionero es el continuo recambio de la población. Las familias que están aquí desde hace ocho o diez años son pocas. La mayor parte llega, se queda un año o dos, no más, y se va hacia otras regiones. Imagínese, entonces, reverendísimo don Rua, nuestro pesar al ver que apenas se comienzan a recoger algunos frutos, estamos obligados a comenzar de nuevo.

El clima de *Gallegos* tampoco es agradable, lo cual contribuye a que la gente se olvide de ir a la iglesia. Los días sin viento son raros, y estos se dan todos en el invierno, cuando el termómetro llega a los 18 o 20 °C bajo cero. Y si digo que sopla el viento, no crea que es un vientecito suave, sino que generalmente es un viento tan fuerte que una o dos veces al mes se transforma en un tremendo huracán que barre las calles, llena las casas de un denso polvo, desclava las chapas de los techos y las hace volar como ágiles plumas, voltea las chimeneas de las casas y también los cercos. En la fiesta de la Purificación de la Virgen, el 2 de febrero del año pasado, el viento nos destruyó el pequeño huerto, que con tanto trabajo habíamos cultivado, y se llevó el techo de dos o tres casas. Este año, el mismo día, derrumbó parte del cuartel militar, de unos 200 m de largo. Podríamos decir que desde el 12 de enero hasta hoy, 1.° de marzo, no nos ha dejado en paz un solo día.

Con tanto viento, cualquiera comprende que el panorama de *Gallegos* no puede ser muy atractivo en cuanto a su flora, y mucho menos para aquel que es nacido en las bellas planicies de Italia o en los valles alpi-

nos, tan ricos de exuberante vegetación y perfumados por el aroma de miles flores. Aquí todo es monotonía y tristeza. Al sur y al oeste se extiende una inmensa llanura iluminada por los rayos del sol y barrida por el viento. De vez en cuando, en la lejanía, se ve alguna colina que transforma en irregular la línea del horizonte. Pero se engañaría quien pensara encontrar allí, entre las colinas, algunos bosquecitos, valles agradables y fuentes de agua cristalina. Nada de todo eso se encuentra allí. Solo hay rocas volcánicas y pedazos de piedra de la misma especie y se escucha el estridente grito del halcón refugiado en su nido, allá en lo alto. Mientras que entre una piedra y otra, a menudo, se ve la fina trompa del zorro que al escuchar el caballo, corre a esconderse en su guarida. Aquellos montes de piedra, que no son otra cosa que las faldas de pequeños montes, en cuya cima se divisa, claramente, el cráter de un volcán apagado, son las únicas colinas que rompen la monotonía de la planicie. Estas estarían cubiertas de abundante pastura si el cielo fuese más benigno con la lluvia y el viento no soplara constantemente, y si hubiera, también, algunas flores. Además de los arbustos de *mata negra* (*chiliotrichum diffusum*), que es una especie de ciprés resinoso, de color verde oscuro —y que es el único combustible de los pobres—, no se ven árboles altos. Ni siquiera en los huertos, donde algún sauce raquítico, con todos los cuidados posibles, apenas alcanza una altura de dos metros.

La única riqueza de esta tierra, que no es poca, está en la cría de la oveja a gran escala. Cada propietario (estanciero) toma en arriendo o adquiere por lo menos 2800 hectáreas de terreno, donde mantiene a miles de ovejas (en general, se calcula que una oveja necesita una hectárea de terreno) y su lana se transporta cada año a *Gallegos*, y de aquí hacia los grandes mercados europeos. Por lo tanto, se ocupan operarios en los almacenes y empleados en los grandes y pequeños negocios que venden comida y ropa para la gente de campo, como así también, en las oficinas públicas. Así vive la gente de *Gallegos*, como decía más arriba, de trabajos temporales, y se dedican muy poco a las cosas del alma.

Aquí, en honor a la verdad, debo agregar que, a pesar de todo, el bien se propaga lentamente gracias al buen ejemplo de los jóvenes que asisten a las celebraciones y a la fiesta de la Virgen, haciendo que la afluencia a la iglesia comience a ser cada vez más numerosa. Cada año, en la fiesta de la Inmaculada, si el tiempo lo permite, hacemos una procesión. Y en ese día, ¡oh, cuánta alegría siente nuestro corazón! El 8 de diciembre, algunos parroquianos exclamaron: «¡Vivimos en otro mundo, en un mundo nuevo, sobrenatural, lejano de aquel materialismo que nos ocupa a todos!».

Estamos seguros de que la devoción por María Auxiliadora salvará a *Río Gallegos*. Ella nos muestra con afecto su predilección con gracias continuas. He aquí algunas:

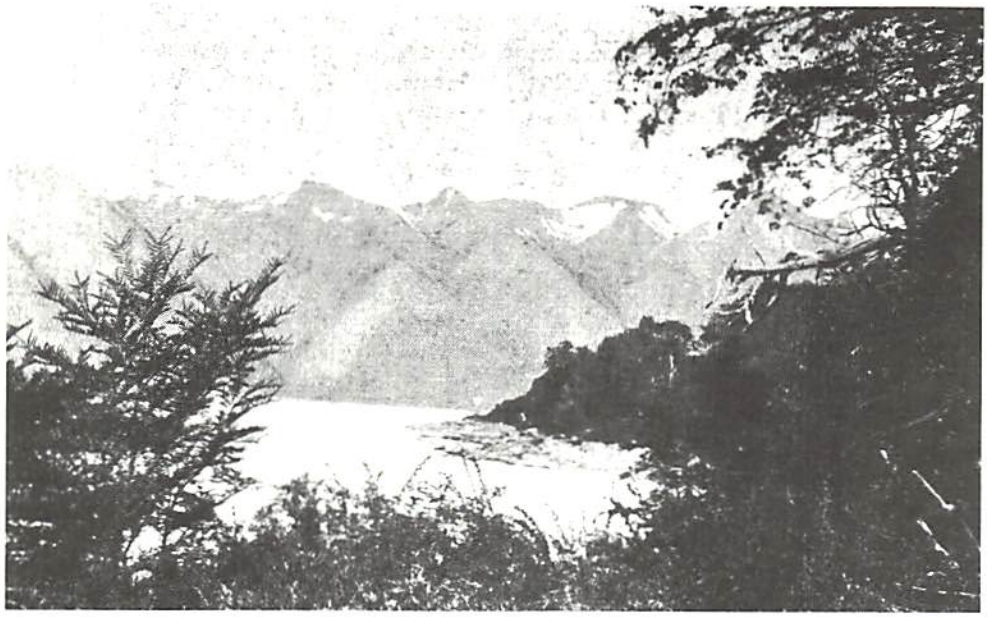
Una pobre esposa educada cristianamente tuvo la desgracia de unirse en matrimonio con un hombre que le prohibió entrar a la iglesia. Esta se enfermó gravemente, pero no quería recibir de ningún modo los santísimos sacramentos, por temor a su marido, que la había amenazado de divorciarse si llamaba al sacerdote. Los padres y la hermana, que eran buenos católicos, encontraron el modo de que yo la vaya a visitar, pero fue inútil. Traté de persuadirla de que en esa circunstancia, en vez de escuchar la voz de su esposo, debía escuchar la voz del Señor; pero fue en vano. Al dejarla, la exhorté a comenzar una novena a la Virgen Auxiliadora, ya que estábamos en la mitad de mayo. ¡Oh, la voluntad de María! La misma mañana del 24, mientras me estaba preparando para celebrar la santa misa, llegó apurada una hermana de la enferma, que me dijo que vaya corriendo a confesarla y administrarle la santa comunión, porque quería morir con los santos sacramentos, que recibió con



Interior de la Iglesia Parroquial del Sagrado Corazón de Jesús, en Punta Arenas, construida por monseñor Fagnano.



Compañía del Santísimo Sacramento en el Colegio San José. Punta Arenas, 1912.



Última Esperanza. Canal que conduce a Última Esperanza. (F.: Veiga)



Pastores fueguinos saliendo del bosque, isla Dawson. (F.: Duran)

mucha alegría, y pocos días después murió en el beso del Señor.

Un pobre padre de familia, que trabajaba en una oficina pública, fue sorprendido en una habitación, donde un momento antes se había robado una ingente suma de dinero. Aunque no se le encontró el dinero, todas las sospechas cayeron sobre él, y las circunstancias se multiplicaron de tal modo que fue a la cárcel, a pesar de manifestar su inocencia. La familia se encomendó a María Auxiliadora y esta buena madre corrió en ayuda de aquel infeliz, cambiando rápidamente las cosas de tal modo que el juez, después de pocos días, lo declaró inocente.

Desde hace un tiempo, iba a visitar a un enfermo que padecía una enfermedad mortal y lo exhortaba inútilmente a prepararse para su muerte. Cuando tocaba ese tema, me respondía: «No hable de eso padre, no quiero. No tengo pecados y con Dios me las arreglaré yo». Y se mostraba tan firme que me parecía mejor no insistir. Mientras tanto, se acercaba el fin: ¿Qué podría hacer? Una tarde, al recibir la misma respuesta, volví a casa, llamé a los jóvenes, los reuní adelante del altar de la Virgen y les hice orar por su conversión. ¡Oh! Si no me hubiese ocurrido a mí, quizá me costaría creerlo. Al otro día, volví a visitar al enfermo. Apenas me vio, me dijo: «Padre, pienso que de este lecho no me levantaré más, por lo cual, le ruego me confiese». No supe qué responder a estas palabras. Confesé a este pobre hombre, le administré los santísimos sacramentos y unos pocos días después, moría santamente.

También entre los presos, nuestra misión es bastante gratificante. Todos los domingos vamos a darles una charla religiosa, o para explicarles el santo Evangelio o para enseñarles el catecismo, y nos reciben con mucha satisfacción. Y nos dicen: «¡Finalmente hay alguien que no nos desprecia, no nos odia, ama reunirse con nosotros, y se aflige por nuestras miserias!». El año pasado, hablándoles de la misericordia del Señor, logré que casi todos encontraran, a los pies del sacerdote, el perdón de sus culpas. Fue en la cárcel que encontré también al primer indio adulto al que le administré el santo bautismo. Este Pobrecito ha caído en manos de la justicia por un delito que ni siquiera él sabe comprender. Pero mientras los otros se muestran enojados y no tienen paz, él trabaja tranquilo, y lo que es más, estudia. ¡En los momentos libres, se lo ve siempre con su diccionario en mano o arrodillado haciendo garabatos sobre un banco! Así, en poco tiempo, ha aprendido a leer y escribir español de forma bastante correcta, aunque no tan bien como para hacerse entender.

Sacerdote R. P.

El reverendísimo don Pedro Ricaldone visita las misiones de la prefectura apostólica de monseñor Fagnano, como representante del rector mayor, don Rua

En 1909, el reverendísimo don Pedro Ricaldone hizo la visita a todas las misiones de la prefectura apostólica del monseñor Fagnano, en nombre y representación del rector mayor, el reverendísimo don Miguel Rua. Este fue recibido por todos con signos de la más viva estima y simpatía, tanto por la alta autoridad de la que estaba investido como por su representación del rector mayor de la congregación salesiana. Además, contaba con amables dotes personales que lo hacían querido por cuantos lo conocían. Venía acompañado de su secretario, don Candela.

Don Ricaldone dio conferencias en todas las misiones que visitó, observó todo, informó cómo marchaban cada una de las misiones, habló con todos los hermanos y tomó apuntes de todo, para darle al señor don Rua. Su visita hizo muy bien a todos los hermanos que se encuentran tan lejos del centro de la congregación salesiana y sienten la nostalgia de sus superiores mayores. En la fiesta de Pascua, predicó en la parroquia y fue muy aplaudido por todos por su elocuencia y por su corrección en la len-

gua española y recibió muchas felicitaciones de los parroquianos.

La inauguración de la iglesia parroquial de Santa Cruz. La Ceremonia. Fiesta popular. Forma del nuevo templo

Punta Arenas, 8 de mayo de 1909

La ceremonia

La solemne ceremonia tuvo lugar el día 3 del corriente, fiesta de la Santa Cruz, titular de la nueva iglesia y del pueblo homónimo. Fue una solemnidad verdaderamente magnífica que permanecerá para siempre en la memoria de los que formaron parte de ese momento. También el cielo parece haber querido asociarse a los festejos, porque el día no podía ser mejor: había un sol bellísimo, no había viento ni hacía frío. Una situación rarísima en este lugar.

Se podría decir, sin exageración, que todo el pueblo formó parte, sin excepción de ninguna clase: ricos y pobres, autoridades civiles, militares y eclesiásticas, etc. Todos unidos y animados por un gran entusiasmo. El señor subprefecto envió a muchos marineros a embanderar la fachada de la iglesia y el campanario. A eso de las 10 de la mañana, monseñor Fagnano comenzó la sagrada ceremonia. Primero afuera y después en el interior del templo, haciendo de diácono el abajo firmante y de subdiácono, don Crema, director del colegio y párroco de Santa Cruz.



Iglesia Salesiana Parroquial y Colegio de varones. Santa Cruz (Patagonia Meridional).

La gente que estaba situada de forma muy ordenada frente a la fachada, apenas finalizó la bendición, entraron a la iglesia a la carrera, en donde siguió la misa solemne, celebrada por el mismo monseñor Fagnano y acompañada por cantos gregorianos, cantados por varios de nuestros hermanos, con música del *armonio* que era ejecutado por el querido don Fortunato Griffa, párroco de Gallegos. Finalizada la santa misa, monseñor Fagnano dirigió un breve discurso a los presentes, felicitando al pueblo de Santa Cruz por la suerte de tener, finalmente, una bella iglesia en la cual se tendrá la comodidad necesaria para recibir los santos sacramentos y para asistir a los divinos misterios, tanto en los días festivos como en los días feriados. A la tarde se cantó un solemne *tedeum* y se impartió la bendición con el santísimo sacramento.

Fiesta popular

Finalizadas las celebraciones religiosas, el pueblo quiso conmemorar la fiesta con una comida campestre de hermandad. Se improvisó un gran fuego en el patio de la iglesia, donde se asaron seis corderos que habían sido regalados por dos señores. Otros regalaron pan, vino, ensaladas, etc., en abundancia. Todos comieron hasta la saciedad, en medio de un clima muy alegre. En el entretiempo, el abajo firmante, ayudado por otros hermanos, hicieron un pequeño sorteo gratuito de objetos sacros, imágenes, medallas, rosarios, etc. Se escribió el nombre de todos los presentes en papeles y se metieron en una bolsa y se sortearon, poco a poco, todos los premios. Cada ganador era aclamado con frenesí. Pasaron así dos horas de santa alegría, sin que hubiese que lamentar el mínimo incidente desagradable. Como aquel día se encontraban anclados en el puerto dos barcos a vapor: el *Santa Cruz* y el *Araucanía*, las dos tripulaciones y los capitanes, se sumaron alegremente a esta fiesta.

Forma del nuevo templo

La iglesia inaugurada es toda de ladrillos y cemento, con base de piedra. Los ladrillos, en su mayoría, fueron fabricados por nuestros hermanos de *Santa Cruz*, teniendo al párroco don Crema a la cabeza. También, los capiteles de las columnas internas, hechos de cemento y revoque, fueron diseñados por nuestro querido arquitecto don Juan Bernabé, quien también realizó el diseño de la iglesia y dirigió los trabajos.

El bello templo, de estilo románico, tiene una sola pero amplia nave interna, con un bello ábside y tres altares. El mayor de estos está dedicado a la Santa Cruz, el de la derecha, al Sagrado Corazón de Jesús, y el tercero a la izquierda, a María Auxiliadora. Los vidrios de las ventanas tienen imágenes de nuestros principales patrones: San Francisco de Sales, San Luis, San Juan, etc. En el lado izquierdo de la fachada de la iglesia, se alza un bello campanario con reloj y tres campanas. El interior del templo mide 30 m de largo por unos 10 m de ancho. Este lugar hace honor a la ciudad y al arquitecto que la ideó. Sobre la puerta hay un balcón, como para la orquesta y el coro.

La primera piedra fue bendecida el 14 de septiembre de 1908, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, y el 3 de mayo de este año, se pudo inaugurar. Nuestros queridos hermanos han hecho un verdadero prodigio de trabajo y esperamos que el Señor les dé la ayuda necesaria para terminar de pagar lo que falta de la deuda contraída para la construcción de esta santa casa. El señor gobernador del Territorio, representado por el señor juez conciliador, fue el padrino de este nuevo templo y la madrina fue la señora Magdalena Ezcurra de Ezcurra, con su hija, representadas por la inspectora de las hijas de María Auxiliadora.

La fiesta de la Inmaculada en Punta Arenas

Punta Arenas, 10 de diciembre de 1909

La fiesta de la Inmaculada Concepción de María Santísima, celebrada el 8 del corriente, se consagró con una solemnidad mayor que la de otros años. Fue precedida de un mes entero dedicado a María, que en América tiene lugar en noviembre y se hace hasta la clausura, es decir, el 8 de diciembre. Fue anunciada con grandes carteles, estampados en varios colores por nuestra incipiente escuela tipográfica.

La iglesia estaba magníficamente adornada. Todo esto contribuyó a suscitar el entusiasmo en el ánimo de todos los devotos, quienes asistieron de forma numerosa a rendir homenaje a la Reina del cielo. Más de 600 fueron las santas comuniones, y casi 150, entre niños y niñas, asistieron por primera vez al sagrado banquete. El reverendísimo gobernador eclesiástico les hizo un lindo discurso.

A las 10:30, se celebró una bella misa, con música y con el discurso de ocasión. La procesión de la tarde fue más que espléndida. Fue tal la concurrencia que a la iglesia pudieron entrar solamente un tercio de las personas. La banda musical del pueblo contribuyó mucho al esplendor de las celebraciones sagradas Una larga fila de hijas de María con su nuevo vestido blanco, seguía a las 100 niñas de la primera comunión. Ellas también vestidas de blanco. También venían con sus estandartes los señores de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús y los socios de la compañía de San Luis, de San José y de los Ángeles Custodios. Después, el pequeño clero, compuesto de 40 jovencitos. También los sagrados ministros, vestidos con su más preciosos ornamentos, y, finalmente, la elegante estatua de María Auxiliadora, colocada sobre un hermoso trono, adornado de flores y velas, que atraía la mirada de todos.

El viento, que desde hacía un mes soplaba fuerte día y noche casi sin parar, y que la noche precedente había parecido un



Plaza de Punta Arenas, procesión de la Purísima

verdadero *huracán*, cesó como por encanto durante todo el día, por lo que se pudo hacer tranquilamente la procesión. Esta finalizó con un elegante y afectuoso discurso del señor gobernador don Cavada, que conmovió a todo el auditorio al hablar de la voluntad de María Santísima, con la renovación de los votos bautismales de los niños con su primera comunión y con la bendición del santísimo sacramento.

De todo esto, demos gracias al Señor.

Una misión en el campo hasta Última Esperanza

Punta Arenas, 22 de marzo de 1910

El 25 de enero, después del mediodía, me despedí de mis queridos superiores y hermanos, en compañía del joven Carlos Aros, exalumno nuestro, que debía servirme de sacristán y de un guía. Partimos de Punta Arenas, hacia el este, con un viento más bien fuerte. Desde las primeras granjas que encontramos, nos trataron con exquisita gentileza o, mejor dicho, con calidad cristiana. Y me sería difícil explicar la alegría de estos buenos colonos al ver a los misioneros católicos después de tanto tiempo. Nos colmaban de atenciones y nos invitaban a pasar algunos días con ellos. Muchos avisaban a las granjas vecinas, para que los colonos de alrededor vinieran a la mañana siguiente a escuchar la santa misa.

Al caer la tarde del segundo día de viaje, nos agarró una lluvia torrencial que nos acompañó por casi tres horas. Por lo cual, llegamos a una granja empapados hasta los huesos. Esta buena gente no sabía qué hacer al vernos en ese estado. Enseguida encendieron el fuego para secar nuestra ropa y nos ofrecieron prendas secas para cambiarnos. También nos prepararon comida caliente. No tenía palabras para agradecerles como se merecían; y así fue en todos lados, no solo en las granjas católicas, sino también en aquellas protestantes, casi todas de ingleses. Dios les dé a todos su recompensa.

Llegamos a una región llamada *Laguna Blanca*, donde supimos que al pie de un monte, llamado *Pinto*, había un niño para bautizar. Se necesitaba volver para atrás una buena parte del camino y meterse por un sendero que ni siquiera el guía conocía. Muchos me decían: «No vaya, padre. Quién sabe cómo será el camino. Es necesario pasar una parte a caballo por el mar, vadear ríos, cruzar montes y atravesar bosques casi impenetrables y muy pantanosos». Eso era verdad, pero pensaba: «¿Jesús no habrá recorrido caminos aún más desagradables para buscar almas? ¿No se ha inmolado por su calvario? ¿Debería, entonces, dar marcha atrás y perder mi coraje?». Y dije al señor guía: «Adelante, el Señor proveerá». Y así fue.

Llegamos hasta la casa de un francés, de nombre Mariscal, después de un día de camino, y se ofreció a llevarme al día siguiente hasta la casa donde estaba el niño, diciéndome que quería ser el padrino. En efecto, al día siguiente nos pusimos en viaje. ¡Pero qué viaje! No me lo olvidaré fácilmente. Todo lo que me habían dicho para acobardarme y no ir había sido poca cosa, comparado con la realidad. En un punto de la costa, el camino se hacía empinado y se necesitaba entrar en un bosque muy tupido, saltar troncos y abrirse paso entre los arbustos, cuidando de no golpearse la cabeza con alguna rama o algún árbol caído, y observar dónde ponía las patas el caballo, para que no se hundiera en el barro. Al salir del bosque, había un arroyo de un ancho de solo dos o tres metros, pero tan pantanoso y profundo que fue necesario bajar a la playa y meterse en el mar, para evitar el barro. Después, un acantilado de unos 300 m que caía a pico sobre el mar nos obligó a pasar por el agua, tan profunda que llegaba en algunos puntos casi al lomo del caballo, y el fondo estaba lleno de piedras muy flojas, que lo hacían patinar a cada rato.

Al llegar al río *Pinto*, el peligro se hizo más serio. El río estaba muy crecido, turbulento y con una corriente muy rápida, así que paramos un buen rato pensando si debíamos arriesgarnos a vadearlo. Finalmente, me saqué la sotana, hice la señal de la cruz y, junto con el guía, nos metimos en el río. Y como Dios quiso, llegamos a la otra costa.

Llegamos, por último, a la ladera del *monte Pinto*, donde con gran satisfacción administré el santo bautismo. Terminada la ceremonia, volvimos rápidamente sobre nuestros pasos, temiendo que el río creciera aún más. En cambio, nos encontramos con que el río había bajado mucho y a la noche, después de trece horas de viaje, estábamos de nuevo en la casa del francés Mariscal, del cual nos despedimos al día siguiente. Llegamos a la *laguna Blanca*, a eso de las 7 de la tarde, desde dónde habíamos partido tres días antes.

El seno de Última Esperanza. Una misión a los operarios. Juicio de un protestante sobre el sacerdote católico.

Al anochecer del sábado 12 de febrero, llegamos al seno de *Última Esperanza*, después de haber pasado por bosques intrincados y por valles irrigados por arroyos que imprevistamente desaparecían entre la hierba. Visitamos varias granjas, esparcidas a 20 y 30 km de distancia unas de otras, les administramos el santo bautismo a algunos niños y regularizamos algunos matrimonios. Esta extensísima región pertenece casi toda a una riquísima compañía anónima, que tiene miles y miles de ovejas y ganado bovino, y que ha construido casas para los administradores, pastores, y operarios. Las casas están repartidas en dos lugares, que dan el aspecto de dos villas bastante elegantes, con negocios de varias clases. En el primer lugar, llamado *puerto Bories*, encontré más de 50 operarios católicos, ocupados en varias fábricas.

El señor administrador, W. L. Harries, y su ayudante, el señor Chos L. Donaldison, aunque son protestantes, me trataron muy bien y fueron muy gentiles, tanto que merecen mi agradecimiento público, ya que se les pudo hacer mucho bien a esos trabajadores y, en gran medida, se lo debo a ellos. Pusieron a mi disposición un buen local donde improvisaron una capilla y ordenaron que se tocara la campana para reunir a todos los operarios y llamarlos a misa, ya que era domingo. Incluso ellos asistieron al santo sacrificio. Anuncié que esa misma tarde comenzaría una misión que duraría toda la semana. Fue mucha mi satisfacción cuando muchos de estos operarios que no se habían confesado durante muchos años, hicieron su santa Pascua el domingo siguiente.

No fue menor la cortesía a la semana siguiente, de parte del doctor F. Haegert en *Puerto Prat* y del señor G. Cameron en *Cerro Castillo*, ambas granjas de la misma sociedad. El doctor F. Haegert me invitó enseguida a visitar a un pobre chileno enfermo, al cual se le debía practicar una dificilísima operación al otro día.

—Vaya, padre —me dijo—, y trate de animarlo, porque no sé cómo saldrá la operación en verdad. Yo sé que ustedes, sacerdotes católicos, poseen la palabra que anima a los enfermos. No puede imaginarse, padre, el buen concepto que tengo del sacerdocio católico. Mire, cuando estaba en Londres, visitaba muchas veces el hospital donde estaban los enfermos infecciosos y ¿usted cree que allí entraban nuestros pastores? Se veía apenas uno, una que otra vez. Mientras que muchos sacerdotes católicos recorrían el hospital, yendo de cama en cama, aliviando a los enfermos sin ningún temor.

—¿Sabe usted —le pregunté yo— a qué se debe esto? Nosotros no tenemos ninguna ocupación ni obligación de familia, y es por eso que podemos trabajar con toda libertad, sintiéndonos afortunados, si encontramos la muerte en el desempeño de nuestro deber.

—Tiene razón —me respondió—. En esto el sacerdote católico es muy superior al pastor protestante.

Fui entonces a visitar al enfermo, que quiso recibir los santos sacramentos y desde su lecho asistió a la santa misa que celebré en su habitación. Al final, me pidió que estuviese a su lado durante la operación. Me sentí muy honrado de poderlo conformar.

Con el rosario y el crucifijo entre las manos, se dejó operar sin una queja. Se sometió a la operación sin ser cloroformado por estar muy débil. La larga y dolorosa operación fue la extracción de un gran tumor, ubicado entre el hígado y los intestinos. Finalizada felizmente la operación, me tomó de las manos y besándomelas, me decía conmovido:

—Gracias a Dios, a la Virgen y a usted, padre, que me ha consolado y me ha dado coraje. Algunos compañeros me habían dicho que no me dejara operar, porque el doctor me haría morir.

Ahora, este bravo hombre está curado y continúa con su oficio. Es uno de los pocos de aquel lugar que viene cada año a Punta Arenas para cumplir con el precepto pascual. El Señor dispuso que yo llegara a tiempo para ayudarlo y alentarlo en esa dolorosa circunstancia.

La vuelta a Punta Arenas

Eran los primeros días de marzo. Según el itinerario preestablecido por monseñor Fagnano, debía estar de vuelta en Punta Arenas para el 10. Por lo tanto, no había mucho tiempo que perder, sobre todo, porque debía pasar por algunas granjas muy distantes unas de otras. ¡Algunas veces, nos poníamos en marcha muy temprano, y era necesario viajar hasta la noche para llegar a la granja que buscábamos! Pero el día más cansador fue, sin duda, el 3 de marzo.

Nos metimos por un sendero en dirección a una cabaña, donde creíamos poder bendecir un matrimonio. Por momentos, pasamos por bosques casi impenetrables. Otras veces, por pantanos y colinas, atravesando pequeños valles cubiertos de hierba muy abundante. Cuando de golpe, mi caballo se enterró casi del todo en el barro. ¿Qué había sucedido? Había pasado por un arroyito que se escurría y escondía bajo la hierba, dejando por arriba una capa muy frágil. A fuerza de tironear fatigosamente, logramos sacarlo, porque se había enterrado prácticamente todo. Nos internamos nuevamente en el bosque y, repentinamente, un olor fuerte a quemado y una nube de humo nos sorprendieron. Seguimos con cautela y vimos a la izquierda del sendero unas llamas muy altas. Escuchamos la crepitación típica de un incendio en el bosque. «¡Atrás, atrás!», grité. Pero era inútil; el fuego que se extendía con una velocidad sorprendente, nos bloqueaba el camino. ¿Qué hacer? No había otro remedio que correr en contra del viento, y los caballos no se hicieron esperar, porque también ellos veían el peligro. A rienda suelta, saltando troncos, después de unos pocos minutos, estábamos fuera de peligro, gracias a Dios. Finalmente, a eso de la 1 de la tarde, llegamos a la cabaña. ¡Pero qué desilusión! Habíamos hecho ese viaje inútilmente, porque no fue posible regularizar aquel matrimonio.

Salimos enseguida para otra chacra. Pero al poco tiempo de andar, nos encontramos con un laberinto de senderos trazados en todas las direcciones por los guanacos y las ovejas. Continuamos sin una dirección precisa y enseguida nos dimos cuenta de que nos habíamos perdido. Con la brújula pudimos orientarnos y dirigirnos a la chacra que buscábamos. También en los días siguientes las marchas fueron largas, atravesando las vastísimas planicies del territorio argentino y luego los bosques chilenos, hasta que al mediodía del día 10, llegamos a Punta Arenas.

Sacerdote P. R.

Visitas ilustres en Punta Arenas

Punta Arenas, 12 de octubre de 1910

Para el 1.er Centenario de la Independencia de Chile, nuestra casa de Punta Arenas, tuvo muchas visitas ilustres. Casi todos los comandantes, oficiales y soldados de las naves de guerra, perteneciente a varias naciones extranjeras, que estuvieron de paso por el estrecho de Magallanes, tuvieron la amabilidad de hacer una visita a nuestra casa, admirando la obra civilizadora iniciada —y felizmente cumplida— por monseñor Fagnano y los salesianos en esta remota parte de la tierra.

La serie de visitas comenzó con la nave real italiana *Etruria*, del 14 al 20 de agosto. Nos visitaron el comandante, el señor Adolfo Repetto, acompañado del agente consular de Italia en esta ciudad, el señor Contardi, y muchos oficiales de la misma nave. También vinieron otros oficiales y soldados a ver nuestro museo territorial y el observatorio meteorológico. Poco después, pasaron, dos naves de guerra de la República Argentina: la *San Martín* y la *Belgrano*, y el comandante, comodoro Quiroga, vino a visitar nuestro colegio, museo, etc., junto con muchos otros, entre quienes había capitanes, oficiales y soldados. Luego, el comandante, los oficiales y los soldados de la nave *Montevideo*, de la República Oriental del Uruguay, vinieron a hacernos una visita. Además, pasaron tres naves de la República de Brasil: la *Bahía*, la *Tamayo* y la *Tymbirá*, cuya oficialidad, junto a toda la tripulación, no solo vinieron a visitarnos repetidamente, demostrando entusiasmo por nuestra obra, sino que fraternizaron con nosotros y agradecieron a Dios por haber escapado de un naufragio. Todos vinieron a escuchar la santa misa, dejando en Punta Arenas un bellísimo ejemplo de fe y piedad.

Muchos de aquellos oficiales y marineros fueron alumnos de nuestros colegios en Brasil, y expresan mucha gratitud a sus educadores. Uno de ellos nos dijo que la madre era una de las fundadoras del colegio de *Niteroi*. Otro nos dijo que había estado ocho años en ese colegio y hablaba con mucho afecto. ¡El Señor los conserve valerosos militares, óptimos ciudadanos y fervientes cristianos!

Finalmente, el 7 del corriente mes, cerró la serie de visitas ilustres el príncipe *Francisco von Windischgraetz*, pariente de la casa imperial de Austria, a quien su Gobierno le ha encargado realizar estudios comerciales en los países de América Central y América del Sur. Vino con el cónsul austríaco y con el señor gobernador civil del territorio, señor Chaigneau. El príncipe es una persona alta y de noble aspecto. Muy amable con todos y gentilísimo en el trato. Cae simpático a casi todos los que tienen la fortuna de acercarse a él. Antes de su persona, también nos había visitado el ministro plenipotenciario de Austria en Chile.

Para terminar, le diré que, en estos tiempos, tuve la satisfacción de recibir la abjuración y bautizar bajo condiciones a dos jóvenes y a un adulto, protestantes ingleses, que pasaron al catolicismo, entrando así a nuestra santa iglesia. Entremedio de las espinas, florecen, de cuando en cuando, algunas rosas.

Tres naves brasileras se salvan del naufragio por milagro de María Auxiliadora (1910)

Tres naves de guerra de la República del Brasil: la *Bahía*, la *Tamayo* y la *Tymbirá*, volviendo de Valparaíso, donde habían estado para festejar el 1.er Centenario de la independencia de Chile, fueron sorprendidas por una tormenta terrible, entre el *golfo Trinidad* y el *cabo Pilar*. La tripulación creía que en algún momento las olas iban a dar vuelta la embarcación. Un marinero del *Tymbirá* fue arrastrado de la cubierta al mar y nunca más se supo de él. La tormenta crecía y crecía, y ¿qué hicieron? Recurrieron a

Dios por medio de la intersección de nuestra buena y potente madre María Auxiliadora, haciendo votos de que si se salvaban de la muerte, ofrecerían al Santuario de María Auxiliadora en el *Niteroi*, una pequeña nave hecha en cera y harían al pie de su monumento, una bella celebración en su honor. Contra toda expectativa, en poco tiempo, cesó la tormenta y el mar se calmó.

En reconocimiento a Dios y a María Auxiliadora por este favor, apenas llegaron a Punta Arenas, se apuraron a celebrar dos misas solemnes, una el domingo 2 del corriente y la otra el lunes 3, con intervención de toda la oficialidad, toda la tripulación y los marineros de las tres naves. Con su digno comportamiento edificaron a toda la ciudad, porque todos ellos permanecieron de rodillas desde el principio hasta el fin de la misa.

De verdad, habrá sido muy grande el peligro que corrieron, porque en el rostro de todos se notaba todavía el susto que habían tenido y no sabían hablar de otra cosa, sino del gran peligro con en el que se habían encontrado y de la posibilidad de naufragar, asegurando que nunca en sus vidas habían visto una tormenta tan furiosa y unas olas tan altas y amenazantes. El susto les había hecho olvidar todas las fiestas que se habían celebrado en la capital chilena y todos los honores que ellos habían recibido de los buenos chilenos.

El comandante de la *Tymbirá*, el señor Gentil A. De Paiva Meira, agregó a la manifestación religiosa una generosa colaboración para los pobres de Punta Arenas y para las misiones. De recuerdo, quiso tener para adornar la nave, tres bellas imágenes de María Auxiliadora, en señal de la fe en su protección y en reconocimiento por la gracia recibida.

Algunas gracias de María Auxiliadora
La medalla de María Auxiliadora

Pedro Barría, hombre de unos treinta años, sufrió imprevistamente una neumonía fulminante que lo llevó casi al extremo de la vida. Desde hacía tres días deliraba por la fiebre muy alta, sin tener un minuto de lucidez. Cuando fui llamado para darle los últimos consuelos de nuestra santa religión, me rehusaba a verlo morir en ese estado, sin poner en orden los asuntos de su alma. Los estertores lo sofocaban y no había tiempo que perder. No me desesperé. Hice orar por él y le puse debajo de la almohada la medalla milagrosa de María Auxiliadora. ¡Oh! ¡Prodigio de María! No habían pasado diez minutos, cuando el enfermo se despertó de un profundo letargo, giró los ojos, me reconoció y me pidió confesarlo.

Con plena conciencia y con acto de sincero dolor, se confesó. Dos horas después, recibió el santo viático, la extremaunción y la bendición papal, siempre en pleno ejercicio de todos sus sentidos. Nos quedamos a la espera de que espirara, lo que ocurrió veinticuatro horas después. A las 3 de la tarde de la solemnidad del *Corpus Domini*.

Su plácida y santa muerte hizo asombrar a todos los que lo habían visto en ese estado, especialmente, sus parientes, quienes se sintieron muy consolados. ¡Esto demuestra lo grande y potente que es para los cristianos la ayuda de María Santísima, especialmente, en el momento de morir!

La medalla de María Auxiliadora en el lecho de un moribundo

Un señor cristiano, pero solo de nombre y con muchos prejuicios en su mente, yacía en su lecho desde hacía dieciséis meses, consumido por una tisis lenta. Los médicos, declarándolo incurable, ya lo habían abandonado, y el pobrecito se encontraba casi en el final de su vida. Los parientes y amigos estaban muy dolidos, sobre todo porque el enfermo no quería saber nada con la salvación de su alma ni con recibir los santísimos sacramentos.

Ante el insistente pedido de sus parientes, se rehusaba obstinadamente, a pesar de

que se daba cuenta de que estaba ya en las puertas de la eternidad. Estaban las cosas en estos términos, cuando una persona caritativa, movida por la compasión, me vino a pedir que vaya a verlo para tratar de convencerlo. Comencé enseguida mis visitas, haciendo uso de todos los métodos que se me habían sugerido, de caridad y de oportunidad, para convencerlo e inspirarle confianza. Cada vez que iba, me recibía con indiferencia y frialdad, pero siempre pensaba que algún día iba a estar mejor predispuesto a escucharme, y podría así encontrar una brecha en su corazón para convencerlo de preparar su alma para su partida, con una buena confesión y una santa comunión. Apelé a todos los argumentos de la fe y de la razón, pero le hablaba a un sordo, que también estaba cansado de mi insistencia y me declaró abiertamente que era inútil que intentara persuadirlo, que no fuese más a verlo con ese fin, porque nunca estaría dispuesto a confesarse, y que nada le importaba morir sin recibir los santísimos sacramentos.

Mientras tanto, su mal se agravaba cada día más y no había tiempo que perder. No pudiendo resignarme a dejar que se perdiera para siempre el alma de aquel infeliz, le pedí por favor a monseñor Fagnano que le hiciera una visita, esperando, quizá, que sus exhortaciones fuesen más eficaces. Pero ni siquiera monseñor Fagnano consiguió el objetivo.

La victoria sobre esa alma estaba reservada a nuestra querida madre María Auxiliadora, a quien, en vista de los inútiles esfuerzos de todos los humanos, pensé en encomendarlo, poniéndolo bajo su potente protección. Por eso, en una visita le rogué al enfermo que, al menos, aceptara una medalla de María Auxiliadora y su santo escapulario del Carmen, y por deferencia lo consintió. Se dejó poner en el cuello el santo escapulario, al cual estaba unida la medalla milagrosa de María. Fue insólitamente tan obediente que hasta recitó el *avemaría*. Esto sucedió a la mañana.

La tarde de ese mismo día, el enfermo me hizo llamar espontáneamente y me pidió la instancia de la confesión, lo cual hizo con signo de mucha compunción. Tanto que me maravillé, como también se maravillaron todos los que sabían de su obstinación para rechazar este sacramento. Le administré enseguida el óleo santo y no pudo recibir el santísimo viático por tener vómitos frecuentes. Por último, le di la bendición papal. Durante su agonía rezó siempre con mucha devoción, besando a menudo el santo crucifijo y la medalla de María Auxiliadora. Murió poco después de una hora, con una muerte santa. Fue una verdadera gracia de María Auxiliadora su repentino y extraordinario cambio de vida.

Una agonizante que retorna sana para la Novena de María Auxiliadora

La señora Rosario Pacheco, viuda de Wahlen, chilena, se encontraba en el fin de su vida, según le habían dicho los doctores que la atendían. Yo le había administrado todos los consuelos de nuestra santa religión y la pobrecita había entrado en agonía. Sus hijos e hijas, casi todos menores de edad, la lloraban como si estuviese muerta.

Dos buenas hermanas de María Auxiliadora que le asistían continuamente sufrían de corazón al ver el gran dolor que tenían estas pobres criaturas. Para consolarlas y animarlas a pedirle a la divina Providencia, le propusieron hacer juntos una novena de oración a María Auxiliadora. La propuesta fue aceptada y comenzaron inmediatamente con mucha fe y devoción. Me encontraba en la habitación de la moribunda para encomendar su alma a Dios, cuando escuché la propuesta de las hermanas, y a pesar de mi fe en María Auxiliadora, confieso que dudé mucho del éxito, porque me parecía que más bien era tentar a Dios para que hiciese un milagro, y no era el caso, porque la pobre enferma estaba ya próxima a expirar. Dije para mí mismo: «Si esta enferma se

cura, sería verdaderamente un gran milagro». Pero viendo que la agonía se prolongaba y que, en vez de morir como todos esperaban, poco a poco iba retomando sus fuerzas y comenzaba a pedir comida, empecé a modificar mi opinión al respecto. Mientras tanto, la novena continuaba y la enferma cada día se encontraba mejor, hasta que al final de la novena, ya estaba fuera de peligro y en plena convalecencia.

Se mejoró muy bien, ante el estupor de cuántos la vieron muy cerca de la muerte.

María Auxiliadora consigue que un moribundo pueda recibir los santísimos sacramentos antes de morir

Un día fui llamado para ver a un enfermo que se encontraba en agonía, inconsciente. La familia estaba desoladísima porque no podía recibir el sacramento de la confesión y el santo viático. Le puse al cuello la medalla de María Auxiliadora, unida al escapulario del Carmen, y exhorté a todos los presentes (que eran unos diez) a orar.

Todos arrodillados alrededor del lecho del moribundo recitamos algunos *avemarías* y después las letanías de la beata Virgen. Apenas terminadas las letanías, el moribundo se despertó como de un profundo letargo, se sentó sobre su lecho en perfecto uso de sus sentidos y pidió confesarse. Después de haberse confesado y haber recibido el santo viático y el óleo santo, y luego de haber hecho un breve agradecimiento, volvió enseguida a entrar en agonía. Murió pocos minutos después. La Virgen le concedió la gracia de recibir los santos sacramentos y morir santamente.

Lo lloraban como muerto

El joven Antonio Eterovich, de unos catorce años de edad, hijo de austríacos, quien vivía en Punta Arenas y asistía a nuestra escuela, cayó gravemente enfermo de meningitis, rubéola, y neumonía al mismo tiempo. El caso era desesperante. El padre y la madre lo lloraban como muerto. La fiebre le había llegado a 42 grados y el doctor que lo atendía lo había desahuciado. Había recibido todos los consuelos de nuestra santa religión, como para partir al otro mundo.

Yo lo exhorté a confiar en María Santísima Auxiliadora, hacer una novena en su honor y publicar la gracia en el *Boletín salesiano* si obtenía su curación. Aceptó agradecido mi exhortación y enseguida comenzó la novena junto a su querida familia; prometió, además, dar una colaboración proporcional a su condición.

La gracia no se hizo esperar demasiado. Antes de que terminara la novena, el joven se había mejorado plenamente. En reconocimiento, mandó la colaboración prometida y deseaba que se publicara la gracia para que se conociera más la potencia y la voluntad de María Auxiliadora.

De la muerte a la vida

Dioscoro Ávila, jovencito de doce años, muy buen alumno de nuestra escuela, se encontraba gravemente enfermo de neumonía y los médicos que lo atendían ya lo habían desahuciado. Le administré todos los santos sacramentos del moribundo y se esperaba su tránsito a la eternidad de un momento a otro.

Su pía madre no se resignaba en su corazón a perder a su buen hijo, que era todo lo que tenía y que pensaba que en el futuro podría ser su sostén, porque la pobrecita había perdido a su marido hacía no mucho tiempo. Cuando no vio más esperanza en los medios humanos, recurrió con viva fe a los celestiales, haciendo una novena a María Auxiliadora.

Contra las expectativas de todos, y ante el estupor de los médicos que lo atendían, el joven se curó, y cuando la novena llegaba a su término, ya estaba en condiciones de levantarse de su lecho e ir a la iglesia

para tomar la santa comunión, en agradecimiento a la beata Virgen por haberlo sanado.

Quien lo vio en agonía lo llama ahora el muerto resucitado.

María Auxiliadora salva a la misión de San Rafael del incendio

No se sabe por qué causa un día se inició un gran incendio en el bosque cerca de la misión de San Rafael, en Dawson. El incendio crecía cada vez más y se transformaba en gigantesco, extendiéndose y amenazando con arrasar todo. Ningún medio humano era capaz de apagarlo, quemaba árboles verdes y además quemaba la tierra hasta una profundidad de medio metro, porque estaba seca, cubierta de hojas y hierba seca, con muchas raíces. El viento fuerte y continuo contribuía muchísimo a avivarlo y extenderlo como un elemento destructor.

Habían transcurrido 15 días desde que el incendio había comenzado y, lejos de extinguirse, cada vez se acercaba más a las casas de la misión, lo que hacía temer que se incendiaran. Si esto ocurriera, ¿dónde encontrarían refugio todos nuestros hospedados? De noche, nadie se iba a dormir, por miedo a ser quemado vivo mientras dormía. El susto era muy grande, porque se sentía el crepitar de las llamas, los árboles que caían con gran estruendo y el aire asfixiante.

Se recurrió, como ocurre siempre en todas las calamidades, a nuestra celestial madre María Auxiliadora, con fervientes súplicas, poniendo en ella toda la esperanza. Se tomó un cuadro de María Auxiliadora y se lo puso a pocos pasos de las primeras casas de la misión cerca del incendio, pidiendo con fe y amor a la querida Virgen del venerable Don Bosco: *¡No permitas, oh, María Auxiliadora, que el fuego pase este límite!*

Cuando todo hacía temer que el incendio continuase, avanzase y destruyese todas las casas de la misión, justo en el lugar donde había sido puesto el cuadro de María, se detuvo imprevistamente, como si una mano potente lo hubiese parado, o más bien, como si hubiese habido un muro de hierro, y el fuego se hubiese apagado milagrosamente.

Todos reconocieron la potente intersección de María Auxiliadora, que quiso salvar a la misión, y se tributaron solemnes acciones de gracia a la excelsa benefactora del pueblo cristiano.

Hubo tres o cuatro principios de incendio en las casas de esa misión, especialmente por la noche, y siempre la buena Virgen impidió que se quemaran, haciendo que se pudieran apagar rápido, sin daños graves.

María Auxiliadora salva también a la ciudad de Punta Arenas de otro incendio

Se produjo otro incendio colosal en el bosque cercano a Punta Arenas que se extendió por unos 20 km de largo y 1,5 km de ancho y duró varios meses. El día 19 de febrero de 1894, el fuego se acercó tanto a la ciudad que hacía temer que toda la ciudad se incendiara. Si así hubiese sucedido, todos los habitantes hubiesen perdido la vida, porque estaban rodeados por el fuego, y adelante tenían el mar, por lo cual no tenían ninguna vía de escape.

El humo había envuelto toda la ciudad como si fuese una densa niebla que impedía ver las casas a poca distancia, y además hacía difícil respirar. En el bosque, varias personas y muchos animales perdieron la vida. También aquí se recurrió a María Auxiliadora, y al tocar el avemaría, a la tarde, el incendio comenzó a disminuir, cesó el fuerte viento, que soplaba desde hacía varios días, y en la noche se desató un fuerte chaparrón. La ciudad se salvó por la misericordia de María Auxiliadora.

En febrero de 1889, se desencadenó un terrible huracán sobre la ciudad de Punta Arenas y la bahía, causando muchos daños. Varias embarcaciones pequeñas se hundie-

ron, otras fueron arrojadas sobre la playa. Una torre de madera que había servido alguna vez de faro, de una altura de 21 m por 8 m de base, que estaba instalada en la *Avenida Colón*, fue arrastrada unos 30 cm hacia el sudoeste. Levantó el techo de varias casas y produjo algunas víctimas, pero no se produjo ningún daño en la misión salesiana.

Había pedido no morir sin recibir los santísimos sacramentos

En 1895, al dar misiones por el campo de la Patagonia Meridional, en Río Gallegos encontré a una mujer que hacía seis meses que estaba gravemente enferma y ya desahuciada por el médico. Parecía que tenía el alma en un hilo. El doctor que la atendía, se sorprendía cada día de encontrarla con vida. No podía entender su gran resistencia. Pero la pía mujer era muy devota de María Auxiliadora y le había pedido no morir sin haber recibido los santísimos sacramentos. En aquel tiempo, en Río Gallegos no había sacerdotes, y solo una vez al año pasaban por ahí a dar misiones. María Auxiliadora escuchó el deseo de su devota.

La enferma recibió con grandísima consolación todos los sacramentos del moribundo y no paraba de agradecer con lágrimas en los ojos a su celestial benefactora por haberle concedido ese gran favor. Moría poco después con una santa muerte.

Potencia de la bendición de María Auxiliadora

Recobra el habla perdida

El venerable Don Bosco atribuía a la bendición de María Auxiliadora todas las gracias y favores espirituales y materiales que obtenían de María Santísima todas las personas que recurrían a él para orar. Fue él el primero que ideó y practicó esta devoción, inspirada ciertamente por la misma María Santísima y que la iglesia después aprobó con su autoridad. Los hijos del venerable Don Bosco, los salesianos, continúan practicando esta pía devoción hacia las personas que desean obtener gracias por la intercesión de María Santísima Auxiliadora, y siempre se observan preciosos y santos efectos.

He aquí un caso entre miles. Un día, me llamaron para visitar a una moribunda. La encontré privada de la palabra, aunque tenía plena conciencia. La pobrecita deseaba confesarse, pero al no poder expresarse se afligía mucho, lloraba y no tenía paz. En vano, la exhortaba a hacer un acto de arrepentimiento, para que sus pecados sean perdonados mediante la absolución del sacerdote. Continuaba llorando tremendamente por no poder hablar. Viendo su gran deseo de recuperar la palabra, le dije que le daría la bendición de María Santísima Auxiliadora, que tuviese fe y confianza en la buena madre y, de golpe, comenzó a recitar el avemaría y la fórmula de la bendición. ¡Cosa milagrosa! Apenas terminada la bendición, la enferma retomó la palabra, de forma clara y fuerte, lo que hizo sorprender a todos los presentes.

No terminaba de agradecer a Dios y a María Santísima por la gracia obtenida y se confesó inmediatamente con gran alegría. No perdió más la voz hasta su muerte, que fue muy edificante y ocurrió algunos días después.

Un niño recobra la audición y sana de la meningitis

Fui llamado un día para visitar a un niño enfermo en la ciudad de Punta Arenas. Tenía unos diez años y frecuentaba como externo la escuela del colegio salesiano. Era el único hijo de madre viuda, y por eso se explica cuánto lo amaba su madre. El médico que lo atendía le había diagnosticado meningitis, y había dicho que el caso era desesperante. Al visitarlo, lo encontré con mucha fiebre, pero

con plena facultad de sus sentidos. Me reconoció y se alegró mucho de verme a su lado, pero me hizo seña de que se había quedado sordo y no podía oír lo que yo le decía. La madre estaba muy afligida por esto y me pedía por favor que lo bendijera para que pudiese oír y, si fuese posible, sanar.

Recité con la madre algunas oraciones, hice unas frotaciones en la oreja con agua de Lourdes, y después le di la bendición de María Auxiliadora. Apenas terminé la fórmula de la bendición, el niño recuperó la audición, y desde aquel momento, comenzó también a mejorarse; al cabo de pocos días estaba perfectamente sano. Tanto la madre como el niño atribuyeron esta gracia a la intercesión de María Santísima Auxiliadora, hecho obvio ocurrido por su santa bendición.

Hace parar en un instante una fuerte hemorragia de la nariz

Un bravo jovencito de doce años cayó enfermo de bronconeumonía, con mucha pérdida de sangre por la nariz. Hacía ya tres días que le salía sangre casi en forma continua y por más que los médicos trataron de pararla no lo habían conseguido. El joven había quedado pálido y se temía que muriera de un momento a otro.

Me llamaron para estar con él y lo exhorté a confiar en el poder y la voluntad de María Santísima Auxiliadora. Le dije que hiciera una novena de oración en su honor. El joven prometió hacerla y demostraba mucha fe. Le expliqué que le daría la bendición de María Auxiliadora, la misma que Don Bosco solía dar a los enfermos, y que muchos mejoraban al instante. Que tuviese mucha fe en María Santísima. Recitamos junto con su madre un avemaría y después le di la bendición. Desde aquel instante, la hemorragia paró y no se repitió más. Pocos días después estaba perfectamente curado de su bronconeumonía.

En reconocimiento a María Auxiliadora, quiso que se haga pública la gracia por ella recibida.

Se cura un niño

Entre los meses de septiembre y octubre de 1890 se esparcía en Punta Arenas una grave pestilencia entre los niños. Todos los días la muerte se cobraba muchas víctimas. Una pobre mujer del campo, que tenía un solo niño de dos años, ya próximo a morir, hizo un largo viaje para hacerlo bendecir, confiando solo en Dios y en María Santísima Auxiliadora. Después de haberlo bendecido, la exhorté a hacer algunas oraciones durante tres días a María Auxiliadora. La mujer recitó con fe las oraciones que se le dijeron y prometió a la beata virgen darle a su santuario en Punta Arenas 5 pesos si su hijo se curaba.

Pasaron los tres días y el niño ya estaba fuera de peligro, por lo que vino rápidamente a cumplir con su promesa. Llegó con su niño, que yo mismo pude comprobar que tenía una salud florida. La buena mujer estaba fuera de sí por su alegría y bendecía mil veces a María Santísima Auxiliadora, salud de los enfermos y ayuda de los cristianos.

Una bella gracia de María Auxiliadora

Mientras me encontraba en la misión de la Candelaria, el salesiano catequista Garatti Antonio, viajaba a caballo por la Tierra del Fuego y, al sentirse cansado, bajó de su caballo y se acostó para descansar un poco. Sin pensarlo e imprudentemente, se ató las riendas del caballo a su pie para que no se le escapara. Apenas pasados unos pocos minutos, una bandada de pájaros asustó al caballo, que escapó precipitadamente, arrastrando a su pobre dueño con las piernas levantadas en alto y la cabeza que iba golpeando sobre un terreno irregular y lleno de piedras. Garatti, como sentía que iba a morir destrozado en pocos minutos y al verse imposibilitado de agarrar las riendas para detener al caballo, encomendó su alma a Dios, porque ya había perdido toda espe-

ranza de salvarse. En un momento, se acordó de María Santísima Auxiliadora y, enseguida, con todo el corazón, se encomendó vivamente a su santa materna protección.

Contra cualquier expectativa, el caballo se detuvo de repente, como si hubiese tenido enfrente un muro de hierro. Entonces, Garatti pudo levantarse, tomar las riendas del caballo y se salvó, habiendo sufrido nada más que heridas leves. En reconocimiento a su gran benefactora, quiso que se haga pública la gracia milagrosa recibida por gloria de ella, para que recurran a ella cuando se encuentren en grave peligro, porque seguramente serán escuchados.

Una grave caída del caballo sin daño

En Punta Arenas, vi con mis propios ojos a dos hombres caerse del caballo y morirse por la caída, porque golpearon su cabeza contra una piedra. Yo me caí algunas veces con más suerte, mientras andaba en misión por la Patagonia. Un día, mientras mi caballo galopaba a rienda suelta entre Chile y Río Gallegos, sobre un camino durísimo, se patinó en una piedra y cayó haciendo una vuelta sobre sí mismo, y me tiró a notable distancia. El poncho que llevaba me tapó la cara, por lo que no podía ver nada de lo que sucedía. Estaba solo y el lugar era desierto. Salí de mi susto y al descubrirme la cara, pude constatar no solamente que todavía estaba vivo, sino que no sentía ningún dolor, como si hubiese caído sobre un colchón de lana. Y lo que más me maravilló fue ver que mi caballo se había parado al lado mío, casi como teniendo compasión de mí, en vez de huir asustado, como de costumbre suelen hacer cuando sucede algo así, además de tirar al que lo monta. Si mi caballo hubiese desaparecido, dejándome solo en aquel lugar desierto, hubiese sido un gran problema.

Supe en aquel momento que era la protección de María Auxiliadora, a quien siempre me encomiendo al subir a un caballo, porque el proverbio dice: *hombre en cabalgadura, hombre en sepultura.*

Salvado de ahogarse en el mar

Un día, recorriendo la playa de un islote cerca de la isla Dawson, cuando la marea comenzó a crecer, llegó a un punto en el cual la playa quedó reducida a un solo camino obligado, que llevaba a una gruta profunda, llena de agua, en un monte de piedra que parecía un murallón altísimo, por lo que no podía seguir. Me volví hacia atrás, pero fue tal mi espanto cuando vi que el lugar por donde había pasado hacía poco tiempo estaba invadido por el agua y tenía una profundidad de un metro, aproximadamente. Y eso no era todo, ¡porque la marea continuaba creciendo momento a momento de un modo espantoso, como si fuese un torrente impetuoso!

Me vi perdido, porque no quedaba ninguna esperanza de salvación ¡No podía seguir hacia delante ni volver hacia atrás ni tampoco treparme por el acantilado! ¡Así tendría que terminar mis días..., ahogado en el mar! Me encomendé con fe a la Virgen Auxiliadora, pidiéndole su ayuda. Terminada la oración, levanté mis ojos y vi una piedra sobresaliente como si fuese un largo escalón, de 30 cm de ancho y 3 m de largo, que formaba como una cornisa de la gruta profunda y llena de agua. Esa piedra era tan lisa y tan bien hecha, que parecía que hubiese estado trabajada por una mano maestra y puesta allí. Pasando sobre esta piedra se podía llegar a un lugar del monte, por el que era fácil treparse y salvarse. Pero era peligroso pasar por esta piedra, porque era muy angosta. Por lo que apenas se podía pasar arrastrándose. Era necesario arriesgarse, porque era la única tabla de salvación.

Con toda precaución me trepé hasta llegar a esa piedra sobresalida, y arrastrándome, poco a poco, pude llegar al otro lado,

donde de un salto ya me vi libre y a salvo de ahogarme. Si hubiese esperado unos pocos minutos más para pasar, no lo hubiese podido hacer, porque aquel lugar también se inundó rápidamente. Esto fue para mí una bella gracia de María Auxiliadora, que recordaré con gran reconocimiento toda mi vida.

Librado de los cálculos

En Punta Arenas un prisionero sufría mucho de los llamados cálculos de piedra, y no encontraba remedio a su agudo dolor. Fue enviado al hospital y los médicos le dijeron que era absolutamente necesaria una operación y que esta era muy dolorosa.

El pobrecito se resignaba a soportarla con la esperanza de curarse. En la vigilia de la operación quiso confesarse y prepararse como si fuese a morir. Yo lo exhorté a tener fe en María Auxiliadora y hacer una novena de oración en su honor. Lo aceptó con placer y lleno de fe. Ofreció 5 liras para el culto de la beata Virgen y pasó la noche orando. Al día siguiente, que estaba fijado para la operación, se presentaron los cirujanos, pero con gran sorpresa debieron constatar que el dolor de los cálculos había desaparecido como por encanto, y no hubo más necesidad de operarlo.

Desde aquel día no tuvo más ningún dolor. María Auxiliadora lo había curado sin necesidad de remedios ni de operaciones. En reconocimiento de esto, quiso que la gracia sea hecha pública, para mayor gloria de la celestial madre.

María ayuda a los noveles cristianos de la Tierra del Fuego

Misión salesiana (isla Dawson),
17 de mayo de 1898

Rufina Fierro, india fueguina alacalufe, se encariñó tanto con la misión de San Rafael en Dawson que nunca quiso consentir la voluntad de su marido, indio alacalufe, orgulloso y refractario a cualquier tipo de civilización, que quería alejarse de la misión para no estar bajo el yugo de la religión. Ella aducía como razón que lejos de la misión, se vivía mal y no se moría bien, porque estaban privados de Jesús y de los sacramentos. Esto hizo que el marido dejara de insistir por un tiempo. Pero cuando menos se esperaba, a la medianoche del 9 para el 10 de marzo, el marido se levantó y con un cuchillo, la amenazó de muerte si no se iba con él. Esta vaciló un momento y después le dijo: «No, más vale morir, que abandonar la misión».

Esta respuesta le costó seis heridas en el cuello. Ante los gritos desesperados, el abajo firmante, corrió y encontró a la pobre paciente inmersa en su propia sangre. Ante la falta de médico, tuve que ayudarla yo mismo con mis pocos conocimientos. Pero se temía que estas heridas fuesen fatales, porque una era muy grave y la otra, según el médico, podría haberse agangrenado. Entonces, le dije a la hermana Juana Valgimigli, quien le hacía las curaciones, que sin un milagro sería imposible su curación. Además, faltaba un médico y las cosas necesarias para atenderla. En aquel momento, la hermana tuvo una idea y se dirigió con plena fe a la enferma y le dijo:

—¿Confías en María Santísima Auxiliadora?

—Confío —le respondió.

—¿Crees que ella te pueda sanar?

—¡Oh, sí, lo creo!

—Pues bien, rézale tú Rufina, que yo también rezaré y haré rezar a todos a María Auxiliadora. Ella, que ha sanado a tantos otros, puede sanarte también a ti.

Se rezó y se hizo todo aquello que fuese posible y después de dieciocho días de ocurrido el suceso, vino el médico de la nave de gobierno *Magallanes*, y quedó estupefacto de cómo habían mejorado las dos principales heridas. Según él, esas heridas la tendrían que haber mandado al otro mundo.

Cuatro días después, vino el doctor Middleton, médico de nuestra casa de Punta Arenas. Visitó a la enferma y, encontrándola completamente sana, exclamó: «¡Un milagro! ¡Es un milagro! De otro modo no hubiese podido curarse».

No hice más que referirme al hecho con la cruda realidad: rezo ahora y quiero ponerlo entre las gracias de María Auxiliadora, en honor de María Santísima, que prueba una vez más al mundo cuánto ayuda María a aquellos que la invocan. ¡Viva María Auxiliadora!

Sacerdote Juan Bernabé
Director de la misión

Una gracia estrepitosa. María Auxiliadora le da a una joven moribunda la gracia de confesarse antes de morir, a pesar de la resistencia de tantas personas que la rodeaban y que trataban de impedírselo

Era el 24 de mayo de 1896, fiesta de nuestra celestial patrona María Auxiliadora. En el colegio San José de Punta Arenas, en el momento de sentarnos a la mesa al mediodía, se presentó el señor Middleton, nuestro médico de la casa, y nos dijo:

—Hoy me invito a almorzar con ustedes, porque vengo a visitar a una enferma aquí cerca, y me sería incómodo ir a almorzar a mi casa, porque estoy muy lejos y porque debería volver en breve a ver a la moribunda, porque está en el final de su vida.

Sorprendido por sus palabras comencé a interrogarlo:

—Señor doctor, si me es lícito, ¿se podría saber quién es la enferma de la que usted habla y nos dice que está tan mal? Porque a mí no me consta que aquí cerca tengamos a ninguna enferma grave.

—Es la señorita Erminia R. —respondió el doctor—, que vive a 50 m de aquí. No me sorprende que ustedes no sepan de su grave enfermedad, neumonía doble, porque la madre de la joven les dice a todos que no le digan de esta condición a los sacerdotes, porque estos tentarán confesarla, y ella cree que si la hija se confiesa, morirá, y como la adora, no puede resignarse a perderla.

Me di cuenta enseguida de que era muy arriesgado aventurarse a entrar en esa casa. Pero se debía probar, porque lo exigía la salvación de aquella pobre alma, y era el deber del párroco.

La joven enferma tenía quince años, había hecho hace tres años su primera comunión con muy buena predisposición y yo sabía que se había comportado siempre muy bien. Muchas veces se levantaba muy temprano y junto a una amiga suiza venía a la iglesia, se confesaba, comulgaba, oía la santa misa y después volvía a su casa y se metía en la cama, para que la madre la encontraste allí cuando se levantaba, que no era antes de las 9 de la mañana. Si no hubiese hecho así está joven buena, no hubiese podido ir nunca a la iglesia, porque la madre se lo prohibía absolutamente. Incluso en los días de fiesta. Erminia era huérfana de padre desde hacía dos años. La madre antes era una buena cristiana, pero ahora había perdido la fe, leyendo romances infames de los cuales era una apasionada.

Terminé enseguida de almorzar, tomé el óleo santo y me fui a la casa de la enferma. Afortunadamente, encontré la puerta medio abierta y sin hacer ruido, y sin hacerme anunciar, entré, pasé por la primera sala que estaba desierta y entré a la segunda, donde había muchas personas amigas sentadas hablando. Entre estas se encontraba llorando la madre de la enferma. Apenas me vio entrar, se abalanzó sobre mí como una furia del infierno, gritándome:

—¡¿Cómo entra a mi casa sin hacerse anunciar?! ¡¿Quién lo ha llamado a usted?! ¡¿Qué viene a hacer aquí?! ¡Se cuidará muy bien de no poner un pie en aquella habitación! —Y me señalaba el lugar donde estaba la pobre enferma, mientras continuaba llorando mucho y decía—: ¡Mi hija no debe morir! ¡No, no, mi hija no debe morir!

La pobre señora parecía loca, dominada por el dolor. La dejé que se desahogará sin alterarme, y así, con la máxima calma, le respondí:

—Sepa mi buena señora, que yo no he venido aquí para hacer morir a su hija, sino para consolarla y darle salud a su alma. Si me lo permite, he sabido que su hija está mal, y he venido para visitarla como amigo, porque la he preparado para hacer su primera comunión y le he administrado la santa confirmación, y sé que ella es muy buena. Por consiguiente, no se asustará de mí. Es más, creo que deseará recibir una bendición.

La señora, al escuchar mi elogió hacia su hija y viendo mi calma, comenzó a tranquilizarse, pero se mantenía siempre firme para no permitirme entrar en la habitación de la enferma.

—Rece, entonces —me dijo—, haga encender todas las velas que quiera, que todo le será pagado. Pero, por caridad, no vaya a ver a mi hija. ¡Mi hija no debe morir! Si usted la confiesa, mi hija morirá, ¡y yo no quiero que muera! ¡No quiero..., no quiero...!

—No crea, señora —le respondí—, que yo he venido aquí por interés. Yo no le pido nada a usted. Lo que me mueve es solo salvar el alma de su pobre hija. Permítame que la vea y le daré una bendición de María Auxiliadora que le hará mucho bien. En cuanto a confesarla, si ella no quiere, esté segura de que yo no la confesaré. ¿Qué mal podría hacerle con mi presencia? Permítame por lo tanto verla, aunque sea unos pocos minutos.

La señora parecía entender, pero enseguida respondió:

—Ahora mi hija duerme y no conviene molestarla.

—Si es así —agregué—, esperaré hasta que se despierte. Usted me avisará apenas se despierte. Y me senté decidido a no alejarme de allí hasta obtener lo que yo deseaba.

Pasó un poco de tiempo, pero al oír los lamentos de la enferma, la madre entendió que estaba haciendo un papelón adelante de todas las personas que se encontraban presentes, y también adelante mío, si continuaba afirmando que la enferma dormía. Por consiguiente dijo:

—Iré a ver si se despertó. —Y entró en la habitación, pero para avisarle a las mujeres que la asistían que hagan todo lo posible para que no me vea. Luego, volvió, y me dijo—: Bien, si usted me promete no hablarle de confesión a mi hija, yo lo dejaré entrar en la habitación para que le dé una bendición, como usted quiere. Pero lo importante es que no quiero que usted se acerque a su lecho ni que lo vea. Se quedará en un rincón y desde allí hará lo que quiera.

Diciendo esto, me dejó entrar. El primer paso ya estaba hecho, entrar a la habitación de la moribunda. La madre me puso una silla en un rincón, atrás de la cabecera de la enferma, dónde no era posible verla ni ser visto por ella.

Cinco mujeres, una más malvada que la otra, estaban alrededor del lecho de la joven, todas de pie y bien cerca una de otra, como un muro para no dejar que yo la viera. La joven paciente no se había dado cuenta para nada de mi presencia ni tampoco de la presencia de su madre, porque estaba sentada al lado mío, haciéndome la guardia.

La enferma se dirigía a las mujeres que la rodeaban con voz alta y suplicante, y les decía:

—Queridas amigas, háganme el favor de mandar a llamar un sacerdote, porque me quiero confesar.

Pero estas malvadas mujeres estaban firmes e inmóviles como estatuas, en silencio, sin responder. Y la joven insistía:

—Amigas buenas y queridas, háganme ese favor, se los pido por favor, se los suplico por lo más querido que tengan en este mundo y en el cielo, llamen a un sacerdote, ¡porque siento que me muero y quiero confesarme!

Y viendo que no la escuchaban, repetía con más fuerza:

—Mis buenas amigas, ¿qué mal les he hecho para que me traten de este modo? ¿Por qué no me escuchan? ¿Por qué quieren que muera sin los sacramentos? ¡Háganme, este favor, este placer, manden a llamar un sacerdote... no sean así de malas conmigo! ¡Es el último favor que le harían a vuestra amiga!

Pero aquellos corazones, más duros que la piedra, no se dignaban ni siquiera a responder una sola palabra, y se mantenían mudas e inflexibles.

Por un buen rato, la pobre joven les pidió por favor en vano a aquellas villanas sin corazón, y viendo que no era escuchada comenzó a decir:

—Y bien, si no me escuchan ustedes, me escuchará la Virgen santísima. —Y enseguida se puso invocar a María Santísima de este modos—: ¡Oh, Virgen santísima Auxiliadora de los cristianos!, ¡no abandones a vuestra hija que pone en vos toda su confianza! ¡Mira en qué estado me encuentro, socórreme, oh, madre queridísima! ¡Si tú me concedes la gracia de poder mejorar, yo te prometo que me confesaré cada ocho días y me comulgaré todos los días de mi vida en vuestro honor. Pero si decides que sea mejor para mí que yo muera ahora, envíame un sacerdote para que me pueda confesar!

Después se puso a recitar el *avemaria* en francés con tanta devoción que haría llorar a los corazones más duros: *Je vous salve, Marie, pleine de grace, etc.*

A este punto, no pudiendo aguantar más por la conmoción, me acerqué a la madre y le dije:

—¿No siente, señora, lo que dice su hija? Ella misma es quien pide confesarse, y lo pide con tanta insistencia. Como Usted ve, yo no le he dicho ni una sola palabra y ni siquiera sabe que me encuentro aquí. ¿Por qué, entonces, se obstina y no permite que su hija se confiese? Acuérdese bien. Si su hija muere sin confesarse, usted sentirá remordimientos toda su vida por no haberle dado esta oportunidad.

Entonces, la madre se acercó a su hija y abrazándola y besándola con cariño, le dijo:

—¿Por qué quieres confesarte, mi querida hija? ¡Tú eres un ángel! ¿Qué pecados puedes haber tenido para confesarte?

La hija, mirando fijamente a su madre, le respondió:

—¿Y qué sabes tú, mamá? ¿Por qué no quieres que me confiese? ¿Qué mal te hago confesándome? ¿Dame por lo menos esa satisfacción? ¡Es el último favor que te pide tu hija antes de morir! —Abraza y besa muchas veces con amor a su madre, bañándola en lágrimas. Ante aquella escena de ternura filial, la madre no supo resistir más y, dejando de abrazar a su hija, estalló en llanto. Después se acercó a mí y me dijo:

—Padre, venga y consuélela escuchando su confesión. —Me presentó a su hija.

Esta, apenas me vio, se puso fuera de sí de la alegría y, dirigiéndose a la Virgen Santísima, llena de agradecimiento por el favor que recibía, exclamó vivamente y llena de amor:

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Oh, María! ¡Oh! Yo sabía bien que tú me habías escuchado! ¡Seas mil veces bendita! —Dirigiéndose a las mujeres que la rodeaban, les dijo—: Retírense, retírense todas, porque quiero confesarme.

Llegó en ese momento el doctor Aranis, que atendía a la enferma junto al doctor Middleton, porque querían hacerle una inyección, pero la paciente insistía:

—Fuera, fuera todos, no quiero doctores porque me voy a confesar.

Aquellas mujeres se hacían las sordas y no se movían, y se necesitó una orden de la madre para que se retiraran.

Apenas vio que la habitación estaba vacía, la joven se dirigió a mí, diciendo:

—¡Padre, es la Virgen que lo ha mandado! Sepa que desde hace tres días y tres noches estaba suplicando a todos los que se acercaban para que llamasen un sacerdote, porque deseaba confesarme antes de morir. Pero nadie quiso hacerme este favor. En-

tonces supliqué a la Virgen Santísima Auxiliadora, y esta me hizo esta gracia. ¡Oh! ¡Qué buena es María! Ahora, hágame el favor de escuchar mi confesión.

Y se confesó con la más bella predisposición. Apenas terminada la confesión, llamé a la madre y a varias personas, y en su presencia le administré el óleo santo y le impartí la bendición papal in *artículo mortis*, con la bendición de María Auxiliadora. Terminadas estas oraciones, la enferma entró en agonía y pocos minutos después espiraba su bella alma al Creador.

A todos les pareció que la pía Erminia no esperaba nada más que esto para emprender su largo viaje a la eternidad. Ella era muy devota de María Auxiliadora, y esta buena madre celestial la quiso con ella el mismo día de su fiesta. A pesar de los esfuerzos hercúleos de tantas personas adversas a la religión, que tentaban impedir que la joven pudiera confesarse, María triunfó entre todos los obstáculos y le dio la bella gracia, porque era su verdadera devota. ¡Viva, viva siempre nuestra potente reina del cielo y querida madre María Auxiliadora!

Es verdaderamente cierto que ningún devoto de María muere sin recibir los santísimos sacramentos

Un día, una persona me vino a decir que había una mujer, amiga suya, gravemente enferma, que deseaba ardientemente recibir los santísimos sacramentos del moribundo, antes de morir, pero que al vivir con personas poco religiosas, estas impedían que entrara un sacerdote a verla. La cosa era grave. Pero ¿cómo conseguir llevarle los santísimos sacramentos a esta pobre moribunda, si el dueño de casa no permitía que entrara un sacerdote? De todos modos, convenía hacer la prueba en nombre de Dios y de María Santísima.

Tomé la santísima eucaristía y el óleo santo y me fui a la casa de la enferma. Era un edificio aislado, rodeado de muros, y se entraba solamente por un gran portón de hierro, siempre cerrado con llave, de día y de noche. Este nos introducía al patio y al jardín. Quien quisiera entrar debía tocar timbre y esperar que alguno de adentro viniese a abrir. Noten bien todas las circunstancias que estoy refiriendo y después digan si no fue una cosa maravillosa y casi sobrenatural.

Llegué al portón de hierro y para mi sorpresa, afortunadamente, lo encontré entreabierto. Entré cautamente sin hacer ruido. Pero he aquí que, habiendo hecho pocos pasos en el patio, vi un gran mastín que parecía un león, que estaba a solo dos pasos de mí. Este, al verme entrar, se levantó, me miró fijamente muy atento y permaneció quieto en su lugar sin ladrar; de otro modo, hubiese llamado la atención de la gente de la casa. El edificio tenía dos entradas, una que miraba hacia el oeste y otra rústica que miraba hacia el este. Encontré destrabada y desierta la primera. Los dueños estaban todos en la segunda entrada, donde estaba la cocina y el refectorio.

Entré en la primera, recorrí un ancho y largo pasillo, y una sala, llamando hacia la derecha y la izquierda, sin que ninguno me viese o me sintiese. Al ver que había una escalera de mármol, subí hasta el primer piso. Al llegar allí, encontré a la misma persona que me había avisado de la mujer enferma y se maravilló mucho al verme en aquel lugar, sin que nadie me hubiese impedido la entrada. Me llevó al lugar donde estaba la enferma, quien se sintió muy feliz de recibir todos sus santísimos sacramentos, y estaba agradecida de corazón a María Santísima que le había hecho esta gracia tan deseada antes de morir.

Después de haber hecho esto con toda comodidad, descendí hacia el patio y estaba por salir por el portón de hierro, cuando el perro se puso a ladrar. Entonces, corrió enseguida la dueña de casa y creyendo que yo estaba entrando, solamente me dijo:

—¿Quizá quería ver a la enferma? En este momento no se puede. Se necesita pri-

mero que le preguntemos al médico si es posible, porque podría ocurrir que la presencia de un sacerdote la asuste y le ocasione la muerte súbita. Lo mandaremos a buscar cuando sea el momento, por ahora tenga paciencia, no vaya a verla.

—Está bien —le respondí—. Avíseme con tiempo si la enferma se agrava, y me fui, dejándola convencida de que había entrado en ese momento, y no le dije nada sobre que ya la había visto y que le había dado todo los alivios de nuestra santa religión.

Dos días después, aquella pobre enferma moría, y ninguno vino a llamarme. Pero ella, que era devota de María Santísima Auxiliadora, fue afortunada y esta buena madre le había dado la gracia de recibir a tiempo los santísimos sacramentos, y había podido disponer de una santa muerte, a pesar de que se encontrase en una casa con gente mala que no quería ver a un sacerdote. ¡¿Quién no admirará la voluntad de María hacia sus devotos?!

Una curación instantánea por intercesión del venerable don Juan Bosco

Al finalizar el año 1900, en el colegio salesiano de San José en Punta Arenas, caía gravemente enfermo de neumonía el hermano salesiano Bergese, que era carpintero. Lo atendían dos excelentes médicos muy amigos de los salesianos: el primero, el doctor Middleton, y el segundo, el doctor C. Gonzáles.

La enfermedad progresó tanto, que un día los dos médicos, haciendo la consulta, estuvieron plenamente de acuerdo en que el enfermo *¡no viviría más de una hora!* Eran las 4 de la tarde cuando los médicos hicieron el pronóstico. Fue grande la consternación en toda la casa por esta triste noticia, porque Antonio Bergese prestaba importantes servicios a la misión y era muy querido por sus bellas dotes personales y por sus virtudes.

Apenas se fueron los doctores, los dos hermanos que lo asistían, don Simón Dynerovich y Ángel Benove, por compasión hacia moribundo y animados por la fe y la caridad, se encomendaron de corazón a nuestro amado y venerable padre don Juan Bosco. Hecha una breve oración, tomaron una reliquia, que era un pedacito de ropa de Don Bosco, y se la hicieron beber con una cucharada de agua. Después de esto, al instante, el enfermo dijo que se sentía mejor.

A las 6 de la tarde del mismo día, volvieron los doctores con la certeza de encontrarlo muerto. Tanto así, que cuando estaban por entrar en la casa, me preguntaron a mí, que estaba en la puerta, a qué hora se había muerto Bergese. Le respondí que el enfermo todavía no había muerto y muy maravillados los dos doctores se preguntaron: «¡¿Es posible?! ¡Si cuando lo dejamos, estaba por morir! Como máximo hubiese tenido una hora más de vida!».

Se miraron a la cara con estupor, sacaron instintivamente al reloj de su bolsillo, y dijeron: «Son las seis, nosotros vinimos para firmar el certificado de defunción. Nos parece imposible que no se haya muerto aún!».

Para asegurarse, entraron en la habitación del enfermo. De hecho lo encontraron, no solamente vivo, sino que además estaba restablecido, y después de haberle tomado el pulso y haberlo examinado bien, dijeron: «¡No está más enfermo, ha superado felizmente la crisis y ha mejorado! ¡Es un milagro! Naturalmente hablando, su enfermedad era mortal, y no hubiese podido sobrevivir. Es un fenómeno de la naturaleza». Para quien tiene fe, sin embargo, no se llama *fenómeno de la naturaleza*, sino simplemente una gracia celestial debida a la intersección del venerable Juan Bosco.

A causa de la pérdida de fuerza producida por la grave enfermedad, todavía estaba muy débil, pero pocos días después se levantó de su lecho perfectamente restablecido, y vivió en perfecta salud por otros diez años, continuando con su oficio de carpintero.

Todo lo que he expuesto arriba es la pura verdad, habiendo yo mismo presenciado lo acontecido y todas sus particularidades. Yo mismo le había administrado a Bergese todos los sacramentos del moribundo, incluso había encomendado su alma a Dios y había leído el *prosficiscere*, porque se encontraba realmente en el extremo de su vida.

En la fe, firmo abajo la presente declaración de gloria del siervo de Dios, venerable Juan Bosco.

Sacerdote Maggiorino Borgatello

¡Don Bosco al timón!

La goleta *Auxiliadora*, volviendo una vez a Punta Arenas de un viaje a la misión salesiana de la Tierra del Fuego, fue sorprendida por una horrible tormenta, que nunca había sufrido y que la puso en riesgo de naufragar.

Por tres días y tres noches estuvo continuamente a merced de las olas furiosas, que la tiraban hacia la derecha y hacia la izquierda como una cáscara de nuez. Olas altísimas la levantaban en lo alto, y después la hacían precipitar bruscamente en los abismos que se abrían entre una ola y la otra, y la cubrían de agua. El viento era muy fuerte y adverso. Se debieron cerrar las velas, porque era muy peligroso. El timón no obedecía más y la nave andaba a merced de las olas y se temía de un momento al otro que se partiera en pedazos.

Toda la tripulación (casi todos indios alacalufes) estaba muy asustada y se creía perdida. El capitán era un valiente marino, un cierto Francisco Forcina, salesiano, que ya no sabía a qué santo recurrir. Por último, le vino en mente encomendarse a la protección del venerable Don Bosco y escuchó esta inspiración; enseguida corrió a la cabina, tomó el retrato del santo fundador de los salesianos, y como bueno y ferviente napolitano que era, lleno de fe, lo tomó fuertemente en sus manos, gritando: «¡Don Bosco, si estás en el cielo, como lo creo, y si amas nuestras misiones, sálvanos de la muerte! Toda nuestra fe está puesta en ti. Toma tú mismo el timón y guía nuestro barco, porque nosotros ya no somos capaces de hacerlo».

Diciendo esto, fue al timón y ató el retrato. ¡Cosa maravillosa, pero verdadera! El timón comenzó a funcionar. El viento se calmó casi por encanto, poco a poco empezó a disminuir la tormenta y volvió la calma al mar.

En poco tiempo, la goleta llegó a Punta Arenas. Fue muy grande la alegría que tuvieron todos los salesianos, cuando la vieron entrar triunfante en el puerto, porque ya la lloraban como perdida. Se maravillaron cuando supieron que el venerable Don Bosco la había salvado del naufragio milagrosamente, que él mismo la había guiado al puerto.

Respetar a los ministros de Dios

Un día domingo, unos operarios hacían un pozo en medio de una calle de Punta Arenas, para el drenaje de agua. Un señor, poco cristiano y enemigo de los sacerdotes, que estaba observando el trabajo que estaban haciendo cerca de su casa, al ver pasar a una buena anciana muy religiosa que volvía de la iglesia, una cierta Ángela Adriana V. Ballester, la paró y señalándole esa fosa, le dijo en tono burlón, con el ánimo de insultar su fe y a los ministros de Dios:

—¿Qué le parece, señora? ¿No estaría bien en esta fosa monseñor Fagnano? —Y estalló en una risa que contagió a los que estaban presentes, que no eran mejores que él.

La señora quedó confusa y aturdida por un momento, pero enseguida le respondió al insolente:

—En todo caso, podría estar bien para usted esta fosa.

No habían pasado aún *ocho días*, cuando el señor que parecía «la salud» en persona, era llevado a una fosa del cemen-

terio. Pocos días después, moría casi imprevistamente, sin el alivio de nuestra santa religión, aunque estuviese a 150 m de la parroquia. Quién desprecia a los sacerdotes, ofende a la vista de Dios, según la expresión de Jesucristo, y el castigo del culpable no tarda mucho en hacerse sentir.

San José, padrino de un niño

Una tarde del mes de San José, se presentó a la parroquia de Punta Arenas una mujer de mala vida, trayendo en brazos a su hijo de dos años para hacerlo bautizar. Venía ocultándose, temiendo ser vista por la gente, y no tenía quién hiciese de padrino y madrina.

El padre era desconocido o quería estar oculto, y estaba muy en contra de la religión cristiana. La madre, a pesar de que tuviese una conducta muy mala, quería bautizar a su hijo. Cuando se le preguntó a quien quisiese nombrar como padrino, respondió:

—Ponga a *San José*, porque no conozco a nadie que quiera aceptar ser padrino de mi hijo, y este santo hará de padre de él y lo ayudará más que cualquier otro.

Así se hizo. El niño era sano y robusto, tanto, que cualquiera podría decir que tenía más de dos años, por su desarrollo físico. Después del bautismo, la madre lo abrazó de corazón y muy contenta se iba a su casa, y a mitad de camino, el niño tuvo imprevistamente un ataque apoplético y murió rápidamente, antes de llegar a su casa. La madre, lejos de sentir dolor, agradecía a San José por habérselo llevado con él a la gloria celestial. En las condiciones en las cuales se encontraba este pobre niño, le convenía morir mientras era un inocente e ir con su padrino al paraíso, antes que vivir entre tantos peligros que lo podrían dañar para siempre. San José le hizo esa bella gracia, y demostró que había aceptado verdaderamente el oficio de *padrino*, al salvar a su ahijado.

Funeral para la princesa María Clotilde de Saboya

Punta Arenas, 2 de julio de 1911

El 30 de junio, encontrándose anclada en este puerto la nave real italiana *Etruria*, celebramos un solemne funeral por su alteza real, la princesa María Clotilde de Saboya Bonaparte. La iglesia, estaba severamente de luto, presentaba un imponente aspecto por su majestuoso catafalco y adornos negros.

Asistieron a las celebraciones sacras el señor gobernador civil del territorio, el señor comandante del Apostadero Naval, el señor comandante de la nave real *Etruria*, Adolfo Fasella de Turín, con toda la oficialidad y soldados, el señor gobernador marítimo, el cónsul italiano y el Cuerpo Consular con su decano a la cabeza, y muchísimos señores y señoras del mundo social.

También participaron todos nuestros alumnos del colegio y las alumnas de los dos colegios de las hermanas de María Auxiliadora. La iglesia estaba literalmente abarrotada. Un bello coro siguió una misa fúnebre óptimamente celebrada. Todo se cumplió con un orden admirable, dejando la mejor impresión en todos los presentes. La celebración la hizo solemnemente monseñor Fagnano. Después de la celebración, el comandante del *Etruria*, con sus oficiales y cónsules, pasaron a saludar a los salesianos en nuestro colegio de San José, contiguo a la parroquia y a visitar el museo territorial, llevándose una muy buena impresión del progreso de nuestras misiones en estas tierras.

Nosotros habíamos preparado un bello entretenimiento musical y literario con cánticos italianos para la oficialidad del *Etruria*, pero se debió suspender por la muerte de la santa princesa.

Un profanador de la cruz castigado

Sobre la colina más alta, al pie de la cual se extiende Punta Arenas, en el año 1882, fue levantada una gran cruz de madera en recuerdo a una misión que ese año había hecho en el pueblo, el sacerdote chileno don Rafael Izaguirre, en compañía de otros sacerdotes de Santiago. Diez años después, en el año 1892, un malvado tuvo la audacia de cortarla por la noche, a la altura de un metro. Los misioneros salesianos la arreglaron y la alzaron como la primera vez, y una segunda vez, después de pocos días, este malvado la cortó de nuevo. No contento con esto, la arrastró con desprecio desde el monte hacia abajo, entre las burlas de varios de sus compañeros, que no eran mejores que él.

Para reparar este sacrilegio público, los salesianos alzaron en ese mismo lugar una cruz de hierro, que fijaron sobre una base de ladrillos y cemento, y fue bendecida solemnemente ante la presencia de mucha gente. Apenas un mes después, este malvado moría de repente. Muchos reconocen en este hecho la mano visible de Dios, que no dejó impune por mucho tiempo este gran ultraje al augusto signo de nuestra santa redención.

Es necesario respetar las cosas sagradas porque con Dios no se bromea; tarde o temprano, Dios castiga.

Un amoroso trato de la divina Providencia. En busca de un camino que conduzca más rápido a la misión de la Candelaria. Sin víveres. Un pez atrapado milagrosamente (1907)

En el inicio de 1907, algunos misioneros salesianos de la misión de San Rafael en la isla Dawson, deseosos de comunicarse más rápidamente con sus hermanos de la misión Candelaria de la Tierra de Fuego, sin tener que hacer todo ese recorrido del estrecho de Magallanes y gran parte del Atlántico, pensaron de buscar un pasaje que desde el fondo del seno Almirantazgo los pusiera enseguida en comunicación con aquella misión.

Para tal fin alquilaron el barco *Oreste*, que los condujo a la playa del Almirantazgo, con 3 caballos y pocos víveres, creyendo que iban a llegar en solo cuatro días a la misión Candelaria. Se dirigieron hacia el lago Fagnano, acordando primero con el capitán del *Oreste*, que volviera a buscarlos no antes de 40 días y no después de 60. Pero después de dos días de fatigoso viaje, los misioneros se dieron cuenta de que no era posible continuar el camino, por la presencia de muchos pantanos y por la comprobación de dificultades insalvables. A la fuerza, tuvieron que volver hacia atrás y acampar cerca de la playa, sobre la costa de un pequeño río sin nombre, que partiendo del lago Fagnano desemboca en el mar. Allí tuvieron que esperar que el barco *Oreste* viniese a buscarlos.

Mientras tanto los días pasaban, los víveres se iban terminando y no llegaba el tan esperado barco. Después de haberse terminado los pocos víveres que tenían, echaron mano a los caballos, uno después de otro, y en breve también estos desaparecieron. Y se angustiaron mucho, porque ese lugar era desierto y temían morir. Recurrieron con mucha fe a María Auxiliadora y se abandonaron totalmente en los brazos de la divina Providencia.

Un día, en el que dos de los misioneros estaban observando el río, vieron muchos peces que saltaban graciosamente, por lo que buscaron cualquier medio para poder pescarlos. Vieron un gran pez que venía a los saltos hacia ellos y exclamaron: «¡Oh! ¡Si lo pudiéramos pescar! ¿Pero cómo hacer? No tenemos red ni nada a mano ni siquiera un palo».

Mientras tanto, el pez se acercaba cada vez más a la costa y parecía que iba hacia ellos. Como bromeando, los misioneros lo invitaban a acercarse con buenos modales, como si se tratase de un perrito, y le decían:

«¡Ven, ven, lindo!». El pez parecía que comprendía su lenguaje y entendía lo que ellos querían, y poco a poco se acercaba cada vez más al lugar donde estaban, hasta llegar casi a su lado. Al ver esto, uno de los misioneros entró al río hasta casi las rodillas y cuando el pez pasó delante de él, lo agarró con la mano y lo tiró fuera del agua. El pez dio unos saltos en la playa, hasta que finalmente murió. Era uno de los peces más bellos que habían visto en toda su vida; tenía una forma muy especial y media casi un metro. Era muy grande y su carne, exquisita, y mucho más con el apetito que ellos tenían. De este modo, los misioneros tuvieron comida para más días, al cabo de los cuales llegó el tan deseado barco *Oreste*, que los devolvió a la misión de Dawson. ¿Cómo no admirar en este hecho prodigioso la asistencia visible de la divina Providencia, que nunca abandona a aquel que en ella confía?

Para algunos puede parecer un cuento difícil de creer —se los concederé, si así gustan. Pero es un hecho cierto y quién deseara tener una mejor explicación del suceso, no tiene más que referirse a los mismos misioneros que fueron los protagonistas, porque están todos vivos y don Luis Carnino, el jefe de la expedición, es actualmente el director del colegio de Río Gallegos (Patagonia).

Otro hecho providencial. El islote de las Cabras. Se pierde un bote. El viento empuja hasta allí otro bote

Dos misioneros de la misión de Dawson (uno de los cuales era don Antonio Grosso) se marcharon un día con un bote hacia un pequeño islote cerca de la *bahía Willes*, llamada isla de las Cabras. Cuando llegaron allí, al desembarcar, no hicieron tiempo de llevar el bote hasta la playa y una ola repentina se lo llevó a alta mar. Por lo cual, se encontraron en ese lugar desierto, sin ninguna provisión y sin nada para dormir a la noche.

¿Y cómo hacer para avisar a la misión de su presencia en esa isla y pedirles socorro? ¿Quién podía imaginarse que estuviesen en esa isla y que habían perdido el bote? Estuvieron angustiados todo ese día, porque temían permanecer allí, sin saber cuántos días estarían en ese lugar.

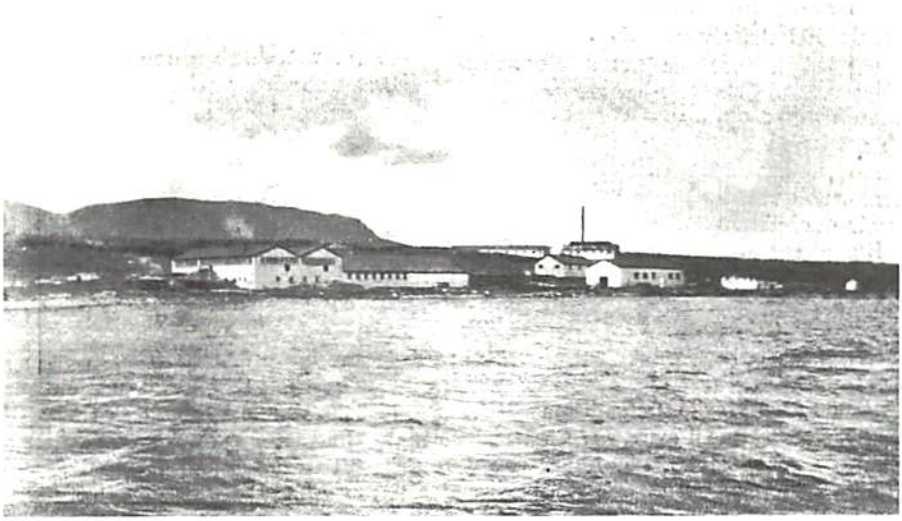
Por la tarde, un bote iba desde la punta de San Valentín, directamente hacia nuestra misión, con dos misioneros y varios indios a bordo. El viento y la corriente los empujaron hacia esa pequeña isla y, a pesar de los hercúleos esfuerzos de los remeros, no se pudieron desviar. No sabían por qué sentían semejante fuerza por la que, sin quererlo, no pudieron evitar llegar a ese islote. Pero enseguida se dieron cuenta de que era la Providencia la que los guiaba hacia allí para ser los salvadores de sus hermanos. Don Grosso y su compañero se embarcaron y pudieron retornar a la misión de Dawson esa misma tarde. Todos reconocieron en ese hecho un trato amoroso de la divina Providencia hacia los misioneros.

Dos nuevas iglesias en Punta Arenas

El continuo aumento de la población reclamaba imperiosamente la construcción de otros lugares destinados al divino culto. El 12 de marzo de 1911, monseñor Fagnano, titular de la prefectura apostólica de la Patagonia Meridional y de Tierra del Fuego, bendijo la piedra fundamental de una iglesia dedicada al arcángel San Miguel, ubicada al sur de la parroquia. El 8 de mayo de 1912, la iglesia era solemnemente inaugurada al divino culto.

Esta es de estilo románico y mide 25 m de largo por 9 m de ancho. Los trabajos prosiguieron sin interrupción durante el invierno, por lo cual, a fines de septiembre el edificio estaba prácticamente terminado y listo para ser abierto a las sagradas funciones.

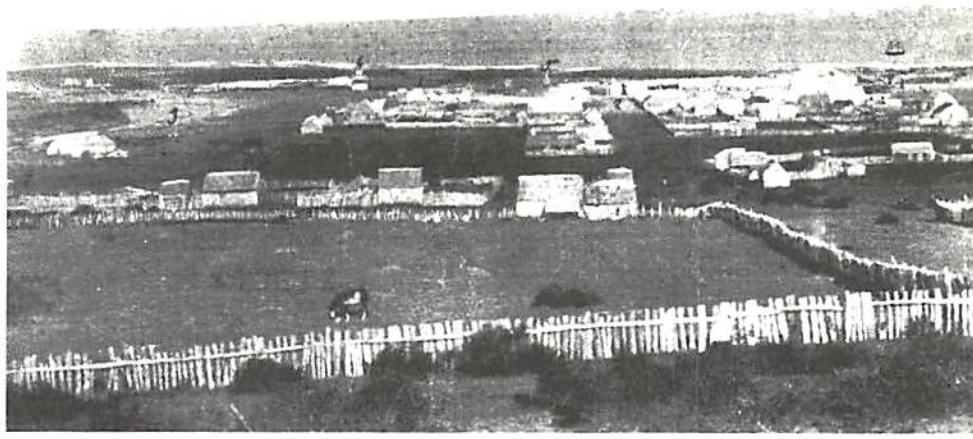
El 19 de marzo de 1911, monseñor Fagnano bendijo, también, la primera piedra fundamental de otra iglesia a construirse al norte del centro de la ciudad, dedicada a



Última Esperanza. Puerto Bories. Aserradero a vapor y fábrica de grasa y carne en conserva (F.: Veiga)



Última Esperanza. Puerto Bories. Cargando lana. (F.: Veiga)



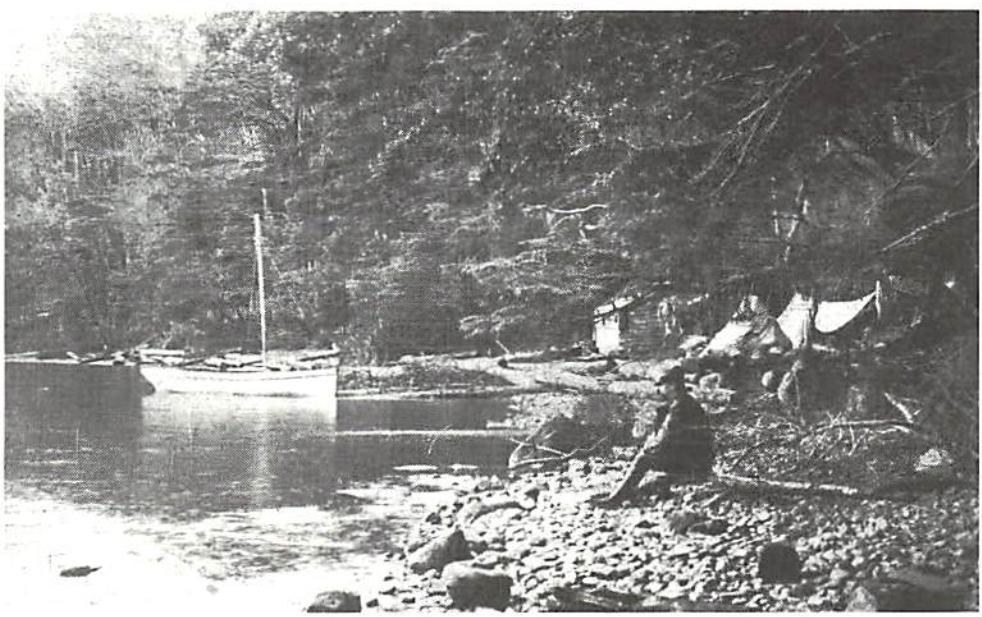
Punta Arenas, sobre el estrecho de Magallanes, año 1888-89. Vista desde el Monte de la Cruz mirando hacia el mar – 1. Casa salesiana – 2. Iglesia parroquial – 3. Río Minas – 4. Faro antiguo – 5. Casa del gobernador.



Iglesia primitiva de Punta Arenas hecha de madera en 1854. Largo máximo: 12 metros por 6 metros de ancho, incluyendo la sacristía y el atrio. Casa del gobernador civil de Punta Arenas incendiada en 1888.



Ciudad de Punta Arenas, sobre el estrecho de Magallanes, año 1912. Vista desde el Monte de la Cruz mirando hacia el mar. 1. Iglesia parroquial – 2. Colegio San José con Observatorio Meteorológico – 3. Instituto de mujeres de las Hermanas de María Auxiliadora – 4. Asilo de huérfanas, dirigido por las Hermanas de María Auxiliadora – 5. Iglesia de San Miguel – 6. Muelle – 7. Casa del Gobernador.



Última Esperanza. Carpa de colonos leñadores. (F.: Veiga)





Última Esperanza. Gruta natural en la piedra viva. (F.: Veiga)



Colocación de la 1.ª piedra de la Iglesia Parroquial de San Miguel en Punta Arenas, 12 de marzo de 1911, inaugurada el 8 de mayo de 1912.

María Santísima Inmaculada. Esta medirá 50 m de largo por 25 m de ancho y 20 m de alto, y tendrá un estilo gótico con elegantes ornamentaciones.

Para la solemne bendición de la iglesia de San Miguel y la consagración del campanario, monseñor Fagnano eligió la fiesta del santo rosario, el domingo 1.º de octubre, ya que el día de su inauguración, el 8 de mayo, no se pudo cumplir con esta ceremonia debido al mal tiempo y porque monseñor Fagnano se encontraba mal de salud. Por lo tanto, ese día, cerca de las 3 de la tarde, ante la presencia del excelentísimo señor gobernador del territorio, que hizo de padrino, y de otros señores que también hicieron de padrinos, además de un importante número de personas, se procedió al cumplimiento de la ceremonia religiosa según las normas del ritual romano.

Una vez terminada la bendición, un sacerdote salesiano dijo unas bellas palabras a los fieles del nuevo distrito, felicitándolos por tener finalmente un bello edificio para el culto del Señor. Antes y después de la ceremonia religiosa, actuó la banda del colegio San José, que estaba en el patio contiguo a la nueva iglesia.

Aquí, el 6 de octubre, primer viernes del mes, se celebró la primera misa y fue una prueba de la oportunidad o, mejor dicho, de la necesidad de tal edificio. Porque aquel día hubo una concurrencia aplastante, que se repitió siempre en la santa misa de cada día festivo, en el santo rosario de cada tarde y en los otros actos de culto. La parroquia estaba muy lejos para ellos, ¡pobrecitos! La divina Providencia les dio ahora lo que necesitaban.

Las *fiestas patrias* del pasado mes de septiembre fueron solemnemente celebra-



Colocación de la 1.ª piedra de la Iglesia Parroquial de la Inmaculada en Punta Arenas. 19 de marzo de 1911.

das por los alumnos del colegio San José. El día 15, dieron un variado espectáculo literario-dramático-musical. El pequeño teatro no podía contener más que una pequeña parte de la inmensa multitud que había venido. El 16, en el amplio patio del instituto, ante la presencia del señor gobernador del territorio, Fernando Chaigneau, del comandante del Batallón de Magallanes y de muchos otros personajes, se bendijo el nuevo estandarte tricolor del colegio, exquisita obra de arte del taller de las hermanas de María Auxiliadora. Cumplida la ceremonia, el profesor de gimnasia, el señor Luis Pinochet le-Brun, brindó un discurso lleno de afecto hacia la patria y hacia sus alumnos. A su elocución le siguió el juramento de fidelidad a la bandera patria, hecha con voz firme y segura por todos los alumnos, que vestían el uniforme deportivo de pantalón corto blanco, remera celeste con una estrella blanca y gorra blanca, con las palabras: *Gimnastas Colegio San José*. La precisión de sus movimientos y destrezas provocaron un vivo entusiasmo. El 18, después del *tedeum*, también se presentaron, participando en el desfile que se hizo desde nuestra iglesia parroquial hasta el palacio de la gobernación civil, con su pequeña banda a la cabeza.

En las jóvenes repúblicas de América Latina, ya está floreciendo la formación de estos grupos escolásticos, que cooperan eficazmente a fortalecer el amor a la patria en el corazón de la juventud.

Sacerdote Juan Ortega

Las necesidades espirituales de la Patagonia

De vuelta desde Buenos Aires a Santa Cruz, el buque que me llevaba llegó a *puerto Deseado*, donde había naufragado en 1887, cuando era todavía un desierto. Descendí, únicamente, para bendecir el matrimonio

de un exalumno nuestro y para que los que quisieran aprovecharan para hacer bautizar a sus niños, en las pocas horas que disponía. Me encontré con un pueblo que ya tiene cerca de 1500 habitantes. El Gobierno ha proyectado una vía férrea que, partiendo de este puerto, atravesará toda la Patagonia para hacer cabecera en el lago *Nahuel Huapi*, con la idea de poblar todo el trayecto con pueblos y colonias. En poco menos de dos años, se construyeron más de 250 km de vía férrea, sobre la que ya corren tres veces a la semana algunos trenes con unos 60 vagones, cargados de ida con víveres y mercaderías, y de vuelta, con frutas, lanas, cueros y pieles, etc.

Cuando bajé a tierra celebré el matrimonio y bauticé a un niño. Mientras tanto, se había corrido la voz de que había llegado un sacerdote salesiano, que administraría el bautismo a los niños en el Club Social. Fui al club y me encontré con mucha gente que me estaba esperando. Sin demora, puse manos a la obra y bauticé uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis niños. Había terminado de bautizar al sexto niño, cuando escuché el silbato del vapor. Pregunté: «¿Es el primer llamado?», y me respondieron: «No, ya es el tercero». El vapor, de hecho, ya se movía para partir. ¡No había más remedio! Tuve que quedarme aquí por lo menos un par de semanas, en espera de otro buque.

Lo cierto es que el buen Dios lo dispuso así: de este modo, podré también hacer un poco de bien en este lugar, dando el sacramento del bautismo y de la confirmación a muchos niños, darles algo de instrucción, visitar a las familias, a los enfermos, etc.



Iglesia de la Inmaculada en Punta Arenas.



Altar mayor de la iglesia María Inmaculada, Punta Arenas.

De otro modo, ¡cuándo podría haberlo hecho! En efecto, habían transcurrido ocho años desde que había pasado nuestro misionero, don Dabroski, desde Gallegos; y después de él, ningún sacerdote había vuelto a visitar *Deseado*.

Aunque descontento por estar privado del altar portátil y de todas las cosas necesarias para hacer una misión como hubiese querido, ¡me resigné a la voluntad del Señor! Esto fue lo que sucedió el 2 de octubre. Al día siguiente, visité al ingeniero, el director de los trabajos de construcción de la vía férrea y a todas las autoridades, al señor comisario de Policía, al señor juez de Paz y oficial del Registro Civil, al subprefecto del puerto, al director de la escuela del Gobierno, etc. Pedí permiso para dar algunas lecciones de religión a los alumnos de las escuelas, y me lo concedieron con autorización de los padres, como requiere la ley. Se me dio el permiso, pero siempre fuera del horario de colegio, desde las 5 a las 6 de la tarde, y así se hizo. Al día siguiente, a la hora fijada, fui al colegio, donde encontré unos sesenta jóvenes, todos mayores de diez años, que me esperaban ansiosos por la novedad. ¡Pobrecitos! La mayoría de ellos no sabía aún hacer la señal de la cruz.



Punta Arenas, monumento a María Santísima Auxiliadora en recuerdo del 25.° aniversario de la fundación de las misiones salesianas en el Territorio de Magallanes (1887-1912).

El 6 de octubre, solemnidad del santo rosario, hubo un gran movimiento en el pueblo, porque se había publicado que se iban a celebrar muchos bautismos en el Club Social. En efecto, cuando fui, no solo estaba lleno el salón, sino que también había mucha gente en la calle, en las casas y en los negocios vecinos. Algunos con sus niños para bautizar, otros que iban al bautismo como padrinos y otros solo para asistir a una celebración que nunca habían visto. Abundaba el diminuto mundo de los niños, impacientes y bulliciosos como siempre.

Eran las 2 de la tarde cuando comencé a bautizar y terminé cerca de las 6. Había terminado por ese día, pero no había terminado del todo. Muchos, cansados de esperar, se habían ido y volvieron durante los días siguientes. Ese día bauticé unos veinte niños o más. Había españoles, italianos, austriacos, franceses, alemanes, ingleses, y todos fraternizaban, movidos por el mismo pensamiento: *la religión*. Todos coinciden en esto, tanto las personas como el Gobierno. Se establece un lugar, se forma un pueblo, y enseguida se crean autoridades, juez de Paz, Registro civil, comisario de Policía. Y cuando en el pueblito las familias llegan a reunir unos 25 niños entre los dos sexos, ya tienen derecho a una escuela, y el Gobierno manda un maestro con todo lo necesario, y obliga a los padres, bajo *pena de multa*, a mandar a los niños de seis a catorce años a la escuela.

Cada uno de los empleados recibe un sueldo considerable. Me decía el maestro

de *Deseado:* «Esta escuela le cuesta al Gobierno 500 pesos nacionales al mes», esto es, 1100 francos mensuales. Pero en la religión no se piensa. Pasan decenas de años, hasta que pueblos de un considerable número de habitantes, que ya tienen tribunales, colegio, cuarteles de soldados, prisiones, etc., logra tener lo principal, es decir, una iglesia y un sacerdote.

Los puertos de *San Julián*, *Santa Cruz* y *Río Gallegos*, que ahora son centros muy poblados, estarían todavía descuidados si no hubiesen estado los salesianos, como están en otros lugares: *Deseado*, *Comodoro Rivadavia*, *Camarones*, *Madryn*, *Pirámides y San Antonio*, todos puertos de mucha importancia, que serán en un tiempo no muy lejano los emporios de la Patagonia. *¡Parvuli patierunt panem et non erat qui frangeret eis!*

¡Oh, cómo se siente cada vez más la necesidad de rogar a nuestra buena madre María Auxiliadora para que el Señor envíe buenos salesianos, sacerdotes celosos, que vengan rápido en nuestra ayuda! Porque, en realidad, *messis quidem multa, operaii autem pauci.*

El día 18, llegó finalmente un barco de línea para el sur. Me embarqué por la tarde, después de bautizar al niño de un italiano, un cierto Mosè Svegliato de Padua.

Sacerdote José Beauvoir
Misionero salesiano

Inauguración de un monumento a María Santísima Auxiliadora en Punta Arenas

El día 21 de julio de 1912 será memorable y glorioso para las misiones salesianas de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego. En Punta Arenas, sobre el estrecho de Magallanes se festejaba solemnemente el 25° aniversario de la fundación de aquellas misiones, pertenecientes a la prefectura apostólica de monseñor José Fagnano. Esa mañana, el banquete eucarístico estuvo muy frecuentado por exalumnos salesianos y exalumnas de las hermanas de María Auxiliadora, además de personas pertenecientes a varias asociaciones religiosas (Damas del Sagrado Corazón, hijas de María, compañía de San Luis y de San José), y de muchas otras personas de la ciudad y de los alrededores, para testimoniarle a monseñor Fagnano y a todos los salesianos su vivo reconocimiento por la obra religiosa y educativa.

Cerca de las 10 de la mañana, monseñor Fagnano celebró la santa misa acompañado de un numeroso clero, y la *schola cantorum* del instituto salesiano acompañó con una selección de música clásica. Por la tarde, en el pequeño teatro del Colegio San José tuvo lugar una bella representación músico-literaria, después de la cual se inauguró un simpático y artístico monumento a María Santísima Auxiliadora Patrona de los salesianos. Este consiste en una bella estatua de mármol de carrara blanco, de 2 m de alto, sostenida por una columna de fino granito de varios colores, con una base, parte de mármol y parte también de granito, con frisos de bronce dorado, que tiene sobre el frente el busto de mármol del venerable Don Bosco, con la siguiente dedicatoria: *A María Auxiliadora, los salesianos y los habitantes del Territorio de Magallanes, en reconocimiento de los veinticinco años de las misiones salesianas.*

El monumento tiene unos 12 m de alto. Fue erigido sobre una plazoleta cerca de la iglesia parroquial del Sagrado Corazón de Jesús. Estaban presentes en la inauguración: monseñor José Fagnano, don Luis H. Sallaberry, gobernador eclesiástico, el señor gobernador civil del territorio, los alcaldes comunales, los cónsules de Italia, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Austria, Alemania, España, Portugal, Bélgica, Holanda, Chile, Argentina, Brasil, Uruguay y Perú. Varios directores de las misiones, los alumnos de las escuelas del gobierno y de los salesianos, las reverendísimas hermanas de María Auxiliadora con sus alumnas, personas destacadas de la sociedad de Punta Arenas y un numeroso público.

Seguidamente, el reverendísimo Sallaberry pronunció un elegante discurso, en el que explicaba la finalidad de este monumento, que era la viva gratitud de los salesianos y de todo el pueblo del Territorio de Magallanes hacia la gran madre de Dios, María Santísima Auxiliadora de los cristianos, por la materna protección que en estos veinticinco años había dado a las misiones. Se quitó el velo que cubría la estatua y todo el monumento, entre los aplausos de todos los presentes que gritaron: *¡Viva María Auxiliadora!*

La banda de la ciudad ejecutó el himno nacional y las campanas de la iglesia repicaron en forma festiva. Poco después, se entonó una loa sagrada a María Auxiliadora, que fue cantada por los alumnos y las alumnas de las escuelas, con acompañamiento musical de la banda del instituto salesiano. Inmediatamente después, se pasó a la iglesia parroquial donde se cantó un solemne *tedeum*, en agradecimiento al Altísimo, por todas las gracias recibidas en los veinticinco años de misiones, y se concluyó la celebración con la bendición del santísimo sacramento, impartida por el prefecto apostólico monseñor Fagnano. La fiesta fue realmente espléndida.

¡Alabanzas y gloria a Dios y María Santísima Auxiliadora!

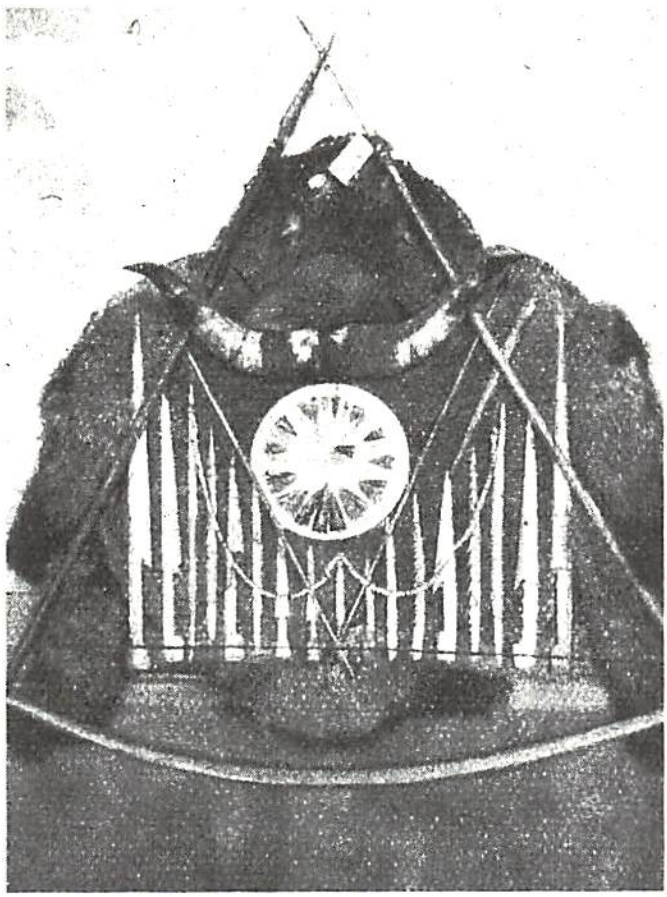
Una florcita en el desierto

En el año 1898, atravesando un extensísimo desierto de la Patagonia Meridional (entre Gallegos y Santa Cruz, hacia la Cordillera), con un fuerte viento del sur que helaba la cara y las manos, me encontré con una *florcita* de varios colores que nunca había visto en mi vida. Todo alrededor era árido y triste. Se veían esparcidos en el hielo apenas unos pocos arbustos de hierba seca, dura y llenos de espinas. Sin embargo, la florcita se erguía suave y audaz sobre su tallo de un metro de altura, ¡casi como en un acto de desafiar a la tormenta! Me impresionó tanto verla y me atrajo tanto la fragancia de su perfume que, a pesar de mi cansancio y lo incómodo que es bajarse del caballo en los viajes largos, especialmente cuando hay un viento tan fuerte y molesto, no dudé un instante en bajar y recoger aquella flor singular, que parecía que venía del cielo, y la puse entre las hojas de un libro para conservarla como perenne recuerdo.

Al continuar el viaje, me preguntaba: «¿Cómo habrá nacido y crecido una flor tan bella y tan delicada en un lugar tan desierto y estéril, expuesta a la intemperie? ¿Cómo se ha podido conservar tan fresca y por tanto tiempo?». Y cuanto más pensaba, menos comprendía. ¡Me parecía un misterio!

Poco tiempo después, cuando volvía por el campo de la Patagonia de aquella misión que duró dos largos meses, me encontré con otra *florcita*, de una clase bien distinta, pero más bella y más perfumada que la primera. También esta había nacido y crecido en un desierto, sin el cuidado de ningún experto jardinero, y expuesta a la intemperie. Pero a pesar de esto, era tan bella y preciosa como se pueda imaginar. Era un avispado jovencito que, a primera vista, se podría decir que tenía ocho o nueve años, pero después supe que tenía once años cumplidos. Hijo de pobres indígenas, que vivían en un pobre tugurio cerca del mar sobre el estrecho de Magallanes, en un lugar llamado *Tres Brazos*. La naturaleza lo había dotado de un precoz y *rarísimo ingenio*, muy superior a su edad, pero nunca había tenido ocasión de cultivarlo en esa soledad.

Nacido y crecido en el campo, lejos de todo grupo humano, con padres muy pobres e ignorantes, no había recibido ninguna instrucción. Nunca se había alejado de su cabaña, salvo para llevar el rebaño a pastar en las cercanías. Nunca había visto otras casas más que la suya y, como hijo único, no había visto otras personas más que a su padre, su madre y unos pocos parientes, que rarísimas veces iban a visitarlos. El pobrecito se



Trofeo de armas fueguinas en el Museo Salesiano de Punta Arenas

había enfermado y esta larga enfermedad lo había cubierto de llagas, tanto en la cara como en las manos. Sin embargo, a pesar de lo mucho que sufría, nunca se lamentaba, y no mostraba ninguna lágrima, para no hacer sufrir a sus buenos padres, que lo adoraban y que él correspondía con igual amor.

Un día, pasando casualmente cerca de esa cabaña, paré para saber a quién le pertenecía y, al escuchar que allí había un niño enfermo desde hacía mucho tiempo, entré a visitarlo. Apenas entré en el mísero tugurio, el niño se sentó sobre su lecho y comenzó a mirarme fijamente con manifiesta curiosidad y alegría.

—¿Cómo estás, mi querido? —le pregunté.

—Muy bien —me respondió—, ¿y tú cómo estás?

—Como ves, ¡yo estoy bien, pero tú no estás demasiado bien, por lo que parece!

—No demasiado, es verdad —agregó el jovencito—, pero es poca cosa. No es nada..., todo pasa.

—¿Y qué es lo que más te duele?

—Aquí... aquí, pero no es nada —dijo levantando una manta de cuero de guanaco que lo cubría—. No es nada, no importa..., todo pasará pronto. —Me indicó una a una sus horribles llagas y sonreía graciosamente.

Pensaba para mí: «¿Será lepra, quizá, o tuberculosis ósea? ¡Quién sabe!». Pero otro pensamiento enseguida se me vino a la mente: «¡Qué niño tan singular! Tanto infierno encima y está tan alegre y es tan simpático». De hecho, continuaba mirándome fijamente con aire de bondad, hasta que comenzó a decirme:

—¿Sabes, vestido negro, la noche pasada soñé contigo?

—¿Cómo es posible que me hayas soñado —respondí— si nunca me habías visto?

—Sí, sí —continuó—, ahora que te veo bien, eres el mismo vestido negro que he visto en el sueño.

—¡Bueno, cuéntame! —le dije.

—Soñé que estaba jugando cerca del mar, cuando imprevistamente vi venir de lejos, por la playa, a dos hombres negros, feos, muy feos, con caras qué daban miedo. Dejé enseguida de jugar y me fui a mi casa. Pero, al darme cuenta de que estos dos tipos feos venían detrás de mí, comencé a correr. Estos me seguían a grandes pasos. Yo corría y corría a lo largo de la costa del mar y ya mis piernas no podían más del cansancio y aquellos sujetos malos estaban casi por agarrarme. Yo gritaba fuerte, lloraba, pedía ayuda. Tenía miedo..., mucho miedo, pero no había nadie que me escuche. Y estos tipos estaban ya alargando los brazos para agarrarme, cuando imprevistamente te presentaste tú, vestido negro, alzando un palo, amenazando y gritándoles a estos monstruos: «¡Alto ahí! ¡Paren! ¿Qué quieren? ¡No persigan a este pobre niño, porque es mío! ¡Váyanse!». Estos hombres feos y malos, ante esta intimación, se detuvieron extrañados y rechinando sus dientes con rabia, desaparecieron en un santiamén. Entonces, lleno de alegría y de gratitud hacia ti, mi libertador, me arrojé a tus brazos y te abracé, y fue tanta la alegría que sentí que mi corazón empezó a latir muy fuerte, ¡tan fuerte que me desperté! ¡¿Dime, no eras tú el vestido negro que vi en el sueño y que me liberó de aquellos dos monstruos?!



¡Fuera!... Deténganse. ¿Por qué persiguen a este pobre niño?... ¡Él es mío!...

¡Dime que sí, ya que ahora que recuerdo bien tu semblante, eras verdaderamente tú! ¡No lo puedes negar! ¡Ah! ¡Permíteme que te dé un abrazo como el que te di la noche pasada, y que me hizo tan feliz!

Diciendo esto, se lanzó sobre mí, sin esperar mi respuesta, rodeó mi cuello con sus brazos, apretándome fuerte y me besó la frente, repitiendo muchas veces:

—¡Gracias, gracias, vestido negro! Te llamo así, porque no sé tu nombre. Te agradezco de corazón que me hayas salvado de aquellos dos hombres tan feos y tan malos. Ahora estoy contento, muy contento!

Yo estaba confuso y no sabía qué decirle, y él siguió con gran insistencia:

—Pero dime, vestido negro, ¿quiénes eran esos hombres tan feos que yo vi? ¿Tú debes saber qué querían de mí? ¿Por qué me seguían?, ¿por qué me querían agarrar?, ¿qué cosa me hubiesen hecho si me hubiesen agarrado? ¡Nunca los había visto ni les había hecho mal como para que me castigaran! —Se puso a llorar recordando esa triste escena.

—No llores, amigo mío —le dije—, no volverán más esos monstruos, y aunque volvieran, estaré siempre listo para defenderte. ¡Alégrate!

Ante estas palabras, se serenó y comenzó a insistir nuevamente:

—¿Dime... dime quiénes eran esos monstruos? Tú lo debes saber.

—¿Quién sabe? Quizá eran demonios —me atreví a responderle—.

—¡¿Demonios?! ¿Y qué son los demonios? —me preguntó ansiosamente.

Fue así que comencé enseguida a darle un poco de instrucción religiosa, haciéndole conocer a *Dios, uno y trino*, la creación de los ángeles y la rebelión de Lucifer y sus secuaces, transformados en demonios y arrojados al abismo del infierno, que tientan a los hombres a hacer el mal, para que vayan con ellos también al infierno. Le hablé sobre la creación del mundo, del hombre y de su caída, y de todo cuanto existe en el universo. Los animales de la tierra, los peces del mar y los pájaros del cielo, todos fueron creados por Dios para beneficio del hombre, y el hombre fue creado por Dios.

—Este Dios, dueño de todo el universo, les dio una ley a los hombres una ley santa, y quien la cumple será premiado con el paraíso, y quién la desprecie será castigado con el infierno.

El jovencito muy ávido de saber cada cosa, prestaba muchísima atención y continuó insistiendo con sus preguntas juiciosas: «¿Por qué esto?, ¿por qué aquello?». Yo le contestaba y el pobrecito estaba muy contento de escuchar tan bellas cosas que antes ignoraba, como él mismo decía. La instrucción duró más de dos horas. Dos horas que pasaron muy velozmente para mí y para él: para mí porque veía un alma ingenua y cándida, muy deseosa de instruirse sobre las cosas de Dios y de su alma. Para él, porqué gozaba de escucharme hablar, porque deseaba ávidamente instruirse y conocer todas esas cosas que yo le explicaba, y no paraba de hacerme miles de preguntas sobre aquello que yo le iba diciendo.

Cuando me despedí, las lágrimas le surcaban el rostro y, besándome la mano con afecto, me suplicaba que volviera pronto a visitarlo, porque sentía mucho placer al escuchar todas las cosas bellas que yo sabía. Se lo prometí, porque deseaba completar su instrucción religiosa y prepararlo a recibir la primera comunión.

Dos días después, estaba de nuevo con el jovencito enfermo. Lo encontré acostado. Apenas me vio, se sentó y con la cara alegre y sonriente, me dijo:

—¡Eres bueno, vestido negro, por venir a visitarme tan pronto! ¿Sabes que en estos días pensaba siempre en ti y en las cosas que me has contado! ¡Oh! Cuéntame otras, porque tú sabes tanto y a mí me hace tan bien escucharte.

—He venido para eso, mi querido, y rápidamente cumpliré con tu deseo —le respondí. Me senté a su lado y le entregué un crucifijo de madera, preguntándole—: ¿Sabes quién es este que ves clavado sobre este leño?

El jovencito tomó el crucifijo en su mano, lo miró atentamente y me respondió:

—No lo sé. ¿Pero, quizá, es un hombre como tú? ¡Oh! ¿Por qué le hicieron eso? ¡¿Qué mal habrá hecho para merecer una pena tan grande?! ¡Pobrecito, cuánto habrá sufrido!

—Sí —le respondí—, él fue un hombre y más que un hombre, porque él era el hijo unigénito de Dios, por lo cual era un hombre-Dios.

—¡¿Cómo?! —respondió el jovencito asombrado—. ¿Era hijo de Dios y lo trataron así? ¿Y por qué su padre no lo impidió? Tú me dijiste el otro día que Dios era muy bueno, que quiere mucho a los hombres, porque todos son sus criaturas. Quizá, su hijo era tan malo que mereció ser crucificado.

—No, mi querido, este hijo no era malo; él era muy bueno, era hombre y Dios, hacía el bien a todos. En un tiempo, era solo Dios, igual al Padre Eterno, después, por querer tanto a los hombres y ver que todos iban a estar perdidos para siempre por el pecado de Adán, pensó en venir a la tierra, nacer niño y hombre como nosotros, de una madre Virgen, para podernos salvar mediante plegarias a su Eterno Padre y al sacrificio de su vida. Vivió treinta años, siendo carpintero en una casa muy humilde, y después de haber predicado por tres años su divina doctrina y enseñado a los hombres lo que debían hacer para salvarse, permitió que unos hombres malos lo metieran en la cruz y le dieran una muerte muy despiadada, para que todos los hombres se salvasen.

—¡Malos! ¡¿Quiénes fueron estas personas malas que osaron meter las manos sobre el hijo de Dios y darle una muerte tan cruel?! ¿Y no se ha vengado?, ¿no pudo escapar de sus manos?

—No, no se ha vengado, aunque lo hubiese podido hacer; y no huyó, porque amaba mucho a los hombres y quería dar su vida, para que pudiesen, después de su muerte, ir todos al paraíso. Era poderosísimo y hacía muchos milagros para hacerse conocer como *hombre-Dios:* sanaba a los enfermos con solo tocarlos y resucitaba incluso a los muertos. Si él hubiese venido aquí y te hubiese visto enfermo, te hubiese tomado de la mano y te hubiese dicho: *«Levántate, que estás sanado»*, como lo hizo con muchos enfermos. Y enseguida te hubieses curado.

—¡¿Era tan bueno y lo crucificaron?!

—Sí, era el más bueno y el más amable de los hombres, y hacía el bien a todos, pero quiso que los hombres malos le diesen muerte, porque quería morir para borrar el pecado de los hombres y que estos merecieran una muerte tranquila y que fueran santos.

—Pero ¿es verdad?, ¿es como tú dices?

—Te lo aseguro, es así como te lo digo.

—¡Oh! Querido hijo de Dios —comenzó a decir, apretando el crucifijo entre sus manos—. ¡Ha sido tan bueno! ¡¿Por qué ha querido sufrir tanto?! ¡Esto es demasiado! Tener una muerte tan cruel, para que los hombres se salven y sean felices, ¡para que puedan tener una muerte tranquila! ¡Oh, yo te amo, querido hijo de Dios! —Cubría el crucifijo con tiernos besos. Se dirigió a mí y con ansia me dijo—: ¡Déjame esta imagen del hijo de Dios!

—¡Sí, te la regalo! Esta te hará recordar el gran amor que ha tenido también por ti, al morir en la cruz.

—¿También por mí? Si no me conocía, ¿cómo podía amarme?

—Como Dios, él veía el presente, el pasado y el futuro, por eso te veía también a ti y también por ti sufrió y murió.

—¿Dices la verdad?

—Sí, no intento engañarte.

—¡Oh, infinitas gracias! ¡Oh, querido hijo de Dios, si es así como dice el vestido negro, yo también te amaré de ahora en más con todo mi corazón! Y gracias a ti, vestido negro, por este regalo que voy a querer mucho.

—Dile a Jesús que también me conceda a mí la gracia de ir con él al bello paraíso.

—Pero ¡¿cómo?! Si está muerto, puede oír igual mis plegarias?

—Sí —respondí—, porque después de tres días, resucitó en su sepulcro, por su propia virtud, y ahora vive glorioso en el paraíso, rodeado de muchos espíritus santos, ¡y no morirá y vivirá con el padre y con el Espíritu Santo, para siempre!

—¿Y tú estuviste en el paraíso?

—No, mi querido, pero tengo la esperanza de ir.

—Entonces, ¿cómo sabes todas estas cosas? ¿Quién te lo ha dicho? Lo sé porque lo ha revelado Dios y lo ha confirmado el hijo mismo de Dios, cuando vivía sobre esta tierra.

—¿Y tú lo crees? —me preguntó con candor.

—Seguro que lo creo. ¿Acaso no quieres que le crea al hijo de Dios, que vino del cielo a propósito, para enseñarnos el camino hacia el paraíso? Y tú, ¿no quieres creerlo?

—Si tú me lo dices, yo también creeré, porque tú eres bueno, y no me vas a engañar.

—Ahora lo sabes bien —agregué—, este hijo de Dios que, como te he dicho, se llama Jesucristo, ha dicho también que aquellos que no crean en sus palabras, serán enjuiciados y condenados para siempre al infierno con los demonios, es decir, en el lugar donde se sufren los males para siempre.

—¡Ah! ¡Yo no quiero ir a ese lugar con los monstruos negros y feos que me dan miedo! ¡Quiero ir al paraíso con el hijo de Dios y contigo! Creo, sí. Creo todo lo que me dijiste que debo creer.

Bien, debes saber también que Jesucristo, antes de ir al cielo, instituyó siete sacramentos, que son signos sensibles, por medio de los cuales Dios concede sus gracias a los hombres. Ellos son, por lo tanto, los canales que llevan el agua de su divina gracia. Si sobre el monte que está aquí cerca, hubiese un gran lago lleno de agua muy limpia, y nosotros quisiéramos aprovecharla acá abajo, ¿qué cosa podríamos hacer?

—Sí, sí, un canal para que el agua pueda bajar. Entiendo, entiendo —respondió el buen jovencito.

—Así sucede con la gracia de Dios. Estos sacramentos traen del cielo las divinas gracias. Uno de estos se llama *bautismo*, que te hace hijo de Dios, hermano de Jesucristo y heredero del paraíso. Sin el bautismo no se puede entrar en el paraíso. Lo dice el mismo Jesucristo.

—Me dijo mi papá que yo he recibido el bautismo, cuando era pequeño, pequeño. Pero yo no recuerdo. Entonces, ¿también yo soy hijo de Dios?

—Seguro. Y tienes derecho, cuando mueras, de ir al paraíso, siempre que tú no hayas ofendido gravemente al Señor.

—Yo no sé si he ofendido al Señor, pero mi padre lo debe saber. Papá, papá —comenzó a llamar—, ¿sabes si yo ofendí al Señor?

El padre se encogió de hombros y no sabía que responder. Yo le dije:

—Si tú ofendiste al Señor, basta con que te arrepientas y le pidas perdón, con la promesa de no ofenderlo más. Jesús ha previsto también esto, por lo que ha instituido el sacramento de la penitencia o confesión.

—¿Qué es este sacramento de la penitencia? —preguntó.

—Bien, cuando uno ha pecado, transgredido cualquier mandamiento de la ley de Dios, necesita arrepentirse y confesarse ante un sacerdote, que es el ministro de Dios, que está facultado para absolvernos y a reconciliarnos con Dios.

—¡Qué bueno que es Jesús! —observó el jovencito—. ¿Y quién podría no amarlo? ¿Por qué no lo habré conocido antes? Lo habría amado con todo el corazón. ¡Pero de ahora en más, sé que lo amaré para siempre! —Lágrimas caían por sus mejillas.

—Jesús —le dije—, instituyó otro sacramento que se llama *confirmación*, el cual confirma al cristiano en la fe y lo transforma en un perfecto cristiano y soldado de Jesucristo.

—¿Cómo se puede ser soldado de Jesucristo?

—Porque este sacramento nos da la fuerza y las armas espirituales para combatir a nuestros enemigos que nos hacen la guerra, que son el demonio, el mundo y la carne, o sea, nuestras malas pasiones.

—Me gustaría a mí también ser soldado de Jesucristo, si se pudiese. Pero....

—Sí que puedes. Basta que lo quieras. Yo mismo tengo la facultad de confirmarte. Por lo que te daré también ese sacramento y serás soldado de Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Oh! ¡Qué placer! ¡Seré un soldadito de Jesucristo!

—Seguro —le contesté, y uno a uno le expliqué todos los sacramentos y sus efectos sobre las personas que los reciben con mucha predisposición.

Pero lo que le impresionó más fue la doctrina católica sobre el sacramento de la divina eucaristía. Me parece verlo todavía, como si fuese ahora, abrir tanto los ojos por su sorpresa, ante mi exposición, y con toda la fuerza de su alma y su cuerpito exclamó:

—¡¿Cómo?! ¿Jesús nuestro alimento? ¡El hijo de Dios que se deja comer por los hombres! ¡Esto sí que es bello! ¡Oh, pero lo que me cuentas es algo muy grande! ¿Cómo es posible? ¡¿Jesús, bajo la apariencia de un pequeño pan?! ¿Pero será verdad lo que tú dices? No te creo.

—Seguro que es así. Escucha sus mismas palabras: *Yo soy el pan vivo que descendió del cielo: aquel que coma de este pan vivirá eternamente. Mi carne es el verdadero alimento y mi sangre es la verdadera bebida, aquel que coma de mi carne y beba de mi sangre, vivirá en mí y yo en él, y quien no coma, no tendrá la vida en sí mismo.* Como ves, son sus mismas palabras. Él nos anima y nos obliga a alimentarnos de él, porque lo quiere, lo desea ardientemente y amenaza de privar del paraíso a aquel que no lo hiciese.

—¿Está vivo o muerto Jesús en aquel pan?

—Está vivo y verdadero como en el cielo.

—¿Y no sentirá dolor mientras lo comen?

—No, porque después de su muerte y resurrección, su cuerpo es impasible y glorioso.

—¿Y se dejará comer por todos? ¿También por mí?

—Seguramente, por todos aquellos que quieran. Pero para recibirlo bien, se necesita que todos estén en gracia, es decir, sin pecados mortales y que tengan deseo de recibirlo en sus corazones lo menos indignamente posible.

—¿Qué curioso debe ser verlo? ¿Has visto a Jesús en este pan celestial? ¿Crees que sea verdaderamente así?

—Yo nunca lo he visto, pero creo como si lo hubiese visto, porque su palabra me lo dice, y su palabra es infalible. Él no puede mentir ni engañar a nadie. Además, algunas buenas personas han sido favorecidas por Dios también en esto, y lo han visto con sus propios ojos. Y si no se hace ver por todos, es para dar más mérito a nuestra fe. ¿Y tú no crees?

—Si es así como tú dices, si tú lo crees, yo también lo quiero creer. Porque sé que tú no me vas a engañar. Sé que me estimas y que no tienes ningún interés en mentirme. ¡Estaría muy contento si tú fueses tan bueno de traerme también a mí este pan celestial en el cual está Jesús vivo! ¿Me lo traerías?

—Si tú lo deseas verdaderamente y crees, sí, te lo traeré, y pronto, pero es necesario que tú lo desees y lo ames de corazón.

—¡Oh! ¡Sí que lo deseo y lo amo mucho! Tráemelo. Tráemelo rápido para que lo pueda poner en mi corazón y me una estrechamente a Jesús, el hijo de Dios, el cual ha muerto en la cruz también por mí.

—¿Pero tú sabes cómo se puede recibir bien a Jesús? —le pregunté.

—No lo sé —respondió—, pero enséñame cómo se puede hacer, para que Jesús venga voluntariamente a mi corazón y no

se ofenda si yo me lo como. Porque no quisiera que se enoje.

Lo instruí sobre la manera de recibir la santa comunión. Me di cuenta enseguida de que su corazón estaba lleno de amor a Dios y no veía el momento de recibir a Jesús.

—¿Qué le dirás a Jesús cuando esté en tu corazón? —le pregunté.

—¡Oh! ¡Le diré tantas cosas bellas! —respondió—. ¡Pero antes de cualquier cosa le diré que lo amo mucho, mucho!

—¡Muy bien! Esto es lo que le agrada a Jesús: nuestro amor. Eso es todo. Pero si tú quieres hacer bien la santa comunión, encomiéndate a la madre de Jesús, a María Santísima, y ella te enseñará cómo debes recibir a su divino hijo.

—¿A propósito —preguntó el buen jovencito—, tú aún no me has hablado de la madre de Jesús, ¿está todavía viva?, ¿ tú la conoces?, ¿dónde se encuentra?

—Ella se encuentra en el paraíso, al lado de su divino hijo Jesús. ¡Ah! ¡Si supieses lo buena y amable que es! No hay criatura sobre esta tierra ni en el cielo más buena que ella. Baste decir que Dios la ha creado a propósito, para que fuese la madre de Jesús, y a tal fin la hizo tan santa que toda su santidad sobrepasa la de los santos y la de los ángeles. María Santísima, por santidad y por dignidad, está después de Dios. Ella ama tanto a los hombres, que si hubiese sido necesario, hubiese dado también su vida como la dio su divino hijo para redimirnos de la bárbara esclavitud del demonio. Jesús, antes de morir, la consagró madre de todo el género humano y ella aceptó con placer este oficio de madre. Por eso, ahora intercede continuamente ante Dios por todos, pero en particular por sus devotos. Si tú fueses, además, devoto de María, madre de Jesús, ella te tendrá siempre bajo su materno manto, como si fueses su hijo queridísimo, te dará muchas gracias en la vida y después, una muerte feliz y santa y te llevará al paraíso.

—Si es verdad lo que tú dices, amaré mucho a la madre de Jesús. ¡Qué suerte para mí tener una madre en el cielo que me quiera! Entonces no tendré miedo de ir al infierno con los monstruos malos. ¡Mi madre celestial no lo permitirá, porque la amo y la amaré siempre! ¡Siempre!

—María ama especialmente a los jovencitos como tú. Apenas uno de ellos le ruega, lo escucha y lo ayuda en sus necesidades. Aunque no se vea, se siente igual su materna protección. Porque desde el cielo ve todo lo que pasa aquí abajo, y es muy potente. ¿Quieres ver su retrato? Acá está. —Le mostré una gran medalla de María Auxiliadora—. Tómala, querido. Todos aquellos que son devotos de María Santísima tienen la certeza de salvarse, porque ella los ama y protege con particular amor de madre, como si fuesen verdaderos hijos.

—¡Oh! ¡Qué linda que es; qué lindo es el retrato de la madre de Dios! ¡Gracias, gracias, vestido negro! Tú no terminas de darme regalos, uno más bello que el otro. ¿Cómo te agradeceré si no tengo nada para darte? Será muy querida para mí esta medalla y la llevaré siempre aquí... aquí, sobre mi corazón. —Besaba la medalla y la volvía a besar con verdadera ternura.

Ese día le respondí también a todas sus preguntas: «¿quién eres?, ¿cómo te llamas? y ¿por qué eres tan bueno conmigo?, ¿qué cosa he hecho para merecer tu amor?»

Le conté, entonces, sobre la misión que Jesús le dio a sus apóstoles y a sus sucesores, para que vayan por todo el mundo a predicar su doctrina, para que los hombres se salven. Le hablé de San Pedro, constituido jefe de la iglesia de Jesucristo, y del papa, sucesor de San Pedro. Le hablé de Palestina, donde vivió Jesús, de Roma y de Italia, donde está el papa. De Don Bosco, que fundó en Turín su congregación salesiana, desde donde parten cada año muchos misioneros hacia diferentes partes del mundo, para instruir a un montón de almas sepultadas en la superstición, en la ignorancia y en la barbarie, para guiarlos hacia la salvación eterna. El jovencito escuchaba con avidez todo lo que yo le decía, y al final

se conmovió tanto, que empezó a llorar, y entre los sollozos, me decía:

—¡Ahora comprendo por qué me quieres! ¡Lo haces por amor a Dios y para salvar mi pobre alma! ¡Dios te dé méritos! Yo te estoy muy agradecido por el bien que me has hecho y rezaré por ti. Yo también hubiese hecho como tú si el buen Dios me hubiese llamado a ser su ministro y si hubiese sabido que había un hombre que ignoraba aquello que yo ignoraba, para instruirlo y salvarlo. ¡Qué bueno que es el Señor con los hombres! ¡Yo le agradeceré siempre por haberte mandado a instruirme en la verdad de la fe cristiana, para que pueda salvarme! ¡Te doy gracias infinitas también a ti, mi segundo padre! ¡Gracias! ¡Gracias!

Mientras me despedía, el jovencito me volvió a suplicar que le trajera pronto el pan celestial, aquel pan vivo descendido del cielo, bajo cuya apariencia está Jesús el verdadero Dios y verdadero hombre, porque deseaba mucho recibirlo en su corazón:

—¡Cómo debe ser de pequeño Jesús —me dijo— si está todo entero en un pedazo de pan!

—¡Él se empequeñece tanto por nuestro amor, porque quiere venir a habitar en nuestro corazón! Pero, en realidad, es tan grande que llena todo el mundo. —Nos despedimos con ese pensamiento.

La última visita que le hice al jovencito fue el 5 de agosto, fiesta de la Virgen de la Nieve. Al día siguiente, cayó tanta nieve y los caminos estaban tan borrados que no se podía transitar ni a pie ni a caballo, por lo que tuve que atrasar mi nueva visita hasta el 10 de agosto. Y creo que fue una disposición del Señor, porque el querido niño, que se llamaba *Lorenzo González*, pudo tomar la primera comunión el día de su *onomástico*, es decir, el mismo día de la fiesta de *San Lorenzo*, su protector celestial.

Apenas entré en la cabaña, el pio jovencito, en contra de su costumbre se puso a llorar.

—¿Qué tienes, mi querido Lorencito? —le pregunté—, ¿te sientes mal?

—No, padre mío, estoy muy bien: pero lloro porque tú has estado mucho tiempo sin venir a verme y me habías prometido que vendrías pronto. ¡Me has engañado!

—Perdóname, mi querido, porque no fue toda mi culpa. Sabes que ha nevado mucho en estos días y el camino se ha puesto muy malo, casi imposible de transitar. El caballo se enterraba hasta las rodillas. Además, el hielo se ha solidificado y me dio miedo venir. Pero aquí me tienes y me quedaré al lado tuyo.

—¿Te has acordado de traerme el pan del cielo, en el cual está Jesús vivo, el hijo de Dios? —me preguntó con mucha ansiedad.

—Sí, mi amigo, lo tengo conmigo y te lo daré. Pero primero debemos orar juntos para preparar tu corazón para que lo reciba dignamente.

El jovencito se calmó enseguida y, frotándose las manos de alegría, dijo:

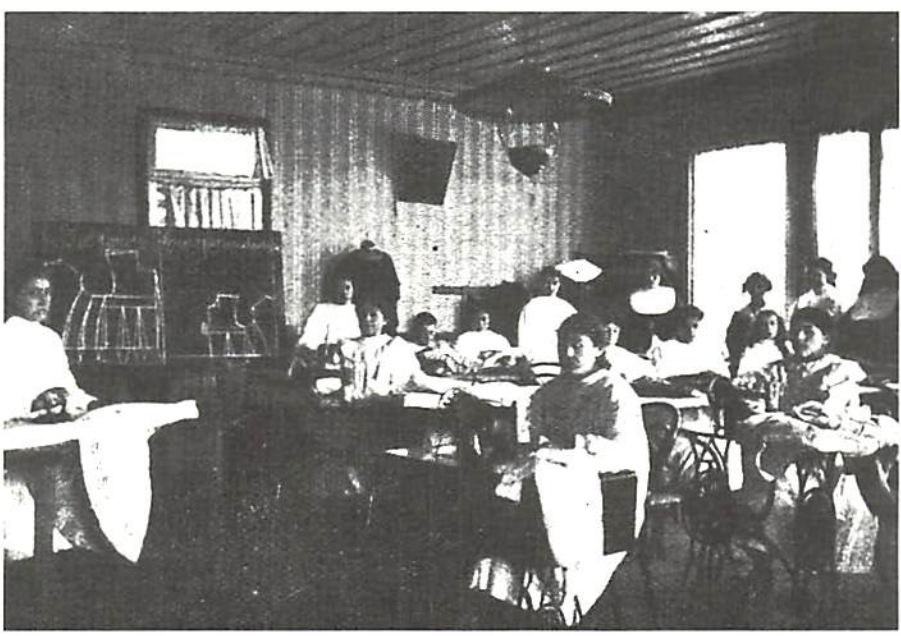
—¡Ah! ¡Bien, bien, qué placer! ¡Podré yo también comer de este pan celestial! Sabes que durante todos estos días he pensado siempre en la santa comunión, en Jesús vivo en la hostia consagrada por el sacerdote, que ama tanto a los niños, y no veía el momento de poder recibirla. De noche lo soñaba y me parecía verlo como un niño muy pequeño, que me decía: «¿Lorencito, tú me amas?», «¡Sí —le respondí—, tú sabes mi buen Jesús que yo te amo mucho!». Y él me respondió: «¡Yo también te amo!». Mi corazón se llenaba de alegría, latía fuerte, fuerte, y me desperté y lo buscaba al lado mío, ¡pero no veía a Jesús y tú no venías! ¡Estos días me parecieron eternos!

Yo estaba conmovido al ver tanta fe y tanto amor en un niño de aquella edad, que hasta hacía pocos días no sabía nada de la existencia de Dios, del paraíso, de la eternidad. Al verlo ahora, tan ansioso de recibir la santísima eucaristía, para unirse íntimamente con Jesús, santificador de las almas, realmente emocionaba. Su piedad tenía algo de maravilloso y casi increíble. ¡Nunca había visto un jovencito que deseara tanto la santa comunión!

Puse entre dos velas encendidas, sobre un altarcito improvisado con algunas cajas, la vitrina de plata dentro de la cual estaba la hostia consagrada y comencé a preparar al niño para la santa comunión. Se puso de rodillas sobre su lecho, juntó sus manos, y repetía con gran amor las palabras que yo le sugería. Antes de comulgarlo, le administré la santa confirmación, que lo puso más fervoroso.

Cuando vio la hostia santa en mis manos, mientras la tenía elevada y decía: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum*, fijó los ojos en ella, sin mover sus párpados, y con la mirada llena de amor divino, daba a conocer que anhelaba mucho recibir en su corazón a Jesús. De hecho, lo recibió dejando caer lágrimas de viva ternura, y apenas lo recibió, cerró los ojos, cruzó los brazos sobre su pecho, apretándolos fuertemente como si abrazará visiblemente a Jesús, y se quedó inmóvil. Su cara se transformó bellamente y se iluminó, radiante de luz celestial, tanto que parecía un ángel. El padre, la madre, el padrino, la madrina, y algunas otras personas que estaban allí para asistir a su primera comunión, murmuraban en voz baja: «¡Mira, mira el aspecto que tomó!», «¡No parece más él!», «¡Parece un ángel!». Y todos lo estaban contemplando con admiración. Ni siquiera yo, lo confieso, había visto nunca en mi vida una cara tan divinamente bella como la de aquel querido jovencito, después de haber tomado la santa comunión. ¡Tenía algo verdaderamente celestial! ¡El Señor ha querido mostrar, francamente, la transformación que se había dado en el interior de aquel jovencito, y con cuánto amor había entrado en aquella alma cándida y tan deseosa de unirse a él! ¡¿Así serán las flores del paraíso?!

Quedó absorto en Dios por un largo rato. Disfrutando de su Dios sacramentado, sin abrir los ojos y sin mover los labios, sin hablar con nadie, con sus brazos cruzados



Punta Arenas. Escuela de costura y bordado para señoritas en el Colegio de las Hermanas de María Auxiliadora.

sobre su pecho, orando siempre con el corazón y con la mente. Su cara estaba inflamada de amor a Dios. ¡Oh! ¡¿Con cuánta gracia lo habrá enriquecido Jesús en aquella santa comunión tan bien hecha?! ¡¿Qué cosa habrá sucedido en aquel feliz instante, entre el Corazón de Jesús y el de aquel jovencito?! ¡Solo Dios lo puede saber!

No me atreví a sacarlo de aquel estasis divino. Cuando finalmente se repuso, no terminaba de agradecer a Jesús que le había concedido tanta gracia, y repetía: «¡Creo, Señor, creo todas las verdades de la santa fe católica, porque tú la has revelado a vuestra santa iglesia! ¡Te amo y quiero amarte con todo mi corazón, para siempre! ¡Para siempre!».

¡He aquí el efecto que produce una santa comunión! Antes de que el buen jovencito se hubiese comulgado, decía que creía en las verdades de la fe que yo le había hecho conocer, porque yo lo creía, porque yo era bueno y porque no lo engañaría. En una palabra, él creía mis testimonios, pero porque sabía que yo lo quería, aunque en su interior todavía dudaba. Sin embargo, cuando recibió la santa comunión, lo hizo con todo el corazón y la fe, sin necesidad de que nadie le sugiriera nada. *«Creo, Señor, en todas las verdades de la santa fe!»*, ¿quién se lo aseguró, sino Dios mismo? ¿Quién no admirará la gracia de la santísima eucaristía, cuando es recibida con la debida predisposición? ¡Ilumina la mente e inflama el corazón de amor a Dios, y sería suficiente una sola comunión bien hecha para ser un santo!

Viendo que el estado físico del pobre enfermo desmejoraba día a día y que el mal estado de los caminos no cesaría pronto, le administré ese mismo día también el óleo santo y le impartí la bendición papal *in articulo mortis*.

Cuando me despedí del jovencito, se puso a llorar con ternura. No terminaba de agradecerme por haberle dado tanta alegría y me quiso abrazar afectuosamente, como si hubiese sido su padre. ¡Nunca había visto un jovencito tan agradecido! Como prueba de su buen corazón, luego, me dijo:

—Ven pronto a verme, porque tu presencia, querido padre, me hace muy bien. Cuando estás tú aquí, no siento más dolores y mi corazón se alegra. ¡Ah! ¡Si supieses cuánto bien me has hecho! ¡Y cuánto te quiero en recompensa! Tú me has enseñado a conocer a Dios Nuestro Creador y Padre de todas las cosas del cielo, a quien yo ignoraba. Tú me has liberado de los monstruos del infierno, tú me has traído el pan celestial que contiene a Jesús vivo, tú.... —Se puso a llorar muy fuerte hasta no poder hablar por la emoción.

—Adiós, querido Lorencito —le dije—, reza por mí y yo rezaré por ti, para que un día podamos reencontrarnos en el bello paraíso.

—¡Sí, claro que rezaré mucho por ti! ¡Y tú reza por mí! —respondió entre sollozos.

Salí conmovido de su casa, testigo de tal maravilla celestial; mientras me alejaba, continué reflexionando. Me decía a mí mismo: «¡He aquí una *florcita del desierto*, a la que los ángeles recogerán pronto para transportarla al cielo! ¡Es demasiado bella y esta mísera tierra no es digna de poseerla por más tiempo. Antes de que vengan los hielos y los fríos de las pasiones, es mejor que sea transportada a un clima más dulce y benigno, como el del jardín del paraíso».

Y esa fue la última vez que pude ver al querido jovencito. A causa del frío que sufrí y de las dificultades del viaje, tuve que estar en cama por varios días y no pude volver más a visitarlo. Supe que voló al cielo el día de la fiesta de la Asunción de María Santísima, el 15 de agosto. Es decir, cinco días después de su primera comunión y viático para la eternidad. La Virgen, la querida Auxiliadora de los cristianos, lo quería con ella en el paraíso, justamente, en esa bella solemnidad para celebrar juntos su triunfo. Me dijeron que en todos esos días que le precedieron a su muerte, rezó siempre con gran fervor hasta su último respiro. Tuvo una muerte sin agonía. ¡Una muerte de las

más santas y envidiables! Este es un *santito*, un *serafín* de la santa eucaristía: un *santito y serafín de raza salvaje*.

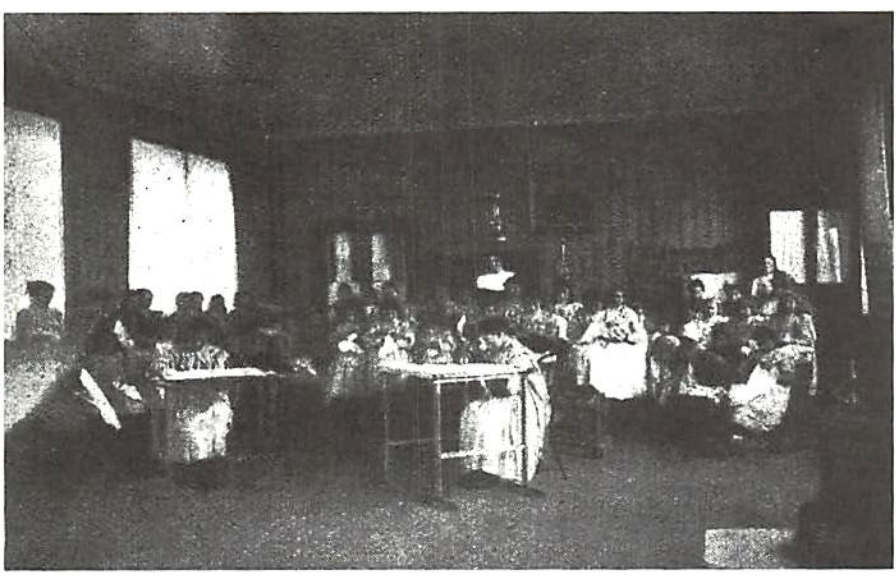
Obra hecha por monseñor José Fagnano en los treinta años de su prefectura apostólica

1. Monseñor Fagnano, apenas se estableció en Punta Arenas, compró un terreno de 75 m de frente por 50 m, en la calle Cristóbal Colón, esquina Magallanes, en el cual había una pequeña casa de madera. Hizo ampliar la casa, construyó una modesta iglesita, también de madera, y después de algunos años, la iglesia se volvió a hacer más grande y de ladrillos y fue dedicada a María Auxiliadora. También la casa se hizo de ladrillos y fue mucho más grande y linda. Todo esto se cedió como regalo a las hermanas de María Auxiliadora, para educar a las jovencitas.

2. Para él y para los salesianos, construyó el Colegio San José, en la calle Arauco, esquina Chiloé, sobre un área de 50 m por 50 m, con observatorio meteorológico, museo territorial, un pequeño teatro, escuelas, etc. Al lado del colegio, sobre un terreno fiscal de 50 m por 35 m, edificó una iglesia de madera, que después de tres meses se incendió, y sobre el mismo lugar construyó otra de ladrillos, mucho más grande y bella. Fue el primero en Punta Arenas que utilizó ladrillos para construir, superando muchas dificultades y a pesar de la opinión que reinaba entonces sobre la imposibilidad de fabricar ladrillos porque la tierra no era la adecuada. La iglesia se dedicó al Sagrado Corazón de Jesús y a nuestra señora de la Merced, y fue erigida parroquia. Su cuerpo reposa ahora en esta iglesia.

3. Al este de Punta Arenas, en las calles Chilena y Boliviana, compró un terreno y edificó una iglesia de ladrillos, dedicándola al arcángel San Miguel. Fue erigida parroquia, con oratorio festivo.

4. Al norte de Punta Arenas, en la calle Sarmiento y Avenida de la Pampa, compró un terreno de 100 m por 75 m y edificó el Colegio Venerable Don Bosco y



Taller de las huérfanas con las hermanas de María Auxiliadora. Sagrada Familia, Punta Arenas.



Capilla mortuoria salesiana en el Cementerio de Punta Arenas, donde ya descansan muchos misioneros

una magnífica iglesia de ladrillos, dedicada a la Inmaculada Concepción de María Santísima.

5. En la calle Nuble, Magallanes, Mexicana y Progreso, al norte de Punta Arenas, compró un terreno de 100 m^2 e hizo construir un asilo para niños huérfanos y pobres, con una iglesita semipública, dedicada a la sagrada Familia. Esta construcción fue cedida a las hermanas de María Auxiliadora.

6. En la calle Progreso y Caupolicán, cerca de la playa, compró un terreno y construyó un oratorio festivo para los niños, que fue dedicado a los santos ángeles custodios.

7. En el cementerio de Punta Arenas, edificó una bella capilla mortuoria de ladrillos, para sepultura de los salesianos.

8. Fuera de los límites urbanos de Punta Arenas, al norte, erigió una capilla de madera, en un lugar llamado Tres Puentes, dedicada a San José, donde se celebraba la santa misa en los días festivos.

9. Al este de Punta Arenas, fuera de los límites urbanos, en un lugar llamado Río de los Ciervos, edificó una capilla en madera dedicada a San Antonio de Padua, donde se celebra la santa misa en los días festivos.

10. En Porvenir, en la Tierra del Fuego, fundó la iglesia parroquial, la escuela para varones, dirigida por el mismo párroco, y la escuela del gobierno, para mujeres, dirigida por las hermanas de María Auxiliadora.

11. En Santa Cruz (Patagonia argentina), compró un terreno y edificó una bella iglesia de ladrillos, que fue erigida parro-



Jóvenes del Colegio Salesiano San José de Punta Arenas con su superior monseñor Fagnano, 1912

quia y dedicada a la Santa Cruz, con un colegio de varones, como anexo.

12. En Río Gallegos (Patagonia argentina), compró un terreno y edificó una iglesia de madera, erigida parroquia, con un colegio de varones, como anexo.

13.En San Julián (Patagonia argentina), compró un terreno y edificó una capilla y una escuela de madera.

14. En Santa Cruz, compró un terreno y una casa de ladrillos. Amplió la casa, construyó una capilla interna y donó todo a las hermanas de María Auxiliadora para fundar un instituto de jovencitas.

15. En Río Gallegos, compró un terreno y edificó un colegio de madera para las jovencitas y se lo regaló a las hermanas de María Auxiliadora.

16. En la isla Dawson fundó una gran misión para la civilización de los indios alacalufes y yaganes, construyó una iglesia, un hospital, una sala para talleres, escuelas, un aserradero a vapor, unas sesenta casas con colonia ganadera, llamada de San Rafael.

17. En la misma isla Dawson, en la punta San Valentín, construyó una iglesia y un instituto para jovencitas solteras, con colonia ganadera, dedicada al Buen Pastor.

18. En la isla grande de Tierra del Fuego, fundó una misión para la civilización de los indios onas, dedicada a nuestra Señora de la Candelaria, la cual se incendió pasados los tres años, produciendo una pérdida de unas ciento cincuenta mil liras. Fue reconstruida, con iglesia, escuelas, casa para los misioneros y para los indios hospedados allí y colonia ganadera.

19. Estas dos misiones costaron mucho dinero y sacrificios de todo tipo al pobre monseñor Fagnano, que tuvo que mantener y vestir, casi constantemente, a casi mil personas.

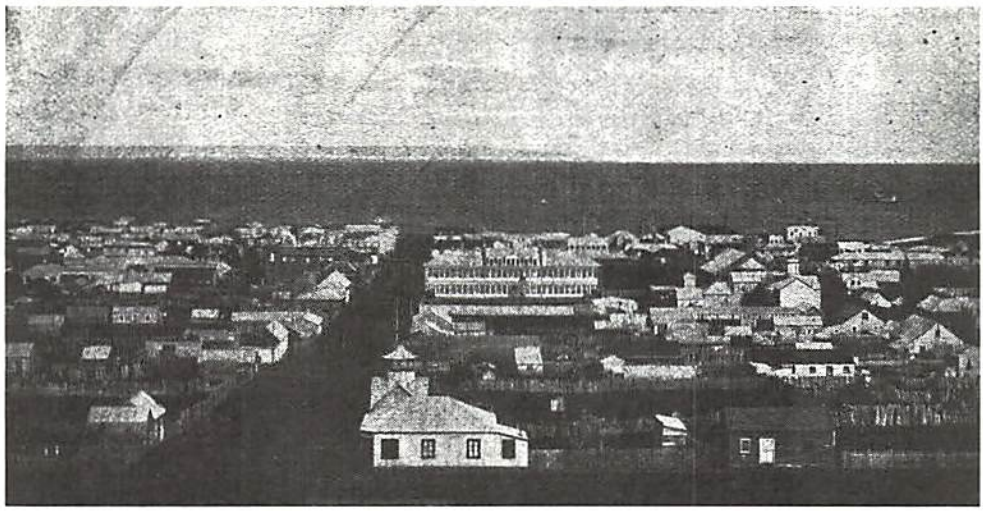
20. En Ushuaia (Tierra del Fuego), construyó una iglesia y escuelas de madera para niños.

21. En Última Esperanza, construyó una iglesia de madera dedicada a María Auxiliadora, que fue erigida parroquia, con una escuela masculina como anexo.

22. En el lago Fagnano (Tierra del Fuego), estableció una colonia ganadera, para dar trabajo y medio de vida a los pobres indios onas.

23. Todo esto hace suponer una actividad poco común en él, tratándose especialmente de un hombre desprovisto de medios materiales como era monseñor Fagnano, quien debía luchar constantemente para proveer lo necesario para mantener a tanta gente.

Su corazón caritativo, compasivo y magnánimo se las arreglaba de mil modos



Panorama de la ciudad de Punta Arenas en 1897

para no dejar de atender a estas personas, y la divina Providencia, en cuyas manos él se abandonó por completo, como un niño en los brazos de su madre, no le dejaba faltar nunca nada y venía siempre a su ayuda en el momento oportuno.

Punta Arenas actual

Aquella Punta Arenas de hace treinta y ocho años atrás se ha transformado en una ciudad grande y bella que cuenta con más de 30 000 habitantes. Es en vano buscar las viejas y sucias casuchas de madera de hace un tiempo. Sobre el lugar, surgen ahora elegantes palacios en ladrillo, que bien podrían embellecer cualquier ciudad de Europa. Donde antes estaba la *lagunita de los Patos*, se ve hoy la bella y simpática iglesia parroquial, el monumento en granito y mármol de María Auxiliadora y el Colegio Salesiano de San José, con el observatorio meteorológico y el museo territorial. Cerca de la iglesia, se alza el palacio del gobernador y más allá, el palacio de Justicia.

La ciudad es eminentemente cosmopolita y progresista. El Territorio de Magallanes es gobernado por un gobernador civil, que depende de la Presidencia de la República, y por tres alcaldes (consejeros) que forman la Junta Municipal y son nombrados por el Gobierno por un período de tres años, pudiendo ser reelectos. Hay un juez de primera instancia y dos jueces conciliadores. Las principales naciones de Europa y América tienen su cónsul residente en Punta Arenas.

La asistencia religiosa de la ciudad y de todo el vasto Territorio está prestada solamente por sacerdotes salesianos. Hay tres parroquias: la primera está dedicada al Sagrado Corazón de Jesús y nuestra Señora de las Mercedes; la segunda, a María Inmaculada, y la tercera, al arcángel San Miguel. Además, hay tres capillas públicas: la primera es un santuario de María Auxiliadora, con un colegio como anexo, para educación de jovencitas internas y externas, y un oratorio festivo. La segunda está dedicada a la Sagrada Familia, con asilo para niñas huérfanas y pobres. La tercera es un oratorio festivo de los santos ángeles custodios. En el suburbio de Tres Puentes, hay también una capilla dedicada a San José, y en el suburbio de Leña Dura, hay otra dedicada a



Base del monumento a María Santísima Auxiliadora, Punta Arenas.

San Antonio de Padua, donde se celebra la santa misa en los días festivos.

Los salesianos se ocupan de dos institutos masculinos de educación. El primero es el *Colegio San José*, para jóvenes estudiantes internos y externos, y oratorio festivo. El segundo es el Instituto Venerable Don Bosco, para estudiantes profesionales de artesanías y, también, oratorio festivo. En el colegio San José, hay un observatorio meteorológico muy apreciado por los científicos, especialmente, por el lugar que ocupa, siendo el más austral del mundo. Ha sido construido según el sistema del padre Denza[93] y funciona desde 1887. Se eleva a una altura de 21 m sobre el nivel del mar y 12 m por encima del terreno. Contiene los siguientes instrumentos: *1. anemopluviógrafo Denza; 2. barómetro Fortin; 3. barógrafo Richard; 4. termógrafo Richard; 5. barómetro Mombelli; 6. termómetro Doroni; 7. termómetro de mínima y de máxima; 8. polimétrico Lambrecht; 9. evaporímetro Cravero; 10. ozonómetro Lenders; 11. pluviómetro Cravero; 12. nefelómetro Secchi*, y algunos otros más.

Todos los días se mandan las observaciones telegráficamente a Buenos Aires, al observatorio principal de aquella ciudad, y se publican en sus boletines. El observatorio meteorológico salesiano de Punta Arenas proporciona los siguientes datos del clima de esta ciudad, basado en un período de treinta y un años de observaciones:

Temperatura del verano: 10°,52
Temperatura del otoño: 6°,25
Temperatura del Invierno: 1°,90
Temperatura de la primavera: 6°,44

La media de la temperatura máxima es:
Verano: 14°,28
Invierno: 0°,80

La media de la temperatura máxima absoluta es:
Verano: 20°,13
Invierno 5°,29

El viento, como en toda la región patagónica y fueguina, es casi constante, pero en Punta Arenas, es menos veloz y persistente por encontrarse esta ciudad en una posición topográfica especial. La velocidad media del viento aquí es de 16 km por hora en el verano, y de 12 km por hora en invierno. Durante las tempestades, que a veces pueden durar entre 60 y 70 horas sin interrupción, llega a los 80 km por hora. Pero hay ráfagas o golpes de viento que tie-

93. El padre de la iglesia Francisco Denza (Nápoles, 1834-Roma, 1894) es un ilustre meteorólogo que creó el primer observatorio meteorológico de Italia, en el Real Colegio Carlo Alberto, en Moncalerí, Turín. Fundador del «Enlace meteorológico Alpino-Apenínico», que en 1865 dio origen a la Sociedad Meteorológica Italiana. Disponible en: www.nimbus.it (N. del T.)

nen la velocidad de 130 o incluso 140 km por hora.[94]

En el mismo colegio, además, hay un bello museo territorial etnográfico y de historia natural muy importante, que es visitado a menudo por extranjeros que están de paso en la ciudad. Contiene una vasta colección de objetos *etnográficos* de las diferentes razas indias de la Patagonia y Tierra del Fuego.

La fauna tiene unos 50 mamíferos y cerca de 200 pájaros diferentes, moluscos, esponjas, celentéreos e insectos. *La flora* se compone de una preciosa colección de algas marinas, un herbario —el más completo que se conozca—, una muestra de maderas y de frutos. Una buena cantidad de *fósiles* pertenecientes a las diferentes épocas del mundo y muchos minerales del territorio. Se trata de un museo privado que no es poca cosa, y hace honor a la ciudad y al Gobierno chileno.

El príncipe *Luis de Saboya*, duque de los Abruzos, nos honró tres veces con su preciosa visita al Colegio San José, en distintas épocas. La primera vez fue el 6 de abril de 1890, cuando pasó por Punta Arenas en calidad de simple guardia marina, a bordo de la nave real *Americo Vespucci*. La segunda vez fue el 30 de junio de 1896 como oficial, a bordo de la nave real *crucero Cristoforo Colombo*. En esta ocasión, aceptó dignamente ver un espectáculo musical literario y una representación teatral, que los jóvenes del colegio San José quisieron dar en su honor. Participaron, también, todos los oficiales y el comandante del *Cristoforo Colombo*. La tercera visita fue el 20 de febrero de 1904, comandando él mismo la nave real *Liguria*. Todas las veces que estuvo, siempre tuvo bellas palabras de elogio y de ánimo para las misiones salesianas, y muchas alabanzas por el constante progreso que notaba cada vez que venía.

También su alteza el príncipe *Fernando de Saboya*, duque de Udine, primogénito del príncipe Tomás, duque de Génova, visitó el colegio y el museo el 20 de julio de 1905, cuando viajaba en la nave real *Calabria*.

El Gobierno norteamericano, más de una vez, intentó comprar el museo, ofreciendo una importante suma de dinero.

En Punta Arenas, hay un liceo masculino del gobierno y otro femenino, con 10 y 12 escuelas secundarias. Hay, además, muchas escuelas privadas inglesas, francesas, alemanas y portuguesas. Hay tres instituciones bancarias: *Inglesa-Americana*, *Punta Arenas* y *Magallanes*.

Varias sectas protestantes y evangélicas tienen capillas y salones donde dan clases y conferencias.

Última esperanza (República de Chile)

En 1914, fue erigida una modesta iglesita de madera y se creó una parroquia dedicada a María Auxiliadora, que es atendida por los salesianos. En el puerto Natales hay un pequeño pueblo de cerca de 500 habitantes y en el territorio que lo circunda hay unos mil habitantes esparcidos por varios lugares. Dista de Punta Arenas cerca de veinticuatro horas en vapor por el mar o se puede acceder por tierra en más o menos veintiocho horas a caballo. El clima es poco mejor que el de Punta Arenas. La vegetación es un poco mejor. No sopla tanto el viento y se ven paisajes estupendos. Hay un comisario de policía con algunos soldados. El Gobierno mantiene una escuela mixta. Los salesianos tienen un colegio de jóvenes externos muy frecuentado y las hermanas de María Auxiliadora, otro colegio para niñas.

Todo el vasto territorio es casi de exclusiva propiedad de una sociedad anónima,

94. *El clima en Punta Arenas a través de 31 años*. Punta Arenas, 1920.

llamada *Explotadora de la Tierra del Fuego*. Por lo cual, no será nunca un centro muy habitado, porque la presencia de unos pocos pastores y operarios para el frigorífico y la ganadería resulta suficiente.

Industria del Territorio de Magallanes

Industria ganadera

La principal industria del territorio de Magallanes y de la Patagonia Meridional es, sin duda, la ganadería. Poco o nada se puede esperar de la agricultura, por el clima inconstante y frío y por el viento fuerte dominante. Según el censo hecho por el Gobierno chileno hacia fines de 1906 en el Territorio de Magallanes, se calculaba que había *un millón y medio de ovejas*, 37 804 bovinos y 24 010 equinos.

En el territorio de Santa Cruz y Tierra del Fuego (República Argentina) en 1911, según los datos oficiales, había sobre un terreno ocupado de 12 170 leguas cuadradas, o sea, 60 850 kilómetros cuadrados, 440 000 ovinos, 51 000 bovinos y 6800 habitantes. En el mismo año, en el Territorio de Magallanes y Tierra del Fuego (República de Chile), sobre una superficie de terreno de 6860 leguas cuadradas, o sea, 34 300 kilómetros cuadrados, había 1 800 000 ovinos, 20 000 bovinos y 18 000 habitantes.

No hay que maravillarse de que haya poco aumento en la producción de los animales, porque cada año se sacrifican muchísimos en los frigoríficos y en las fábricas de manufactura de carne en conserva, y también porque otros tantos se envían vivos a otras partes del mundo.

Industria ballenera

En San Isidro, cerca de Punta Arenas, en 1905, se fundó una sociedad para pescar ballenas, la cual dio óptimos resultados. En solo siete meses, desde el 2 de noviembre de 1905 hasta principios de junio de 1906, un solo vapor ballenero, el *Almirante Montt*, pescó 133 ballenas, algunas de las cuales eran de enorme tamaño. Ahora, sin embargo, esta industria se ha terminado debido a la gran matanza que se llevó a cabo. Cada ballena tiene un valor promedio de 10 000 dólares.

Carbón fósil

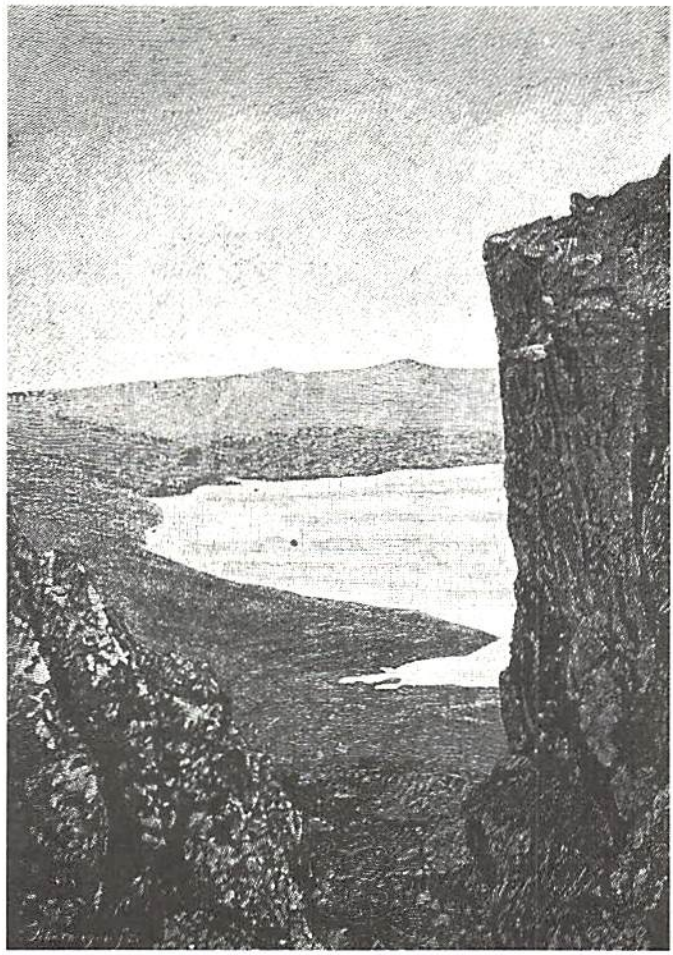
En el territorio de Magallanes y en la Tierra del Fuego se encontraron varios depósitos de carbón fósil. Pero hasta ahora, todos los que se descubrieron pertenecen a la clase de combustible que se denomina lignito, un carbón que aún no está bien consolidado.

Las principales minas descubiertas hasta ahora son: la *Mina Loreto*, a 7 km, en los montes al oeste de la ciudad de Punta Arenas, propiedad del señor chileno Agostino Ross, quien la está trabajando y ha construido una vía férrea que va desde la mina hasta el mar; la *Mina Marta*, situada sobre la costa norte del mar *Skyring;* la *Magdalena*, sobre la costa también del mar *Skyring*, pero al sur, casi frente a la mina *Marta* (estas dos últimas han sido abandonadas después de haberse invertido mucho capital para trabajarlas sin buenos resultados); la mina *Nose Peak*, *Río Cóndor*, en la Tierra del Fuego, casi frente a la bahía Harris de la isla Dawson.

También hay buenos indicios de que puede haber petróleo, y se están haciendo las investigaciones correspondientes.

Minas de oro

En muchas partes de la Tierra del Fuego y de las islas adyacentes se encuentra oro en polvo, y también sobre la playa en la arena, pero en pequeñas cantidades. Pequeñas compañías, con medios primitivos, en poco tiempo, hicieron su fortuna. Algunos espe-



Isla Lennox del archipiélago Fueguino donde se descubrió mucho oro en polvo.

culadores, inducidos por los buenos resultados, se organizaron en varias sociedades con el fin de recoger oro con máquinas. Pero enseguida se dieron cuenta de que no rendía lo suficiente y las abandonaron. Un lugar donde se encontró mucho oro en polvo, y gran cantidad de austríacos hicieron su fortuna, fue la isla Lennox. Pero algunos, volviendo a Punta Arenas, perdieron la vida y el oro que habían recogido, por haber naufragado en el mar. Tres austríacos volvían en una frágil barca trayendo cada uno entre tres y cuatro kilos de oro. Uno de ellos se había atado a la cintura sus tres kilos de oro por miedo a perderlos.

A mitad del viaje la barca se dio vuelta. Los dos que no tenían el oro con ellos pudieron salvarse enderezando la barca, pero el que tenía el oro atado a su cintura se hundió por el peso que cargaba. Los dos primeros perdieron el oro, pero el tercero perdió el oro y la vida.

La caza de las focas o lobos marinos

Una industria que en un tiempo fue la riqueza de Punta Arenas y que hoy ha decaído es la caza de focas. Fue tan grande la caza que se hizo que hoy en día quedan po-

quísimas. El Gobierno de Chile tuvo que sancionar una ley que la prohibirla, para evitar que se extinga la raza. En el año 1900, se exportaron desde Punta Arenas pieles de focas por un valor de quince mil libras esterlinas. En el mismo año, se exportó oro en polvo recogido por unos pocos hombres con medios rudimentarios, por un valor de veinticinco mil libras esterlinas.

Porvenir, capital de la Tierra del Fuego de la República de Chile

La pequeña ciudad está situada en las costas del estrecho de Magallanes, al este y casi en frente de Punta Arenas. Cuenta con unos 300 habitantes casi todos austríacos. El Gobierno ha concedido *doscientas mil* hectáreas en las cercanías para ser distribuidas en pequeños lotes entre chilenos y extranjeros con ciudadanía chilena. Hay un subdelegado, dependiente del Gobierno de Punta Arenas, y una comisaría. Hay una parroquia oficiada por un sacerdote salesiano, con un colegio para varones y un oratorio festivo. Las hermanas de María Auxiliadora tienen una escuela del Gobierno que es mixta y cuenta con un oratorio festivo.

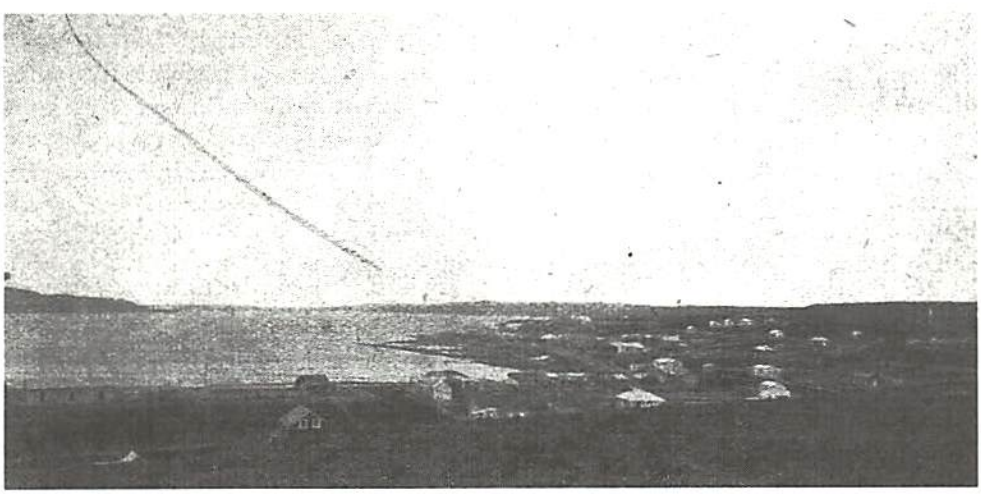
Ushuaia, capital de la Tierra del Fuego de la República Argentina

Cuenta con aproximadamente 500 habitantes, cerca de 800 prisioneros en un presidio y un centenar de soldados para custodiar a los prisioneros y tutelar el orden público. La parroquia es oficiada por un salesiano con título de vicario extranjero, con un anexo de oratorio festivo. La escuela comunal, mixta, está a cargo de una maestra.

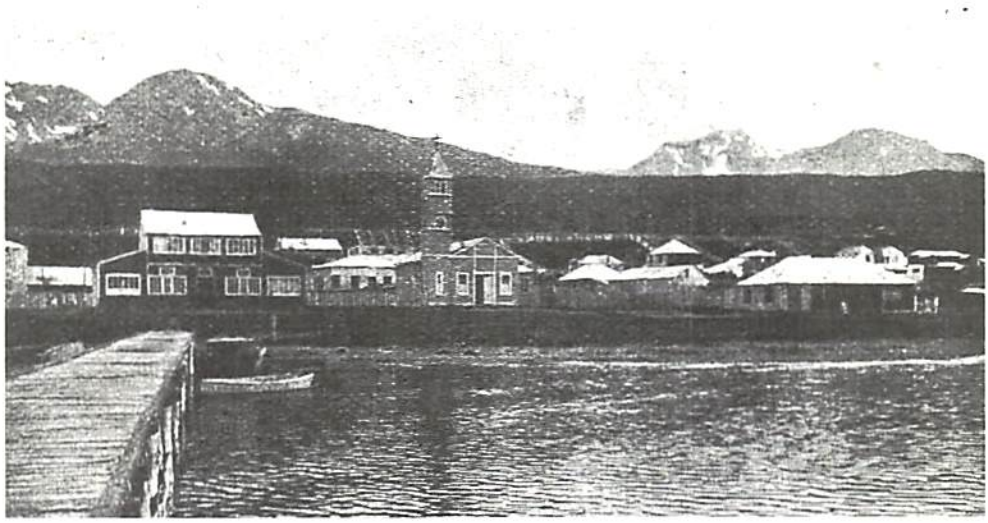
Gallegos (Patagonia), República Argentina

A unos 500 km al norte de Punta Arenas, sobre el Atlántico y cerca de la desembocadura del río Gallegos, surge el pueblo del mismo nombre, *capital del Territorio de Santa Cruz*, donde reside el gobernador civil, el subprefecto del puerto y todas las autoridades gobernativas del Territorio. Cuenta con casi 1000 habitantes de varias nacionalidades. Todo el territorio tiene 282 750 km^2.

Hay una parroquia con un oratorio festivo, anexo y escuela masculina de los salesianos. Las hermanas de María Auxiliadora tienen un floreciente colegio femenino con



Porvenir, capital chilena de la Tierra del Fuego.



Ushuaia, capital argentina de la Tierra del Fuego.

oratorio festivo. El Gobierno tiene una escuela mixta.

Hay dos bancos. Uno argentino y otro inglés. El pueblo no es muy próspero, porque no tiene vida propia y solo vive para el comercio con el campo.

El clima es más o menos como el de Punta Arenas. El viento sopla muy fuerte, llueve rara vez, el terreno es muy seco y el frío se hace sentir mucho en invierno, alcanzando temperaturas, a menudo, de 20 —y a veces más— grados bajo cero. Pero habitualmente va desde los 5 a los 10 grados bajo cero. Nieva poco. El calor en el verano llega alguna vez hasta los 20 grados sobre cero, mitigado siempre por el viento, pero, generalmente, no pasa los 15 grados sobre cero. La vegetación es más pobre que en Punta Arenas. La hierba en la planicie es rara, durísima y casi seca. No se cultivan los campos, porque al remover la tierra, la barre el viento y queda solamente la piedra.

El puerto es franco, pero muy incómodo, porque los barcos de gran calado no pueden acercarse mucho y deben transportar la mercadería en pequeñas embarcaciones casi 5 km, porque el río no tiene mucha profundidad y hay mucha corriente y reflujo del mar que entra al río. El viento fuerte y casi constante hace que el embarque y el desembarque sean muy difíciles y molestos.

Hay un frigorífico con una fábrica de carne en conserva que durante tres meses al año da trabajo a un centenar de operarios que vienen de Buenos Aires.

Santa Cruz (Patagonia), República Argentina

A unos 200 km al norte de Gallegos, se encuentra el río Santa Cruz. Sobre su costa, a cinco o seis kilómetros de la desembocadura en el Atlántico, se extiende el pueblito del mismo nombre. Alguna vez tuvo oficinas de gobierno, pero luego fueron trasladadas a Gallegos y se mantienen allí hasta el presente. Hay una parroquia, dirigida por los salesianos con un colegio anexo y oratorio festivo para los niños. Las hermanas de María Auxiliadora tienen, también, un floreciente colegio para niñas, interno y externo, con oratorio festivo. El gobierno mantiene una escuela mixta a cargo de un maestro.



Su excelentísimo reverendísimo monseñor Abramo Aguilera. Obispo titular y vicario apostólico del Territorio de Magallanes, Tierra del Fuego e Islas Malvinas (sucesor de monseñor José Fagnano).

Un subprefecto marítimo se encarga del puerto, que es franco, como el de Gallegos, pero con poco comercio. El pueblito vive del movimiento del campo; pocas veces llegan barcos importantes. Tiene entre 500 y 800 habitantes y otros 500 esparcidos por el campo. Son de varias nacionalidades. Hay un juez conciliador, que tiene a su cargo el Registro Civil y un comisario de policía con algunos soldados. Tanto en Santa Cruz como en Gallegos y en toda la costa patagónica de Argentina, casi no se encuentra agua potable. El agua de los pozos es salada. Incluso la de los ríos, porque entra el agua del mar.

Quien quiera agua potable debe recogerla en cisternas o en barriles cuando llueve, o de lo contrario, debe ir a buscarla a muchos kilómetros de distancia, en los ríos donde no llega el agua de mar.

San Julián (Patagonia), República Argentina

A un centenar de kilómetros más al norte de *Santa Cruz*, se encuentra el pueblito de *San Julián*, con el río homónimo. Los habitantes son cerca de 300 y casi todos son ingleses protestantes. Hay una iglesia dirigida

por un sacerdote salesiano, que va a celebrar misa de cuando en cuando.

Deseado (Patagonia), República Argentina

El último pueblo del Territorio de Santa Cruz, siempre al norte de la capital, se llama *Deseado* como el río homónimo. Se encuentra sobre la costa del Atlántico. Tiene cerca de 1500 habitantes de varias nacionalidades. Hasta ahora, no hay iglesia, pero de tanto en tanto la visitan los misioneros salesianos para administrar los santísimos sacramentos a los católicos que lo desean.

Las Islas Malvinas o Falkland

Las Islas Malvinas, geográficamente, pertenecen a la República Argentina, pero los ingleses se las apropiaron desde hace muchos años y las tienen como propias, a pesar de que el gobierno argentino les envía cada año una seria protesta, que no pasa de ser un reclamo.

El puerto principal se llama *Port Stanley.* Todos los habitantes de las Islas Malvinas no superan el millar. Casi la cuarta parte son católicos y los otros son protestantes. Estos últimos pertenecen a tres sectas diferentes, que son (i) los episcopales o de la alta Iglesia anglicana, (ii) los presbiterianos, (iii) los anabaptistas (que no bautizan hasta la edad de treinta años, cómo fue bautizado nuestro Señor Jesucristo). Tanto los católicos como las tres sectas de protestantes tienen su iglesia aparte, y todos son muy perseverantes en sus religiones. Los domingos, el gobierno hace sonar la única campana anunciando las sagradas celebraciones y todos van a la iglesia a la que pertenecen. La iglesia parroquial católica está a cargo de un sacerdote salesiano. Las hermanas de María Auxiliadora tienen un colegio para niñas y un oratorio muy floreciente.

En todo el archipiélago de las Malvinas hay un poco más de medio millón de ovejas y no pueden aumentar su número porque no hay demasiada pastura. El clima es más o menos como el de Punta Arenas, pero un poco más húmedo, llueve más y hay más viento. Los días lindos son tan excepcionales, que cuando hay días con sol y sin viento, el gobernador concede asueto a los escolares y toda la población participa en paseos campestres. La vegetación es pobrísima y se reduce exclusivamente a una escasa hierba. No hay bosque ni árboles y muchos montes son rocosos.

Hay un gobernador civil, un juez conciliador y un comisario de policía, con algunos soldados. El gobierno mantiene una escuela mixta. El comercio de los habitantes es casi exclusivamente con Inglaterra. Desde allí, hacen venir todas las cosas que ellos necesitan, y a cambio envían sus pocos productos, que consisten en lana y cuero de oveja. Todos los meses pasa un barco mercantil que va desde Europa a Chile y otro que vuelve desde Chile a Europa y lleva el correo. Pocos o ningún otro barco pasa por las Islas Malvinas, porque está demasiado fuera del itinerario que ordinariamente hacen todas las naves, por lo cual, si no tienen un motivo particular, no van.

Conclusión

Damos infinitas gracias a Dios y a María Santísima Auxiliadora por todos los favores concedidos a las misiones salesianas durante los treinta y cinco años transcurridos, y por todo el bien que se ha podido hacer a las almas.

¡A Dios y a María Santísima, todo honor y toda gloria!

A. M. don G. *atque* M. V.



1. Monseñor Fagnano – 2. Don Ricaldone – 3. Borgatello en misión en la Tierra del Fuego.

Índice

Prólogo 7

Agradecimientos del traductor 13

Sobre el sacerdote Maggiorino Borgatello 15

EN LA TIERRA DEL FUEGO

Memorias de un misionero salesiano

Dedicatoria a María Auxiliadora 19

Prefacio 21

PRIMERA PARTE

Informaciones geográficas, físicas, históricas y etnográficas de los lugares y las tribus indígenas

Los salvajes patagónicos y fueguinos 25

Varias categorías y lenguas distintas, costumbres y creencias religiosas 25

Cuadro lingüístico comparativo de las cuatro diferentes lenguas de los indios onas, alacalufes, yaganes y tehuelches 26

Salvajes tehuelches de la Patagonia, conocidos con el nombre genérico de "indios a caballo" 27

Aspecto físico de los tehuelches 27

Estructura del cuerpo y color de la piel 27

Pinturas y tatuajes 28

Vestimenta 28

Adornos 29

Armas 30

Alimentos 30

Ocupaciones e industria 30
Viviendas 32
Organización política 33
Malón o fiesta con orgía 35
Creencias religiosas 35
Matrimonio 38
Salvajes alacalufes, llamados «indígenas de botes o de los canales», porque pasan su vida en botes, pescando en los diversos canales del estrecho de Magallanes 38
Vestimenta de los alacalufes 41
Armas y utensilios para la caza y la pesca 42
Adornos 44
Creencias religiosas 45
Rasgos morales 47
Costumbres 49
Nomenclatura de los alacalufes 50
Rezo en lengua alacalufe 51
Los indios alacalufes, su crueldad y gran traición 52
La maldad de los indios alacalufes 52
Otro hecho de crueldad e ingratitud de los indios alacalufes 52
Salvajes onas de la Tierra del Fuego, llamados también «indios de a pie» 53
Notas etnográficas de los onas 55
Características antropológicas de los onas 56
La piel 56
El cabello 56
La cabeza y la cara 57
Los brazos y las manos 57
Piernas y pies 58
Estatura 58
El tronco 59
Sentidos del cuerpo 59
Características morales e intelectuales de los onas 60
Amor, odio y venganza 65
Crueldad 65
Temor 65
Robo 65

Egoísmo 66
Vestimenta 67
Adornos 68
Armas 68
Caza 70
Pesca 70
Alimentos 71
Animales domésticos 71
Industria 72
Vivienda 73
Las peleas 73
Antropofagia 75
Encendido del fuego 75
Cortesía de los onas 75
Médicos, medicinas, enfermedades, mortalidad 76
Muerte y sepultura 79
Creencias religiosas y vida futura 82
Varias transmigraciones, mitos y supersticiones 83
Estrellas y constelaciones 83
Los planetas 83
El sol y la luna 83
Los vientos 84
Pájaros 84
El guanaco y la arcilla amarilla 85
Diluvio 86
Familia y sociedad 86
Matemáticas de los onas 89
Indios hauss 89
Oraciones en lengua ona 90
Creencias religiosas de los salvajes alacalufes y onas 91
Atravesando la isla Dawson. La bahía Lomas. El salvaje Daniel. Las ballenas. El efecto del viento sobre las plantas cerca del mar 96
La fauna y la caza de los salvajes de la Tierra del Fuego y de la Patagonia Meridional 98
La caza 98
El avestruz 103

El león-puma 105
El zorrino 105
El coruro o tuco-tucu 109
El cóndor 112
La caza del condor 112
La caza de los pájaros por los fueguinos 112
Los pingüinos 114
Las focas (lobos de mar) y nutrias (gatos de mar) 114

SEGUNDA PARTE

Las misiones salesianas entre los salvajes

Las misiones salesianas entre los salvajes 119
La toma de posesión de la prefectura apostólica por parte del monseñor José Fagnano 120
Primeras labores apostólicas. Exploración de la Tierra del Fuego hecha por el monseñor José Fagnano (1886-87) 120
Nuevas exploraciones agotadoras del monseñor Fagnano (1887). Visita a la isla Dawson para fundar una misión estable. En 1888, viaja a Italia en busca de personal y vuelve a Punta Arenas 123
Tormenta. El estrecho de Magallanes. Punta Arenas 124
El desembarco. La colonia de Punta Arenas. La recepción a los misioneros. Un incendio 126
Indios tehuelches de la Patagonia Meridional. Instrucción religiosa en sus campamentos. Largos y cansadores viajes de los misioneros en diferentes momentos y en diferentes años. El primer campamento visitado en el valle del río Zurdo 127
Visitando otros campamentos de los tehuelches 131
Otros campamentos 131
¡Una linda indicación! 133
Terreno reservado para los tehuelches 134
Enloquecido por beber demasiado alcohol 135
En busca de los indios tehuelches. Buena misa 136
La Providencia 138
Buenos modales indios 139
Cacique Paylán 139
Médicos-hechiceros 140

Pasión de los indios por la caza del guanaco. Préstamo de mi caballo 140
Orgías y bailes. Pobres chicas 142
Un indio borracho en la carpa 143
Tres gigantes borrachos 144
Una invitación diferente 144
¡Qué hambrientos! 146
El almuerzo de los indios 146
La misa en la choza 147
La luna rota 147
Una visita a los indios tehuelches del río Zurdo 147
Curioso remedio para curar a un enfermo 148
Los patagones tienen varios cuentos mitológicos 151
Un cuento del dios Heller 151
De Gallegos al lago Argentino. Una misión entre los tehuelches. 57 bautismos 152
¿Cómo desaparecieron los pobres tehuelches? ¿Cuáles fueron las causas de su desaparición? 154
Triste fin de una tribu de tehuelches de la Patagonia Meridional 156
Fundación de la misión entre los alacalufes en la isla Dawson 157
Monseñor Fagnano da información de la creación de la misión al señor don Rua con la siguiente carta 158
Se transporta la misión desde la bahía Willis a la bahía Harris. Vienen los indios 161
Bautismo de sangre. Primer atentado a los misioneros. Divina Providencia 162
La divina Providencia viene a su socorro 165
El cúter Dorrà. Naufragio y muerte de Juan Bautista Silvestro 165
Otro atentado 171
El desarrollo de la misión de Dawson 172
Visita a la misión de San Rafael de la isla Dawson 175
Preparativos 175
Llegada y cordial recibimiento 175
Progresos 175
Visita al pueblo incipiente 176
Vida de estos salvajes 176
Vida de los indios en la misión 176
Muerte y funeral 177
Fiesta de San José 178
La divina Providencia engaña los perversos planes de un funcionario público

del Gobierno. La captura del capitán Antonio Alacalufe 178

Otra visita del monseñor Fagnano a la misión San Rafael en Dawson 180

El primer fruto asegurado de la Tierra del Fuego. Muerte edificante de la jovencita india Luigia 184

Desde la misión de San Rafael en la isla de Dawson (1891). Duras pruebas. Un naufragio en el puerto. Consolaciones. Linterna mágica. Lo que dice una cruz. Una visita de señores chilenos. Nuevos cristianos. Comodidades indias. Buena cosecha 187

Diálogo con un solo interlocutor. Ciencia de los parentescos en los indios 189

Visita de monseñor Fagnano a la isla Dawson. Un nuevo grupo de indios bautizados (1890) 195

El retorno del hijo pródigo 197

El indio evangeliza al indio 198

Llegada de otros indios a la misión de Dawson 199

Exposición de las misiones de América en honor a Cristóbal Colón, Génova (1892). Las misiones salesianas de la Patagonia y Tierra del Fuego son bien representadas. Los indios al pie del papa 200

La goleta Fueguina 204

La primera procesión con la estatua de María Auxiliadora en la misión de San Rafael y la consagración de la isla Dawson a María Santísima 205

Desde la Tierra del Fuego 206

Dificultades superadas para fundar otra misión para los salvajes onas en la Tierra del Fuego. El flete del vapor Amadeo. El desembarco desafortunado en la bahía de San Sebastián. Un ensayo sobre los costos de las misiones (1893) 216

Los deseos de los misioneros son satisfechos. Los indios fluyen hacia ellos. Carta de don Beauvoir al monseñor Fagnano 223

Se comienza con la instrucción religiosa. Primeros bautismos. Los indios que han llegado superan los 350 225

Progresos en la isla Dawson (1894) 227

Noticias sobre la misión de Dawson. Llegada a la misión de otros salvajes. La escuela de música progresa. Espíritu de sacrificio de monseñor Fagnano 227

Noticias sobre la misión de la isla Dawson. La rubéola cobra víctimas. La enfermedad, remedio saludable del alma 228

Progresos de la misión de San Rafael. De salvajes a artistas 229

La primera visita de monseñor Fagnano a la misión de la Candelaria. Viaje malo. Llegan más salvajes. Necesidad de construir más casas para ellos 232

La misión de la isla Dawson progresa visiblemente, pero el demonio mete sus garras. El bergantín *Teresina B*. Una pelea con los indios alacalufes. El diario *El Magallanes*. Muerte del indio Santiago. La verdad, tarde o

temprano, sale a la luz. El cacique Andrés (1894) 233
La verdad, tarde o temprano, sale a la luz 237
La misión de la Candelaria en la Tierra del Fuego 239
Isla Dawson, misión de San Rafael 240
Progreso de esta misión. Otros seis bautismos 241
La segunda visita de monseñor Fagnano a la misión de la Candelaria y las primeras hermanas de María Auxiliadora 241
Monseñor Fagnano va en busca de los salvajes del archipiélago de la Tierra del Fuego. Terrible temporal 243
Otra excursión de monseñor Fagnano al archipiélago fueguino con el vapor *Ventura* en busca de salvajes 245
Lucha entre los civilizados y los salvajes. Mercado indigno. Europeos inhumanos a la caza de los pobres salvajes de la Tierra del Fuego. La sociedad explotadora de la Tierra del Fuego. Calumnias atroces contra los misioneros. Persecución contra los pobres fueguinos (1892 a 1895) 248
Otros hechos de persecución en contra de los salvajes de la Tierra del Fuego 256
El colmo de la persecución (1895). La exportación de indios a Punta Arenas. El reparto cruel e inhumano. Cómo se tergiversan los hechos 257
¿Cómo se puso fin a la carnicería de los pobres salvajes de la Tierra del Fuego? 260
Visita oficial 264
¿De quién es la culpa y quién es más bárbaro? 266
¿Por qué el gobernador M. S. demostró ser enemigo de los misioneros salesianos y también de los indios? (1892-1896) 270
La caza de las focas y una grave calumnia 274
Otra calumnia que hizo mucho daño a los misioneros 275
¡¿El amigo de los indios?! ¡Qué ironía! 276
Miseria en la Tierra del Fuego 276
Algunas observaciones a propósito 277
Una visita a la isla Dawson. Impresiones de bienvenida. Progresos de la misión. Descaro increíble de diarios sectarios. 400 o más salvajes alojados 279
Isla Dawson. La superiora general de las hermanas de María Auxiliadora visita la misión de San Rafael y de la Candelaria (1896) 281
Una grave desgracia. Incendio de la misión Nuestra Señora de la Candelaria 282
Otra voz de la misión de la Candelaria 284
La misión destruida resucita a una nueva vida 285
¿Por qué la misión se llama Candelaria? 286
La vida de los misioneros entre los salvajes de la Candelaria y de San Rafael 287
Isla Dawson. Aumento de indios 289

Visita a la isla Dawson. Vida de los indios civilizados. Admirables progresos 289

Misión de la Candelaria. Las habitaciones improvisadas después del incendio. Frío y hambre. Avance de la civilización. Proyectos y cómo se pueden realizar 292

Una visita al pueblo de los onas. Impresiones 295

Visita a la misión y al terreno aledaño 296

Arqueólogos y naturalistas en la isla Dawson. Progresos de esta misión. A la punta San Valentín (1898) 298

El señor presidente de la República de Chile, doctor Federico Errazuriz, visita la misión de San Rafael en la isla Dawson. Visita a nuestra misión de la isla Dawson 300

Con los fueguinos de la Candelaria. Progreso religioso. Refugio para los pobres inmigrantes 301

Misión de San Rafael en la isla Dawson. La fiesta de San Francisco de Sales. Nota de los trabajos hechos 303

El reverendo don Paulo Albera, representante del sucesor de Don Bosco, visita las misiones de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego 303

Las peripecias de nuestro viaje y nuestra estadía en Punta Arenas 304

Un justo juicio sobre la desaparición de los onas de la Tierra del Fuego. La última palabra 311

La muerte del Reverendísimo señor don Miguel Rua y la elección de su dignísimo sucesor, don Pablo Albera 312

¿Cómo finalizó la misión de San Rafael en la isla Dawson? 313

Una visita a la misión de la Candelaria, después del fin de la misión de San Rafael 314

Desde la Candelaria y de Santa Inés. Primeras comuniones de ancianas y cinco bebés. Río del Fuego. Gran riesgo de ahogarse en el Río Grande. 316

El viejo Kórnu-Kón de los onas 317

Piedad y vida cristiana de los fueguinos. Procesión de Corpus Domini. Cómo asisten a los sacramentos 319

Desde la misión de la Candelaria, Tierra del Fuego. El mes de María. La fiesta del Santo Natalicio 321

Los ángeles de la Tierra del Fuego 322

Un serafín del santísimo sacramento. María Pacífica 328

María América (india ona) 330

María Auxiliadora consuela a los indios a punto de morir. 331

Miguel Bernabé Rua 332

Ramón Díaz 334

Cándida Donoso: sus visiones celestes y su santa muerte 336

Conclusiones 345

TERCERA PARTE

La obra de los misioneros salesianos entre los inmigrantes

Centro de civilización, Punta Arenas, capital del territorio de Magallanes. Primera y segunda revolución. Progreso de Punta Arenas 349

Llegada de monseñor Fagnano y de los primeros salesianos a Punta Arenas 353

Ocupación de los salesianos 353

El primer despertar de fe en el mes de María de 1889 356

Visita del príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzos 357

Una nueva capilla en Punta Arenas y otra en la isla Dawson. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús entre 1890 y 1892 358

Naufragio del vapor Cotopaxi (1890) en el canal Smyth. Doce hermanos franciscanos 364

Los misioneros a favor de los inmigrantes 366

Un hecho de aparición del demonio 367

Influencia del demonio sobre las criaturas 368

La maldición de una madre a su hijo 368

Quien no crea que exista el demonio, no lea lo que sigue (histórico) 369

Primera visita de monseñor Cagliero a la misión salesiana de la prefectura de monseñor Fagnano (1892) 373

Los viajes de monseñor Cagliero, hoy cardenal de la santa iglesia 375

Una dolorosa prueba del Señor: el incendio de la iglesia parroquial de Punta Arenas. El Señor permite el mal para recibir un bien mayor (1892). Los hijos de la luz y los de las tinieblas. Una bella gracia del Sagrado Corazón. Se construye una iglesia mejor 376

Una carta del obispo de Ancud al superior de los salesianos, alabando las misiones salesianas de la Tierra del Fuego 383

Noticias consoladoras. Abjuraciones de protestantes 383

Dos meses de misión en la Pampa de la Patagonia Meridional 385

- La primer parada. Dificultad para hospedarnos. La primera noche en la carpa. Abundante cosecha 385
- Continúa el viaje, pasamos por Mina Rica y llegamos a Correill. Cansancio del viaje 387
- Llegamos a Palomares. Una doble caza. La primer misa en la carpa 388
- Laguna Blanca. Río del Zurdo 389
- Los Morros. Cañadón Verde. Las mosquitas y la potencia de los exorcismos de la iglesia 389
- Río Gallegos. Paso del río Gallegos a Guar-aiken. Río Coy-Inlet 390

De Coyle a Santa Cruz. ¿Camino real? Perdidos en el desierto. La Providencia. Tres Chorrillos de las lagunas Salinas. Cañadón de la Yegua Quemada. Monte León. Santa Cruz 392

Visita al comandante del Presidio Militar y al capitán. Bendición de un cementerio. Necesidad de un sacerdote 395

Cruzamos el río Santa Cruz. Dificultad para continuar la misión. De nuevo, la Providencia. Sin agua por más de 27 horas. Lluvia benéfica 395

Vallecito de las Vacas. Perdidos yendo a Coyle. Aseaike. Dinamarquero. San Gregorio. Oazy-Harbour. Cabeza del mar. Río Seco 400

Dificultades de estos viajes. Descripción de la Pampa Patagónica. Conclusiones 402

Puerto Stanley (Islas Malvinas). Estado de aquella misión 404

Dos admirables conversiones: del protestantismo y del judaísmo 405

Conversión de un joven protestante 406

Un mes de misión en la Pampa Patagónica 407

El panorama. Triste desierto. Los conventos y los hermanos de este desierto. Todo el día sin agua 409

El río Chico de Gallegos. Pueblo de Gallegos 410

Difícil vadeo del río Gallegos. Grave peligro superado. Coyle. Santa Cruz 412

¡Una noche romántica! 414

¡Qué mal tiempo! Un deseo insatisfecho 417

Vuelta a Punta Arenas. Resumen del viaje 417

El prefecto apostólico de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego a los pies del sumo pontífice 418

¡Quien tiene tiempo no espera tiempo! Visitando un enfermo en Mina Rica 419

Una ilustre visita. La segunda visita de su alteza real (*S. A. R.*), el príncipe de Saboya, duque de los Abruzos 421

Ejercicios espirituales. Avances de la nueva iglesia parroquial 422

Sesenta y dos días de misión por la Pampa Meridional. Desde Punta Arenas a San Julián. Un viaje a caballo de 3800 km 422

Consagración del Territorio de Magallanes al Sagrado Corazón de Jesús 429

Los arqueólogos y naturalistas de Bélgica que vuelven de su exploración al Polo Sur 429

Dos meses de misión por el campo de la Patagonia Meridional. Desde Punta Arenas a San Julián 431

En un gallinero. Quien tiene tiempo no espera tiempo 437

Progresos del pueblo de Santa Cruz 439

Una familia modelo 440

Telégrafo curioso 441

Inauguración de la iglesia parroquial de Punta Arenas 441
Punta Arenas. Visitas reconfortantes. Dos naves de la Marina Real, Umbria y Elba 442
Misión en el campo. Desde Punta Arenas hasta Última Esperanza 444
Visita de su alteza real, el príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzos 445
En viaje 445
Río Verde 446
Un misántropo 447
Laguna Blanca 450
Los Morros 450
Al pie de la Sierra Dorotea. Panorama encantador. Encuentro doloroso. Hotel de la Libertad. La Gruta del Milodón. 19 de septiembre de 1903 453
Panorama encantador 453
Cueva del Milodón 455
Fiestas patrias de 1903 456
Retorno 457
Propaganda protestante en Punta Arenas 458
Las misiones protestantes 463
El príncipe Fernando de Saboya, duque de Udine, en Punta Arenas 463
Desde el Territorio de Santa Cruz 464
Algunas noticias sobre las misiones salesianas 466
Desde Río Gallegos (Patagonia) 467
El reverendísimo don Pedro Ricaldone visita las misiones de la prefectura apostólica de monseñor Fagnano, como representante del rector mayor, don Rua 471
La inauguración de la iglesia parroquial de Santa Cruz. La Ceremonia. Fiesta popular. Forma del nuevo templo 472
La ceremonia 472
Fiesta popular 473
Forma del nuevo templo 473
La fiesta de la Inmaculada en Punta Arenas 474
Una misión en el campo hasta Última Esperanza 475
El seno de Última Esperanza. Una misión a los operarios. Juicio de un protestante sobre el sacerdote católico. 476
La vuelta a Punta Arenas 477
Visitas ilustres en Punta Arenas 478
Tres naves brasileras se salvan del naufragio por milagro de María Auxiliadora (1910) 478

Algunas gracias de María Auxiliadora. La medalla de María Auxiliadora 479
La medalla de María Auxiliadora en el lecho de un moribundo 479
Una agonizante que retorna sana para la Novena de María Auxiliadora 480
María Auxiliadora consigue que un moribundo pueda recibir los santísimos sacramentos antes de morir 481
Lo lloraban como muerto 481
De la muerte a la vida 481
María Auxiliadora salva a la misión de San Rafael del incendio 482
María Auxiliadora salva también a la ciudad de Punta Arenas de otro incendio 483
Había pedido no morir sin recibir los santísimos sacramentos 483
Potencia de la bendición de María Auxiliadora 483
Recobra el habla perdida 483
Un niño recobra la audición y sana de la meningitis 483
Hace parar en un instante una fuerte hemorragia de la nariz 484
Se cura un niño 484
Una bella gracia de María Auxiliadora 484
Una grave caída del caballo sin daño 485
Salvado de ahogarse en el mar 485
Librado de los cálculos 486
María ayuda a los noveles cristianos de la Tierra del Fuego 486
Una gracia estrepitosa. María Auxiliadora le da a una joven moribunda la gracia de confesarse antes de morir, a pesar de la resistencia de tantas personas que la rodeaban y que trataban de impedírselo 487
Es verdaderamente cierto que ningún devoto de María muere sin recibir los santísimos sacramentos 490
Una curación instantánea por intercesión del venerable don Juan Bosco 491
¡Don Bosco al timón! 492
Respetar a los ministros de Dios 492
San José, padrino de un niño 493
Funeral para la princesa María Clotilde de Saboya 493
Un profanador de la cruz castigado 494
Un amoroso trato de la divina Providencia. En busca de un camino que conduzca más rápido a la misión de la Candelaria. Sin víveres. Un pez atrapado milagrosamente (1907) 494
Otro hecho providencial. El islote de las Cabras. Se pierde un bote. El viento empuja hasta allí otro bote 495
Dos nuevas iglesias en Punta Arenas 495

Las necesidades espirituales de la Patagonia 501
Inauguración de un monumento a María Santísima Auxiliadora en Punta Arenas 504
Una florcita en el desierto 505
Obra hecha por monseñor José Fagnano en los treinta años de su prefectura apostólica 516
Punta Arenas actual 519
Última esperanza (República de Chile) 521
Industria del Territorio de Magallanes 522
Industria ganadera 522
Industria ballenera 522
Carbón fósil 522
Minas de oro 522
La caza de las focas o lobos marinos 523
Porvenir, capital de la Tierra del Fuego de la República de Chile 524
Ushuaia, capital de la Tierra del Fuego de la República Argentina 524
Gallegos (Patagonia), República Argentina 524
Santa Cruz (Patagonia), República Argentina 524
San Julián (Patagonia), República Argentina 525
Deseado (Patagonia), República Argentina 526
Las Islas Malvinas o Falkland 526
Conclusión 526

FE DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
42	39	mide	miden
54	2	dese	desde
61	15	aquellos buenos	aquellas buenas
78	39	esto, hace retirar	este hace retirar
84	3	admitidos	admitidas
91	24	acerca estos	acerca de estos
97	11	prados	platos
107	3	las pasan	las que pasan
142	29	a madre	la madre
143	2	Nave rete	Navarrete
156	34	c100acique	cacique
174	4	busca víveres	busca de víveres
193	10	el montecito	del montecito
214	30	Tierra al Fuego	Tierra del Fuego
216	44	dentro	de
221	28	delante	adelante
241	39	a casi a	a casi
266	31	muy cerca	de lado a lado
270	80	dados	dado
300	26	otros personajes	con otros personajes
307	33	les respondió	le respondió
314	87	pero a luego	pero luego
322	7	lo que es resulta	lo que es
328	5	mestizo	mestiza
329	29	inocente era	inocente que era
353	83	escucharla	escuchar la
364	64	las cuales	los cuales
368	6	sobre lecho	sobre el lecho
376	9	Río grande	Río Grande
391	47	en el hecho	en el lecho
406	40	con sus	con su
412	20	escases	escasez
438	15	retardarse	retardase
441	44	de para	para
446	15	a un canal	en un canal
446	47	Martha	Marta
451	17	poco agua	poca agua

Epígrafes y notas al pie

En pág. 80, en la foto superior debe decir: «Primeros indios alacalufes bautizados en la Misión de San Rafael, isla Dawson. El primer sacerdote a la izquierda es don Ferrero; el segundo, monseñor Fagnano, prefecto apostólico; el tercero, don Del-Turco; el cuarto, don Pistone».
En pág. 105, al final de la nota al pie 29, se agregó un párrafo de la nota al pie 26, que no corresponde. Finaliza en «(N. del T.)».
En pág. 113, la nota al pie debe decir «(N. de la E.)».
En pág. 114, la nota al pie debe decir «(N. de la E.)».
En pág. 210, en la foto debe decir: «Catalina, india ona de la Misión Candelaria».
En pág. 211, en la foto debe decir: «Mónica, india ona de la Misión Candelaria».
En el Índice: las tres últimas entradas corresponden a pág. 527.

Otros títulos de la editorial

Entre dos mundos. Pasado y presente de los habitantes selk'nam-haus de Tierra del Fuego
Margarita Angélica Maldonado

Cazadores de mar y tierra. Estudios recientes en arqueología fueguina
Jimena Oría y Angélica Tivoli (eds.)

Mi sangre yagán (ahua saapa yagan)
Víctor Vargas Filgueira

Esas mujeres en la Patagonia austral
Jorge Castelli y Patricia Halvorsen

Científicos y religiosos en Tierra del Fuego. Miradas sobre el indígena en la ocupación del territorio (1826-1924)
Lucas Potenze

Editora Cultural
Tierra del Fuego

Esta obra de Maggiorino Borgatello, que se publica por primera vez en castellano, constituye un documento de gran relevancia para el estudio social e histórico de la Patagonia austral y, en especial, de la Tierra del Fuego. Se trata de las memorias de un misionero salesiano que, entre fines del siglo XIX y principios del XX, vivió durante veinticinco años en la región.

El libro, dividido en tres partes, describe las características geográficas de un sector de la Patagonia Meridional y de la Isla Grande de Tierra del Fuego, así como sus habitantes originarios; relata la labor de cristianización llevada a cabo por los misioneros salesianos y los modos en que el hombre blanco comienza a desplazar de forma sistemática a los indígenas de su territorio, con una desigualdad de poder que los diezma progresivamente. El libro describe también las relaciones, muchas veces tensas y adversas, de los misioneros con estancieros y autoridades, tanto de Argentina como de Chile, y por último se centra en la obra realizada por los misioneros entre los inmigrantes llegados a estas lejanas tierras.

El autor recorre un proceso histórico de la región intercalando relatos descarnados con otros de importante peso documental, desde el punto de vista de un religioso católico, cuyo objetivo era cristianizar a los indígenas y «civilizarlos» desde una mirada eurocéntrica. No puede esperarse, por ello, encontrar una posición crítica respecto de muchas cuestiones que a la luz de nuestros días son claramente condenables. Sin embargo, al tratarse de una fuente histórica, de un testimonio particular de su espacio y tiempo, esta traducción de la obra del padre Borgatello será sin dudas un valioso material para todas aquellas personas dedicadas al estudio de la Tierra del Fuego.

Gobierno de Tierra del Fuego Antártida e Islas del Atlántico Sur
Secretaría de Cultura

ISBN 978-987-3642-58-6

Fondo **Editora Cultural** Tierra del Fuego